

ALICE BORCHARDT



LA
NOCCHE
DEL
LOBO

ROMA II

Lectulandia

Nacido lobo, Maeniel adquiere el poder de convertirse en hombre... pero no tardará en comprobar que el mundo de los humanos es mucho más complejo, salvaje y peligroso que las montañas en las que ha vivido hasta ahora. El ingenuo lobo hombre se ve envuelto en una serie de conspiraciones y venganzas, al tiempo que descubre el amor y la pasión de las mujeres, la fuerza y el odio de los hombres... y su propia capacidad para superarlos.

Maeniel y sus compañeros viajarán de los bosques de la Galia al corazón de la Roma clásica en busca de aventuras, venganza y justicia, enfrentándose al poder de las legiones, el Senado y el mismo Julio César.

Alice Borchardt recupera en *La noche del lobo* a uno de los protagonistas de *La loba de plata* para referir sus aventuras de juventud.

Lectulandia

Alice Borchardt

La noche del lobo

Trilogía de Roma-2

ePub r1.0

fenikz 02.08.15

Título original: *Night of the Wolf*
Alice Borchardt, 1999
Traducción: David Alabort
Diseño de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A MI QUERIDA HERMANA,
CONOCIDA POR EL MUNDO COMO ANNE RICE.

Desde la oscuridad me sonrían rostros
que nunca llego a ver.

Desde el sueño me siguen buscando brazos
que nunca llego a llenar.

En cada momento importante de mi carrera,
siempre has estado allí para mí.

Ad memoriam.

En el dolor más profundo, no existe el tiempo.



1

El lobo despertó, levantando la cabeza de entre las zarpas. En lo alto, la luna estaba llena, pero no era más que un fantasma errante entre los pinos y cedros de la montaña. El resto de la manada dormía.

Sólo él sentía el toque de... no sabía qué. Los lobos no sienten tristeza. Ni siquiera por ellos mismos.

Se levantó y llevó a cabo el ritual de arreglarse el pelaje, para después andar silenciosamente hasta una corriente formada por el desbordamiento de un lago en lo alto. Tenía la anchura justa para reflejar el cielo en su superficie.

Desde la muerte de ella... no, desde que la mataron, él se despertaba todas las noches a aquella hora, una hora en la que todo lo demás duerme... recordando.

La noche tiene sus propios ritmos, ritmos que resuenan en la carne, en la sangre y en los huesos de las criaturas de la tierra. Sólo el hombre los ha olvidado, ha olvidado que alguna vez tuvieron importancia.

Pero para el lobo, llegaban como recuerdos, recuerdos que no eran suyos, fragmentos de un sueño. Tocaba una consciencia inmortal tan vieja como la vida, la experiencia de una criatura todavía ignorante de sí misma y por tanto inmortal. La primera de nuestra especie, nadando en la columna de agua del mar cámbrico. En aquel momento de la noche, interrumpió las flexiones de su musculoso cuerpo y se sumergió en un trémulo resplandor de luz de luna.

Él, el lobo, comprendió que había tenido lugar una catastrófica disrupción de su consciencia, privándole del derecho de nacimiento transmitido por aquel primer soñador del océano.

Su hocico quebró la imagen de la luna en el agua tal como la pena había roto su sueño.

En lo alto, las nubes de paso ocultaron la luna. Cerca de la presa cobrada, los lobos de su manada dormían en silencio y sin sueños.

El aire a su alrededor era frío. Estaban a finales del otoño, casi de nuevo en invierno, pero él sentía un fuego en su interior... un fuego que el viento que soplaba desde los glaciares de los pasos de montaña no podía apagar. Un fuego que calentaba su piel bajo el pesado pelaje invernal.

¡Fuego! Eran criaturas de fuego. Y el fuego les seguía a todas partes. El olor a quemado impregnaba siempre el aire en torno a sus moradas. Tierra, aire, fuego y agua. Todos los seres vivos de la tierra participaban de aquellos elementos, pero de entre todos, sólo el hombre era el amo del fuego.

¿Por qué? ¿Cómo habían alcanzado aquel poder? Nada en sus recuerdos podía decírselo.

Cuando su especie se encontró por primera vez con ellos en la oscuridad y la lucha del invierno del mundo, controlaban las llamas, extinguiéndolas y animándolas a voluntad, su única ventaja en una despiadada batalla por la simple supervivencia contra la el frío y la omnipresente noche. Por lo demás, eran cosas desnudas y patéticas.

Cosas desnudas y patéticas como la que era él en aquel instante, pues cuando los últimos rayos de luna fueron atrapados por las nubes, se había convertido en un hombre.

Recordó lo que ella decía... lo que le había dicho: el fuego era un regalo de los dioses.

Él se había reído de la idea de *regalo*. Ya había visto bastante de los humanos como para saber que robaban y saqueaban sin consciencia ni escrúpulos, y leían en las mentes de los dioses lo que querían para ellos. La adoración y sumisión de los débiles, y órdenes arbitrarias por parte de quienes se situaban en posición de gobernar a su propia especie.

—Un regalo —había dicho él—. ¿Robado, quizá?

—Quizá —contestó ella encogiéndose de hombros—. Los ladrones fueron escarnecidos por su robo, porque, como siempre, el poder es una espada de doble filo.

Pero el poder, pensó el hombre junto a la corriente, sea cual sea su coste, es vida. Sin el robo, su especie no hubiese sobrevivido a aquel interminable invierno de antaño, extinguiéndose como tantas otras.

El hombre estiró los brazos hacia arriba, como si fuese a abrazar la luna, en el momento en que la nube que pasaba quedó teñida de plata en los bordes por el resplandor.

Después la luz brilló en su rostro. Se preguntó qué querían realmente los dioses.

Ella, cuyo toque le daba el poder de cambiar de lobo a hombre y de hombre a lobo, parecía despreocupada por la adoración y nunca le había pedido agradecimiento.

Y, de hecho, él ni siquiera sabía si debía estarle agradecido, pues, como el fuego, aquel regalo llevaba consigo sufrimiento y dolor. Era un regalo adornado por un cruel conocimiento y una consciencia de absoluta pérdida.

Entonces fue lobo de nuevo, alegrándose de haber dejado de lado una comprensión de la vida que de momento no deseaba.

Recordaba fuego, y sólo fuego... aquel espíritu, aquella eterna ambigüedad que podía proteger, crear y destruir.

Y el lobo partió, la única criatura despierta en un mundo dormido.

Ser consciente, y saber de aquella consciencia, era una maldición que le roía poco a poco... una maldición que debía ser extinguida con sangre, fuego y venganza.

¿Cómo sabía él quién era el hombre? Lo había visto. ¿Por qué estaba seguro de su culpa? Para el lobo, aquello hubiera sido una pregunta ridícula. Lo había olido, con una certeza que no podía negarse... el olor de la culpa que está más allá de la resolución, o la ira, o el miedo.

Incluso su más antiguo ancestro, nadando en aquel primer mar, había visto, había sabido. Y en alguna parte, su rudimentaria consciencia había podido almacenar la información presentada por sus sentidos.

Los humanos, en su ceguera, piensan que la inteligencia tiene un único camino: ¡el suyo! Pero su cerebro —más viejo y sabio, aunque no tan agudo— sabe que el conocimiento tiene muchas rutas y facetas.

Ninguno de nosotros es una sola cosa. No más de lo que lo es un arbusto, un árbol o incluso una mala hierba. Somos una combinación de muchos factores, formas, tamaños, olores, movimientos, hábitos. Cada uno chocando con las consciencias de otros... de otros a los que nunca vemos.

Así que el lobo conocía a aquel hombre. Se había fijado en él, como en aquellos otros, en la hora entre el día y la noche, en el lugar que no era ni agua ni tierra, sin imaginar su propósito hasta que fue demasiado tarde. Demasiado tarde para detener su tarea. Una tarea que su mente, como lobo o como humano, nunca podría comprender o, siquiera perdonar... ni en el año que había pasado, ni nunca.

Ahora el hombre en cuestión había visto su rastro cerca del curso de agua que pasaba junto a su granja y estaba en guardia.

No era el único hombre cuya culpa había sentido, visto y olido el lobo. Pero el primero no había sospechado que estaba siendo cazado y había caído fácilmente en su trampa. Éste satisfacía al lobo al sufrir más que el primero.

Así que había prolongado deliberadamente el acecho durante varios meses. Era el momento de ver quién sería el ganador en aquel desafío de voluntades.

El lobo se movió en silencio por un rastro de ciervos, a través de un oscuro bosque renacido hacia tierras más trabajadas. La noche avanzó con él. La tierra dejó ir su calor. El aire se quedó quieto, y el rocío empezó a condensarse en la hierba y los arbustos. Los cazadores de la medianoche y el amanecer dormían, con la barriga llena o vacía igual que sus presas. Nada se movía a aquella hora. El lobo bajó la mirada hacia la granja. Era una casa redonda, con un tejado de paja de forma cónica. Había un granero de forma muy parecida a la casa, pero más pequeño y abierto a los lados. Cerca estaba el objetivo del lobo: un corral de ovejas hecho de paja.

La casa y el granero estaban al borde de un campo de trigo que llevaba hasta una corriente, otro pequeño tributario del río en la garganta. El granjero había empezado a llevar las ovejas al interior para la noche.

El lobo se acercó al campo de trigo. No le ofrecía muchos escondrijos. Las espigas eran apenas lo bastante altas como para rozar sus hombros y su vientre. Los jirones de niebla entre las cargadas espigas humedecían el pelaje del lobo al pasar entre ellas. La tierra desnuda entre las hileras estaba fría bajo sus pies.

Se agachó al acercarse a los edificios de la granja, deslizándose por el suelo, pareciendo un poco de polvo movido por el viento a través de los surcos. Pero un observador atento hubiese notado que no había viento en aquella oscura hora antes del amanecer.

Un mastín del tamaño de un ternero dormía encadenado a un poste frente al corral de las ovejas.

Estás tan confiado que te has dormido, pensó el lobo. Qué tonto. Yo no dormiría conmigo cerca. Bueno... no despertarás. El perro no llegó a hacerlo.

El lobo se dejó caer en el corral.

Las ovejas, sacadas de su sueño por el rugido del depredador entre ellas, intentaron huir en todas las direcciones a la vez. Dos de ellas atravesaron las paredes, y el corral se desintegró. Los aterrados animales salieron disparados al patio y por entre el trigo maduro. Un viejo carnero intentó hacer frente al lobo, que flanqueó los cuernos bajados y le embistió en el hombro, haciéndole salir rodando. Asustado, el carnero huyó con los demás animales.

El lobo hizo una pausa y se quedó de pie en el patio, jadeando. Una de las ovejas empaladas en la estructura del corral en ruinas alteraba la noche con sus gritos de angustia. La otra colgaba muerta a su lado.

Una luz se encendió en la casa circular. Dentro, una mujer empezó a gritar maldiciones e insultos. El lobo se sentó, con la lengua oscilando. Les costaría un rato hacer acopio de valor.

Unos pocos segundos después, un hombre salió a la carga, con una lanza en una mano y una antorcha en la otra. Otros dos, armados sólo con garrotes, le siguieron con más cautela. El primero lanzó una mirada de horror al mastín muerto, después al corral derribado y a las dos —pues la que había estado lamentándose ya había dejado de hacerlo— ovejas muertas. Y al lobo sentado tranquilamente ante ellos.

Cargó contra el animal, lanza en alto.

El lobo se dio la vuelta, desvaneciéndose en la oscuridad, como una nube de polvo llevada por el viento.

El granjero, irracionalmente furioso, le persiguió por el campo de trigo... seguido, aunque más despacio, por los otros dos.

—Volvamos a la choza —oyó el lobo que susurraba uno de ellos—. Se ha marchado. Podemos buscarlo por la mañana.

El lobo se aplanó expertamente sobre el suelo, entre las espigas de trigo, y

avanzó.

Estremecido, el granjero alzó la antorcha y sujetó mejor la lanza. Su transpiración hacía que la tosca madera fuese resbaladiza. Podía sentir el sudor en la frente y los sobacos. No veía a sus dos compañeros, sólo a un círculo de oscuridad más allá de la luz de la antorcha.

Vadeó un mar de trigo rojo y maduro. Las espigas se agitaban, emitiendo un suave rumor bajo el viento del amanecer. ¡Dioses! ¡Dioses! ¡No! No había viento: el aire estaba inmóvil por completo.

El lobo le golpeó alto, entre las paletillas. Un par de mandíbulas increíblemente poderosas le aplastaron el hombro y el brazo izquierdo mientras caía... el brazo que sostenía la antorcha.

Vio que la antorcha escapaba de su mano, volando libre hasta caer a unos tres metros de distancia. Tuvo unos pocos segundos para reparar en el que el trigo maduro estaba seco como la yesca...

El lobo se detuvo en la ladera y echó una mirada al terrible espectáculo que dejaba atrás. El hombre sobre el que había caído ya no luchaba: era una forma ennegrecida yacente en un mar de fuego. Uno de sus cobardes seguidores estaba envuelto en llamas y corría locamente por los campos, ayudando a propagar el incendio. El tercero había escapado. Él y la otra mujer de la choza sujetaban a la esposa del granjero, impidiendo que se lanzase frenética e inútilmente a su muerte.

Ya más cerca de los árboles, el lobo volvió a mirar atrás. Los campos de trigo eran un lago de fuego. La casa también había sido alcanzada, y la madera y la paja alimentaban la columna de humo que se elevaba en el cielo. Incluso los manzanos y el huerto de membrillos ardían, pues el trigo había sido plantado en hileras entre los árboles. Los humanos supervivientes huyeron hacia la seguridad del río.

El hombre que saludó a Blaze era débil, canoso y casi ciego. *Oh, dioses*, pensó él. *¿Cuántos años han pasado?* Recordaba a un hombre saludable y vigoroso de unos sesenta años. Pero debía de tener al menos ochenta.

El anciano entró torpemente en una casa de una sola habitación, en realidad una choza desvencijada con techo de paja. Los campos, antaño para alimentar al viejo Druida, estaban descuidados, vacíos de ganado y llenos de hierbajos. Alguien había estado atendiendo el pequeño huerto y el estanque. Cebollas, puerros y nabos florecían junto a la puerta.

Con un suspiro, Blaze siguió al viejo al interior. Mir hubiese debido ser reemplazado años atrás para poder vivir en paz sus últimos días. Enviado a su casa en Irlanda, donde cuidarían de él y su familia. Pero en aquellos tiempos difíciles, ninguno de los suyos se había preocupado lo bastante como para molestarse. O había dispuesto de tiempo.

El interior de la casa era oscuro, la única luz un pequeño fuego en el hogar. Una

mujer se inclinaba sobre una pila de barro hundida en las brasas.

Mir la señaló.

—Mi mujer —dijo—. No logro recordar su nombre.

La mujer alzó la cabeza y Blaze vio que era muy joven, no más de dieciséis años. Al mirarla más de cerca, vio que tenía unas horribles cicatrices. Su rostro estaba cruzado por varias líneas hinchadas. Parecía como si alguien hubiese usado una hoja muy afilada para acuchillarla una y otra vez.

La joven intentó sonreír al ver a Blaze, pero no consiguió mostrar más que una retorcida mueca.

—Vete —dijo Mir—. Los hombres tenemos que hablar.

Ella asintió, sacando la olla de las brasas.

—¿Está listo el estofado? —preguntó Mir.

Su mujer asintió de nuevo antes de escurrirse al exterior.

Blaze y Mir se sentaron a la mesa. El primero contempló la luz verde y dorada del sol más allá de la puerta. Se estremeció: estar en aquella casa era como sentarse en una caverna y mirar el brillante mundo que había fuera. Vio a la chica cruzando el prado y desvaneciéndose entre los pinos.

Un olor extraño flotaba en la habitación. Procedía de la burbujeante olla.

—¿Qué clase de estofado es? —preguntó Blaze.

—No podría decírtelo —contestó Mir—. Nunca lo como. Me arreglo con un poco de pan y queso. Mi gente me da las sobras de sus propias mesas. Y mi huerto da algunos frutos de vez en cuando.

—¿Es mala cocinera?

—No lo sé, simplemente no me molesto en comer lo que prepara. Una vez vi que echaba una serpiente en la olla, un puñado de saltamontes y una paloma. La serpiente estaba viva, y salió. Algunos de los saltamontes también lo hicieron. La paloma tenía el cuello roto y se quedó, pero no estaba limpia y tenía todas las plumas. Luego echó tres ratones vivos, pero pude rescatar al gato antes de que acabase también en la olla. De todas formas, huyó.

Blaze meneó la cabeza como si intentase despejársela.

—El gato... ¿huyó?

—Sí —dijo Mir—. Lo agarró por la cola, y al gato no le gustó nada.

—¿Por qué hace esas cosas? ¿Se lo has preguntado?

—No habla —contestó el viejo.

—Oh —dijo Blaze.

Mir se encogió de hombros.

—Ella pertenece a este lugar. Necesita protección. No es peligrosa, y resulta cálida por las noches. Podría estar peor. Designaré a alguien para que se quede con ella cuando yo me haya ido. Pero no te he llamado para que hablemos de esa medio imbécil, sino del lobo.

—Ah, sí. El lobo. Ese lobo que se porta como un hombre.

A la noche siguiente, el gran gris se alejó de su manada. Era su deber hacerlo. Había atacado a humanos, arriesgando las vidas de sus compañeros. Los humanos no hacían distinciones, viendo a todos los lobos como asesinos hambrientos, y destruirían, a veces después de torturarlo, a cualquier lobo que pudiesen atrapar.

Un glaciar había creado aquel estanque eones atrás. Era parte de una pequeña corriente alimentada por el deshielo en el verano y por manantiales artesianos naturales en invierno. De alguna forma, el agua no se congelaba nunca. El lobo se había preguntado muchas veces por ello, sorprendiéndose ante aquella inclinación suya hacia la curiosidad. Su especie no solía interesarse por aquellas cosas.

Las primeras gentes que llegaron al valle llamaron al estanque el Espejo de la Dama. La Dama en cuestión ya era anciana por aquel entonces y estaba eclipsada por una hueste de otras deidades, pero aún era recordada, sobre todo durante sus horas, el amanecer y el crepúsculo. En aquellos tiempos, los habitantes del valle evitaban el lugar, temiendo poder verla caminando por allí y que se acercase, a saber con qué fines. La Dama era reverenciada, respetada, amada y temida. Los encuentros con ella podían ser muy infortunados, y además, ¿quién sabe en qué está pensando una diosa? Quizá también evitasen el lugar porque sabían que era el comedero de los lobos que bajaban de las montañas al anochecer para cazar en los valles. Al alba se reunían de nuevo para volver a sus cubiles más allá de la arboleda.

El sol enviaba largos rayos desde más allá de los picos occidentales cuando los lobos llegaron para beber. El bosque crepuscular gemía al paso del viento.

El agua hacía honor a su nombre de Espejo reflejando el oscuro bosque de abetos y el cielo del crepúsculo. El estanque terminaba en una cascada que caía con brillante suavidad sobre un tramo de negros escalones de basalto y a otro lago más pequeño. Desde allí se convertía en un torrente que bajaba por la pronunciada pendiente hasta las rugientes aguas valle abajo.

Se acercó al estanque con cautela, atento a los lugares donde podían esconderse ballesteros al acecho. No encontró nada. Oh, alguien había estado allí. Alguien viejo y de paso ligero. Percibió aquello sin ver motivo de alarma.

Al llegar al estanque, lo encontró desierto, salvo por las golondrinas que buscaban insectos sobre la superficie como el cristal. Las mujeres que se bañaban bajo las caídas de agua habían estado y se habían ido.

Las mujeres le recordaban aquellas partes más tiernas de las presas, y le reducían a algo tan cercano a la culpa como podía sentir un lobo. Pero las encontraba irresistibles. Una loba a mitad de invierno, toda colmillos, su vientre hinchado por las crías, los ojos amarillos resplandeciendo de miedo por sus hijos no nacidos, solía ser el mejor argumento de su compañero para el celibato.

Pero las hembras humanas eran una seducción andante. Cubrían su desnuda piel rosa y marrón con prendas casi igual de blandas. Carentes de pelo, eran como pétalos de flor, sedosas, aterciopeladas y fragantes. Los lugares calientes de sus cuerpos

teñían el aire en torno a sus ingles con una variedad de olores, algunos atrayentes, embriagadores y, por fin, cuando se acercaban al orgasmo... enloquecedores. Pero lo más succulento de todo era su rendición. Ante la resolución del deseo, se sometían sin reservas, derritiéndose en torno a su cuerpo, en sus brazos, y en sus propios placeres sin límite como si se entregasen a la muerte. De hecho, cuando la primera a la que abrazó alcanzó la culminación de su deseo, él temió por un momento que hubiese muerto en sus brazos. Sólo el sonoro y persistente tamborileo de su corazón le confirmó que no la había destruido en su impulso.

Son esclavas, había pensado al principio, modeladas por el torrente de sus propios deseos de macho tal y como los cantos rodados del lecho del río cobraban forma bajo la corriente sin fin. Atraídas por el mismo Eros desde el vientre de la tierra y moldeadas sólo para el deleite de los salvajes asesinos machos que las rodeaban e intentaban enloquecidos poseerlas tantas veces como fuese posible. Creadas de pies a cabeza para enloquecer. No había nada en ellas que no pudiese inspirar placer.

Pequeñas, de pies arqueados, tobillos estrechos, piernas suaves, muslos sedosos, nalgas aterciopeladas, una columna que podía seguirse hasta la nuca con labios y lengua mientras ellas chillaban de deleite, retorciéndose y ronroneando extasiadas como gatas salvajes. Y los pechos. Ah, dioses, aquello. Los lobos nacen ciegos, luchando entre sí por llegar hasta las mamas de su madre en la oscuridad. Aquellos pechos que cogía con las manos y succionaba con los labios llevaban a su memoria aquel primer y triunfante chorro de leche en su boca. Los suaves globos, casi como copas, eran el recordatorio de un mundo generoso donde un hombre podía beber y el logro derramarse hasta sus ingles, calentando todo su cuerpo como aquel primer y cálido gusto a vida le había dicho que viviría. Asaltado por el primer temor de una vida independiente de no encontrar calor, comida y amor... el abyecto terror a no sobrevivir, aquel primer gusto le había dicho que lo haría, siguiendo el camino hasta su estómago y llenando todo su cuerpo de calor.

Las oscuras cazadoras de su especie ocultaban sus encantos excepto cuando tenían que alimentar a sus crías. Las mujeres no. Empujaban sus tiernas bellezas hasta la vista, recordando a los hombres el poder de las mujeres, haciendo que se sentasen y suplicase. Sí, al principio había considerado a las mujeres esclavas, juguetes de sus salvajes compañeros. ¿Por qué no? ¿No sabían aquellas mujeres que hasta las bestias más feroces huyen aterradas del hombre? Quizá fueran esclavas de la casi incontenible lascivia de los machos... o quizá la hubiesen creado ellas, fomentándola hasta que el obsesionado macho se convertía en presa de sus propios deseos. Una presa de las mujeres que le satisfacían.

Se había encontrado con ella en un bosque oscuro, y ella había cambiado su idea de los hombres. Para su olfato, las señales aromáticas que enviaban sus cuerpos eran más atractivas que la comida.

Los hombres se apiñaban al borde del bosque, y la cruda sexualidad y violencia flotaban sobre ellos como una espesa niebla. Al otro extremo del bosque estaban

reunidas las víctimas sacrificiales. La docena de jóvenes, de pie junto a la sacerdotisa de túnica oscura, estaban agrupadas al lado de una pila de leños humeantes. Estaban desnudas, y sus pieles brillaban por el aceite. Unas hierbas verdes habían sido arrojadas al fuego y las mujeres bailaban despacio y sin coordinación, en la espesa niebla, mitad vapor y mitad humo, que se alzaba del fuego.

El lobo conocía el rito. Lo había visto antes. También sabía que los hombres luchaban entre sí por el privilegio de unirse a la cacería.

El procedimiento era sencillo. Cuando la punta de la luna tocase el extremo de la roca erguida, las chicas serían conducidas a la arboleda, y los hombres las seguirían. Las jóvenes tenían como máximo dieciséis años, y eran todas vírgenes: ya no lo serían cuando saliesen por la mañana. Algunas estarían llorando. Todas sangrarían, pues si no sangraban al ser penetradas, serían azotadas por los hombres hasta que brotase la sangre. Y algunas, no pocas, estarían coronadas de flores y tendrían extrañas sonrisas en el rostro.

El lobo gris se encontró atraído a la forma humana por la poderosa magia que flotaba sobre la arboleda. Cada pelo de su cuerpo se había erizado como los de un gato. Después, como si le hubiesen empapado de agua helada, era un hombre, el aire de la noche primaveral frío sobre su piel. Boqueó, estremeciéndose mientras el canino en su interior intentaba librarse de lo que parecía una cascada de hielo. Permaneció en pie, temblando violentamente, sus ojos clavados en las mujeres.

La sacerdotisa que había estado observando cómo se elevaba la luna gritó algo al grupo que custodiaba a las chicas.

Oyó el sonido de un azote sobre la carne. Las chicas se agitaron cerca del fuego como yeguas asustadas. Agitaban las cabezas, con los largos cabellos al aire. Las sacerdotisas llevaban largas varas flexibles de sauce. Las mujeres giraban y se retorcían, gritando, intentando escapar de los golpes. Pero seguían luchando y resistiéndose a entrar en el bosque, menos temerosas de lo que al fin y al cabo eran sólo unos azotes que de lo que esperaba en la oscuridad bajo los árboles. No empezaron a correr hasta que vieron a los hombres cruzando el prado a toda marcha... cargando en silencio, los puños crispados y una mirada salvaje en los ojos.

La que había escogido él, una joven menuda y de cabello negro, corría sobre las últimas hojas del otoño como un ciervo herido. Por rápida que fuese, él hubiese podido atraparla en segundos, pero, con la deliberada pericia de un depredador, se contuvo hasta que estuvieron en lo más profundo de la arboleda, envueltos por la espesa y negra noche de terciopelo. La única luz llegaba de las estrellas, densa, brillante, reluciendo allí donde el cielo era visible entre las ramas.

Él la atrapó.

Ella gritó.

Sus sentidos de lobo le hablaron de un lecho de hierbas, la derribó, dejándola sin aire durante un segundo.

La salvaje penetración no era para un lobo. Ella ya estaba gritando y pateando,

arañándole allí donde creía que estaría su cara en la oscuridad. Él quería oler, tocar, saborear y, por fin, beber su sustancia. Enterró su cabeza en el punto más excitante que pudo encontrar su cerebro de lobo. Un lugar cuyas emanaciones eclipsaban al resto. Sus ingles. Lamió vigorosamente. Sus gritos y forcejeos se convirtieron en otra cosa. Se quedó quieta, tendida. Él encontró estructuras inexistentes en los lobos. Profundizó... era un lugar tierno y sabroso.

Ella pateaba violentamente, pero no contra él. Algo más que chupar. Ella boqueó, gimió, rió salvajemente y después aulló, emitiendo unos sonidos que él pensó que hubiesen avergonzado a una perra en celo. Arqueó el cuerpo hacia atrás, con sus nalgas golpeando el suelo. Él intentó apartarse, pero ella le había atrapado la cabeza entre los muslos y le metía las manos entre el pelo. Él sintió deseos de beber hasta dejarla seca, y lo intentó.

Ella estaba henchida, como era normal: las lobas también se ponían así. Pero otras cosas no eran tan normales. Estaba caliente como una rama chamuscándose en un fuego, hasta el punto de que parecía arder de fiebre. Su corazón atronaba. Él siguió y siguió hasta que ella se incorporó, gritando.

—¡Apágame! ¡Hazlo ya!

—Dolor —dijo él. La palabra sonó casi como un gruñido por la falta de práctica.

—¡Por todos los dioses! —Su cuerpo estaba estremecido, sus uñas le recorrían la espalda, marcándole la piel—. ¿Crees que ahora me importa el dolor?

Pero sí le importaba. Él lo descubrió cuando entró por la fuerza en su dominio íntimo.

Ella cayó hacia atrás, mordiéndose un lado de la mano para no gritar, su cuerpo empapado de repente por el sudor.

—Espera —susurró, poniéndole la palma de su otra mano contra el pecho. Respiraba rápida y profundamente, no con jadeos—. El sacrificio es válido. Siento la sangre. El espíritu macho, el toro de los bosques, toma su tributo. El dolor de una mujer, su terror, su sangre, le pertenecen. Yo le he dado el mío, como fui escogida para hacer.

Maeniel, más hombre en aquel momento de lo que había sido nunca, intentó apartarse. Su mente perseguía las palabras por los ciegos senderos de su cerebro, sin poder encontrarlas. Quería decir «Ha terminado; estás herida y sangrando. Tu dios debería estar contento», pero no conseguía formular el pensamiento. «No» era la única respuesta que conseguía formar. Intentó liberar su miembro del cuerpo de ella.

La joven le abrazó, apretando sus labios contra los de él. Sus dientes se encontraron a través del labio inferior de Maeniel.

Una rabia roja barrió todo el lobo y toda la humanidad. Por un segundo fue, como ella quería que fuese, un ser primario y sin consciencia. Completó el acto de la penetración brutalmente, como una venganza definitiva.

La piel de ella se enfrió, los latidos de su corazón vacilaron. Por un instante, él creyó haberla matado, pero entonces la joven se agitó. Lloraba, pero su piel se

calentaba cada vez más rápido. Al parecer casi en contra de su voluntad, se inició una profunda pulsación.

—Oh, no —sollozó ella—. Me dolerá. No puedo soportarlo otra vez.

—¡Ahora no! —dijo él.

Por un momento, ella permaneció perfectamente equilibrada entre el placer y el dolor. Después el placer inclinó la balanza y ambos quedaron atrapados en una llameante tormenta de deseo mutuo que consumió todas las dudas y precauciones.

Exploraron apasionadamente el cuerpo del otro, sin cesar, con inagotables energías, mientras la noche avanzaba. La luna se puso, y después la Pléyades. Todo cuanto quedaba eran las frías estrellas solitarias cuando el viento del amanecer empezó a soplar.

Ella estaba deshecha por el agotamiento cuando se sometió a él por última vez, con las pulsaciones de su cuerpo incendiándole de nuevo. Se quedó tendida sobre los helechos, una muñeca de carne, con las profundas inhalaciones del sueño.

Encontró a otro hombre dormido, agarrado a un pellejo de vino medio vacío y cubierto con una manta de lana. Se despertó cuando Maeniel tomó ambas cosas, pero un puñetazo del lobo gris le devolvió a los brazos de Morfeo.

La joven tragó el vino sin despertarse, acurrucada bajo la manta. Maeniel encontró un arbusto de bayas cerca, y la coronó con los laureles de la victoria. La neblina era un resplandor plateado entre los árboles cuando la dejó para que la encontrase el sol.

Los recuerdos se desvanecieron. Por encima de las montañas, el sol se hundía entre las nubes. El lobo rodeó el lago y trotó hacia las cascadas, hundiéndose hasta el pecho en el estanque inferior. Su cabeza sobresalía indefensa del agua quieta, invitando al ataque de cualquier cazador que hubiese oculto entre los árboles. No llegó ninguno.

El lobo alcanzó la orilla, confuso. Los hombres eran criaturas vengativas. Estaba seguro de que le recibirían allí. Pero no. Llegó a la suave arena de la playa al borde del lago, salió del agua y se sacudió para secarse.

Sabía que le superaban en astucia y crueldad. No podía imaginar qué estarían planeando. ¿Alguna incomprendible locura como la de la chica?

Culpa. Un sentimiento conocido por perros y lobos, además de por los hombres. Ninguno disfruta de la emoción. El lobo gris tampoco lo hacía. No le gustaba recordarla. Los recuerdos de la pasión carnal que habían compartido estaban mancillados por la imagen de su final.

Por un momento, el lobo sintió terror de caminar a veces sobre dos piernas. Los humanos eran crueles con una inventiva y un deleite que no podía comprender. Pero él participaba de su naturaleza. De hecho, estaba siendo tentado para alejarse de su inocencia salvaje cada vez más a menudo. Aquello le asustaba, pero ella y los demás de su especie le hacían seguir adelante.

Le hubiese llevado cien años descubrir que en realidad ella no había sido

hermosa. Y tampoco joven. Había parido tres niños, uno de ellos muerto al poco tiempo, y criado a los otros dos, que ya estaban crecidos cuando él conoció a su madre. Cuando el lobo gris se enteró, se sintió agradecido. Agradecido de que no se hubiesen conocido antes y de que ella hubiese tenido una vida larga y plena antes de su encuentro casual.

El sol se hundió tras la montaña. La brisa del anochecer hizo ondularse la superficie del lago y el pelaje del lobo.

Vio al hombre.

Es listo, pensó el lobo. Se quedó inmóvil. El observador estaba de pie en los bosques, cerca de lo alto de la colina. Había elegido la posición cuidadosamente. La brisa alejaba su olor del lobo, y estaba esperando a la larga sombra de uno de los pinos. Sólo la oscura silueta de un hombro y el inconfundible perfil de un rostro humano le denunciaban. Mientras el lobo miraba, el día se desvaneció, sus ojos se cruzaron en la última luz, y vio un resplandor... el blanco de un ojo humano.

Volvió la cabeza deliberadamente y contempló al observador, dejándole saber que había sido visto. El hombre no hizo ningún movimiento, amenazador o no, así que el lobo se escurrió en el agua, cruzó el estanque a nado y se marchó.

¿Qué es lo que pasa?, se preguntó Blaze mientras volvía a casa de Mir. Todo lo que había visto era un lobo. Ciertamente, se trataba de un lobo enorme, más grande que muchos hombres. El espeso pelaje gris sugería un cazador de montaña, con su hogar en los altos pasos, moviéndose con sus compañeros a través de los glaciares. Blaze le había visto claramente en las sombras junto al lago. Pero aquel grueso pelaje gris y blanco sería invisible sobre la nieve.

Blaze se estremeció, no del todo a causa del repentino frío de la noche. Sí, alguien que estuviese abriéndose camino por los ventisqueros podía mirar directamente a la criatura gris y no verla hasta encontrarse mirando un par de grandes ojos de color amarillo y pardo, a sólo unos palmos ante él. Para entonces sólo habría tiempo para unos instantes de oración.

Había oído hablar de hombres muertos por aquellos aristocráticos asesinos salvajes, incluso de hombres que viajaban con grandes grupos armados. Al oír aquellas historias, siempre había sentido una cierta impaciencia con aquellos idiotas y sus escoltas, que a veces habían sido llevados ante él pidiendo clemencia, contando su historia de haber perdido a un compañero o a una persona muy importante, y diciendo que no era culpa suya, que no habían oído ningún grito o, en todo caso, sólo uno muy breve. Entonces, cuando se apresuraban a deshacer sus pasos, encontraban sólo unas pocas gotas de sangre filtrándose en la nieve. Tras ver a aquel lobo, incluso desde lejos, sintió de pronto mucha más simpatía por ellos.

Mientras se abría camino por un tramo de espesura excepcionalmente difícil, oyó un susurro a su espalda. La boca de Blaze se secó de repente, y descubrió que sus

rodillas habían perdido la firmeza. Mir afirmaba que aquel lobo era a veces un hombre, y que siempre parecía capaz de pensar como uno.

La criatura le había visto, y no había nada que impidiera al gigantesco depredador despistarle yendo en una dirección para después, en cuanto le hubiese perdido de vista, darse la vuelta y ponerse a su espalda en el oscuro bosque.

Blaze buscó entre sus ropas la lámpara que le había dado Mir. Estaba bajo su manto, colgando de una correa al hombro. Encendió rápidamente una llama, golpeando un pedernal con un anillo de hierro en su dedo. Cuando la mecha se prendió, se dio cuenta de que sus manos temblaban. Alzó la lámpara y vio que estaba en un pequeño claro. Las ramas de un enorme roble se extendían sobre su cabeza. La tierra bajo sus pies estaba cubierta por un mosaico de verdes hojas de roble.

Estuvo a punto de darse la vuelta para mirar atrás, pero en el último momento se dio cuenta de que en realidad no quería hacerlo.

—Padre de los dioses, protégeme —susurró al pasar junto al gran roble. En aquel mismo instante, vio el fuego que Mir había encendido en el claro ante su casa.

Soltó un suspiro de alivio y corrió hacia delante. Al llegar al borde del bosque se detuvo por un momento, intentando apagar la lámpara de un soplido.

Algo tiró de su manto. Pensando que se habría enganchado en alguna rama, se dio la vuelta y se agachó para soltarlo.

Los ojos estaban a apenas unas pulgadas.

Supo que estaba gritando. Como una mujer. No se hubiese creído capaz de gritar así, pero lo hizo.

Se liberó del manto que había cogido el lobo y le arrojó la lámpara al lomo. De alguna forma, sin que pareciese moverse, el animal esquivó el llameante proyectil.

Blaze corrió como creía que ya era incapaz de correr... como un aterrado niño de doce años.

Mir le esperaba a la puerta.

Boqueando, Blaze volvió la mirada al claro vacío. La hoguera seguía crepitando, las llamas agitándose con pequeños chasquidos y alzándose hacia el cielo. Vio su manto al borde del bosque, caído como una salpicadura negra junto a la vacilante lámpara que se apagaba poco a poco por la humedad de las hojas.

—Dime —se las arregló para jadear—, dime que no lo he soñado.

—No —contestó Mir con voz cansada—. No lo has soñado, pero intenta no preocuparte mucho por ello. Entra. Los lugareños te han honrado con su mejor hidromiel y hay platos cubiertos, carnes asadas y pescado en la mesa. Yo recogeré tu lámpara y tu manto.

—No —se opuso Blaze, agarrándole del brazo—. Aún podría estar cerca.

Mir le miró con tristeza.

—Seguro que lo está. No ha hecho más que jugar contigo. De haberte querido, te hubiese atrapado antes de que llegases a mi casa. Hace mucho que sé que podría cogerte en cualquier momento. La noche después de que... ella... muriera, me

desperté. Creo que debía de ser la hora novena, la más larga y oscura de la noche. El bosque estaba en silencio; a aquella hora incluso los peces del fondo del río están dormidos. Pero él estaba despierto, sentado sobre las ancas, la cola en torno al cuerpo y al lado del hogar. Sus ojos brillaban verdes a la luz del fuego. Me miró de tal forma que supe que, fuesen cuales fuesen nuestras intenciones, las mías... las de ella... él no... —La voz del anciano se perdió en el aire—. Bueno, no importa. Yo recogeré el manto y la lámpara. Tú pasa adentro y come.

Blaze entró en la casa. El fuego del hogar ardía animadamente. Como le había dicho Mir, la mesa estaba cubierta de platos, y apetitosos aromas se elevaban de ellos. La chica que había visto antes dormía en la cama, con el pulgar metido en la boca.

Se sirvió una copa de vino. La jarra hizo ruido contra el cuello de la copa. Tragó el oscuro fluido.

Mir volvió con el manto y la lámpara.

—Sé que antes no me creías. Sé lo que pensabas: «ese viejo chocho de la choza ha pasado demasiado tiempo en compañía de ciervos y pájaros, su mujer loca y la soledad del bosque; su cerebro está trastornado». Era eso lo que pensabas, ¿verdad?

—Supongo que podría ser —suspiró Blaze—. Bueno, no lo sé. Desde luego, ahora no.

Mir asintió.

—Es una maldición. Debemos librarnos de ella. Eres el más grande de nuestra orden que aún queda en la Galia. Ayúdanos.

Blaze se sentó a la mesa, sirviéndose distraídamente otra copa de vino. Sus ojos se estrecharon a medida que sus temores se desvanecían y empezaba a pensar.

Lejos de allí, el lobo se reunió con su manada en una arboleda presidida por una imagen femenina de madera. A veces, en ciertas fiestas, las mujeres afligidas por la esterilidad acudían allí para bailar a la luz de la luna. Pedían a la Dama —no tenía otro nombre— tener un hijo. Supuestamente los hombres no podían ir bajo pena de muerte, pero muchos desafiaban la prohibición y entraban a hurtadillas, escondiéndose en los árboles que rodeaban a la imagen. Lo hacían porque las mujeres bailaban desnudas, bailaban entregadas a un ardiente deseo, y con frecuencia se acoplaban en total abandono con aquéllos cuyas voces las atrajesen a la oscuridad y cuya caliente semilla llenase sus vientres vacíos. Al fin y al cabo, en la embriagadora primavera, las abejas saqueaban las flores de día y de noche. Lo que no podía ganarse en el lecho conyugal podía ser robado a la luz de las estrellas. Pero todo aquello llegaría en primavera.

Ahora era otoño, y el invierno montañés se acercaba rápidamente. Ahora, sólo los lobos bailaban y jugaban a la fría luz de la luna. Rodaban por la corta hierba marrón, frotaban sus cabezas y mandíbulas contra la imagen y, finalmente, cantaban a la luna antes de la caza.

No, ella no había sido hermosa, pero él no comprendía los cánones de la belleza humana. Qué rápidos eran para intentar encajar por la fuerza algo tan mutable y efervescente en un molde tan estrecho. Atrapa el viento en una red o detén el juego de la luz solar sobre el agua en movimiento, y sabrás lo que es la belleza, pero aún no habrás podido captar el deseo, el fuego en el vientre que nos lleva al triunfo, el corazón roto o la desesperación.

Había resuelto que la hembra humana de la arboleda fuese la última para él. Su dolor le había asustado. Ninguna loba conocía tal sufrimiento, y quizá ninguna descubriese jamás que era el umbral del placer casi trascendental que la humana había mostrado tan libremente al final. Así que permaneció lejos del lago y se concentró en su tarea: dirigir a la manada, mantenerla alimentada, asegurar la protección de sus miembros más débiles y mantener el orden. Quizá, si no hubiese perdido a su compañera en el liderazgo, la hembra que complementaba su poder entre las demás hembras, hubiese podido escapar de la trampa que le esperaba. Pero la gran hembra de la manada había muerto bajo las garras de una osa, y llevaba una estación sin la compañera adecuada.

El invierno había sido duro. Nadie más que él recordaba alguno peor. Los romanos asolaban el valle... aunque él no los conocía como romanos, sino simplemente como hombres bien armados y a caballo, con poderosos arcos compuestos y que querían pieles de lobo por algún propósito. Una manada del valle había sido diezmada.

Él guió a la suya a las alturas. Los hombres acampados en el valle exterminaban a las piezas de caza, que eran cada vez más difíciles de encontrar, a medida que avanzaba el invierno y la nieve se hacía más profunda. Así que, cuando la manada persiguió a un flaco alce hasta un ventisquero y acabó con él, no estaba dispuesta a ceder su presa a una osa enfurecida que intentó arrebatársela.

Ellos eran los líderes, y conocían su deber. Como el más fuerte, él guió el ataque, rodeando a la osa, lanzando mordiscos, distrayéndola mientras los lobos se alimentaban de la humeante carne y la sangre del alce caído. La osa, famélica, sus reservas de grasa agotadas por el largo invierno y las necesidades de su oseño, no se mostró intimidada ni frenada por sus tácticas. Se volvió hacia los lobos y estuvo a punto de herir a uno de los machos de un año. La manada se apartó, gruñendo, del cadáver.

Necesitaban la comida, y el gris lo sabía. Algunos de los lobos más viejos ya estaban débiles. Podía percibir por el olor del aire que una ventisca barría el paso: si no se alimentaban ya, el viento y las bajas temperaturas acabarían con varias vidas aquella misma noche.

Se enfrentó a la osa, haciendo que se apartase de la presa con un rugido de furia. La osa giró sobre sus patas traseras y le lanzó un golpe. Él no fue lo bastante rápido, y una franja de finas líneas apareció en su flanco. Se movió en círculo, intentando

ponerse detrás de la osa, pero ella le siguió. La loba saltó para embestir a su enemiga, pero la osa giró de nuevo, poniéndose a cuatro patas, y en un movimiento demasiado rápido para que lo siguiera el ojo, envió a la loba rodando por la nieve entre sangre y gañidos. A pesar de todo, la madre de la manada había dado al gris la oportunidad que necesitaba. El lobo atacó el enorme fémur, que crujió entre sus mandíbulas. Logró saltar justo a tiempo de eludir otro peligroso zarpazo de la osa. El hueso roto surgió a través de la piel como una jabalina. La osa soltó un grito de dolor, girando una y otra vez en el mismo sitio, la nieve mezclándose con la sangre bajo sus zarpas. Giró y giró, hurgando desesperadamente en la herida que la estaba matando hasta que, por fin, sus esfuerzos terminaron y se hundió para morir en el charco escarlata.

Ignorando el cadáver de la osa, los lobos volvieron a su presa. La loba se puso en pie, se sacudió la nieve y, cojeando se acercó a él para tomar su parte. Las primeras nubes de la ventisca llegaron hasta ellos. Copos de nieve moteaban su pelaje incluso mientras terminaban de rebañar los huesos del alce. Cuando acabaron, la osa era sólo un montículo blanco junto a los ensangrentados restos de su presa. Entonces, la loba se alejó cojeando.

Él sabía a dónde iba: al cubil donde había parido a sus crías durante tantas estaciones. Tenía la cabeza gacha y las orejas hacia atrás. Cojeaba mucho, y parecía estar sufriendo. Los demás lobos tenían otro refugio, e irían allí.

Él la siguió.

El cubil estaba más allá de los árboles. Ella subió y subió. Los copos de nieve caían constantemente, cada vez más numerosos. El cielo era de un uniforme gris oscuro que se oscurecía imperceptiblemente, borrando el color del mundo, luego estrangulando la luz poco a poco. Él siguió a la loba a través de la desolación barrida por los vientos.

La luz era gris azulada cuando llegaron al cubil. La entrada estaba cubierta de nieve. Ella entró y encontró un rincón cubierto de musgo seco. Se tumbó allí, quieta.

Él se puso a su lado, prestando a la loba el único apoyo y ayuda de que era capaz. Su gran cuerpo cálido se extendió junto al de ella. Oyó su suspiro, el mismo sonido que emitía tras el sexo. La última primavera no habían tenido descendencia: había sido un año estéril.

Tenía los ojos cerrados y el hocico puesto sobre el lomo de él, justo bajo el cuello. El gris se enroscó alrededor de su cuerpo tan bien como pudo. Fuera, el azul del anochecer se volvió negro. El viento aullaba cada vez más fuerte mientras la ventisca recorría las montañas, pasando sus gélidos dedos por los picos de piedra y las alturas glaciares, envolviendo a todo ser viviente y cálido que no estuviese a cubierto en un capullo de muerte helada. Gimiendo, suspirando y, al fin, gritando el triunfo del frío y la oscuridad sobre la luz y el calor, de una eterna muerte helada sobre la transitoria primavera.

No se dio cuenta cuando ella murió. Todo lo que supo fue que, en algún momento de aquellas negras, salvajes y crueles horas antes del amanecer, despertó para

descubrir que ya no podía sentir sus latidos y que, a pesar de su propio calor, el cuerpo de ella estaba enfriándose. Cuando se movió, la cabeza de la loba resbaló de su lomo hasta caer con un suave golpe sobre el musgo. Ella se quedó tendida sobre un costado, las mandíbulas ligeramente abiertas, la lengua sobresaliendo un poco, los ojos clavados en la oscuridad sin verla. Él apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y esperó la llegada del amanecer.

Al alba, salió del cubil. La tormenta había pasado. El sol brillaba sobre la nieve. El cielo era azul.

Volvió adentro: su compañera permanecía en el mismo sitio. La empujó con el morro y notó que ya estaba quedándose rígida.

Se dio la vuelta y salió. Se transformó en humano. Dios, hacía frío, pero aquello no llevaría mucho tiempo. Movié la nieve apilada hasta provocar una pequeña avalancha, sellando la entrada no sólo con nieve, sino también con piedras y rocas acumuladas sobre la placa de granito que había sido el techo del cubil.

Cuando hubo terminado, se convirtió de nuevo en lobo y marcó el lugar. Lo hizo de una forma que no entienden los humanos, de la forma en que los lobos marcan las trampas.

Éste es un lugar de muerte. ¡No entréis!

Los lobos no se lamentan. Aquello mostraba respeto por ella, por lo que había sido y lo que había hecho. Nada más.

Después se marchó para reunirse con los demás bajo el saliente donde se habían refugiado de la tormenta.

Es joven, pensó Blaze desaprobadoramente mientras la veía cabalgar hasta la choza de Mir. Demasiado joven para ser quien pretende ser.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Dryas —contestó ella. Montaba una hermosa yegua baya, e iba vestida con una chaqueta de cuero y una oscura falda partida que le llegaba casi a los tobillos, con un rico bordado de oro en los bordes. El largo manto marrón que cubría sus hombros estaba fijado en su pecho por un broche de hojas y flores de amapola.

—¿Has venido atravesando las líneas romanas? Patrullan por toda la campiña.

—No estaba muy lejos —respondió Dryas—. La mayoría de los gobernantes parecen haberse ido, pero quedan unas cuantas de sus mujeres. Algunas conservan el poder: querían mi consejo para sobrevivir ahora que la conquista romana se ha completado. —Desmontó, manteniendo las riendas en las manos.

—La respuesta es que no podemos —repuso Blaze—. Nuestra única esperanza es seguir...

—Ah, ya —dijo ella, irritada—. Y tentar a esos demonios a matar y mutilar al resto de nuestros hombres y vender más de nuestras mujeres como esclavas, una esclavitud que es sólo una forma más lenta de morir. No seáis necios, les dije.

Preservad lo que podáis, haced los arreglos que sean necesarios, pero vivid. Enseñad vuestras tradiciones a vuestros hijos. El viejo mundo ha terminado: ha empezado uno nuevo, ¿y quién sabe adónde llevará?

Blaze le clavó una gélida mirada.

—Es lo que esperaba del consejo de una mujer. Ni más ni menos. Pero no te he invitado a venir para que me des lecciones de política.

Ella se quitó el gorro de cuero. Una cascada de rizado pelo negro cayó extendiéndose a lo largo de su espalda.

—No esperaba que las pidieras. Los *hombres* lo habéis hecho estupendamente hasta ahora. Al menos la mitad de la gente de este maltrecho reino está muerta o ha sido vendida como esclava. Los demás, sus vidas arruinadas, luchan por sobrevivir entre los restos de todo lo que amaron. Y tú, Archidruida de la Galia, me mandas un mensaje pidiendo que envíe a una de mis mujeres, y te atreves a especificar que sea atractiva, para que haga de ramera con un... un... lobo. ¿Qué tontería estás tramando?

El rostro de Blaze se volvió escarlata de furia. Se acercó a ella, sin tener ni idea de lo que iba a hacer. Jamás había golpeado a una mujer. Pero las palabras de Dryas herían la parte más profunda de su ser, el lugar de su alma en el que la agonía de su pueblo era la suya propia.

Ella dejó caer el gorro y las riendas de su caballo, echando el manto a un lado. Llevaba una espada, que destelló a la luz del sol en un instante.

—Atrás —siseó, mostrando los dientes—. Si das un paso más te cortaré la mano. Al siguiente, será tu cabeza.

Mir había estado observando la escena con tranquilidad, y con la misma tranquilidad se puso entre ellos.

—Qué vergüenza —dijo—. Qué vergüenza —repitió, mirando a Dryas—. Él está desarmado, y yo soy tan viejo que un niño podría abusar de mí. Y es cruel zaherir a un hombre valiente por cosas que quizá nadie hubiese podido cambiar. Muchacha, por sobresaliente miembro de tu orden que seas, hay una verdad que enseña la vejez: todos hacemos lo que podemos, pero a veces el destino nos agarra por la garganta y quedamos indefensos.

Dryas retrocedió un paso, envainando su espada.

—Perdóname, anciano padre —dijo respetuosamente a Mir—. He pasado mucho tiempo cabalgando, y lo que he visto aquí me pone enferma.

En aquel momento, la muchacha a la que Mir llamaba su mujer salió al exterior y miró a Dryas.

—Oh —susurró Dryas al reparar en su mirada vacía y el rostro desfigurado por las cicatrices—. En el nombre de todos los buenos espíritus, no me habíais hablado de este tipo de problema.

Mir se hizo a un lado.

—Haz lo que puedas —dijo—. Sé que los miembros de tu orden suelen calmar la

desesperación de quienes han sido llevados más allá de la razón por el dolor, y a veces incluso logran recuperar lo perdido. Haz lo que puedas.

La muchacha se acercó a Dryas, que la tomó de la mano para guiarla hacia el bosque.

Blaze estaba sentado a la mesa, bebiendo un poco de vino, cuando entró Mir.

—¿Qué te parece Dryas? —preguntó.

—Muy parecida a los hombres —contestó el anciano, sentándose al otro lado de la mesa—. Es decepcionante. De alguna forma, uno espera más de las mujeres. No se me ocurre por qué, pero nos volvemos a ellas cuando hemos agotado nuestras fuerzas y nuestras soluciones, como si no compartiesen nuestras debilidades y faltas. Como si pudiesen aportar otra visión y deshacer nuestros nudos gordianos sin necesidad de una espada. Pero creo que ayudará a mi «mujer»: es la primera vez que la veo mostrar confianza en alguien.

Dryas entró en aquel preciso momento. Llevaba su manto y acababa de lavarse. Se sentó a la mesa.

—Supongo que debería sentirme halagada al ser comparada con un hombre, pero no puedo decir que lo esté, y no tengo soluciones para vuestros problemas. Y en cuanto a tu mujer, Mir, no hay gran cosa que pueda hacer por ella, con o sin confianza: el daño ya está hecho. Le he dejado algunas medicinas que aliviarán su dolor, y una que le pondrá fin para siempre, si es lo que elige; y he escuchado su historia.

La cabeza de Mir se alzó bruscamente en un gesto de sorpresa.

—¡Ha hablado!

—A mí, sí —dijo Dryas—. Conocí a su familia: era grande y poderosa. Puede que ella sea la última superviviente. Los romanos mataron o esclavizaron a los demás.

—Entonces, ¿no está loca? —preguntó Mir.

—Oh, sí, lo está. Pero a veces muestra lucidez respecto a ciertas cosas. Puede cultivar la mayor parte de lo que le he dado en el huerto. Se ocupa de él, ¿no?

—Sí.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—No lo recuerdo —dijo el anciano, evitando la mirada de Dryas.

—Bien —contestó ella—. Sigue sin recordarlo: es tan bueno como cualquier otra cosa. Ahora, por favor, dadme algo de ese vino y habládme del lobo, por este orden.

Blaze y Mir intercambiaron una mirada. Ambos parecían incómodos. Dryas suspiró y cogió la jarra y una copa.

—Creo que tú eres el superior —dijo Mir cándidamente.

—Y yo creo que tú estás más familiarizado con el problema —fue la respuesta de Blaze.

Dryas se sirvió algo de vino.

—Mientras los dos intentáis hacer que el otro pase primero por la puerta, creo que beberé algo.

Tras la muerte de la madre de la manada, el invierno fue mal. La hembra más vieja, la que siempre sabía dónde ir para encontrar presas, murió también, en la gris y pétrea dureza de mitad de la estación. Se tendió para dormir en la nieve con los demás lobos y no despertó a la mañana siguiente. El macho había perdido también su consejo.

Las hembras vírgenes luchaban con furia cada vez mayor por la posición de madre de la manada. Las dos candidatas más prometedoras se infligieron mutuamente heridas tan terribles que ambas murieron, dejando como ganadora a la tercera aspirante. Eso disminuyó la capacidad cazadora de la manada, ya que las dos lobas eran sus asesinas más rápidas y peligrosas. Aquella pérdida suponía un duro golpe.

En la primavera estuvo, por supuesto, a disposición de la hembra ganadora. Era una loba esbelta y nerviosa, muy celosa de sus prerrogativas como madre de la manada. Acosaba sin tregua a las demás hembras, lo que llevaba a constantes disputas y al mal humor entre los miembros más jóvenes.

A pesar de sus sentimientos de frialdad hacia ella, él se hubiese acomodado a sus deseos. Al fin y al cabo, se había ganado el puesto. Era lo que le exigía la ley de la manada: aceptarla graciosamente como compañera y ayudar en la crianza de los cachorros.

Pero para su moderada sorpresa, la hembra no mostró interés en él y tomó a dos machos que eran cuanto quedaba de la manada destruida por los romanos. También era su derecho, elegir a sus propios compañeros si lo deseaba. Él podría haberse afirmado con más fuerza. Otros líderes lo hubiesen hecho, pero él se sintió más aliviado que otra cosa y la dejó tranquila.

La hembra volvió de sus escapadas, por fin satisfecha, preñada y mucho más tranquila que cuando se fue, y él se dio por satisfecho con no tener que ocuparse de sus necesidades. Además, ya se había encontrado con la mujer rubia del estanque.

La mujer había bajado de la pequeña aldea de pastores y granjeros, para refrescarse en las frías aguas, bañarse y arreglarse el espeso pelo rubio rojizo. Era ancha de caderas, y sus pechos eran grandes y erguidos. Los pezones sobresalían incitantes. Su piel era muy blanca, y él observó que se mantenía en la sombra. Aquella piel no se bronceaba: probablemente se quemaría. La mujer estaba cubierta de pecas de los pies a la cabeza.

Se fue acostumbrando a verla cada día mientras dormitaba sobre la roca plana que dominaba la cascada. La encontraba deliciosa, pero no a la manera de la comida. Habitualmente, ella se marchaba cuando el sol estaba en lo alto. Incluso en pleno verano, las aguas del estanque podían ser muy frías cuando los rayos de sol dejaban de caer sobre ellas y avanzaban las sombras del bosque.

De día, el cambio le resultaba difícil y a veces imposible. Para cuando sentía que

las alargadas sombras del crepúsculo tiraban de su carne y se tendía un puente entre su mundo y el de los humanos, ella ya se había ido.

Muy bien, pensó. Unas cuantas veces había sentido la tentación de deslizarse tras ella cuando volviese a la choza en la que vivía. Una o dos veces, incluso había jugueteado con la fantasía de entrar en aquella morada circular con techo de paja por la noche. Podía ver incluso en la más profunda oscuridad. Conocía los aromas de la mujer, en cierto modo más reales para él que su aspecto.

Tras el baño, era frecuente que ella se relajase en uno de los pocos lugares soleados no invadidos por los matorrales ni ensombrecidos por viejos árboles. La gran roca de granito estaba enterrada, pero se adentraba lo bastante en el agua para crear una plataforma un poco por encima del lago. La parte superior estaba demasiado desnuda para que creciese nada, pero había una gruesa alfombra de agujas de pino. Recibía tres o cuatro horas de sol al día. La radiante luz bajaba hasta las claras aguas del lago, destellando sobre los lucios, truchas y a veces pequeños esturiones que iban y venían como fantasmas en el agua.

Todo el año, salvo en los meses más oscuros, flores silvestres rodeaban la alfombra de agujas de pino. El serpol emergía de la nieve con la bergamota de flores azules. Las violetas florecían en primavera, blancas, púrpura oscuro, amarillas. Más avanzado el verano, zanahorias silvestres, margaritas amarillas, girasoles y dientes de león iluminaban la hierba. Las campanillas asomaban en los altos pinos, escondiendo su lacia belleza a la sombra de los troncos cubiertos de corteza y agujas.

Sin saberlo, la mujer dejó su marca sobre las agujas caídas. Por ejemplo, él supo que el deseo crecía en ella, respondiendo a la atracción de la luna al menos tres veces a la semana. No sabía dónde expresaba la mujer aquel deseo, pues acudía al lago a solas. Su piel tenía el aroma de las flores. Le llevó un tiempo comprender que aquel olor no era simplemente el de su suave carne, sino el aceite de rosas que se ponía tras el baño. El olor de sus axilas le recordaba un poco al de las cebollas... dulces cebollas silvestres pasadas por el fuego. Cuando la mujer se iba, él bajaba hasta la roca para beber su complejo perfume y a veces rodar sobre la alfombra de agujas de pino.

Por supuesto, un día, quizá por accidente, quizá inevitablemente, ella se quedó demasiado tiempo. Había llegado bastante tarde: el agua estaba a la sombra, pero los árboles y el pequeño claro estaban iluminados por una luz dorada. La mujer se dio un baño rápido. El agua estaba helada, y volvió de inmediato a la orilla para descansar en el lugar de costumbre mientras dejaba que el sol de la tarde calentase su cuerpo estremecido.

Ella se estiró sobre la plataforma. El lobo pudo sentir su languidez, la relajación mientras el calor fluía a través de su cuerpo y la fiera luz naranja se abría paso por entre sus párpados. Se sorprendió un poco cuando los dedos de su mano derecha buscaron su ingle. Le costó unos instantes comprender lo que la mujer estaba haciendo: entonces se dispuso a contemplarlo, ávidamente.

Una cierta humedad hacía brillar el pelo rubio rojizo de su vulva bajo el sol. Sus labios se abrieron un poco, y el lobo pudo ver la punta de su lengua entre ellos. Por fin su espalda se arqueó, y la expresión profundamente concentrada se convirtió en una reposada sonrisa. Exhaló un profundo suspiro cuando la primera oleada recorrió su cuerpo, después boqueó por segunda vez, emitiendo un suave gemido cuando la segunda la atrapó con mayor intensidad. Sus caderas empezaron a moverse como si estuviese acogiendo a un amante invisible. Los músculos de su vientre se contrajeron al cerrar sus caderas sobre el pene soñado. Entonces suspiró más fuerte, y al lobo le recordó a la madre de la manada. La mujer se relajó por completo, suspiró otra vez de placer y satisfacción, y se quedó dormida.

El lobo se puso en pie. Había tomado una decisión. Estaba maldito, pero el placer corría como el fuego por sus venas. Recordaba la arboleda. Él y los lobos sabían más que los humanos de la Dama que moraba allí, pues a veces habían visto su sombra caminando por ella. Nadie había visto su rostro y vivido para contarlo. Unos pocos habían tenido un atisbo de ella en el estanque al acercarse para beber. Nadie, animal ni humano, se volvía para encararse a lo que miraba las aguas por encima de su hombro... pero él supo que acababa de ver una de sus imágenes reflejada en un rostro humano.

La mujer despertó, un poco alarmada al ver que era tarde y el sol ya estaba tras las montañas, iluminando sólo las laderas rocosas por encima de los árboles. Se levantó rápidamente, envolviéndose en su manto y lista para apresurarse por el sendero entre los árboles. Cuando alzó la mirada, el aliento se detuvo en su garganta.

El hombre estaba apenas a unos pies de distancia. Desnudo, pero cubierto por una profunda belleza. Ella se había casado, había tenido amantes y era una buena conocedora de lo que estaba mirando: era el ejemplar más magnífico que había visto en su vida. Un sincero y abierto deseo ardía en los ojos de él: una pregunta, un ruego, una promesa, una urgencia, y por último pero no menos importante, una orden.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Dryas con una risita—. Desde luego, no perdió el tiempo contigo.

—Gracias por recordármelo —contestó Blaze agriamente.

—¿Y que queréis que haga yo al respecto?

—Matarlo —dijo Mir.

Dryas rompió a reír. Se puso en pie bruscamente y mandó su silla de una patada a la pared opuesta de la estancia.

—Oh, sois un par de bellezas. —Bebió de la copa de vino que aún tenía en la mano y se acercó a la silla, enviándola de nuevo junto a la mesa. La silla cayó con precisión en el mismo lugar que había ocupado antes. Dryas golpeó la pared con el talón, y una lluvia de barro cayó de la estructura de paja—. Agua y argamasa.

La mujer se acercó al fuego, cogió un cazo y un tenedor para la carne y dio una

vuelta por la habitación, entrechocando fuertemente los utensilios. Salió de la cabaña y caminó a su alrededor, golpeando con fuerza. Después volvió, cerrando la puerta tras ella.

Los dos hombres la miraron atónitos.

—¡Escuchad! —ordenó ella—. Decís que esa criatura puede caminar sobre dos piernas como un hombre. Y es muy posible que pueda entender lo que decimos, así que os sentáis en esta choza y habláis de nuestros planes en voz alta. ¿Cómo sabéis que no está oculto entre la hierba aquí al lado? Escuchando *cada... palabra... que... decís*.

Dryas estaba cansada. Había hecho un largo viaje, viendo únicamente muerte, destrucción y dolor. Los romanos habían quebrantado la voluntad de resistir del pueblo, y lo que era peor, los caciques que debían formar la espina dorsal de aquella resistencia habían sido asesinados, esclavizados o comprados por el poder de Roma, y eran incapaces de cambiar el destino de su gente.

Enclaves como aquel eran cuanto quedaba de una nación antaño poderosa. Aquella enloquecida y desesperada muchacha de las cicatrices sobrevivía a duras penas donde su sagaz, valiente y hermosa familia había gobernado. No, no gobernado, sino guiado a una sociedad que intentaba convivir en paz y justicia.

En su viaje a través de la Galia, Dryas había visto morir algo cuya misma existencia ignoraba hasta entonces. El dolor que embargaba su corazón era tan profundo que parecía apagar el sol, incluso en un día brillante. Algo estaba muriendo allí, algo más importante que cualquier simple humano que lo compartiese. Algo más grande que la suma de sus partes humanas.

No sólo estaba asustada por su destrucción, sino también por su propia incapacidad para comprender lo que sus instintos más profundos le decían que estaba ocurriendo. No era una intelectual, sino una guerrera, una persona de acción. Los sentimientos de pena amenazaban con hundir su alma bajo una ola de dolor, lo que hacía que descargase su furia ante aquellos dos viejos necios... los supervivientes de una clase de pensadores y maestros que había modelado desde el principio de los tiempos el único mundo que conocía ella.

Tomó aire, estremecida, y se cubrió los ojos con la mano. Sintió en la otra el seco tacto de los dedos de Mir. El anciano la palmeó suave y gentilmente, como consolaría a un niño.

Las lágrimas salieron de sus párpados, y cuando abrió los ojos para encararse con Mir, vio una cansada comprensión más profunda de lo que hubiera creído posible.

Su furia y su dolor se desvanecieron, dejándola seca y sintiéndose algo estúpida por haber bebido tanto vino con el estómago vacío.

—Entonces, ¿te niegas a ayudarnos? —La pregunta de Blaze tenía todo el peso de la autoridad ultrajada.

Dryas se volvió hacia él, la ira empezando de nuevo a teñir su rostro.

Mir le cogió la mano.

—¡Esperad! ¡Esperad! Os lo ruego a los dos. Piensa, Blaze: te queda muy poco de tu antiguo poder. Ahora dependemos más que nunca de nuestra buena voluntad. Y piensa tú también, muchacha: faltando casi todos los mejores guerreros, debo, como el pastor de un rebaño casi indefenso, protegerlo de una amenaza que puede destruirlo con tanta seguridad como los romanos.

Dryas cedió, alzando la copa para trasegar más vino.

—De acuerdo —gruñó Blaze—. Ya has dicho lo que querías. Los dos lo habéis dicho.

Dryas se inclinó hacia delante. Habló muy bajo y en otro idioma, la lengua de su propio pueblo.

—Bien —dijo—, os ayudaré. —Su mirada se clavó en la puerta y las paredes—. Pero *él* no necesita saberlo. ¿Me entendéis?

Mir se limitó a asentir, pero Blaze contestó en el mismo idioma.

—¡Dios! Han pasado años. Mi dominio de la lengua... no es completo y soy condenadamente lento, pero sí, entiendo las frases sencillas.

Ella asintió.

—Mañana. Al sol... en campo abierto.

Los dos hombres devolvieron el gesto, y Dryas se acabó el vino de un trago. Después pateó de nuevo su silla, fue hasta el rincón para coger su mochila y se volvió hacia la puerta.

—¡Espera! —exclamó Blaze—. Él...

Dryas dio unos pasos hacia él y habló de nuevo en caledonio.

—No me ayudéis. ¡Silencio! Sé lo que estoy haciendo.

Se dio la vuelta y desapareció en la noche.

Ella era una succulenta fruta prohibida para el lobo. Una mujer madura, envuelta en una confusión de aromas que era casi como el incienso. Aberturas suaves pero tensas y superficies de terciopelo.

Cuando la tomó, ella comunicó una exquisita y desconocida sensación a su mente y su cuerpo mientras él invadía el suyo. El lobo pudo ver, cuando ella cayó de rodillas ante él y después al empujarla hacia atrás para que se tendiese sobre las agujas de pino, que le deseaba y a la vez le temía. Y ambas sensaciones eran muy profundas.

—No me hagas daño —rogó ella.

No se lo hizo.

Ya estaba oscureciendo cuando la liberó, dejando que fuese a donde había quedado su ropa. Él se escurrió entre las sombras y se dio cuenta de que la mujer temblaba mientras se ponía las prendas y empezaba a correr de vuelta a la aldea.

Como lobo, estaba sorprendido ante su reacción. Era consciente de que le había dado placer, placer hasta el éxtasis. Y más de una vez. Comprendía que el miedo de ella había dado filo al deseo de ambos. Pero lo que no podía entender era la razón de

aquel miedo. ¿Pensaba ella que iba a atacarla, a hacerle daño durante un acto que daba tanto deleite a ambos, un acto de placer?

Cuando estuvo seguro de que ya no podía verle, volvió a su forma de lobo y siguió a la mujer entre los pinos de vuelta a su cabaña, la tosca granja celta en la que vivía.

Se quedó al borde del bosque cuando ella apartó a un lado la cortina de piel que cubría la entrada de su vivienda.

—¡Imona! —llamó alguien—. Estábamos a punto de bajar hasta el lago. Mira, tenemos las antorchas preparadas. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

—Lo siento —dijo ella en voz baja, casi un balbuceo—. Me alejé un poco para dormir después del baño. No pensaba que hubiese dormido tanto. El sol ya estaba detrás de las montañas cuando me desperté... Volví tan rápido como...

La otra voz femenina la interrumpió.

—Deberías tener más cuidado. Te juro que creo que haces estas cosas para traernos la miseria a todos.

—Lo siento mucho, Kat. No quería preocuparos.

Kat, ya, e Imona, pensó el lobo. *Kat chirría*. Maeniel se había encontrado con algunas pequeñas bestias peludas y con garras: tenían voces agudas muy parecidas. Permanecían cerca de las moradas humanas y vivían de lo que encontraban en ellas. Eran rápidas y podían subir corriendo a los árboles. La voz de Imona era baja y adorable, pero la tal Kat sonaba como una de aquellas fierecillas.

El viento de la noche empezó a soplar cuando las montañas desprendieron su calor, y el rugido del bosque ahogó el resto de la conversación.

Imona, pensó el lobo. *Tienen nombres. Ella tiene un nombre. Los lobos no. Sólo yo... el nombre que Ella me dio al hacerme más... o menos... que un lobo. Maeniel*. En lo alto, pequeñas nubes pasaban ante la resplandeciente media luna. *Los grises somos como esas nubes: cada uno distinto, pero de alguna forma todos lo mismo. Venimos, pasamos por la vida, vagamos por las montañas como vagan esas nubes ante la luna, y luego descendemos a la oscuridad para ser olvidados. Ellos se dan nombres que pueden recordar. Recordar lo que amaron al menos por un tiempo. ¿Intentan dejar atrás la muerte?* El lobo estaba sorprendido. Pensó en la madre de la manada, ya seguramente simples huesos en la húmeda tierra.

Y de pronto, el lobo comprendió en qué se distinguía del resto de la manada. Para ellos, si llegaban a pensar en la madre, era sólo un vago recuerdo. Gimió suavemente y se sacudió.

Un lobo aulló a lo lejos. Después, tan fluidos y rápidos como las gotas de lluvia se unen a una corriente, otros se unieron al coro. La nueva madre de la manada había sido la primera, después los machos jóvenes, y por último las ligeras hembras vírgenes. Él conocía cada una de las voces. Que conjuraban imágenes y asociaciones emocionales en su mente. Alzó la cabeza, pero con una previsión impropia de un lobo se dio cuenta de lo cerca que estaba de la aldea. No era prudente provocar a los

humanos ni a sus poderosos mastines guardianes.

Sabía que su manada se reuniría en el estanque antes de la caza, así que se dio la vuelta y entró en el bosque.



2

En el exterior de la cabaña de Mir, Dryas se envolvió en un manto de lana. El primer frío del invierno recorría el prado. Se detuvo un momento para dejar que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. *No tenía que esperar cuando era más joven*, pensó con amargura. Ni siquiera se había dado cuenta de la transición. Todavía era joven, pero la edad empezaba a hacer su lento trabajo, embotando las habilidades guerreras de su juventud.

En cuanto al lobo, si había que dar crédito a las palabras de Mir, la criatura usaba de modo distinto a hombres y mujeres. De hecho, si tenía algo de naturaleza canina, quizá fuese inofensivo para ella. Los aromas de la mujer no siempre eran fiables, pero había visto con frecuencia a feroces mastines gañendo sumisos al agitarse unas faldas femeninas.

Poco a poco, sus ojos empezaron a distinguir los troncos de los árboles y las demás estructuras que rodeaban la cabaña de Mir. Se movió despacio con las sombras.

La pequeña esposa del anciano había hablado de un sendero bien marcado que llevaba hasta un claro, y de una piedra erguida que dominaba todo el valle. Así que avanzó con cuidado por el traicionero terreno rocoso hasta que sus botas encontraron la senda. El camino estaba hundido por las numerosas pisadas. *Viejo*, pensó Dryas. *Muy antiguo y sagrado*. A su alrededor, los enormes pinos ocultaban incluso las estrellas en lo alto. No había luna, y no podía ver nada bajo los árboles.

Al principio, la cuesta era suave, pero poco a poco fue haciéndose cada vez más pronunciada, con un mínimo de giros hacia la línea de los árboles. No estaba segura de cuándo había empezado a desaparecer el bosque, pero poco a poco, a medida que iba subiendo, la sensación de caminar en una caverna disminuía al haber cada vez menos árboles y más pequeños, hasta ser sustituidos por maleza y enanos retorcidos por el viento. Al acercarse más a campo abierto, el viento empezó a soplar de manera

alarmante.

Escarcha, pensó. *Habrás escarcha en la hierba antes del amanecer*. De pronto fue consciente de que caminaba al nivel del suelo. Estaba en un pequeño prado de montaña que dominaba una profunda garganta por la que corría el río. La hierba era larga y sedosa, brillante como el lino crudo bajo las estrellas.

Recordó las palabras de la muchacha: ninguna bestia doméstica llegaba hasta allí. Sólo ciervos, muflones y cabras montesas. Todos habían olvidado el porqué. Todo lo que decían al hablar de ello era «trae mala suerte» o «no hay hierba suficiente para que valga la pena, y el camino es demasiado empinado: una buena res podría romperse una pata».

A un extremo del prado, había una masa de granito compacta como un enorme puño. El agua borboteaba desde una grieta cubierta de maleza cerca de lo alto, cayendo hasta crear una cuenca a los pies de la piedra y fluyendo hacia el pequeño arroyo que pasaba junto a la puerta de Mir.

Hizo una pausa para recoger sus cosas y siguió andando con cuidado. El prado acababa a su derecha en una pronunciada pendiente, rocosa al principio, cubierta después de musgo y maleza y finalmente por un bosque de pinos junto al río. A su izquierda había un escarpado acantilado, que se alzaba impracticable hasta dar paso a una serie de terrazas rocosas que llevaban hasta un pico cubierto de nieve.

Ve al manantial, le había dicho la chica. Cerca encontrarás la escalera.

Al acercarse a la masa de granito, vio la mano... y apoyos labrados en la roca. Si la muchacha no lo hubiese llamado una escalera, Dryas lo hubiese tomado por una consecuencia natural de los incontables siglos de lluvia y viento.

Dejó caer su mochila al suelo y metió la mano en el primer hueco. Era mucho más profundo de lo que parecía. Empezó a trepar y se dio cuenta, a su pesar, de que había algo que la chica no le había contado: la tosca escalera rodeaba la roca, de forma que estaba suspendida sobre el valle.

Cuando puso el pie en el hueco donde antes había estado su mano, se encontró sobre el río en el fondo de la garganta. Apretó los pechos y el estómago contra la piedra. Los músculos de su vientre se estremecieron.

El orgullo despertó. Era Dryas, del linaje real. Custodia de reinas y reina ella misma. *Sí, Dryas*, le dijo su sentido común, *pero la muchacha está más loca que un toro en época de monta y puede que esos huecos no lleven a ninguna parte*. Pero incluso mientras lo pensaba, se descubrió buscando impacientemente otro asidero. Al adelantar el pie unos momentos después, advirtió que su mano izquierda se había posado sobre una superficie plana. Un instante más tarde estaba en lo alto de la roca, descansando sobre una pequeña repisa orientada hacia el este.

La repisa era más bien angosta, pero estaba cubierta por la misma hierba espesa que el prado de abajo. En lo alto, el viento parecía soplar continuamente. A veces como una furia rugiente, otras como una suave brisa, nunca cesaba, y los dedos y mejillas de Dryas empezaron a entumecerse al cabo de unos momentos. El calor

provocado por sus esfuerzos acabó por desvanecerse, y el frío empezó a deslizarse en su interior. Bueno, la chica había dicho que estaban allí. ¿Pero dónde?

La luna empezó a elevarse sobre un pico lejano. A su luz, como habían previsto los constructores, Dryas pudo ver la elipse de piedras blancas entre la hierba y la pálida losa en el centro, brillando a la gélida luz de la luna. Asintió. Incluso podía leer aquello. Parte de su adiestramiento había consistido en aprender lo que significaban tales estructuras. Aquella hablaba tan claramente como un reloj de sol. *Hay, pensó, formas mucho más sencillas ahora, pero probablemente las inventaron las criaturas de este calendario lunar. Sí, saberlo es importante para nosotros.*

La sombra apareció cerca de la piedra en el centro del círculo, algo más oscura que el creciente resplandor de la luna y la neblinosa y distante luz de las estrellas. No emergió de la noche: un momento no estaba allí y al siguiente sí.

Dryas se estremeció. La muchacha había estado en lo cierto. Se puso en pie, retrocediendo hasta el borde, y luego empezó a bajar por donde había subido. Pero esta vez se concentró por completo en los huecos que servían como escalera. No miró hacia arriba. Quería hacerlo, pero descubrió que no podía. Se había topado con un fenómeno más aterrador que un descenso por un acantilado suspendida de las manos. Temía mirar arriba y ver algo, sólo Dios sabía qué... mirando por el borde... mirándola a ella.

Las flores, flores de cualquier tipo, le hacían recordarla. Mientras la había amado, el mundo había estado inmerso en el verano, y el alto valle alpino y los prados de las tierras bajas ardían en su fuego.

Más allá de las montañas, ardían otros fuegos. No eran tan hermosos, sólo dejaban cenizas y creaban borrones oscuros a través de un claro cielo azul. César estaba en marcha. Treparía sobre una pila de cadáveres hasta conseguir por fin la primacía mundial.

Pero el lobo no sabía nada de aquello, y tampoco le hubiese importado. ¿Qué eran para él los hechos del hombre? Él y su especie habían arreglado sus asuntos con el universo milenios atrás. Vivían de acuerdo con un código, un código que había evolucionado con su especie desde la oscuridad de los inicios de los mamíferos. Se dejaban guiar por él, aunque nunca habían intentado comprenderlo. No pensó en ello mientras espía a Imona y sus compañeras apresurándose colina abajo al amanecer para disfrutar de un baño en el lago.

Ella se quedó atrás, demorándose, como si sintiese su presencia y estuviese esperándole.

Sus brazos se cerraron en torno a ella desde atrás. La sacó del camino, llevándola tras un árbol.

Ella boqueó, pero no llegó a gritar. Le dio varias oportunidades de hacerlo, pero la mujer no las aprovechó. De hecho, cuando se giró y vio quién era, le echó los brazos

al cuello para darle un beso.

Él nunca había sido besado antes, pero era un alumno rápido. Decidió que le gustaba aquella forma de contacto humano y que quería aprender más al respecto. Había tiempo para ello. Cargó con ella colina arriba, hasta un lugar resguardado que sólo un lobo podría conocer.

Un amargo invierno atrás, una avalancha había marcado su violento paso a través de la línea de árboles. Cuando llegó el verano, fundiendo el hielo y la nieve, dejó una masa de rocas, árboles rotos y espesa vegetación en el bosque.

No era un sitio popular entre los humanos, pero a los lobos y gatos monteses les gustaba bastante. La zona en torno a los montones de piedra estaba plagada de pozos y víboras. Podías creer que estabas sobre suelo firme y de pronto cedía un tronco podrido o una rama rota, enviando tu pie o tu pierna a un agujero, retorciendo músculos o quebrando huesos. Los árboles tronchados por la avalancha siempre estaban a punto de resbalar y caer, clavando sus ramas astilladas al explorador descuidado. No era un buen sitio para pasearse.

Ella le besó en el cuello mientras se dejaba llevar.

—Dulce madre misericordiosa —susurró—. Creí que no volvería a verte.

Él rió.

—¿No tienes miedo? Los hombres de mi tribu... te matarían si te atrapasen.

—No creo que matarme sea tan fácil.

Justo en aquel momento, llegaron al lugar que había estado buscando, un pequeño claro sombreado por las grandes ramas de un pino roto y rodeado de bloques de granito y enormes fragmentos de pizarra llevados hasta el suelo por la avalancha. La dejó en el suelo, en un círculo de rotos cuchillos de piedra.

Ella hizo una pausa, pero sólo para quitarse su vestido. Estaba desnuda bajo él. Se cogió los pechos con las manos, ofreciéndoselos. Él los lamió al principio, succionando luego. Imona se retorció entre gemidos.

—No debería estar haciendo esto —sollozó.

Él se detuvo por un momento, profundamente confuso.

—No —gimió ella—. No pares.

Su espalda se arqueó. Él pudo sentir su sexo húmedo y caliente apretado contra su estómago. El aroma de su deseo flotaba en el aire de la mañana tan espeso como el húmedo rocío que impregnaba la hierba a su alrededor.

—¿Me deseas? —preguntó.

—¡Podría devorarte! —susurró Imona, frenética. Le clavó las uñas en el hombro, rasgándole la piel.

Él sintió empezar sus espasmos orgásmicos en cuanto entró en ella. En el breve momento de relajación entre el primero y el segundo, Imona boqueó:

—Tengo un marido.

Maeniel no hizo ningún comentario hasta que ella hubo alcanzado su tercer clímax. Entonces, cuando ya estuvo calmada, le preguntó:

—¿Qué es un marido?

La respuesta de ella no le satisfizo. Entre los lobos, nadie tenía tales derechos sobre otro. Los lobos no se emparejaban de por vida. Para ser exactos, en el sentido humano, ni siquiera se emparejaban.

El macho más fuerte de una manada conseguía el privilegio de procrear, como lo hacía la hembra más fuerte. Pero no se escogían necesariamente uno a otra.

El deseo dependía por completo de la receptividad de la hembra. Si no estaba receptiva, era mejor no intentarlo. De hecho, intentarlo podía ser muy peligroso.

Imona yacía en sus brazos. La niebla se iba disipando a su alrededor. El sol empezaba a calentar las rocas. La mujer dormitaba, acunada por Maeniel. Él estaba acostumbrado a dormir con sus compañeros de manada apiñados entre sí para protegerse del frío. Le parecía natural dormir abrazados en forma humana. Ella se agitó de pronto:

—¡La comida! Preparé un almuerzo. Está en la bolsa de cuero. Seguramente la dejé caer cerca del camino del estanque.

Maeniel se puso en pie y caminó hasta el claro iluminado por el sol. Desnudo, el sol hacía que sus ojos vacilasen y calentaba su piel de forma casi dolorosa. Quería cambiar, pero sentía que no era posible. Entonces huyó a la fresca oscuridad bajo los árboles.

Pero aquella parte del bosque no ofrecía mucha protección después de la avalancha, y no fue capaz de recuperar su forma de lobo hasta encontrarse en una especie de gruta creada por unas enredaderas.

Encontró la bolsa de cuero cerca de donde había interceptado a Imona. De pronto oyó unas voces, entre las que pudo reconocer la de Kat.

—¡Os digo que no está! Y he visto huellas de lobo cerca de su bolsa.

Maeniel cogió la bolsa mientras oía la réplica de otra voz.

—¿Un lobo? ¡Mi viejo y gordo culo! ¿Acaso eres tonta, muchacha? Ese marido suyo no ha valido para nada desde que se fue a la guerra. Los romanos le cortaron la mano y su hombría se fue con ella. Ni siquiera se molesta en intentar acostarse con Imona. Seguro que ha ido a encontrarse con algún hombre.

—¡Clarisa! —La voz de Kat tenía el agudo zumbido de una avispa furiosa—. León es mi hermano, y tu edad no te da ningún derecho a...

El lobo gris se fundió con el bosque justo cuando las mujeres llegaron al sitio donde había estado la bolsa.

—¿Qué? —gritó Kat al irrumpir en el claro y ver que la bolsa no estaba—. ¡Ha desaparecido!

Protegido por una espesa mata de bayas, casi impenetrable para los humanos, el lobo permanecía invisible.

Kat, una mujer menuda y morena, empezó a buscar.

—Estaba aquí —insistió frenética—. ¡Estoy segura! La vi hace sólo un rato.

Clarisa se rió de forma estridente. Era una mujer robusta con una larga melena de color castaño rojizo que ya empezaba a encanecer.

—Eso es porque han terminado de darse el primer revolcón y les ha entrado hambre. Han vuelto y han cogido la bolsa. —Los comentarios sonaban un poco incoherentes a causa de las oleadas de salaz diversión que ahogaban a la mujer.

Kat no parecía divertida.

—¡Maldita sea! Maldigo el día en que la dejé entrar en la familia. Maldigo los ojos en su cabeza, la lengua en su boca, las orejas con las que oye, la garganta con la que traga...

El cuerpo del lobo se estremeció cuando Clarisa puso fin a la diatriba con una fuerte bofetada en el rostro de Kat. ¡Crack! El ruido de la palma sobre la carne reverberó entre los árboles.

Kat retrocedió un par de pasos, tropezó y cayó de espaldas muy cerca del escondite del lobo. Se llevó una mano a la mejilla, con expresión atónita.

—¡Perra! —dijo Clarisa—. ¿Te crees una bruja? Cierra esa sucia boca y guárdate tus malos deseos para ti. El cielo sabe que Imona pide muy poco a tu familia. Es una buena trabajadora y siempre está dispuesta a ocuparse de cualquier tarea: es una criada gratis para ti, para tu hombre y para esa perezosa y vieja bruja de vuestra madre. Ha llegado a su climaterio y no puede tener más hijos, así que no deshonrará a vuestra familia. Y las dos hijas que le dio a León fueron una obvia decepción para todos vosotros. Ten un poco de compasión, mujer. La vida no ha sido amable con Imona.

—Es la hija de un cacique —chirrió Kat mientras se ponía en pie.

—Sí, y siempre te ha costado tragarlo, ¿verdad? —replicó Clarisa—. Bueno, ahora ya no importa. Sólo los dioses saben qué le pasó a su gente cuando llegaron los romanos.

Las dos mujeres se miraron en silencio. *Ha sido la palabra «romanos» la que ha llenado el aire de miedo*, pensó el lobo.

Kat hizo un gesto contra el mal de ojo.

—Ni los menciones —susurró—. Quemaron un pueblo en el valle el verano pasado. Este año, todo el mundo teme que vengan de nuevo.

Clarisa se estremeció. Una pequeña nube ocultó el sol, y el espeso bosque de pinos se volvió más oscuro a su alrededor.

—Kat, no seas necia. Intenta no ver lo que sea que esté haciendo Imona. Vuestra granja necesita todas las manos que tenéis ahora mismo. Tu madre y León son inútiles. Tú, Imona y Des sois quienes lleváis la carga. Sin ella, podríais morir de hambre. Ya tenemos demasiados enemigos como para estar atacándonos entre nosotros.

Aunque el tono de Clarisa era conciliador, Kat no pareció ceder.

—Vieja y viciosa urraca carroñera... Si vuelves a ponerme las manos encima, te

sacaré los ojos.

Kat se dio la vuelta, alejándose hacia el lago. Clarisa fue tras ella meneando la cabeza.

La nube pasó. El sol calentaba el bosque. El lobo gris llevó la bolsa de cuero hasta la gruta, y olisqueó el aire. Humedad. La lluvia debía de estar cayendo en el paso de las montañas.

Suelta la bolsa, le dijo algo en su mente. Déjala aquí... Vete. Encuentra a la manada. Habrá buena caza en los pasos de las alturas. Guíala lejos de aquí. Lejos, lejos de aquí... a los glaciares donde la nieve nunca se funda. Las altas cumbres estarán llenas de presas apiñadas en torno a lagos congelados todo el año salvo tres meses. En bosques tan espesos, el sol del día más brillante nunca llega al suelo, y puedes permanecer oculto del hombre para siempre. ¡Ve!

El lobo sintió de nuevo el tirón del deseo. Podía imaginar a la mujer, durmiendo graciosamente estirada a la fresca sombra de los brotes de primavera. La forma de lobo parecía un engorroso e incómodo disfraz, con un pesado pelaje que le daba demasiado calor a medida que el sol se alzaba en el cielo. Se deshizo de ella como si se despojase de un grueso manto de lana el primer día de calor de la primavera, y se puso en pie... como hombre.

Cuando volvió, ella extendió sus brazos hacia él.

—Temía que te hubieses ido para siempre —susurró, acariciándole el pelo.

Él estudió su rostro mientras yacían juntos. Quería hablarle de la amarga envidia de su cuñada y de la defensa de Clarisa, pero descubrió que carecía de las palabras necesarias para ello. Un lobo podía recordar aquellas cosas, pero no necesariamente ser capaz de comunicárselas a otro lobo.

Por unos instantes se preguntó qué y cuánto decir, pero la proximidad de la mujer empezó a excitarle hasta hacerle olvidar lo que consideraba el resentido refunfuñar de unas perras celosas. Las hembras, y los machos, de bajo rango se mostraban muy protectores con su modesto estatus, y pasaban gran parte de su tiempo libre intercambiando mordiscos y gruñidos. Tales broncas adolescentes no solían dejar heridos, pues los participantes casi nunca llegaban a pelear. Maeniel estaba seguro de que lo que había oído era algo similar. Los fuertes entre la manada ignoraban a los jóvenes hasta que se volvían demasiado molestos: entonces arreglaban las cosas, por lo general con un gruñido y unos cuantos mordiscos en el lomo.

Las mareas del deseo barrieron el recuerdo de su mente. Tenía en sus brazos a una mujer desnuda, indefensa y complaciente, más que dispuesta... hambrienta de las atenciones de un hombre. Podía explorar aquel cuerpo, un interminable pasaje de loco deleite, un macizo de flores que mostraban nuevos colores, fragancias, texturas y vividas emociones a cada nuevo experimento sugerido por la imaginación, las manos, los labios y el sexo.

Cuando el sol se deslizó tras los picos del oeste, ambos estaban exhaustos. Probó por primera vez la comida humana, compartiendo algo de pan, queso y vino con

Imona.

Ella se bebió la mayor parte del vino, y acabó llorando sobre su hombro con los brazos cerrados en torno a su cuello.

—¿Qué pasa? —preguntó él entre los besos—. ¿Te he hecho algo... algo que no quisieras?

Ella hipó y se puso en pie. Después se cubrió con el vestido.

—No... no... no... no... Eres maravilloso. Te amo. —Se limpió las lágrimas con los dedos.

Él se levantó a su vez y la atrajo hacia sí. Imona parecía tan pesada como una pluma. La llevó hacia las sombras crecientes bajo los árboles. El cielo en lo alto estaba iluminado por la luz del sol, que se filtraba dorada entre los pinos rotos. Las sombras de las rocas, los matorrales y los árboles eran negros como la tinta. El oro del cielo y el bosque parecía arder como salpicaduras de metal fundido sobre carbón.

Olió el reptil antes de verlo. Una víbora se bañaba en los últimos rayos del sol sobre una roca: su piel moteada se confundía con las agujas de pino y las hojas secas sobre las que descansaba.

Vio que la serpiente alzaba la cabeza para atacar e interpuso su ancho hombro entre ella y la mujer que tenía en sus brazos. Imona boqueó. Un grave gruñido retumbó en el pecho de Maeniel. De haber sido lenguaje humano, el sonido hubiera significado: *No, si eres lista no lo harás.*

El reptil echó la cabeza hacia atrás, se dejó caer y se desvaneció entre las sombras y las hojas muertas del suelo.

Imona suspiró aliviada. En lo alto, la luz se desvanecía paulatinamente, haciendo más profundas las sombras a su alrededor.

—No eres un hombre, ¿verdad? —preguntó.

—No. —Maeniel la soltó, dejando que quedase en pie en el camino.

Los dos podían oír la charla de las mujeres mientras volvían a la aldea.

—Seas lo que seas, no te dejes atrapar. Y vuelve... vuelve, por favor.

Maeniel sintió que el lobo tiraba de él hacia las sombras del bosque, pero llevó a sus labios la mano de la mujer en un breve y tierno gesto de despedida antes de escurrirse en la noche.

Todavía temblando tras la escalada, Dryas cruzó el prado, buscando un sitio resguardado para dormir.

Las hojas muertas caídas de los escasos árboles, enanos y retorcidos, que sobrevivían en la ladera, cubrían literalmente el claro. Habían cobrado un color blanco como el hueso a causa del viento y el frío.

Encontró un sitio cerca del punto donde el manantial salía de la roca. Aquellos lugares siempre eran sagrados: quien fuese descubierto contaminando la pureza del agua podía ser castigado con la muerte. Hizo una ofrenda de pan y vino, apenas unas

migajas y unas gotas, y se aposentó dando la espalda al acantilado. Preparó un fuego con leña seca recogida en el prado.

Las ramitas habían estado tanto tiempo en la hierba que no tenían más humedad que los restos de madera secados por el sol en una playa. Ardieron fieramente durante un momento, para convertirse al siguiente en brasas rojas como los ojos de un demonio haciendo guiños en la noche.

Dryas echó más ramas al fuego. Las llamas calentaron la roca, lo que haría que ella estuviese caliente durante la noche. Cuando sólo quedaron brasas, se enrolló en una piel de oso y se quedó dormida.

Como de costumbre, soñó.

Una vez, no mucho tiempo atrás, los sueños habían sido tal tortura que prefería emborracharse hasta la inconsciencia en vez de entregarse al descanso natural.

Pero aquella mala, muy mala época había terminado, y aunque a veces se despertaba con lágrimas en las mejillas, la pesadilla no lograba encoger su corazón haciéndole ver a los muertos como si viviesen. Aun en el más profundo sueño, ella conocía su pena y aceptaba el dolor y el vacío.

Era Dryas, la guerrera, maestra de espada, escudo y lanza. Experta en métodos por los que un hombre desarmado podía derrotar incluso a un enemigo bien pertrechado. Dueña del salto de salmón del héroe, con todas sus letales permutaciones. Capaz de leer la trayectoria de la espada de un enemigo y eludirla de un salto para decapitarle. Señora del hechizo y la locura de la batalla. Guardiania del conocimiento, olvidado incluso por aquellos galos. Lectora de círculos de piedra y de patrones funerarios cuyo origen se perdía en las nieblas del tiempo.

Había aceptado la tarea encomendada por Blaze. Debía detener a aquel lobo humano que acosaba salvajemente a la gente de Mir, atraparlo. Mientras Mir y Blaze hablaban, ella había trazado un plan para hacer frente a la amenaza. Aquella noche había dado los primeros pasos, pero desde luego no quería que aquel lobo sobrenatural reparase en sus intenciones.

No, aquello no sería nada bueno.

Se despertó un momento antes de quedarse dormida por completo. Todo cuanto quedaba del fuego eran brasas, resplandeciendo intermitentes en la sombra. En lo alto, el absoluto esplendor de las estrellas se arqueaba sobre su cabeza. Su frío fuego mostraba el pasado, el presente y el futuro al ojo capaz de leerlos, trazando misterios del principio y el final de los tiempos para toda la eternidad.

Sintió un nudo en el estómago. Estaba segura de que alguien la observaba. El lobo, o quizá simplemente uno de los oscuros moradores que guardaban el templo del águila en lo alto.

No lo sabía ni podía averiguarlo, pero en realidad tampoco importaba. Cualquiera podía acabar con ella si decidía hacerlo. Dryas era la carnaza en su propia trampa. Lo único que podía hacer era confiar en su buen juicio y seguir adelante. Aquel lobo no sería derrotado por la espada y la jabalina, sino por el sigilo y la astucia. Y aunque no

estaba muy segura de sus habilidades en tales campos... debía disciplinarse para no mostrar miedo. Así que se limitó a bostezar, girando sobre un costado, y se entregó al sueño.

Llegaron los romanos...

Las mujeres cubrieron de lino las pronunciadas pendientes que rodeaban los prados más llanos. Resistente al frío y la sequía, crecía mucho y rápidamente, sembrando sus propias semillas cada año. En otoño, las tejedoras cosechaban tanto como les convenía. Imona era una de ellas. Llevaría su telar a la puerta de su humilde morada, alimentaría a los pollos, patos y gansos de la granja y empezaría a trabajar en su último proyecto.

El verano había llevado mucha caza consigo. La razón, aunque el lobo lo ignoraba, era un tanto siniestra: la guarnición romana del valle había talado árboles para construir sus empalizadas, y quemado parte del bosque para prevenir revueltas y emboscadas.

Alces, ciervos, e incluso liebres y gallinas salvaje encontraban aquellos claros llenos de forraje.

Los lobos prosperaron, cobrando sus presas con rapidez y facilidad entre los más viejos y jóvenes de los animales que subían hacia los pastos de montaña. Hasta la cacería más desganaada aportaba comida suficiente para que la manada se hartase de comer y luego dormitase y jugase a lo largo de las hermosas noches de comienzos del verano.

Al amanecer, Maeniel se alejaba para cobijarse entre los salientes de roca que dominaban la granja de Imona. Dormía para digerir su comida nocturna y, antes incluso de que el resplandor rosáceo empezase a brillar en el cielo oriental, observaba los movimientos de la mujer a través de las paredes de paja mientras preparaba el fuego y empezaba a cocinar el pan y las gachas del almuerzo.

Más tarde, ya alto el sol, la miraba mientras se inclinaba sobre el telar, con la lanzadera volando a uno y otro lado para crear otra franja de tela de brillantes colores.

A mediodía, la brisa desaparecía. El sol caía a plomo, sin piedad. El resto de la familia se retiraba a la casa redonda o a otros lugares a la sombra para dormir durante las horas de más calor de la tarde.

Era su momento. Imona se alejaba ladera arriba, «para cuidar del lino», como decía a Kat, y ambos se encontraban. Ella no sabía cómo conseguía él encontrarla siempre. Sólo sabía que lo hacía y aquello le bastaba.

Para entonces, Maeniel se las había arreglado para conseguir algo de ropa: una gastada túnica robada a un soldado romano que había pasado una tarde bañándose en el río. Era dudoso que el hombre fuese a lamentar la pérdida profundamente o durante mucho tiempo. La prenda era una ruina descolorida y grisácea, andrajosa más allá de lo creíble. El lobo no reparaba en nada de todo aquello. Una prenda era para él lo

mismo que otra. La túnica era larga y lo bastante gruesa como para proteger su epidermis: tras un infortunado encuentro con una mata de zarzas, había descubierto que la piel humana era muy frágil.

En cualquier caso, sólo llevaba puesta la túnica el tiempo necesario para alcanzar a Imona. Después se la quitaba para disfrutar de su abrazo. Pues aquello era lo que hacían: amar, comer, y pasar durmiendo el resto de la tarde. A veces hablaban. De hecho, hablaban a menudo. O más bien lo hacía ella y él escuchaba. Tras su primera y única pregunta sobre la humanidad de Maeniel, Imona no volvió a hacerle otra. Él no esperaba que lo hiciese, comprendiendo de forma instintiva que ella temía perturbar el delicado equilibrio que preservaba la felicidad entre ellos, una felicidad casi ultraterrena.

Cuando terminaban de hacer el amor, ella sacaba la comida que llevaba siempre. Era una excelente cocinera, pero al principio Maeniel no lo había comprendido. Como un lobo, se limitaba a hacer desaparecer las viandas. Pero los dientes y mandíbulas humanos, moldeados por miles de años de saborear y compartir, no se prestaban fácilmente al método lupino de desgarrar y tragar.

Tras estar a punto de ahogarse por tercera vez, Maeniel aprendió a saborear su comida a la manera humana, y a apreciar la habilidad de la mujer. Imona preparaba pan con harina, realzando su sabor con miel, frutos secos e incluso queso duro. Él aprendió a disfrutar del sabor del jamón y el tocino que Imona ahumaba durante los largos inviernos. Las innumerables salchichas de cerdo, venado y vaca eran un infinito deleite para los sentidos. Y también había vino, y a veces hidromiel. Ahhhh...

Encontró una cueva cerca del risco desde el que miraba su casa. Era pequeña y el suelo estaba cubierto de arena, pero resultaba lo bastante profunda como para ser fresca en los días más calurosos.

Iban allí los días de canícula, cuando incluso las piedras quemaban bajo el sol del verano. En aquel oscuro y tranquilo lugar, ella le enseñó los placeres de sentirse un poco atontado por la bebida, y la lánguida relajación de una siesta veraniega juntos después de hacer el amor.

Cuando las sombras de los árboles se hacían más largas, Kat empezaba a llamar a Imona. Ella se incorporaba rápidamente y se ponía el vestido.

—Es raro —dijo él un día—. Te llama, pero nunca viene a buscarte.

—No quiere encontrarme.

—¿No?

—No —replicó ella, poniéndose en pie y mirando a través de las matas que ocultaban la entrada de la cueva—. Sabe lo que está pasando, pero me necesita: los quesos que hago y mis tejidos traen el poco dinero que tenemos.

El lobo recordó las palabras de Clarisa.

—Además —añadió ella mientras le daba un beso de despedida—, creo que está algo asustada de lo desconocido. Ya sabes: ¿quién podría ser ese hombre? A estas alturas, ya debe de estar segura de que no perteneces a ninguna de las familias de esta

pequeña aldea. Sí, lo sabe con certeza, pero no está segura de querer conocerte.

—No creo que se preocupara por mí —dijo él.

Imona meneó la cabeza.

—No lo haría —Contestó. Después se abrió paso entre la maleza y empezó a bajar en zigzag por la ladera.

A veces, ella iba de verdad a cuidar del lino. Las zonas de flores azules semejaban un descuidado tinte de la ladera, hundiéndose en el verde de los pinos.

Aunque el lino era resistente a la sequía, necesitaba ser regado en la peor y más seca parte del verano. Imona llevaba agua desde una corriente que fluía por el risco de un jardín a otro, una tarea difícil incluso con la ayuda de Maeniel.

El lino no era lo único de lo que ella cuidaba. En las zonas de la ladera más expuestas, secas y calurosas, cultivaba las hierbas que usaba para teñir sus hebras. La pequeña y aromática camomila, la milenrama, la olivarda... y una multitud más a las que él no podía dar nombre. Algunas eran silvestres: lo único que ella tenía que hacer era protegerlas y animarlas a crecer. Otras, como el saúco, no necesitaban ánimos, sino que bastaba con cosecharlas en el momento oportuno.

Los conocimientos de Imona sobre tejer y teñir le habían sido transmitidos por las mujeres de su familia... mujeres nobles que no hacían por sí mismas la mayor parte del trabajo, sino que estaban adiestradas para supervisar a los numerosos trabajadores asignados a sus casas para producir grandes cantidades de tela. Aquellos finos tejidos eran vendidos a comerciantes y llegaban a lugares tan lejanos como a Grecia o a las Islas Británicas.

Pero en aquella granja, ella estaba sola, así que tenía que ocuparse de todo el trabajo. Pero siempre había demanda de sus productos en las ferias trimestrales que acompañaban a las grandes fiestas de cada estación.

Con el tiempo, Maeniel llegó a conocer a toda la familia... lo que no fue muy difícil, pues ya quedaban pocos. Todos los hermanos de Kat, menos uno, habían muerto en las guerras que devastaron la Galia tras la invasión de César. Como había dicho Clarisa, del trabajo se ocupaban Imona, Kat y su marido Des.

Des era un hombre grande y tranquilo que temía la lengua y el temperamento de su esposa. El lobo se sentía confuso ante su laboriosidad, siendo el trabajo continuado algo tan ajeno a su naturaleza como la habilidad de Imona para tejer, hasta que ella le explicó que el trabajo de Des en los campos le permitía escapar del incesante acoso de Kat.

Maeniel conocía los olores de cada uno de ellos. Imona era una colección de aromas seductores. Kat era amarga, como si su frustración con la vida se comunicase a su ropa en una sucesión de frases severas. Des olía a su trabajo, a sol y sudor.

El marido de Imona, León, era el más extraño de todos. Para el lobo, olía a muerto. No el crudo olor de la presa recién cobrada, ni siquiera el fuerte olor a carroña de un cadáver descompuesto, sino el seco y mohoso hedor de una pila de huesos en las sombras, cubiertos de manchas oscuras de liquen y grises parches de

musgo.

Cuando oscurecía, el lobo bajaba arrastrándose para espiar por los huecos en las paredes de la choza. Los veía comiendo junto al fuego. Una pequeña vela iluminaba el interior. León comía aparentemente sin reparar en nadie a su alrededor, mientras que Des parecía disfrutar de su comida y de la compañía de su cuñada.

La anciana madre de Kat, desdentada y exiliada de la mesa a causa de sus sucios hábitos, se sentaba en un rincón, baboseando sobre un cuenco de gachas.

—Me gusta lo que tienes ahora en el telar —le dijo Des a Imona.

Ella se rió, replicando en voz baja.

—El rojo es difícil de conseguir. Encontrar un tinte rojo que no desaparezca con el lavado es cosa del diablo.

El lobo supuso que estaban hablando de la última tela de Imona. Había contemplado los arduos esfuerzos de la mujer en el telar, que habían ocupado la mayor parte de las tres mañanas anteriores. E incluso mientras estaba con él, Imona había parecido preocupada. Pero al ver el resultado, había disfrutado tanto como ella.

Imona había usado su lino más suave, tiñéndolo con el azul justo para que brillase como una perla, añadiendo después hebras verdes y, para terminar, un toque de rojo, llamativo para un humano, de color sangre para un lobo.

—Deberíamos quedárnoslo para nosotros —añadió Des—. Quizá colgarlo con el resto en la pared.

El lobo se dio cuenta de que las paredes de la pequeña morada estaban decoradas con tapices de brillantes colores, que captaban la luz del fuego y la devolvían coloreada.

Kat replicó bruscamente:

—¿De qué estáis hablando? Nada de reservar esa condenada cosa para decorar la pared: necesitamos cada sestercio que podamos rebañar. Sabéis que esos romanos vendrán de nuevo reclamando un tributo y que ese viejo idiota de Mir tendrá que pagar. ¿Qué es lo que os pasa? Imona, has pasado tres días jugando con ese estúpido telar, intentando que funcionase correctamente. ¿A quién le importan las delicadezas que te enseñó a tejer tu madre? ¡Haz telas sencillas y fuertes, es lo que vende!

Imona y Des se encogieron ante la furia en su voz. Incluso la anciana se estremeció, intentando ocupar menos sitio en el rincón ante la furia de su hija. Sólo León parecía ajeno al arranque de Kat: continuó comiendo, con los ojos fijos en un punto a lo lejos, ignorándola.

Des se aclaró la garganta, intentando sonreír.

—Querida, aun en el caso de que debamos venderlo, las telas finas alcanzan un mejor precio que...

—Un mejor precio, un mejor precio... —replicó Kat con un gruñido—. ¿Y quién tiene ahora dinero para lujos?

—Aun así —intervino Imona en su propia defensa, un poco a regañadientes—, es una habilidad valiosa que tengo. Kat, quizá en la próxima feria consiga atraer a

algunas aprendizas... Pagarían...

—Pagarían... pagarían... Hablas de pago: ¿y cuándo pagarás tú a esta casa por lo que nos has costado? Todo el ganado que le enviamos a tu padre por ti... y nunca has podido concebir un hijo varón. Dos niñas lloronas... y todo lo que consiguió León cuando fue a ayudar a ese hermano tuyo contra los romanos fue...

Kat gritó cuando León, que ni siquiera había parecido estar escuchando, le golpeó fuertemente la cara con el dorso de su única mano... la izquierda.

León se quedó en pie ante su hermana por un momento, y después, tranquila y maliciosamente, escupió sobre su cuerpo tendido y sollozante. Luego se dio la vuelta y salió de la choza, para perderse en el anochecer.

Horrorizada, Imona corrió hacia una jarra y empapó un trapo limpio. Kat se incorporó, llorando, y apartó a Imona cuando la mujer rubia intentó aplicar la tela a su nariz sangrante.

—Tú —gimoteó—, es todo culpa tuya. Él no habría perdido la mano si no se hubiese casado contigo e ido a ayudar a ese inútil de tu hermano. —Se volvió hacia su marido—. No eres un hombre. Ni siquiera defiendes a tu esposa...

—Calla —chistó Imona, apretando el trapo contra la nariz de su cuñada.

—¡Por todo lo que es sagrado, Kat! —gritó Des—. No veo que esto sea culpa de nadie. Imona no le cortó la mano a León. César lo hizo, y nadie empujó a León con una lanza para obligarle a unirse a la revuelta: lo hizo voluntariamente, esperando ganar gloria y botín. Bueno, pues no lo consiguió. Y en cuanto a los niños, nadie puede predecir cómo rodarán los dados. Por lo que puedo ver, estamos haciendo cuanto podemos, y tus gritos y pinchazos sólo empeoran las cosas.

Imona echó hacia atrás la cabeza de Kat para detener la hemorragia.

El lobo se alejó de la pared de la cabaña. *Bueno, los lobos también tienen sus disputas, pensó, pero no son tan amargas ni tan duraderas.*

Observó a León vagando a través de los campos que rodeaban la casa, y luego entre los árboles. El oscuro bosque no era seguro, no por los lobos de la manada de Maeniel, sino porque también era la morada de osos, lince y los más peligrosos de todos, jabalíes salvajes. Con la cabeza alta y las orejas erguidas, el lobo gris contempló cómo se alejaba. *Debería tener más cuidado, pero nadie le molestará, pensó. Lleva consigo el olor de la tumba. Yo no le atacaré: ¿por qué iba a hacerlo otro?*

A lo lejos, la manada se levantó, iniciando su canción nocturna. Un plateado resplandor lunar coronó los picos cubiertos de nieve. Las voces le llamaban al deber: sintió una extraña emoción, tan rara que le costó un momento identificarla y darse cuenta de que era piedad. Compadecía a Imona, atrapada en aquella apestosa casa durante la noche, mientras él era libre para vagar gozosamente a la luz de la luna y bajo las estrellas.

Dryas despertó antes del amanecer, todavía con la sensación de estar siendo observada. Alzó la mirada hacia las estrellas. Su pueblo había estudiado los cielos durante cuatro mil años. Sabía que en unos momentos el sol sería un resplandor en el horizonte oriental. Apartó a un lado la piel de oso, se puso en pie y empezó a caminar a lo largo de la corriente que atravesaba el prado. Al llegar al borde, el agua caía formando una pequeña cascada hasta otra cuenca de granito, alimentando un estanque.

Era como si alguien hubiese dispuesto guardias: frambuesas y zarzamoras se entremezclaban en espinosa abundancia a los bordes: las largas y retorcidas enredaderas carecían de hojas, pero mostraban gran abundancia de frutos: negros, azules, rojos y del púrpura oscuro de un manto imperial.

Recordó las palabras de la muchacha: *Nadie las come. Nadie puede forzar el paso entre las enredaderas.*

Dryas empezó a desnudarse: primero la blusa, luego la falda dividida, el ceñidor del pecho y el taparrabo de lino blanco.

Bajó, aferrándose a las rocas que bajaban hacia el estanque. La sensación del agua puso tensos sus músculos y le alborotó el pelo, haciendo que se extendiese por su espalda.

La sensación no fue de frío, sino de calor. El agua estaba caliente. En algún lugar cercano, un manantial de aguas termales debía de mezclarse con el arroyo. Aquello explicaba también los frutos y la abundante vegetación en torno al estanque: debía de hacer calor tanto en invierno como en verano.

Sus dedos se metieron entre el musgo mientras descendía. Unos momentos después estaba metida en el agua hasta las caderas, desayunando las bayas que relucían como joyas sobre gruesos bastones negros. Se sorprendió a sí misma disfrutando de su dulzura.

La luz aumentó a su alrededor, cada vez más brillante, hasta que pudo ver que las enredaderas eran sólo un delgado aunque peligroso anillo interior. Más allá, una arboleda de fresnos y membrilleros bordeaba el agua. La succulenta fruta amarilla de los membrilleros inclinaba las ramas todavía verdes hacia el suelo y las rojas bayas de fresno relucían como brasas contra el cielo azul de la mañana. Las hierbas acuáticas del estanque hacían que el fondo pareciese de sedoso terciopelo.

La dulzura de las bayas era tan embriagadora como el hidromiel. Le pareció que no podría hartarse de ellas, aunque las cogía y comía tan rápido como era posible. Se estiro para alcanzar una rama cubierta de frutos tan negros que brillaban con reflejos azulados. La hierba bajo sus pies era tan resbaladiza como suave.

En un momento, su mente fue invadida por la visión de una mujer con su pelo y su cara aplastándose el cráneo contra el lado rocoso del estanque. Su sangre fue una mancha escarlata en el agua hasta que la cascada se la llevó, dejando el cuerpo pálido

y desangrado para que se hundiese en el corazón azul del estanque y desapareciese en una pila de huesos blancos.

El pánico hizo que agarrase una gruesa enredadera. Las espinas mordieron su carne, pero aguantó el dolor hasta recuperar el equilibrio. Se dio cuenta de que estaba respirando pesadamente... de hecho, daba boqueadas. Tras afianzarse sobre la roca, soltó la enredadera y se lavó la mano. Como en su visión, la sangre formó una mancha escarlata para diluirse después en el agua cristalina, dejando las heridas de las espinas, furiosos cortes rojos y blancos en su piel.

La luz ya era brillante más allá de las enredaderas, los membrilleros y los fresnos. El bosque se extendía en una sucesión de hayas de tronco pálido, con el suelo alfombrado de hojas doradas.

Dryas era bella. No había pensado en aquella belleza durante años. Pero si podía atrapar al lobo con ella, las suaves superficies que le había otorgado la naturaleza serían por fin útiles para alguien.

En aquel momento volvió a sentir unos ojos sobre ella. Se irguió, retorciendo su largo cabello negro entre las manos para escurrir el agua. Sus brazos alzados hicieron elevarse sus pequeños pechos, unos conos perfectos coronados por pezones color fresa, mientras sus ojos buscaban discretamente algún indicio del espía.

Nada, nada que ella pudiera ver. La luz era más fuerte, y el agua formaba una pálida y ondulante cortina azul que caía desde lo alto, tejiendo un encaje de espuma en el estanque.

Por un momento, sólo por un momento, el agua marcó la silueta de un cuerpo femenino, como si hubiese una mujer invisible bajo la cascada.

El aliento de Dryas se quedó atrapado en su garganta, y la ilusión, si de una ilusión se trataba, se desvaneció. Vio las orejas sobre un saliente de roca cerca de lo alto de la cascada. Dos orejas puntiagudas, erguidas como si su dueño estuviese absorto en la observación de algo.

Sí, había acudido. Pero Dryas recordó la silueta femenina que le había parecido ver. *Algo, pensó, alguien no quiere que tenga éxito.*

Llegaron los romanos...

Ella estaba en lo alto de la colina, cosechando lino con una hoz de hierro. Él se tendió sobre la barriga a la sombra de un pino roto. Era el final del verano y la tosca túnica protegía su piel humana de la hierba seca.

Imona alzó los haces de lino, arrojándolos sobre rocas expuestas al sol, donde se secarían y quedarían listos para el enriamiento. Luego se quedó en pie, hoz en mano, mirando hacia abajo. Se limpió el sudor de la frente y se sacudió el pelo húmedo y pegado al cuello, las sienes y la frente.

El lobo vio cómo cambiaba su rostro.

—No —susurró ella, dejando caer la hoz.

Él reaccionó sin pensar. Se puso en pie en un instante y la pasó un enorme brazo en torno a la cintura, cubriéndole la boca con el otro para que no pudiese gritar.

Tres soldados y un oficial de la caballería ligera de César cabalgaban hacia la granja. El lobo no lo sabía en aquel momento, pero el oficial era vago y descuidado. Los soldados llevaban armas, pero habían dejado sus escudos y corazas. Tras ellos iba una carreta guiada por una mujer de las que seguían a las tropas.

Kat y su madre estaban trabajando en el patio de la granja. Los soldados hicieron a un lado a las mujeres y empezaron a robar el granero, llenando sacos improvisados con las telas y ropas que encontraron dentro.

Imona mordió el brazo de Maeniel. Él la ignoró, pero movió el brazo hacia atrás hasta ponerle la mano sobre la boca. La mujer se debatió, lanzando patadas.

León salió, avanzando hasta el telar de Imona, donde se quedó erguido en silencio. Des llegó a la carrera, pero se detuvo al llegar junto a su mujer, sin hacer ningún intento de oponerse a los recién llegados.

Cuando los soldados terminaron de cargar el grano, empezaron a perseguir a los animales, atando a las gallinas y patos por las patas y arrojándolos a la carreta.

Imona dejó de forcejear. Maeniel le quitó la mano de la boca.

—Calla —le dijo— o te dejaré sin sentido. No puedes hacer nada por ellos. Si corres hacia allí, sólo conseguirás ponerte en peligro.

Uno de los soldados se acercó a la cochiguera. Una cerda estaba amamantando a sus lechones: el soldado saltó la empalizada y agarró a dos de ellos, retrocediendo mientras la cerda se ponía en pie para proteger a sus hijos.

Los romanos rieron al ver al soldado, con un lechón bajo cada brazo, saliendo de la cochiguera con la cerda pisándole los talones. Pero las risas se convirtieron en exclamaciones de asombro cuando la cerda cargó contra la empalizada, astillándola. El soldado apretó el paso: la cerda era realmente peligrosa.

Los otros dos soldados se desplegaron hacia ambos lados, con sus lanzas preparadas.

El primero falló su ataque. El segundo corrió hacia la cerda, pero el animal era demasiado rápido para él y la lanza resbaló inofensiva sobre sus costillas.

El oficial, todavía montado, lanzó un salvaje juramento y saltó al suelo.

En aquel momento, el soldado que llevaba los lechones miró hacia atrás, lo que le hizo tropezar y caer. Los lechones soltaron chillidos casi humanos de miedo y dolor al salir volando.

La cerda era una maligna bestia de dos quintales, con un hocico colmilludo y espumeante lleno de dientes capaces de infligir una herida fatal en cuestión de segundos.

El oficial se puso entre la cerda y el soldado. Llevaba un *pilum*, la lanza de batalla romana: una punta de tres pies de acero unida a un asta de madera de haya.

La lanza se enterró en el pecho del animal. El oficial tuvo que arrodillarse a causa del impacto, pero se mantuvo firme mientras la cerda seguía avanzando,

empalándose, hasta llegar al asta de madera. Allí se detuvo. Aunque el oficial era fuerte, el peso de la cerda le había hecho retroceder varios pies. El animal se estremeció, soltó un borbotón de sangre por la boca y empezó a doblar las patas.

Maeniel fue el único que vio moverse a León, y no entendió por qué lo hacía.

El marido de Imona permaneció tras el telar, con el oficial dándole la espalda. León dio un paso hacia delante, sacó la corta espada romana de su vaina y, en un abrir y cerrar de ojos, la clavó en la espalda del oficial.

El mundo se quedó paralizado por un instante, una imagen congelada. Todos miraban a León con incrédulo horror. Entonces el patio se sumió en el caos.

El oficial gritó, un grito tan lleno de agonía que erizó la piel de Maeniel. El asta de la lanza cayó de su mano mientras intentaba alcanzar el pomo de la espada sobresaliendo de su cuerpo.

Quizá Imona gritase también, pero si lo hizo Maeniel nunca llegó a recordarlo. En cualquier caso, todos los demás sonidos quedaron ahogados por los gritos procedentes de la granja.

El soldado que todavía tenía su lanza atravesó con ella el cuerpo de León. Des intentó defender a su esposa y a su suegra:

—¡Corred! —gritó, empujándolas.

Al soldado que había arrojado su lanza le quedaba aún su espada, que salió de su vaina en un instante. Des era un granjero, no un soldado. Todo lo que tenía era una piqueta que había estado usando para arrancar las malas hierbas. La espada del soldado arrancó de su mano la herramienta, hirió el brazo que la había alzado y se clavó en su pecho, abriéndose paso entre las costillas y perforando su pulmón. Des cayó con las manos sobre la herida del pecho mientras el corazón le vaciaba el cuerpo de sangre.

La anciana intentó correr, pero cayó a los pocos pasos. Kat podía correr, y lo hizo, pero en la dirección equivocada. En lugar de correr hacia la ladera de la colina y esconderse entre los árboles, huyó hacia campo abierto, perseguida por dos de los soldados.

La mujer que acompañaba a los soldados y guiaba la carreta bajó de un salto, corriendo hacia la madre de Kat, que intentaba levantarse. La mujer le rompió la cabeza con una roca, y después ayudó al otro soldado a crucificar a León sobre el árbol de la entrada a cuya sombra estaba el telar de Imona. Él seguía vivo, y se debatió lanzando patadas mientras el soldado sujetaba su cuerpo y la mujer le atravesaba las muñecas con dos cuchillos que había sacado de la granja. La lanza colgaba todavía de su cuerpo, y la parte delantera de su túnica estaba empapada en sangre.

Los otros dos soldados volvieron, arrastrando a Kat de un brazo.

Maeniel no sabía con certeza si el oficial romano estaba inconsciente o muerto. Aunque no reaccionó cuando la mujer arrancó la espada de su cuerpo, ella sacó un cuchillo para cortar tiras de la túnica de lino del hombre y empezó a vendarle: el lobo

decidió que no podía estar muerto.

Cuando empezaron a oír gritos dentro de la casa, la mujer alzó la mirada con expresión de disgusto.

Imona empezó a debatirse de nuevo.

—¡Kat! ¡Dios mío, Kat! La tienen en la casa.

—¿Y qué vas a hacer? —susurró Maeniel—. ¿Ofrecerles alguien más con quien divertirse?

La mujer que acompañaba a los soldados se acercó a una pequeña hoguera que ardía en un hueco en la entrada. Cogió una rama encendida y empezó a aplicarla al bajo tejado de paja. En unos momentos, el fuego empezó a extenderse.

Los frenéticos gritos de Kat se interrumpieron, y los soldados salieron de la casa a la carrera, tosiendo y con los ojos irritados por el humo.

—Pedazo de mierda —gritó uno de ellos a la mujer—, todavía no hemos acabado con ella.

—Hermano de cerdo y padre de perro, eso eres tú —contestó ella—. Mi amo sólo está herido: si Lucius muere aquí, será culpa vuestra. ¡Lo juro! Haré que os azoten si muere porque queríais ver si erais capaces de joder a esa puerca hasta matarla. ¡Subidle al carro, ahora! ¡Hay físicos en el campamento!

Los tres soldados permanecieron indecisos en la puerta de la casa.

Maeniel se puso en pie y empezó a correr colina abajo. El sol del mediodía le quemaba el rostro y los brazos. Sólo contaba con la pobre protección de su túnica harapienta. Sintió, desdeñándolos, los pinchazos de las espinas y los arbustos, y la piedras clavándose en las plantas de sus pies.

Cuando llegó a la granja, los soldados estaban cargando al oficial en la carreta. La sangre del hombre se filtraba por los sacos de grano.

Intentando tranquilizar a sus nerviosos caballos, los soldados dirigieron una mirada aprensiva a Maeniel cuando saltó de entre los arbustos, gritando. La mujer del carro golpeó con su látigo a los ponis que tiraban de él. Uno de los romanos hizo un amago de retroceder y enfrentarse a Maeniel, pero la mujer gritó, maldiciéndole tan salvajemente que el soldado se giró para seguir a la carreta en su camino hacia el valle.

El fuego se había extendido por toda la casa. El tejado estaba ardiendo y las llamas empezaban a extenderse a las paredes.

Kat yacía desnuda en el centro de la habitación, con el cuerpo ensangrentado. Manojos de paja ardiendo caían a su alrededor. Las vigas de madera que soportaban el techo estaban en llamas.

Maeniel tuvo el tiempo justo de levantar a la mujer y sacarla de allí mientras el techo empezaba a ceder. Salió en el mismo momento en que una de las paredes se venía abajo y el tejado caía al suelo como un pajar en llamas.

Imona le había seguido hasta la granja y se arrodilló junto a su cuñada.

Maeniel miró a su alrededor. Kat estaba sangrando, inconsciente y maltrecha,

pero seguía respirando. Los demás estaban más allá de toda ayuda.

Des yacía sobre un costado, con el pecho y el brazo herido bajo su cuerpo. Tenía un aspecto extrañamente tranquilo: si no fuese por su palidez, hubiese podido estar durmiendo.

La cabeza de la anciana era una masa de sangre y sesos. Las moscas se apiñaban al calor del mediodía, llenando el aire con su furioso zumbido.

León conservaba su expresión indiferente en el rostro. Tenía la cabeza caída sobre el hombro, con los ojos abiertos. Fuera lo que fuese lo que había encontrado en la muerte y la venganza, no parecía haberle inmutado.

Imona sollozaba, acunando la cabeza de Kat en su regazo. Maeniel permaneció en pie, escuchando los sonidos de los forrajeadores romanos en su retirada hacia la fortaleza del valle.

Imona levantó la mirada hacia León y empezó a maldecirle incoherentemente.

Una ligera brisa refrescó la piel de Maeniel. El tilo en el que habían crucificado a León estaba en flor. El fuerte aroma casi conseguía ocultar el hedor a sangre y fuego del aire. El telar, derribado en algún momento de la lucha, yacía a los pies del árbol... y la sangre de León goteaba sobre la más bella tela de su esposa.

Imona gritó, levantándose de un salto. Kat seguía inconsciente sobre el suelo de la entrada.

—¡Se están marchando! —gritó.

El cuerpo de Maeniel se tensó por la sorpresa.

Imona corrió hacia él, cogiéndole por los brazos, y empezó a sacudirle.

—Tienes que atraparlos, atraparlos y acabar con ellos. Si vuelven al campamento romano y cuentan lo que ha pasado, nos destruirán a todos. —Se arañó las mejillas, lamentándose horriblemente—. Seas lo que seas, hombre o bestia, ve y mátalos.

Maeniel se apartó de ella, horrorizado por su histeria y su ferocidad.

Imona se agachó para coger una piedra de la hoguera. La piedra voló hacia el rostro de Maeniel, abriéndole un pómulo.

Todavía atónito, él se llevó los dedos a la herida, comprobando que Imona le había hecho su sangre. Otra piedra le dio en la frente, y una tercera en las costillas.

Se dio la vuelta y corrió, siguiendo la ruta que habían tomado los romanos en su retirada. No tuvo que correr durante mucho tiempo: un soldado se había quedado atrás para cubrir la huida de sus compañeros. Como lobo, Maeniel era peligroso, pero como hombre resultaba más torpe que un pato. El camino tenía un acantilado a un lado y una hondonada rocosa al otro.

El *pilum* del romano golpeó a Maeniel en el esternón, deslizándose por sus costillas y sin herirle en los pulmones. Maeniel se tambaleó hacia atrás, hasta caer rodando a la hondonada. Se quedó inmóvil en el suelo, boca abajo.

El soldado no se molestó en acercarse a él para asegurarse de su muerte. *Sería muy fácil que mi caballo se rompiera una pata, pensó. Además, un hombre que haya sufrido tal caída no dará más problemas en ningún caso.* Espoleó al caballo para

reunirse con sus compañeros.



3

Dryas oyó las voces antes de llegar a la cabaña de Mir.

—¡Sabe que está viva y la quiere de vuelta!

—¡Buen Dios! —La segunda voz era la de Mir—. ¿Es que no comprende en qué condiciones está? No ha hecho bastante...

Dryas vio que un arbusto se agitaba a unos pocos pies de distancia. Movi6 la mano hacia el puño de su espada, pero al mirar más de cerca comprendió que la muchacha casada con Mir estaba agazapada tras él. La luz del sol que se filtraba entre los árboles iluminaba sus hombros y su rostro. Se dio cuenta de que estaba llorando en silencio: las lágrimas corrían por sus mejillas desde sus ojos abiertos como platos.

—¡Dile que está muerta! —gritó Mir.

—¡No me creerá! Sabe que no es verdad. Y ahora, ¿d6nde está? Llámala para que venga. ¡Y no me causes más problemas, viejo!

Tras unos instantes de ruido, Mir sali6 de la cabaña. El hombret6n que le empujaba lo tenía cogido por el cuello con la mano izquierda mientras sostenía en la derecha un *gladius*, la espada romana, contra su espalda.

—Te advierto...

Mir se gir6 y le escupi6 a la cara.

El otro golpe6 al anciano en la cabeza con el pomo de su espada.

Mir cay6 de rodillas, con un rastro de sangre bajándole desde el p6mulo hasta la mandíbula. Parecía aturdido.

Dryas boque6, horrorizada. Nadie a quien conociera sería capaz de golpear a un hombre tan viejo y venerable como Mir. Aun estando furiosa con Blaze, ni siquiera se le había ocurrido la idea de tocar al anciano. Los antiguos miembros de la orden de Mir eran capaces de detener guerras simplemente entrando en el campo de batalla para interponerse entre los combatientes, tal era el respeto que inspiraban.

Dryas no había visto que nadie empujase a uno de ellos, y mucho menos que le

golpease como a un esclavo desobediente. Incluso la muchacha demente parecía sorprendida. Chasqueó los dedos para atraer la atención de la chica, que volvió su rostro bañado en lágrimas hacia ella.

Le hizo señales de que huyese.

La chica obedeció, primero agazapada como un animal asustado y luego corriendo rápidamente hacia los árboles.

El desconocido seguía gritando a Mir.

Dryas desenvainó su espada y cargó hacia la pareja. El hombre que amenazaba a Mir no se dio cuenta del peligro hasta que la mujer estuvo casi sobre ellos. Cuando la vio reaccionó de forma asombrosa: lanzó un chillido más propio de una mujer furiosa y ultrajada que de un hombre, y su espada voló en una dirección mientras él corría en otra.

Por rápido que fuese, Dryas lo era más. Por otra parte, el hombre se veía frenado en su huida por el hecho de que, mientras chillaba con toda la fuerza de sus pulmones, paraba para recogerse la toga y la túnica de forma que no se le ensuciasen.

Al llegar al borde del claro, el hombre miró hacia atrás y vio a Dryas a sólo un paso de distancia, con la espada en una mano y su manto enrollado en torno a la otra.

El hombre tenía un árbol delante, e hizo una imitación más que pasable de una ardilla aterrorizada. Dryas creyó ver que usaba las uñas para alcanzar las ramas más bajas. A partir de ahí, siguió subiendo como si se tratase de una escalera.

Por desgracia para él, en algún momento del pasado, una tormenta había roto la copa del árbol, y las ramas más altas estaba sólo a unos seis metros del suelo. Así que detuvo su ascensión y empezó a imitar a un perro aullando a la luna.

Dryas envainó su espada y contempló al desconocido. Mir llegó junto a ella un segundo más tarde, secándose la cara. Tenía una fea magulladura junto a la ceja izquierda, pero sus ojos estaban despejados y su mano firme. El hombre del árbol seguía gritando.

—¡Firminius! —gritó Mir—. ¡Cállate!

—¿Firminius? —preguntó Dryas—. ¿Es romano?

—Algo así —dijo el anciano—. Más o menos. Un poco. De vez en cuando.

Mir se agachó para coger un guijarro, lanzándolo con gran precisión contra la cabeza de Firminius, que enmudeció a mitad de su aullido.

—¡He dicho que te calles!

Firminius guardó silencio. Miró bien a Dryas y estuvo a punto de caerse del árbol.

—¡Por los dioses! ¡Es una mujer! Oh, cielos, es una de esas *mujeres*. Por Zeus, por Apolo, por Minerva, por las Tres Gracias y las Nueve Musas... es una de esas *MUJERES*. Mir, tienes que vendérmela enseguida. Ahora. ¡Ahora mismo! Causará sensación en Roma. La adorarán. ¿De verdad luchan desnudas? Dime que luchan desnudas. ¿Luchará desnuda? Dime que sí, por favor. Oh, cielos, una amazona. ¡Una auténtica amazona viva!

Mir gimió suavemente, apoyando la frente sobre el tronco del árbol.

Firminius se puso en pie sobre la rama y empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Dryas empezó a trepar tras él al instante. No sabía a quién estaba llamando, ni siquiera si había alguien que pudiese oírle, pero no podía correr el riesgo.

Firminius la vio trepar y corrió hasta el final de la rama para saltar ciegamente, de modo muy similar al que un nadador se zambulliría en el agua. Su cuerpo se estrelló sobre las ramas bajas de un pequeño pino, chocó luego con un peral, derribó un espino bastante atractivo y aterrizó ruidosamente sobre un montón de hojas secas. Las hojas se elevaron en medio de una nube de polvo y cubrieron a Firminius al caer de nuevo. Él se quedó quieto.

Firminius necesitó ser llevado hasta la cabaña de Mir. Los dos se habían sentido aliviados al oírle gemir.

—Es bastante excitable —explicó Mir—, pero no pretendía hacer daño.

Dryas gruñó una respuesta que conseguía combinar cierto desagrado ante la tarea de cargar con Firminius y escepticismo ante el testimonio de Mir sobre su buen corazón.

En el interior de la cabaña, con Firminius bebiendo una poción de hierbas, Mir le dejó claras algunas cosas. No podía vender a Dryas por la sencilla razón de que no era su dueño. Por otra parte, su esposa no podía ser enviada a Roma: estaba demasiado enferma.

—Te digo que ese hombre me aterra, me aterra por completo —gimió Firminius—. Me aterra incluso cuando está a miles y miles de millas de distancia, retozando con esa zorra bruja ptolomea de Cleopatra. Y allí es donde está ahora. Al menos es donde creo que está. Y creedme, queridos, ella no dejará que un amante como César se escurra entre sus dedos de oro. Podéis estar seguros. Apuesto a que están en ello día y noche..., en las flores, en el lecho, en los divanes... ¡En los BAÑOS! ¡En todas partes! ¡Sencillamente en todas partes!

Dryas pensó que Firminius parecía un tanto envidioso.

El romano alargó su tazón de barro a Mir para que se lo volviese a llenar.

—¿Qué lleva esto? No, no me lo digas. De todas formas, no lo entendería. Seguro que sólo conseguiría asustarme y rechazar el resto: es delicioso y relajante, y mi dolor de cabeza ha desaparecido casi del todo. No puedo agradeceréte lo suficiente.

Mir volvió a llenar el tazón.

Dryas empezaba a creer que le había sido transferido el dolor de cabeza de Firminius.

—Ahora dímelo otra vez, Firminius, ¿de quién estamos hablando? —preguntó Mir.

—De César, por supuesto —contestó Firminius, parpadeando unas cuantas veces. Los ojos se le habían puesto un poco vidriosos.

—¿Por qué quiere a mi esposa?

—Oh, ¿no lo he dicho?

—No.

—Bueno, ella está emparentada con ese horrible y peludo sujeto. El de Britania. Cunov... o algo así. Piensa que...

—¿Quién piensa? —inquirió Mir.

—César, claro. Piensa que cuando vuelva del este, tendrá que hacer algo con Britania... Ya sabes, conquistarla.

—No —dijo Dryas mientras caminaba arriba y abajo por la cabaña—. No, no puedo dejar que ocurra. César ya ha estado en Britania, y no puedes imaginar la devastación que dejó a su paso.

—Oh, ¿no puedo? —replicó Mir amargamente.

—¡Debe morir! —exclamó Dryas.

Estaban solos. Firminius había partido en una litera de cuerda unos momentos antes: la poción de Mir había tenido un completo éxito.

—Querida, querida... —susurró suavemente el anciano—. Si consigues dar con una forma de conseguir eso, te estaré muy agradecido. Pero hasta ahora no he logrado idear ningún plan que asegure su caída. Como dice Firminius, está muy lejos y es muy poderoso. Nosotros estamos aquí y somos muy débiles. Mata al cazador de la noche por mí, y luego vete a casa y avisa a tu gente. No podemos hacer más.

Dryas se quedó quieta, mirando al exterior a través de la puerta. Quizá hubiese una forma.

—¿Qué le pasará a Firminius?

—Nada —dijo Mir—. Dormiré cuatro o cinco horas, y después despertará y probablemente disfrutará de una estupenda cena servida por sus esclavos. En cuanto a mi «esposa», no hará nada. Atrapado entre el yunque y el martillo, ya encontrará una forma de embaucar al martillo. Pero se ha mostrado sorprendentemente sincero en su interés por ti. Ten cuidado: no querrás terminar tu carrera en el mercado de esclavos de Roma. Te venderían como gladiadora: algunos pagarían mucho dinero por una novedad así. Les encantan las novedades. Y tú no sobrevivirías mucho tiempo. Más bien poco.

El lobo hombre pasó varias horas tendido en la hondonada, entrando y saliendo de la consciencia. El sol en lo alto del cielo mantenía al lobo a raya. Luchaba por despertar del todo y cambiar, acosado por el temor de que el soldado volviese para matarle.

Mientras dormía, soñó. Estaba tendido en una playa, y una enorme ola se cernía sobre él. Pareció detenerse en lo más alto, y luego cayó, rodeándole de espuma, arrastrándole al mar. Era hombre, flotando sin aliento en el agua verde jade, luego

lobo, con el pelaje empapado... ahogándose, los ojos muy abiertos, las mandíbulas mordiendo desesperadamente el aire y la luz sobre él.

La segunda ola le elevó, permitiéndole respirar. La tercera le hizo caer sobre la playa, en un desastrado montón de pelo.

Se hundió en un sueño más profundo para encontrarse vagando por las montañas. En lo alto, dos tormentas, una procedente del norte y la otra del oeste, se unieron sobre un valle verde. Desde la alta roca sobre la que se encontraba, el lobo podía verlas como una procesión de sombríos sacerdotes vestidos de gris, moviéndose por encima de los valles, las crestas coronadas con árboles retorcidos y las altas cumbres cubiertas de hielo y nieve.

Las dos tormentas formaban una V, con la base en el valle y la parte superior alineada con las blancas nubes que parecían montañas de aire y luz, de una pureza de alabastro que ninguna montaña terrenal podría alcanzar jamás. A lo lejos, entre las espirales de la tormenta los pájaros vagaban por el claro cielo azul.

De pronto, Maeniel sintió que la consciencia de sí mismo, el pensamiento y el conocimiento se contraían en algo tan fino y tenue que podía pasar por el ojo de una aguja o moldearse en un cristal siempre cambiante, sus facetas resplandeciendo al sol.

Tenía alas y era un águila. Con las alas desplegadas, volaba en círculos, surcando las corrientes, arriba y arriba en el cielo tormentoso.

El «yo» se desvaneció, al igual que el pensamiento. Una interminable alegría llenó su mente, y entró en una belleza tan vieja como el mundo. Una simplicidad tan pura, la existencia era todo lo requerido en un mundo sin fin. Que así fuera.

Los recuerdos del lobo eran antiguos, pero los del águila lo eran mucho más. Sobrevoló confiado un mundo en el que coníferas de troncos diez veces más gruesos y tres veces más altos que el mayor árbol que hubiese visto pájaro alguno dominaban los riscos, echando raíces que partían la piedra y sujetaban los troncos como si de garras gigantes se tratase. Estaban curiosamente desnudos, con pequeñas piñas puntiagudas y miles de pequeñas hojas como plumón. Guardaban su lugar sobre húmedos desfiladeros sin flores y valles oprimidos por un verde resplandor en los que luchaban los monstruos, rugiendo bajo un dosel de helechos.

Maeniel sintió de nuevo el extraño miedo de la semipérdida y se alejó de una sencilla pero al parecer inmortal consciencia que era mucho, mucho más vieja que el mundo.

Despertó cuando las sombras se acumulaban en la hondonada. Seguía siendo un hombre, pero a medida que la consciencia se extendía por su cerebro, la forma de lobo le cubrió como un grueso manto.

Se irguió sobre unas piernas temblorosas. Una considerable cantidad de su propia sangre había quedado derramada sobre las rocas, pero descubrió que el lobo estaba ileso.

Trepó de vuelta al camino con facilidad. Durante el día, el verano se aferraba a las montañas, pero al caer la noche la temperatura bajaba y un penetrante frío flotaba en

el aire.

Aunque el sol se había ido, el cielo seguía brillando. Una profunda confusión alteró al lobo. Sintió —no, supo— que había sido arrastrado a aquellos locos asuntos humanos más profundamente de lo que había querido.

Corrió de vuelta a la granja: a medida que el cielo se oscurecía, la luna parecía volverse más y más brillante. Era la única luz que quedaba cuando alcanzó las estructuras consumidas por el fuego.

Una tenue columna de humo se elevaba desde unas brasas aún resplandecientes. Los campos de grano se agitaban y susurraban al viento de la noche: no habían ardido, quizá no fuesen combustibles todavía, puesto que aún no estaban maduros y listos para la cosecha, sino verdes.

Imona y Kat, las supervivientes, se habían marchado. Su nariz le dijo que Kat estaba herida pero viva cuando se la llevaron. Una aglomeración de distintos olores le reveló que otros habían llegado para prestar ayuda después de que se fuera. Las ruinas habían sido registradas, y cualquier cosa útil que pudiese ser rescatada había desaparecido.

Sólo quedaba una víctima: León, clavado al árbol con cuchillos. A la luz de la luna, sus ojos todavía abiertos brillaban con una fea imitación de vida. Al observarlo más de cerca, el lobo notó que las pupilas estaban invadidas por el velo de la muerte. El telar y la tela de Imona yacían a sus pies.

A lo lejos, el lobo oyó la llamada nocturna de su manada. Estaban hambrientos. Unas pocas noches atrás, habían matado a un alce, y aunque el festín había sido abundante, ya sólo quedaban un cráneo roído, unos pocos huesos y algunos restos de pellejo. Los estómagos de los lobos volvían a hacerse oír.

Maeniel permaneció en silencio mientras la llamada alcanzaba un *crescendo*, cada lobo añadiendo su propio aullido, una ultraterrena identificación al mensaje que cruzaba el frío aire.

Escuchó en silencio. Los campos de trigo abandonados susurraban su vano mensaje de una fructífera cosecha... una cosecha que nadie podría recoger. En las boscosas colinas, los búhos se llamaban unos a otros. Los últimos rescoldos de la casa quemada brillaban en la noche antes de morir. El árbol soportaba su fruta de carroña. Los pies colgaban a muy poca distancia del suelo. ¿Por qué desperdiciar aquello?

Alzó el morro para aullar al cielo plateado por la luna.



4

Imona había sido consciente de su destino cuando oyó los gritos de Kat. La forma en que estaba siendo tratada lo dejaba todo claro. El rescate, si se le podía llamar así, llegó unos pocos momentos después de que los forrajeadores romanos desapareciesen por el camino.

Alertados por el humo, los vecinos corrieron para ayudar en lo posible. Cuando descubrieron lo ocurrido, quedaron sumidos en el pánico. La guarnición romana estaría encantada de vengarse salvajemente. Maldijeron a León, escupieron sobre su cuerpo y lo dejaron donde estaba.

Estaban discutiendo sobre la conveniencia de matar a Kat e Imona cuando llegó Mir. El anciano aportó algo de calma al proceso. Hizo que los vivos y los muertos fuesen trasladados a la plaza fuerte no romana más próxima, y envió mensajes en todas las direcciones.

Los romanos de la guarnición del valle tardaron dos días en hacerse cargo de la situación. Cuando empezaron a marchar, quemaron todas las granjas y mataron a toda la gente de Mir que pudieron atrapar. Por suerte, Mir no era ningún necio, y había preparado a los suyos para el ataque. La mayoría escapó a los bosques. En aquellos lugares donde la última cosecha del verano pudo ser recogida, lo fue. En otros, los lugareños ocultaron reservas de comida en sitios ocultos a las partidas romanas de forrajeadores.

Cuando empezaron a caer las primeras nieves, las cohortes romanas tuvieron que retroceder para prepararse para el invierno, una estación salvaje incluso en la zona comparativamente resguardada de aquella guarnición.

La tormenta de la cólera romana pasó, y el pueblo de Mir sobrevivió... al menos en su mayor parte.

Para entonces, Imona ya estaba segura de su destino. Kat estaba viviendo con la familia de su marido, e Imona sabía por sus carceleros que dormía con el rostro

contra la pared y lloraba casi todo el tiempo. La única vez que Kat visitó su prisión, la maldijo vigorosamente e intentó arañarle la cara. Imona se alegró cuando se la llevaron.

El *oppidum* era más bien pequeño. Todos los centros de población grandes e importantes habían sido devastados durante la conquista de César. Era como todos los demás: un fuerte en lo alto de una colina con un pequeño asentamiento que acogía las grandes reuniones que tenían lugar cuando la población rural y dispersa se encontraba para llevar a cabo sus negocios. Estaba situado al borde del poder romano en los Alpes. La población fija era relativamente pequeña. Quizá no estuviese en poder de los romanos, pero se las habían arreglado para invadir el lugar y quemarlo al menos una vez.

Imona estaba confinada en lo que había sido antaño un cobertizo para tejer que albergaba a las esclavas, cautivas de otras tribus, que trabajaban allí. Las ventanas eran angostas ranuras, pero muy numerosas a causa de la necesidad de luz de las tejedoras. Las paredes casi parecían los barrotes de una celda: la estancia era como una prisión, nadie podía salir. Había un hogar en un rincón, y un orificio en el techo dejaba salir el humo.

En algún momento de su viaje al *oppidum*, Imona había recibido una suelta túnica de algodón. Más tarde, durante la noche, alguien le había dado un grueso manto de lana. Tenía puestas ambas prendas y estaba junto al fuego cuando Mir cruzó la puerta.

Cuando entró el anciano, ella se puso en pie y se acercó a él. Iba vestido con las ropas rituales, una túnica blanca y una extraña corona, un círculo de plata decorado con aves doradas. Las aves sobresalían de la corona, cada una en su propia montura, de forma que se movían y parecían volar a cada giro de la cabeza de Mir. También llevaba un gran cinturón de cuero del que colgaba una espada en forma de hoz. La parte exterior de la espada relucía con la hermosa pátina verde del bronce viejo. Una procesión de figuras, como una incrustación de plata, recorría el borde exterior. La curva interior de la hoz estaba afilada como una cuchilla.

En la mano derecha llevaba un papel, y en la izquierda un collar dorado con remates en forma de cabeza de león. Sin decir una palabra, entregó el papel a Imona, que lo desdobló y empezó a leer.

Querida hija, decía, espero que esta carta te encuentre bien.

Las lágrimas llenaron sus ojos cuando reconoció la letra de su padre.

Querida hija, espero que esta carta te encuentre bien.

Una razón por la que lo espero es que las noticias que debo darte no son buenas. Mañana nos enfrentaremos a César. Ya hemos perdido una batalla contra él y temo, hija mía, que también nos derrotará en la próxima. Nuestros barcos mercantes no son rivales para sus trirremes, pero debemos luchar. Es mejor para un hombre morir rápidamente en la batalla que ver destruidos a todos los que ama. No dudo de que escribiré a sus amigos en el Senado de Roma diciendo que yo, el rey de los vénetos, no le dejé otra opción. Por supuesto, será mentira. Le ofrecí la rendición completa, rehenes, tributo y todo mi oro si respetaba a mi pueblo. Él sólo nos ofreció sobrevivir como esclavos para el provecho de los codiciosos comerciantes que le siguen a todas partes.

Ante tales «términos de rendición», el consejo tribal votó por luchar. Hemos hecho lo posible por

enviar a todas las mujeres y niños que hemos podido a Albion, la Isla Blanca al otro lado del mar. Tus hermanas e hijas se han marchado allí con nuestros aliados. Tu madre, para mi gran dolor, se negó a marcharse, diciendo que encontraría el mundo demasiado vacío sin mí. Pero te envía su amor y este recuerdo de honor.

Te digo de nuevo que temo nuestra derrota. Como suele decirse, ni siquiera el mejor marino puede tener éxito sin el viento y la marea. Y ahora están con los romanos. Marchamos a la derrota. Pero recuerda, hija mía, que el viento cambia y la marea baja. Por desgracia, eso no ocurrirá en nuestra vida. Así que *ave atque vale*. Hasta siempre y cuídate.

Imona guardó silencio por un momento. Los dos podían oír los gritos de los niños jugando en el exterior a perseguirse, el tipo de juego al que los niños han jugado durante milenios y que seguirán jugando el mismo tiempo.

Ella dobló la carta y la guardó entre sus pechos.

Mir le alargó el collar, pero no lo cogió.

—¿Cuánto tiempo me has ocultado esto, anciano?

—Durante años —admitió Mir tristemente—. Han pasado años desde que murieron. Pero al ver que todavía tenías esperanza y una posibilidad de ser feliz entre nosotros, creí que aunque León no se recuperase nunca podrías vivir tu propia vida. Y durante mucho tiempo disfrutaste de una cierta paz, y la esperanza; aunque fuese débil, tuvo un papel en ello, ¿verdad?

—Supongo que sí —dijo ella en tono apagado.

Fuera, alguien llamó a los niños que jugaban en un idioma con más guturales que sibilantes. E Imona recordó dónde estaba, expulsada para siempre incluso del pobre lugar que había ocupado entre la gente de Mir.

Una voz femenina ordenó severamente a los niños que se alejasen de la celda y su sombría huésped, o serían consumidos por el poder que acechaba allí dentro.

—¿Cómo murieron? —preguntó Imona.

—Ella tomó veneno. Él usó su espada, como corresponde a un guerrero, sacrificándose para que su poder se transmitiese a los supervivientes de su pueblo y pudiesen atravesar la vida de esclavitud que les esperaba y llegar a un nuevo amanecer.

Ella cogió el collar.

—¿Te ocuparás de que reciba trigo y avena para que pueda preparar mi comida diaria, y un fuego en el hogar para estar caliente por la noche?

—Sí, pero aquí es más probable que encuentre pan de centeno y cerveza de cebada.

—Me arreglaré —susurró ella.

—Eres lo último y lo mejor que tenemos. Todas las grandes familias han desaparecido, y los dioses nunca enviarán la majestad a un pueblo deshonrado.

Imona se puso el collar en torno al cuello.

—Si eso es lo que temes, anciano, haré cuanto pueda.

Se dio la vuelta y caminó hacia el hogar apagado. Cuando volvió a mirar, Mir se había marchado. Supo entonces que sólo le vería una vez más, y que sería la última

para ambos. Quizá incluso lo último que viesen sus ojos antes de morir.

Dryas había vuelto a dormir en el prado de la montaña. El camino era rápido y sencillo para ella. Al entrar en el claro cercano a la cabaña de Mir, descubrió que el anciano volvía a tener invitados. Suspiró al reconocer a Firminius, pero se sintió aliviada al ver que estaba mucho más tranquilo. Había otro hombre sentado junto a él, disfrutando de la estupenda mañana: era un joven alto, rubio y apuesto vestido con ropas de caza. Llevaba la túnica y las calzas de un jinete. Dos caballos pastaban cerca de un árbol. La esbelta yegua gris de largas patas con una silla elaboradamente acolchada pertenecía obviamente a Firminius. El otro caballo, negro y robusto, de grandes huesos y con una silla de cuero, debía de ser del cazador.

Y la caza había sido provechosa. Media docena de liebres colgaban como una hilera de pescados de la rama de un árbol, junto a un joven venado. Todos los animales habían sido expertamente despellejados y despojados de sus entrañas.

Mir y sus dos visitantes hablaban en voz baja cuando Dryas se acercó silenciosamente.

El cazador fue el primero en verla. Dryas sintió que su mirada se clavaba en ella antes de que el joven diese la menor señal de haber reparado en su presencia.

Letal, pensó Dryas. Había una mente muy aguda bajo aquella cascada de cabello dorado. También tomó nota de la media docena de ligeras jabalinas atadas a la silla del caballo negro.

Entonces la vio Firminius.

—¡Oh! —chilló en tono agudo—. Ahí está. Es ella.

El cazador asintió.

—Lo sé. Pensé que lo sería al ver cómo venía entre los árboles.

—¡Fulvia! —dijo Firminius, dando un codazo a su compañero—. Tienes la vista más aguda que la mayoría de los hombres. Ah, qué soldado habrías sido.

¡Fulvia!, pensó Dryas. *¡Una mujer!* Su imagen mental de un joven se emborronó como el agua mansa agitada por la brisa. Sí, una mujer. El suave contorno de los pechos, la caderas demasiado anchas, y la suave piel de su rostro revelaban que era una mujer. *Así que somos todos criaturas de la ilusión*, pensó.

La cazadora era bella, de cintura esbelta, espalda erguida, pechos pesados y tez de crema y melocotón. También era la mujer más grande que Dryas hubiese visto nunca. Mediría más de seis pies, y aunque no le sobraba nada de carne, no bajaría de los setenta y cinco kilos. Dryas no era pequeña, pero aquella mujer le sacaba al menos media cabeza.

Mir, Firminius y Fulvia estaban reunidos en torno a una baja mesa de metal casi perdida en la hierba. Fulvia se acercó a Dryas y le tocó el hombro.

—Te persiguió hasta un árbol, ¿eh, Firminius? —rió.

—No lo considero una gran victoria —replicó Dryas—. Normalmente no soy tan

agresiva, pero no debió avasallar a Mir.

Los dedos del anciano acariciaron la magulladura de su sien.

—Una amazona —dijo la cazadora—. Me prometiste una amazona de verdad. Pero no sabemos lo buena que es, ¿verdad que no? —preguntó mientras se volvía hacia Mir—. Apostaría, y bastante fuerte, a que cualquier gladiador de Roma la haría caer de culo o de espaldas en el tiempo de chasquear los dedos.

Fulvia acompañó sus palabras con un gesto de los dedos.

Dryas sonrió. Sabía que se trataba de un cebo.

—Posiblemente —dijo mientras arqueaba una ceja y sus labios se curvaban en una sonrisa—. Pero eso dependería de lo demás que tuviese. Aparte de una espada, quiero decir. El combate a muerte no es la única modalidad. Ni siquiera es el deporte de contacto que ofrece mayor diversión.

Fulvia rió estruendosamente.

Firminius parecía ultrajado.

—Estupendo, pero no esperes de mí que la domestique. Es cierto que sería una novedad, ¿pero cuánto duraría? No puedes decirme que esa mujer, que no es muy grande, vaya a suponer un desafío para los espléndidos asesinos que tienes en Roma. Además, el *lanista* se volverá loco si apareces con una mujer. Completamente loco.

—Hará lo que yo le diga —contestó Fulvia—. Ni más ni menos. Me gustaría ver si tienes posibilidades.

Dryas inclinó la cabeza educadamente. *Por los dioses, qué arrogantes son. Es como si creyeran que el mundo existe para su deleite y que debemos estarles agradecidos por dejarnos satisfacer sus deseos.*

Fulvia se acercó a su caballo y cogió dos jabalinas.

—Puedo arrojar una lanza más lejos que muchos hombres. Veamos cómo lo haces tú. —Sopesó una de las jabalinas en su mano derecha—. ¿Ves aquel abedul de allí? —preguntó señalando un esbelto árbol cerca del borde del claro. Su corteza brillaba gris y plata bajo el sol de la mañana.

El árbol estaba a casi treinta pies de distancia. La lanza voló hasta clavarse en su tronco. El abedul se estremeció, soltando una lluvia de hojas verdes y pardas sobre la hierba.

Dryas equilibró la lanza, abriendo su palma y comprobando el peso. La punta cayó apenas unas pulgadas. *Un arma espléndida*, pensó.

Fulvia la contemplaba con ojo crítico.

La mente de Dryas se centró en la jabalina que seguía clavada en el tronco. Sus pies se separaron mientras adoptaba la postura adecuada. Su mano se movió a lo largo del asta, buscando el punto de equilibrio. Cuando sintió que lo había encontrado, dejó que el arma volase.

La jabalina describió un arco más pronunciado que la de Fulvia. Al bajar, su cabeza en forma de hoja se hundió profundamente en el tronco, un poco por encima de la primera lanza.

—¡Impresionante! —exclamó Fulvia—. Me encantaría cazar contigo. Tu lanza se ha clavado más que la mía. De haber sido un alce o un ciervo, ya estaría agonizando. Pero ahora debo ver tu habilidad con las espadas.

—Sólo si son de madera —dijo Dryas, desatando su espada mientras hablaba.

—Mir —dijo Fulvia en tono autoritario—, ¿tienes espadas de madera?

Mir se levantó y entró en la cabaña.

Fulvia, pensó Dryas, es por completo indiferente al dolor ajeno: su autosuficiencia es tal que la crueldad resulta un acto reflejo.

Mir salió de nuevo con una media docena de espadas de madera, que dejó caer sobre la mesa.

Fulvia escogió un arma corta y ancha, de forma muy parecida al gladio hispano usado por los legionarios.

Dryas estudió las demás espadas y al final se decidió por otra más larga.

Fulvia empezó a pasarse la espada de práctica de una mano a otra.

Va a intentar algún truco que cree inteligente, supuso Dryas. Decidió concentrarse en evitar los accidentes. Retrocedió, apartándose de los dos hombres sentados a la mesa y se encontró en terreno bajo: estaba en la pendiente que bajaba hacia el arroyo. Fulvia fue tras ella, y Dryas sintió un aguijonazo de miedo. Estaba segura de que la mujer quería hacerle daño, aunque no sabía por qué. ¿Agresividad natural? ¿Deseos de humillar a Firminius, que había elogiado su habilidad? ¿O simplemente la pura y fría necesidad de dominar que Dryas había visto en tantos hombres y mujeres?

Sufrir una herida era una posibilidad muy real. Aunque las espadas fuesen de madera, podían servir como garrotes: un golpe propinado por un brazo tan poderoso como el de Fulvia podía infligir una dolorosa lesión, o incluso romper un hueso. Dryas sintió que debía poner un rápido fin a todo aquello.

Fulvia lanzó la espada al aire por encima de su cabeza. El arma empezó a caer, girando, y la atrapó entrechocando las manos.

—¿Qué mano, pequeña guerrera? —gritó—. ¿Izquierda o derecha?

Dryas aferró bien su propia espada de madera. *Sí, es aproximadamente del mismo tamaño y peso que la espada ligera que uso.*

Fulvia cogió la espada con la mano izquierda y, casi en el mismo instante, lanzó un golpe contra el brazo izquierdo de Dryas.

Fue una hermosa maniobra, que hubiese podido acabar con un oponente inferior, pensó Dryas. Pero mientras formaba aquel apreciativo pensamiento, contraatacó: se dejó caer sobre una rodilla, de forma que la espada pasase inofensiva por encima de su cabeza. Al momento, golpeó hacia arriba. Fuerte, pero no demasiado. Aunque Fulvia no se preocupase por las heridas que podía causar, ella sí lo hacía.

La punta de la espada dio a Fulvia en el abdomen, justo a un lado de las costillas flotantes. El aire salió de su cuerpo con un audible suspiro. El giro de Fulvia había hecho que la espada de Dryas se clavase en su abdomen con más fuerza de la

pretendida. La mujer cayó al suelo, sin aliento y completamente incapacitada.

El rostro de Mir se mantuvo inexpresivo, pero sus labios se torcieron hacia arriba.

Firminius rompió a reír alocadamente. Estiró el brazo con el pulgar hacia abajo, gritando:

—Ha recibido lo suyo. Córtale la garganta, pequeña amazona.

Dryas se preguntó de qué estaría hablando, pues no reconoció la forma en que el pueblo romano condenaba a un gladiador derrotado. Bajó su espada y se apartó, pero sin quitarle el ojo a Fulvia. Estaba demasiado bien adiestrada para acercarse a un enemigo caído, por ligeramente que hubiese entrado en combate, antes de asegurarse de sus condiciones físicas y emocionales.

Por unos momentos, todo lo que pudo comunicar Fulvia fue su dolor. Luego, la vergüenza, la mortificación, el enfado pero no la rabia y por fin una especie de admiración fueron sucediéndose en su rostro.

Dryas se preguntó si habría cometido un error al derrotar a la mujer romana. De haberse dejado ganar, Fulvia la hubiese dejado de lado como un ser sin importancia, pero ahora...

La romana se puso en pie algo vacilante. Lanzó una mirada venenosa a Firminius, que seguía riéndose.

—Eso —dijo cuando logró recuperar el aliento— ha sido un magnífico golpe.

—Gracias —contestó Dryas, inclinando la cabeza en señal de respeto. Luego volvió a dejar la espada de madera en la mesa.

—Eres muy, muy buena.

Dryas volvió a inclinar la cabeza.

—Es que he pasado la vida practicando. Empecé a los seis años.

—Tan joven... ¡asombroso! —contribuyó Firminius—. Creo que te equivocabas con el *ludus*, querida. De hecho, me encantaría verla ante tu *lanista*. —Se lamió los labios con evidente diversión.

Dryas se quedó quieta, dispuesta a huir. No tenía idea de que un *ludus* era sencillamente la escuela donde se adiestraba a los esclavos para convertirlos en gladiadores, ni de que el *lanista* era el director de tal escuela y el instructor de lucha. Sólo comprendió la oscura advertencia en los ojos de Mir.

—¿Tienes algo para escribir? —le preguntó.

El anciano se puso en pie y volvió al momento con una tablilla de cera y un estilo. Dryas escribió su lista en la tablilla, devolviéndosela a Mir. Después se volvió hacia su caballo, que estaba en un emparrado bajo los árboles.

—Espera —llamó Fulvia—. No te vayas, disfruta de esta hermosa mañana con nosotros.

—Lo siento, mi señora, pero debo marcharme. Tengo asuntos que resolver.

Dryas salió al trote de la granja de Mir, alejándose por el camino.

Fulvia se frotó el costado, rechinando los dientes, y, en voz baja, envió a Dryas a reunirse con las Furias.

—Dryas es peligrosa —dijo Mir.

La mujer asintió, y el anciano vio la lujuria brillando en sus ojos.

El lobo se agitó en el interior de la cueva. Fuera, el sol estaba en lo más alto. Había pasado la mañana durmiendo. Las nubes se agolpaban sobre el paso. El lobo alzó la cabeza, ligeramente confuso al oler la lluvia en el viento de la misma forma que la primera vez que tomó a la mujer cerca de los restos de la avalancha. Alzó la cabeza, olfateando, convencido de que ella estaba fuera de la cueva, pero entonces comprendió que el olor procedía de los andrajos de un viejo manto que Imona había dejado tiempo atrás junto a la entrada. El viento lo había agitado, llevando su aroma.

Como lobo, dio unas rápidas vueltas sin moverse del sitio y volvió a dormirse.

Había pasado la noche buscándola, siguiendo el rastro de quienes se la habían llevado, a través de las montañas y a un territorio desconocido para él. Sólo se había detenido para alimentarse con unos patos descuidados a los que sorprendió durmiendo a la orilla de un lago. Devoró al primero tan rápidamente que no llegó a despertarse; el segundo sólo pudo abrir los ojos y empezar a desplegar sus alas antes de que le rompiese el cuello.

El resto de la bandada se agitó en un tumulto de alas y llamadas de alarma, en una de aquellas situaciones en las que la capacidad de un lobo para comer rápidamente era un factor de salvación. Había matado en el territorio de otra manada, y sabía que la conducta de los patos supervivientes alertaría a los demás lobos de su presencia. Pero se tragó su comida y siguió la marcha con tanta presteza que los lobos sólo encontraron huellas cuando llegaron para investigar las causas de la alarma nocturna de los patos. Ya había cruzado el valle cuando bajó la luna, y llegado a un oscuro y espeso bosque cuando los aullidos de su propia manada le llamaron a casa.

Le despertó el ruido de un trueno. Una bocanada de viento entró en la cueva, formando un pequeño remolino sobre el polvo del suelo. El viento era frío, y el lobo comprendió que el engañosamente agradable clima del otoño estaba terminando.

Sintió la tentación de arrojarse con el manto de Imona, pero se lo impidió un ominoso dolor en lo más profundo de su corazón. Así que se retiró al fondo de la cueva, enroscándose de nuevo en un hueco bien resguardado. Se puso la espesa cola sobre el morro y se durmió de nuevo.

Había sabido entonces, cuando volvió con su manada, que nunca la encontraría. Por primera vez en su vida, había sentido una guerra en su propia alma mientras luchaba con ideas y conceptos que el cerebro de un lobo no estaba preparado para comprender.

Ya había quebrantado un antiguo tabú llamando a la manada para que se alimentase de restos humanos. No era que no hubiese lobos que lo hicieran: ellos y las aves de presa eran habituales carroñeros de los campos de batalla desde el principio de los tiempos, pero no las manadas poderosas e independientes como la

suya. Dejaban aquella conducta a los devoradores de basura que merodeaban cerca de las moradas humanas y dependían a medias de sus desechos... el ocasional cadáver no enterrado o los proscritos enfermos y desprevenidos que podían ser muertos impunemente.

Su especie solía toparse con la agresión humana cuando se enfrentaba a jóvenes guerreros deseosos de probar su hombría en combate singular con el lobo más fuerte que pudiesen encontrar. A veces los humanos ganaban y se alejaban del campo de batalla llevando una piel de lobo, con la cara y la mandíbula superior como capucha en la cabeza, con las patas delanteras sobre los hombros. En otras ocasiones eran los lobos los que se alejaban, a veces lamiéndose las heridas y a veces no.

Él y sus camaradas conocían a los humanos desde mucho tiempo atrás, cuando ambas especies cazaban juntas a través de las llanuras glaciales: el verano era una estación muy breve, y el invierno una dura ordalía de diez meses. El pueblo del fuego se cobraba sus presas con lanzas de madera, troceándolas con cuchillos de piedra. Cazaban en manada como los lobos, y todas las demás criaturas, incluso el oso gigante, los temían.

Su especie se había enfrentado en incontables ocasiones a bandas nómadas de humanos armados con piedras y jabalinas. Los humanos eran despiadados con todas las criaturas, incluso entre ellos.

Un macho que no fuese lo bastante fuerte como para cazar con el resto de los guerreros moría en su primera prueba. Una mujer que no fuese lo bastante fuerte como para dar a luz y después levantarse y seguir a la banda quedaba abandonada a los numerosos carroñeros oportunistas que merodeaban por la tundra. Sí, él y su especie habían aprendido a temer a los humanos mucho tiempo atrás, como todas las demás criaturas.

Los humanos habían cambiado poco desde entonces. Se habían vuelto más listos y perezosos, pero su crueldad era la misma. Sintió miedo por Imona.

La ley de la manada decía que no debía abandonar a los suyos, pero su voz interior insistía en que Imona era tan importante para él como la manada, y merecía que se preocupase por ella tanto como por sus compañeros.

Resolvió el problema siendo fiel a ambas posturas. Ya había llegado el otoño, y los animales salvajes bajaban de las montañas de forma muy parecida a como los pastores llevaban a sus rebaños hacia los valles para pasar el invierno.

Incontables animales se trasladaban. El lobo dio una breve cabezada al volver con sus compañeros al alba. A media mañana estaba despierto, con el resto de la manada siguiéndole irritadamente.

Vio su oportunidad en algún momento avanzada la tarde. Los carneros estaban en plena migración. Las pequeñas criaturas similares a antílopes de las montañas más altas y escarpadas caían muy pocas veces en poder de los lobos. Eran grandes corredoras, capaces de moverse por superficies donde sólo anidaban los halcones y los depredadores más ágiles se quedaban atrás. Pero allí estaban, buscando nuevos

pastos al sentir llegar el invierno como sus primos más grandes.

Los machos sin pareja estaban en un grupo apartado de las hembras y sus crías. Debían de ser unos diez, reunidos sobre una pendiente amenazadoramente pronunciada y cubierta de arbustos que parecían brotar directamente de la roca. Bajo ellos la nieve cubría la inestable superficie dejada por las avalanchas del año anterior. Era una trampa mortal, si el lobo había visto alguna, pero si quería encontrar a Imona tendría que alimentar a la manada.

Los carneros estaban tan tranquilos respecto a su seguridad que ignoraron al lobo cuando empezó a bajar por la pendiente. Unos pocos levantaron las cabezas, le estudiaron y volvieron a su búsqueda de hierbas secas y el ocasional brote verde entre los arbustos invernales.

Cuando saltó, incluso los demás lobos pensaron que estaba loco. Quedaron asombrados por su pérdida de sensatez, pues la demencia no es algo que suela afectar a los lobos.

Los carneros salieron a la carrera: los más ágiles llegaron a la parte más escarpada de la ladera, pero alrededor de una docena aterrizaron sobre la nieve.

Bastante, pensó el lobo.

Aquella pendiente no era tan pronunciada como la superior, pero de todas formas estaba profundamente inclinada hacia el barranco que dominaba el valle. De haber estado más avanzado el invierno, la nieve hubiese estado congelada, soportando las pezuñas de los ligeros animales. De haber sido más pronto, los carneros hubiesen podido mantenerse firmes sobre la roca. Pero era la época justa del año para el desastre.

La nieve se había acumulado sobre una capa de cieno congelado. Cedió, arrastrando a carneros, lobos y rocas sueltas en un torbellino blanco, enviándolos a todos por el aire sobre la caída de cien pies hasta el valle.

El terror primigenio para todos, incluso los animales, es la caída. Pero también es rápido: el miedo borró toda traza de pensamiento de la mente del lobo, y entonces golpeó el suelo.



5

Fulvia volvió a su villa con Firminius para disfrutar de la ligera colación que constituía el almuerzo romano. Comió de pie, a la sombra de una columnata abierta que marcaba la división entre los lujosos aposentos de la propietaria a un lado y la granja al otro.

La columnata tenía unas puertas plegadizas que podían quedar cerradas a lo largo de su borde exterior, aislando aquel mundo privado de riqueza y comodidades de las penalidades y molestias exteriores, pero por el momento estaban abiertas. Fulvia miraba a sus hombres descuartizando al ciervo.

Firminius estaba sentado con la espalda hacia el polvoriento patio, contemplando el magnífico peristilo, el patio central de la residencia de la señora.

—No entiendo cómo puedes mirar eso mientras comes. Cierra las puertas, te lo ruego.

Fulvia cogió un racimo de uvas de mesa de profundo color púrpura. Tenía los labios manchados por su jugo.

—No me molesta.

—Puede que a ti no te moleste, pero arruina por completo mi apetito —gimió Firminius.

—Una espléndida presa, hermana mía, pero la razón de que estemos viendo esto se me escapa por completo. —Quien había hablado era un esbelto y pálido joven que se sentaba un poco apartado sobre una silla de madera llena de cojines y equipada con pértigas para su transporte. Se inclinaba retorcidamente sobre los cojines: su rostro y su cuerpo estaban a la sombra, pero el sol de la tarde tocaba uno de sus pies calzados con sandalias.

—Me estoy asegurando de que no estropeen la carne —explicó Fulvia—. Y no lo harán si saben lo que les conviene. Ese macho estaba en perfectas condiciones, engordado con los frutos del otoño. Estoy convencida de que se hartó de endrinas,

moras y manzanas silvestres. Murió casi de inmediato: no me gustan las cacerías largas cuando quiero comer bien. Lo maté de un solo tiro de jabalina mientras estaba comiendo plantas acuáticas. Quiero estar segura de que lo despellejan y descuartizan bien, y de que la carne queda colgada en un sitio apartado del calor y la humedad. Y, mientras mi ojo esté sobre ellos, sé que harán un buen trabajo.

—Naturalmente —dijo Firminius mientras se servía vino blanco de una jarra de cristal—. Probablemente se juegan la vida si no lo hacen.

—No sé qué decir de sus vidas, pero sus pellejos... desde luego —suspiró el joven de la silla de manos.

Los hombres del patio terminaron con su sangrienta faena. El ciervo había sido un animal bastante grande, y se marcharon con las piezas de carne sobre los hombros hacia la más cercana de las estructuras de techo de paja.

Firminius hizo un gesto a un sirviente, que se acercó para cerrar las grandes puertas. La estancia quedó en sombras. El criado se situó junto a Firminius y le habló en voz baja antes de irse.

Fulvia se sentó en una silla cercana y se sirvió algo de vino y una rebanada de pan con queso.

—Estoy convencida —dijo— de que el queso de las vacas alimentadas en estos altos prados alpinos es superior a la carne. Una comida con este queso es más satisfactoria que el cerdo asado o...

Dos hombres entraron en la habitación. Uno era el sirviente vestido de oscuro que había cerrado las puertas: guiaba al otro, un hombre más pequeño, por el brazo y con una corta cadena unida a un collar de hierro. Se detuvo frente a Firminius.

—Aquí está —dijo sin más preámbulos ni explicaciones.

—No parece gran cosa —repuso Firminius entornando los ojos. La brillante luz del peristilo entraba por detrás de los dos hombres, invadiendo las sombras de la estancia.

Fulvia se puso en pie para abrir dos paneles de madera de las puertas: una suave luz inundó el lugar.

—Sigue sin parecerlo.

Y así era. Se trataba de un hombre de baja estatura, no más de cinco pies y quizá un poco menos. Llevaba corto el rizado pelo oscuro, tenía unos grandes ojos pardos y complexión olivácea, como si hubiese pasado mucho tiempo al sol; su cuerpo, pequeño y compacto, no era tan musculoso como para ser el de un atleta o un trabajador manual de ningún tipo. La expresión de su rostro tampoco ayudaba mucho. Parecía angustiado, temeroso y un tanto perdido.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó Fulvia a Firminius. El hombre de la silla de manos parecía haberse recostado para echar una siestecita: tenía la cabeza hundida sobre el pecho y los ojos cerrados.

—¡Es el nuevo físico de tu hermano!

—¿Qué? ¿Eso? —dijo ella, haciendo un violento gesto hacia el hombrecillo con

su enorme brazo. Era casi tan alta como él... sin levantarse de la silla.

Los ojos del hombre de la silla de manos se abrieron de nuevo.

El objeto de aquel escrutinio pareció más asustado si era posible.

—Me dices —Firminius clavaba el dedo sobre el brazo de su silla a cada palabra, como para enfatizar su irritación— que dé órdenes a mi agente en Cos de comprar el mejor físico griego. Insistes en que no repare en gastos y compre el mejor que haya, todo el mundo sabe que los físicos griegos son los mejores, y que te lo envíe porque estás muy insatisfecha con Hippos: no cura a tu hermano y sus tarifas son exorbitantes. Además, no es lo bastante atento y se queja, se queja y se queja hasta que hace temblar el tejado. Y me gasto los dioses sabrán cuánto dinero. ¡No es ninguna ganga, ya lo verás! Se dice que tiene una gran reputación en el pueblo donde estudió y practicó la medicina. ¡Y ahora ni siquiera recuerdas cuánto me importunaste! Podría llorar. Voy a llorar. No basta con que me hayas arrastrado a esta repulsiva tierra bárbara, llena de bárbaros repulsivos, donde mi delicada sensibilidad se ve ofendida diariamente por sus miserables groserías, sino que ni siquiera tienes el buen sentido de recordar las órdenes que me diste en primer lugar.

Fulvia alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. Juro ante todos los dioses que lo lamento y me disculpo. Lo siento. Ahora tranquilízate, por favor.

—La verdadera razón de tu descontento con Hippos es que te daba muy pocas esperanzas de que yo sobreviviese —intervino el joven.

Firminius sofocó un sollozo. Sacó un pañuelo de encaje de la manga de su túnica y empezó a secarse los ojos.

Fulvia se levantó de un salto, enrojecida y con una mirada asesina en los ojos. Se volvió hacia el hombre de la silla.

—Cállate, Lucius. Hippos es un cretino presumido y codicioso. No le querría ni para cuidar a un perro que apreciase. En el mejor de los casos, es un incompetente, y en el peor un practicante de la magia negra y un abortista...

—Sí, bueno —dijo Lucius—. Y al servicio de las mejores familias de Roma. Me preguntaba cuándo te darías cuenta.

—Muy bien. ¿Estás de acuerdo entonces en la necesidad de otro médico? —preguntó Fulvia—. La forma en que te aferrabas a ese ridículo petimetre hace que me asuste buscar un físico de más habilidad.

—Se aferraba a él —gruñó Firminius, irritado— porque podía sobornar al bastardo para que hiciese cualquier cosa que le pidiera.

—¿Es verdad eso? —La voz de Fulvia hubiese podido serrar una columna de mármol.

—Más o menos —admitió Lucius, un tanto avergonzado.

—Muy bien —siseó ella señalando al hombre agarrado por el sirviente—, ahora tienes un nuevo físico y eres su única responsabilidad. ¿Lo has oído? —dijo mirando al esclavo—. Tú, flacucho *comotellames*. Más te vale ser tan bueno como dicen,

porque el día en que mi hermano muera te haré crucificar.

El hombre palideció.

—No harás nada de eso —rugió Lucius, irguiéndose en la silla.

Fulvia retrocedió, momentáneamente afectada por el tono de Lucius. Aquello había tenido la vieja autoridad del *paterfamilias*, el jefe de la casa, con poder de vida y muerte sobre mujeres, niños y esclavos.

—Fulvia, nunca me he opuesto a ti porque no tengo ni la voluntad ni la energía para hacerlo, pero no me quedaré aquí sentado mientras aterrorizas a alguien que puede tener algún día mi vida en sus manos. ¿Me oyes?

Los ojos de Fulvia se cruzaron llameantes con los de su hermano.

—Entonces estás dispuesto a aceptar otro físico.

—Sí, lo haré si te tranquilizas y te portas como una mujer sensata. Haré lo que tú quieras.

Fulvia tomó aire, y volvió su fría mirada hacia el esclavo, que se encogió visiblemente.

—Muy bien. Quitadle ese collar del cuello. Hermano mío, te dejo aquí con él para que os vayáis conociendo. Ahora, Firminius, como estaba diciendo, creo que estos quesos son superiores tanto en sabor como en conservación. Al menos, eso espero, pues he comprado diez carretadas.

—¡Diez carretadas! —gritó Firminius—. ¿Acaso estás loca, mujer? ¿Has perdido el sentido, o es que te ha poseído algún espíritu maligno? ¿Tienes un comprador en Roma?

—Ciertamente, lo tengo. —Fulvia cogió un puñado de aceitunas negras especiadas y caminó hacia la puerta—. Incluso tengo el dinero en depósito con un banquero del Foro. ¿Cómo hacemos el envío, por mar o por tierra?

—Por mar, por mar. Un largo viaje por tierra consumiría la mayor parte de los beneficios de la venta. La estación está bastante avanzada, pero...

Sus voces se perdieron mientras entraban en el peristilo y empezaban a pasear junto al estanque ornamental.

La cadena se desprendió ruidosamente del cuello del hombre.

—Siéntate —dijo Lucius, señalando la silla que acababa de abandonar Firminius.

El sirviente hizo que el hombrecillo se sentase, con tanta energía que soltó un pequeño chillido de angustia.

Lucius suspiró, despidiendo al sirviente con un gesto de la mano.

—Déjanos.

El hombre vaciló.

—¡Vete! —dijo Lucius. Cuando el criado hubo obedecido, volvió su atención hacia su nuevo físico.

Estaba sentado y alerta, observándole. Tenía las manos apoyadas sobre la mesa: estaban temblando.

—Por favor, sírvete algo de vino. La jarra de plata contiene un falerno pasable, y

la de cristal un blanco bastante agradable de por aquí cerca. Cualquiera de los dos podrá reconfortarte. Te tiemblan las manos.

—No, mi señor —dijo el hombrecillo, hablando por primera vez—. No son las manos lo que me tiembla, sino todo el cuerpo.

Lucius sonrió de pronto, pareciendo mucho menos imponente.

—Mi hermana tiene ese efecto sobre la gente, pero no te preocupes. Estoy acostumbrado a frustrar sus pequeños planes cuando lo deseo. Me aseguraré de que nunca lleve a cabo la amenaza que ha hecho. Ahora, dime: ¿tienes algún nombre que te apetezca poner en mi conocimiento?

—Filo, mi señor —contestó el esclavo, sirviéndose vino.

—Muy bien, Filo. En la breve conversación sobre tus orígenes, antes de que empezasen todos los gritos, creo que Firminius mencionó que habías nacido libre.

Filo asintió con la nariz en la copa.

—¿Qué te llevó entonces al mayor mercado de esclavos del mundo? He descubierto, que por lo general se debe a uno de tres motivos: deudas, captura en la guerra o política.

Filo pensó un momento.

—Política —dijo—. Pero no mis posturas, sino por las de mi padre.

—Ahhh... —dijo Lucius.

—Así es, mi señor. Mi familia era sólo de rango y riqueza media en mi ciudad natal. A los dieciséis años, me convertí en aprendiz de un físico, y mi hermana en aprendiz de tejedora a los catorce. Por desgracia, y digo por desgracia porque así resultó, ambos tuvimos un extraordinario éxito. A los veinte años, mi hermana tenía ya su propia tienda, y yo era uno de los físicos más populares de la ciudad. La nueva riqueza dio a mi padre tiempo libre para meterse en política.

—¿Escogió el lado equivocado? —preguntó Lucius.

—Oh, sí, mi señor. Como cualquier caída, la de mi familia fue vertiginosa. Lo siguiente que supe fue que me encontraba en el mercado de esclavos de Cos y que el agente de Firminius me estaba mirando los dientes. Aunque lo que tuviesen que ver con otra cosa escapa a mi entendimiento.

—Bien, de todas las razones por las que puede caer un hombre, creo que la política es la que más me gusta. Significa que no tienes una excesiva devoción a vicios más molestos: las mujeres, los dados o el vino. No obstante, podrías ser dado a la intriga.

Filo sacudió la cabeza.

—No, no tengo experiencia en nada de eso. De haber sabido lo que se avecinaba, hubiese atado en corto a mi padre y no me encontraría en esta situación.

—¡Espléndido! Oye entonces mi consejo: mantente alejado de mi hermana Fulvia. Es una de las pocas personas que he conocido cuya mordedura es más peligrosa que su ladrido. Y cuando se le agotan las ideas crueles, disimuladas y traicioneras, ese pequeño hongo venenoso de Firminius le proporciona enseguida

material fresco para seguir con su carrera de crímenes.

Filo parecía sorprendido.

—Es vuestra hermana, y atribuí sus amenazas a la cólera ante el físico que os dio por condenado a las Sombras a edad tan temprana. Después de todo, ella os quiere.

Lucius soltó una risita.

—No sé si me quiere o sólo quiere un heredero masculino para la fortuna familiar. La ley romana favorece a los hombres. En este momento, Fulvia ha intimidado... o dominado, sobornado, asustado o aterrorizado, escoge lo que quieras... a todos los hermanos de nuestro padre, de forma que saltan en cuanto chasquea los dedos. Pero quién sabe qué ocurrirá cuando mueran todos y sean reemplazados por personas menos maleables. Un precioso hijo póstumo a muchos años de su madurez sería perfecto para ella. Podría ser fácilmente controlado por sus pedagogos y tutores hasta que ella decidiese sobre su mayoría de edad... o no.

—Suenas ominoso, mi señor. —El comentario de Filo sonó cuidadosamente acolchado.

—Sigue enviando mujeres a mi habitación. Por suerte, o por desgracia, no puedo hacer nada con ellas.

—Mmmh... —Filo buscó por la mesa hasta dar con un poco de pan y un pedazo de queso, que empezó a roer de inmediato—. Pero, mi señor, sois consciente de vuestro deber hacia la familia y los antepasados.

—No empieces con eso —gruñó Lucius—. Todas las semanas recibo una lección sobre las máscaras mortuorias de nuestra familia.

Filo trasegó algo de vino para ayudar a pasar el pan y el queso.

—¿Podría ser ese rechazo al sexo femenino asunto de inclinación, mi señor? —preguntó delicadamente.

—No. Tengo una gran inclinación, pero también mucho dolor y fatiga. Y no hace falta que digas «mi señor» a cada frase. Si te lo saltas de vez en cuando lo entenderé.

Filo siguió observando la mesa hasta dar con varias tablillas de cera y un estilo.

—¿Creéis que puedo usarlas?

—Si no hay nada escrito, sírvete.

—No hay nada. —Filo cogió el estilo y puso una de las tablillas ante él—. Ahora, ¿cuál parece ser el problema?

Lucius suspiró profundamente.

—Pequeño griego, creo que puedes ser un muy buen físico. Hace cosa de un año, yo era oficial de la Cuarta Legión Augusta, destinada cerca de aquí. Un día me puse al mando de una partida de forrajeadores...

El lobo despertó entre las rocas a los pies de un acantilado. Sabía que estaba muy mal herido, quizá moribundo.

El mundo se oscureció a su alrededor. Las hojas y agujas de pino se acumulaban a

su lado. Hombre o lobo, sabía que aquello no era posible: los árboles que le rodeaban y se cernían sobre él no crecían en aquellas alturas.

Se debatió, intentando moverse, y el dolor abrumó su mente, arrastrando todos los pensamientos en un torrente rojo. Se quedó tendido y quieto, y el dolor pareció ceder. Sabía que debía llamar al cambio, o moriría.

Abrió los ojos y volvió a contemplar los sombríos y amenazadores árboles. La oscuridad aumentó. Más allá del bosque había una cascada: el lobo no podía ver de dónde llegaba el agua, tan sólo un telón blanco, tan brillante que parecía iluminado desde dentro, un pálido resplandor frente a la oscuridad del bosque.

La espuma se elevaba hasta gran altura, empapando el musgo y haciendo que brillase como esculturas de esmeralda a la luz.

El viento soplabá, haciendo gemir a los viejos árboles... un sonido profundamente intemporal, que hablaba a rincones de la mente del lobo que el hombre difícilmente entendería.

—Pertenece —decía—. Somos uno. Hemos estado aquí durante eones antes de que existiese el hombre, y estaremos durante eones después de que se haya ido.

Los árboles estaban ya muy oscuros, y la cascada era una mareante cortina de luz. El viento sopló de nuevo, y una neblina de gotitas cubrió el rostro del lobo, cegándole por el momento. Se sentó como un hombre.

Podía verse a sí mismo. Era como si estuviese separado de la musculosa figura perfilada por la luz de plata, mirando desde atrás. Como humano, era impresionante. Cabello corto, rizado y castaño. Piel morena. Un rostro rebosante de resolución. La figura de una persona en su primera juventud.

La espuma volvió a salpicarle. El bosque lanzó su antiguo grito de posesión terrena y el lobo despertó, sacudiéndose y poniéndose en pie entre los restos de una vieja avalancha. El oscuro bosque y la cascada habían desaparecido.

Las presas que había buscado yacían entre las rocas: al menos una docena de carneros habían caído en la trampa de nieve. Bastante para alimentar a la manada durante una semana.

Alzó el morro al cielo y los llamó. El lobo se encontraba famélico: como líder de la manada, le correspondía elegir su parte. Cuando llegaron sus compañeros le encontraron alimentándose.

Había esperado que se le echasen encima. La respuesta más habitual a la reaparición de un compañero querido es saludarle: lametones, hocicos tocándose, los besos y el reconocimiento de los amigos y la familia. Pero el lobo gris quedó sorprendido y decepcionado. Había corrido riesgos muy por encima de lo que cabía esperar, y la sospecha había despertado en los corazones de los demás lobos.

Se sintió ofendido y después indiferente. Sus pensamientos volaron hacia Imona y su destino. Así, cuando llegó el crepúsculo, dejó a la manada dormida, digiriendo la carne que había conseguido para ella, y cruzó la montaña.

Atravesó el territorio de la otra manada por donde había matado a los patos. La

comida que había tomado le permitía viajar a largas distancias sin necesidad de matar.

Cuando hubo dejado atrás los dominios de la manada vecina, empezó a buscar moradas humanas. La primera que encontró estaba abandonada, y su único ocupante era un irritado tejón que vivía en los restos de una granja en ruinas. Los romanos la habían quemado tiempo atrás: aparte del olor del tejón, el lobo pudo detectar los tenues efluvios de sangre y fuego de la batalla.

El tejón se alzó sobre sus patas traseras, desafiándole. Los tejones son animales pequeños, pero duros y peligrosos: ni siquiera los lobos pelean con ellos sin un buen motivo. Maeniel se marchó de allí.

La luz brillaba en el este, y ya casi había amanecido. El lobo encontró una estrecha repisa junto a los árboles, y se acomodó allí para dormir, con la espesa cola sobre el hocico. Estaba tan bien escondido que nadie que pasase cerca podría verle. Despertó al anochecer: los árboles eran como centinelas marrones en la niebla vespertina.

Siguió viajando mientras el día se convertía en noche y la luz se desvanecía entre los pinos a su alrededor. En lo alto, un cielo encapotado oscurecía la luna y las estrellas. Los picachos de montañas más altas relucían cubiertos de hielo.

Dejó atrás los árboles, moviéndose entre pendientes de roca y prados de montaña cuyos tallos de hierba tronchados brillaban bajo el frío. Aquellos pastos estaban vacíos, y así seguirían hasta que los pastores volviesen a subir sus rebaños en primavera.

La casa que habían dejado atrás era un agujero vacío y sin fuego, abandonado al viento y con hielo empezando a formarse en las paredes. Pero ella había estado allí: su olor era tenue en la cabaña, pero más fuerte en el granero y el corral, donde aún había algo de calor bajo la paja húmeda que se estaba cubriendo de cristales de escarcha.

El lobo fue colina abajo, siguiendo a los rebaños llevados a pastos más bajos para escapar del gélido abrazo del invierno en las alturas. Aquella granja era grande, casi como la villa en el valle de Mir.

El clima allí no era tan balsámico como en el resguardado valle. Las casas eran de piedra, con paredes cubiertas de argamasa contra el frío. Los tejados eran altos, puntiagudos y con abundancia de paja. El lobo se detuvo, mirando hacia el grupo de edificios apiñados como en busca de calor en su nicho de montaña.

Los animales, vacas, ovejas y cabras, se agrupaban en pastos cercanos o corrales próximos a las casas. Los perros ladraban en los patios. Era el mayor asentamiento humano que hubiese visto el lobo. Cierta, la fortaleza romana del valle era más grande, pero el lobo, consciente del destino de la manada de las tierras bajas, nunca se había molestado en acercarse.

El pelo de su cuello se erizó, y un gruñido empezó a nacer en su garganta.

Abajo, un perro ladró de nuevo, y después se le unió un coro de gañidos y aullidos. El viento erizó de nuevo la piel del cuello del lobo. Soplaba tras él, hacia las tierras bajas, a medida que las altas agujas de piedra desprendían el calor del día. El viento llevaba su olor a los perros.

El lobo gris tenía una opción: echarse y esperar hasta que las luces que vacilaban tras las ventanas de pergamino de la casa acabasen por desaparecer y perros y hombres se durmieran. El viento amainaría y el aire quedaría tan quieto y silencioso como el brillo de las estrellas en el cielo nocturno. Entonces podría escurrirse sin ruido desde su escondite, moviéndose tan discretamente como un jirón de niebla sobre las montañas, investigar la granja y el granero e ir hasta la casa para descubrir si ella había estado allí.

Pero aunque había aprendido mucho de los seres humanos, los que había conocido no le habían enseñado la virtud superior de la paciencia.

Ignoró al lobo y dejó que el hombre trazase su camino. El gris se introdujo en la espesura para rodear la granja y acercarse con el viento de cara.

Al principio tuvo éxito. Moviéndose discretamente por el gran patio abierto, pasó junto a un corral de vacas sin alarmar a las bestias. Muchas de ellas eran vacas lecheras cuyas crías habían sido sacrificadas y sus cuerpos se secaban en el amargo otoño, cansadas tras su viaje desde las alturas y agradecidas por sus raciones invernales de heno y avena.

Las ovejas eran otra cosa: estaban desarrollando sus espesos pelajes de invierno, y muchas eran borregas madres de corderos algo crecidos, más cercanas a sus parientes salvajes que las estúpidas ovejas domésticas.

Había media docena de perros encadenados en el patio, incluyendo dos que provocaron en el lobo un instantáneo escalofrío de terror: eran dos bestias gigantescas, cada una de casi un quintal de peso, con enormes dientes y mandíbulas. Ambos eran mucho más pesados que él.

Una de las ovejas le vio: era un cordero joven de menos de un año, y no sabía lo que era, así que se limitó a mirarle inexpresivamente desde el corral. No obstante, despertó a su madre, que lanzó un suave balido de alarma: las ovejas empezaron a agitarse incómodas en el recinto.

El lobo se alejó de ellas hacia uno de los graneros. Apenas entró, supo que ella había estado allí. El lugar estaba impregnado de su olor. ¿Pero adónde había ido después?

Oyó un ruido tras él, y se dio la vuelta. De forma rápida y silenciosa, su cuerpo se apretó contra la paja, hasta quedar agazapado e inmóvil.

Había una mujer de pie en la puerta, resguardando una vela con la mano. El viento había estado a punto de apagarla. Toda su atención estaba fijada en restaurar la salud de la pequeña y vacilante llama. Una vez dentro, a salvo del viento, destelló de nuevo, iluminando el granero.

—Aaah —dijo ella, complacida. Entonces vio la enorme forma gris agazapada

sobre el heno.

El grito bastó para despertar a todos los seres vivos en algunas millas a la redonda. Los caballos se agitaron nerviosos, el ganado se inquietó, y las ovejas iniciaron un coro de miedo y descontento.

El lobo bajó la cola y las orejas y huyó. Pasó disparado junto a la chica de la puerta y los corrales del ganado, como una piedra de honda lanzada hacia la noche.

Pero antes de alejarse del avispero que había sacudido, oyó el grito de «¡Soltad a los perros!». El lobo asentó su carrera, rápido pero sin huir aterrorizado, seguro de que podría dejar atrás incluso al perro más poderoso. La crueldad no había despertado aún en él, y no conocía sus propias fuerzas, pero tampoco entendía qué le estaba persiguiendo.

Eran perros de guerra, asesinos de hombres, criados para ser soltados en la batalla, empleados para acosar y matar a los enemigos en su retirada o para extender el caos en sus convoys.

El gris huyó montaña arriba, seguro de que las pendientes, el terreno engañoso y la altura se cobrarían su precio sobre los perros. Al fin y al cabo, eran criaturas propiedad del hombre, perezosas y dependientes de sus amos.

Él estaba acostumbrado a las huidas y persecuciones: la naturaleza le había estado adiestrando desde el día de su nacimiento.

Pero quedó atrapado sin darse cuenta al llegar a lo alto de la última elevación: miró hacia abajo, viendo un paisaje rocoso que no ofrecía posibilidades de huir con rapidez. El terreno era engañoso. Las nubes que envolvían los picos habían dejado su humedad en la larga pendiente hasta el valle, y esa humedad había empezado a helarse: sería como caminar sobre cristal. El lobo se dio la vuelta para correr a lo largo de la escarpadura.

Los dos perros que iban por delante notaron que aminoraba la velocidad. La sed de sangre les hizo apretar el paso. Sabían que estaban muy cerca y, experimentados asesinos como eran, se separaron para atacarle por los dos lados.

El lobo vio que la zona herbosa abierta acababa en punta, con una escarpada vertiente a cada lado. Si los perros le atrapaban en terreno abierto, acabarían con él. Podría haber seguido corriendo ciegamente, hacia el helado terreno rocoso donde los dos perros de guerra le hubiesen derribado y desmembrado su cadáver.

Pero el hombre dentro de él habló. Unas palabras resonaron en su cerebro por primera vez. *¡Para, estúpido! Retrocede. ¡Recuerda lo que eres! Recuerda lo que sabes, lo que aprendiste hace mucho tiempo en el oscuro y helado continente.*

Se convirtió torpemente en hombre. Su mano derecha se movía como si tuviese vida propia, buscando la primera ventaja que conociera el tambaleante semimono de mucho tiempo atrás, la primera ventaja otorgada por la oscura y antigua madre de la vida a él y a sus descendientes, para siempre: el arma.

Su mano derecha se cerró sobre una piedra.

Los dos enormes perros llegaron, uno por la izquierda y el otro por la derecha. Se

dejó caer sobre una rodilla, el brazo izquierdo alzado para protegerse el rostro.

El perro a su izquierda pasó de largo, resbalando sobre la hierba escarchada. Las fauces del segundo se cerraron en torno a su antebrazo. Maeniel esperó oír el crujido de los huesos, pero sorprendentemente no llegó a producirse. Comprendió que no importaba lo fuertes que fuesen aquellos perros, ya que nunca podrían igualar al poder de un lobo forjado en el más fiero de los fuegos: la supervivencia.

Estrelló la piedra con todas sus fuerzas contra el cráneo del perro, que se astilló como madera podrida. El animal le soltó el brazo al morir.

Pero el otro perro había recuperado ya el equilibrio y se lanzaba a la carga, apuntando a su vientre y sus ingles, el blanco más blando.

Tenía la mano derecha entumecida por el golpe que había matado al perro. La piedra cayó de sus dedos insensibles. *Aguarda a que salte*, le ordenó una fría voz en su cerebro.

Los cuartos traseros del perro abandonaron el suelo. Maeniel, el hombre, giró sobre sí mismo, dejando caer su pierna sobre el lomo del animal. La mantuvo allí, firmemente, con un brazo en torno a su cuerpo y la mano izquierda enterrada en su garganta. Sus dedos encontraron los delicados anillos cartilagosos que formaban la tráquea... y los aplastaron.

El perro cayó al suelo, agonizando, y Maeniel, lobo de nuevo, descendió trabajosamente por la ladera hacia el oscuro valle.

Filo se hizo cargo de la vida de Lucius, pero sin recurrir a las órdenes dadas a gritos ni a las desagradables intrusiones. Lucius descubrió que su nuevo esclavo era un maestro del tacto, la sugerencia y la indirecta. Era amable pero firme; educado, pero lo bastante obstinado como para dar lecciones a una mula; y ni las amenazas, ni las rabietas ni los ruegos podían distraerle de sus objetivos, ni tampoco el soborno o la evasión, ya fuese discreta o violenta.

La doncella de Lucius era Alia, la mujer que le había salvado la vida al llevarle rápidamente de vuelta al campamento romano. También se había convertido en una mujer libre por aquello, como muestra de la gratitud de Fulvia por haber salvado la vida de su hermano. Era una buena criada, obediente y trabajadora, pero tenía la inteligencia de un tocón de roble, la personalidad de una lámpara de bronce y la cara de una tortuga. Para el total y absoluto asombro de Lucius, Filo se llevaba a las mil maravillas con ella.

Tras el almuerzo, el día de la llegada de Filo, los porteadores que cargaban con su silla volvieron a llevarle a su habitación. La estancia era lujosa, con muebles decorados con oro, pero apestaba y estaba llena de mugre.

Las sábanas de la cama no habían sido cambiadas ni lavadas en semanas. Nadie se había molestado en vaciar su orinal, lo que contribuía al hedor. Pero el olor más poderoso era el de la carne podrida y el carbón quemado que salía de los braseros en

cada rincón de la estancia.

Alia estaba de pie en el centro de la cámara, con expresión apurada. Dos de las doncellas de Fulvia soltaban risitas desde la puerta de enfrente. Los portadores bajaron la silla de Lucius y se retiraron a las habitaciones de los criados para disfrutar de una siesta.

—¡Tráeme algo de vino! —gruñó Lucius.

Alia se apresuró a obedecer. Las dos chicas siguieron mirando a Filo y Lucius entre risitas.

—Se supone que deben cuidar de mí, pero una de ellas es egipcia y la otra fue capturada en algún lugar de Arabia olvidado por los dioses. Ninguna de las dos habla latín, y yo no hablo mucho más, aparte de las nociones de griego propias de un caballero. Alia es gala, y conozco su lengua lo bastante como para pedir agua, vino o sexo. Más allá de eso, no tengo ni idea.

»Cada noche contamina una de las piscinas de los lujosos baños de mi hermana, y luego vuelvo a mi habitación para emborracharme hasta perder el sentido. La mayor parte de los días consigo convencer a alguien para que me cambie los vendajes, por lo general a alguno de los portadores de mi silla, pero a veces no me importa y me limito a yacer aquí, mirando el techo. Lo peor de todo es que estoy pudriéndome vivo por culpa de esa hedionda herida abierta en mi espalda. Fulvia lo sabe, esa hiena de Hippos lo sabía, y también todos los criados.

Filo no contestó a su amo, sino que habló a las dos chicas del otro lado del pasillo. Las esclavas boquearon, interrumpiendo sus risitas, y se apresuraron a entrar. Una empezó a quitar la ropa de la cama mientras la otra se llevaba el orinal.

Lucius quedó boquiabierto: jamás había visto un cambio tan rápido en dos seres humanos.

—Hablan un griego excelente —explicó Filo—. Una de ellas es una hetaira de Alejandría y la reconocí de inmediato.

La cámara quedó transformada ante sus ojos. La ventana fue abierta para despejar el aire. Los braseros, ya necesarios a causa del creciente frío de las noches, fueron vaciados y vueltos a llenar de carbón. El suelo fue fregado, la cama equipada con un colchón limpio y sus correspondientes sábanas y almohadas, todo ello oliendo a lino limpio y secado al sol. Entonces Filo ayudó a Lucius a llegar hasta la cama y cambiarse de ropa.

Tuvieron su primera discusión con motivo del vino que Lucius quería beber antes de la siesta. Filo prefería una bebida bien aguada y mezclada con miel, mientras que Lucius se inclinaba por el falerno puro. Lucius perdió, cediendo cuando sus argumentos empezaron a sonarle vacuos incluso a él mismo.

Aquella primera derrota fue el anuncio de las siguientes. Sus desayuno dejó de consistir en vino tinto alegrado con opio y unos pocos higos, pasando a consistir en huevos duros, queso suave, fruta y vino blanco aguado. El almuerzo era más de lo mismo.

En la cena, Filo no dejó lugar a dudas acerca de la preferencia de la comida sobre la bebida, reemplazando el vino de la noche por una infusión tranquilizante preparada por él con valeriana que recogía en el jardín.

De alguna manera, siempre se las arreglaba para convencer a Lucius de dar una vuelta por el jardín en su compañía después de cada comida: con el tiempo, la vuelta se convirtió en dos o tres, o incluso cuatro recorridos alrededor del estanque. Finalmente, Lucius llegó a ser capaz de caminar cómodamente durante largos períodos, dejando de necesitar la silla de manos.

Pero las noches eran lo peor. La fiebre de Lucius aumentaba, y los temblores y el dolor olvidado durante el día le impedían dormir. Se retorció en una agonía de sufrimiento físico y emocional.

Alia llamaba a Filo, que acudía con medicinas para aliviar el dolor y bajar la temperatura del paciente, y sábanas limpias para el lecho empapado de sudor. El físico se quedaba con frecuencia hasta el amanecer, leyendo a Lucius libros de la bien surtida, pero polvorienta, biblioteca de la villa.

Aunque Lucius se negaba a admitirlo, el régimen estaba dando resultado: ya se sentía mejor. Los sencillos, naturales e indoloros remedios de Filo eran mucho mejores que las exóticas torturas de Hippos. Los sangrados, por ejemplo, le dejaban mareado, preso de las náuseas, y débil durante días. Las salvajes purgas le habían hecho quedarse sentado sobre el orinal noches enteras, hasta quedar vacío de todo lo que no fuera una mucosidad sangrienta, y sufriendo calambres estomacales que duraban varios días. Hippos usaba también hierros candentes: nunca los había empleado con él, pero Lucius había acabado sobornándole para que no le hiciese nada, o para que permaneciese lo más alejado posible, para irritación de Fulvia.

Pero lo que más temía Lucius, la única cosa ante la que le aterraba ceder, era... la esperanza. Pues la esperanza no alcanzada es, a fin de cuentas, la tortura definitiva de los condenados. Quienes se encuentran en la situación de morir lentamente, renuncian pronto a ella para poder sobrellevar el resto de su existencia con fortaleza, sin dolor por lo que será inevitablemente perdido. Hacía mucho que Lucius había abandonado toda esperanza, pero allí estaba de vuelta, regresando sobre las alas de la mañana.

Llegó un día en el que despertó dándose cuenta de que había pasado la noche durmiendo sin ser atormentado por el dolor o la fiebre. Se quedó tendido en silencio, tomando grandes bocanadas de limpio y fresco aire de la montaña. Un aire fragante como la primavera, tan dulce como el perfume de mil flores y tan suave como el primer destello de la mañana atravesando el bosque.

Y supo que iba a vivir. Quizá acabase con una terrible cicatriz y cojeando para siempre, y por supuesto que nunca volvería a ser el joven fuerte y atolondrado que había cabalgado con las legiones. Pero viviría, y con el tiempo el mundo le ofrecería sus tesoros. Sí, había cambiado para siempre, y estaba por ver cuánto y de qué modo. Pero podía aceptar aquello como parte de su vida y seguir adelante. Por encima de todo iba a vivir y estar bien. Lo que había sido esperanza fraguaría en los días

siguientes hasta ser una certeza.

Cerró los ojos y se dejó llevar por un sueño tranquilo, con el alma en paz.



6

Todavía estremecido por su apurada huida, el lobo cruzó la pendiente rocosa. Más allá había pastos de hierba alta y marrón, ligeramente espolvoreada de escarcha. Por fin llegó al bosque. Una luz verdosa se filtraba entre los árboles.

Amaneció. El lobo estaba exhausto. Quería comer y dormir más que cualquier otra cosa, pero aquel bosque no era buen sitio para buscar nada de eso.

Atravesó lo que parecía un antiguo salón lleno de columnas. Las ramas entrelazadas en lo alto bloqueaban la luz solar, creando un fresco espacio verde. El lobo corría sobre una alfombra parda de hojas muertas, que ofrecían un sustrato increíblemente rico para los enormes gigantes: cielo y tierra llegaban a un acuerdo, pero aquello era un desierto para el lobo.

Siguió viajando. Ni siquiera oía el canto de los pájaros sobre él. A veces, una ráfaga de viento sacudía las copas de los árboles, que entonaban suspirando un profundo canto de vidas inconcebiblemente largas y una paz extraordinaria. Hacía que todo lo relacionado con los mamíferos pareciese tan breve como la estrella fugaz de cruza el cielo del crepúsculo, dejando una estela de luz.

Tú y tu especie sois unos recién llegados a la tierra, le dijeron los árboles. Y el hombre, una aberración en la prolongada trama del tiempo, un nudo en las hebras de las Damas Grises.

Que así sea, pensó el lobo. Estaba tranquilo. Me siento satisfecho con lo que soy. Y, por cierto, hay cosas que os hacen parecer niños: las rocas, el mar y las estrellas.

Ya mientras el bosque anunciaba su triunfo eterno e inevitable, empezó a ceder terreno: el suelo era cada vez más rocoso.

Finalmente, el lobo llegó a una escarpadura, una espuela de roca desde la que dominaba el valle entero. El bosque se extendía millas y millas, cruzado en su centro por un gran río. Una franja azul y oro relucía bajo la primera luz del amanecer, curvándose y retorciéndose a través del tapiz de árboles verdes, pardos y rojizos.

¿Cómo cruzar? Un humano se hubiese desanimado, pero eso es algo de lo que carece la naturaleza de los lobos. Maeniel se dio la vuelta y siguió su viaje.

Ya era cerca del mediodía cuando llegó al río. Entró en un estrecho sendero hecho por el hombre a lo largo de la ribera, trotando tan cerca de la orilla como le fue posible. En aquel punto, el río era ancho, profundo y de color pardo. Él era una criatura intrépida y poderosa, pero no del todo temeraria: para un animal de su tamaño, sería un suicidio intentar cruzar aquello a nado.

Ah, bueno, pensó. Agua. Se metió hasta los tobillos para beber. Al hacerlo, numerosas criaturillas nadadoras se apartaron a toda prisa de su hocico. Siguió bebiendo mientras las miraba. Cuerpecillos rechonchos, pequeñas patas delanteras y grandes patas traseras: ranas. ¡Aaah!

Una vez saciada su sed, se movió despacio, la cola ondeando suavemente por encima de su lomo. Las nadadoras eran lentas y torpes, el precio que pagaban por el frío cada vez mayor. Había una tendida en el fondo. ¡Snap! *¡No está mal!* No era un sabor familiar para él, pero estaba buena. Y había muchas, apiñadas en el verdor de flores amarillas, en el fondo lodoso, bajo las hojas de las plantas acuáticas. Por todas partes. *¡Qué bien!* ¡Snap! Casi se echaba de menos una salsa para acompañar. Imona le estaba corrompiendo: cuando la encontrase, esperaba que le corrompiese un poco más. ¡Snap! *Hmmm, no llena mucho a un animal de mi peso, pero hay muchas, y saben mejor que las alcachofas que me preparaba ella.* ¡Snap! ¡Snap! ¡Snap! *Delicioso.*

El lobo continuó, avanzando despacio corriente abajo, alimentándose a la manera de su especie, hasta que oyó ruidos de batalla en el camino del río. Alguien empezó a gritar.

El gris vaciló un momento entre hombre y lobo. Los gritos eran acuciantes, gritos de dolor y desesperación. Era una criatura de talante protector, e incluso la desdicha humana le afectaba.

A poca distancia camino abajo, un hombre yacía en el suelo. Otros dos le estaban moliendo a patadas.

El lobo se convirtió en humano y consideró brevemente las circunstancias — circunstancias como la anchura del río y la dificultad de cruzar sin ayuda— decidiendo que valía la pena intentarlo. Pero debía darse prisa: el hombre del suelo estaba claramente en apuros; había dejado de gritar y se había enroscado en una bola, intentando proteger sus órganos vitales.

Maeniel corrió hacia la pareja de agresores, gritando mientras se acercaba. Uno dejó de amenazar a su víctima, se dio la vuelta y sacó su espada. Los dos llevaban piezas de armadura romana, y tenían aspecto de desertores de alguna de las compañías montadas de César.

El soldado se puso en guardia, y Maeniel pudo leer el desprecio en sus ojos: iba desnudo y desarmado.

Maeniel estaba decidido a no dejarse derrotar tan fácilmente como en su primer

combate contra humanos. Se acercó al soldado. *Directo ahora*, le dijo su cerebro. *Tendrá que moverse*.

El soldado lo hizo, lanzando un salvaje golpe hacia abajo que hubiese hendido su cráneo hasta los dientes.

El semilobo se limitó a aumentar su velocidad, pasando por debajo de la trayectoria del golpe. Su mano izquierda se cerró sobre la muñeca del brazo que sostenía la espada. Su puño derecho se estrelló sobre el rostro del soldado. Fue doloroso: no había previsto que fuese a lastimarle tanto. De todas formas, se las arregló para arrebatar el arma a su enemigo.

Un instante después comprendió por qué el arma había cedido tan fácilmente: el hombre al que acababa de golpear en la cara estaba muerto.

Su compañero dejó de patear a la víctima. Miró atónito la ruina roja que era cuanto quedaba del rostro de su compinche, y al gigante desnudo que sostenía una espada en la mano: corrió. Tres caballos y una mula bien cargada esperaban junto al camino. El ladrón saltó sobre una de las sillas con la facilidad que da la práctica continuada, agarró las riendas de la mula y huyó a toda prisa.

La víctima se levantó tambaleante y empezó a gritar al fugitivo. Luego empezó a correr tras él con un trote saltarín, sin dejar de gritar imprecaciones, juramentos y maldiciones en lo que sonaba como al menos tres idiomas distintos.

Maeniel, ansioso de no perder su inversión de tiempo y energía, imitó al hombre, blandiendo la espada.

El lodoso camino había sido inundado por una lluvia reciente, lo que frenaba el paso del caballo del bandido y todavía más el de la sobrecargada mula. El caballo redujo su velocidad, pero la mula se hundió en el barro hasta los espolones.

El bandido frenó a su caballo y tiró de la cuerda de la mula, que se había caído de rodillas. El animal no aguantó aquello con resignación: con un bramido de furia e indignación, se plantó sobre sus cuatro patas, echó la cabeza hacia atrás y arrancó la cuerda de manos del jinete.

El ladrón se irguió sobre su montura, y tras echar una aprensiva mirada a Maeniel y el furioso comerciante, picó espuelas para huir.

El mercader dejó de correr al llegar junto a la mula, que había conseguido salir del barro a terreno más firme.

—¡Traidora! —gritó en dos idiomas, tras escupir a la mula a la cara. El animal no pareció inmutarse por aquello, así que le dio una bofetada.

La mula protestó, con cierta moderación en opinión de Maeniel, y el comerciante le dio un puñetazo en el hocico. Las mulas son animales duros, pero la zona entre los ollares de cualquier equino es muy sensible.

Maeniel llegó justo a tiempo de echar hacia atrás al hombre antes de que uno de los cuatro cascos de la mula le partiese la cabeza. Entonces, el mercader se tambaleó hasta llegar a un oportuno árbol caído y se sentó para sufrir un ataque de histeria.

Maeniel vio una rebanada de pan y lo que parecía un pedazo de queso

sobresaliendo de una de las alforjas de la mula. A pesar de las amenazas y las coces —su olor no le gustaba nada a la mula— pudo servirse algo de comer.

El queso estaba duro y reseco, igual que el pan. Maeniel, que normalmente se interesaba por la comida humana, decidió que le gustaba más su interrumpido aperitivo a base de ranas.

Volvió junto al cadáver del primer ladrón y se quedó de pie, masticando el pan y el queso y pensando confuso en las razones de su muerte. Seguro que no le había dado *tan fuerte*, pero allí estaba, incuestionablemente muerto. Maeniel suspiró. No había querido matar a su adversario, sólo detenerle. Por fin, sacó el cinto de la cintura del cadáver y puso la espada en su vaina.

La historia del mercader estaba amainando.

—¿Qué vas a hacer? ¿Robarme como querían tus dos amigos? —acusó en tono chillón.

Maeniel le miró, con la larga y tranquila mirada que el líder de la manada dedica a un lobo de menor rango sorprendido en un acto de insubordinación.

El mercader comprendió abruptamente que sus acusaciones podían resultar inapropiadas... o incluso peligrosas en aquella situación.

—No son amigos míos —dijo Maeniel—. Y no pretendo robarte. Lo único que quiero es pasar al otro lado del río. Si sabes cómo hacerlo, enséñame ahora. Si no, dímelo para que me vaya y no pierda más tiempo hablando contigo.

—¿Cruzar el río? —preguntó el mercader—. ¿Quieres cruzar el río?

—Acabo de decirlo —contestó Maeniel, pacientemente.

—Hay un transbordador a sólo unas millas camino abajo.

—¿Qué es un transbordador?

El mercader se quedó boquiabierto.

Reparando en que el caballo del muerto seguía cerca, Maeniel empezó a rebuscar en sus alforjas: encontró una túnica limpia, una manta sucia, más pan y queso, y una dura salchicha que apestaba a ajo. Se puso la túnica: le quedaba un poco pequeña, apenas cubriéndole las rodillas. Desechó la manta, pero decidió quedarse con la comida. Ignoró la túnica y los pantalones que llevaba puestos el muerto. Estaban demasiado pasados para su olfato animal.

El mercader intentó explicarle el concepto de transbordador, y acabó teniendo bastante éxito. Maeniel ya había visto botes.

—¿Quieres decir que es un bote, pero que en lugar de moverse por todas partes va sólo de un lado del río al otro? —preguntó.

—Sí, pero ya son suficientes sitios.

Él asintió, y los cinco se pusieron en marcha. Maeniel guiaba de las riendas al caballo del ladrón y el mercader montaba su propio caballo mientras tiraba de la cuerda de la mula: el animal se había sobrepuesto a su ataque de mal humor y aceptó la situación con filosofía.

El mercader se llamaba Decius. Un humano se hubiese sentido irritado por su

incesante cháchara, pero por lo que al lobo respectaba era una fuente de información útil. Decius hablaba y, salvo por alguna pregunta ocasional para dirigir el flujo de palabras, Maeniel escuchaba.

Resultó que Decius no había sufrido un asalto por parte de los dos ladrones, sino que había contratado sus servicios como guardias en su última parada.

—A veces funciona —explicó a Maeniel en tono avergonzado—. Contratas a unos cuantos lobos para mantener lejos al resto de la manada.

—Supongo que sí —repuso Maeniel sin comprometerse.

—Y hablando de eso, se supone que hay lobos de verdad por la zona.

Maeniel se sintió tentado de decir «sólo yo», pero por fin supuso que más le valdría guardar silencio.

Decius alargó el cuello, mirando ansiosamente el camino.

—¿Crees que es verdad que hay lobos?

—No —fue todo lo que se arriesgó a contestar Maeniel.

—¿Ninguno, seguro? ¿Cómo lo sabes?

Maeniel decidió dar a su compañero algo distinto en lo que pensar.

—No hay lobos por aquí, sólo osos.

Decius dio un respingo tan violento que su caballo se asustó.

—¡Osos! —chilló.

—Sí, y grandes.

—¿Dónde?

—En el bosque.

—Bueno, hasta yo sé eso —dijo Decius en tono condescendiente—. ¿Pero en qué parte del bosque?

—Justo al doblar el próximo recodo del camino.

Decius se echó a reír.

—¿Sí? ¿Y cómo puedes saberlo?

Estaban doblando el recodo en aquel preciso instante.

Las nubes empezaban a apiñarse en lo alto. El viento era cada vez más fuerte, y azotaba los árboles a su alrededor, enviando un remolino de hojas marrones por el camino.

Maeniel se detuvo, las fosas nasales distendidas. Tomó aliento profundamente. Todo un complejo de sensaciones del lobo inundó su cerebro. El aire tenía un olor húmedo y penetrante: lluvia o quizá nieve antes de la mañana. Un viejo olor a quemado. Y el rastro fresco de un oso: había estado allí poco tiempo antes. ¿Por qué? El lobo no temía al gran animal, y dudaba que Decius tuviese motivos para hacerlo. Si el oso estaba al acecho, serían los caballos lo que le atraía: el huesudo castrado que guiaba Maeniel o la más carnosa yegua montada por Decius.

El camino se acercaba al río tras el recodo. Decius rió nerviosamente.

—Bueno, amigo mío: ¿dónde está ese oso del que hablabas? ¿Y cómo sabemos que está aquí?

Maeniel señaló hacia un punto cubierto de barro cerca del camino.

—¡Ahí!

Las huellas de zarpas estaban todavía frescas. El barro que se había elevado por la presión seguía húmedo.

Había un haya de buen tamaño junto a las huellas. Las marcas de garras sobre la corteza estaba a sus buenos tres pies sobre la cabeza de un hombre.

Decius se sobresaltó, asustando de nuevo a su yegua. La mula roznó sonoramente en el súbito silencio.

—¿Sabe que estamos aquí? —preguntó Decius.

—Sigue moviéndote. Y sí, lo sabe: apestas a ello.

—¿A qué? —Decius parecía al borde del pánico.

—A miedo.

Decius obedeció, y dejaron atrás el árbol.

El cielo se había puesto gris: el viento cambió. La yegua de Decius captó el olor del oso y empezó a agitarse y echar la cabeza hacia arriba, mostrando los síntomas equinos del pánico. Todos los sentidos de Maeniel, humanos y lupinos, se esforzaban al máximo. ¿Qué estaba haciendo allí un oso en aquella época del año? Normalmente estaban gordos, perezosos, somnolientos y a punto de hibernar. Entonces oyó el zumbido de las abejas.

—Por supuesto. Sigue —urgió a Decius, pero la asustada yegua no avanzaba.

Algunas de las abejas llegaron hasta ellos, empezando a zumbar a su alrededor. Una de ellas se coló en los distendidos ollares de la yegua de Decius, y el confundido insecto obedeció la orden de un millón de años de antigüedad: *Cuando entres en contacto con la piel de un enemigo, sacrificate*. La abeja clavó su aguijón profundamente, quizá gritando «¡Muere, caballo!».

La yegua de Decius dio un brinco. El mercader se elevó en el aire, dejando un buen hueco entre su trasero y la silla, y volviendo a caer con un grito justo antes de que el animal saliera disparado.

Esa vez, el movimiento de la yegua no fue entorpecido por nada: salió al galope camino abajo a una velocidad asombrosa. Decius soltó la cuerda de la mula, pues necesitaba ambas manos para agarrarse al pomo de la silla.

—¡Yi, yi, yi, yi, yi, yeee! —Los gritos se prolongaron mientras la yegua salía del camino y se internaba en el bosque que bordeaba el río.

Maeniel se quedó quieto mientras el ruido de los cascos de la yegua y los gritos de Decius se desvanecían a lo lejos. Examinó las alternativas, decidiendo que había poco que pudiese hacer salvo tomar la cuerda de la mula, seguir al mercader y esperar lo mejor.

Hierbas y zarzas invadían el camino. Maeniel pensó que antaño había sido muy transitado, pero que en los últimos tiempos había quedado abandonado por alguna razón inexplicable.

Los cascos de la yegua de Decius habían abierto heridas pardas en la herbosa

superficie. En lo alto, las ramas de los árboles ocultaban el cielo casi por completo. El camino giraba y se retorció, atrayéndole cada vez más hacia el interior del bosque.

Alzó la mirada y vio que el cielo se estaba oscureciendo. Las tormentas en las alturas estaban extendiendo su alcance a los valles.

El camino empeoró. Aquí, una gran roca bloqueaba el paso; allí, un grupo de robles alrededor de un oscuro estanque obligaban al viajero a hacer un desvío. Más allá de los robles, un haya derribada por un rayo interrumpía el camino.

La mula resopló e hizo un amago de retroceder, intentando plantarse en el sitio y negándose a seguir adelante, pero Maeniel no lo permitió: dejó caer la cuerda y, tomando al animal por la brida, le obligó a pasar por las ramas del árbol caído. Su propio caballo le siguió dócilmente, como si estuviese acostumbrado a los locos caprichos de su amo humano.

Encontró a Decius al otro lado del árbol, tendido boca arriba bajo una rama. Estaba inconsciente, con una lívida magulladura color púrpura en la frente. Su yegua esperaba pastando un poco más adelante en el camino.

Maeniel se arrodilló junto al mercader. Sí, el hombre estaba respirando, pero inconsciente. ¿Qué podía hacer?

El cielo estaba muy oscuro.

Si se convertía en lobo, podría irse. Dejar allí a aquel necio. Los humanos eran poderosos en grupo, pero débiles individualmente. Si le dejaba a merced de la tormenta, Decius moriría con toda seguridad.

Maeniel era cálido y compasivo por naturaleza. Muchos lobos de la manada, viendo las penalidades y problemas del liderazgo, ignoraban sus oportunidades de tomar el mando. Sólo los que eran como él aceptaban voluntariamente aquella carga. Suspiró, alzando a Decius en sus brazos. Un pequeño copo de nieve se posó en su muñeca. Para su sorpresa, los caballos y la mula le siguieron, confiando en la protección humana.

Más copos de nieve giraron por el aire a medida que arreciaba el viento. Más allá, Maeniel pudo ver campo abierto: quizá hubiese moradas humanas cerca. Podría dejar allí a Decius para que cuidasen del mercader mientras él seguía adelante. Pero al dejar atrás el último recodo, vio que el camino llevaba solamente hasta una villa quemada.

Ni era ni mucho menos un edificio tan elaborado como los del valle: sólo una gran casa rodeada por una serie de estructuras, todo ello protegido por una empalizada.

La casa era una pila de escombros ennegrecidos. Las restantes estructuras exteriores no eran más que maderos chamuscados entre la hierba. Sólo quedaba una en pie: aunque había sido incendiada, sólo se había quemado por un lado. El tejado se había venido abajo, convirtiéndose en un soporte. Aquello serviría para dar cobijo al herido Decius y los animales durante la noche. El lobo no tenía problemas para sobrevivir: estaba equipado para todo lo que pudiese necesitar. Una vez los dejase a

salvo allí, sólo tendría que darse la vuelta, cambiar de piel y abandonarlos.

Maeniel se estremeció. Estaba desnudo y el viento atravesaba su fina túnica de lino, helando su piel. Los copos de nieve eran cada vez más numerosos y gruesos.

Apresuró la marcha. El edificio semiderruido había sido en tiempos un establo. Las casillas habían desaparecido, pero aún quedaba un pesebre contra una pared y una espesa capa de paja sobre el suelo de piedra. Dejó a Decius sobre la paja y desensilló a los dos caballos y la mula.

Decius estaba respirando, pero no mostraba indicios de recuperar la consciencia. Maeniel le dejó con la cabeza apoyada sobre una de las sillas, cubriéndole con una manta que encontró entre la carga. El trigo había vuelto a crecer en algunas zonas del campo, así que sólo le llevó unos minutos cosechar el suficiente para alimentar a los animales. Después encendió un fuego. La leña no era ningún problema, con las ramas muertas que había entre los árboles y los maderos caídos entre las ruinas. El único problema era impedir que las llamas incendiaran el tejado.

Maeniel se sintió confuso. Los caballos y la mula masticaban pacíficamente, y Decius dormía. Se estremeció al mirar a través de las grietas de la pared: la nieve caía con más rapidez, haciendo difícil distinguir los perfiles del bosque y los campos a la luz moribunda. Las ráfagas de viento agitaban las ramas, haciendo caer sus últimas hojas y extendiendo la escarcha.

Un lobo aulló a lo lejos, otro le contestó, y un tercero añadió un comentario. Un coro entero dio la réplica. Maeniel soltó una risita. Al parecer, el tiempo era todavía peor en las cumbres, y algunos de los pasos estaban bloqueados por la nieve. Habían cruzado justo a tiempo.

Unos pocos lobos que vivían a lo largo del río estaban en el coro que respondía a la manada de la montaña. Los humanos los perseguían más que a los de la montaña. Estaban preocupados... algo acerca de los humanos al otro lado del río.

Pero el lenguaje de los lobos es lacónico, y Maeniel no pudo averiguar mucho más de sus canciones. Aquello y que no cazarían aquella noche bajo la tormenta, sino que esperarían hasta el amanecer. Seguro que habría animales atrapados por la nieve, presas fáciles.

Se volvió hacia el fuego. El refugio se había vuelto confortable. El viento del norte batía el extremo caído del tejado. El hielo y la nieve se acumulaban sobre las paredes, sellando el calor del interior. La espesa capa de paja aislaba el suelo.

Maeniel no tuvo necesidad de buscar en la bolsa de Decius. Su olfato localizó harina, sal, salchichas y aceite. Había aprendido unas cuantas cosas de Imona, así que no pasó mucho tiempo antes de tener una aceitosa empanada cociéndose sobre una piedra plana en el fuego. Disfrutó de la cena.

¡Imona! Se puso en pie para despojarse de la túnica y la espada. Un instante después, se había convertido en lobo y corría hacia la nieve y la oscuridad.



7

Imona! Sus días pasaban, sorprendiéndola a veces, pareciendo fluir rápidamente del amanecer al crepúsculo mientras ella estaba perdida en sus recuerdos del pasado.

Otros días se limitaba a tambalearse sobre sus torpes pies, con la mente vagando de un pesar a otro, cada tristeza llevando consigo inundaciones de lágrimas que no hacían nada para aliviar su pena, pero la dejaban con los ojos enrojecidos y dolores de cabeza.

Había mujeres, criadas dirigidas por una dama bien vestida que jamás cruzaban su mirada con la de Imona. Preparaban la comida, cambiaban su ropa de cama y en ocasiones la bañaban cuando la desesperación hacía que se olvidase de cuidar de sí misma. Pero ninguna de ellas intentaba comunicarse con Imona.

Nuestros recuerdos de tiempos felices no nos consuelan cuando la gran oscuridad abre las fauces esperando nuestras almas.

Había cosas que Imona sencillamente se negaba a recordar: sus padres, por ejemplo, y su infancia en la costa bretona. Pero se permitía recordar el mar. Aguas color esmeralda rompiendo contra las rocas y formando blanca espuma.

O la forma en que la luz cambia en el amanecer sobre el agua, un espléndido arco iris de sutil belleza que distingue a cualquier alba o crepúsculo de los demás.

A veces podía sentarse, cerrar los ojos y oler el aire salado. Incluso se hacía la ilusión de poder oír los gritos de las gaviotas o saborear la humedad de la pálida niebla que llegaba desde el océano, deteniendo toda actividad a lo largo de la costa, envolviendo el mundo entero en su silencio, de alguna forma sagrado.

No se molestaba en pensar en su marido, ni siquiera en los primeros años de su matrimonio, cuando habían sido felices y ella le había dado dos hijas, antes de que se marchase, por deseo de la familia, a combatir a los romanos. No pensaba en ello porque su mente se retorcería, intentando encontrar formas en que ella hubiese

podido prever su destino e impedir la mutilación que devastó de tal forma su cuerpo y su alma... vaciándole de tal forma de esperanza que acabó cometiendo el acto que significó la ruina para todos.

Cuando pensaba en él, eran los peores días, en los que se negaba a comer o lavarse, cubría su cabeza con el manto y lloraba sin cesar por él, por ella misma, por la pobre y medio loca Kat, por su lerdo pero amable esposo Des, e incluso por la anciana. Salvo Kat, todos estaban muertos entre las cenizas de lo que una vez fuera su casa.

Pero algunos días ella lograba purgar la culpa y el arrepentimiento de su mente. Aquellos días pensaba en las montañas y en la primera vez que las vio.

Como hija de una noble casa, había sido enviada a su nuevo esposo en un carro cubierto de piel y tirado por cuatro bueyes blancos, previstos para el sacrificio en la ceremonia de su matrimonio para contentar a los dioses domésticos de su marido y alimentar a los invitados.

Al principio, viajar en el carro había sido una aventura. Además, el viaje se interrumpía frecuentemente, al detenerse para ser agasajados en las casas de los vasallos de su padre. Pero una vez dejado atrás el territorio familiar, el carro se convirtió en una especie de prisión. Vivía allí, comiendo y durmiendo entre sus doncellas, pudiendo salir sólo un rato al anochecer, fuertemente custodiada, para aliviarse y darse un baño, si había cerca un lago o corriente. Cuando se quejaba, la anciana que iba con ella chistaba y le decía que tuviese paciencia.

Así que, la mañana en que oyó agitación y más charla de lo normal entre los hombres de armas cerca del carro, se arrastró atrevida entre las mujeres dormidas, apartó a un lado la cortina de cuero y se dejó caer junto al conductor. Miró hacia arriba, boqueando, y oyó la risa del hombre de barba gris.

—¡Es algo digno de verse! ¡Las montañas! —dijo él—. Parecen sostener el mismo cielo.

Desde luego. Era poco después del alba, y los picos cubiertos de nieve estaban bañados por la luz dorada. Las largas y esbeltas columnas de roca seguían envueltas en una sombra azul. Una oleada de verde suavizaba los altos prados, y la niebla bajaba entre los gigantes coronados de nieve como ríos de nubes.

—¿Es allí adónde voy? —preguntó ella.

El conductor asintió.

—Entonces me gustará. Estoy segura.

Y no se equivocaba. Breves pero hermosos veranos, largos y perezosos días cuidando rebaños de vacas y ovejas en pastos más allá de los árboles. Increíbles otoños en los que frutos de todo tipo parecían competir por la atención de los humanos. Melocotones, ciruelas y cerezas llenaban las plantas de los altos valles. Manzanas —verdes, rojas, sonrosadas e incluso blancas— creaban tal abundancia que costaba creerlo. Las matas estaban ennegrecidas por las moras y bayas. Venados, carneros y alces vagaban por los bosques. Cuando volaba la nieve, todos cazaban

jabalíes en la espesura.

Llevaban la vida de los héroes: cazar, luchar, jugar al ajedrez, entretener a los visitantes con historias y canciones hasta que, al fin, hartos de carne de vaca y venado, jamón, quesos blancos y amarillos, pan normal y sin levar, todo regado con vino italiano, hidromiel y cerveza, ella descansaba la cabeza sobre el hombro de su marido y sus párpados empezaban a cerrarse antes de que los invitados se hubieran ido o las últimas antorchas se apagasen.

A veces, ella despertaba y él la llevaba a su cámara. En otras ocasiones, él la tomaba en sus brazos y la llevaba como a una niña. Estaba rodeada por un mundo de delicias antes... antes de que llegasen los romanos.

Su mente se apartaba del sufrimiento posterior. ¿Para qué atormentarse? Sencillamente había dejado de importar.

Su otro y único visitante era el jefe de aquella gente. Cacique, magistrado, el nombre que fuese, llegaba acompañado por sus guerreros, como si una compañía de hombres armados pudiese rechazar la oscuridad que la rodeaba, flotando sobre sus días y sus noches.

Imona estaba junto al hogar en el rincón de la estancia. A medida que se acercaba el fin de año y la cosecha era introducida en los graneros, las noches resultaban cada vez más frías. Había estado avivando el fuego, intentando expulsar el frío de su cuerpo.

Él llamó a la puerta.

—Adelante —dijo ella, y oyó la llave girando en la cerradura.

El jefe entró, rodeado por sus hombres. Un golpe de aire frío entró con ellos.

Imona se puso en pie. Aunque llevaba un grueso vestido de lino bajo el tosco manto de lana, se estremeció bajo la corriente.

—Cerrad la maldita puerta —rugió el jefe—. ¿Dónde os criasteis, bastardos, en un establo? ¡Vamos a congelarnos!

La puerta se cerró de golpe.

—¡Maldita sea! ¡No he dicho que me dejéis sordo, sólo que cerréis la puta puerta!

—El viento... —empezó a explicar alguien.

—¡Oh, callaos! ¡Callaos de una vez! ¡No volváis a interrumpirme!

Se hizo un absoluto silencio.

Imona se frotó las manos. Había estado mezclando harina y cerveza floja para hacer su desayuno de la mañana siguiente. Consideraba la harina bastante sospechosa: estaba llena de salvado, y con frecuencia encontraba fécula de bellota y raíz de espadaña en la mezcla.

El jefe carraspeó para despejarse la garganta.

—Soy Cynewolf, líder de esta gente. He venido a preguntarte cómo estás, mi señora, y si necesitas algo. —Aunque había empezado con fuerza, terminó bastante torpemente.

Imona sintió una maliciosa diversión y decidió no mostrar piedad con él.

—Cuando era la esposa de un granjero en las montañas, nadie recordaba que era la hija de un rey. Ahora, aquí, con mi destino cerniéndose sobre mí, soy reconocida y honrada por el rango de mi familia. Gracias, señor Cynewolf, por vuestros saludos y respeto: son uno con el frío viento que se cuela por la puerta. Aunque el viento muestra más gentileza. Podéis iros, mi señor. Dejadme sola.

Cynewolf parecía incómodo. *Esa incomodidad le honra*, pensó Imona. Demostraba que no quería hacer lo que iba a hacer dentro de unos días, pero Imona sospechó que aquella incomodidad no le detendría. No, ni por un instante.

Su rostro tenía una expresión yerma y triste. Pero, como correspondía a un líder, estaba lleno de resolución. Se volvió a medias hacia los hombres a su alrededor.

—Marchaos. Largo, dejadnos —les dijo.

Los hombres obedecieron, empujándose y pisándose unos a otros en su prisa por huir.

El cacique cruzó la estancia hasta llegar junto a Imona. Tras hincar una rodilla en el suelo a sus pies, miró las llamas con los ojos entornados. La harina para el desayuno de Imona reposaba en un cuenco sobre el hogar.

Cynewolf cogió un puñado de harina y lo arrojó a las llamas. Un penetrante olor a quemado llenó la habitación.

—¡Esta harina lo dice todo! —La voz de Cynewolf era una severa mezcla de ira y desesperación—. Nuestras buenas granjas al otro lado del río han desaparecido. Él las quemó años atrás... cuando no quise enviarle jinetes para que le ayudasen contra los míos en la Galia. Al final, consiguió su caballería. Pero nunca hemos podido volver. Las guarniciones romanas nos rechazan. Este año las mujeres han recogido montones de bellotas y espadaña. El invierno pasado arrancamos la corteza de los árboles, pero aun así murieron muchos de los nuestros. Perdí a mi hijo mayor el año pasado, y a mi hija más joven el anterior.

El cacique se pasó la mano por los ojos como para alejar una visión maligna, y luego se puso en pie de cara a Imona.

—Me mostraría misericordioso si pudiera, pero no es así. No me atrevo. El romano curtido y de mejillas hundidas ha sido una calamidad para tu pueblo.

—Mi pueblo ha desaparecido —dijo ella suavemente.

—Sí, pero el mío vive todavía. Ese romano no debe cruzar el Rin. ¡No debe!

—¡Pregunta a la Dama! —dijo Imona—. Acataré la respuesta. —Se quitó el collar de oro del cuello, entregárselo a Cynewolf—. Si dice «sí», devuelve el collar. Si dice «no», me iré a casa de una de mis hijas. No seré bienvenida, pero iré. Soy una experta tejedora: encontraré un lugar en alguna parte.

Cynewolf permaneció en silencio, dando vueltas al collar en su mano.

—Eres la hija de un rey. Te debo eso. Sí —suspiró—, supongo que te lo debo.

El cacique se dio la vuelta y salió de la estancia.

Los romanos. Cynewolf caminó hacia el río. El *oppidum* estaba situado en lo alto. La gente reunida acampaba en gran número en las pendientes que llevaban al salón principal y los talleres apiñados en torno a la sede del poder. Recorrió la enlodada calle entre las viviendas semiderruidas y quemadas por los romanos en su última incursión.

Hizo una pausa y miró hacia arriba. El sol brillaba en el cielo, pero soplaba viento del norte. Las ráfagas de aire que agitaban su manto y atacaban sus orejas tenían una gélida mordedura. El cielo estaba lleno de nubes: en algunos puntos eran bastante tenues y dejaban ver el azul en lo alto, mientras que en otros eran grises y estriadas como el hielo del río.

Sí, pensó, el río. Se apresuró. Debía de haber helado un poco la noche anterior, pues de tanto en tanto el barro crujía al romperse los cristales de hielo bajo sus pies.

Podía recordar de su lejana infancia a aquel mismo asentamiento felizmente ajetreado en primavera. No había uno, sino tres herreros trabajando, haciendo armaduras, espadas, utensilios de granja y muchas otras cosas que la gente necesitaba. Un orfebre y su familia reservaban las mejores de sus creaciones para los guerreros y mujeres de la familia de Cynewolf... la familia gobernante.

Mujeres esclavas y libres se apiñaban en los cobertizos de las tejedoras, creando espléndidas telas. Los mercaderes llevaban algunas tan lejos hacia el norte como la legendaria tierra de los pictos, perdida en las nieblas hiperbóreas, y otras tan lejos hacia el sur que calentaban a los romanos frente a la húmeda miseria del invierno mediterráneo. Jamón, tocino y salchichas llenaban los ahumaderos, oscureciéndose en las espesas y frías nubes, o curándose en sal en el interior de sótanos frescos incluso en el verano.

Pero ya se acabó. Una vez, sí. Una vez tuve hijos y también hijas. Una vez. Los dioses deben de ser de madera y piedra. No había pensado que dolería tanto.

Había llegado a los límites del asentamiento, y podía bajar la mirada por la verde pendiente hasta el resplandor azul grisáceo de la superficie del agua.

Numerosos grupos familiares se agrupaban en torno a tiendas y chozas improvisadas colgando cortinas de las carretas.

Sí, una vez aquella gente pareció feliz. Guiaban manadas de caballos y rebaños de vacas, ovejas y cabras. Sus carros estaban cargados de tela, cerveza, manzanas secas, peras, cerezas, jamones y quesos de la montaña. De noche, los fuegos chispeaban vivamente mientras los matrimonios eran acordados, los regateos concluidos y todo el mundo se ponía de acuerdo con alguien más. Y las noches terminaban con banquetes, narraciones, poesías y canciones sobre un telón de fondo de llamas y tantas brasas volantes que rivalizaban con las estrellas del cielo nocturno.

Ahora los hombres junto a los que pasaba desviaban su mirada, y las mujeres, al ver el collar de oro en su mano, tiraban de sus hijos hacia las faldas, se tocaban los

amuletos que llevaban al cuello e intentaban fingir que Cynewolf no existía.

Incluso allí donde el sol brillaba todavía, eran de piel grisácea, facciones afiladas y actitud temerosa. Sus carros, antaño rebosantes de productos para la venta y el comercio, estaban vacíos.

Bajó por la pendiente hacia los árboles de la orilla. Cuando llegó al agua, se envolvió mejor en su manto: el viento soplaba con fuerza, haciendo que el aire pareciese más frío de lo que se podía esperar tan cerca del mediodía.

La luz del sol iba y venía. Los sauces colgaban sobre la corriente, con las largas ramas inclinando sus hojas de color verde amarillento y forma de cuchilla hacia la agitada superficie. Cuando el viento se calmaba y brillaba el sol, las ramas castañas y las hojas amarillas se reflejaban nítidamente en las tranquilas aguas, como si el río hubiese dado un gemelo al sauce semisumergido.

Una niña rió en alguna parte.

Los dioses eran de madera y piedra. No sabían ni les importaba que la carne y la sangre, más pasajeras, sufriesen. Arrojaría el collar al agua. Dejaría irse a Imona. Dejaría que envejeciese como las demás mujeres, ante el telar, tejiendo y moviendo la lanzadera adelante y atrás, entre las luces y sombras proyectadas por una lámpara de aceite. Podía cerrar los ojos y verla allí, los pechos bajando, las caderas ensanchándose, el pelo con franjas grises y después plateadas, trabajando hasta que el tiempo disolviese su piel y después sus huesos, y se la llevase como se llevaba el río las doradas hojas del sauce.

La niña rió de nuevo. La luz del sol brilló sobre el collar y el estanque bajo el sauce.

Vio a la niña que reía reflejada en la superficie del agua. ¿Qué niña? Rió y comprendió que la niña era su hija. La más joven. Y entonces recordó dónde estaba su hija.

Cuando recuperó sus sentidos, estaba arrodillándose a medio camino pendiente arriba, aferrando el collar con ambas manos.

Una de sus esposas estaba de pie ante él. Alix, la primera y mayor de todas. No la madre de su hija. ¡No! Ella se había ido. No mucho después de...

Entregó el collar a Alix, con manos trémulas.

—Llévaselo a... a la mujer.

—¿Y qué le digo?

—No digas nada. No hace falta. Ella lo entenderá.

Después de que Alix se marchase, Cynewolf se quedó allí durante un buen rato, intentando convencerse de que no había visto lo que acababa de ver, y al no conseguirlo, de racionalizarlo. Pero no pudo hacer ninguna de las dos cosas. Así que se puso en pie lentamente, pensando que sus articulaciones se endurecían con la edad, anduvo hasta su morada y pidió vino. Jarras y jarras de vino.

El collar le fue entregado a Imona con una sola mano, mientras Alix usaba la otra para cubrirse el rostro con el velo. Como le había ordenado Cynewolf, Alix no dijo

nada. Alix, el sauce.

Imona hizo lo mismo que Cynewolf. Bebió todo el vino y la cerveza que le dieron, y contempló cómo iba y venía la luz del sol. No aquella noche, sino el día siguiente. Un día no en el mundo. Amanecer y crepúsculo, ni día ni noche. Junto al mar, ni agua ni tierra. Un día que no pertenecía propiamente a ningún año. La noche más santa. Noche sagrada. La puerta a la eternidad. Imona se estremeció y, dado que no quedaba nada más que hacer, contempló ociosamente cómo iba y venía el sol mientras el viento empujaba las nubes desde el norte.

El lobo estaba preparado para el frío. El triple grosor de su pelaje repelía el agua, y las fuertes protecciones de su pelo no acumularían hielo ni siquiera en las condiciones más frías y húmedas. Las anchas zarpas estaban aisladas contra el frío del suelo, y las garras y almohadillas ofrecían una buena tracción incluso sobre el resbaladizo hielo. Su mero tamaño ya le daba una ventaja sobre la mayor parte de su especie. Había pocos lobos que abultasen tanto como un humano, pero él lo hacía. El grueso recubrimiento de grasa sobre sus músculos —la energía dinámica que alimentaba su cambio de hombre a lobo y viceversa— le servía también para aislarse del frío de las noches de invierno.

Sentía algunos reparos por haber dejado así a Decius. La osa u otros lobos podían encontrarle. Así que se movió en círculos, explorando los restos de la granja incendiada. Pronto descubrió que había sido el escenario de una salvaje batalla con muchas bajas. Su olfato de lobo, incluso en medio de aquel frío, descubrió los restos de incontables hombres y bestias.

La villa no había estado sola: una aldea se había alzado en otro tiempo más allá de sus campos. Los únicos indicios de las estructuras habitadas por los pequeños granjeros eran unos pocos postes viejos y un rancio olor a barro y madera quemada. También habían dejado a sus muertos: en su mayor parte habían desaparecido ya, reclamados por la tierra, pero el seco olor de los huesos viejos y el hierro enmohecido le reveló al lobo dónde yacían.

Estaba oscuro. Nevaba cada vez más, pero el lobo gris siguió trazando círculos, intentando asegurarse de que los bosques no albergasen ninguna amenaza para su protegido humano. No encontró nada.

Los lobos no cazarían aquella noche. ¿La osa? Sólo tenía un interés allí: la colmena del árbol. Sus sentidos la habrían alertado de la llegada del frío mucho antes que al lobo los suyos. Habría buscado su cubil con antelación, haciendo acopio de grasa y embarazada de las crías que nacerían en medio del invierno. La colmena era como un bocado antes de acostarse.

Su último círculo llevó al lobo hasta el camino. Incluso las abejas estaban tranquilas. Habían reparado en lo posible los destrozos causados por la osa y permanecían en las profundidades del tronco hueco, aisladas por al menos un pie de

corteza, madera y serrín. Cada abeja aferrada a al menos otras tres, colgando en una oscura cortina que cubría a sus larvas y el panal cargado de miel. Estaban calientes y cantaban. Muy suavemente. El lobo se detuvo para escuchar.

Estaban contentas. La reina estaba viva e ilesa. La mayor parte de las larvas que necesitarían para repoblar la colonia habían sobrevivido también, y la miel restante era más que suficiente para aguantar los meses de frío.

Por encima de las cabezas de los insectos, las ramas empezaron a resonar cuando la nieve sobre ellas se convirtió en hielo bajo el viento del norte. Las abejas cantaban también a la fuerza del árbol, a pesar de estar medio podrido y hendido por el rayo. Estaban convencidas de que era lo bastante fuerte como para protegerlas durante al menos otro año. *Dormid ahora, dormid mientras el mundo exterior queda cubierto por la muerte blanca. Dormid.*

El lobo siguió adelante, ignorando la extraña canción de cuna. Allí, en la fría y oscura noche, se encontraba en su elemento.

¿Dónde estaba Imona? Supuso que la habrían llevado al otro lado del río. Aunque sabía poco de los hechos de los humanos, era consciente de que el río marcaba los límites del poder de Roma.

Incluso para un lobo tenía sentido que su gente se la llevase a donde los romanos no pudiesen castigarla por los actos de su marido. Pero una vez más allá del río, ¿adónde la habrían llevado?

Corrió a lo largo del camino. Veía mejor que cualquier humano en aquella borrosa oscuridad llena de nieve, y evitaba los charcos que podían empapar sus zarpas. Aquello no le molestaría mucho, pero tener que detenerse para arrancarse el hielo a mordiscos reduciría su velocidad. Su estómago empezó a quejarse.

Un lobo siempre quería más carne de la que comía normalmente un humano: Maeniel ansiaba algo más que el pan y el queso que acababa de comer, pero podía aplazar la caza varios días en caso necesario.

No obstante, estaba cada vez más desanimado: llevaba varios días viajando a través de tierras salvajes, y había pasado casi una semana desde que encontrara el último rastro de Imona. No tenía pruebas de que ella estuviese allí.

La temperatura bajaba rápidamente. Ya no chapoteaba en los charcos al descuidarse: el hielo se estaba formando por todo el bosque, incluyendo el camino. Estaba a punto de renunciar, darse la vuelta, comer y, si era posible, volver al refugio para dormir, cuando el olor del humo de leña llegó hasta su nariz.

Aumentó la velocidad y, al pasar el siguiente recodo del río, vio las tenues luces de un asentamiento cercano: apenas eran unas pocas casas apiñadas en torno al embarcadero de un transbordador. El bote estaba sobre la orilla, medio enterrado en la nieve y el barro helado. Las pocas y míseras chozas que formaban el asentamiento estaban bien cerradas contra la ventisca.

El lobo se detuvo, confuso. ¿Y ahora qué?

Miró el río: había cobrado un color negro, y su resplandor aceitoso quedaba

empañado por las masas de nieve que se acumulaban sobre su superficie.

El lobo se sentó. *¡Maldita sea!*, pensó el hombre que compartía su cerebro. Entonces alzó la mirada.

El cielo estaba encapotado y cubierto de nubes. El campamento al otro lado del río anunciaba su presencia mediante el rojo resplandor de sus fuegos reflejado en las nubes.

El lobo se puso en pie y trotó a través de la pantalla de arbustos que cubría la ribera. Algunos estaban todavía verdes, y las espinas y brotes despedían una abrumadora fragancia. ¿Laurel? No: el olfato canino es veinte veces más poderoso que el humano. El lobo podía hacer distinciones de las que ningún hombre sería capaz.

Su hocico tocó una baya. Azul, tenía la esencia del azul, anidando entre hojas de brillante verde oscuro. Su lengua dio un barrido, saboreando el azul, verde y gris de la baya. Azul casi violeta, penetrante verde de las hojas, con una fragancia mitad incienso y mitad congelación. Y el gris, deslizándose como la fresca niebla que bajaba desde las cumbres hasta los valles de montaña mientras el sol poniente brilla sobre los picos, pintándolos con una luz dorada casi insoportablemente hermosa.

Su hocico encontró otra baya, y luego otra y otra. El hombre hubiese podido temblar de terror, salir huyendo. Pero el lobo contempló el otro mundo y se dejó reclamar por él. Para la bestia, para el lobo, el ayer y el mañana son ilusiones. El ahora es todo lo que existe: el ahora y el sabor de las bayas sobre la lengua.

Estaba en un jardín, en la magia entre el amanecer y la salida del sol. ¿O era en el pálido crepúsculo entre la puesta de sol y la noche? Ni siquiera el lobo podía decirlo, aunque normalmente podía. La salida y la puesta de sol tienen una fragancia distinta. Pero no allí, con el aire saturado del perfume de las matas de bayas.

El frío había desaparecido, siendo reemplazado por un agradable frescor. El río también, y un pequeño arroyo, apenas capaz de cubrir sus zarpas, fluía en su lugar, Pero reflejaba bellamente el profundo violeta y el débil rosa de un cielo opalescente.

Le habían dado muchos mapas al nacer. Uno de los cielos que le decía cómo pasaba cada día, mes y año. Otro de las montañas y los secretos de las estaciones. Pistas y sendas casi invisibles que podían ser seguidas bajo la luz del sol y de las estrellas, la lluvia y la nieve; formas de guiarse hasta todo lo que necesitaría en la vida y, sí, en la muerte. Pero nunca había recibido un mapa de aquel lugar: tomó el presente que le hacía y quizá así quedó vinculado para siempre.

Se abrió camino a través de la espesura verde que resistía la nieve, el hielo y la muerte, bajando por una suave y herbosa pendiente sin que sus cautelosas zarpas de lobo levantasen una salpicadura, y subió por otra suave cuesta hasta que la nieve arrastrada por el viento le dio en la cara. Y se encontró contemplando un campamento en la colina en la otra orilla del río: el *oppidum* en la orilla opuesta del embarcadero del transbordador.



8

Al lobo no le molestaba la nieve, el viento ni el frío. Los lobos son animales de clima duro: sus pies no se congelan gracias a que su cuerpo puede reducir la temperatura casi al nivel de la nieve congelada sin perjudicar por ello la actividad ni la circulación. Maeniel no era consciente de ello, pero no sentía ninguna incomodidad ni siquiera sobre la más fría temperatura.

El pelaje inferior de un lobo es aislante: los pelos exteriores impiden la entrada de humedad y, como saben todos los pueblos de las regiones frías, no queda cubierto de escarcha. De hecho, Maeniel se encontraba muy cómodo incluso en una semiventisca como aquella.

Pero era consciente de que su otro yo no sería tan afortunado. Así que puso rumbo al asentamiento que veía ante él. El lobo quería correr, encontrar a Imona y — si estaba allí—, cambiar y llevársela. El hombre le dijo que no fuese estúpido. Como humano, moriría antes de la mañana desnudo y sin refugio.

No, sería mejor pensar un poco en cómo conseguir su objetivo. ¡Primero, encontrar a Imona! Podía no estar allí. De no haber encontrado la senda abierta por las bayas, quizá se hubiese rendido y dado la vuelta. Pero quizá no. Lo más probable hubiera sido que intentase cruzar el río a nado y muriese allí.

Al entrar en el asentamiento humano, descubrió que podía moverse con bastante libertad. Su pelo gris hacía difícil verlo en medio de la nieve, y los humanos de vista tan aguda como para descubrirle le tomarían por un perro grande.

Al principio se movió furtivamente, deslizándose de una sombra a otra, pero no tardó en darse cuenta de que aquello sólo serviría para despertar las sospechas de los humanos. Mientras trotase tranquilamente, con la cabeza gacha, la lengua colgando y aspecto inofensivo, sería ignorado. Nadie creería que un lobo fuese a vagar entre los humanos tan despreocupadamente.

No va mal por ahora, pensó hasta alcanzar las puertas del *oppidum*, en lo alto del

montículo.

Lo rodeaba una alta empalizada con gruesas puertas de madera y apliques de hierro. Las puertas estaban cerradas, y a ambos lados había antorchas llameando en cestos de hierro, lo suficiente para permitir a los tres guardias armados y de aspecto formidable una buena visión.

Se sentó en la oscuridad, donde no podía ser visto, para considerar las circunstancias. ¿Estaba Imona allí? No podía saberlo. El número y variedad de olores generados por los humanos, sus bestias, sus tiendas de piel y su comida cocinada era casi abrumador para sus sentidos animales.

Pero entonces, un golpe de viento agitó la nieve, obligando a los guardias de la puerta a volver la espalda para proteger sus ojos del frío ataque, y casi extinguiendo las antorchas de la puerta.

Sí, allí estaba. Su perfume. Su cuerpo vivo. Un aroma cálido y lleno de recuerdos que sólo podía pertenecerle a ella. Estaba allí. Aquello no era algo dejado atrás como una huella sobre la tierra húmeda, o un poco de pelo atrapado en las espinas de un zarzal. Aquello era el mensaje comunicado al aire por un ser vivo cuyo corazón latía, cuyos pulmones se llenaban y vaciaban, y cuya mente pensaba y soñaba más allá de la fría noche, las puertas de madera y la empalizada que le mantenía fuera.

Sintió un alivio más profundo de lo que había esperado. No se había dado cuenta de lo temeroso que había estado, ni se había permitido comprender la tristeza que le habría embargado si Imona hubiese desaparecido de su vida y nunca la hubiese vuelto a ver. Qué espacio tan grande se había abierto en su corazón.

Para el ingenuo humano y el lobo inocente en él, todo parecía sencillo. Cruzaría la puerta, llamaría a Imona, y ella acudiría junto a él. Estaba seguro de que podría dirigir la manada y cuidar de ella al mismo tiempo. Podía ocultarla no sólo de su propia gente, sino también de los romanos si era necesario. Pero ¿cómo cruzar la puerta?

En aquel momento oyó el siseante ruido de unas ruedas, crujiendo y rechinando, aplastando la nieve recién caída. La sombría forma de un gran carro tirado por mulas emergió de la oscuridad, llegando hasta la puerta.

Uno de los guardias miró al conductor.

—¿Qué es eso?

—Pescado en salazón.

El guardia meneó la cabeza.

—¿Pescado? Déjalo ahí fuera, y pasa por la portezuela —dijo señalando una puerta más pequeña en la puerta grande.

—¿Qué? ¿Estás loco? Porque lo estás si te arriesgas a que el señor del lugar se entere de que dejas un carro cargado de comida donde pueden robarlo. Deja seis barriles de pescado salado aquí y esa chusma de abajo... —dijo señalando a las hogueras diseminadas por la colina a sus espaldas—. Si se enteran de que hay comida para el que la coja, al amanecer no quedará ni un grano de sal en los barriles.

El guardia suspiró ruidosamente.

—Puedo recordar cuando no era así.

—Sí, yo también —replicó el conductor—, pero ahora sí lo es, así que abre las puertas antes de que me congele las pelotas. Llevo demasiado tiempo en compañía de este pescado hediondo, mi piel huele a sentina y hasta mis meados apestan. Quiero algo de cerveza, una cama caliente y, si es posible, una mujer a la que no le importe el olor a pescado.

El lobo vio lo que le pareció una oportunidad y se acercó al carro, deslizándose bajo él mientras uno de los guardias empezaba a abrir la puerta.

Pero una vez bajo el vehículo, quedó sorprendido al ver a una criatura: era blanca y pequeña, abundantemente salpicada de manchas de color hígado, y su corto pelo hacía que temblase con violencia. Empezó a ladrar con fuerza en cuanto el lobo metió el hocico bajo el vagón.

El hombre juró para sus adentros. El lobo gruñó. Un animal más inteligente hubiese guardado silencio, pero el lobo no contaba con el poder de la estupidez: el pequeño animal se limitó a ladrar más rápido y más fuerte.

—¿Qué pasa? —preguntó el guardia.

—Un perro vagabundo, creo —dijo el conductor—. El pequeño es mío.

El guardia cogió un puñado de hielo y barro, y se lo tiró al lobo. El golpe acertó dolorosamente en las costillas del animal, arrancándole un gañido.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera! —gritó el guardia.

Enfurecido, el lobo saltó hacia él.

El guardia llevaba el típico escudo rectangular de los celtas, un armazón de madera reforzado con piel. Al ver que el lobo se acercaba, se cubrió con el pesado escudo.

El lobo dejó escapar un ruido que parecía más de dolor que de furia, y después retrocedió como un cangrejo hacia la nieve y la oscuridad.

Para cuando hubo recuperado el control de sí mismo, el carro ya había pasado y la puerta estaba cerrada de nuevo.

El dolor de su cuello y su hombro pasó de ser una tortura a algo más o menos tolerable, pero tardó bastante tiempo antes de que pudiera apoyar la pata en el suelo de nuevo... y más antes de que fuese capaz de andar sin una cierta cojera.

Tras un rato consiguió liberar su mente de la ira, la frustración y el dolor, convencido para entonces de que nada relacionado con aquellos locos seres humanos era jamás tan fácil como parecía.

En lo más profundo del corazón de cada cánido acecha un timador. Se quedó en la oscuridad, esforzándose por oír la conversación de los guardias.

De alguna manera, se las habían arreglado para erigir un cobertizo cerca de la puerta. Al avanzar la noche y hacer más frío, cada vez eran menos los viajeros que interrumpían su bebida.

La nevada había arreciado. Los copos, que habían empezado como un fino polvo,

eran ya tan gruesos que resultaba difícil ver más allá de veinte pies en cualquier dirección. Sí, el viento —muy fuerte por la tarde— se había apaciguado, pero así los copos de nieve caían en vertical y acumulándose, de forma que el lobo podía oírlos mientras empezaban a envolver la tierra y cada estructura cerca del *oppidum* bajo un grueso manto blanco. El lobo se deslizó hacia el cobertizo de los guardias hasta que estuvo lo bastante cerca como para distinguir a sus tres ocupantes.

El mayor, un gigantón barbudo, ya estaba inconsciente: roncaba apoyado contra la pared. Los otros dos estaban sentados a la mesa. Uno dormía, con la cabeza en los brazos. El otro, un hombre pelirrojo y larguirucho, era el problema: estaba despierto y malhumorado. El lobo se acercó un poco más a la puerta.

—¡Largo de aquí! —gruñó el hombre, mientras empezaba a buscar un proyectil.

El lobo se puso panza arriba con un gañido, intentando mostrar una sumisa mueca canina.

—¡Bastardo! Intentaste morderme, y ahora que te he pateado el culo, quieres que seamos amigos.

El lobo gimoteó suavemente y se acercó, arrastrándose sobre el estómago y meneando la cola.

—Ahora quieres ser mi camarada... qué encanto. —El habla del guardia era un poco confusa, pero poco a poco una desagradable sonrisa fue extendiéndose por sus facciones. Volvió a llenar su copa de vino—. Ven aquí —dijo llamando al lobo con una mano mientras levantaba la copa con la otra.

El morro del lobo ya estaba dentro del cobertizo. Maeniel calculó el efecto probable de una copa llena de vino sobre sus vulnerables ojos y su tierno hocico. Nada bueno. Pero él estaba sobrio y el pelirrojo no. Ni él era un humano distraído por los juegos de manos. Aun así, el pelirrojo era rápido y estuvo a punto de darle.

El vino voló por el aire, pero en lugar de caer sobre los ojos de un lobo, salpicó unas piernas humanas. El guardia se encontró mirando el rostro de un hombre: un rostro fuerte, enérgico, pero con los mismos ojos de lo que había tomado erróneamente por un perro vagabundo.

Fue su última visión por un tiempo, ya que un segundo después el puño de Maeniel se estrelló contra su mandíbula.

Los otros dos guardias no se despertaron, y sólo uno de ellos se agitó un poco en sueños: el que estaba sentado a la mesa gruñó, se movió un poco y siguió durmiendo. El otro, apoyado en la pared, no dejó de roncar.

Maeniel cogió la túnica, las calzas y el manto del pelirrojo, pero tuvo el detalle de dejarle con la ropa interior y el calzado.

Se detuvo un momento para asegurarse de que el hombre seguía respirando; no quería ninguna otra muerte como la del bandido. Después salió del cobertizo: la empalizada no supuso ningún problema: la saltó rápidamente y empezó a buscar a Imona.

Estaba sentada en la oscuridad, envuelta en su grueso manto, cuando la mecha de la lámpara se apagó. No tuvo las energías ni el coraje para cruzar la gélida habitación y volver a encenderla. En lugar de ello, se quedó recostada en su duermaveela, presa de la desesperación emocional y la miseria física. La temperatura del interior igualaba a la ventisca de fuera, y empezaba a formarse hielo en las paredes.

Todo lo que quedaba del fuego eran unas pequeñas brasas rojas, que brillaban y se apagaban con el viento.

Al principio, ni siquiera los ruidos de la calle la despertaron. Fue sólo cuando oyó la voz de él susurrando su nombre cuando se puso en pie y corrió hacia las tablillas que protegían la ventana: una estaba clavada desde dentro, y la otra desde fuera, formando un juego de barrotes tan sólido como cualquiera que hubiese visto antes. Tan sólo había un problema: estaban podridas.

Su gran puño rompió la de abajo, y después hizo volar la otra. Vio el rostro de Imona, mirándole desde la oscuridad. Metió la mano y entró y ella la tomó.

Imona la apretó contra su mejilla, y él sintió una cálida humedad. Por un instante se preguntó si había dejado de soplar el viento y la nieve caía en vertical, pero luego se dio cuenta de que ella estaba llorando.

—Creí que nadie me recordaría, que no le importaría a nadie. Pero tú has venido. Recordaste y te preocupaste. Por eso te amo.

Las mejillas y luego los labios de Imona eran como terciopelo y seda sobre sus grandes y duros dedos.

Era un hombre. Parpadeó, atisbando en la oscuridad de la calle cubierta de nieve. Sí, llevaba la túnica, las calzas y el manto del guardia de la puerta, pero iba descalzo. Los dedos ya se le estaban congelando, y cada pulgada expuesta de su piel estaba fría.

—Ven —dijo, apretándole la mano—. Vámonos de aquí. «Amar» es... el amor es algo que ansias. No puedo entenderlo bien, pero si es dormir siempre con el estómago lleno, pasar las noches caliente, o encontrar lugares frescos, seguros y resguardados para descansar durante el día. Puedo darte todo eso. Cazaré y mataré por ti. Puedo alejarte de tu especie, que quiere hacerte daño, y te defenderé contra aquellos de la mía que te ataquen. Ven conmigo, Imona. Ven... sé libre. Olvida a esos extraños y pugnaces humanos. Ven. Sólo me costará un momento romper estos barrotes. Conozco un lugar al que puedo llevarte. Se está bien y caliente allí. ¡Ven conmigo ya! —Tiró de su mano más allá de los barrotes—. ¡Ven! Temo que no tengamos mucho tiempo. Tuve que golpear al hombre de la puerta y coger sus ropas para llegar aquí. Él o alguno de sus compañeros de borrachera puede dar la alarma.

Le soltó la mano, retrocediendo. Sólo podía ver la silueta de su rostro. Sus ojos eran huecos llenos de sombra.

Ella vio su perfil. *Dioses, es joven, pensó. Sea lo que sea, es joven. ¿Qué me espera en su hogar salvaje? Cada mañana me cuesta un poco más levantarme. Cada vez que tengo una sesión de espejo y peine, encuentro más cabellos grises.*

—No —susurró suavemente—. No.

—¿Por qué no?

Su voz sonó tan fuerte en la calle vacía que Imona temió por él.

—¡Sssh! ¡Darán la alarma y te descubrirán!

El brazo de Maeniel volvió a pasar por la ventana, intentando atrapar de nuevo el de ella.

Imona tomó la mano del hombre, entrelazándola con la suya y apretándola contra su frente.

—Calla, calla por tu vida, querido amor mío. Silencio, por favor. Iré, pero... pero no esta noche.

—¿No? —dijo él, volviendo a bajar la voz—. ¿Por qué no?

—Porque... —Imona buscó una explicación, alguna excusa—. Porque debo hacer algo antes de irme. Algo que tengo que hacer. Mañana.

Cerca, un hombre gritó.

Brilló la luz de una antorcha.

—¡Lobos! ¡Bandidos!

La mano desapareció, e Imona pudo ver la forma de un lobo donde él había estado de rodillas un momento antes.

Rápidamente, volvió a poner las tablas en su sitio. Él se marchó, y el momento quedó atrás; Imona comprendió que había decidido, y cuál era tal decisión.

En el exterior, el pequeño asentamiento bullía de actividad por la alarma, pero Imona estaba segura de que la persecución sería en vano. Añadió algo de yesca a las brasas que quedaban en el hogar, haciendo que se avivasen. Después echó el resto de la leña al fuego que calentó la habitación y la llenó de una brillante luz amarilla.

Pasó lo que le pareció un largo rato mirando las llamas, sintiendo una extraña paz. Luego buscó su lecho y se quedó dormida, todavía contemplando las llamas, sin soñar en la vida o en la muerte, sólo en las montañas y en cómo se alzaban, elevando limpios campos de nieve como cuchillos hacia un cielo azul oscuro.

Los primeros momentos fueron muy ajetreados para el lobo. Una jabalina se hundió varias pulgadas en el barro en el mismo sitio que él había ocupado sólo unos momentos antes. Por unos terribles momentos, rodó atrapado en la túnica y el manto, y luego quedó libre, corriendo por el lodo helado entre las casas.

Trotó desorientado, perdido en aquel asentamiento circular. Quedó algo confuso, casi hasta el extremo de dejarse coger, cuando repentinamente se dio cuenta de que estaba en medio de una calle con grupos de cazadores en ambos extremos. Se alejaba de las antorchas de unos sólo para encontrarse cara a cara con las de otros.

Siendo un lobo, no perdió tiempo con vacilaciones. Saltó al tejado del edificio más próximo, consiguiendo afianzarse un poco sobre la paja helada. Cuando llegó a lo más alto, pudo ver entre la nieve la dentada silueta de la empalizada. Saltó.

El rojo resplandor en sus ojos mostró a sus perseguidores yendo tras él por

encima de la empalizada. El lobo podía correr sobre una capa de nieve helada, pero los humanos se hundían hasta las rodillas. Los dejó atrás enseguida.

Intentó en vano volver a la puerta que le había permitido cruzar el río. Corrió a lo largo de la orilla, pero encontró la puerta cerrada, los extraños matorrales verdes atrapados en el hielo, y las bayas congeladas como oscuros guijarros entre las ramas.

Moviéndose con el paso usado por su especie para cubrir largas distancias, siguió la orilla por un buen trecho, pero sin encontrar un vado. Finalmente se detuvo en un punto donde la corriente se estrechaba entre bancos.

El viento volvía a soplar con fuerza, pero casi no nevaba ya. Los copos eran finos y tenues, como al principio, y, en lo alto, las nubes se separaban, mostrando atisbos de un cielo colmado de estrellas.

El hielo a lo largo de ambas orillas se volvía cada vez más espeso. Se tiró al agua y no tuvo que nadar mucho, ni mucho tiempo: se sacudió hasta quedar seco en la otra orilla.

La culpa tiró de los bordes de su mente cuando, por primera vez en mucho tiempo, pensó en el mercader romano. Guardó silencio mientras sus hermanos de la montaña empezaban a cantar. Estaban de caza ahora que la nieve había dejado de caer, y Decius estaba herido e indefenso. Quizá no tuvieran interés en el hombre, pero sí lo tendrían en los dos caballos: los lobos podían acabar de paso con Decius en un instante.

Maeniel empezó a correr.



9

Cuando el gris llegó a la choza, la nieve seguía cayendo abundantemente en el exterior. Cuando se puso en pie como un hombre, se encontró helado de frío. Temblando, se puso de nuevo su túnica. La choza estaba a oscuras: el fuego había quedado reducido a tizones. Maeniel avivó las llamas, añadiendo unos pocos leños ennegrecidos pero no quemados del todo aún, que había recogido fuera. Las llamas iluminaron la choza, y vio que el sitio donde había acostado a Decius estaba vacío.

Se acurrucó junto al fuego en busca de calor. Todavía no era lo bastante humano como para jurar, pero empezaba a comprender por qué los hombres parecían adictos a aquella curiosa costumbre.

Se puso en pie, agachando la cabeza para no golpearse el cráneo con el techo, y miró por la puerta.

Nada, sólo oscuridad y pálidas nubes de nieve movidas por el viento. En el rincón donde había dejado los dos caballos y la mula, algo resopló pisoteando el suelo; miró hacia allí, y vio a la mula: la brida la sujetaba al pesebre donde había estado comiendo. El animal tiraba con fuerza, probando la resistencia de su atadura, los ojos en blanco.

Maeniel se acercó a la puerta. *Están ahí fuera*, pensó. Se arrancó la ropa y corrió hacia la oscuridad, cambiando.

Ya no estaba ciego. El olor era fuerte, y procedía de los campos. Corrió hacia el suave ruido de olfateo que hacían. Lo primero que vio fueron sus ojos, brillantes en la oscuridad, reflejando la luz del fuego de la cabaña. Después las escurridizas y letales formas grises. Estaban investigando algo que había en el suelo. Probablemente Decius.

El lobo se preguntó si valía la pena preocuparse por el humano. Era muy posible que ya estuviese muerto. Pero una vez asumida la protección de Decius, se sentía

obligado a continuar en su papel. *¿En qué me diferencio del perro bajo la carreta?*, pensó.

Un fragmento de recuerdo llegó hasta él. ¿Recuerdo o sólo un sueño? Eran los salvajes cazadores de la tundra. A veces, cuando el invierno parecía interminable y el hambre no era una vaga sensación, ni un amable instinto de cazar y comer, sino una salvaje agonía en las entrañas, una obsesiva codicia, aquellos crueles señores de la caza se volvían unos contra otros.

Así fue como los lobos encontraron al pequeño y condenado grupo de mujeres y niños huyendo a través de la gélida noche. Sólo eran cuatro hembras y tres niños demasiado jóvenes para cazar. Por los olores que llegaban de las hogueras tras ellos, estaba seguro de que la carne cortada de los huesos de sus hombres se asaba en el fuego de otra banda.

Aquellos fugitivos eran los únicos que habían sido lo bastante rápidos como para escapar. Los lobos se desplegaron tras ellos en un semicírculo, listos para hacerse con sus presas. Aunque sólo eran mujeres y niños, los lobos tenían miedo, y esperaron hasta que se refugiaron bajo un pino caído, en el hueco entre el tronco y el suelo, libre de nieve gracias a las ramas. Los humanos no se atrevieron a encender fuego por miedo a sus perseguidores, y se echaron juntos en la oscuridad, intentando conservar el calor.

Pero la noche estaba contra ellos. La peor ventisca de toda la estación barrió el glaciar. Incluso los más fuertes sintieron el mordisco del frío. Algunos, como el buey almizclero, formaron un círculo para proteger a las hembras y crías. Los ciervos, incluso los gigantes, murieron congelados allí donde estaban como los caballos, los alces y los caribús. Los más viejos y los más jóvenes murieron en la gélida oscuridad.

Incluso los bien protegidos lobos sabían que quedarse en campo abierto era morir. Así que se acercaron despacio al refugio de los humanos. Enseñaron los colmillos al principio, pero la hembra que guiaba a los fugitivos pronunció la orden de calma.

Los lobos machos se sentían incómodos ante la idea de atacar a alguien tan saturado de olor a hembra como aquellos humanos. Para las lobas, los niños olían a cubil, leche caliente y piel suave.

Un niño empezó a llorar en la oscuridad, y su madre se lo llevó al pecho. Era algo que tanto humanos como lobos comprendían. Los gruesos pelajes de los lobos protegían del frío tan bien como lo hubiese hecho el fuego, y los humanos encontraron un contacto consolador en un mundo de muerte helada. Pues allí, la bestia era más amable que el hombre.

Cuando despertaron al alba, la mujer —o quizá la hembra, aún no del todo humana— supo que algo nuevo había ocurrido. Algo nuevo había llegado al mundo. Los hombres hubiesen podido arruinarlo: los hombres arruinan las cosas intentando averiguar demasiado sobre ellas, o peor, desconfiando de un acontecimiento inusual. Pero la aceptación es cosa de la mujer, y por eso ella aceptó a los lobos que la rodeaban mientras se abría paso por la nieve seguida de lobos y humanos.

Al poco tiempo descubrió, como había sabido que ocurriría, un pequeño rebaño de alces atrapados por la nieve junto a un río. Todos comieron bien aquella noche. La nueva banda de lobos y mujeres viajó junta durante mucho tiempo. Y los lobos siguieron siendo lobos, pero siempre fueron bienvenidos a los fuegos de las mujeres.

El recuerdo se fue mientras el gris se aproximaba al grupo. El miembro más alto y grande de la manada le cedió el paso, caminando lentamente y con las patas rígidas en medio de la nevada.

Maeniel se acercó al cuerpo de Decius. Sí, estaba caliente, todavía vivo y, lo que era más aterrador, consciente, con los ojos muy abiertos por el miedo fijos en los lobos. Maeniel se puso cerca del mercader y gruñó a la cara del líder de la otra manada.

Los demás lobos, incluso el líder, parecían indecisos. ¿Valía la pena aquel andrajoso pedazo de carne humana tirado en la nieve? ¿Valía la pena arriesgarse a ser herido si el gran extraño decidía luchar por lo que obviamente consideraba su presa?

Maeniel avanzó unos pocos pasos. Los demás retrocedieron, casi desapareciendo en el remolino blanco.

Maeniel se agazapó, bajando la cabeza y los cuartos traseros. Esperaba un ataque desde atrás, pero descubrió que no era el objetivo de la otra manada.

Los animales que había dejado en el establo chillaron. Apenas un instante después, la manada avanzó hacia él.

Una oportunidad. Maeniel se volvió humano.

Pero quizá fuera Decius quien salvó la situación, al lanzar el grito más horrible que el lobo gris hubiese oído jamás.

Los lobos huyeron aterrados, dispersándose.

Maeniel agarró a Decius, se lo echó al hombro, y salió disparado hacia la choza. Al entrar, fue desplazado por la yegua de Decius, que chocó con él, derribándole y llevándose parte de la pared de argamasa con ella. Había un lobo sobre su grupa y otro colgaba de su garganta. La yegua se resistió, inclinándose hacia un lado: el lobo que tenía en la grupa perdió el equilibrio y cayó sobre la nieve. Luego se echó hacia atrás, y el lobo que le mordía la garganta se soltó, dejando una línea de heridas sangrantes en su cuello.

Lo ha hecho, pensó Maeniel. Ahora tendré que luchar contra todos. Es muy probable que acaben con nosotros antes del amanecer. Dejó a Decius gritando y debatiéndose en la nieve y entró para coger la espada y salir de nuevo.

La yegua estaba haciendo frente a la manada de lobos. Maeniel dio un salto para ponerse a su lado y le clavó la espada justo donde el cuello se une a la cabeza. El animal murió al instante, con la sangre saliendo de su cuello como una fuente. Maeniel agarró a Decius y entró en la choza.

Le llevó unos momentos bloquear la puerta, y luego avivó el fuego. Estaba temblando violentamente cuando se puso la túnica.

Decius se sentó, castañeteando los dientes, las extremidades de color azul,

acurrucado cerca de la mula y el caballo restante junto a la pared más alejada. Tenía el pelo de punta. Maeniel nunca había visto a un humano con el pelo así: sabía que los humanos eran capaces de manipular sus folículos como los gatos o los perros, pero nunca había visto que ocurriera.

Pudieron oír los gruñidos y ruidos húmedos procedentes del exterior cuando la manada empezó a alimentarse de la yegua muerta.

—¡Aaah! —gritó Decius—. ¿Qué vas a hacer, comerme a mí también? ¡Aaah!

—No —gruñó Maeniel, sonando muy parecido a sus congéneres del exterior—. No nos comemos unos a otros. Eso os lo dejamos a vosotros.

Decius le miró parpadeando, sin comprender.

—Maté a la yegua para salvar nuestras vidas —explicó Maeniel.

—Eres uno de ellos. —Los dientes de Decius entrechocaban con tanta fuerza que Maeniel tenía problemas para entenderle.

—No —contestó, casi cayendo de agotamiento—. No soy uno de ellos más de lo que tú lo eres. —Se sorprendió al comprender de que estaba diciendo la verdad, y descubrió lágrimas corriendo por sus mejillas. Se dio cuenta de su profundo dolor, de su pena por algo perdido que apenas podía comprender y nunca sería capaz de explicar.

Sus lágrimas parecieron tranquilizar a Decius. El mercader no podía creer que, fuese Maeniel lo que fuese, pudiera sufrir tanto dolor y después cometer un acto de crueldad.

Compartieron la comida y el vino que quedaba. El calor del fuego dentro de la choza fundió la nieve y el hielo sobre las paredes en el exterior, pero el agua se congeló de nuevo rápidamente, formando una capa aislante. De hecho, casi empezó a resultar acogedor.

Maeniel no preguntó a Decius qué había ocurrido. El romano parecía un tanto confuso, y probablemente a él le pasaba lo mismo. Decidió que probablemente le necesitaría para cruzar el río al día siguiente y poder entrar en el *oppidum* donde estaba encerrada Imona.

Seguía decidido a rescatarla. Pensaba que ella no le había entendido. Debía entrar de nuevo y hacer que escuchase la voz de la razón. Todas las criaturas masculinas creen estar del lado de la razón: Maeniel no era una excepción. No tenía idea de lo que pretendían hacer con ella los habitantes del asentamiento, pero conociendo a los humanos como los conocía, no podía creer que sus intenciones fuesen buenas.

Mientras tanto, debía mantener a aquel estúpido romano con vida, y de ser posible lo bastante sano como para ayudarlo a conseguir su objetivo.

Maeniel agradeció a los poderes universales que el vino hubiese calmado al parecer a Decius. Estaba acurrucado sobre la paja, cubierto con su manto y muy cerca del fuego, mientras sus extremidades recuperaban el apropiado color rosáceo. Por un tiempo, el dolor de recuperarse de la congelación le distrajo de los ruidos que hacían los lobos al alimentarse.

—¿Seguirán allí por la mañana? —preguntó a Maeniel.

—No.

—¿Estás seguro? ¿Tan bien los conoces?

Maeniel estaba esforzándose por abrir un agujero en la pared de argamasa para atisbar lo que ocurría fuera. Se volvió, dedicando a Decius una de sus largas y lentas miradas.

—La respuesta es no. No son amigos míos más de lo que lo eran los bandidos, pero conozco bien los hábitos de los lobos.

—Eso puedo creerlo —murmuró Decius.

—Hazlo. Soy una autoridad en el tema. Esta manada fue obligada a bajar de las montañas por la ventisca. Probablemente llevaban varios días sin comer: de lo contrario, no se hubiesen arriesgado a acercarse tanto a moradas humanas ni al fuego.

Por fin, con la ayuda de un palo puntiagudo, pudo abrir un pequeño orificio a través de la pared y la costra de hielo. Miró al exterior. Las sombrías siluetas grises estaban todavía cerca de los restos de la yegua, y la nieve casi había dejado de caer: los copos eran ya muy pequeños y escasos. En lo alto, se veía la luna entre las nubes y, de vez en cuando, el resplandor de unas pocas estrellas.

—No, la tormenta de nieve ha pasado. Se marcharán cuando se hayan hartado y esté a punto de amanecer, y lo más probable es que no vuelvan.

Decius dejó escapar un suspiro y se puso a roncar. Maeniel se acurrucó al otro lado del fuego. El interior de la choza era agradablemente cálido. El caballo superviviente y la mula dormían en el rincón del pesebre. Maeniel contempló el humo elevándose hacia el techo, buscando el punto más alto donde el tejado se unía a la única pared superviviente, y enroscándose hasta casi parecer líquido antes de escapar al exterior.

Sí, una vez fuimos bienvenidos a sus hogueras. Recordó el rostro de la mujer a cuyo lado había descansado el antiguo bajo el árbol. Sus ojos se habían abierto y mirado a los suyos: el lobo había tenido una visión heroica. Ciertamente, las cejas de la mujer no eran tan altas como lo eran las de los actuales humanos, pero había visto en su rostro lo que podía llegar a ser un mundo dirigido por la inteligencia. Aquello y el conocimiento de que ambos eran aliados, seres vivos y calientes, carne y sangre, sintiendo hambre y amor. Y fuera, en la cruda noche helada, el oscuro y eterno frío de un yermo sin vida extendía sus garras para tomarlos y encerrar sus almas en una negrura eterna. Al hacer un pacto para combatir aquello, alcanzarían la mayor de las victorias. El antiguo lobo lo había comprendido, y Maeniel lo hizo a su vez. Durmió como los lobos, con el sueño ligero, y despertó cuando la manada de la montaña rodeó su refugio justo antes del alba, para volver luego a su cubil en el bosque.

Salieron bastante después del amanecer. Decius buscó entre sus bultos hasta dar con algo de ropa para Maeniel, una túnica limpia y unas calzas. El mercader llevaba

botas, pero Maeniel tuvo que arreglarse con calcetines y sandalias. Se sentía pasablemente cómodo, aunque el sol estaba en lo alto y la temperatura había aumentado.

Decius volvió a organizar sus bultos y ensilló al caballo y la mula, sin mencionar nada de lo ocurrido la noche anterior. Una o dos veces dijo sentirse un poco mareado, y estaba seguro de que el golpe en la cabeza le había entorpecido.

Maeniel no le contradijo. Cuando salieron de la choza, ninguno de los dos miró hacia el lugar donde yacían la cabeza, los cascos y unos pocos huesos de la yegua.

El mercader iba montado sobre el flaco caballo castrado del bandido. Maeniel le seguía a pie, guiando a la mula.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando llegaron al camino del río. Alcanzaron el transbordador tras media hora más de viaje. La embarcación estaba al otro lado del río, así que los dos hombres tuvieron que esperar. Decius evitaba mirar a Maeniel.

El sol brillaba en el claro cielo. El hielo formado durante la noche se estaba fundiendo, humedeciendo el bosque como si hubiera llovido. La nieve se había fundido salvo en los lugares a la sombra, y el río brillaba como el diamante, pero el viento seguía siendo frío.

Decius se estremeció un poco al sentir la brisa del río. Retrocedió para compartir con Maeniel el refugio que ofrecían los grandes cuerpos de los animales.

—No... no puedo recordar lo que pasó anoche, pero sé que probablemente me salvaste la vida.

—Más de una vez —replicó Maeniel.

—Eso pensaba —dijo todavía sin mirarle—. Me sorprende que no me dejases abandonado o te llevases los bultos. Contienen cosas valiosas.

—No para mí.

—¿No? ¡Sí! Bueno, después de lo que vi anoche puedo creer que unas pocas baratijas de oro no te impresionen. Pero si no es oro, ¿qué es lo que quieres?

—Necesito tu ayuda para cruzar el río y entrar en aquel asentamiento.

—¿Y qué piensas hacer una vez allí?

—Robar una mujer.

—¡Oh, no! —gimió Decius—. ¿No te das cuenta de lo que nos pasará si ofendemos al cacique local? Oh, ayúdame, padre de todos los dioses. Si Cynewolf no me mata, Fulvia lo hará con toda seguridad.

—¿Quién es Fulvia? Deja de gimotear y explícate.

—Fulvia es mi señora. Yo soy uno de sus libertos. Oh, hermanas de Zeus, era mucho más feliz como esclavo y asistente de baño, antes de que aquel sucio Firminius decidiese que tenía un bonito culo. —Hizo un gesto hacia el río—. ¿Acaso crees que había venido a este agujero miserable, helado y lleno de barro por mi propia voluntad? ¿Sabes la cantidad de vino que beben estos salvajes?

—Probablemente no tanto como los romanos —dijo Maeniel, exasperado.

—Bueno... puede que no... Oh, en el nombre de Isis, ¿qué importa eso? Es

suficiente para llenar de oro las bolsas de Fulvia y la familia Basilia, por no mencionar mi libertad y la comisión que me llevaré.

—¡Pero tú ya eres libre! —Maeniel murmuró las palabras entre dientes.

Decius rió falsamente.

—¡Oh, sí, probablemente según la ley y en teoría! Pero no puedo imaginar a Fulvia o a Firminius haciendo caso de ninguna ley conocida. No, la verdad es que depende de esto: si no mantengo el monopolio de Fulvia con estos espantosos galos y complazco a ese enorme y peludo cacique del otro lado del río, recuperarán parte de sus pérdidas vendiéndome en una subasta. Ya he visto a Fulvia hacérselo a otros que cometieron un error en el peor momento. Por favor, por favor, te ruego que no me metas en el lío que provocarás al ofender la hospitalidad del cacique.

Maeniel soltó un gruñido que hizo temblar las rodillas del mercader.

—Empiezo a creer que todas las cosas que no vi anoche son ciertas —dijo Decius. Pero al mirar a su alrededor, se encontró solo—. Puede que se haya ido —murmuró.

Estaba empezando a sentirse aliviado cuando un gran lobo gris salió trotando del bosque y se puso junto a su rodilla.

—No —musitó el romano—. No se ha ido.

El transbordador se separó de la orilla opuesta. Un hombre que llevaba un pequeño rebaño de ovejas, quizá ocho o diez, se unió a Decius en el embarcadero. Tras él llegó una dama sobre un espléndido caballo castrado y acompañada por dos hombres a pie.

A las ovejas no les gustaba nada el lobo gris, y se apiñaron temblorosamente en torno al pastor.

La dama desmontó, situándose junto a Decius. Era obviamente de noble cuna, como demostraban sus joyas. La magnífica estampa de su caballo y los dos guerreros bien armados que la seguían dejaban claro que no era una persona ordinaria.

Llevaba una pesada capa con la capucha echada hacia atrás. Era muy bella, pero obviamente ya había dejado atrás su juventud. Había hebras grises en su cabello adornado con cadenas de oro y recogido junto a las orejas. Era posible ver finas arrugas en sus mejillas y patas de gallo en torno a sus ojos.

La mujer ignoró a Decius, mirando pensativa a lo lejos y contemplando la laboriosa travesía del transbordador. Se cerraba la capa en torno al cuello con una mano, mientras la otra le colgaba al costado.

El lobo acercó su hocico a la mano. *Aaah*, pensó, *carne dulce, limpia y perfumada. Carne de mujer. Aroma de mujer. Mujer, mujer, suave mujer. Aaah.*

Ella sintió su contacto en la palma de la mano y bajó la mirada.

—Oh, qué magnífico animal. ¿Es tuyo? —preguntó a Decius. Ofreció su mano al lobo. Maeniel olisqueó los suaves dedos con entusiasmo: aunque nadie quiere renunciar por completo a su dignidad, meneó su gran cola peluda.

Entonces ella le acarició la cabeza, rascándole tras las orejas. La boca del lobo se

abrió para dedicarle una gran y feliz sonrisa perruna.

—Tan bonito, tan bien educado... —dijo la mujer a Decius—. Eres afortunado de tener un animal tan espléndido.

El lobo volvió la cabeza para dedicar a Decius una versión más irónica de su sonrisa. Decius recuperó el control de su garganta y contestó:

—Oh, sí, mi señora. Él... —Su voz se hizo inevitablemente más aguda, y tuvo que carraspear—. Él ha sido muy útil en mi viaje.

—Sí, bueno, puede ser, pero asusta a mis ovejas —comentó el pastor.

La mujer le dedicó una encantadora sonrisa.

—Estoy segura de que tus ovejas no tienen nada que temer con un hombre fuerte como tú cuidando de ellas.

El pastor pareció quedarse sin palabra. Decius suspiró.

La mujer volvió a rascar al lobo entre las orejas. Para el experimentado ojo de Decius, su compañero aparentaba estar extasiado.

—Oh, eres un buen chico. Estoy segura de que cuando lleguemos a la fortaleza de mi hermano al otro lado del río podré encontrarte un buen hueso grande y con carne.

—¡Vuestro hermano! —exclamó Decius—. Entonces, debéis de ser la dama Enid.

—En efecto.

—Qué agradable es poder saludaros —dijo Decius—. Estoy aquí para transmitir a vuestro hermano los saludos de la dama Fulvia y la familia Basilia. Saludos y presentes de sus amigos romanos.

—Qué amable por tu parte —ronroneó Enid.

La dama respondió bien ante la perspectiva de un brazalete de oro respetuosamente ofrecido cuando llegaron al otro lado del río.

Fue así como el lobo se encontró bajo la mesa en el gran salón del jefe Cynewolf, ocupado con el hueso prometido, mientras Decius halagaba y sobornaba a su anfitrión.

Había cosas como dos exquisitas jarras de vino en plata y bronce, con remates en forma de cabezas de animales en las asas y tapas. Un servicio para seis, copas de vino, un plato para pasteles y copas con hombres y doncellas desnudos sobre una bandeja adornada con los mismos hombres mientras privaban a las doncellas de su derecho a tal nombre.

—Oooh, qué atrevido —rió Enid.

—¿Son valiosas? —murmuró el cacique mientras las sopesaba.

—Son de plata pura —dijo Decius.

Cynewolf apretó el pulgar contra el fondo de la bandeja, sin que cediese.

—No lo creo. La plata pura es muy blanda.

—Bueno —cedió Decius—, hay que mezclar algo de metal más vil con el precioso para que éste sea útil. Quizá esto os satisfaga más —dijo ofreciéndole una docena de collares de oro.

El jefe dobló uno y gruñó, al parecer satisfecho con su flexibilidad.

—Para estar seguros —continuó el mercader con voz untuosa—, esperamos para este año el mismo pedido de vino... o quizá mayor.

Había otros dos hombres sentados a la mesa con el jefe. Uno de ellos vestía al estilo romano, toga incluida... en realidad una afectación, pues no era ciudadano romano. El lobo no lo sabía, pero Cynewolf y el rico granjero sentado al otro lado de la mesa sí.

El lobo examinó su hueso de arriba abajo. La carne había desaparecido, arrancada por los colmillos caninos y los molares traseros. Cabía la posibilidad de que se rompiese, y aquel hueso era grande, pero el lobo se encogió mentalmente de hombros y mordió.

¡*Crack!* El sonido reverberó en la silenciosa sala. Todos los hombres presentes se sobresaltaron, y también la única mujer, Enid.

Decius se estremeció, sin saber muy bien por qué. El salón, circular según la vieja costumbre, estaba cubierto por un alto tejado cónico. El hogar, también de acuerdo con la tradición, estaba ennegrecido y apagado. La única luz era la del día que llegaba a través del agujero para el humo del tejado. Otro cono en la punta impedía que entrase la lluvia y la nieve, por lo que la luz que llegaba era indirecta y muy tenue. Una mesa redonda, también tradicional, rodeaba el hogar.

El cacique puso el oro a un lado.

—No podemos hablar de negocios hoy. Trae mala suerte.

Decius se aclaró la garganta.

—Mañana, entonces.

Mir entró en el salón. Llevaba una larga capa oscura que cubría su cuerpo, y una capucha echada sobre la cabeza. Ninguno de los tres hombres sentados a la mesa le miró directamente a la cara. Caminó en silencio hasta la mesa y se sentó junto a ellos.

Desde el otro lado de la sala, Decius y el lobo le miraron por encima el hogar. El hueso crujió de nuevo cuando el lobo extrajo la médula.

—Mañana —dijo el hombre sentado junto al jefe.

—Mañana —repitió el hombre de la toga.

—El día de hoy no es de buen augurio —explicó Mir.

Decius descubrió que, por alguna insondable razón, tenía la boca seca.

—Enid —dijo Mir—. Ve y asegúrate de que ella se lave y se coma las gachas.

La dulce y amistosa expresión de Enid se desvaneció de su rostro, y la dama pareció contrariada. Había estado examinando distraídamente una de las copas de plata, pero de pronto la dejó con un golpe sobre la mesa y dirigió una mirada de furia a Mir.

El anciano la encaró sin vacilar, y Enid fue la primera en apartar los ojos.

Por un instante, el lobo pensó que parecía más vieja. La dama se puso en pie y, sin decir una palabra, abandonó el salón.

Decius tembló de nuevo, y recordó que no había visto una sola hoguera en todo el asentamiento a pesar del frío. Se sentía como si algo viejo y oscuro hubiese entrado

en la sala y estuviese enroscado como una serpiente, esperando en la oscuridad.

El lobo gimió suavemente bajo la mesa, de forma casi inaudible, y Decius comprendió que su peculiar amigo también lo había sentido.

—Falta poco para el anochecer —dijo el cacique a Decius—. Ve a las habitaciones que te hemos dejado, pero no enciendas fuego: está prohibido. Atranca la puerta y no salgas hasta la mañana.

—S-s-sí —tartamudeó Decius. Se puso en pie. Había pan, queso y un frasco de vino sobre la mesa; lo cogió todo para llevárselo—. Me voy... me voy. Ya me voy. — Y se marchó.

El lobo quedó agazapado y en silencio, con el hueso olvidado y el estómago sobre el suelo. Lamentó no haber ido antes y haberse entretenido con aquel miserable Decius. Lamentó no haber podido convencer a Imona para que se fuese con él la noche anterior.

¿Qué había pasado? ¿Se habría asustado por la tormenta? No lo sabía. ¿Qué estaba ocurriendo a su alrededor? No entendía los propósitos humanos y sus fines extraños y a veces contradictorios. Sólo sabía que desconfiaba de ellos... desconfiaba hasta el fondo de su corazón y la médula de sus huesos de lobo.

—¿Cuándo? —preguntó el jefe a Mir. El anciano no le miró.

—A la puesta del sol, entre el día y la noche. Cuando no es ni de día ni de noche, en un lugar que no es ni seco ni húmedo, ni piedra ni tierra. Entonces... —Mir levantó la mirada hacia el agujero del humo. La tenue luz se estaba desvaneciendo.

El lobo salió del salón a la calle llena de barro. El sol había caído tras la empalizada y, al no haber antorchas ni velas, todo estaba sumido en la oscuridad.

¿Dónde estaba Imona? Se dio cuenta de que aquella vez no iba a poder encontrarla. La noche anterior el viento había estado soplando, llevándose consigo el fétido olor de las calles cubiertas de barro, basura y desechos domésticos, un olor que abrumaba su olfato y que reinaba allí donde se congregase un gran número de humanos. En aquel laberinto de indicios humanos, Imona estaba tan perdida para el lobo como cuando Mir se la llevó de su granja en el valle.

El lobo tuvo que moverse para evitar ser pisoteado cuando de pronto las calles se llenaron de gente. Todos iban vestidos igual que Mir, con capas negras y capuchas. No se miraban unos a otros, y tras unos momentos Maeniel comprendió el motivo: algunas de aquellas formas no estaban realmente allí, eran sólo sombras que pasaban a través de las paredes sin ninguna dificultad apreciable.

Cerca de él había una mujer, muy enferma o asustada, ya que el calor que despedía su cuerpo era visible para el lobo.

—¡Los muertos! —gimió suavemente—. Los muertos están aquí.

Los pelos del lobo se erizaron cuando otra figura encapuchada pasó junto a él, irradiando un frío hediondo y letal. Estaba en el fondo de un gélido río y los peces le arrancaban la carne de los huesos. Su mente se había desvanecido: el simple miedo a la muerte disolvía toda razón. Sólo quedaba un vórtice de terror, desesperación y

amarga rabia.

Imona, pensó el lobo. Su pensamiento era una imagen, la de un rostro de mujer sonriéndole.

La multitud se movía en dirección a la puerta, y el lobo fue tras ella. Al cruzarla, vio a *Imona*.

No se encontraba lejos de la puerta: tenía a *Mir* a un lado, y a *Enid* al otro. Ella era la única vestida de blanco.

El lobo se abrió camino entre las piernas de la multitud, intentando llegar hasta ella, pero era demasiado lento. Antes de que pudiese acercarse, *Imona*, *Mir* y *Enid* empezaron a andar, atendidos por un séquito de hombres... hombres prósperos de mediana edad, con capas de tela más gruesa que la de *Mir* y los rostros cubiertos. El lobo captó el olor de la hostilidad, un hedor entre la hostilidad y el miedo.

Aquello le forzó a retroceder. Algo vestido de negro, algo cuyas ropas no podía mover el viento. Hedía, y no tenía más mente que el primero que había sentido. Balbuceaba insensatamente, odiando, odiando y rabiando contra el abismo que lo reclamaba. Aferrándose con dedos descarnados a cualquier cosa que tocara, incluso a sí mismo.

La brisa sopló más fuerte, y los humanos encapuchados se agarraron las capas sujetándolas contra el viento. El aire era helado. A pesar del sol que había lucido durante el día, la noche sería fría. La nieve de la noche anterior se había fundido, y el camino que tomaron *Imona* y *Mir* les condujo a lo largo de la empalizada, hacia la parte trasera de la fortaleza.

La hierba bajo sus pies estaba marrón y marchita, con parches ennegrecidos salpicando el césped. Cuando la procesión llegó a la parte de atrás de la fortaleza, siguió avanzando colina abajo.

El lobo estaba ya más cerca, y pudo ver que la túnica que llevaba *Imona* no era verdaderamente blanca, sino del color natural de la lana de oveja, una mezcla de blanco y gris, con vetas color óxido aquí y allá aportadas por los carneros de montaña.

El sol estaba ya muy cerca del horizonte, y los largos y sesgados rayos rojos derramaban su última luz de oro y fuego sobre los bosques a los pies de la colina.

Imona llevaba un collar en torno al cuello, y la luz del crepúsculo le hizo arder. La capucha de *Enid* estaba echada hacia atrás, y el lobo pudo distinguir sus trenzas enroscadas junto a las orejas. *Imona* parecía flanqueada por dos figuras negras muy parecidas a las que rodeaban al lobo.

Imona y sus compañeros entraron en el bosque. La luz del crepúsculo era un resplandor rojo entre los árboles desnudos. La tormenta de la noche había barrido los restos del verano. Ramas que podían haber conservado unas pocas hojas rojizas, marrones y amarillas unos días atrás estaban despobladas por completo. Incluso los robles estaban desnudos.

La falange de ojos extraños rodeó a *Imona* y sus dos acompañantes tras dejar

atrás un enorme tronco que se alzaba como un pilar del mundo. Sus ramas estaban decoradas con muérdago, verde sobre el marrón de la madera seca, y con salpicaduras de bayas blancas iluminadas por el crepúsculo.

Salvo por algunos de los gigantescos robles, el bosque era bajo. Los árboles eran pequeños, de tipo renacido. En algunos puntos, los espesos matorrales casi bloqueaban el camino, obligando al grupo a abrirse paso entre ellos.

El camino terminaba abruptamente en un agujero parcialmente lleno de agua. Para el lobo, aquel oscuro estanque tenía un olor tánico, a turba, algo a lo que contribuían en parte las hojas de otro enorme roble sobre el estanque.

Imona habló en voz alta en el silencio del bosque golpeado por el invierno.

—¡Aquí! —Se detuvo, luego caminó hasta el borde del estanque y alzó los brazos invocando a la luz postrera.

El sol, tocando una colina directamente frente a ella, brilló sobre su rostro.

El lobo parpadeó, pero Imona mantuvo firme la mirada en la bola ardiente mientras se hundía tras la colina.

Un terrible gemido se elevó desde las figuras encapuchadas en torno al lobo, un grito sollozante de vivos y muertos.

Los brazos de Imona cayeron. El sol se había ido, pero no la luz sobre la colina. El cielo resplandecía y un claro crepúsculo azul llenaba el hueco.

Enid alargó una copa a Imona.

El lobo avanzó. Ya estaba muy cerca, apenas a unos pocos pies en la pendiente que bajaba hasta la orilla. Casi estaban a oscuras. Podía desafiar a cualquiera, vivo o muerto, a que le encontrase en la sombra, de noche y bajo los árboles.

Sus ojos sondearon los rostros en torno a la mujer de blanco. Vio resolución en algunos, y lástima, esperanza, miedo y fascinación. Unos pocos latían con algo más oscuro, y tomó nota de ellos. ¿Qué estaban haciendo?

—¡No! —dijo ella, apartando la copa—. Ya me tomé las gachas, es suficiente.

Se quitó los alfileres que sostenían el vestido por los hombros y dejó que la prenda cayese a sus pies. Su cuerpo estaba blanco bajo el resplandor azulado.

El cacique avanzó de entre las sombras tras ella.

Imona se quitó el collar del cuello, entregandoselo a Mir.

Entonces Cynewolf la golpeó con todas sus fuerzas en la parte de atrás de la cabeza.

El lobo se quedó paralizado ante aquella brutalidad tan repentina y sin sentido para él.

Mir sacó un cuchillo curvo de bronce y abrió la garganta de la mujer.

En el momento en que el cuchillo pasó por el cuello de Imona, el lobo vio que estaba condenada. Antes de que la sangre inundase la herida, vio claramente los blancos tendones y la laringe, que mantenían la cabeza erguida y daban forma al habla, partiéndose y luego las largas y oscuras venas, que llevaban la sangre al cerebro y de vuelta, cortadas en dos. Por viejo que fuese Mir, su golpe fue preciso, y

seguramente misericordioso, aunque Imona seguía moviéndose cuando su cuerpo desapareció en el estanque a sus pies.

Enid se dio la vuelta, cubriéndose el rostro con la capucha.

El cacique estaba de rodillas, con la cabeza sobre la tierra húmeda. Los demás cayeron al suelo, los vivos y los muertos, los culpables y los inocentes.

Sólo Mir permaneció en pie, su mano temblando tras el corte, la espada en forma de hoz agarrada todavía.

El lobo se movió como un pedazo de oscuridad hasta llegar junto a Mir.

Enid descubrió su rostro con un suspiro de alivio, un alivio que duró poco al reaparecer la cara de Imona unas pocas pulgadas bajo la superficie del agua. Enid chilló y volvió a taparse el rostro.

Unas pocas burbujas salieron de los labios de Imona, ascendiendo hasta romperse cerca de unas hierbas acuáticas. Entonces, sus ojos, aquellas bellezas de color verde grisáceo en los que tantas veces se había visto reflejado, se abrieron para mirarle por un instante, como si fuese una despedida. Luego se cerraron y su rostro quedó oculto por la negra nube de sangre que salía de su garganta abierta.

Mientras se hundía en el estanque, Imona tuvo tiempo para un último pensamiento de queja: *Se tarda mucho en morir*. Pero no tardó tanto, pues ya no pensó nada más mientras cruzaba el puente de la luz estelar hacia el silencio definitivo.



10

No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Imona cuando el lobo visitó a Mir. La manada le había aceptado a su vuelta del *oppidum*, pero no como líder. La loba —madre de la manada, ya gestando nuevas crías— corría con un superviviente de la manada de las tierras bajas expulsada por los romanos.

Aquel lobo era enorme, aunque estaba un tanto maltrecho. Le faltaba una oreja, y un mechón de pelo blanco en su hombro marcaba la cicatriz que le había dejado el gladio de un legionario romano. Tenía roto uno de los colmillos delanteros. Era nervioso, cruel y rápido en ofenderse. Como resultado, el resto de la manada le temía y desconfiaba de él.

Parecía ver a todos los machos mayores de un año como rivales. En situaciones que el gris hubiese resuelto con una simple mirada de desaprobación, Hombro Blanco se lanzaba gruñendo; en encuentros más serios, atacaba y mordía... mordía fuerte.

El nuevo líder estuvo a punto de dejar tullido a uno de los jóvenes machos por unos restos de pellejo: el transgresor pasó una semana cojeando tras ser mordido en el cuello y la pata. Después de aquello, los jóvenes empezaron a desertar de la manada, buscando compañía más amistosa.

La hembra apenas era un poco mejor, y entre las hembras el problema era mucho más grave. Eran las mejores y más eficaces cazadoras, y responsables, colectivamente, de la mayor parte de las matanzas.

Permanecían vírgenes hasta los cuatro años: esbeltas y poderosas asesinas capaces en caso necesario de vencer en una carrera al íbice y la cabra montesa.

Ellas también fueron distanciándose, y el gris supo que algunas de ellas se irían también. Pero no podía conseguir que le importase. Hubiese podido desafiar fácilmente a Hombro Blanco. Antaño lo hubiera hecho, pero ni siquiera la destrucción de la manada parecía capaz de conmoverle.

Una noche decidió visitar a Mir y matarle.

El invierno había llegado a las alturas, y el alto bosque de pinos estaba cubierto por varios pies de nieve. La caza era cada vez más escasa. El día anterior, la manada había conseguido media docena de liebres, unas pocas marmotas y varios nidos de ratones de campo desenterrados de la nieve. No era bastante, y los lobos lo sabían.

A aquel ritmo, no tardarían en morir de hambre. Sólo el gris tenía idea del verdadero problema: los romanos. Costaba mucho alimentar a los trescientos hombres que César tenía destacados allí permanentemente. Había abundancia de pan de trigo en sus almacenes, pero la carne escaseaba.

Los soldados se dedicaban a cazar. No estaban interesados en el juego limpio, sino en la eficiencia. Construyeron una especie de gran embudo y dispusieron arqueros y lanceros en su extremo inferior y más estrecho. Los legionarios ocuparon sus puestos como batidores, guiando a los animales hacia el extremo angosto, donde esperaban sus ejecutores.

El lobo lo había contemplado oculto tras unas espesas matas.

Los soldados mataron, riendo y compitiendo por cada criatura que salía por la abertura del corral.

Ninguna era demasiado pequeña ni, desde luego, demasiado grande. Pisotearon a los ratones de campo y ahogaron a los lirones en un cubo de agua: eran una exquisitez reservada para los oficiales. La matanza de ciervos fue algo nauseabundo, pues llegaron demasiado deprisa y no se les pudo matar con limpieza.

La blanca nieve se convirtió en una pisoteada masa roja sobre la que los heridos yacían gritando o intentando correr, con los intestinos arrastrando bajo ellos hasta que alguien los remataba con un hacha o una maza. Los cervatos fueron dejados para el final, pues no se separarían de sus madres, ni siquiera cuando las ciervas estaban rígidas sobre la nieve ensangrentada.

Las tiernas crías eran otra delicadeza para la mesa del comandante. Los legionarios las colgaban vivas de las patas traseras y les cortaban la garganta para que se desangrasen.

En algún momento de la larga tarde empezó a nevar de nuevo, y los pequeños copos iniciaron su tarea de purificar el escenario de la matanza, devolviendo a la nieve su color blanco. Todos los animales habían muerto, y el único sonido que quedaba era el de las maldiciones y quejas de los carniceros mientras remataban y despellejaban su cosecha.

Estremecido, el lobo se alejó a rastras, volviendo al sitio donde había estado el hogar de la familia de Imona. El valle y el bosque a su alrededor eran un desierto blanco.

El lobo entró en la cueva donde tantas veces habían disfrutado del amor en el verano, y durmió allí. Se despertó el tiempo necesario para beber y aliviarse, y volvió a dormir.

Sí, cierto. Eran definitivamente los señores de la creación. No pensó demasiado en lo que había visto: había decidido que no quería hacerlo.

Al tercer día bajó dispuesto a unirse de nuevo a la manada. Rodeó el lugar donde había estado la casa. El viejo olor de la madera quemada borraba otros rastros. Se acercó al tilo, en el que quedaban bastantes restos para recordarle que los huesos de León seguían mezclados con la estropeada tela tejida por Imona. El telar había sido de cedro, y sus fragmentos cedían su extraño y limpio olor a lo que era una tumba. El gris volvió con la manada.

Aquel anochecer, Hombro Blanco se levantó de su lecho en la nieve, y, tras sacudirse, se dirigió hacia el valle. Los demás le siguieron. Cuando Maeniel vio la dirección que tomaban, se detuvo y bajó las orejas.

Sus pensamientos no eran los de un lobo. Sabía lo peligrosos que eran los humanos.

Hubiese podido quedarse en la nieve y retomar el sueño, o simplemente haberse ido a cazar a cualquier otra parte. Todos los miembros de la manada eran libres, sometidos sólo por su miedo a cazar o sobrevivir solos. Nadie le da órdenes a un lobo.

Así que las orejas del lobo se movieron hacia atrás, y después hacia delante. Algunos lobos más pasaron por su lado. Parecían engañosamente aburridos, nadie los hubiese considerado peligrosos.

El lobo meneó sus orejas de nuevo, y se sacudió para limpiarse los restos de nieve del pelaje, en el gesto equivalente a encogerse de hombros. Después siguió a sus compañeros.

Unas pocas horas después, los lobos descansaban en la nieve bajo un dosel de altos pinos que cubrían las laderas en torno a la fortaleza.

De no haber sido invierno y estado el terreno cubierto por una gruesa capa de nieve, los lobos hubiesen sido descubiertos por los centinelas que recorrían las plataformas a lo largo de la empalizada. Pero en la nieve, su camuflaje era casi perfecto.

El gran gris se arrancó un poco de hielo del pelo de la barriga y decidió que los romanos no eran estúpidos. Habían talado los árboles más cercanos a su fortaleza para construir la empalizada y los robustos edificios del interior. Aquello hacía que una emboscada fuese prácticamente imposible. Los soldados protegían a cualquiera que entrase o saliese de la fortaleza.

¿Por qué la observamos, entonces?, se preguntó. Dio algunas vueltas sobre sí mismo, se cubrió el hocico con la cola y se puso a dormir.

Despertó unas pocas horas más tarde: Hombro Blanco se había levantado y estaba siguiendo furtivamente a un pequeño grupo de soldados que habían salido de la fortaleza en un carro. El tiempo estaba poniéndose peor. Aunque la mañana estaba muy avanzada, el cielo se había vuelto más oscuro, y unos pequeños copos empezaban a caer desde lo alto. Uno de ellos cayó sobre su hocico, y Maeniel pudo oír el suave crujido cuando sus patas se hundieron en la nieve. Todos los árboles que quedaban en torno a la fortaleza eran altos abetos, cuyas ramas más bajas estaban

muy por encima del suelo. Las puntas de sus copas estaban ocultas por la masa de nubes que avanzaba sobre el paso.

Los lobos siguieron el carro, moviéndose cerca de su camino pero no sobre él mismo. El carro dobló un recodo y giró hacia abajo. Los árboles estaban ya más cerca unos de otros, y los arbustos más espesos. Ya estaban fuera del campo visual de los centinelas.

Los lobos se acercaron. No hicieron nada amenazador, pero avanzaron con el carro sin ser vistos.

La nevada se hizo más abundante: los pequeños copos parecían casi una niebla.

¡Presa! El gris había sido un líder durante demasiado tiempo como para no querer observar lo que cazaba. Apretó el paso, manteniéndose fuera de la vista de sus ocupantes. Le asustaba un poco ser visto, pero al aproximarse vio que no había nada que temer de los hombres.

Los cuatro legionarios estaban sentados en la parte trasera, intentando jugar a las tabas, lo que no era fácil en el traqueteante carro, y bebiendo generosa aunque disimuladamente de diversas jarras de barro y un gran pellejo de vino que llevaban consigo. A veces se interrumpían el tiempo suficiente para maldecir al viejo soldado que conducía el carro.

Se trataba de un centurión, así llamado por estar al mando de cien hombres. Eran la espina dorsal del ejército romano. Muchos eran lo bastante duros como para romper rocas a cabezazos, pero no era el caso de aquel hombre.

Los legionarios a los que supuestamente mandaba hacían lo que les daba la gana. Antaño había sido un magnífico guerrero, pero ya era un viejo y los jóvenes soldados, una vez lejos del campamento, le trataban casi como a los caballos que tiraban del carro. Por supuesto, no se atrevían a hacerlo en el campamento: había demasiados suboficiales que recordaban los buenos tiempos de Druso y hubiese castigado salvajemente cualquier insolencia.

Druso guiaba el carro, pensando para sí que los hombres que le acompañaban aquel día eran unos estúpidos: personalmente, él se sentía incómodo y estaba seguro de que alguien los vigilaba. No tenía una completa certeza, pero había detectado movimientos furtivos por el rabillo del ojo.

Hirax, un germano de las tribus aliadas, era el líder de aquel grupito cuando se trataba de portarse mal, y obviamente había decidido aprovechar aquella breve salida a por leña como excusa para emborracharse como un cerdo. Los otros tres —Marco, Statilius y Scorpus— le imitarían con toda probabilidad, pues no reunían un buen cerebro entre todos. Y una vez bajo los efectos de la bebida, eran más estúpidos que el arbusto medio.

Druso comprobó su espada, lo que quedaba de un honorable guerrero. Siempre la mantenía limpia y afilada.

Pasaron otro recodo del camino, y Druso detuvo el carro al borde de un claro. Allí, con el buen tiempo, una partida numerosa de hombres había talado una docena

de árboles, cortándolos en secciones listas para ser cargadas en carretas y llevadas a la fortaleza.

Druso se estremeció. Los soldados se pusieron en pie, bajaron la sección trasera, bajaron y se acercaron a la pila de leños.

—Encended un fuego —dijo Druso.

Los soldados le ignoraron.

—¡Os he dicho que encendáis un fuego, hijos de puta! ¡Hacedlo ahora mismo! O de lo contrario —movió la espada en su vaina— no me molestaré en llevaros ante un tribunal. Yo mismo os mataré a los cuatro. —Clavó la mirada en sus hombres, y ellos fueron los primeros en apartarla.

El claro estaba lleno de ramas muertas bajo la fina capa de nieve. Sólo tardaron unos momentos en encender una buena hoguera junto al carro. Luego, los soldados atacaron la pila de leña. Cada tronco debía ser bajado de lo alto de la pila, colocado sobre unos soportes y serrado en pedazos más pequeños que cupiesen en el carro.

Druso se quedó sentado en el carro. Ya sabía qué era lo que les había estado siguiendo, y se sentía mejor. Uno de los lobos había entrado en el claro, dejando un buen rastro en la nieve. Ya había sido seguido por lobos en otras ocasiones, y sabía que probablemente no atacarían a menos que viesen algo que les diese ventaja... una muy buena ventaja.

Se los había encontrado en campos de batalla durante su juventud: los romanos tenían sus propias unidades médicas, pero tal cortesía no se aplicaba a sus enemigos.

A veces, los gritos desde el campo de batalla duraban casi toda la noche. Los caballos también caían, y en ciertas ocasiones era muy difícil saber si los gritos de agonía eran de un hombre o un animal.

Druso llevaba un pesado manto, pero no la capa roja típica del oficial romano. Era un grueso manto marrón ribeteado con hojas de sauce color verde que había comprado a una mujer gala unos años atrás. Era muy cálido. Se lo ajustó más al cuerpo.

Su mente seguía ofreciéndole imágenes que había visto en su juventud. Entonces pensaba que se haría más duro con la edad, pero no había sido así. En lugar de ello, los horrores experimentados a lo largo de los años —y ya eran una buena coacción— parecían perturbarle más profundamente que antes.

Alejó su mente del pasado con un suspiro. Su período de servicio terminaría en unos pocos meses, por fin y para siempre. Se había reenganchado dos veces, y le debían una buena suma en concepto de pagas y bonificaciones. Ya había usado parte de sus ganancias para comprar una pequeña granja en las colinas cerca de Terracina.

Eran diez acres de viñas y olivares, suficiente para darle una buena vida si mantenía la frugalidad. Su primo Festus haría el verdadero trabajo de cultivar y cosechar: él y sus hijos estarían más que dispuestos a ello a cambio de convertirse en sus herederos.

Una vez había tenido una esposa, pero ella y sus dos hijos —no estaba seguro de

ser el padre de ninguno de ellos— habían muerto mientras César llevaba a cabo una campaña en Britania. Había creído que aprendería a dejar de añorarla con el tiempo, pero más tarde descubrió que no era así. A medida que envejecía, anhelaba más y más su compañía. Había sido una auténtica arpía, pero también divertida y extrañamente solícita en cuanto a su salud y comodidad. Echaba de menos sus constantes bromas y sus agudos comentarios sobre sus compañeros de armas.

Y, sorprendentemente, echaba de menos a la niña, la que estaba bastante seguro de que no era suya. Era a la que más añoraba. Como su madre, siempre estaba charlando y riendo. Hablaba en su propia jerga antes incluso de aprender a formar las palabras.

El niño había sido menos interesante: callado, firme y esforzado desde que era muy pequeño. Tenía la piel olivácea, con el espeso cabello rizado de un verdadero latino, y mostraba signos de que sería robusto y musculoso como su padre.

Pero desde su muerte, la única familia que le quedaba eran Festus y sus dos hijos. La granja no le importaba ya tanto, pero quería sentarse al sol en su propia colina y contemplar el mar de esmeralda y lapislázuli rompiendo contra las rocas. La espuma era blanca, blanca como la nieve que estaba cayendo...

Druso volvió bruscamente a la realidad al darse cuenta de que el ruido de la sierra había cesado. Abrió los ojos y vio al pequeño y rotundo Scorpus alejándose hacia los árboles.

—¿Adónde crees que vas? —gruñó.

Hirax se inclinó sobre la sierra.

—Tiene que mear y echar una cagada.

—Bueno, pues ve detrás de un árbol y no te alejes. Hay lobos por aquí.

—Lobos —bufó Hirax—. ¿Y eso es una buena razón para dejar que nos apeste a todos con su mierda? Además, yo no veo ningún lobo.

—No, ni los verás. No hasta que ellos quieran que los veas, y entonces ya será demasiado tarde.

Scorpus observó a Hirax y al centurión con una mirada bastante nublada. Su nariz era grande y roja, y se la frotaba vigorosamente con una mano, haciendo que pareciese más grande y roja todavía.

Hirax miró a Druso con los ojos entornados. El veterano cerró los ojos y dejó caer la barbilla sobre el pecho.

—Viejo pedorro inútil —dijo Hirax para sí—. Ve donde quieras, Scorpus.

El legionario empezó a caminar hacia un grupo de robles al borde del claro. En realidad, no quería hacer sus necesidades: tenía otra jarra oculta bajo su manto y estaba buscando un sitio tranquilo para acabar de vaciarlo... algún lugar donde sus compañeros no pudieran verle y reclamar su parte.

Había mucho acebo y muérdago creciendo entre los robles. El bosque era como una gran habitación en una casa ultraterrena. La niebla era tan baja que los árboles estaban perdidos en ella. La luz era brillante, un difuso resplandor reflejado desde la

superficie de la nieve y las ramas que sobresalían.

Las hojas y bayas rojas del acebo brillaban en contraste con la omnipresente blancura. Las ramas de muérdago colgaban más altas, con sus bayas de color blanco-grisáceo como fantasmas de frutas del verano.

Para Scorpus, las plantas eran una molestia añadida. Crecían tan cerca unas de otras que le resultaba difícil abrirse paso entre ellas. Las agudas espinas de las hojas de acebo le arañaban los brazos y las manos, hasta el punto de hacer que sangrase. Era como si intentasen impedirle el paso de manera consciente. Pero al fin consiguió atravesarlas.

Un poco por delante de él sobresalía un dedo de la montaña: se trataba de un montón de rocas grises, húmedas por la nieve y coronadas por una maraña de abedules, su fina corteza apenas un poco más oscura que la nieve a su alrededor. Había varios lugares resguardados donde podía sentarse y terminar de beberse el vino sin que le interrumpieran.

Por supuesto, los lobos le habían visto. Le habían estado observando desde su cobertura de acebo desde el momento en que había ido hacia los árboles. Para ellos, un animal que renunciase a la protección del rebaño debía de estar enfermo o gravemente incapacitado de alguna forma.

Scorpus no tenía ni un indicio de que Hombro Blanco estaba apenas a unos pies detrás de él, flanqueado por Maeniel a la derecha y la madre de la manada a la izquierda.

Maeniel seguía teniendo reparos. ¿Era aquélla la clase de caza en la que pensaba Hombro Blanco? Y en tal caso, ¿entendía el nuevo líder de la manada las posibles consecuencias de matar a un hombre? Al parecer, los demás lobos sentían lo mismo, pues se habían quedado bastante atrás respecto a ellos tres.

Scorpus se detuvo.

Los lobos le imitaron. Hombro Blanco desnudó los dientes en un silencioso gruñido. La madre de la manada chocó con él, como urgiéndole a avanzar, pero el líder no respondió, limitándose a permanecer paralizado con expresión de ferocidad asesina.

Scorpus se levantó la túnica, y con un estremecimiento —el aire que llegaba a su piel desnuda era muy frío— empezó a orinar, cogiéndose el pene con una mano. El chorro que se alejaba de él describiendo un arco abrió un agujero bordeado de amarillo en la nieve.

No los mataste, recordó Maeniel. Oh, no, tú no los mataste, ni siquiera cuando se quedaron con tu caza. Al fin y al cabo, siempre podías matar otra vez. Pero si tu piel fuese parte de la capa de un hombre para protegerse del frío, ya no podrías matar nunca.

Cuando llegaron para robarte, lo primero que hicieron sus mujeres fue hacer una hoguera con todo lo que había a mano. Después, el grupo entero avanzó con ramas encendidas en una mano y lanzas endurecidas al fuego en la otra. A veces, una

manada de lobos defendía su territorio, pero siempre perdían. En invierno, era un desastre para la manada el que sus miembros más fuertes muriesen tosiendo con los pulmones atravesados por aquellas jabalinas de madera, o en una lenta agonía a causa de la infección, incapaces de comer por estar destripados.

No, aquellas criaturas no eran presas aceptables. Enfrentarse a ellas sencillamente salía demasiado caro. En la victoria o en la derrota, la manada que lo hacía encontraba únicamente la ruina.

Cuando Scorpus hubo terminado, se sacudió el órgano y lo volvió a meter cuidadosamente bajo la ropa. Después sacó la jarra de barro de debajo del manto y se la llevó a los labios.

La loba soltó un gañido.

El miedo dejó a Scorpus tan frío como el hielo. Se dio la vuelta, con el frasco aún en la mano, y vio a los tres lobos a sólo unos pasos de él.

Hombro Blanco se lanzó contra el soldado. Maeniel se quedó atrás, como la madre de la manada. Ella había cedido la presa y ambos lo sabían.

El hombro de Maeniel chocó contra la hembra, enviándola por los aires patas arriba.

Scorpus estrelló la jarra sobre la cabeza de Hombro Blanco. En sí misma no era lo bastante grande y pesada como para hacer verdadero daño o aturdir a un lobo de su tamaño, pero al romperse, su contenido se derramó por los ojos y el hocico de Hombro Blanco.

Por unos instantes, el lobo quedó cegado y presa de un terrible dolor: un reflejo involuntario le había hecho aspirar el ácido vino por su sensible hocico.

Scorpus corrió. Corrió como lo había hecho al unirse a las legiones quince años atrás, en su juventud. Corrió como no pensaba que pudiese correr todavía, como un chico de dieciocho años.

Vio ante él una fisura en la roca. Pensó —no, esperó— que sería lo bastante estrecha y profunda como para que los lobos no pudiesen alcanzarle si se metía allí. No gritó, sabiendo casi instintivamente que sería malgastar su aliento.

Hombro Blanco seguía en el suelo, intentando despejar sus ojos y su hocico infructuosamente. La loba volvió con el resto de la manada, aterrada por lo que habían estado apunto de hacer.

Maeniel se lanzó tras Scorpus, pero el retraso había sido suficiente. El legionario se metió de lado en la grieta, tan profundamente como pudo.

Maeniel fue tras él, casi alcanzando su mano derecha. El hombre sí gritó entonces, pero sus dedos encontraron un palo, una gruesa rama caída de los árboles de arriba. Se la pasó a la mano derecha y, cuando el lobo gris atacó por segunda vez, le golpeó en la cabeza.

Maeniel se tambaleó hacia atrás, aturdido. Scorpus se adentró más en la fisura, aferrándose a su refugio como un náufrago a un madero.

Para entonces, Maeniel y los demás lobos ya habían comprendido que Scorpus no

saldría de allí. De hecho, por la expresión de terror del legionario, parecía decidido a quedarse en la fisura hasta la primavera.

Maeniel no estaba dispuesto a perder más tiempo con él, no en aquel momento.

Hombro Blanco había conseguido liberarse de los peores efectos del vino, aunque de vez en cuando seguía gimoteando y dándose zarpazos en el hocico.

Maeniel se fundió con los robles y el acebo, desvaneciéndose con los demás lobos. Tenía que pensar, y a aquellas alturas ya era mucho mejor en eso que la mayor parte de su especie.

Le parecía que lo mejor sería marcharse enseguida y volver a las montañas. Con suerte, los oficiales de la guarnición romana no se creerían la historia que les contase aquel idiota que seguía en la grieta de la roca, sobre todo si la nieve —que aún estaba cayendo— cubría sus huellas. Pero Hombro Blanco y su hembra no cedían, y Maeniel comprendió que pretendían quedarse allí hasta haber matado.

Druso seguía dormitando sobre el alto asiento del carro, ignorante de la marcha de Scorpus. Finalmente, despertó cuando los otros tres legionarios empezaron a cargar troncos en el vehículo. Tras bostezar, contó a sus hombres.

—¿Dónde está Scorpus? —preguntó a Hirax y Statilius.

Los dos soldados dejaron el tronco que estaban transportando y miraron a su alrededor.

—Dijo que iba a mear —explicó Statilius.

—¿Y alguno de vosotros, idiotas, sabe en qué dirección se fue, o cuánto se alejó?

No lo sabían. Ni siquiera Hirax se había dado cuenta.

Alarmado, Druso bajó del carro y arrojó algo más de leña al fuego. Comprobó su espada, asegurándose de que estuviese suelta en su vaina y saliera fácilmente. Luego empezó a andar en círculo por el claro, buscando rastros.

Por fin encontró unas pocas depresiones, que atribuyó a los pies de Scorpus. Pero había poca humedad, y la nieve estaba tan seca que no recogía bien las huellas. Aquel frío polvillo que no dejaba de caer llenaba enseguida cualquier hueco.

Druso pensó brevemente en las huellas y levantó la mirada: el cielo estaba encapotado, con las nubes tan bajas que las copas de los árboles estaban envueltas en blanco. No podía ver a mucha distancia en la nevada. Volvió a comprobar la espada en su vaina... un gesto nervioso.

—Iré a buscarle —dijo Hirax con su espeso acento.

—¡No, no! ¡No irás! —replicó Druso—. Si algo le ha cogido ahí fuera, también puede cogerte a ti.

Hirax hizo una obscena referencia a los antepasados de su centurión, y le acusó de ser un cobarde.

Druso no contestó, no al principio. La única señal de emoción que dio fue que sus ojos se entornaron ligeramente, al menos en parte porque se dio cuenta de que Marco y Statilius los miraban con atención. Sintió que aquello era el ataque final a su menguante autoridad sobre la cohorte. Si permitía que Hirax se saliese con la suya,

sus hombres le harían la vida tan imposible que quizá acabase echándose sobre su propia espada antes de que llegase su esperada licencia y su paga. Pero también ocurriría con toda certeza si se dejaba llevar por Hirax a un duelo a espada: no era rival para el joven soldado, y la derrota sería humillante.

—Muy bien —dijo—. No es una prueba de valor, Hirax, pero si quieres convertirlo en eso, adelante. Sírvete tú mismo. —Después se dio la vuelta, con expresión de absoluta indiferencia—. ¡Atención! —ladró a los otros dos legionarios—. Cargad el carro. Es tarde, y creo que esta nieve tres veces maldita cae cada vez con más fuerza.

Los dos soldados obedecieron entre gruñidos.

Druso ignoró sus quejas, alejándose hasta quedarse al lado de los caballos.

Hirax se desvaneció en el bosque.

Druso recordó de nuevo cómo las profundas y azules aguas se volvían de color esmeralda a medida que las olas se acercaban a la costa. La última vez que había podido visitar el lugar, había trepado por las pronunciadas pendientes, caminando entre las parras hasta llegar a la abandonada granja de piedra tan parecida a aquella en la que había nacido y se había criado. De día o de noche, en invierno o en verano, el aire allí era fresco y puro. El vino, reposado en una cueva de piedra caliza cerca de la casa, podía beberse a los pocos meses.

Casi podía olerlo y saborearlo, incluso en aquel momento. Le recordaba al aire lado, la dulce mejorana y el orégano y el tomillo creciendo silvestres en las laderas de la colina.

Se había envuelto en su toga y pasado la noche a solas allí, con el suspiro del viento entre los pinos como única compañía: la luna de plata flotaba entre las ramas cargadas de agujas mientras le acunaba el distante sonido del mar.

¿Cómo y por qué, en nombre de todos los dioses olvidados de la Toscana, había acabado en aquel miserable bosque helado, congelándose el culo y preocupándose por los lobos?

Maldijo a Hirax para sus adentros. *Fortuna, envía al Hades a ese bárbaro jactancioso, hijo bastardo de un cerdo, y déjale allí para que llore entre los fantasmas sin enterrar a lo largo del río Estigio.*

A su lado, uno de los caballos alzó la cabeza, resoplando, y golpeó el suelo con una pezuña. Para aquellas bestias de tiro, adiestradas para permanecer tranquilas incluso en medio de la batalla, cuando movían máquinas de asedio, aquella conducta era casi el equivalente de la histeria.

Sí, pensó Druso, los lobos andan sueltos, pero queda por ver si los escurridizos depredadores grises son peligrosos.

Hirax siguió el rastro de Scorpus hasta los matorrales de acebo, maldiciéndole a lo largo de todo el camino.

—¿Dónde se habrá metido ese piojo imbécil? —murmuró—. ¡Scorpus! ¿Dónde estás?

Su grito reverberó en el silencio nevado, pareciendo rebotar sin dirección entre los árboles.

—¡Scorpus! —gritó de nuevo—. Bastardo —musitó después entre dientes. En dos ocasiones creyó haber oído gritos contestándole, pero sonaban demasiado amortiguados y lejanos para estar seguro de que no eran el eco de su propia voz, devuelto por el bosque helado.

Entonces se fijó en algo oscuro y semienterrado en la nieve, en el lado batido por el viento de un árbol caído. Se dio la vuelta y caminó hacia allí. Sí, era la jarra de vino de Scorpus. Se inclinó para recogerla, y cuando sus dedos se cerraron sobre ella, intentó erguirse para verla con mejor luz. *Qué raro*, pensó al darse cuenta de que parecía tener un peso enorme sobre la espalda... luego no supo ni pensó nada más.

Maeniel observó a los demás mientras limpiaban los huesos de Hirax. Actuaban de manera furtiva, rápida y extrañamente silenciosa. Compartían los mismos recuerdos que él y comprendían igual de bien que estaban haciendo algo prohibido.

Druso y los dos legionarios restantes avivaron el fuego en el claro. El centurión notó satisfecho que los dos hombres estaban cada vez más nerviosos ante la tardanza de Hirax en volver con Scorpus.

El carro ya estaba cargado de troncos dispuestos para ser cortados en longitudes más manejables en la fortaleza.

—Probablemente estén abrazándose para protegerse del frío en alguna parte —dijo Marco.

Statilius miró al cielo, que parecía más encapotado todavía. Las nubes habían descendido, y la luz era cada vez más tenue. Todos sabían que el corto día invernal estaba llegando a su fin. No necesitaban hablar para saber que ninguno quería quedar atrapado en el bosque tras la puesta de sol.

—Si alguno de vosotros quiere ir a ver si los encuentra, tiene mi permiso —dijo Druso casi con dulzura. Luego subió al carro y cogió las riendas.

—¿Vamos a dejarlos, entonces? —preguntó Marco.

—No. Pero hay una forma mejor de buscar. Venid, usaremos el camino.

El lobo gris se alejó discretamente del lugar donde se estaban alimentando los demás para volver al refugio de Scorpus.

Nevaba con más fuerza. Miró al legionario a través del velo de copos.

El cuerpo de Scorpus estaba encajado en la roca, pero tenía la cabeza vuelta hacia el lobo. Sus ojos estaban parcialmente abiertos, y tenía las mejillas, el cuello y la nariz cubiertos por una fina membrana de hielo. En su rostro había quedado grabada

una expresión de mortal terror, pero los ojos no se movían, y tampoco ninguna otra parte de su cuerpo.

Está muerto, pensó el gris.

Los dos soldados se miraron uno al otro.

—No lo sé... —farfulló Marco.

—Bien, pues ve y mira. ¡Está sólo a unos cincuenta pasos del camino! —Druso sonaba completamente exasperado.

—¡No! —contestó el legionario. Sus manos se crisparon sobre uno de los barrotes del carro. La insubordinación era algo salvajemente castigado en el ejército romano.

—Vamos —dijo Statilius—. Yo iré contigo.

Los dos hombres bajaron del carro, equipados con sus espadas. El bosque estaba en silencio, salvo por el crujido de la nieve saca bajo sus pies.

Druso observó cómo avanzaban hacia los puntos negros cerca de los árboles.

Al acercarse, los soldados comprendieron que estaban mirando a una bandada de cuervos posados en la nieve, que comían algo. Entonces, justo antes de que llegasen hasta ellas, las aves alzaron el vuelo con un fuerte ruido de aleteo.

Había huesos esparcidos por la nieve, huesos rojos recién limpiados de carne. Estaban desordenados y rotos. Ninguno de los soldados fue capaz de identificar el animal al que pertenecían, hasta que Statilius vio algo que parecía un cráneo medio enterrado en la nieve.

Se acercó a aquello y alargó la mano. El hueso estaba frío y resbaladizo. Sacó la espada para darle la vuelta con la punta, y se encontró mirando un cráneo humano. Una de sus cuencas estaba vacía, pero desde la otra le contemplaba un ojo azul. Tuvo un instante para pensar que, efectivamente, habían encontrado a Hirax.

Desde algún lugar no muy lejano, llegó un horrible grito.

El lobo gris pensó en Scorpus. Antes había sentido piedad por el hombre, pero si estaba muerto... bueno, los lobos tenían hambre. Los restos mortales del legionario podían ser destinados a un buen fin, al menos desde el punto de vista de un lobo.

Así que saltó, poniendo sus zarpas delanteras a ambos lados de la fisura en la que se había metido Scorpus, cerró los dientes sobre su túnica y tiró hacia fuera.

El cuerpo de Scorpus estaba bien encajado en su refugio, así que tiró con fuerza, arqueando el lomo una vez, y otra. No pasó nada. El lobo soltó un gruñido, todo lo que podía hacer con la boca llena de tela, e insistió con todas sus fuerzas.

Scorpus parpadeó, volviendo a la vida en el mismo momento en que era sacado de su santuario. Cayó sobre la nieve, junto al lobo, y gritó, un ultraterreno chillido de desesperación.

El hombre que el lobo había creído muerto sólo unos momentos antes se tambaleó

hasta ponerse en pie y empezó a golpearle con sus manos casi congeladas. El lobo se agachó retrocediendo, pero Scorpus le dio en la cabeza. El lobo soltó un gáñido.

Al oír el grito, Marco salió disparado de vuelta al carro.

Los lobos salieron de la arboleda de la misma forma en que una mancha se extiende por el agua. Eran silenciosos y a la vez mortíferos.

Marco fue derribado y muerto antes incluso de saber qué le había golpeado. Statilius ya tenía la espada desenvainada, y aquello le salvó la vida... por el momento. Clavó su arma en el cuerpo de Hombro Blanco. El líder de la manada estaba ocupado arrancándole la cara a Marco, pero la hembra atacó a Statilius y le rompió las piernas. Al caer, el legionario se golpeó en la cabeza con un tocón, abriéndose el cráneo.

Sentado en el carro, Druso había visto morir a dos de sus hombres en menos tiempo del que se tardaba en estornudar, pero era un veterano y no perdió la cabeza.

El camino era estrecho, y el carro apuntaba en la dirección equivocada. Su vida dependía de los caballos. Hizo que corrieran para alejarse de la matanza. El estrecho camino acababa en el dedo de roca en el que se había refugiado Scorpus. Los dedos de Druso estaban crispados sobre las riendas. El centurión hizo detenerse bruscamente a los caballos.

Había un claro a su derecha. Hizo que los caballos diesen la vuelta allí para volver al camino en la dirección contraria. Todo parecía moverse con lentitud glacial, pero Druso no se atrevió a reclamar más rapidez a los aterrados caballos: uno de ellos podía caer y romperse una pata, lo que no sólo significaría su fin sino también el del centurión.

El carro empezó a girar, y poco después Druso pudo sentir por la tracción de los cascotes de los caballos que estaban de vuelta en el camino. Entonces el vehículo osciló al meterse una de las ruedas traseras en un surco oculto por la nieve.

Druso empezó a desesperarse, pero se mantuvo firme, echando su peso a la izquierda para contrarrestar aquello. En el mismo instante oyó un chillido fantasmal: al mirar hacia atrás, vio a Scorpus encaramado a lo alto del carro, arrastrándose hacia él sobre la carga de leña. Tras el soldado, persiguiéndole, corría el lobo más grande que Druso hubiese visto en su vida.

Scorpus era una visión horrible, con el rostro y la barba cubiertos de hielo y todo tipo de porquería congelada: había vomitado tras ser perseguido hasta las rocas. Tenía la boca abierta, un orificio rojo en sus heladas facciones. No dejó de aullar mientras se arrastraba hasta Druso y empezaba a zarandearle.

Druso desenvainó su espada y golpeó con puño y pomo al legionario en la cara. Sintió cómo se le rompían los nudillos, pero la cara de Scorpus hizo lo mismo. El soldado enmudeció de golpe, cayendo del carro al camino cubierto de nieve.

Libres ya del peso de Scorpus, la rueda salió del surco. Druso se sentó de nuevo

inclinándose agónicamente sobre su mano rota mientras los caballos corrían de vuelta hacia la fortaleza tan rápido como podían.

El lobo se quedó en medio de la nevada junto al cuerpo de Scopus. En realidad no había querido que el hombre muriese.

La nieve caía con más fuerza. El lobo se sacudió para quitarse los copos acumulados sobre el pelaje y tanteó a Scopus con el hocico. Sí, estaba verdaderamente muerto. El cuerpo yacía de espaldas, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos en cruz, blanco ahora que la nieve empezaba a cubrirle... blanco salvo por la húmeda mancha roja allí donde había estado su cara.

El lobo gimió suavemente, luego se dio la vuelta y trotó por entre los árboles hasta el lugar donde se alimentaba el resto de la manada.

La hembra estaba junto a Hombro Blanco. El lobo no había muerto todavía, pero Maeniel pudo ver que no tardaría en hacerlo. Sus patas se agitaban, haciendo ruido y empujando nieve en todas las direcciones.

La hembra alzó la cabeza y aulló. El aullido de un lobo es siempre algo siniestro y aterrador, pero aquella vez fue más inquietante que la mayoría, pues mostraba iguales medidas de dolor y pena.

Los demás lobos no prestaron atención, y siguieron alimentándose de Marco y Statilius. Tal y como habían salido las cosas, Hirax apenas había sido un aperitivo.

Ante la mirada del gris, empezó a formarse espuma en la boca de Hombro Blanco. La espuma se volvió más espesa, y después roja: Maeniel supuso que la espada debía de haberle atravesado los pulmones. Con una última tos, Hombro Blanco dejó ir su vida.

Unas palabras en lenguaje humano se formaron en el cerebro de Maeniel. *Ya he dejado de ser simplemente un lobo. Pero no formuló la siguiente pregunta lógica: Si no soy un lobo, ¿qué es lo que soy?* Perder su identidad le resultaba aterrador. No quería saber nada más.

Hombro Blanco había muerto. La sangre siguió acumulándose en torno a su mandíbula por unos momentos más, y luego paró.

La hembra no se alimentó con el resto de la manada. Permaneció en silencio junto al cuerpo del líder. Una serie de gruñidos en las cercanías anunció a Maeniel que algunos de los otros lobos habían encontrado el cadáver de Scopus.

El gris seguía afectado por su súbita conciencia, pero tenía responsabilidades. Con Hombro Blanco muerto, era de nuevo el líder de la manada y el más fuerte.

Mordió a la hembra en un hombro, pellizcándola ligeramente, rompiendo su piel. Ella se revolvió con un estallido de furia, gruñendo instintivamente.

Pero él no cedió. Se mantuvo firme, con los dientes desnudos y mirándola.

Los ojos de la hembra eran un horno de locura al rojo vivo, pero Maeniel vio que su rabia cedía poco a poco y la cordura iba volviendo a su mirada. La hembra retrocedió.

El gris se dio la vuelta, alejándose al trote del escenario de la matanza y siguiendo

al carro hacia la fortaleza. Cuando hubo recorrido lo que le pareció suficiente distancia, se detuvo con las orejas erguidas, alerta, a la espera, escuchando.

Druso llegó a la fortaleza semicongelado, incoherente y gimiendo por el dolor de sus dedos rotos. Al recuperar la conciencia, se encontró en el bajo edificio con techo de paja que pasaba por enfermería de la guarnición. Estaba rodeado por sus amigos, veteranos suboficiales del ejército romano.

Sus recuerdos eran bastante completos y sabía que su conducta no había sido honrosa, sobre todo al final, con Scorpus. ¿Hubiese podido ayudarlo? En aquel momento, había estado tan asustado de los lobos que hubiese hecho cualquier cosa, lo que fuera, por escapar.

Bien, había escapado. Estaba allí y a salvo, caliente y a salvo. La granja en la costa junto al mar azul le llamaba. Nada se interpondría. Nada.

—¿Qué ocurrió? —preguntó alguien—. Has estado farfullando algo sobre unos lobos.

Druso se lamió los labios.

—No —dijo—. No había lobos. Ese bastardo de Hirax y los demás... me atacaron... para desertar.

Sí, pensó, *eso servirá*. Si el comandante descubría que había perdido de tal forma el control de sus hombres que habían sido presa de los lobos, podría culparle por no haber mantenido la disciplina. Quizá perdiese la paga que recibiría tras dejar el ejército, el dinero que necesitaba para subsistir el resto de su vida.

¿Quién podía culparle si sus hombres habían conspirado para desertar, atacándole y dejándole herido? No, nadie lo haría.

Era un héroe. Comprendió vagamente que estaba solo. Sus amigos se habían ido: sin duda, para preparar una partida de búsqueda y atrapar a aquellos malditos desertores. Druso soltó una risita, y entonces despertó del todo, realmente asustado.

Quizá encontrasen los cadáveres. Sus ojos, muy abiertos, se clavaron en la vela junto a su cama, que se disolvía en un charco de cera fundida. Dioses, ¿y si encontraban los cuerpos?

Pero se dio cuenta de que no lo harían. Incluso a través de las paredes podía oír el viento que batía el edificio. Se preparaba una tormenta en el exterior. Entre los lobos, los cuervos y la tormenta, comprendió que no encontrarían nada.

El lobo estaba en el camino. La nieve caía con más fuerza, y el cielo se había vuelto más oscuro. Podía sentir las pisadas en lugar de oírlas.

Se dio la vuelta, trotando hacia la manada, que ya había terminado de alimentarse. Dio un ladrido bajo y luego partió colina arriba, hacia las montañas. Los lobos le siguieron.

A su debido tiempo llegó la partida de búsqueda. Ya había oscurecido para entonces, y la nieve cubría los huesos. Ni Druso ni los lobos fueron culpados.

El gris encontró un lugar resguardado entre las rocas de la vieja avalancha para pasar la noche. Estaba cerca del lugar donde él e Imona habían estado juntos, el lugar donde él se había ganado su amor. En cierto modo, ella seguía allí. El musgo del claro conservaba el aroma de su cuerpo.

Los lobos encontraron distintos lugares donde cobijarse, a veces en grupos de dos o tres, pero el gris observó que la hembra permanecía sola, como él, que se había enroscado en el hueco de la roca donde habían hecho el amor aquel lejano día de verano.

En algún momento después de la medianoche se arrastró fuera del hueco entre las rocas. La tormenta de nieve había cesado. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban como fragmentos de cristal en la negrura. El aire era frío, tan frío que el lobo sintió su mordedura a través del pelaje.

Despacio, muy silenciosamente, visitó el lugar donde dormía cada miembro de la manada. Todos estaban profundamente dormidos, incluso la hembra, aunque era la que parecía más inquieta: a veces, gemía en sueños y sus patas se agitaban. Luego volvía a la oscuridad más allá del dolor y el miedo y se relajaba con un suspiro.

La nieve ya había alcanzado varios pies de altura. La superficie no estaba helada, todavía. A la mañana siguiente habría una ligera capa, y por la noche serviría como camino para los lobos. Podrían correr sobre ella como gacelas listos para atacar criaturas más grandes, como íbices, toros salvajes, alces o ciervos tan incautos como para aventurarse en profundas gargantas y quedar atrapados. El invierno es un festín para los lobos. Ni siquiera los romanos se atreverían a subir hasta allí.

Pero aquella noche la nieve no estaba dura y le costó alejarse. Por eso era tan tarde, cuando llegó a la morada de Mir.

Nada se movía en el campo cubierto de nieve. Sus huellas, y sólo las suyas, marcaban la fría superficie de la nieve virgen que lo cubría todo en silencio, brillando con una sobrenatural palidez bajo el cielo estrellado.

Mir despertó sin saber qué interrumpía su sueño, y se encontró a su inoportuno invitado descansando sobre un banco junto al fuego, con la cabeza apoyada entre las patas. Sus ojos brillaban con la opalescente mirada del cazador nocturno. El lobo alzó la cabeza, contemplándole en abierto desafío.

Mir se fijó en la puerta: estaba cerrada, con la barra en su sitio. Ningún verdadero lobo hubiese conseguido entrar.

El animal se irguió hasta quedar sentado ante él.

Mir se estremeció: la habitación estaba muy fría. El último leño en el fuego se encendió con un chasquido, iluminando el interior por un instante.

La mujer de Mir se incorporó a su lado. Se volvió hacia el anciano, aferrándose a él cuando vio al lobo.

Maeniel retrocedió, empezando a gruñir. Unas sombras se reunieron protectoras

sobre el rostro de la muchacha, unas sombras que sólo el lobo podía ver. Una voz susurró suavemente desde la oscuridad:

—Ella, sola, vive.

No, pensó el lobo, las palabras elevándose de la maraña de imágenes que llenaban su cerebro. *Ya no soy un lobo. Sería fácil matarle. Un verdadero lobo lo hubiese hecho rápidamente y sin dudarle, pero yo... Yo tengo que mirar a ese hombre, mirarle a los ojos y buscar señales de culpa, de anhelo, de necesidad, de deseo, de miedo. Quiero que esté asustado, como debió de estarlo ella, porque seguramente sabía lo que iban a hacerle. ¿Por qué se quedaría con ellos? ¿Por qué no huyó conmigo? ¿Acaso prefería morir a manos de los de su propia especie a vivir conmigo?*

Entonces la muchacha que estaba agarrada a Mir empezó a llorar, gimiendo como un animal herido.

La habitación se oscureció cuando los restos del fuego se convirtieron en brasas.

Cuando Mir ajustó su visión a la oscuridad, vio que la habitación estaba vacía. El lobo se había marchado.



11

Cuando Lucius liberó a Filo tras su vuelta a Roma, Fulvia sufrió un violento ataque de cólera.

—¡Costó una fortuna, y haré que te enteres! —gritó.

—¿Qué? —contestó su hermano—. ¿Acaso consideras mi supervivencia una nadería? Odio tener que decírtelo, mi dulce hermanita, pero me alegro de estar vivo y considero que tengo derecho a mostrar alguna bien merecida gratitud al hombre que me salvó la vida.

—Estúpido bastardo... Siempre has sido un estúpido bastardo. Hubiésemos podido hacer una fortuna con él. Se le empieza a considerar como el mejor físico de Roma. Ahora acuden a él miembros de las primeras familias. Un tercio de las tarifas que hubiésemos cobrado por sus servicios es bastante para ese pequeño gusano. Cree que le irá bien ganando eso. Yo tenía el ojo puesto en una de esas grandes villas a lo largo de la costa junto a Ostia: podría haber sacado bastante para... ¿Adónde ha ido todo el mundo? —preguntó extrañada.

Lucius miró a su alrededor. El espléndido jardín estaba vacío. Sólo unos momentos antes, un jardinero había estado cavando junto a una de las columnas que sostenían el porche, preparándose para plantar algunas plantas de bayas. Ahora sólo quedaban las plantas, con las raíces metidas en un cubo de agua. Paseo abajo, dos de los cocineros habían estado recogiendo romero para el pollo de la cena y una de las doncellas arrancando higos de una sobrecargada higuera que daba sombra al camino. Pero también se habían marchado.

—Hermana mía, muy poca gente quiere estar cerca de ti cuando te pones de mal humor. Por cierto, no vuelvas a insultar a mi difunta madre la próxima vez que cojas una rabieta por algo que he hecho, a menos que quieras que Filo deba labrarte un bonito juego nuevo de dientes de marfil. No lances calumnias contra la virtud de Silvia.

Fulvia dio un paso atrás. Un mes antes no se hubiese molestado, pero ya no estaba segura de lo que Lucius era capaz de hacer. Los asistentes de baño a los que pagaba para que espiasen a su hermano le habían dicho que la herida estaba curada, y que podía dar con facilidad doce vueltas a nado a la gran piscina del *tepidarium*. Empezaba a pensar que había hecho demasiado buen negocio al comprar a Filo. Aquel griego canijo había sacado a Lucius de las puertas de la muerte. No estaba segura de sentir alegría por ello.

—Lo siento. Pido disculpas por lo que he dicho. No quería insultarla a ella, sino a ti. ¿Por qué hiciste algo tan extravagante y estúpido sin consultarme primero?

—¿Extravagante? ¿Estúpido? Fulvia, ¿no has notado que somos ricos? Más ricos que muchas familias senatoriales.

—Sí, pero no lo seríamos por mucho tiempo si no me pasase el tiempo economizando, ahorrando, vigilando nuestros gastos. Los hombres no tenéis ni idea de lo que cuesta mantener las apariencias entre las familias nobles de Roma. Sólo los costes mensuales de esta casa...

—¡Ahórramelo! —gritó Lucius. Fulvia enfurecida le asustaba, pero Fulvia quejándose y gimoteando resultaba exasperante.

Fulvia dio un paso atrás, suspirando. Pero Lucius no vio el brillo satisfecho en sus ojos.

—Supongo que lo que está hecho, está hecho, pero... —Su mandíbula se cerró con un chasquido y siguió hablando entre dientes—. Ese pequeño y grasiento griego debería estar deseando ofrecer un porcentaje de sus ganancias a cambio del patrocinio y protección de una ilustre familia.

—La verdad es que debería, sí —contestó su hermano con ligereza—. ¿Y en qué ilustre familia estabas pensando?

Fulvia salió del peristilo hacia sus lujosas habitaciones.

Lucius se encogió cuando oyó el portazo. Se quedó sentado y quieto por un momento, y luego alargó el brazo hacia una bolsa que tenía al lado, para esparcir algo de grano sobre las losas ante él. Dos palomas descendieron rápidamente y empezaron a picotearlo. El sol le calentaba el cuello y la espalda, pero la mañana de otoño había sido fría, y la sombra resultaba todavía demasiado fresca para ser cómoda.

Filo entró y se sentó en el banco junto a él. Unas pocas palomas más se unieron a las dos primeras.

—Sonaba un poco enfadada —aventuró el físico.

—Siempre se enfada cuando cree que ha perdido dinero.

—Oh. Y estáis en... Es posible que a vuestra familia le falte...

Lucius le miró con expresión de absoluta perplejidad y después rompió a reír.

—No —dijo cuando pudo parar—. Guárdate tu dinero. Envíaselo a tu hermana, la empresaria. Es lo que has estado haciendo todo el tiempo, ¿no?

Filo se ruborizó, con aspecto ligeramente culpable.

—El hecho es que... —Se detuvo—. Eres más observador de lo que pensaba.

—Sí, no soy simplemente otro patán romano que cree que porque tiene algo colgando entre las piernas y un abuelo procónsul, los dioses, romanos o no, le dieron el derecho a pisotear al resto de la humanidad como le plazca.

Filo enarcó las cejas.

—Has sido tú quien lo ha dicho, no yo.

—Por otra parte —continuó Lucius—, no soy un alma confiada. Cuando pareció que iba a recuperarme, no sabía si Fulvia intentaría sobornarte para que hicieras algo... así que te hice investigar. Recibí un bonito informe, que en resumidas cuentas dice que te sacrificaste para salvar a tu familia.

—Debo decirte, mi señor, que he conocido a muy malas personas que amaban devotamente a sus familias.

—¿Quieres decirme con eso que no confíe demasiado en ti? —preguntó Lucius.

—En esta ciudad, yo no confiaría demasiado en nadie —contestó ominosamente el griego—. Una vez me preguntaste si era propenso a la intriga, y te dije que no. Pero no tenía idea de los niveles de complejidad que podía alcanzar la intriga hasta que conocí esta reina de las ciudades. Creía que los griegos éramos engañosos, pero somos como niños comparados con quienes se sientan en vuestro Senado.

Lucius aulló de risa, echando la cabeza hacia atrás.

—En verano —siguió diciendo Filo—, las fiebres recurrentes y la disentería se llevan a muchos ciudadanos de vuestro pequeño jardín, y en invierno, una aterradora cantidad de congestiones pulmonares llega a estas moradas. Pero en invierno o en verano, con lluvia o con sol, con calor o con frío, la política acaba con más de los ricos y bien nacidos que cualquier plaga. Simplemente ser elegido para formar parte de ese augusto cuerpo parece una sentencia de muerte en muchas familias, y debo añadir que sus viudas no son mejores.

—¿Has ido a ver a Calpurnia hoy? —preguntó Lucius.

—Sí.

—Mmmh...

—Exactamente —dijo Filo.

—¿Qué tal una partida?

—No con tus dados, gracias. Me llevó algún tiempo descubrir a qué se debía una mala racha tan larga. Hasta entonces, me había considerado un buen jugador.

—Dejaré que tú pongas los dados —ofreció Lucius.

Filo buscó bajo su túnica.

—Por casualidad, resulta que tengo...

—Me pregunto si estoy a punto de empezar una mala racha.

—Es posible —dijo Filo.

—Fulvia está planeando una carrera de servicio público para mí. Y eso empieza por la elección para el Senado.

—En tu lugar, yo buscaría otra profesión. ¿Qué te parecería la de gladiador? Probablemente es más segura.

—Estaba cumpliendo mi servicio militar como preparación para ser elegido cuando me hirieron. Ya ves, la carrera de un joven romano de familia noble empieza en el ejército, y luego el Senado, seguido por una asignación en...

—Conozco los pasos en el camino del poder —interrumpió Filo—. He pasado en Roma el tiempo suficiente. También sé que cada uno de ellos está lleno de dificultades, peligros y enormes gastos.

Una de las palomas junto al pie de Lucius le picoteó el tobillo.

—Te están diciendo que ya se han comido todo el grano... Y hazme caso cuando te digo que los pájaros son mucho más fáciles de alimentar y tener contentos que el populacho romano, mi señor.

Lucius dejó caer un poco más de grano. Las palomas se lanzaron sobre la comida con más velocidad de lo que hubiera considerado posible.

—Y también son rápidas —dijo a Filo—. Mi corazón no está en ello. No quiero ser otro Pompeyo u otro Casio, ni siquiera otro César.

—Entonces seguramente morirás —repuso Filo—. Si no dedicas todo tu corazón, tu intelecto y tu fuerza a tal empeño, fracasarás. Puedo decir que no eres lo bastante artero ni tienes el suficiente miedo histérico a la muerte, por no hablar del puro sentido de caballo requerido, para alcanzar la victoria en la arena política. Tú... elegirás el partido equivocado, te convertirás en una molestia o puede que una carga para algunos de los mayores y más sedientos de sangre moradores de esa charca senatorial, te verás enfrentado a algún crimen que no tendrás estómago para cometer, y... por eso... perecerás.

Lucius cogió la bolsa de grano casi vacía y la volvió del revés sobre la creciente multitud de aves.

—Vaya, debe de haber ya un par de docenas.

—Justo eso —dijo una de las doncellas de la cocina mientras echaba una red sobre ellas.

—¡Déjalas en paz! —gritó Lucius a la infortunada muchacha, poniéndose en pie de un salto.

La doncella retrocedió, con aspecto realmente asustado.

—¿Pero qué diferencia hay —balbuceó— si las atrapo aquí para el pastel del cocinero o las compro en el mercado?

—Cómpralas en el mercado —rugió Lucius—. Éstas son mías y no dejaré que nadie las coja mientras estén bajo mi protección.

La chica empezó a llorar.

—¡Oh, dioses inmortales! Dale algo de dinero, Filo.

—Como siempre, mi señor, escucho y obedezco —replicó el griego mientras ponía algo de plata en la mano de la chica. Luego le susurró unas amables palabras de consuelo.

La doncella se marchó mientras Lucius liberaba a las palomas de la red. Filo se volvió hacia él.

—Voy a regresar a Grecia. Mi hermana se alegrará de verme. Mi padre se alegrará de verme. Nunca he pensado que sea deber de un físico ayudar a un paciente a suicidarse, y desde luego, no saltando a un pozo de serpientes.

—Siéntate y cierra el pico —gruñó Lucius. Filo obedeció, pero el romano pensó que aún era pronto para que se callase—. Muy bien, supongamos que desecho la política. ¿Qué queda entonces? ¿Y qué le digo a mi hermana?

—Dile a mi señora que se dé un baño en el río Estigio.

Lucius rió de nuevo.

—No es difícil —siguió el griego—. De hecho, creo que te oí decir algo similar justo antes de que se marchara, mientras estaba escondido tras un oportuno ciprés. —Se estremeció—. ¡Zeus me valga! Esa mujer me da miedo. Creo que era algo sobre perder los dientes.

—Pensé que debía defender a Silvia, mi madre. Su vida ya era bastante difícil cuando estaba viva. Hortensius, mi padre, no la trató bien: aquel piojo de entropierna la golpeaba siempre que estaba de mal humor. Le era infiel con todo menos los ojos de las cerraduras, si es que ellos se salvaron. Recuerdo que Fulvia era la hija querida de Padre: espiaba a la pobre Silvia e informaba a Hortensius de todos sus movimientos. Madre bebía un poco de más en una cena con algunas damas amigas suyas, mi querido padre se enteraba gracias a esa pequeña comadreja de Fulvia, y amenazaba a la pobre mujer con el castigo tradicional.

—¿Y qué castigo es?

—La muerte.

—¿La muerte? —chilló Filo—. Vaya, los romanos os tomáis muy en serio los asuntos domésticos...

—¡No! —le cortó Lucius—. ¿Crees que mi padre se hubiese atrevido a ofender a los nobles Claudios? Ella era de mejor cuna que él. Padre era sólo un caballero. Todos mis antepasados consulares son de la familia materna. Él nunca le perdonó aquello. Eso, y probablemente su primera esposa, la madre de Fulvia, convirtió su vida en tal infierno y miseria para él que el viejo granuja nunca volvió a tener los redaños para fiarse de una mujer, de cualquiera. No lo sé, pero supongo que me gustaría confiar en mi esposa. Dime, Filo, ¿podrías aprovechar el matrimonio si encontrases la mujer adecuada?

—¿Estáis pensando en mujeres? —preguntó Fulvia.

Los dos hombres dieron un respingo. Fulvia estaba tras ellos, con un brillo especulativo en los ojos.

—¿Cómo te gustan las mujeres... gordas, delgadas, altas, bajas, rubias, morenas, pelirrojas, de piel clara, de piel oscura? Puedo comprarte algo de África o Grecia, lo que quieras.

—Fulvia, no soy un toro, un semental ni un ciervo. Estas cosas requieren... son asuntos delicados.

—Eres impotente —aseveró Fulvia.

—¿Sabes? —contestó Lucius con calma—. Es muy posible que lo sea.

Fulvia adoptó la expresión de alguien que hubiese mordido una manzana para encontrarse con medio gusano.

—Ninguno de vosotros vale nada —murmuró entre dientes—. Filo, ayúdale a bañarse y vestirse si todavía lo necesita. Tenemos invitados a la cena de esta noche.

—¿Quién? —preguntó Lucius.

—César y Cleopatra.

Dryas llegó al estanque donde Mir pensaba que Imona se había encontrado con el lobo por primera vez. *Es hora de empezar*, pensó mientras se quitaba la ropa lentamente.

Encontraba repelente la idea de la seducción: sólo había tenido una experiencia de encuentro sexual con alguien en toda su vida y el recuerdo era espantoso. Pero Dryas era ante todo una guerrera y, como todo soldado, había sido adiestrada para hacer lo que hiciese falta para vencer. Prepararse para la batalla era un asunto serio. Podía perder la vida fácilmente si la criatura lobo descubría sus intenciones.

Dejó caer la ropa cerca de la roca donde Imona acostumbraba a tomar el sol, salió de la protección de la piedra y se metió en el estanque. Era otoño, y el frío atravesó su cuerpo como un cuchillo hundiéndose en el agua. Siguió descendiendo. El estanque parecía muy inocente cuando su cristalina superficie reflejaba los colores carmesí, amarillo, castaño y pardo del bosque. Era todo lo que quedaba de una extinguida fumarola volcánica, un recuerdo de las colosales convulsiones que habían construido las montañas milenios atrás.

Había esperado llegar al fondo y nadar a lo largo del mismo como en un lago convencional, pero se encontró hundiéndose más y más en aquella negrura estigia. Allí, en la negrura de su corazón, quedaban rastros de los fieros comienzos del estanque. Su forma era cónica. Dryas reparó en que las paredes iban acercándose cada vez más, y en que hacía más frío a medida que bajaba, aunque el sol calentase la superficie.

Dryas se volvió sobre su espalda, viendo una capa de luz plateada. Sentía el agua fría sobre su piel, pero como en su juventud, parecía tener un fuego interior que se movía a lo largo de su piel como un escudo invisible contra el helado líquido a su alrededor.

Salió a la superficie, consciente de que la calidez del agua no duraría, y nadó de vuelta a la roca.

Siempre había sabido cuándo la observaba, y ahora tenía aquella sensación. Estaba cerca, sin duda. Tras la desagradable aventura de Blaze, ni hombres ni mujeres frecuentaban el estanque, y Dryas estaba segura de que los ojos que la observaban no eran del todo humanos.

Llegó a la roca calentada por el sol, extendió los brazos y salió del agua a pulso.

Esta batalla es una seducción, pensó. Luego se dio la vuelta, y quedó tendida y desnuda.

Para Dryas, su atractivo era sólo un arma más. No había sentido deseo en mucho tiempo, no se lo había permitido. Hasta la muerte de su hijo, había sido una reina y el cuerpo de la reina entre el pueblo pintado no le pertenecía a ella, sino al linaje real. No se le permitía entregarse a un hombre cualquiera. No, debía ser alguien aceptado por la Asamblea. No sólo tenía que haber mostrado coraje en la batalla, sino también sabiduría y templanza en su conducta, y ser puro de cuerpo y de sangre, sin estar mancillado por la locura o la deformidad de la carne. Él y su hijo serían candidatos a la majestad. Ciertamente, habría otros. Muchas de las grandes familias tendrían jóvenes entre sus miembros si el hijo de Dryas era considerado no apto.

El aliento se le quedó atrapado en la garganta e hizo el recuerdo a un lado. *No, estoy aquí para amansar a este asesino, y si no es posible, para acabar con su vida.*

Se dio cuenta de que su memoria había estado a punto de presentarle una imagen de su hijo, tal y como ella le había visto por última vez antes de que César invadiese la Isla Blanca. Si aceptaba la carga de tal recuerdo, cedería a la postración del dolor y quedaría inutilizada para cualquier otra cosa durante mucho tiempo.

Quédate quieta y le echaré, dijo la voz en su mente.

Los ojos de Dryas se abrieron, y la mujer vio los árboles marchando hacia lo alto del risco.

Cierra los ojos, susurró la voz desde lo que parecía una inmensa distancia. *Así podré hablarte. Te ayudaré a atrapar al lobo.*

Los bosques otoñales eran tan hermosos... Los pinos siempre verdes contrastaban con el pardo de los robles y el oro escarlata del tiemblo y el álamo. Las hojas de los esbeltos abedules habían caído, y los pálidos troncos destacaban entre los demás.

Dryas cerró los ojos.

—Debo capturar al lobo —dijo.

Ahora te está observando, pero no vendrá a ti.

—¿Por qué no? —preguntó ella. Cerró fuertemente los puños, crispada por la frustración.

No lo sé. Entonces la presencia desapareció.

Dryas se quedó dormida.

El lobo la observaba. Sí, era hermosa y había ido al estanque sola, casi como si desease encontrarse con él.

He desarrollado un gusto por ellas, pensó. *De lo contrario, no estaría mirando a ésta: sea hermosa o no, no muestra el toque del deseo. Es como alguien apartado, como León. La diferencia es que no tiene un aura de muerte a su alrededor, sino más bien una forma de hielo labrada por el viento y la lluvia, o una nube en forma de montaña o cabeza de lobo, algo que engaña al ojo para que crea lo que no es.*

Descansó la cabeza sobre las patas delanteras y también se quedó dormido.

El frío los despertó a ambos. El sol había desaparecido casi por completo más allá

de los árboles.

Dryas de levantó, estirándose, y se acercó a donde estaba su ropa. Se la estaba poniendo cuando vio la sombra entre los árboles.

Una sombra como la que había visto en el círculo de piedra. Una sombra no proyectada por algo más. Se quedó paralizada, pero no por miedo, sino por cautela. Ya se había encontrado con ellas antes, pero era la primera vez que estaba tan cerca de una; y podían ser peligrosas.

La voz habló de nuevo en su mente. *El lobo está aquí.*

Dryas miró a su alrededor, y vio al animal observándola desde un saliente rocoso al otro lado del lago.

¿Lo quieres? Debes tomar la decisión. ¿Lo quieres?

En realidad, Dryas nunca había querido volver a entregar su cuerpo a nadie, pensó que podía irse, cambiar su destino y abandonar su búsqueda inútil para volver con su gente en la Isla Blanca, volver a la Isla de las Mujeres. Su corazón lo ansiaba. El silencio roto sólo por las voces de sus hermanas o el grito de las gaviotas en la costa. Desde allí, podría partir en su último viaje y no volver, no por mucho, mucho tiempo. Podía purificar su dolor y beber de las aguas del río del eterno olvido.

Su corazón lo ansiaba. Pero ella tenía un deber.

—Me enfrentaré a la garra del águila, a las fauces del lobo. No importa el sufrimiento, no entregaré mi alma al sueño hasta que mi sangre se derrame por las heridas de la batalla y mi cabeza se separe de mi cuerpo. Ni abandonaré a mi cacique o a mi deber, viva o muerta, hasta que haya completado mi camino y haya alcanzado la victoria. Esto es lo que pedí y esto es lo que entrego.

Unos ojos brillaron en el rostro de la sombra. *Si quieres tener al lobo, haz una oferta.*

Dryas buscó entre sus ropas hasta encontrar el broche en forma de amapola. Alzó el adorno y lo arrojó al agua, donde desapareció.

El deseo físico entró en su cuerpo como el agua empapando una tela, dejándola tan floja como el lino mojado. Cayó hacia atrás, con las piernas débiles por la compulsión, abiertas sobre las agujas de pino. Sus ojos buscaron al lobo en el crepúsculo, pero no le encontraron.

En su lugar fue un hombre lo que se acercó con la seguridad del gran asesino. En unos instantes, estaba inclinándose sobre ella.



12

Estaba iluminado por el brillo del crepúsculo sobre los árboles a su espalda. Largos rayos de colores rosa y oro que iban apuntando cada vez más hacia arriba a medida que el sol se desvanecía tras la montaña.

Dryas intentó apartarse de la oscura figura que se alzaba sobre ella, pero sus manos resbalaron sobre la alfombra de agujas de pino.

Casi descuidadamente, él se inclinó para sostenerla con un brazo. Dryas comprendió lo inmensamente fuerte que era al ver la facilidad con que lo hizo.

La acercó a su cuerpo.

—Hace frío —dijo—. Deja que te caliente.

Ella se encontró gentilmente presionada contra el hombre. Estaba caliente. El contacto con su carne era como experimentar una conflagración.

Comprendió aterrada que la rodilla derecha del hombre estaba entre las suyas, levantándose y abriéndole las piernas.

—¡No! —boqueó, poniéndole las manos en el pecho—. No... no.

—¿Qué ocurre? ¿No me deseas? Sabías que estaba aquí. Lo sé, puedo decirlo por cómo apestas a deseo. No es diferente entre nosotros. Incluso el olor se parece mucho. No lo entiendo: si no me deseabas, ¿para qué has venido? ¿Por qué no te has quedado escondida en la cabaña del viejo con la... con la chica loca? —Sujetó a Dryas con ambas manos—. Ven. Imona estaba asustada al principio, pero enseguida se dio cuenta de que yo no le haría nada malo.

¡Imona! Dryas volvió a debatirse, intentando recuperar el control. Un momento después estaba en pie, corriendo colina arriba hacia el oscuro bosque. Podía moverse en silencio en las sombras: eran negras y tan espesas como el terciopelo, pero descubrió que no podía escapar de él. No, ni siquiera por un instante. Aunque el aire era frío, vio el tenue brillo de las estrellas sobre la húmeda piel del hombre.

Él la abrazó, besándole el cuello. Luego alzó su abundante cabello y le hizo

expertas cosquillas en la garganta y las orejas.

La carne de gallina se extendió por la piel de Dryas mientras un escalofrío de pura lujuria recorría su cuerpo.

Él rió, y luego volvió a besarla, metiendo la lengua entre sus labios y sellando la abierta boca de Dryas con la suya.

Ella se encontró recordando aquella boca en el crepúsculo... firme, cálida, inquisitiva. Se acercó al calor de él como una polilla a la llama.

Quiero morir en ese fuego, pensó. Pero no, morir no era la palabra que buscaba. Y entonces recordó que *morir* era como se llamaba a veces a aquel placer definitivo... una especie de muerte. Cuando el destello final de las llamas del deseo quema todo lo demás, es como la muerte.

No, si alguien iba a morir allí, no debía ser ella. Se dejó caer contra él, como si se rindiese por completo. Pudo sentir cómo sus brazos se cerraban en torno a su cuerpo. El anhelo de aquel placer espléndido, aquella ardiente delicia, corrió como un oscuro fuego por sus venas.

Y entonces, de pronto, vio el rostro de su hijo... las pupilas nubladas, pero con los iris todavía verdes y claros como el agua de mar a la luz del sol. Pero estaba muerto, entregado a la mano de la oscuridad. Con una extraña mirada de comprensión en los ojos y los labios abiertos como si fuese a hablar, mostrando los pequeños dientes de un niño de sólo siete u ocho años... ¡Alto! Y entonces llegó la suciedad y el horror, como había ocurrido cuando vio a su hijo y supo que había muerto. Él y los demás niños entre los que yacía. No quedaba nada sino oscuridad.

Lucius no necesitaba la ayuda de Filo. La casa estaba atestada de criados... esclavos y libertos y mujeres pertenecientes a su familia. Sobre todo a Fulvia.

Los dos jóvenes que le atendían eran esclavos, recién comprados a una de las escuelas de gladiadores de César y por tanto salvados de morir en la arena en alguna festividad.

Estaban muy contentos de haber escapado de aquel destino y caído en una vida cómoda, y Lucius estaba bastante seguro de que les habrían dado instrucciones para que le mantuvieran feliz a cualquier coste. Más allá de aquello, no se hacía ilusiones sobre su lealtad, informarían a Fulvia.

Encontraba intrigante el hecho de que Fulvia controlase a todos los esclavos de la casa. ¿Cómo había sucedido? Cuando él se marchó para asumir su primer mando en las legiones, Fulvia no dominaba al servicio hasta aquel punto. Pero poco a poco, con el paso de los años, las mujeres que le quedaban a Silvia y los libertos de su padre fueron siendo sustituidos por servidores que no reconocían otra autoridad que la de Fulvia. Su hermana era una experta en escoger individuos como aquellos dos jóvenes, que sabían que sus vidas dependían sólo de la buena voluntad de su ama.

Fulvia ni siquiera necesitaría molestarse en ordenar una simple ejecución

doméstica: le bastaría con devolverlos a su lugar de procedencia, explicando que sus servicios no habían sido satisfactorios, y el *lanista* se aseguraría de que muriesen en el siguiente combate.

Lo mismo ocurría con las dos griegas que se ocupaban de su cámara bajo la dirección de Filo. Las dos seguían siendo bellas, y habían sido favoritas de Fulvia en su momento, pero aunque no tenían más de veintisiete o veintiocho años, ya eran un poco mayores para su profesión original. No sobrevivirían mucho tiempo en los insalubres burdeles apiñados junto al Tíber. Treinta o cuarenta hombres cada noche podían acabar con la salud de la mayoría de las mujeres en unos pocos años. Ninguna de las dos era muy brillante ni muy fuerte, y ambas eran torpes, así que tenían verdadero terror a Fulvia.

Lucius estaba rodeado. Contempló su imagen en un largo espejo. Sí, era un espejo, con la superficie de cristal y el dorso plateado. Ciertamente, el reflejo estaba un poco distorsionado y un brazo parecía más largo que el otro, pero definitivamente era él. Estaba tan acicalado como una novia o, como le sugirió una siniestra metáfora, un toro para el sacrificio: pelo rizado, cuernos pintados de oro, recién bañado, afeitado y perfumado. Suspiró. Sus dos criados seguían revoloteando a su alrededor. Levantó la mirada para ver si tenía unos cuernos que dorar.

—No hagas eso, mi señor —dijo uno de los jóvenes—. Estropearás tu peinado y el divino Julio...

—¡El divino Julio! —estalló Lucius—. ¿Es que el Senado ha acordado otorgarle honores divinos? ¿Quieres decir que no le basta con ser el primer hombre de Roma, padre de este país, cónsul vitalicio y cualquier otra cosa que sus secuaces del Senado puedan imaginar, y ahora también quiere ser un dios?

Los dos jóvenes, ocupados en arreglar los pliegues de su toga, permanecieron inmutables. *Al menos Filo se hubiese reído*, pensó Lucius de forma bastante autocompasiva.

Su dormitorio era otra fuente de conflicto entre él y su hermana. Ella quería que se trasladase a la parte nueva de la villa, más grande y lujosa, pero él se sentía vinculado a la habitación de su adolescencia. Fulvia consideraba su deseo de intimidad una más de las desagradables excentricidades que hacían de él un inadecuado heredero de la fortuna Basilia.

Ella vivía en lo que Lucius consideraba miseria recubierta de oro, con dos secretarios —Firminius era uno de ellos—, cinco asistentes de vestuario, dos criadas personales, tres doncellas para todo, y varias pequeñas preciosidades, ninguna de ellas fuera de la adolescencia, dispuestas a retozar con ella cada vez que se sintiese amorosa. Fulvia dormía en solitario esplendor entre sábanas de seda, en una cama hecha de aromática madera de limonero y cubierta de brocados.

Firminius disponía de habitaciones propias muy cerca, pero los demás dormían en círculos concéntricos alrededor de su lujoso lecho: cuando Lucius visitaba a su hermana, siempre podía decir quién gozaba y quién no de su favor por lo cerca que

estaba de la cama su lugar para dormir.

Lucius no tenía un verdadero acomodo para el servicio en su habitación. Las mujeres galas que cuidaban de él junto con Filo y sus dos asistentes personales tenían habitaciones cercanas. A Fulvia le parecía escandaloso que la habitación de su hermano, en un rincón de la casa, apenas fuese un poco mayor que la de sus criadas.

Pero a él le gustaba. Para empezar, resultaba fresca en verano. Dos altas y estrechas ventanas cerca del techo estaban cubiertas por pesadas rejas de hierro. Daban a una zona de hierba sombreada por cipreses. Una claraboya de cristal en el techo admitía mucha luz durante el día, y las ventanas cerca del techo dejaban pasar *si* aire fresco del jardín. En invierno, las ventanas quedaban cerradas, y era fácil calentar la estancia con un brasero.

Su cama era estrecha, con un colchón de plumas y sábanas de lino. El espejo era el único lujo de la habitación. Se trataba de un regalo de su madre, pero Lucius siempre había pensado que Hortensius le había animado a dárselo porque comerciaban con aquellos artículos. Decir que su padre miraba mucho el sestercio sería una expresión muy caritativa. Incluso era probable que el hábito de beber de Silvia, que sus pobremente veladas amenazas de muerte no habían podido corregir, le molestase más porque prefería buscar el olvido con la ayuda de caro falerno que con los vinos más baratos guardados cerca de la cocina.

Bien, su padre había sido recompensado por su obcecada búsqueda del todopoderoso denario, sus dos infelices matrimonios por interés económico y su obsesión por ahorrar algo en cada compra. En ciertos círculos se le conocía como «Hortensius-nunca-acceptes-el-primer-precio». Sus avaras costumbres dieron como resultado que dejase una gran fortuna a su muerte.

Ahora, Fulvia estaba extendiendo su imperio. Y aquellos invitados a cenar estaban en posición de hacerla muy rica.

La luz que entraba por la claraboya era cada vez más tenue. Los dos jóvenes querían seguir con los pliegues de su toga, pero Lucius pensó que ya se había hecho todo lo posible por mejorar su aspecto, y que seguir insistiendo sería una necesidad.

Mostraba demasiado bien los efectos de una larga enfermedad. Estaba flaco y pálido, y aún se resentía un poco del lado izquierdo. La enorme cicatriz dejada por la herida tiraba de los grandes músculos de sus nalgas y su muslo.

Salió sin molestarse en cerrar con llave la puerta de su habitación. ¿Para qué molestarse? Si algún ladrón encontraba algo de valor allí, por él podía quedárselo.

Se reunió con su hermana junto al gran triclinio cerca de la puerta principal. No había visto el comedor para grandes ocasiones completamente iluminado desde que era un muchacho, y su aspecto le impresionó.

El suelo estaba decorado con el mosaico de un jardín, un jardín verde organizado como si los lechos bordeasen la estancia. Las teselas que formaban las plantas verdes y las flores eran de malaquita, y los pétalos estaban hechos con piedras semipreciosas de cabujón: amatista para la púrpura, hematitas para el rojo, citrinas para el amarillo.

La imagen parecía saltar del suelo a los ojos.

Las paredes de puro mármol blanco daban una apariencia de severidad, pero cada panel estaba decorado con ónice y porfiria violeta.

El pálido violeta de la porfiria quedaba realzado por los lechos del más brillante terciopelo púrpura que jamás hubiese visto. La habitación estaba brillantemente iluminada por lámparas de colgantes de bronce, todas ellas siseando en su esfuerzo por alejar la noche.

Se quedó de pie, contemplándolo todo atónito.

—Ahora sé qué mató a Padre —dijo, rompiendo a reír.

Fulvia, resplandeciente con su gasa blanca sobre seda del mismo color, todo ello con bordados de oro, contestó sin mover los labios.

—Nada de chistes vergonzosos, nada de entretenidas historias sobre tus hazañas con putas galas. No cuentes cómo fuiste herido ni dónde tienes la cicatriz, ni hables de tus vulgares amigos romanos o militares. No, nunca, bajo ninguna circunstancia me avergüences ante esta pareja. Si lo haces, te mataré.

Lucius no lo dudó ni por un momento. Abrió la boca, pero no llegó a decir nada porque en aquel momento oyeron un ruido de movimiento en la calle... un ruido militar, de pies calzados con botas, para ser exactos.

—¡Ya están aquí! —susurró por fin.

—Sí —dijo Fulvia.

Lucius descubrió que tenía la boca seca. Lo más cerca que había estado del hombre más famoso de su tiempo era un busto en el atrio de una de las hermanas de su madre, el busto de un hombre joven y apuesto. Los colores con los que estaba pintado le mostraban con pelo ligeramente rizado y claros y penetrantes ojos color avellana, boca carnosa pero firme y barbilla fuerte. El famoso perfil era el de un águila inteligente, fiera y dominante pero justa. El epítome de todo lo que Roma aportaba al mundo y la razón por la que los dioses la habían elegido para que lo gobernase.

Y todo aquello estaba a punto de entrar por la puerta principal.

En un torbellino de tela, Fulvia corrió al atrio para recibir a sus invitados. Encadenado en su puesto habitual, y tan asustado de su ama como todos los demás esclavos, el portero llegó antes... y así el ruido y el rechinar de cadenas anunció la entrada del hombre más importante del mundo.

Lucius sintió un extraño peso en el estómago. *¿Cómo es posible que tenga dispepsia no he comido nada desde esta mañana? Tengo que preguntárselo a Filo...* Pero entonces se dio cuenta de que tenía miedo.

Un soldado entró primero, inclinándose ante Fulvia. Llevaba una antorcha que iluminaba la vieja entrada, y otros dos le seguían.

El resplandor cegó a Lucius por un instante, pero después vio que no llevaban uniforme de desfile, sino la coraza reglamentaria de los legionarios: casco de cuero reforzado con bronce, coraza de cuero endurecido, musleras con remaches de metal y

espinilleras. Los tres miraban cautelosamente a su alrededor.

La villa Basilia, como casi todas las casas de la época, era una mezcla de zonas viejas y nuevas. La entrada era una de las partes más viejas. Nadie sabía con certeza cuándo la habían construido, probablemente como una casa rural antes de que la ciudad la rodease. Sus inquilinos habían sido familias plebeyas dedicadas al cultivo de vides, olivos y el duro y bajo trigo que no llegaba a superar la rodilla de un hombre alto, viviendo del sudor de su frente en una colina más allá de los muros.

La puerta era muy pesada, de vieja madera de roble reforzada con hierro. La primera habitación era un atrio con un estanque lleno del agua que caía del tejado, y que aseguraba el suministro de toda la familia: las mismas estrellas seguían brillando a través de la abertura en el tejado, pero más allá podía verse un magnífico peristilo brillantemente iluminado.

Cleopatra entró antes que César en el atrio. Al principio parecía sólo una sombra. Fulvia la saludó con lo más parecido a una reverencia que Lucius le hubiese visto hacer jamás, pero después se puso en pie, abrazando a la reina, y ambas se besaron como dos viejas amigas.

El portero se inclinó tanto que casi tocó el suelo con la frente.

Y él cruzó el umbral. También pareció una sombra hasta haber dejado atrás el estanque. Fulvia y la reina egipcia le tomaron de las manos, una a cada lado, y le llevaron a la luz.

Lucius retrocedió rápidamente para salir de su camino y vio por primera vez al hombre en carne y hueso.

Era viejo.

Fue el primer pensamiento de Lucius: *Ha envejecido*. Y así era. Se estaba llevando la mano de Fulvia a los labios mientras le dedicaba un cumplido. Algo nada vulgar: comparaba a Fulvia con una Venus de Praxiteles que había visto en Grecia y de la que había encargado una copia. La estatua sería enviada a Roma para adornar su peristilo cuando se estableciese por fin.

Ser comparada con la diosa titular de la casa de César era un gran honor. Lucius se preguntó con irreverencia cuánto le estaría costando el cumplido a Fulvia, pero luego pensó que era la digna hija de su padre y no haría nada sin la esperanza de obtener un sustancioso beneficio.

Por fin, el anciano con la cara de César se volvió hacia él. Sí, era viejo, y los años no habían sido amables con el conquistador. Sus labios, antaño llenos y sensuales, parecían haberse consumido, y no se veían de color rosa, sino pálidos a la luz de las antorchas. Los aristocráticos y elevados pómulos y la nariz afilada como una espada seguían presentes, pero las mejillas estaban hundidas; la nariz sobresalía de manera imperial, pero parecía más fina; la piel amarillenta se tensaba sobre los huesos. Su cuello, por decirlo llanamente, hubiese podido pertenecer a un gallo viejo. La piel suelta le colgaba flojamente desde la barbilla hasta la mitad de la garganta, y su nuez era bien visible por debajo de aquel punto. Sí, era viejo, y los sabuesos del tiempo le

seguían el rastro muy de cerca.

—Supongo que será tu hermano —dijo el gran hombre, ofreciéndole su mano.

Lucius la tomó, y se sorprendió al notar que se ruborizaba violentamente.

La mano era cálida y seca. La voz que llevaba a sus legiones a actos de inimaginable valor y azotaba al Senado como un látigo seguía siendo hermosa.

—Creo —dijo— que hace poco tiempo fuiste traicioneramente herido por el enemigo durante una patrulla.

El bastardo es un genio en el arte de dirigir a los hombres, pensó Lucius. Ya me tiene acorralado y pronto me arrastrará en triunfo para que le adore junto al resto de sus seguidores. Ha tenido la sagacidad de enterarse de cómo y dónde fui herido, y la habilidad de hacer que un oficial estúpido y descuidado que consiguió ser apuñalado por la espalda suene como un héroe. Cuida tu lengua, y expresa tu aprecio.

Lucius nunca lograría recordar lo que dijo, pero debió de resultar satisfactorio, puesto que se ganó una sonrisa de César. Pero pudo ver claramente que lo que le había ocurrido a los labios del gran hombre no se había extendido a sus ojos pardos, que parecían tan fríos y distantes como siempre.

Todo esto es lo habitual para él, pensó. Me pregunto por qué estará aquí.

En efecto, tras los cumplidos fue dejado de lado y César dirigió de nuevo su atención a Fulvia.

Unos pocos legionarios más entraron tras César. El último puso una antorcha cerca de la garita del portero y se quedó con la espalda contra la puerta. Los demás se desplegaron por el peristilo, comprobando personalmente todas las entradas y ordenando a los sirvientes curiosos que volviesen a sus puestos. Apenas tardaron unos momentos en sacar de la zona a todos los que no tuvieran algo que hacer en la cocina o el comedor.

—Muy eficaces —comentó Fulvia.

—Sí —dijo suavemente Cleopatra—, pero se trata de mercenarios hispanos. Son mis guardias, no los suyos.

—Te suplico, César, que cuides de ti mismo —suspiró Fulvia—. Son tantos los que, como yo, dependen de ti...

César rió.

—No necesito preocuparme por mí. Hay muchos otros que se cuidan de eso en mi lugar. —Entró el primero en el triclinio, seguido por las dos mujeres y con Lucius cerrando la marcha.

Lucius miró a Cleopatra. No, no era bella, pero sí algo que nunca había visto antes... una mujer equiparable a César.

Alta y esbelta, su piel mostraba un toque del tono ámbar herencia de sus antepasados egipcios. En todos los demás aspectos parecía más griega que otra cosa, con su pelo claro como la miel de otoño. Lucius estaba seguro de que debía de haber sido bien ungido y aclarado, pues brillaba como el de una muchacha.

Al principio le pareció que estaba en los huesos, pero entonces comprendió que Cleopatra pertenecía a un tipo físico completamente distinto del de las mujeres latinas. Las caderas amplias y los pechos abundantes no eran para ella. Sus caderas no eran anchas. Su estómago estaba entre ellas como una perla despierta en una copa. Era de tronco largo, que se elevaba hasta unos pechos altos y pequeños, pero de formas tan perfectas que Lucius supo que estaban desnudos bajo su recubrimiento de tela. La túnica de seda que llevaba era al menos tan reveladora como la de Fulvia, de hecho, estaba seguro de que no llevaba absolutamente nada bajo aquella prenda tan suave como un pañuelo.

Sí, su barbilla era puntiaguda y su nariz revelaba su ascendencia semita, pero sus ojos eran puramente griegos, claros y de largas pestañas. Le recordaban a los de Alejandro, que había visto en retratos, estatuas y pinturas. Seguramente todos aquellos macedonios estaban emparentados unos con otros, admitiesen la relación o no.

Fulvia estaba verde de envidia. Cleopatra era mayor que ella y había tenido un hijo, pero se las arreglaba para, de alguna forma, tener mejor aspecto que ella y que la mayor parte de las mujeres romanas. Si la reina egipcia llegase a cumplir los setenta años, seguramente seguiría haciendo que la mayoría de las mujeres latinas pareciesen gordas y desaliñadas a su lado.

—Mi señora —dijo Lucius—, antes de este encuentro pensaba que los poetas se habían mostrado excesivos en sus elogios para ti. Pero ahora que te he visto, sé que incluso los versos de Homero en los que alababa a la diosa de Cipriano serían insuficientes para describir la belleza de tu persona o el encanto de tus maneras.

Cleopatra sonrió a César, y luego dirigió una mirada a Lucius que casi hizo que sus rodillas temblasen.

—La madre de mi casa era Venus, y me destinó la más hermosa de sus hijas —dijo César. Él y Cleopatra se acercaron a uno de los lechos para recostarse juntos.

Lucius cogió un diván y Fulvia otro.

Su hermana llevaba suficientes joyas como para pagarle una nueva legión a César. Brazaletes de oro, colgantes de oro, pulseras de oro y tantos anillos que comer le resultaba difícil.

Varios vinos llegaron a la mesa y le fueron ofrecidos a César, los tintos directamente de jarras de barro y los blancos enfriados en nieve. Rechazó varios, y sólo aceptó tres para compartirlos con la reina.

—Vaya, qué hermosa sala —dijo Cleopatra cuando César empezó a saborear el vino.

—Diseñada y construida por mi padre, como las partes más modernas de la villa —contestó Fulvia, dirigiendo una mirada de aviso a su hermano.

Lucius hizo todo lo posible por no captar la mirada de Fulvia y parecer inocente.

—Pero sin duda —dijo con ligereza— la Reina de Egipto estará acostumbrada a lugares más lujosos. He oído que el palacio de Alejandría es...

—Un laberinto inútil —le interrumpió Cleopatra—. Muchas zonas son magníficas, otras están embrujadas por grandes y sangrientas leyendas de mis antepasados, pero no encuentro en ninguna otra parte la comodidad y relajación creada por los habitantes de Roma. Estas villas son muy adecuadas para el clima de vuestra gran ciudad.

Lucius soltó una risita.

—Muchas empezaron como granjas y casas rurales, rodeadas de campo y albergando caballos, mulas y ganado junto a las personas.

La reina rió, con una risa grave y gutural que acarició a Lucius en muchos lugares. Se descubrió deseando hacer que riese de nuevo.

—Qué tenemos aquí —dijo Cleopatra—. Un historiador, un anticuario o...

—Un liante —intervino Fulvia—. Sabe muy bien que, por hermosas que sean algunas partes de la casa, esta villa muestra sus orígenes comerciales de forma un poco demasiado obvia para mí. Tenía el ojo puesto sobre una villa en Baiae, pero estropeó mis planes al disponer descuidadamente de una propiedad muy valiosa. ¿Pero —suspiró— qué puede hacer una pobre mujer cuando se encuentra ante la oposición de los hombres de su familia... salvo obedecer?

—Mi pobre amiga —dijo la reina en tono de burlona simpatía—, yo no me preocuparía si estuviese en tu lugar. Estoy segura de que encontrarás muchas villas a tu disposición tras la cena de esta noche. —Rió de nuevo.

César bajó la mirada a la copa de vino de oro con perlas engarzadas que estaba sosteniendo y se unió a la risa.

—Ah, la familia Basilia... Sé que no recibiré nada salvo lo mejor en vuestra casa.

Los esclavos llegaron con el primer plato, la *gustatio*, en aquel mismo instante, sirviendo primero a la poderosa pareja recostada frente a Lucius.

La noche era fresca, y las puertas que daban al jardín iluminado por antorchas estaban parcialmente abiertas, pero Lucius descubrió que podía oler a los hombres y mujeres que servían la cena, incluso por encima del olor a ajo, jamón, pera, manzana, ciruela y membrillo.

César, Cleopatra y Fulvia inspiraban un terror mortal a los esclavos. Uno de ellos era la chica a la que había apartado de las que él consideraba sus palomas mascota. Era bonita, y le gustaba porque cantaba al trabajar y tenía una bonita voz. Pero en aquel momento estaba gris de miedo.

Lucius descubrió que ya no tenía apetito y que Cleopatra había dejado de parecerle hermosa. *Debo de estar volviéndome loco. La herida habrá afectado a mi cerebro*, pensó. *¿Por qué debería preocuparme por lo que esta gente piense o sienta?*

Pero cuando la chica empezó a servirle vino y la jarra de oro que sostenía golpeó el borde de su copa, Lucius se sintió alarmado. Parecía como si estuviese a punto de desmayarse.

Alargó la mano para coger la muñeca de la muchacha, que pareció despertar con un sobresalto. El color inundó sus mejillas y sus labios se abrieron.

Fulvia se fijó en ellos, apretando los labios con rabia.

—¿Puedes conseguirme algo de lechuga, escarola y castañas, y traer un poco de ese aceite que compramos ayer? —preguntó Lucius a la chica.

César y Cleopatra se sirvieron melón con vinagre y un aceite especiado con un poco de pimienta.

—De haber sabido que querías ensalada, hubiese ordenado al cocinero que te preparase una, querido hermano —dijo Fulvia.

—Oh, prefiero prepararla yo. Deberías probar una. La mezcla de castañas, escarola y nueces con aceite y un poco de sal es maravillosa.

La muchacha volvió con todo lo que le había pedido, sobre una bandeja de oro nada menos, y Lucius lo mezcló todo personalmente.

Los dos ilustres invitados sintieron curiosidad y probaron del plato.

—Mi médico dice que las verduras, el aceite y las nueces son la mejor forma de despertar los apetitos de sus pacientes —explicó Lucius.

—Creo que me gusta —dijo César—. El médico será Filo, por supuesto. Trata los dolores de cabeza de mi mujer y ha hecho maravillas al respecto. Para calmarlos, quiero decir.

Lucius, que estaba seguro de tener frente así al peor dolor de cabeza de Calpurnia, asintió blandamente.

Los esclavos despejaron la *gustatio*, sirviendo en su lugar vino blanco y un pan hecho con piñones y queso.

El vino estremeció los sentidos de Lucius. Nunca había probado nada así. Era sutil, fragante y embriagador al mismo tiempo. Por encima del hombro de César, entre las sombras del jardín, pudo ver a Filo y el *cellarius*, ambos con una triunfante sonrisa.

—Ah —susurró César—. Incomparable. Querida, considero mi buena relación con tu familia la mejor de las fortunas.

Fulvia sonrió, ofreciendo un brindis con el vino.

—Por nuestro continuado éxito.

Los esclavos sirvieron luego la *mensa prema*. La comida era de lo más variada, podían elegir entre cinco o seis platos, incluyendo un asado de jabalí con salsa de ciruelas prunas, un exótico estofado de vaca con champiñones, hígado a la parrilla envuelto en omento; un lechoncillo asado entero y aromatizado con pimienta, bayas, ruda y aceite de oliva; y un cabrito sin destetar con una salsa de ciruelas, vino, ajo y aceite.

—De raza parta —comentó César—. ¿Es una indirecta, mi querida hija de Hortensius?

—¿Son los partos los siguientes en tu menú, César? —le preguntó Fulvia mientras él y la reina se servían pequeñas porciones de la tierna carne.

—No lo sé —contestó César—. Si pudiese conseguir suficiente dinero...

—Ni siquiera hay necesidad de preguntarlo, César —dijo su anfitriona con

gazmoñería.

—No —contestó él—. Debo a la hija de tu padre una gran suma, y no he sido capaz de devolverla todavía.

—No hace falta —dijo Fulvia—. Lo que propongo nos hará ambos más ricos de lo que podamos soñar.

—¿De qué se trata?

—Vino —explicó Fulvia—. La Galia es un gran país de viñedos.

—¿Qué?

—Lo sé, lo sé —dijo ella, meneando la cabeza—. Pero he cazado mucho por ahí, y te aseguro de que con las inversiones adecuadas puedes conseguir un beneficio de veinte por uno. No, más de veinte. Cincuenta por uno.

Lucius estaba a punto de echarse a reír cuando vio que César se lo tomaba en serio.

—¿Qué querías? ¿Cuánta tierra? ¿Cuántos hombres?

—Dejo eso a tu generosidad —contestó Fulvia—. Tengo mapas preparados en mi estudio. Todas las guerras generan esclavos, y no importa de dónde vengan mi gente los puede adiestrar.

—Creo que es un plan completamente loco, pero he aprendido a respetar tu juicio. Después de todo, tanto tú como tu padre tuvisteis el valor de apostar por mí.

—Hay otra cosa que me gustaría pedirte —señaló Fulvia con una sonrisa boba.

—¿Qué?

—No es para mí, sino para mi hermano. Antes de marcharte a Partia, te ruego que le asignes un mando en tu ejército. Conviértele en uno de tus legados, si es posible.

César dirigió una opaca mirada a Lucius.

—Creo que es el último hombre de su linaje, ¿no? Sería una pena que la notable familia Basilia se extinguiese.

Lucius esperó que el miedo —el abyecto terror, en realidad— no se le reflejase en la cara. Lo último que quería en aquel momento era otro compromiso militar. Se preguntó si incluso el más formidable soldado no sentiría deseos de volver a casa por fin.

Pero estaba mirando a alguien que acababa de poner fin a una guerra brutal y ya estaba dispuesto a marchar a otra: el mismo César.

Lucius no era el único en mirar: César y Cleopatra le contemplaban con expresión un tanto divertida.

Cleopatra salvó la embarazosa situación:

—No sé si un hombre que se está recuperando de una herida casi mortal querrá pensar en un inmediato retorno al combate. Tu herida *fue* casi mortal, ¿verdad?

—Sí, casi mortal y muy dolorosa por un tiempo, casi un año.

—Sí —dijo César—, y un legado debe poder llevar a cabo sus deberes y ser lo bastante fuerte para llevar las órdenes entregadas por su oficial al mando. En cualquier caso, las preocupaciones sobre nuevas campañas tendrán que esperar hasta

el próximo verano... cuando el Senado haya terminado de honrarme.

Cleopatra rió ante la ironía de aquella última frase.

—Y son unos honores muy gratificantes —dijo Lucius.

—Ah, si pudiera estar seguro de que son otorgados con sinceridad por verdaderos amigos... —contestó César, usando de nuevo la ironía.

—Algunos te admiran sinceramente. Marco Antonio, por ejemplo.

César y Cleopatra rieron otra vez, intercambiando miradas de perfecta comprensión.

—El otro día me encontré en el Foro con un centurión, un veterano de mis campañas en la Galia. Sólo le queda una pierna, pero fue tan recompensado que no necesita mendigar. Vive con su nieto como invitado de honor: es como debería ser para todos los viejos servidores del estado, pero con frecuencia no es así. El otro día me topé con uno que estaba mendigando. Tuvo vergüenza e intentó evitar que le viese, pero yo ya le había reconocido y mandado a mis criados que lo llevaran ante mí. Me parece que se pierde con las mujeres y la bebida... pero... —César se volvió hacia Cleopatra—. He perdido el hilo de lo que estaba diciendo.

Ella le miró sombríamente.

—Creo que hablabas del primer soldado, querido.

—Oh, sí. Hablamos un rato como dos viejos amigos, y luego se me acercó tanto como pudo. Tuve que agachar la cabeza para oír lo que quería decirme. Susurró: «Vigila tu espalda, César. Vigila tu espalda».

—Probablemente uno de los mejores consejos que puede recibir alguien —dijo Lucius con total convicción.

César y Cleopatra rugieron de risa al mismo tiempo. César siguió riendo hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas, pero al fin recuperó el control.

—Parece que os divierte —dijo Lucius rígidamente—. No puedo sino...

César se puso serio.

—Oh, es verdad. Uno no puede sino preocuparse dado el nivel de fidelidad a los amigos y aun a los parientes entre nuestros antecesores, y considerando las muertes de los Gracos y el asesinato de Clodio y otros amigos y asociados míos, por no hablar del destino de gente tan valiosa como el yerno de Cicerón, muerto a manos de su propio suegro.

—No exactamente a sus manos —acotó Cleopatra.

—No, nuestro modelo de senadores se limitó a llevarle hasta el verdugo y quedarse al lado como testigo mientras era decapitado... o fue colgado... allí mismo. Considera una prueba de su integridad el estar dispuesto a sacrificar a sus parientes más próximos y apreciados por el estado. Pero no te preocupes, mi querido muchacho. No soy tan tonto como parezco, y es peligroso tomarme por tal.

Algo en las últimas palabras de César provocó un escalofrío a Lucius.

Cleopatra dirigió a César una mirada de advertencia. *Él está planeando algo*, pensó Lucius. De pronto, se sintió como si los cuatro no estuvieran solos en la

habitación. Había fantasmas con ellos, y se apiñaban sobre la pareja que tenía enfrente.

La luz de la lámpara se reflejó en los ojos de Cleopatra. Ella había tenido un hermano... ¿verdad? Y César... al menos un par de legiones de amigos y enemigos habían muerto maldiciéndole.

Lucius se sentía mareado. Recordó algo, y el recuerdo encontró su voz antes de que él pudiera pensar si debía decirlo.

—El hombre que me apuñaló usó mi propia espada para hacerlo. La sacó de su vaina con la mano izquierda porque le habían cortado la derecha. No tenía mano derecha.

El lecho de Fulvia estaba junto al suyo, y puso sentir cómo su hermana le clavaba las uñas en el hombro.

—¿Estás loco? —susurró—. ¿Te has vuelto completamente loco? El mayor señor de Roma es un invitado...

—Y un invitado muy satisfecho —interrumpió César—. Ahora, me habías prometido una sorpresa, una sorpresa emocionante. Veámosla.

—Yo... yo... —balbuceó Lucius.

—No —dijo César mientras se levantaba y era imitado por los demás—. No te disculpes. Eres un valiente joven que ha estado muy cerca de la muerte, y eso te ha marcado. Nos marca a todos. De formas distintas, cierto, pero nos marca a todos.

Precedidos por soldados con antorchas, caminaron por el laberíntico complejo de edificios, viejos y nuevos, que formaban la villa Basilia.

Lucius pasó de la vergüenza a la mortificación, y de ahí al disgusto. Para entonces ya estaba preguntándose qué tendría pensado su hermana, pues se encaminaban a un viejo almacén en los límites de su propiedad, usado en otros tiempos para guardar vino.

Se detuvieron ante un umbral de ladrillos de terracota. Por un momento, fue como si estuviesen mirando al interior de una caverna. Una antorcha brilló en la oscuridad, delante de ellos.

—¡Mirad! —dijo Fulvia.

Sus ojos, sorprendidos por la repentina claridad, tardaron un poco en adaptarse a ella. Cuando su visión se despejó, Lucius comprendió que se encontraban en una arena, una versión en miniatura de la que había al otro lado de la ciudad, donde se celebraban los combates de gladiadores.

—Mi presente para ti, César. —Fulvia hizo un gesto ampuloso, indicando a su invitado que debía sentarse en una de las elegantes sillas de mármol sobre un estrado que dominaba el pequeño espacio circular cubierto de arena en el centro.

César echó atrás la cabeza con una carcajada.

—Qué maravillosamente apropiado. No puedo agradecértelo bastante —dijo besando la mano de Fulvia. Cleopatra sonrió a su vez, mirándole con adoración.

Lucius observó que algunos de los criados, uno de ellos Filo, estaban

encendiendo antorchas en las paredes que rodeaban la arena.

Salvo los asientos ocupados por César, Cleopatra y Fulvia, no había sillas en la estancia. En lugar de ello, unos círculos concéntricos de escalones de mármol llevaban hasta la puerta.

Las sillas tenían cómodos cojines de todos los colores y formas. César se relajó sobre su copia de la silla curul de un cónsul. Los soldados ocuparon sus puestos a lo largo de las paredes.

Filo hizo un imperioso gesto, y dos sirvientes llevaron una silla de madera con cojines, poniéndola en el escalón superior del anfiteatro. Lucius se sentó en ella y pudo sentir, más que verlo, que Filo se acercaba hasta quedar en pie tras él.

Sin más dilación, Fulvia chasqueó los dedos.

Los gladiadores entraron por pasajes bajo el nivel del suelo, subiendo por un corto tramo de escalones de ladrillo. Eran dos. Lucius reconoció de inmediato a uno de ellos: tenía el rostro marcado en su parte derecha por una línea fruncida que iba, en un corte diagonal, desde lo alto de la oreja hasta casi sus labios. Era famoso: sus apariciones en la arena se habían vuelto infrecuentes, y se le pagaba muy bien por luchar cuando lo hacía.

Se había dado a conocer en un desafío en el que se enfrentó sucesivamente a diez oponentes, no sólo derrotándoles a todos, sino matando a tres de ellos y dejando a otros dos tan malheridos que murieron poco después. Se decía que el *lanista* de aquella época le odiaba y estaba decidido a verle morir... pero su odio se vio igualado por el amor de la multitud al final del combate y el tumulto que se originó ante el anuncio de que se le obligaría a luchar otra vez. Fue tan violento que se le concedió la libertad en aquel mismo instante, y, con el tiempo, se había convertido en un hombre rico.

Sólo llevaba puesto el calzón o *subligaculum* y un sencillo casco de legionario, de cuero hervido reforzado con bronce. Su espada era una versión algo más brillante del arma reglamentaria de los legionarios, la así llamada espada hispana.

Le seguía un hombre más joven, vestido y armado de la misma forma.

—Gordus —dijo César con satisfacción—. Nunca le he visto pelear. Por supuesto, había oído hablar de él. ¿Y quién no?

Gordus, el hombre de la cicatriz, se llevó el puño de la espada hasta los labios, con la hoja hacia arriba, y saludó a los ocupantes del estrado. El hombre más joven se inclinó, y los dos se giraron hasta quedar frente a frente. No tardó en oírse el sonido del acero contra el acero.

Al principio, Gordus parecía casi pasivo, negligente ante los ataques del otro. El joven era muy bueno: para el experimentado ojo de Lucius, había estado a punto de herir a su oponente en dos ocasiones. Actuaba agresivamente, su acero un torbellino de fuego a la luz de la antorcha.

Gordus apenas parecía mover su arma, pero bloqueaba cada uno de los ataques sin dificultad ni la menor apariencia de tensión.

Al principio, el gladiador más joven se limitó a apuñalar. Parecía fuerte, y lo era. Lucius le hubiese temido como oponente, pero su fuerza no parecía importarle a Gordus.

Cuando el joven vio que no llegaba a ninguna parte, dio unos pasos atrás, demostrando tener algo más que fuerza bruta. Atacó de nuevo, pero con inteligencia, acercándose con un golpe cortante bajo, y luego apuñalando para apartar el brazo de Gordus y dejarle expuesto al golpe definitivo. Pero no lo logró.

El juego de pies de Gordus era extraordinario, y no se dejaba desviar lo suficiente. Al fin el joven retrocedió de nuevo. Aunque la noche era fría, sudaba profusamente.

Lucius estaba seguro de que Gordus pasaría al ataque, presionando a su adversario. Pero no fue así. El veterano gladiador aguardó a que el otro recuperase el aliento, andando lentamente a su alrededor, con la punta de su espada hacia abajo.

La respiración del joven se calmó, y ambos gladiadores se trabaron de nuevo. El joven mostró gran habilidad y sangre fría: Lucius nunca había visto tal habilidad con la espada corta, ni siquiera en los campamentos de las legiones.

Pero, como antes, Gordus bloqueó todos los ataques. Aunque le costaba un poco más, con un pie adelantado en el suelo, deteniendo la espada de su oponente casi antes de que iniciase el golpe.

El final llegó de forma rápida e inesperada: el joven golpeó con fuerza y Gordus no bloqueó, sino que dio un paso atrás. El golpe falló, y antes de que el joven pudiese recuperar su guardia, la espada de Gordus se clavó, sólo la punta, en su brazo derecho, hundiéndose entre los dos huesos del antebrazo.

Lucius rechinó los dientes, estremecido, cuando el filo de la espada rascó el hueso.

El joven retrocedió, y sus dedos cubiertos de sangre dejaron caer la espada. La sangre, roja sobre la empuñadura del arma, salpicó la blancura de la arena.

Lucius oyó el suspiro de Filo a su espalda. El físico griego bajó los cuatro escalones hasta la arena. No se preguntaría por la suerte del derrotado: sólo era un combate de exhibición.

Filo examinó el brazo del joven, que se sostenía la muñeca ensangrentada con la otra mano. Con una mirada de reproche a Gordus, el físico se llevó al joven hacia las escaleras bajo los asientos.

César se inclinó sobre la barandilla del estrado para hablar en voz baja con Gordus. El gladiador escuchaba sus palabras, asintiendo y haciendo lacónicos comentarios de vez en cuando mientras limpiaba su arma con una servilleta.

Algunos de los esclavos que habían servido la cena llevaron vino en una jarra de cristal y pastelillos dulces de varios tipos en una bandeja.

Lucius, un poco mareado por el vino y la excitación, declinó seguir bebiendo. Oyó una risita femenina desde algún lugar debajo del suelo.

César, Cleopatra y Fulvia se sirvieron vino y pasteles. La reina egipcia y su

hermana intercambiaban susurros cabeza con cabeza, mientras César seguía hablando con Gordus. Lucius miró la sangre secándose sobre la arena y sintió náuseas.

Un esclavo al que Lucius reconoció como uno de los jardineros llegó para rastrillar la arena.

Oyó de nuevo las risitas, y entonces casi vacilando, una pequeña figura entró en la arena vestida con el *subligaculum*.

Lucius olvidó su estómago. A menos que estuviera volviéndose loco, se trataba de una mujer vestida como un gladiador.



13

Dryas despertó en el suelo, tendida en medio de un bosque. Rodó sobre su espalda, viendo el dosel de árboles sobre su cabeza, y sintiendo las hojas y brotes apretados contra su piel. Se dio cuenta de que estaba desnuda. Intentó levantarse, pero cayó hacia atrás y se quedó mirando al gigante de los bosques que tenía junto al hombro.

Era el árbol más grande que había visto en su vida. Mientras su mirada seguía el tronco hacia el cielo, vio que las ramas tenían agujas y piñas. Era algún tipo de conífera, y ni siquiera el árbol más grande de la zona. Cerca había otros más grandes.

Consiguió ponerse de rodillas de alguna forma, su mente sorprendida por lo que estaba viendo. Había estado en bosques, pero nunca había visto nada igual. El más pequeño de aquellos árboles dejaba como un enano cualquier otro que hubiese visto en Alba, o en otro sitio. El suelo no estaba cubierto de hierba, sino de musgo y helechos.

Sintió algo pegajoso en sus manos y su estómago. ¿Estaba herida? ¿Muerta? ¿Había advertido el lobo su propósito y le había abierto la garganta?

—¡No! —gritó, y la palabra se perdió en el silencio del bosque. El momento de miedo pasó y Dryas forzó a su mente a adaptarse al presente. Se miró las manos, y el suelo bajo ella, y se estremeció: debía de haber vomitado al perder la conciencia.

Se puso en pie y vio agua. Salía de la tierra cerca de donde había estado tendida en medio de un verdadero estanque de musgo verde. El suelo formaba una ligera pendiente. Dryas avanzó tambaleándose hasta llegar a la fuente. El agua salía a borbotones de la tierra, formando una corriente cuyo lecho rocoso estaba casi oculto bajo el musgo y los helechos. Había más de una clase de musgo, desde la delicada superficie sobre las rocas y las ramas secas hasta la espesa cobertura, casi similar al pelaje, de las raíces de los árboles y la parte inferior de los troncos. Los helechos variaban entre los pequeños círculos de color rojo oscuro sobre casi invisibles ramas

negras hasta las hojas verde oliva en forma de punta de flecha.

Se puso de rodillas para lavarse la cara, las manos y el cuerpo. ¿Dónde estaba?

Al erguirse, descubrió que el árbol más cercano a ella estaba junto a un acantilado, y que estaba mirando más allá de su tronco a un profundo valle sumido en la niebla.

El sol empezaba a salir a lo lejos. Medio oculto por la niebla, brillaba como una moneda de oro, enviando sus rayos a través de las nubes.

Mientras Dryas miraba, el viento del amanecer empezó a elevarse, despacio al principio, sólo un aliento sobre su piel desnuda, pero volviéndose luego cada vez más fuerte, alejando las húmedas sombras.

Descubrió que estaba arrodillada en la ladera de una gran montaña, más alta incluso que las que había visto en aquella parte de la Galia. Dominaba otras colinas y montañas más viejas y bajas y cubiertas de verde, que se extendían hasta más allá del alcance de su vista.

Inspiró profundamente. El aire parecía pedir profundas bocanadas, más fresco que el agua y con la fragancia del cedro y el pino. Pedía ser inspirado para llenarle los pulmones con la energía de su pura esencia, para consumir el dolor arraigado en su corazón y llevarla a la paz y el olvido eternos.

Recordó de nuevo el rostro de su hijo —los ojos abiertos con las pupilas nubladas clavados en los suyos—, y también la consciencia, negra como el abismo, de que a pesar de todo su adiestramiento, su visión, su sabiduría e incluso su amor, había elegido mal y llegado demasiado tarde.

—¡No! —gritó.

Entonces vio que estaba de rodillas junto al lago, al alba. Los pinos a su alrededor eran árboles normales, y el sol no se había elevado aún. La luz era gris, y Mir estaba de pie ante ellas con una camisa blanca sobre el brazo: parecía sorprendido, y las rodillas le dolían como si hubiese caído de alguna otra parte y aterrizado ante él.

De hecho, como descubrió más tarde, así había sido.

Él le entregó la camisa.

—No vas a atraparlo.

Dryas se puso la camisa por la cabeza, se levantó y miró al hombre con los ojos entornados. Recordó que había sido una reina.

—¿Quién es Imona? ¿Qué le ocurrió, y por qué? Y quiero la verdad, nada de mentiras ni evasivas.

Mir asintió, dejando que su mirada vagase sobre las montañas. El sol empezaba a iluminar los picos cubiertos de nieve.

—Imona —murmuró él—. Imona. Imona es una mujer que murió... Imona está en... no, no en la tierra. Está donde no es ni tierra ni agua, ni de día ni de noche, ni hace frío ni calor...

—Sí —repuso Dryas—, lo entiendo. Pero dime quién era y... por qué.

—Ven —dijo él—. No a mi casa, porque la... mi mujer estará allí. Subamos hacia

los árboles. Tengo algo de pan, queso, y un poco de cerveza. Comerás y yo te contaré todo lo que quieras saber. Es una larga historia, larga y bastante triste.

Ya era casi mediodía cuando Mir terminó su historia. Dryas estaba muy cansada. El anciano se marchó, y Dryas, vestida únicamente con la camisa, regresó al lago para recuperar su ropa.

No encontró sus prendas tal y como las había dejado, sino esparcidas, como si él las hubiese inspeccionado después de que ella se marchase hacía el extraño lugar en el que había estado. Había huellas de lobo en la tierra blanda y húmeda cerca del agua. Estaba agitada y necesitaba dormir. De inmediato, antes de cualquier otra cosa.

Decidió que volvería al mismo prado de montaña que había investigado antes. Se quedó contemplando por un momento el lago iluminado por el sol. *Si voy, él me seguirá, y le llevaré hasta las piedras erectas.*

Oh, pero estaba cansada. Inclino la cabeza, preguntándose cómo podría encontrar las fuerzas... para hacer lo que debía.

Miró el agua iluminada por el sol. Podía ver más y más abajo.

Había formas que se movían, elevándose desde la perpetua oscuridad del fondo para llegar sin apenas mover las aletas hasta el nivel calentado por el sol justo bajo la superficie.

Un ave acuática graznó junto a la orilla. Una rana saltó al agua y Dryas pudo ver la silueta de largas patas, la cabeza sobresaliendo apenas del agua mientras el anfibio atravesaba el estanque.

Vio por el rabillo del ojo que algo lanzaba destellos desde lo alto de la roca junto a la orilla. Al acercarse, vio que era su broche en forma de amapola. Estaba segura de haberlo arrojado al agua la noche anterior.

Subió a la roca y recogió el broche, sopesándolo en la mano. Sí, lo *había* arrojado al agua la noche anterior. Recordaba cómo había salpicado. Qué raro, era casi como si se le pidiera elegir de nuevo. Vaciló, agotada y deprimida.

La rana llegó al centro del estanque. No había visto la oscura silueta bajo ella, la oscura silueta con mandíbulas como tijeras y largos dientes afilados como cuchillos. No más de lo que la había visto su hijo. No más de lo que Dryas había visto lo que le perseguía en el bosque hasta que lo atrapó. Había llegado demasiado tarde.

La rana debió de ver o sentir algo, pues empezó a moverse frenéticamente en zigzag, buscando una huida. Casi sin que Dryas se diese cuenta, el broche voló de su mano hacia el lucio. El pez se movía muy rápido, pero casi pareció que vacilaba por un momento. El broche cayó al agua junto a la rana, y teniendo que elegir entre dos blanco —uno oscuro, el otro brillante— el mortífero lucio se decidió por el brillante.

Las mandíbulas se cerraron sobre el broche y el pez desapareció con su premio en las profundidades.

Y la rana siguió nadando hasta perderse entre las sombras que cubrían el otro lado

del lago.

César pareció asombrado al ver entrar en la arena a una muchacha vestida como un gladiador.

Lucius se pasó la mano por la cara. *Por las tetas empapadas en miel de la reina de los muertos, es una de sus mascotas sexuales.* Se llamaba Melisa, y no debía de tener más de catorce o dieciséis años.

Incluso el *subligaculum* favorecía a la muchacha. En la mayoría de los hombres, tenía manchas de sudor y más de un pelo sospechoso saliendo de la ingle. Melisa lo llevaba en torno a la cintura, con un extremo pasando decorosamente entre sus piernas y por encima de la banda de la cintura, de forma que colgase seductoramente entre sus muslos.

Por un momento, Lucius pensó que iba desnuda de cintura para arriba, pero luego comprendió que se había equivocado. La muchacha llevaba una camisola de finísima cota de malla de plata, que le llegaba justo por debajo de los pechos. Muy fina. Podía ver las sombras de los pezones a través de ella.

La espada que llevaba le dejó sorprendido. Era una de las armas bañadas en plata de César, y lanzaba brillantes destellos a la luz de las antorchas. Estaba muy afilada.

Otra de las mascotas sexuales de Fulvia, llamada Vella, entró en la arena. Era morena, y Melisa rubia. Por lo demás, eran del mismo peso y tamaño e iban vestidas casi igual.

Unieron sus manos y se inclinaron ante los ocupantes del estrado.

César rompió a reír, se dio la vuelta y susurró algo al oído a Cleopatra, mientras ella le soplaba en la oreja y le mordía el lóbulo. César rió de nuevo y volvió su atención a las dos muchachas con una sonrisa de indulgencia.

Las chicas iniciaron lo que hubiese podido llamarse un duelo, y tras los primeros movimientos fue evidente que habían recibido algún adiestramiento.

Gordus seguía en la arena. Había cruzado los brazos y se apoyaba sobre la mitad inferior del estrado.

La rubia Melisa era la más agresiva de las dos. Tenía más alcance y empezó a perseguir a su oponente por la arena.

En aquel momento, Gordus se interpuso y separó a las luchadoras, elevando sus espadas con una vara de bronce y marfil. Las muchachas se apartaron, con la morena lanzando miradas furiosas a la rubia.

Gordus se volvió hacia el estrado.

—¿Declaro ya una vencedora, César?

—No, todavía no —respondió César. Parecía muy divertido.

—Oh, no —dijo Fulvia—. Que vuelvan a enfrentarse al menos otra vez. Pero deja que recuperen el aliento. Ninguna de ellas es muy aficionada a ejercitarse en la palestra, y se agotan con rapidez.

Gordus entregó toallas y vino aguado a ambas muchachas.

Los ojos de César las devoraban. Ciertamente, eran un espectáculo excitante.

Era difícil decir cuál de las dos era más atractiva, pero Lucius estaba más interesado en la morena. El ejercicio había llevado el rubor a sus mejillas, su barbilla y su frente, y una ligera capa de sudor lubricaba su cremosa piel. El oscuro pelo estaba ligeramente rizado y se le pegaba a las mejillas, la frente y la nuca en suaves remolinos.

La cota de malla que perfilaba sus pechos dejaba su liso y ligeramente musculado abdomen al desnudo. La tela de su calzón era roja, y combinaba a la perfección con su piel olivácea.

Lucius se alegró de llevar puesta la toga. Se las había arreglado para convencer a su hermana de sus peores temores sobre su hombría, pero su traicionero cuerpo le estaba señalando en aquel momento como un mentiroso. Además, ya estaba planeando cómo transferir la atracción del juguete sexual de su hermana de las mujeres a los hombres, y de los hombres en general a él mismo.

Fulvia no merecía quedarse con toda la diversión. Él no sólo tenía derecho a su parte de la herencia familiar, sino también a la influencia, el lujo y el poder; se había dejado atar por Fulvia durante demasiado tiempo.

Pero debía ser cuidadoso: aquella noche le había seguido el juego quedando como un tonto ante César. Se decían muchas cosas feas y desagradables de César, y lo más probable era que todas fuesen ciertas, pero nadie había dicho jamás que traicionase a quienes le ayudaban y confiaban en él. Devolvía las ofensas con intereses, y haría lo mismo por favores y lealtad.

En aquel momento, César dejó caer su servilleta y el combate, si se le podía llamar así, empezó de nuevo.

Lucius se entretuvo observando el juego de luces y sombras causado por la vacilante luz de las antorchas sobre las curvas algo menos que atléticas de la muchacha morena.

Melisa empezaba a desarrollar lo que para Lucius era un feo rubor, mientras que Vella transpiraba más libremente y su piel quedaba bruñida por el sudor. Ahora estaba contraatacando, sin dejarse intimidar como al principio.

Cuando llegaron al borde de la arena, las dos esclavas se trabaron, las espadas cruzadas mientras se empujaban las caras con las manos libres.

Gordus se movió hacia ellas.

—¡No! —gritó César—. Que no paren. Creo que su sangre se ha calentado y ahora luchan de verdad.

Evidentemente tenía razón, pues Melisa alargó de repente una mano para agarrar el pezón de Vella y lo retorció salvajemente.

La morena gritó. Se separaron, quedando frente a frente en medio de la arena.

Lágrimas de rabia fluían de los ojos de Vella mientras se tocaba el pecho cuidadosamente.

—Eso es trampa —sollozó—. Se supone que no debíamos intentar de verdad...

—¡Oh, deja de gimotear! —cortó Fulvia—. Prometiste ofrecernos un buen espectáculo. Ahora, hazlo.

César dio una palmada.

—Una cosa: mil sestercios para la vencedora y su libertad.

Fulvia se rió.

—César, esto no es una batalla de verdad.

—Ahora lo es —dijo él.

Y estaba en lo cierto. Durante al menos media docena de movimientos, cada una de ellas mantuvo las dos manos sobre la empuñadura de su espada. Las dos esclavas se lanzaron una contra otra, y el anfiteatro se llenó con el fragor del acero sobre el acero, mientras intercambiaban feroces puñaladas.

Lucius sintió que su deseo se desvanecía. Pensó que debería hacer algo para detener aquello, pero César y Cleopatra lo observaban con avidez.

Las dos muchachas estaban empapadas en sudor. La humedad pegaba su cabello a la cabeza y hacía que les cayese ante la cara.

Lucius sabía más de asuntos prácticos de batalla que el resto. Incluso César tenía a otros que luchaban por él. Las dos esclavas no tardarían en quedar cegadas cuando el sudor se les metiese en los ojos. Además, ninguna de ellas tenía el mínimo de protección de los gladiadores normales... un escudo, un casco, una coraza...

Lucius se debatió ante la idea de ponerse en pie. Tenía que bajar a la arena y detener aquello. Entonces sintió una mano sobre su hombro, obligándole a seguir sentado, y supo que Filo había vuelto y estaba detrás de él.

Vella fue la primera en quedar cegada. A Lucius le había pasado lo mismo en cierta ocasión, y sabía lo indefenso que hacía sentir aquello: aparte de no ver nada, seguramente le estaría doliendo mucho, con los ojos ardiendo como si algo los quemase.

Melisa, que tampoco estaba en buena forma, bloqueó la espada de Vella y se la quitó de la mano: la hoja salió girando hasta caer al borde de la arena con un ruido metálico.

Pero ahora Melisa estaba ciega, y Vella había conseguido despejar su visión.

Lucius soltó un suspiro de alivio.

César reía, pero Cleopatra estaba pálida por el disgusto, y Fulvia parecía molesta.

Vella soltó un grito, cargó contra Melisa, cegada y de espaldas, y le agarró el pelo.

Melisa chilló, intentando rechazar a su atacante... con la espada. El arma entró con facilidad en el cuerpo de Vella, como un cuchillo cortando la mantequilla, hasta quedar a tres pulgadas de la empuñadura.

Vella bajó la mirada inexpresivamente a la espada en su cuerpo. Alzó las manos como para coger la empuñadura, pero no parecía atreverse a hacerlo.

—Mis piernas —dijo. De hecho, estaban sin fuerzas, pues la muchacha cayó suavemente sobre sus rodillas. Sus ojos ya estaban vacíos para entonces. Lucius vio

que, por alguna razón, volvía la cabeza hacia él. Cayó hacia un lado aún de rodillas, y un fino reguero de sangre salió de la comisura de su boca para caer sobre la arena. Intentó respirar una, dos y tres veces. Sus piernas se estiraron estremeciéndose por un instante y relajándose después, con las rodillas ligeramente flexionadas. Estaba muerta. El color desapareció de su rostro, dejando una cerúlea y amarillenta palidez.

Lucius estaba enfermo de horror. Melisa gritaba y gritaba y gritaba. Filo había bajado a la arena para arrodillarse por un momento junto a Vella: no le hizo falta más tiempo para confirmar lo que ya sabía. Después, él y Gordus cogieron por los brazos a Melisa y salieron del anfiteatro. Lucius pudo seguir oyendo sus gritos durante unos instantes; luego se convirtieron en sollozo y finalmente enmudecieron.

El jardinero que había rastrillado la arena entró y miró el cadáver. La sangre seguía saliendo por la terrible herida del torso. El hombre parecía confuso, pero Gordus se unió a él, y el gladiador sabía qué hacer con los muertos.

Cogieron los restos de Vella por las piernas y las axilas. La cabeza de la chica estaba contra el estómago de Gordus. Juntos, la sacaron de allí, y después el jardinero volvió con su rastrillo.

Sólo entonces miró Lucius a su hermana, César y Cleopatra. Fulvia parecía un poco pálida, pero César sonreía a la reina mientras hablaban en voz baja, como amantes.

Las dos víboras reales ni siquiera se habían inmutado.



14

Dryas se puso ropa limpia —una túnica blanca sin bordados y las sueltas calzas de un jinete— pero dejó su caballo y su equipaje en casa de Mir. Antes de marcharse, habló en voz baja con la chica a la que Mir llamaba su mujer. En aquella ocasión no pudo sacarle ni una palabra, aunque sí hubo algunas lágrimas. Dryas se alegró de verlas y esperó que la chica encontrase la paz y, de ser posible, la curación.

Antes de partir hacia la montaña, habló con Mir. El anciano asintió cuando le dijo lo de las lágrimas.

—Ella morirá ahora —dijo.

Dryas quedó atónita.

—¿Qué morirá?

—Morirá —repitió Mir.

Dryas miró a la chica: se había puesto una corona azul de aster silvestre, y bailaba entre los girasoles, cantando una canción para sí.

—¿Estás seguro? —preguntó. La sabiduría de un hombre como Mir no podía ser tomada a la ligera.

—Sí, he visto esa mirada antes. Sólo estaba esperando a que vinieras. Ahora, ya puede irse para estar con los demás. Ya ha vivido y sufrido bastante. Atrapa al lobo y llévale a cazar a César: será una presa digna de tal bestia.

Dryas asintió y emprendió el camino a la montaña.

El crepúsculo ya estaba cerca cuando llegó al prado.

La sombra la esperaba. La voz habló en su mente. *Es una poderosa criatura, y no podrás conquistarle sin ayuda. Lo que planeas no es suficiente. Átale. Tienes el poder, tienes la voluntad. Átale. ¡O es seguro que uno de los dos morirá!*

Dryas no se molestó en preguntar cuál de los dos, pero posiblemente ni siquiera el espíritu lo sabía con certeza. En la Isla de las Mujeres, sus compañeras estudiantes

habían debatido la capacidad de Dryas y los suyos de buscar el trance y saber en ocasiones cuál sería el resultado de un curso de acción. ¿Eran los resultados de esos ritos más precisos que los del azar? ¿Había seres de más allá del mundo con mayor capacidad de conocer el destino?

Su maestra, Lyssa, creía que sí.

—El conocimiento es uno —le había dicho—. La capacidad de predecir el futuro está arraigada en nuestro conocimiento del pasado y el presente. Suponiendo que estén atentos... una suposición con la que otros no están de acuerdo... esos seres del mundo más allá están en mejor posición para determinar las virtudes y defectos de la humanidad en conjunto y los puntos fuertes y débiles de hombres y mujeres concretos. Así, su conocimiento del pasado y el presente puede ser más amplio y profundo del que nosotros podríamos alcanzar. Por ello consideramos prudente consultarles en momentos de duda, y su consejo debería ser sopesado y meditado. Una sabiduría como la que nos ofrecen, aunque no sea perfecta, no puede desdeñarse a la ligera.

Dryas sonrió. Qué desapasionada, qué lógica, que objetiva había sido Lyssa. Pero era posible ser todo aquello y al mismo tiempo estar muy, muy equivocada.

La sombra seguía allí. Dryas podía ver que la oscuridad en la que estaba no se debía a nada visible para sus ojos.

Advertía, pero no ordenaba, y ella no necesitaba pedir su permiso para nada. La carga de la elección era suya. Ella, y sólo ella, debía fijar su curso de acción y atenerse a las consecuencias, para bien o para mal. En cierto modo, toda su vida había sido una preparación para aquel momento.

La sombra estaba en silencio, y no volvería a hablar.

Dryas se dio la vuelta y caminó hacia su lecho. La cosa estaba en un pequeño saco de cuero blando. Vació el saquito en su mano, y cuando sintió los fríos eslabones sobre su piel, fue como si hubiese puesto la mano sin querer sobre algo hirviendo. Una vasija que pareciese estar fría aunque hubiese estado calentándose al fuego, un calor suficiente para abrasarle la carne hasta el hueso.

Sintió el aguijonazo de dolor atravesando su cuerpo y su mente, como si su pérdida hubiese tenido lugar unos días antes, una semana, un mes. La sensación de pérdida penetró en su mente como una agonía de dolor. Una pena casi mortal pasó sobre ella como una ola.

Pero su dolor databa de mucho tiempo atrás, y también como una monstruosa ola, no pudo arrastrarla a las profundidades. Dryas se mantuvo firme en el refugio del ahora hasta que el sufrimiento se amortiguó gracias al tiempo y la distancia.

Era extraño que algo tan hermoso pudiera ser la fuente de tanto dolor.

Brillaba en el crepúsculo con destellos metálicos, una cadena de oro siguiendo un diseño de hojas, flores y bayas de fresno. O más bien, las hojas eran de oro, las flores de marfil y las bayas de granate.

El árbol estaba representado en sus hojas, sus flores y sus frutos, y Dryas pensó,

como había hecho siempre, que el collar estaba elaborado con habilidad más que humana. Lo elevó de forma que captase los últimos rayos del sol, y le pareció tener fuego, nieve y sol mezclados en la mano.

Estaba prohibido hacer algo así, porque aquello podía capturar el espíritu del fresno en su interior, o al menos parte de la vida del árbol. Podía capturar parte de la vida de cualquier criatura, y aquello era lo que Dryas quería que hiciese.

He sido probada, pensó. He sido probada y no encontrada deseosa.

Inclinó la cabeza como aceptando un yugo, y se pasó la cadena por el cuello.

Nunca se esperó que lo llevase una mujer mortal. Apenas podía ver a la sombra: estaba entre los árboles que la contemplaban desde la ladera.

Sintió que el deseo crecía como la noche anterior. Comprendió que era el fuego de la creación, una cascada de luz que iluminaba el mundo como otro sol, barriéndolo todo ante ella como hace el viento cuando eleva las olas hasta hacerlas romper en un espectro de gris, azul, jade, esmeralda y, por fin, blanco... blanco como las flores del sauce y el fresno en primavera.

Sus dos esclavos personales despertaron a Lucius poco después del alba. Pensó en maldecirles, pero sabía que no se hubiesen aventurado a aquello sin órdenes estrictas de Fulvia y que, si expresaba su disgusto y volvía a arrastrarse bajo las mantas, su hermana adoptaría algún curso de acción realmente venenoso. No, más valía descubrir qué tenía pensado Fulvia.

Alzó el índice y el pulgar dejando un pequeño espacio entre ellos.

—Estáis a esto de la subasta.

Los esclavos aceptaron la amenaza con ecuanimidad. Bueno, tampoco había esperado que se encogiesen de miedo.

Uno de ellos le entregó un pliego de papel. Guiñó los ojos, pero no conseguía leer las palabras.

Se frotó los ojos y por fin comprendió que sostenía un fragmento de uno de los más duros discursos de Cicerón sobre Catilina.

Lo contempló, intrigado.

—¿Nnnh? —preguntó.

—Dentro —dijo uno de los esclavos.

Había pensado llamar a la pareja Castor y Pólux, pero aún no tenía claro quién sería Castor y quién Pólux. Ni siquiera estaba seguro de cuál de los dos había hablado.

Desdobló el papel. En el interior había escrita una invitación. Pudo captar las palabras suficientes para estar seguro de ello, pero por lo demás el mensaje le resultaba ininteligible.

—Nnnh —dijo.

—Es del señor Marco Antonio. Le gustaría invitarte a desayunar.

—Dsunar —dijo Lucius entre dientes—. Deyunar. —Empezaba a acercarse a la palabra, pero decidió que debía detener aquello antes de hundirse en la más completa e irrevocable idiotez—. Traed a Filo —gruñó.

Le obedecieron.

Filo entró en su habitación, con un aspecto tan fresco como el de una mañana de abril. Lucius le dio la nota.

—Traed a mi señor ropa limpia, su toga y algo de agua caliente —dijo el griego a Castor... ¿o era Pólux? No lo sabía, pero los dos desaparecieron y aquello le pareció reconfortante.

—Mmmh... —dijo Filo, acariciándose la barbilla—. Supongo que la petición de tu hermana a César ya ha dado su fruto.

—¿Cómo sabías eso?

—Porque, como todos los demás criados de la casa, esclavos y libres, estaba en la cocina, escuchando ávidamente cada una de las palabras que pronunciabais.

—Tonterías. La cocina es muy pequeña. No cabrían todos allí.

—Te sorprendería cuánta gente es capaz de meterse en un espacio reducido si todos colaboran. Además, siempre quedan el tejado y el jardín.

Castor y Pólux volvieron en ese momento con lo que les había encargado Filo, poniendo fin a la conversación.

—¿Deseas un baño, señor? —preguntó uno de ellos.

—¿Por qué, en nombre del culo de Caronte, debería bañarme a esta hora de la mañana? Antonio no notará si voy goteando perfume o apestando como una letrina repleta.

Antonio no lo hizo.

Cuando llegaron a su casa, el portero les franqueó el paso sin dificultad. Uno de los libertos de Antonio estaba en el jardín, disponiendo una mesa para el desayuno.

Lucius preguntó por Antonio, y el hombre volvió la mirada hacia ellos.

—Mi señor está en el *tepidarium* —dijo.

Así era. Antonio estaba sentado en una nube de vapor, sorbiendo algo de olor repulsivo en una copa de plata. Gimió audiblemente cuando abrieron la puerta y el sol le dio en los ojos. Era un hombre grande y apuesto, aunque empezaba a engordar demasiado. Su pelo era negro y muy rizado en la cabeza y el resto de su cuerpo.

Miró a Filo como alguien que estuviera ahogándose miraría a quien le tirase una plancha de madera.

—Me resisto a darlas gracias a ningún dios esta mañana —murmuró—, pero me alegro de verte, Filo.

Pasó su mirada inyectada en sangre a Lucius, mirándole como si fuese algo que acabase de salir arrastrándose de debajo de una piedra.

—¿Te conozco? Y si no es así, ¿qué es lo que quieres? Más vale que sea algo importante, o te ganarás un viaje al Tullianum.

—Oh, sí me conoces —dijo Lucius—. Pero no sé si me recuerdas. ¿A cuántos

recuerdas de toda la gente a la que conoces?

Antonio empezó a reír, pero luego se atragantó, boqueando y vomitando por encima del borde de la bañera de mármol en la que se encontraba.

—Oh, oooh, oooh. No me hagas reír. Duele demasiado. Mi cráneo va a partirse por la mitad, y los sesos se me saldrán por los ojos, caerán en el agua caliente y yo quedaré libre de miserias. Por favor, por favor, por favor... —dijo extendiendo un brazo hacia el cielo—. Dejad que ocurra, dioses inmortales. —Luego añadió—: Ese bastardo de César lo lamentará. No. Corrección. César nunca lamenta nada. La respuesta a tu pregunta es probablemente una persona de cada diez.

En aquel momento, Filo entró de nuevo en la estancia. Lucius no había reparado en su marcha. Llevaba un vaso de cristal bastante oscuro, decorado con espirales de oro, y una toalla enrollada. Puso la toalla sobre la cabeza de Antonio, como si fuera una corona, y le entregó el vaso.

—Bébetelo despacio.

Filo apartó la copa de plata de la que había estado bebiendo Antonio: hedía al agrio vino, más vinagre que vino, llamado *posea*. Se elaboraba para los esclavos de fincas rústicas, y estaba considerado como un remedio supremo contra la resaca.

Antonio saboreó cautelosamente el contenido del vaso.

—Ahhh —suspiró, hundiéndose más y más en el agua—. Filo, nunca sé lo que hay en tus pociones, pero no me importa. Podrías envenenarme en cualquier momento.

Lucius encontró un par de taburetes y los llevó al borde de la bañera. Él y Filo se sentaron para seguir hablando con Antonio.

—Hierbabuena, vino blanco, valeriana, y un toque de opio para el dolor de cabeza —dijo Filo—. No es ningún secreto. La hierbabuena asienta el estómago, el vino blanco cura la resaca, la valeriana calma los nervios, y el opio ya te he explicado para qué es.

—Supongo que la toalla tiene nieve, ¿no? —dijo Antonio.

Filo asintió.

—Aún quedaba algo de la fiesta de anoche.

—Ya estás de vuelta en el mundo, ¿eh? —dijo Lucius animosamente—. La última vez que nos vimos, creo que habías perdido el favor de tu noble amigo: César y tú no os hablabais. ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó para causar el disgusto o para solucionarlo?

—Ambas cosas.

—No creo que responda a eso —dijo Antonio—. Quizá en el futuro, cuando te conozca mejor.

—Mmmh... —dijo Lucius.

Antonio gritó y dio unos golpes en el suelo.

—El agua se está enfriando y quiero más vapor. Di a esos hijos de perros vagabundos que dejen de sobar a las doncellas de la cocina y echen más combustible

al horno o les arrancaré la piel a tiras antes del mediodía. —Volvió a cogerse la cabeza—. Oh, oh, oh. —Se quitó la toalla y se la dio a Filo—. ¡Más nieve! —rugió.

Filo estrujó la toalla, lo que diluyó no uno, sino varios charcos de una desagradable sustancia.

En aquel momento, Antonio contribuyó con otra entrega del mismo material, luego vació el vaso y gritó al griego:

—¡Y trae también más remedio para la resaca!

Lucius, casi compulsivamente pulcro, encontró sorprendente el estado de los baños de Antonio. Sí, eran lujosos, con mármol blanco, negro y amarillo. El suelo estaba decorado con un mosaico de ondas en los mismos colores, rodeando la negra bañera de mármol, la bastante grande como para sumergir a un caballo, en la que flotaba Antonio. Pero el lugar era un desastre. Había toallas de lino, esponjas de todos los tamaños, frascos de perfume, jarras de óleos, peines, cepillos, pinzas y demás objetos esparcidos por todas partes. Por no mencionar los pegajosos charcos de vino y vómito y la comida tirada por el suelo.

—¡He dicho —gritó Antonio con todas sus fuerzas— que el agua se está enfriando! No me hagáis salir para...

En aquel momento, unos apliques de mármol negro en forma de flor sisearon en las paredes, y el vapor empezó a salir por sus aberturas, llenando la estancia de niebla. En el mismo instante, una estatua de mármol negro de una belleza nubia vestida de marfil y bronce empezó a echar agua en la bañera desde la jarra que tenía en la mano.

—Ahhh... —Antonio se echó hacia atrás, relajándose. Tenía un cuenco de nueces junto a la mano: cogió algunas y empezó a cascarlas con el pulgar—. César me ha despertado al alba con una lista de cosas que quiere que haga hoy. No entiendo cómo puede aguantar ese ritmo. Si yo lo intentase, moría de agotamiento antes de las calendas del mes que viene. Se va a casa de esa puta ptolo... de esa reina egipcia... y se la folla. Luego va a su casa, donde tiene que demostrarle a Calpurnia que aún están casados, ¡y después viene aquí con la primera luz del día, trayendo una lista de todo lo que quiere que haga, y me dice a mí, a mí, que me levante! ¡Que no duerma hasta el mediodía! ¡Y que haga todo eso! O me arriesgo a disgustarle. Me sonrío con esa mueca que muestra sus dientes afilados y se marcha al Senado.

»Tuvimos una fiesta anoche. Fulvia, mi esposa, no tu hermana, cogió un látigo. Parece que me animé, pero que luego no pude parar. El vino provoca eso a veces, y un látigo lo hace siempre. Pero aquí estoy, al amanecer. Me duele el culo, tengo el estómago revuelto, mi cráneo quiere partirse en mil pedazos, y César viene a decirme que te meta en el Senado...

—No —dijo Lucius obstinadamente—. No tengo intención de...

—No discutas conmigo —rugió Antonio—. No a menos que de verdad quieras una habitación en el Tullianum. Ya veremos qué consigue una semana a pan y agua en ese agujero: apuesto a que entonces cantas otra canción.

Lucius suspiró.

—Yo también apostaría por ello. De acuerdo, pero no intentes convencerme de que lo hace por la bondad de su corazón. Dime qué es lo que quiere de verdad.

—Lo haré si cierras el pico y dejas de interrumpirme. Lo que quiere es que espíes a los demás senadores.

Lucius se puso en pie tan rápidamente que derribó el taburete sobre el que había estado sentado, haciendo que resonase sobre el suelo de mármol.

—Tu... ¡tú! Puede que no sea un patricio como tú y tus amigos lameculos, pero...

Filo entró en aquel momento con otra toalla y una segunda copa.

Antonio golpeó el agua con el puño. Como gesto carecía de fuerza, así que agarro el cuenco de nueces que tenía junto al codo y se lo tiró a Lucius a la cabeza.

El cuenco era una pesada pieza de piedra. Su borde abrió un corte de unas tres pulgadas en la frente de Lucius, que empezó a sangrar profusamente a los pocos instantes.

Lucius vio las estrellas. No sólo estrellas, sino también cometas y quizá incluso unas cuantas lunas pequeñas. Se tambaleó, y por unos momentos sus rodillas parecieron agua.

Filo le cogió del brazo, volvió a poner el taburete en su sitio con un pie, y ayudó al joven a sentarse. Presionó la toalla llena de nieve sobre el corte y entregó la copa con el remedio contra la resaca a Antonio, que se lo bebió de un trago.

—¿Puedo preguntar qué ha ocurrido? —preguntó el griego con calma.

—Sí, puedes preguntarlo —replicó Lucius.

Antonio salió de la bañera y se puso una bata con un agujero en el centro por la cabeza. Explicó a Filo la petición de César.

Filo dirigió una mirada de simpatía a Lucius.

—El hombre es... quien es y lo que es. No hay más que eso, mi señor.

Lucius miró venenosamente al griego, apartándose la toalla de la frente.

—¡Silencio! —rugió Antonio—. ¡Callaos antes de que cometáis traición y tenga que informarle! Tu hombre no es necio y tiene razón: no hay más que eso. Y además... —dijo rechinando los dientes—. Cuando hayas pasado unos cuantos meses entre esa pandilla de mentirosos, ladrones, concursionarios, putas, cretinos, cuentistas, idiotas, enculados, matones, sanguijuelas, parásitos, adúlteros, pesados, alcahuetes, chantajistas, extorsionadores, asesinos y... ¿me he dejado algo? Ah, sí, serpientes... cuando hayas pasado un tiempo con ellos estarás deseando derramar toda tu rabia y frustración en mi atento oído. —Antonio levantó un dedo—. Créeme, César tiene montones de espías, y no tienes que decirme nada que no quieras decir. Tu hermana estará contenta... y, por cierto, me han dicho que es una arpía peor incluso que mi esposa, yo tendría cuidado con ella... y César saldrá pronto hacia Partia, así que podrás hacer lo que quieras. ¿Me has oído?

Los labios de Lucius estaban rígidos por la rabia, pero se las arregló para contestar.

—Sí.

—Estupendo —dijo Antonio frotándose las manos—. Ya me siento mejor. ¿Qué le dirías a unas pocas horas en la palestra y luego un almuerzo? —Palmeó a Lucius en la espalda—. Mi cocinero me está preparando un par de cerdos salvajes —añadió animadamente—, y mi esposa estará fuera de la ciudad. Quédate a cenar conmigo.

»Eh, ¿recuerdas nuestro primer encuentro? Estabas sentado con el vino y aquella pequeña bailarina de Alejandría. Ya sabes, la que tenía dos grandes aros de oro en los pezones. ¿Recuerdas la sugerencia que hizo?

Lucius lo recordaba, y se ruborizó un poco.

—Asombroso —continuó Antonio—. Me sorprendió. Imagínatelo: me sorprendió.

—De hecho —dijo Filo—, es difícil de imaginar.

Antonio miró ceñudamente a Filo por un instante.

—En todo caso, en cuanto a aquella... eh... noche...

—Creo que en realidad ya casi había amanecido —interrumpió Lucius.

—Sí. En cuanto a aquella noche, mi memoria se vuelve un tanto nebulosa.

—Pensaba que podía ser así —dijo Lucius—. No sabía que nadie fuese capaz de beber tanto vino y seguir en pie.

—Sí, sí pero lo que yo quiero saber es si llegamos a... poner en práctica la sugerencia.

—No creo que responda a eso —dijo Lucius—. Quizá en el futuro, cuando te conozca mejor. Entonces te lo diré, pero no ahora.

—¡Ja! —contestó Antonio—. Veo que me la has devuelto limpiamente. Bueno, me lo he buscado.

—Es una bonita habitación —comentó Lucius, aprovechando la excusa para apartar la mirada de su anfitrión. Necesitaba una.

—Basura. Hace que me sienta bilioso. Bien, todo lo que tienes que hacer en el Senado es mantener la boca cerrada y los ojos y oídos abiertos. Entra y siéntate si encuentras un sitio libre. Si no, apóyate en la pared.

—Todo lo que hace el Senado es soñar nuevos honores para César —gruñó Lucius.

—Sí, César lo dejó bien arreglado. ¿Es que no sabes nada de política?

—Parece que no.

—Bien, muchacho: los miembros de los cuerpos legislativos están indefensos hasta que logran formar facciones, cábalas, conspiraciones, camarillas, grupos, asociaciones o, en otras palabras, encuentran compañeros de crimen. Lo que hizo César fue añadir trescientos miembros al Senado, todos los cuales le debían su rango. Así que lo único que puede hacer nuestra clase criminal nativa, los patricios, es sentarse y hablar... y no es que no sean peligrosos cuando se ponen a ello. Pero ninguna facción es lo bastante grande como para derrotar en una votación a trescientos nuevos miembros, no hace falta que diga que todos son leales a César, así

que son bastante inofensivos. César le ha quitado los colmillos a la víbora.

—Sí, pero pueden crecer de nuevo.

—Aún no —respondió Antonio con expresión velada—. Ve al Senado y haz feliz a tu hermana. No me des más trabajo.

Dicho esto, Antonio salió de la estancia.

Dryas volvió al prado y se sentó en silencio, contemplando desde lo alto cómo la noche reclamaba el mundo para sí. La sombra de la montaña se extendía sobre la llanura, cubriendo colinas, bosques, villas y pastos.

Su pueblo y los romanos eran indistinguibles a causa de la distancia en el tiempo y el espacio.

A medida que el sol descendía, sus últimos rayos apuntaban más alto, hundiendo el mundo en las sombras e iluminando las alturas con su luz dorada. La larga, suave y resplandeciente hierba verde en los prados a su alrededor se agitaba susurrante bajo el viento del crepúsculo. Las altas hojas acariciaban sus tobillos, sus pantorrillas y sus muslos.

Debo amarle, al lobo, al lobo hombre, de la misma forma en que la hierba ama la tierra sobre la que crece y el viento de otoño que la besa y le da brillo.

Debo enseñarle a volver su fuego hacia mí. No como quemó los campos de trigo de quienes le culparon por la muerte de Imona, sino dándome el fuego del deseo que une la fructífera tierra al sol que extrae de ella las diversas formas que constituyen el reino de la vida. El árbol que se inclina adorando al sol. La alta y blanca cebada, el trigo amarillo, los huertos adornados con la multitud de flores que se convierten en manzanas, peras, ciruelas y aterciopelados melocotones. Las flores de los yermos que elevan sus rostros para jurar fidelidad al sol de día y a la luna de noche.

El fuego de tormenta que cruza el cielo lanzando su golpe sobre la tierra para bendecir eternamente el instrumento del sacrificio que llama al fuego de los dioses y lo pone en las manos del hombre.

Tomó su anillo de hierro y avivó el fuego con ramas secas caídas entre la hierba.

El sol flotó por un momento al borde del mundo, y luego descendió en la oscuridad. Cuando el resplandor naranja y verde del crepúsculo se desvaneció del horizonte, las miríadas de estrellas miraron desde la noche a Dryas, de pie en su soledad.

Se quitó la camisa, arrojándola a las llamas. El fuego se avivó, iluminando su carne mientras permanecía en orgullosa desnudez entre la noche y las estrellas.

¿Vendrá?, se preguntó. Se llevó la mano a la cadena de oro que llevaba al cuello, cerrándola en un puño sobre las hojas de oro.

Una blasfemia. Aquello era una blasfemia.

Nadie tenía derecho a hacer una cosa así e incluir en ella todas las partes y los estadios de la vida de un árbol, haciendo que compartiese el universo humano. Allí,

entre las hojas, las flores y los frutos, podía sentir las oscuras raíces secretas retorciéndose en el esquema formado por el artista. El árbol era parte de la tierra y de Galia. La tierra formaba el árbol. Incluirlo todo en el círculo era peligroso. Su pueblo no acostumbraba a hacerlo, dejando siempre algo fuera o rompiendo el círculo en algunos puntos, incluso en una fortaleza o una corona.

¿Vendrá?, se preguntó. *Porque ahora la decisión es suya. Yo ya he elegido.*

Entonces oyó un movimiento en la hierba, y dos fuertes brazos masculinos se cerraron en torno a ella. Dryas se estremeció por un instante y luego se entregó al cuerpo fuerte y cálido que había tras ella.

Él la besó en la oreja y la garganta.

—¿Te gusta esto? —preguntó inocentemente—. A Imona le gustaba.

—Sí —dijo ella, prescindiendo de hacer comentarios sobre el hecho de que hablase de una mujer mientras tenía a otra en los brazos. *No, pensó. No es todavía un hombre. Debo convertirle en uno... esta noche.*

Las manos de él recorrieron su cuerpo, buscando, sondeando, explorando y, al final, acariciando.

—Estás hecha igual que ella. La primera vez, no llegué a saber su nombre; la segunda supe que era Imona. Sólo he tenido a dos de vosotras. ¿Sois todas así?

—Sí —contestó Dryas. Luego emitió un pequeño sonido. La exploración de Maeniel se había vuelto más íntima, y ella se descubrió electrificada por algunos de los lugares que estaba investigando.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Es una palabra? Creí que sabía muchas palabras, pero nunca había oído esa... antes.

—No. No es una palabra, sino una indicación de placer.

Entonces, muy suavemente, él le dio la vuelta.

Dryas se sintió asustada por primera vez. Había una fascinante y hermosa inocencia en su rostro. Y, por un instante, sintió el placer y la culpa de un saqueador que se llena las manos de fruta prohibida e indefensa. Pero no, no había sensación de robo. Era como si él fuese la novia virginal y temerosa, pero al mismo tiempo anhelante, y ella el novio encargado de iniciarla en el misterio y sí, la crueldad, de la creación.

Pero entonces él la besó, apretando su cuerpo contra el de ella, y la ilusión se desvaneció. Era un macho completo y apremiante, y, por un momento, Dryas fue sólo un animal, tan libre de responsabilidades como únicamente puede estarlo un animal. Ya había dejado atrás el punto sin retorno.

Dryas había extendido un cobertor limpio de lino junto al fuego, cubierto con la manta que usaba para dormir al raso. Él la llevó hacia allí, diciendo:

—Sí, a Imona y a mí nos gustaba echarnos sobre algo. Decía que el suelo estaba muy frío donde nos reuníamos.

Hizo que ella retrocediese hasta quedar sobre la manta.

—Puedo tocarte, puedo olerte. —Hizo que se recostase hacia atrás sobre su brazo

y enterró el rostro entre sus pechos—. Ahora quiero saborearte.

Dryas se quedó de pie, y él se arrodilló ante ella, separando sus muslos con las manos.

—¿Qué sabor tengo?

—El de ti misma, solamente —dijo él. Hizo algo, Dryas no supo qué, que la hizo boquear y engarfiar los dedos entre su pelo, como urgiéndole a seguir—. Pero el sabor es el tuyo. La primera no sabía como Imona, ni tú como ella.

—Entonces, ¿las mujeres son vino, con distintos sabores en cada copa? —preguntó Dryas.

Pero él no contestó. Estaba... ocupado. Un instante más tarde, también lo estaba ella, cuando su sexo empezó a latir al compás de su corazón.

Se encontró tendida entre sus brazos sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí.

—Anoche te desvaneciste. ¿Cómo puedo retenerte aquí? —preguntó él.

—No lo sé. Inténtalo.

Él cambió de postura y Dryas descubrió que las pulsaciones de su cuerpo se incrementaban. Pero el latido era delicioso, tan delicioso que supuso que debía de estar prohibido. Ya no podía resistirse, no más de lo que hubiese podido resistirse a una corriente que la succionase. Quería más de aquel placer, e iba a conseguirlo. Entró en su cuerpo como una espada metiéndose en una vaina caliente y blanda, penetrando en ella cada vez más profundamente, hasta que supo que se volvería insoportable.

La inundación de puro placer sumergió su voluntad, su intelecto y, por fin, su misma conciencia.

Los reflejos —la espalda arqueada, los dedos crispados, el grito final— no estaban bajo su control más de lo que lo estaba la extinción de su ser en un abismo de rendición. Es el poder de la creación: Dryas lo supo por fin, y por mucho que luchemos, somos todos sus esclavos.

No supo cuánto tiempo había pasado durmiendo en sus brazos, pero al despertar pudo ver por la posición de las estrellas que casi había amanecido.

Junto a ella no había un hombre, sino un lobo. Era un gigante, incluso para tratarse de un lobo de montaña, y supo que se había limitado a jugar con Blaze: ningún hombre hubiese podido hacer frente a aquella criatura.

La cadena que llevaba al cuello se movió, haciendo un suave ruido tintineante. Una de las orejas del lobo se movió hacia atrás, y ella supo que incluso durmiendo era capaz de percibir los sonidos.

Por un instante sintió miedo, pero después lo desechó como algo indigno de una guerrera. En un duelo hay que prevalecer o morir: aceptar la alternativa es una condición para iniciarlo. Nadie que está dispuesto a unirse a la batalla teme a la muerte.

Él podía matarla: la castración sería algo más amable que lo que planeaba Dryas.

El fuego destelló por un momento en la brisa, y luego quedó reducido a brasas. El lobo seguía durmiendo, soñando con el morro entre las patas.

La oscuridad envolvía a Dryas como algo vivo. Oía la voz en el viento... o quizá *fuese* el viento: *ella* no es sólo la madre de la tierra, sino también la reina de los vientos. *No te entretengas. No tienes mucho tiempo.*

Dryas se puso en pie. Hubiese jurado que sólo apartó la vista del lobo por un instante, pero cuando volvió a mirar, era de nuevo un hombre.

El viento negro siseó sobre la hierba. Dryas caminó hacia la escalera invisible que llevaba al círculo de piedra que dominaba el valle. Las largas hojas y hierba estaban revueltas como el pelo de un niño dormido.

Se había formado hielo sobre sus bordes durante la noche, y Dryas se quemó los pies mientras se acercaba a los huecos en la piedra que llevaban a...

Qué raro, pensó. No tiene nombre, pero todo el mundo sabe de qué hablas cuando te refieres a ello.

Él la alcanzó a medio camino a través del prado.

—Vuelve. Debes de tener frío. Vuelve y te calentaré.

Su voz era como terciopelo, sus labios de seda.

Dryas pensó en todas las historias que había oído de mujeres que traicionaban a los hombres. A fin de cuentas, eran fáciles de engañar, pero aprovecharse de aquella espléndida inocencia era algo más cruel de lo que Dryas hubiese imaginado jamás. Sus maestras le habían pedido lo máximo: absoluta sinceridad y el coraje de entregar su propia vida, si fuera necesario, sin quejas ni vacilaciones.

¿Qué pensarían de sus actos de esa noche? Pero Dryas era consciente de que, como ella, los hubiesen comparado en la balanza con la seguridad del pueblo de Mir, aceptando la opción a regañadientes.

Pero también hubiesen creído en darle a él el derecho a elegir.

—Tengo bebida arriba —dijo ella—. Nos calentaré.

El viento negro dejó de soplar, y fue como si toda la tierra estuviese quieta.

—El amanecer está cerca —contestó él—. Dime dónde está. Te miré escalar hasta allí la otra vez. Subiré y lo cogeré. No me gusta ese lugar, ni su aspecto ni su olor. Si caes, morirás sobre las rocas.

—Lo mismo te pasará a ti.

—No. Yo puedo volver del borde de la muerte. Tengo ese poder. Lo que no me mate al instante no me hará ningún daño. No soy un lobo.

—Ni tampoco un hombre. —Ella le besó de nuevo, apretando su cuerpo contra el de él, rodeando sus caderas con las piernas como si pidiera su calor.

—No, y no quiero serlo. De todas las bestias bajo el cielo, vosotros sois las más crueles, malignas y despiadadas. No respetáis nada en vuestra ira. Un lobo comprende la rabia. Pero vosotros no matáis para vivir, sino por simple conveniencia.

Ella le besó otra vez, pasándole las manos por el cuerpo.

—Si tanto nos desprecias, ¿por qué asumes nuestra forma?

—Porque me tientan las... mujeres. Las mujeres y el poder.

—Entonces ven conmigo. Ven a beber hidromiel. Dejé algo junto al círculo de piedra.

—He bebido vino, pero no conozco el hidromiel.

—Pues ven —dijo ella, y su voz fue tan sutil como cuando la de la serpiente al hablar con Eva—. ¿No me deseas otra vez?

—Sí —contestó él—. Sí y sí y más síes. Uno por cada noche y todas las que te pueda convencer para entregarte a mí.

—Ven, y te enseñaré magia y encantamiento. Ven a probar el amor perfecto y eterno.

—No —dijo Maeniel—. Perfecto y eterno es demasiado pedir para... cualquier cosa.

Retrocedió. Un lobo aulló a lo lejos, y él se dio la vuelta, escuchando.

—¿Te están llamando?

—No —dijo él, meneando la cabeza—. Es... No tienen nombres... Estoy intentando dar con una forma de explicártelo. Tiene el morro vetado de blanco, cuatro garras en la zarpa delantera izquierda y dientes muy gastados. Me está diciendo dónde se resguardarán hoy cuando el sol esté alto. ¿Por qué me preguntas esas cosas? Imona nunca lo hacía.

—Supongo que no querría saber demasiado acerca de su amante.

—No —contestó él—. No creo que quisiera.

Oyeron otro coro de aullidos. Para sorpresa de Dryas, él contestó: nunca hubiese imaginado que una garganta humana fuese capaz de emitir aquel sonido.

Le miró interrogativamente.

—Imona se hubiese vuelto loca de miedo.

—Yo no soy Imona —replicó Dryas—. ¿Qué te han dicho?

—Nada. Sólo eran saludos corteses. Ahora sé sensata y ven conmigo.

—No —dijo Dryas, volviéndose hacia el borde del prado—. Quiero recibir al sol y tengo frío. El hidromiel me calentará.

Él contempló cómo se alejaba durante unos momentos, luego se encogió de hombros y la siguió a través de la hierba. Por un instante, Dryas temió haberle perdido, pero su oído era lo bastante agudo para detectar el susurro de sus pasos sobre la hierba cubierta de escarcha. Llegó al borde del prado, y estaba tanteando en busca del primer hueco en la piedra cuando él se puso a su espalda, le cogió la mano y la llevó allí.

—Ves bien en la oscuridad —comentó ella.

—Soy un lobo. Hago muchas cosas mejor que un hombre. Sois una especie torpe... vuestros talentos están orientados en otra dirección.

Ella no se sintió insultada. Maeniel había hablado exponiendo un hecho, de forma neutral. Comprendió que sencillamente estaba diciendo la verdad tal y como la veía.

Treparon juntos.

Abajo, el prado parecía algo resguardado, pero allí era como la primera vez que había subido Dryas. El viento parecía soplar casi constantemente.

Pero ella había dejado otra manta, que envolvía una jarra de barro. Era sorprendentemente pesada a causa de la escarcha que había tanto en su exterior como en su interior. La taba también servía como taza.

Dryas se puso de rodillas, echó algo de hidromiel en la taza y lo saboreó. Tenía el estómago vacío, y la bebida hizo que se estremeciese.

En primavera, las flores de montaña se suceden sin cesar. Primero, las tierras bajas se llenan de cerezas y manzanas silvestres, y luego las frutas domésticas — melocotón, cereza, almendra, trébol y membrillo— empiezan a extender su manto blanco, escarlata y amarillo.

Pero hay otros brotes más siniestros: el beleño de color naranja, la blanca y fantasmal amapola... y, en las sombras, la belladona de color azul y oro, que esparce sus primeros capullos entre la lavanda todavía verde oculta por la hierba.

Luego el roble, el fresno y el haya quedan salpicados de flores, que esparcen su polen a los vientos de primavera, que llevan también el del muérdago, la llave a senderos de otros mundos.

Las abejas no distinguen. Algunas cosas se pierden. Algunas se perderán, pensó Dryas. Pues sólo la orden de Mir y Blaze sabía cuándo recolectar la miel y cómo preparar la bebida, y ninguno de sus miembros tenía un verdadero sucesor. Se llevarían aquel secreto a la tumba.

Dryas bebió, viendo aquella misteriosa y gentil inocencia en el rostro de Maeniel, que probó un sorbo.

—Sabe bien —dijo, y bebió un poco más, hasta vaciar la jarra sin darse cuenta.

Dryas besó suavemente las últimas gotas que le quedaban en los labios.

Él alargó la mano para tocarle el pecho, y un ansia salvaje despertó en ella. Le deseaba. Quería que él barriese su conciencia y su voluntad, como había hecho la primera vez. Pero supo con una profunda tristeza que no podría hacerlo. Dryas estaba maldita por lo que había hecho y por lo que se disponía a hacer.

Él se mostraba más exigente y presuroso, y Dryas comprendió que el hidromiel había hecho su trabajo. Era cuanto podía hacer por evitar que él la obligase a tenderse en el suelo en aquel mismo instante, pero consiguió llevarle hasta la piedra plana en el centro del círculo.

Una vez allí, tendida sobre aquel lugar reservado a los muertos, se sintió asustada, y su deseo empezó a desvanecerse. Los vio a su alrededor, en cada abertura del círculo. Pudo verlos claramente por un instante, luego ondularon como un reflejo sobre el agua cuando un insecto o un pez agitan la superficie, y la imagen del cielo y los árboles vuela en un millar de fragmentos.

Una mujer vestida con tosca tela casera de color marrón cogía a un niño de la mano: a los dos les habían sacado los ojos con un hierro al rojo. Un joven guerrero, demasiado joven, su barba sólo pelusa sobre la pálida piel, con los ojos cerrados,

lágrimas en las mejillas, una pierna convertida en una masa de sangre y una franja escarlata a través de la garganta: le habían cortado la garganta mientras yacía indefenso. Otra mujer, sin rostro, con una sábana ceñida en torno a su cuerpo, intentando ocultar el hecho de que su cráneo estaba aplastado y le habían rajado el cuello como a un ciervo.

Son sombras, pensó.

Levantó la mirada y se concentró en el rostro de Maeniel. El viento empezaba a impulsar nubes bajas por los bordes del claro. Dryas podía ver los vapores con un blanquecino resplandor, los muertos uniéndose a las nubes y desapareciendo.

Maeniel le separó las piernas con la rodilla. Un instante después, ella sintió una puñalada de dolor y comprendió que no había estado lista para su entrada. Luego se preguntó si había sido lo correcto, pues el ligero dolor resultaba vivificante y aclaraba su mente confusa. Fue atraída a la exquisita contemplación de la excitación de la carne sobre la carne. *Es como estar en un columpio, subiendo cada vez más, pensó.*

Oh, ¿cómo describir aquella sensación, incluso a sí misma, o incluso recordarla? Más alto. Que no pare. Lo más alto posible.

Justo entonces, los rayos de sol derramaron su luz dorada sobre la niebla. Ella estudió su rostro, concentrado y hermoso sobre el suyo, y su cuerpo fue arrastrado a la adoración, la sumisión y una definitiva conciencia de paz absoluta junto al de Maeniel.

Filo y Lucius se quedaron solos y en silencio en el baño de Antonio.

—Me gustaría... —dijo Lucius, alzando un puño crispado.

Filo le puso una mano en el hombro.

—No. —La palabra fue lo más parecido a una orden que Lucius le hubiese oído pronunciar—. ¡No! —repitió, esa vez en tono más suplicante—. ¡No! No delante de mí. Antonio decía la verdad al hablar de traición. Y siéntate: el corte de tu frente está sangrando otra vez.

Lucius se dejó sentar en uno de los taburetes junto a la bañera.

—Deja que te ponga un vendaje limpio. —Filo cogió el pesado cuenco de nueces, lo limpió y lo llenó del agua caliente que seguía saliendo de la jarra de la estatua. En un rincón de la estancia había una pila de toallas limpias. Cogió dos de ellas, le limpió la cara a Lucius con una y rasgó la otra en tiras—. Antes de que hablemos, déjame echar un vistazo por ahí.

Salió del baño y volvió al poco rato con un vaso de algo, que alargó a Lucius.

—¡Bebe!

—¿Lo has preparado tú?

—¡Claro! No hace falta decirlo.

Lucius obedeció.

—Ahora —dijo Filo—, creo que estamos realmente solos.

—¿Cómo puedo salir de esto?

—No puedes. Cuando dije «no hay más», quería decir exactamente eso. Pero puedes desarrollar una larga enfermedad, paludismo o fiebres tercianas. Ve un día, y al siguiente ponte una tela alrededor del cuello y di a todo el mundo, incluyendo a tu hermana, que sientes escalofríos. Yo te encubriré, diciendo que creo que tienes fiebre. Podrás pasar varias semanas echado en un diván de terciopelo en la biblioteca, leyendo... lo que te apetezca.

—¿Y cuando hayan pasado esas semanas?

—Ya pensaré algo. Pero esta mañana quería verte para hablar de un asunto muy importante. La muchacha, Vella... su amante...

—¿Tenía un amante?

—Sí, pero no un hombre, sino una mujer: la doncella de la cocina a la que pediste una ensalada. —Filo se pasó los dedos por el pelo—. Esa chica está muy alterada. Dijo... pronunció algunas amenazas.

—Oh, no. No la dejarías sola, ¿verdad? ¿Dónde está Fulvia?

—Tranquilízate. La chica está durmiendo y los demás esclavos cuidan de ella. Temen el castigo previsto para todos los esclavos si uno de ellos mata a su dueño: cada hombre, mujer y niño perteneciente a la familia sería ejecutado. La perspectiva de una matanza les horroriza. Acabarían con la chica ellos mismos si se mostrase demasiado violenta. Pero tu hermana está bastante segura: ha salido a visitar a la reina egipcia.

—Y se encuentra en la bendita ignorancia del hecho de que alguien quiere arrancarle el corazón, si es que tiene uno.

—Efectivamente. Quería interceder ante ti por la esclava. O al menos intentar...

Lucius meneó la cabeza, apretando los párpados a continuación: le dolía la frente.

—¿No es cualquiera, sea quien sea, imprescindible para alguien más?

—Casi siempre —dijo Filo tristemente.

—Trae al pretor. ¿Conoces a alguien que quiera quedarse con ella?

—¿Estás seguro de que quieres al pretor y no al *carnifex*?

—Aún recuerdo los tiempos en que una casa noble podía asegurar la lealtad de sus sirvientes sin necesidad de llamar a un verdugo, a un torturador. ¡No! No dejaré que mi hogar quede deshonrado por un individuo así ni por sus actos. ¡No! Ya fue bastante horrible anoche. No quiero más sangre en las manos de mi familia. Saca a esa chica de mi casa. ¡No! No quiero que sea ejecutada. ¡No! Déjala libre: dile que se marche y no vuelva nunca a la villa Basilia. ¿Sabes de alguien que pueda acogerla?

—Hay una mujer que...

—¡No! ¡No! ¡No! No me lo digas. No quiero saberlo. Simplemente deshazte de ella... y asegúrate de que Fulvia nunca llega a enterarse del asunto. ¿Pudiste dormir anoche?

—No —dijo Filo, meneando la cabeza.

—Bien, pues vuelve a casa y duerme un poco.

—No puedo —contestó el griego—. Tengo que ver a Gordus y asegurarme de que su hijo...

—¿El otro gladiador era su hijo?

—Sí. Se llama Martinus.

—¿Por qué lucharon, por todos los dioses?

—El muchacho admira a su padre como a un héroe, y quiere seguir sus pasos.

—Ya. Y Gordus pretendía desanimarle.

—Eso es. Dejará tullido al chico si hace falta, con tal de mantenerle lejos de la arena. Y no puedo culparle. Creo que si fuera mi hijo...

—Si fuera tu hijo, lo habrías educado para que fuese más sensato. ¿Qué se lleva Fulvia con esa... con esa ramera egipcia?

—No lo sé, y me gustaría. Firminius está con ella, y está claro que tu hermana planea algo.

—Bien, vayamos a liberar a esa chica antes de que mi querida hermana regrese. ¿Tercianas o cuartanas?

—¿Qué?

—Tu memoria es peor que la mía. ¿Qué tipo de enfermedad quieres que contraiga?

—Fiebres tercianas. Son menos serias. Tampoco queremos renovar las esperanzas de tu hermana, ¿verdad? Y, por cierto, ¿qué fue lo que os sugirió aquella bailarina?

—No importa. No querrías saberlo.

—¿No querría?

—No.

Cuando Maeniel despertó, Dryas estaba sentada al borde de la piedra, arreglándose el pelo.

El valle estaba sumido en la niebla. Era tan espesa que ocultaba incluso el prado.

Se incorporó hasta quedar sentado, sabiendo que no había dormido mucho tiempo, y se resguardó los ojos de la luz con la mano. Le dolía la cabeza. No estaba familiarizado con la resaca. Intentó llamar al lobo y quedó aterrado al ver que no podía.

Dryas siguió allí, vestida sólo con el colgante, su pelo trenzado a la espalda.

Sus ojos se encontraron, y Maeniel supo que conservaba sus sentidos de lobo: le dijeron que había hombres en el prado. Oyó el ruido de grilletes. Se preguntó por qué no le habían matado. Los huesos de la montaña no estaban muy por debajo de sus pies y cogió una piedra, pero entonces volvió a cruzar su mirada con la de Dryas.

Sus ojos eran de color azul oscuro, no como el agua o el cielo, sino como el lapislázuli o el zafiro. Su azul era como el de las bayas que había probado al cruzar el río en su intento de rescatar a Imona. Un sabor a azul, un aroma a azul. Los ojos se volvieron como pozos, y las pupilas negras se dilataron como las de un halcón

mirando a lo lejos o a la oscuridad para atrapar a su presa. O como el ala de un cuervo cubriendo ensangrentados restos de carne.

Sí, pensó, maté cuando no debía.

Los recordaba como la gente del fuego, cuando su especie, la del lobo, se encontró con ellos por primera vez como cazadores en la llanura helada. Pobres cosas. Al principio eran sólo carroñeros de los restos helados dejados por los grises, su especie; los amarillos, felinos y similares; y los pardos, los osos gigantes.

Eran débiles. Quizá fuera su misma debilidad lo que les hacía fuertes. Había desesperación en sus gritos, y en los golpes de sus palos y piedras contra sus rivales.

Sí, una manada que contraatacase podía acabar con uno, pero ellos siempre mataban a dos o quizá incluso a tres. Cegaban a los amarillos con el fuego, y frecuentemente de verdad, sacándoles los ojos con palos afilados, dejando que vagasen agonizantes y muertos de hambre porque no podían ver.

Los pardos, los osos, fueron los que más los mantuvieron a raya. Incluso después, todo en la tundra y el bosque helado los temía. Pero también cayeron, a pesar de su gran fuerza, porque eran solitarios y pasaban durmiendo los meses oscuros. Su mente de lobo no tenía concepto del tiempo pasado entre el comienzo de la batalla y su final. Nadie contaba entonces los días, los meses, los años ni los milenios, ni marcaba los breves veranos ni los momentos en que el hielo retrocedía y el mundo era más amable.

El frío y la oscuridad siempre volvían. Morían bajo los colmillos de los lobos. Morían por las enfermedades, temblando, sus vidas consumiéndose durante las amargas noches en lugares que apenas podían protegerles del frío y el viento asesino. Los felinos se llevaban a sus hijos cuando las hembras dejaban que se alejasen demasiado del grupo. Y el oso gigante les disputaba sus cuevas.

Cien veces cayeron, mil. Tantas veces que hubiese llevado una vida simplemente contar sus derrotas, pero nunca se rendían. Y fue aquel espíritu intrépido el que llevó a los lobos a yacer junto a las pocas mujeres que intentaban salvar sus vidas y las de sus hijos, y a calentar sus cuerpos.

Ellos habían olvidado aquellas cosas, y gobernaban donde antes habían sido proscritos, aun entre los asesinos. Pero su carne, toda ella, recordaba, cada gota de sangre en sus venas, hasta el último átomo de sus huesos.

Vio todo aquello en los ojos de Dryas. Como cada uno de ellos, estaba formada para el deseo, y, como cada uno de ellos, también para el asesinato.

Cayó en la oscuridad que vio en ellos y se dejó arrastrar.



15

El invierno avanzó y el frío se hizo más intenso. Los glaciares bajaron desde las alturas, enviando sus mensajeros de nieve a los valles. Los ríos se helaron, salvo el estanque junto al que se reunían los lobos. La manada le buscó allí por un tiempo, llamándole y haciendo que sus voces ultraterrenas resonasen entre las montañas. Pero él no contestó ni volvió con ellos. Así que, finalmente, como hacen bestias y hombres, le olvidaron.

Apareció otro líder y la manada siguió como hasta entonces. Los días se hicieron más y más cortos, y las luces del norte destellaron sobre las montañas. Los lobos corrían como sombras demoníacas sobre la costra helada, prosperando entre la desolación invernal. Mientras todas las demás bestias luchaban con el hambre, el frío e incluso la sed al congelarse los ríos y arroyos, ellos tomaron su tributo: los jóvenes que nunca llegarían a ver la primavera, los que empezaban a envejecer y los que habían sido fuertes pero estaban debilitados por el hambre.

Incluso los romanos evitaban salir de su fortaleza en el valle, pues los días eran demasiado cortos y el frío demasiado intenso. Así que los poderosos depredadores plateados vagaban libremente por los profundos valles bajo el sol y bajo las estrellas.

Dryas se quedó con Mir y su mujer.

—Nadie puede recordar un invierno tan duro. Incluso yo, que soy más viejo que la mayoría, tendría problemas para hacerlo.

Dryas estaba sentada a la mesa, dándole cucharadas de sopa a la muchacha. La esposa de Mir olvidaba a veces que estaba comiendo, y Dryas tenía que darle golpecitos en los labios con la cuchara de madera para recordarle que se metiese la comida en la boca y tragase.

—Eres muy paciente —dijo Mir.

Dryas asintió, continuando con su tarea.

—Y no sólo con ella. ¿Crees que él volverá por aquí?

—No lo sé —contestó Dryas—. Sé por qué he hecho lo que debía intentar.

—Quizá hubiésemos debido matarle. Yo quería hacerlo. Lo intenté.

Y así era. Dryas recordaba el momento en que habían vuelto con el lobo gris, encadenándolo en el establo donde Dryas dejaba a su caballo. Maeniel no había hablado: siendo lobo, se había comportado como un hombre... y ahora que era un hombre para siempre —al menos mientras Dryas llevase puesta la cadena— parecía más un lobo.

No se había opuesto a llevar ropas. Sabía que la piel humana era frágil y el cuerpo humano perdía temperatura rápidamente. Encadenaron sus piernas a una argolla en la pared, dejándole unos seis pies de espacio. Algo que no hacía era ensuciar su lecho: la longitud de la cadena le permitía visitar un hoyo entre las hierbas.

Pero era peligroso acercarse a él. Uno de los hombres de Mir se aproximó demasiado, y el pobre desdichado quedó fuera de combate para el resto del invierno, con las costillas y un brazo rotos.

Después de aquello, la comida le era servida sobre un pedazo de corteza que empujaban hasta él con un palo ahorquillado. A veces se la comía, a veces no.

Nadie sabía cuál había sido el golpe definitivo para Dryas y Mir. El anciano intentó envenenar a Maeniel, mezclando opio en las sobras de comida y las verduras que le daban al lobo cada tarde.

—Esperaba que simplemente se durmiese para no despertar jamás —dijo Mir.

Pero fue la pequeña y demente esposa de Mir la que se comió aquello. No sabían que era la única a la que el lobo toleraba que se acercase. No sabían que se reunía con él todos los días en su cueva improvisada. Se comió la comida, y ni Dryas ni Mir lo supieron hasta que él empezó a golpear la pared, deshaciéndola a puñetazos.

Encontraron a la chica retorciéndose, intentando respirar. Costó más de una noche y un día eliminar la droga de su cuerpo, pero su aspecto no mejoró por ello. Se negaba a comer, y a veces ni siquiera dormía.

Cada noche Dryas le llevaba su comida al lobo. La empujaba hasta él con el palo y luego se sentaba sobre la pila de leña al extremo del establo para intentar hablar con él.

Él la ignoraba, negándose a hablar o a reconocer su presencia. Nunca la miraba a los ojos: ya le habían apresado una vez y recordaba su poder.

Había una ventana en su extremo del establo, parcialmente obstruida. A través de ella y de la puerta —tan baja que tenía que agacharse— el lobo podía ver los bosques invernales assolados por el viento.

Las ramas desnudas de los árboles se elevaban como brazos esqueléticos contra un cielo nublado. En los días más claros, era posible ver las cumbres nevadas cubiertas por un manto de árboles —pinos y abetos—, con telones de niebla, nieve, y a veces, antes de que hiciese demasiado frío, largos velos de lluvia.

Maeniel recordaría para siempre aquellos primeros días de cautividad como los peores de su vida, negándose a visitarlos en la memoria o la imaginación. Sentía

que parte de su vida había quedado destruida... y así era. Nunca había sabido que ninguna criatura, hombre o bestia, pudiese sufrir tanto o hundirse tan profundamente en la desesperación.

Sólo en sueños era libre. Sólo en sueños podía recuperar su pelaje gris y vagar de nuevo con sus amigos. Conoció la culpa de haber sido seducido por la cálida y tierna carne representada por Dryas, y un arrepentimiento tan profundo que estuvo a punto de volverle loco.

Pero llegaba la mujer de Mir: la encontraba acurrucada a su lado en busca de calor, y se movía sobre los trapos que formaban su lecho, dejando el pequeño cuerpo entre el suyo y la pared. La chica rara vez dejaba de moverse cuando dormía: era como si tuviese que revivir alguna larga, trágica e insoportablemente dolorosa historia en su mente una y otra vez.

A veces, cuando ella gemía o gritaba, Maeniel podía ver las sombras adoptando forma en la negrura, cuidando de ella. Parecía que, fuese lo que fuese lo que veía la joven en sus sueños, invocaba a los muertos para que pudiesen compartir su dolor.

Mir se preocupaba por ella.

—Crees que él podría... —No terminó la frase, pues la idea era demasiado horrible.

—No —dijo Dryas—. No lo creo. Por lo que descubrí al atraparle, necesita ver ciertas señales para... dar su amor a una mujer. Ella tiene que desearle a su vez. Esa pequeña tiene tales heridas que ni siquiera creo posible que ella fuese capaz de acercarse a él como mujer. Además, ¿qué podrías hacer al respecto? ¿Encadenarla como a él? ¿Encerrarla como lo está él?

Mir no contestó *Debiste haberle matado*. Se sentía como si lo dijera con frecuencia, pero lo que hacía en tales ocasiones era pensarlo.

Así que Dryas iba cada día a sentarse sobre un tronco de roble que había demostrado ser demasiado fuerte incluso para el hacha y el arado, e intentaba llegar hasta él. Tras un tiempo, se le agotaron las palabras, y ambos pasaban el rato sentados en silencio, aceptando el vasto abismo entre ambos. A veces se les unía también la chica loca, y compartía su comida con los dos mientras contemplaban el crepúsculo.

Él sabía, pero ella había estado demasiado atareada toda su vida para darse cuenta, que cada crepúsculo es el mismo y a la vez son todos diferentes. Dryas los veía ir y venir, y descubrió que cada día presentaban alguna nueva belleza para la mente y el espíritu humanos... o quizá para la mente y el espíritu de cualquier ser vivo.

Tras las primeras veces que vio a la esposa de Mir acercarse al lobo, dejó de preocuparse por ella. Le daba la sensación de que él la trataba como a un lobezno sin destetar, informal pero protectoramente. La chica no suponía ninguna amenaza para él, ni para ninguna criatura mayor que un ratón o un lagarto.

Cuando la muchacha atrapaba cosas vivas e intentaba echarlas en la olla, Dryas se las quitaba con suavidad. Pero entonces ella cocinaba agujas de pino, hojas muertas,

palos y ramas rotos, viejos huesos abandonados en el bosque, y de vez en cuando astas de alce o ciervo.

Dryas vaciaba y limpiaba periódicamente la olla, lavaba las ropas y sábanas de Mir y hacía lo mismo por la chica. Los días en los que hacía bastante calor para dejar que se secasen al sol, las dejaba sobre ramas y arbustos. Cocinaba y cazaba. Era mortífera con la lanza y la ballesta, y conseguía carne suficiente para los cuatro.

Uno de los días más fríos, oscuros y cortos del invierno, el lobo intentó matar a Dryas.

Ella cortaba troncos todos los días para el hogar. Un día, un pesado pedazo de fresno rodó por el suelo hasta quedar al alcance de Maeniel, que lo cogió y lo ocultó bajo su lecho. Dryas estaba demasiado ocupada con sus diversas tareas para darse cuenta. El invierno era duro. El cielo llevaba encapotado una semana, y podía olerse la nieve en el aire. Dryas se paró un momento antes de entrar en el establo y vio las pesadas nubes grises sobre el paso. Sus bordes tenían toques de rosa, a causa del moribundo fuego de los últimos rayos del sol.

Entró en el establo, dejando la bandeja de corteza en el suelo, y fue a coger el palo ahorquillado.

El leño salió volando de la oscuridad, lanzado con toda la fuerza que había podido darle el lobo.

Maeniel había calculado fríamente cuál sería la mejor forma de matarla. ¿Tirárselo a la cabeza? No, el leño pesaba demasiado y podía fallar. Los secretos de la batalla humana eran un libro cerrado para él. Nunca había practicado el lanzamiento de nada, y no quería arriesgarse a perder la única oportunidad de devolverle a Dryas todo el dolor que le había causado.

¿Las piernas? Había observado que, a diferencia de los lobos, los humanos no dependían exclusivamente de sus pies. Les había visto sobrevivir a terribles heridas en las piernas... heridas que hubiesen condenado a un lobo a morir en cuestión de días o incluso de horas.

No, las piernas no eran buena idea, pero su torso era esbelto, casi frágil. Se sintió avergonzado por el recuerdo de lo mucho que había deseado la estrecha cintura y los suaves pechos. Si conseguía romperle las costillas y hacer que se le clavasen en los pulmones, ella moriría como había muerto Hombro Blanco por el gladio del soldado romano.

El leño dio de lleno en el pecho de Dryas, rompiéndole dos costillas y magullando otras seis. Hizo que cayese sobre la pila de leños, y que se golpease la frente con el tronco de roble que usaba de asiento. Pero no quedó inconsciente, ni siquiera aturdida.

Dryas llevaba su espada. Casi nunca se separaba de ella, ni siquiera cuando estaba enfrascada en tareas mundanas como cocinar o cuidar de la casa. La desenvainó al instante y avanzó hacia él, sintiendo que su mente cedía bajo las cargas gemelas del odio y la rabia.

Él permaneció erguido ante Dryas, vestido con la túnica que ella le había hecho a partir de una gastada manta. El aborrecimiento pasó de su rostro a la mente de la mujer.

Bajo la última luz del día, la hoja de la espada trazó un resplandeciente arco en el aire. Dryas pretendía cortarle la garganta.

Pero la pequeña esposa de Mir estaba en la puerta, y vio la sangre en el rostro de Dryas y la expresión asesina en el de Maeniel. Y gritó, un grito de tal dolor y miedo que debía ser oído para poder creerlo. El sonido atravesó el cráneo de Dryas como una lanza atraviesa el cuero blando. Desvió el golpe de su espada, que hirió al lobo en el pecho, dejando un corte de seis pulgadas en su carne y su túnica. Dryas perdió el equilibrio y cayó, golpeando el suelo embarrado con la mano derecha.

Costó varias horas tranquilizar a la esposa de Mir. Al final tuvieron que recurrir al opio. Ni la valeriana ni la salvia conseguían eliminar la agitación y el terror de la muchacha. Cuando se durmió por fin entre hipidos, y su respiración empezó a tranquilizarse, Mir y Dryas se sentaron para hablar. O, más bien, Mir habló y Dryas lloró.

—Esto me supera —dijo Mir—. Ya no sé qué hacer. Sí, creo que matarle sería un error, pero también creo que al final no tendremos más opciones. Considera la alternativa: dejarle suelto por el mundo como lo que es: mitad hombre y mitad bestia.

—No podría ser un lobo. Como una mariposa en la tela de una araña, está atrapado en la forma de un hombre. He convertido algo que una vez tuvo una cierta belleza en sí mismo en un monstruo. Y le he dejado tullido para siempre. La única forma de repararlo es intentar enseñarle a aprovechar lo mejor posible su esclavización a su mitad humana.

—No. No puedes repararlo, si eso es lo que quieres, Dryas. Los tullidos rara vez salen adelante. Atrapado para siempre en la forma de un hombre, sería tan peligroso como un lobo... o quizá más. Podría convertirse en un salteador. Pregúntate si mi pobre pueblo, ya arruinado por los impuestos de los romanos, merece ser acosado por él. Ya le he visto lo suficiente como para tenerle mucho miedo. Aun como hombre, es majestuosamente fuerte y rápido. Una vez aprendiese el uso de las armas, cualquiera que se enfrentase a su espada estaría en un peligro mortal... como lo estaría aunque fuese desarmado.

—No es tan fuerte como lo era cuando le capturé. Está perdiendo peso. No come, y a veces tampoco duerme. Aún no estamos a mitad del invierno. Tu «esposa» empeora cada día, y he llegado a creer que él es ahora lo único que la mantiene viva. No, Mir: estoy segura de que tendremos que cavar dos tumbas antes de la primavera.

El anciano se echó hacia atrás en su silla, cubriéndose el rostro con las manos. Luego las dejó caer sobre la mesa.

—Estoy en contra de dejar que este maligno cuento se desarrolle por sí mismo. Llevo oyendo historias parecidas desde mi juventud. Los griegos las coleccionan: Edipo, Jasón y Medea, Agamenón... Sienten un extraño aprecio por esas repulsivas

narraciones. Sabes cómo terminarán las historias desde el principio. Esperas que alguien entregue una misericordiosa copa de veneno al vidente Tiresias. O que Medea muestre alguna compasión por sus propios hijos. O que Orestes y Electra se conformen con dejar que sean los dioses quienes castiguen el asesinato de su padre mientras ellos siguen tranquilamente con sus vidas. Pero no, no lo hacen. Ninguno de ellos lo hace. Y la situación en la que estamos no me permite albergar esperanzas para ninguno de nosotros.

Dryas no entendió gran cosa.

—Nunca he oído esas historias.

—Bueno, querida, si sigues con tus planes, vamos a pasar juntos algún tiempo. Así que empezaré a contártelas. Y cuando por fin decidas que esto es una causa perdida, házmelo saber e intentaré ayudarte a ponerle fin con dignidad para ti y para nuestro tozudo lobo. Pero, por ahora, haz lo que quieras. No creo que ninguno de ellos pueda vivir... ni mi mujer, ni el lobo. Pero si tienes que agotarte en una lucha inútil, supongo que hubieses podido escoger alguna peor.

Lucius odiaba tener que admitirlo, pero César y Marco Antonio tenían razón y él y Filo se equivocaban.

Encontró el Senado absolutamente fascinante. No agradable, ni seguro, ni cómodo, y ni siquiera del todo comprensible, pero, a pesar de todo, fascinante.

Como Antonio se había molestado en explicarle, César se había hecho con el dominio del Senado. En teoría, los patricios supervivientes hubiesen podido controlar la nueva legislación, pero a ojos de Lucius parecían haber perdido sus ánimos. O quizá hubiese demasiadas rencillas entre ellos, incluso en aquel momento en que un hombre que no se molestaba en ocultar su desprecio por ellos les golpeaba firmemente en los nudillos. La estratificación que tenía lugar a causa de las ínfulas de todos los interesados tampoco ayudaba a devolver el orden a lo que había sido un cuerpo distinguido e influyente.

Pero fuese como fuese, Lucius se sintió muy entretenido mientras intentaba descubrir su propio nivel. Los altivos patricios desdeñaban incluso a la mayoría de las viejas familias plebeyas, casi igual de prominentes socialmente. Los plebeyos, a su vez, miraban con desprecio a quienes consideraban extranjeros —recientes senadores de la Galia, Grecia, África y algunos estados latinos—, intentando pretender que no existían.

Charlar y hacer corrillos. Así se lo había descrito Antonio, y era una descripción bastante fiel. Se reunieron sobre la tercera hora, charlando y haciendo corrillos hasta que llegara César o su representante. En aquel momento era dictador vitalicio, y el Senado se limitaba precisamente a oír sus dictados: su función era aprobar de inmediato y entusiásticamente cualquier nueva ley o decreto propuesto por César. Y, en sus pocas horas de ocio, otorgarle nuevos honores sin precedentes.

Lucius no tardó mucho en descubrir que, aunque la vieja clase gobernante odiaba a César, en aquel momento carecía de poder para detener su apropiación del estado romano.

—Si Antonio cree que voy a descubrir algo que pueda serle útil de los Gracos, los Escipiones, los Metelos o cualquier otra de nuestras honorables viejas familias, es que su cerebro no va bien —le dijo a Filo—. Ninguno de ellos habla a los nuevos incorporados, y tenemos suerte si se dignan reconocer nuestra existencia. Ayer, Tilio Cimber me apartó del camino al cruzar la puerta de los jardines frente a la Curia. Creo que, de haber llegado a caerme, hubiese pasado por encima de mí como si fuese un adoquín.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó Filo.

—Sí. Le di en el empeine y la espinilla con una de mis viejas botas militares. Creo que supo quién le había pateado y por qué. Una de esas pequeñas victorias de las que hablábamos. Y los nuevos senadores son muy interesantes. Ya tengo siete invitaciones a cenar. Esta noche, son dos griegos, Manilius y Felex. Nos conocimos ayer: vieron lo que le hice a Cimber y se lo pasaron en grande.

Lucius había estado frotándose las costillas doloridas por el codazo de Cimber cuando se le acercaron los dos griegos. Estaba lloviznando, y los jardines parecían tristemente desnudos bajo el frío del invierno. Todos los árboles salvo los pinos habían perdido sus hojas, y ninguno de los esclavos públicos había salido a barrer los paseos entre los macizos de flores, que estaban cubiertos de húmedas hojas muertas.

—Bien hecho —le dijo uno de ellos, y ambos se presentaron.

—¿De dónde sois? —preguntó Lucius.

—De Grecia —contestó Manilius.

—De África —dijo Felex—. En realidad de Alejandría, pero... César, o alguien de su enorme séquito, decidió que representaríamos a Grecia.

Manilius era un griego de aspecto convencional, con cabello castaño y rizado y complexión pálida y delicada, ligera pero fuerte. Felex era negro: piel de ébano, ojos oscuros, cabello corto y rizado, musculoso, y con un rostro alegre y una espléndida sonrisa de marfil que contrastaba con lo oscuro de su piel.

—Grecia —repitió Lucius—. Si no te ofende que lo diga, Felex, no pareces...

Ambos jóvenes rieron.

—Soy africano —explicó Felex—. Mi padre se dedica a la especulación, enviando animales salvajes a los juegos de Roma. Ganó mucho dinero y me envió a Alejandría para que recibiese una educación liberal.

—Después de un tiempo —contribuyó Manilius— su padre empezó a pensar que su educación estaba siendo demasiado liberal y quiso llamarle a casa.

—Sí —dijo Felex—. De hecho, adquirí algunos hábitos en Alejandría que Padre no aprobaba en absoluto. De hecho, su desaprobación era tan fuerte que tuve que escapar en camisón para no acabar de comida para los leones.

—Por suerte, su madre no era tan tediosamente estrecha de miras como su padre,

y consiguió avisarle a tiempo. Mientras Felex se mantenga alejado, su padre no supondrá ningún problema, e incluso se le permite actuar como agente comercial de su familia aquí en Roma.

—Sí —dijo Felex—, y me pagan bastante bien. Recibo una comisión por colocar los animales de mi padre a los proveedores de César cuando se celebran los juegos.

—Así que te metió en el Senado —dijo Lucius.

Los dos jóvenes rieron como muchachitas, y Manilius se llevó la mano de su amigo a los labios, besándola tiernamente. Felex le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Qué dulce, querido mío.

—¿Y qué haces tú por César, Manilius? —preguntó Lucius.

—Oh, especias. Soy un intermediario, ¿sabes? Mi familia se dedica a ese negocio desde antes de la Guerra del Peloponeso.

—Oh, mucho más —dijo Felex—. Desde mucho antes. Desde la Guerra de Troya, por lo menos.

Ambos rieron.

—Ven a cenar con nosotros —dijo Manilius. Luego se volvió a Felex—. Imagina, querido. Un romano que nos dirigirá la palabra en público. Tenemos al más encantador poeta ático, que esta noche nos hará una lectura de su última oda. Tenemos un cocinero estupendo, y puedes elegir si quieres un chico o una chica para el postre.

—Me temo que seré una decepción para vosotros —repuso Lucius—. No soy patricio, aunque mi madre lo era. Se casó por debajo de su posición. La familia Basilia es sólo de caballeros.

—Estamos encantados de conocerte —dijo Manilius—. ¿Qué es un caballero?

—Se nos permite trabajar para ganar dinero del comercio. Somos la clase empresarial de Roma.

—Sigo alegrándome de conocerte —dijo Manilius—. Y ven a visitarnos.

—Quizá podamos comparar notas sobre nuestras experiencias en el comercio —comentó Felex.

—O puede que te interese alguna especia...

—En cualquier caso —explicó Lucius a Filo—, creo que aceptaré su invitación esta noche.

—Probablemente valga la pena cultivar a esa pareja —dijo Filo.

—¿Es que conoces a todo el mundo?

—Felex tiene hemorroides.

—¿Felex? Hubiese apostado por Manilius. Quizá los soldados que se ocuparon de mi educación estaban equivocados: siempre había oído decir que el que hace de mujer es el que acaba con el culo escocido.

—Los soldados no deberían hablar tanto —comentó Filo—. Veo al menos a tres de la guardia personal de Cleopatra a la semana, todos con el mismo problema.

—No me sorprende. No pueden casarse. No es que las normas se lo prohíban, si

es que se pueden permitir una esposa... Pero por regla general, por debajo del rango de centurión no tienen suficiente dinero, y se les traslada demasiado a menudo para poder mantener una familia. Eso deja a las putas locales, que suelen ser sucias y feas, eso si no están borrachas, enfermas o son sencillamente peligrosas. Puedes encontrarte con alguna jovencita de aspecto inocente, y te apuesto cinco a uno a que tendrá un rufián escondido en alguna parte, listo para cortarte la garganta por una moneda de cobre o por tus botas y tu espada reglamentarias. Así que los soldados se apañan entre ellos con frecuencia, y no puedo culparles por ello. Pero tampoco digo que me entusiasme la idea de unirme otra vez al ejército. ¿Por qué debería cultivar mi relación con esos dos? No creo que tengamos mucho en común.

Filo sonrió tristemente.

—Primero, son tan inofensivos como los conejos. Segundo, es verdad que muchos aristócratas no les dirigen la palabra en la Curia, pero sí que lo hacen en esos banquetes que celebran. Casi todas las especias que llegan a Roma pasan por el almacén de Manilius, y César tiene a Felex como una especie de mascota. Tercero, los dos son unos chismosos incorregibles: estoy seguro de que serían capaces de bajar de su propia pira funeraria para escuchar o contar el último cotilleo escandaloso protagonizado por los magnates de nuestra bella ciudad.

—Mmmh... Filo, ¿es César...?

—No, y no repitas esa vieja mentira sobre el Rey Nicodemo en su presencia. Muchos de quienes le fastidiaron con ello en su juventud acabaron con una invitación definitiva a visitar los Campos Elíseos por cortesía del general más distinguido de Roma.

—Filo, y tú...

—No. Posiblemente hubiese podido sacar de apuros a mi padre mediante sobornos, de no haber estado idiotizado por una encantadora cosita llamada Roxana.

—Te salió cara, ¿eh?

—Sí —contestó Filo, malhumorado.

Dryas volvió al establo al amanecer. Encontró a Maeniel durmiendo. Mir tenía razón en una cosa: seguía mostrando una fuerza antinatural y una extraña clase de poder. El corte de espada en su pecho ya era sólo una línea roja, y ella sabía que en unas horas también habría desaparecido.

Despertó mientras lo miraba.

—¿Tienes algo más escondido? —preguntó ella con severidad.

—No —contestó—. Ojalá lo tuviese. Tenía que haber apuntado a tu cabeza, pero me dio miedo fallar.

Dryas con las costillas doloridas, se acercó al tocón de roble para sentarse.

Maeniel observó que le costaba respirar, y que era obvio que estaba dolorida.

—Al menos te lastimé, y me recordarás, a mí y a mi dolor, durante mucho tiempo.

—Sí —dijo ella—. Lo haré.

Se sentó erguida por un momento, pero era doloroso. Intentó cruzar su mirada con la de él, pero el lobo lo evitó, sentándose y mirando por la puerta a la luz del exterior.

—Me has quitado mi vida. Matarme hubiese sido menos cruel.

—¡No! —contestó ella—. Y tampoco te he quitado tu vida, sólo la mitad. Tenía el deber de hacerlo. No podía dejarte correr como un lobo por los bosques, matando a la gente de Mir. Ahora no puedes asumir tu forma de lobo y tendrás que vivir como uno de nosotros.

—¡Te dije que no quería ser un hombre! —gritó él.

—¡Bueno, pues ahora no tienes más remedio! —replicó Dryas.

Entonces sintió un espasmo de dolor en su pecho, como una cuchillada que la atormentó hasta que pudo apretar la mano sobre el punto donde los huesos rotos estaban uniéndose de nuevo. El dolor bajó a un nivel tolerable.

—Puedes estar orgulloso de ti mismo, y tienes razón: pensaré mucho en ti durante las próximas semanas. Quizá incluso durante el resto de mi vida, pues no me gusta lo que te hice. No quería destruir al lobo, pero era el mal menor. Mi orden se responsabiliza del cuidado y la protección de nuestro pueblo. Por eso Mir envió a buscar a Blaze, y por eso Blaze me pidió que viniese.

Observó a Maeniel. Esa vez, sus ojos se encontraron y pudo ver de nuevo la hermosa inocencia primigenia de la bestia en ellos. Entonces inclinó la cabeza, sintiéndose derrotada por la absoluta seguridad de él, por aquella independencia de toda duda y complejidad.

—Me duele, y me dolerá por un mes o más, pero tus heridas desaparecen en unas horas. Yo lloro durante años, pero tú apaciguas tu dolor con asesinatos, y luego me reprochas que te frene.

—¿Sí? ¿Y qué hay de Imona? ¿Qué cuidado y protección le diste?

—Imona tenía un deber. Había nacido para ello. Era una mujer noble, descendiente de una larga estirpe de reyes. En tiempos más felices, no hubiese tenido que dar su vida. Pero una catástrofe había caído sobre nuestro pueblo, y ella fue llamada al sacrificio para que los romanos y su César no cruzasen jamás el Rin. Y nunca lo harán. Y yo también pagué un precio: tuve un hijo, que hubiese sido rey, pero los romanos lo mataron.

—Tu gente cuenta historias de dioses —dijo el lobo con desprecio—, pero las historias que contáis son sobre *vosotros* y *vuestros* temores. Yo sé lo que camina cerca de la imagen de madera que se pudre en la arboleda sagrada del valle: la he visto... al menos lo que ella nos permite ver. Porque nosotros somos sus hijos y le rendimos homenaje desde hace mucho tiempo. A veces, ella viaja con nosotros, y a veces nos envía a proteger a sus servidores. ¿Por qué iba a reclamar la vida de Imona? Una vida humana no es nada para... ellos.

»¿Tienen intenciones? ¿Se preocupan por los lobos o los hombres? No puedo decirlo. Yo era el lobo entonces, e iba a la arboleda cuando se ofrecía un sacrificio de sangre. De sangre, pero no de muerte. La bebida estaba en cuencos de madera sobre

la hierba. Yo era más atrevido que el resto, y bebí, y sentí el tacto de aquella que embriaga. Aquélla en cuyos sueños vemos todos nuestros deseos. Así que me convirtió en hombre y me llamó Maeniel. Y tomé a una mujer en la arboleda, una de las elegidas, de las que rinden su sangre en primavera, cuando el agua, la sangre de la tierra, corre libremente, y no está encerrada en el hielo, capturada dentro de una fría piedra. —El lobo dejó de hablar y se sentó entre la paja y los trapos de su lecho.

Dryas le miró acusadoramente.

—Elegiste ser un hombre y ahora rechazas las responsabilidades que eso implica.

—Yo deseaba a la muchacha... o a la mujer, lo que fuese.

—Supongo que sería una muchacha cuando entraste en la arboleda, y una mujer cuando te fuiste —contestó Dryas con furia, saliendo del establo.

Maeniel se encontró temblando de miedo: había dicho su nombre a una mujer que consideraba una hechicera. Y un nombre era una palabra de poder. ¿Y si lo usaba para atarle todavía más? Pero ninguno de sus temores se materializó, ni Dryas volvió al establo.

En su lugar, la chica loca le llevó su comida a la hora habitual. También llevaba para ella, pues había más que suficiente para los dos. Un cacillo de panes recién horneados un buen trozo de venado y un pastel de miel y manzanas secas. Los dos comieron bien. Maeniel disfrutaba cada vez más de la comida: los lobos no tenían nada parecido.

Observó comer a la muchacha: lo hacía de manera exquisita. Sus manos eran todavía hermosas, elegantes de dedos largos, aunque tuviese las uñas sucias y mordidas. Tenía buenos modales, masticando siempre con la boca cerrada. La carne y las verduras estaban envueltos en pan, y se lo llevaba todo a la boca sin que nada gotease sobre su ropa. Siempre salía del establo o de la casa antes y después de las comidas para lavarse las manos.

Dryas había estado convincente sobre su necesidad de aceptar la condición de humano, pero una mirada a la joven desfigurada volvió a convencerle de que no le interesaba formar parte de aquel viaje. Luego pensó que, si quería vivir, tal vez no tuviese opción.

Lucius encontró la casa de Manilius y Felex decididamente griega. No había frescos. Las paredes eran de estuco decorado con una base blanca y una ancha franja roja a la altura del hombro. Por encima de la franja, la pared era blanca hasta llegar al techo, sustentado por vigas de cedro.

Todo en la casa mostraba la misma sobria elegancia. Desde las sillas, lechos y taburetes exquisitamente labrados hasta las estatuas en lo que Lucius reconoció como un peristilo de estilo muy romano. Sólo un griego rico podía permitirse una casa romana: había copias caras de originales griegos de inapreciable valor.

El poeta ático hacía honor a su reputación, pareciendo un busto de Pericles. Lucius no pudo formarse una opinión sobre su talento, ya que declamaba sus versos —por supuesto, adecuadamente acompañado de una cítara que tocaba un joven alto y

con cara de caballo— en un griego algo más arcaico que el usado por los helenos del momento.

El griego de Lucius era flojo en el mejor de los casos, y el esfuerzo de seguir una oda en griego antiguo supuso un desafío demasiado grande para sus limitadas habilidades. Así se lo dijo a Filo al día siguiente.

—¿Dices que se llamaba Dionisos? —preguntó el físico. Luego soltó un bufido—. Si es quien creo que es, su verdadero nombre es Septimio, y el tañedor de cítara es Priscus, su cuñado. Septimio era un pedagogo, pero decidió que la enseñanza no le daba dinero, así que compró unos cuantos rollos de versos áticos y se estableció como poeta. Es tan griego como tú: nació en Pistum. Pero Manilius y Felex son hombres de negocios, y están completamente cegados por las pretensiones literarias de ese cuentista.

—La comida era tan buena como prometió Manilius.

—Sí —dijo Filo—. Sería gracias a Myrtus, la tía de Felex: es la propietaria de varias tiendas de comida cerca del Circo, los baños públicos y el Foro.

—Ah, ya me pareció notar una abundancia de compañía femenina muy poco griega.

Así había sido, y al principio Lucius se había sentido extrañado. Las mujeres iban todas bien vestidas y arregladas, y su comportamiento era intachable. Pero al parecer sólo sabían hablar de ropas, joyas, quién se había convertido en la amante de qué hombre rico, maquillaje o cómo pintarse el rostro y el cuerpo para seducir, qué senador había sorprendido a su esposa con un gladiador, o qué esposa había sorprendido a su senador con un gladiador. Ropas, joyas, dinero, qué patricio había descubierto a su esposa agasajando a seis de sus portaliteras, qué caballero había descubierto a la suya agasajando a los ocho. Qué esposa había atrapado a su marido atendiendo a los clientes de un burdel que no empleaba a mujeres. Ropas, maquillaje, joyas, peinados: todas recibían consejo gratuito, y, según le pareció a Lucius, acertado, de Manilius y Felex, junto con cumplidos por cualquier cosa y demostraciones del uso y abuso del albayalde, el kohl y los hierros de rizar, para completar maquillajes supervisados por el experto en ropa femenina —el propio Felex—, bien secundado por su vestidora y su peluquera, doncellas bellamente vestidas como mujeres, pero que ya llevaban algún tiempo afeitándose.

Como en los hogares romanos convencionales, las mujeres se marcharon pronto y los hombres se quedaron con el vino.

—Alguna de ellas debería gustarte —le dijo Felex—. Son muy divertidas, y te aseguro que muchas caerían rendidas ante un chico tan rico y apuesto como tú. A menos que no sean de tu gusto... —comentó Felex.

Los dos hombres le miraron especulativamente. Hubo un breve momento de silencio y Lucius sintió que debía explicarse mejor.

—Si conocéis a Filo, sabréis que era mi médico. Sufrí una herida muy mala... —No hizo falta que siguiese. Sus dos anfitriones se apresuraron a disculparse.

—¡Oh, no! No digas ni una palabra más, querido. Por el amor del cielo, no prestes atención a nuestras tonterías. Somos los peores chismosos de Roma, pero invitamos a las damas sólo por ti —dijo Manilius con una encantadora sonrisa.

Felex dio una palmadita a Manilius en la muñeca.

—Oh, por los dioses, deja de agitar el arbusto. Cada una de esas pequeñas aves del paraíso puede ser capturada con un bonito par de pendientes.

—Creo que describirlas como aves de cualquier tipo es un poco excesivo —comentó Filo al oír la narración de Lucius—. Si caes en sus garras, ellas se ocupan del picoteo, eso es cierto. Esperan que los hombres se arruinen por ellas.

Lucius rió.

—No, no creo que ninguna de ellas me atraiga lo bastante como para llegar tan lejos. Pero no me hubiese opuesto a un revolcón de no haber temido que Fulvia se enterase.

—Mi señor —dijo Filo, adoptando un tono formal—, ¿qué, en nombre de los dioses, tiene Fulvia que ver con tu vida amorosa?

Caminaban por una estrecha calle hacia el Foro. Lucius miró hacia atrás: Castor y Pólux los seguían a cierta distancia.

—¿Crees que pueden oírnos?

—No, si hablas en voz baja —dijo Filo.

—Creo que Fulvia preferiría deshacerse de mí. Como ya te dije una vez, un bonito niño serviría perfectamente a sus planes, y si alguna de esas profesionales quedase embarazada, no perdería tiempo en vender mi descendencia al mejor postor. Que seguramente sería mi querida hermana Fulvia Camila Basilia, ¿y cuánto crees que viviría yo después de eso?

Filo parecía afectado.

—El cielo, y probablemente los moradores de muchos otros lugares, sabe que los romanos y no pocos griegos son indiferentes al destino de la mayoría de los no romanos, e incluso al de las clases inferiores en riqueza e influencia de su propia república. Pero por lo general, la gente aprecia a los suyos, y siente al menos un poco de amor y lealtad hacia ellos. En el nombre del cielo, estás hablando de tu propia hermana.

—Filo, nunca pensé que tendrías que decirte esto, pero no seas ingenuo. Lo más probable es que Fulvia me odie, y desde luego yo no le tengo ningún cariño. Recuerda mi advertencia sobre ella el día que nos conocimos, justo después de que amenazase con crucificarte.

—Sí, pero yo no soy su hermano.

—No creo que eso importe nada. Lo que Fulvia quiere es controlar por completo el dinero de la familia. Y lo único que se interpone en su camino soy yo. De acuerdo con la ley, mi autoridad sobre la familia es superior a la suya...

Lucius se giró tan bruscamente que Filo dio un respingo; entonces vio que Castor y Pólux se habían acercado mucho a ellos. Tenían los ojos brillantes y escuchaban

con atención.

—¿Tiene algo que decirme alguno de vosotros? —preguntó Lucius en tono cortante.

—No... no —balbucearon al unísono.

—Entonces volved a donde estabais. Nada de lo que tengo que decir es para vuestros oídos. No me gustan los fisgones ni los espías, y si alguno de vosotros sabe cómo es un látigo con puntas de plomo, aprenderéis en seguida a quedaros sordos y mudos cuando yo lo desee.

Cuando Lucius terminó de hablar, los dos esclavos ya habían vuelto atrás, pero se aseguró de que captaban las últimas palabras.

Filo no dijo nada. Podía ser un hombre libre, pero sabía que Lucius estaba muy enfadado. De hecho, nunca le había visto así.

—No me refería a ti —dijo Lucius.

—Lo sé, y ahora entiendo mejor lo que querías decir acerca de... de la otra cosa.

—¿Querías a tu familia?

—Sí. Y la sigo queriendo. No dudé en venderme como esclavo para proteger a mi padre y mi hermana. La esclavitud ya es bastante difícil para un hombre, pero para las mujeres y los ancianos es una pesadilla. Y de no haber sido por mi necia imprevisión, hubiese podido pagar los sobornos que exigía el gobernador provincial romano y salvar a mi familia, pero no tenía dinero suficiente.

—Bueno, pero ahora eres libre de nuevo y puedes volver...

—No, no podría. Todavía no. Quizá alguna vez, pero no ahora. Además, aquí me van bien las cosas.

—Sí, pero no dejes que Fulvia te robe un porcentaje demasiado alto de tus ganancias.

—Se queda con un tercio.

Lucius se paró en seco.

—¡Eso es una extorsión!

—Ssssh... —Filo se llevó un dedo a los labios y miró a Castor y Pólux—. Se lleva un tercio de los beneficios de los que tiene noticia. Ya sabes que a los griegos no nos llaman escurridizos por nada. Aprendimos a regatear con los mercaderes de Tiro y Sidón antes de que Rómulo supiese lo que era la teta de una loba. Puedo cuidar de mí mismo.

La muchacha volvió para pasar la noche junto a Maeniel. A él no le importaba que durmiese a su lado, ni agitaba su sangre más de lo que lo hubiese hecho un cachorro de lobo.

Tenía que haber una serie de señales para que su cuerpo se despertase: Dryas lo había entendido a la perfección.

A pesar de las terribles cicatrices que marcaban su cuerpo y su rostro, la chica era

joven y calentaba como un brasero. Los cachorros de lobo hacían lo mismo, y acostumbrado como estaba a dormir entre los suyos, se sentía terriblemente aislado y solo.

Iba a llover aquella noche, y haría mucho frío. Multitud de factores se lo comunicaban a sus sentidos: la humedad, las nubes bajas, el olor y la dirección del viento, los diminutos cambios en la presión del aire que percibía en las orejas. Al anochecer empezó a soplar el viento, y pudo sentir cómo se acercaba la tormenta, de la misma forma en que un humano oye unas pisadas y sabe que alguien se acerca.

La chica corrió al interior del establo. Él la recogió, poniéndola entre su propio cuerpo y la pared, sobre una pila de paja cubierta por una vieja manta. Allí estaría bien protegida. Al poco rato, Maeniel se durmió. La muchacha le despertó una vez al levantarse para ir al agujero.

No volvió. Un hombre hubiese pensado que simplemente había vuelto a la casa con Mir y Dryas, pero él no era un hombre. No importaba lo que Dryas intentase hacer, él no daba nada por hecho.

Se levantó. La tormenta había sido moderada, dejando sólo una ligera capa de nieve sobre el prado, la casa de Mir y el establo. La luna estaba en el cielo, y bajo su pálida luz Maeniel pudo ver las pisadas de la chica en el prado y alejándose hacia el bosque. Algo debía de haberla asustado.

Cruzó la puerta lentamente, moviéndose en silencio como sólo un lobo puede hacerlo, con especial cautela por la ruidosa cadena y la argolla que le entorpecía.

Había poco viento. Giró la cabeza hasta recibirlo en la cara, directamente en las fosas nasales. Era un olor a hombre, a hombre y soldado: la mezcla de hierro, cuero y humo de leña característica de los legionarios del campamento romano. No sólo soldados acercándose, sino soldados que hedían al ácido sudor de hombres nerviosos, agresivos o asustados. Para su sorpresa, Maeniel descubrió que tenía una nueva habilidad: podía contarlos, eran cinco dedos y uno más. Seis.

Inspiró profundamente, intentando controlar el miedo que el olor había despertado instantáneamente en su cerebro, y luego recordó que se enfrentaba a hombres, no a lobos, y que no necesitaba preocuparse por la posibilidad de que le oliesen.

Al mismo tiempo, se quedó totalmente inmóvil al oír un ruido. Pisadas, un susurro de movimiento, algún animal —o humano— caminando en la nieve detrás de él.

Siete invitaciones: Lucius iba ya por la quinta. Era de un senador de la Galia, ligeramente más romano que cualquier romano que Lucius hubiera conocido.

Le pareció que era como cenar con Catón el Viejo, salvo por que Ambórux era mucho menos picajoso. Las damas se sentaban durante la comida en lugar de reclinarse. Había un telar bien visible justo a la salida del atrio, revelando la industria

de las damas de la casa. Había un altar junto a una pared decorada con pinturas de los dioses domésticos.

Pero AmbóruX no ponía las restricciones de Catón al placer de la comida... ni mucho menos al del vino. Así que Lucius iba agradablemente achispado cuando dejó la casa del galo para encaminarse a la suya.

Como siempre Castor y Pólux iban con él, acompañados en esa ocasión por un poderoso criado galo de AmbóruX.

Los dos esclavos iban por delante, con antorchas en las manos, y el galo cerraba la marcha. Habían dejado atrás las estrechas calles del barrio residencial y estaban atajando por el Foro.

Todo quedaba desierto después del anochecer, y la antorchas sólo iluminaban tiendas y edificios públicos cerrados. Normalmente, en un área residencial la presencia de seres humanos era patente por las risas, la música y el ruido de vajilla que salían de los balcones y los muros de los jardines. Los romanos adoraban las visitas y los banquetes, y era frecuente cruzarse con grupos de invitados regresando de otros festines, adelantándose unos a otros en la calle antes de la hora en la que las carreteras quedaban reservadas a los carros de transporte de mercancías.

Pero allí en el centro público de Roma, las calles estaban tan vacías y silenciosas como la carretera llena de tumbas en el exterior de la ciudad. Castor y Pólux parecían nerviosos, aunque ambos iban armados.

El galo apretó el paso hasta llegar junto a Lucius.

—¿Cuánto mi idioma hablas? —le preguntó.

—Un poco. Lo entiendo mejor de lo que lo hablo.

—Entonces el tuyo hablo yo. Bueno. Somos seguidos, pero no pienso problemas.

—¿Por qué no?

—Muy pequeño. Sólo uno pisadas.

—Adelántate y haz compañía a esos dos —dijo Lucius, señalando con un gesto a los dos esclavos. Luego, aflojando su espada en la vaina, se metió en un callejón, tras unos tenderetes.

Muy bien, pensó. Castor y Pólux seguían andando junto al musculoso galo. Unos *guardianes estupendos*, se dijo amargamente. Ni siquiera habían reparado en su desaparición.

En las legiones, Lucius había aprendido lo fácil que resultaba moverse en la oscuridad sin ser visto. Tenía buena visión nocturna, y la mayor parte del tiempo, incluso con la luna baja, era capaz de moverse guiándose por las estrellas.

La sombra de su perseguidor apareció en la calle. Era lo que había esperado Lucius, que aquel personaje siguiese la luz de la antorcha sin darse cuenta de que él se había separado del grupo. Sí, el galo estaba en lo cierto. Se trataba de un hombre de pequeña estatura o una mujer.

Lucius no vio ni oyó a nadie más. Quien fuese llevaba algo en la mano derecha... ¿un arma? No: al ver la luz comprendió que era una lámpara.

Avanzó y agarró a la mujer por el brazo, tirando de ella hacia el callejón mientras le arrebatava la lámpara.

Ella no gritó como Lucius había pensado que haría: se limitó a boquear hasta que él alzó la lámpara y vio de quién se trataba.

—Oh, oh. Me has asustado —dijo—. ¿No me reconoces?

Sí, la conocía. La chica de la cocina.

—Lo siento, pero no llegué a enterarme de tu nombre. La amante de Vella.

—Lucrecia. Tu hermana me lo puso cuando nos compró a las dos. Tras un tiempo descubrí que lo había hecho como una burla, dándome el nombre de una mujer fiel. Fiel hasta la muerte. —Unas lágrimas brillaron repentinamente en sus ojos.

Lucius se descubrió reaccionando sin pensar ante aquella muestra de crueldad.

—¡Sssh! No llores ni te avergüences de tu nombre. La gente que no tiene honor no lo entiende es siempre la primera que se ríe de él. Lucrecia era una persona noble y honrada, y sus actos le dieron fama eterna.

Justo en aquel momento, Castor y Pólux irrumpieron en el callejón con sus antorchas.

Lucrecia apartó el rostro, cubriéndolo con su manto.

Lucius miró a los dos esclavos.

—Qué chicos tan listos —dijo sarcásticamente—. Por fin os habéis dado cuenta de que no estaba. Ahora largaos y esperadme en la calle. Y sin escuchar, por supuesto.

Castor y Pólux obedecieron. El galo se quedó con las manos abiertas, como preguntando *¿y qué hago yo?*

Lucius asintió, moviendo la cabeza en dirección a Castor y Pólux, y después se llevó a Lucrecia hacia las sombras.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas algo? ¿Dinero, quizá?

—Oh, no, no. Estoy muy bien —susurró ella—. Y no me fiaría de esos dos.

—¿De quién, de Castor y Pólux?

—No se llaman así —dijo ella—, sino Flaco y Africano. Estaban entre los favoritos de tu hermana.

—¿Favoritos? ¿Qué es lo que hacía, dormir con...?

Ella negó violentamente con la cabeza.

—No. Oh, no, no, no. Tu hermana es casta.

—Bueno, entonces ¿favoritos en qué sentido?

Lucrecia parecía muy asustada, y miró a su alrededor como si temiese que alguien oyera sus palabras.

—No veo que haya una multitud —dijo Lucius—. Así que deja de temblar y dime qué está pasando en mi casa. ¿Por qué son sus favoritos? Ahora nadie puede hacerte daño: eres una mujer libre, si Filo siguió mis instrucciones y te puso a salvo de la ira de mi hermana.

—Eso es mentira, y lo sabes. Los poderosos de esta ciudad hacen lo que quieren a

los débiles, y nadie se atreve a oponerse. Mira a César: todos le temen.

—No es el peor de todos —contestó Lucius, exasperado.

—No, y por eso van a matarle. Ya están hablando de ello.

Lucius le puso una mano sobre la boca.

—No quiero oírlo, y si sabes algo de esos planes, no hables de ellos con nadie. Ni a tu madre, ni a tu hermana, ni a tu amiga más querida. ¿Me entiendes? —Le quitó la mano de la boca—. Ahora, dime lo que pretende esa hermana mía.

—Pero no creo que el asesinato tenga lugar. César ya está tomando medidas para... —explicó la chica para intentar tranquilizarle, pero Lucius volvió a taponarle la boca.

—Por los dioses de la guerra, el caos y la destrucción... Cierra el pico, por favor. Ella se echó hacia atrás, sollozando.

—Para. No puedo respirar...

—Hay gente en esta ciudad que se ocupará de que no respires nunca más si oye lo que estás diciendo.

La chica se apoyó en la pared, con las manos cerradas sobre el pecho y los ojos cerrados, intentando recuperar el control de sí misma en un esfuerzo de voluntad.

—Lucrecia, háblame de los favoritos de mi hermana.

—No sé cuáles son las palabras educadas...

—Estupendo: dímelo con las vulgares. Soy un soldado, y ya las he oído antes. Las he oído *todas*.

—A ella le gusta mirar a la gente cuando... mientras hacen el acto del deseo. Se... excita así.

Lucius suspiró.

—Ah, bueno. Eso no es tan malo, pero *casta* no es la palabra que yo usaría para tal conducta.

—Oh, ella no interviene. No, dice que su castidad es importante para el futuro de la familia Basilia.

—Supongo que lo es. ¿Y Flaco y Africano aportan el, eh, aspecto masculino de esas... veladas?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí —repitió ella, y su voz tembló—. Yo estuve allí. Se divertieron mucho conmigo: los hombres me dan miedo. —Lucrecia empezó a llorar en silencio, y luego se dio la vuelta para dar rienda suelta a su profundo y desesperado dolor—. La participación no es voluntaria —dijo con voz alterada por las lágrimas.

—Veamos si lo he entendido. Has estado merodeando por Roma durante la noche, poniendo tu vida en peligro para contarme ese feo secretillo de mi hermana... Aunque, como tú, deploro sus actos, hay poco que yo pueda...

—¡No! —dijo ella, secándose las lágrimas con su oscuro manto—. Lo que quería decirte es que Filo ha sido capturado. Estaba en casa de Gordus, el gladiador: había

ido allí para comprobar la herida de su hijo. La esposa de Gordus le acompañó andando hasta el final de la calle, y encontraron a unos soldados esperando allí. Marcia, la esposa de Gordus, intentó oponerse, pero sacaron sus espadas y le dijeron que volviese a su casa si sabía lo que era mejor para ella. Luego se llevaron a Filo, y nadie ha vuelto a verle desde entonces.

Maeniel se agazapó y pudo olerla. Era la esposa de Mir, la chica loca.

—Ven —susurró.

Ella obedeció, corriendo hasta él. Maeniel la cogió y entró en el establo. La cadena sonó un poco. Apartó la manta de la paja y le hizo una señal a la chica. Comprendiendo, ella se enterró en la paja, y Maeniel volvió a poner la manta en su sitio.

Después alzó la cabeza y miró por la ventana: había cuatro hombres en el claro, y dos más junto a la puerta de Mir. Se debatió salvaje e inútilmente con el deseo de cambiar de forma, y luego con el temor de llamar la atención sobre sí mismo en su indefenso estado. Pero al final hizo lo que sabía que debía hacer.

—¡Dryas! —rugió.

Dryas despertó al oír su nombre. Su espada colgaba de un poste de la cama, y la desenvainó justo cuando el primer hombre abría la puerta de una patada. La mezcla de luz de luna y del amanecer recortaba su figura.

Dryas cruzó la estancia a la carrera y le hundió la espada en la garganta, pateando luego el cuerpo hacia el hombre que había detrás. Los dos cayeron al suelo, el primero agonizante: Dryas pudo oír el burbujeante rugido de su último aliento a través de la laringe cortada. El segundo hombre lo apartó a un lado, intentando desenvainar su espada.

Ella apuntó al mejor blanco que pudo ver: le clavó la espada en el muslo, cortando las grandes arterias que enviaban sangre a la pierna y el pie. El hombre dejó caer su arma y se alejó a trompicones, intentando detener el brillante y rojo flujo arterial que le cubría las manos y salpicaba la nieve.

Quedaban cuatro, y estaban asustados de ella, pero Dryas ni siquiera había podido coger su cuchillo. Llevaba un camión manchado de sangre y sólo tenía una espada. Sabía que estaba condenada, a menos que hiciese algo para mejorar sus posibilidades.

Mir salió tambaleándose de la casa.

Oh, no, pensó Dryas. *Pero puede que se distraigan.*

—¿Qué queréis? —gritó el anciano.

Los hombres no se distrajeron por la aparición de Mir, y siguieron avanzando. Uno de ellos llevaba una lanza —el largo *pilum* romano— y un escudo. Los demás llevaban espadas y escudos.

—Ríndete —dijo el de la lanza a Dryas—. Es a ti a quien queremos. Eres buena, pero nosotros somos mejores. Te superamos en número. Ríndete y dejaremos en paz a

los demás.

No, pensó Dryas. Se arrojaría sobre su propia espada antes que someterse a tal destino.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Es que no tenéis bastantes putas en el campamento?

La luz era un poco mejor, y pudo ver que no eran legionarios romanos. Sus armaduras eran de mucha mejor calidad: cuero endurecido con pectorales moldeados, grebas y brazales metálicos, cascos emplumados con largos protectores nasales de estilo griego. *Mercenarios*, pensó, *y bien pagados*. El de la lanza era el más viejo. Tenía el pelo canoso, como su barba cuadrada.

—Ríndete —repitió en su latín con acento—. Tenemos órdenes de llevarte a Roma. Y órdenes estrictas de no hacerte daño mientras te llevamos.

—No te creo —susurró Dryas entre dientes.

Barba Gris hizo un gesto a sus hombres para que retrocediesen, y permaneció en su sitio, señalando a Dryas con su lanza.

—Coge al viejo y a la loca —dijo a uno de sus hombres—. Tú —dijo sin dejar de apuntar a Dryas con la lanza—, quédate donde estás. Si te mueves, esta lanza te saldrá del pecho antes de que hayas dado dos pasos. Quiero entregarte ilesa a mi patrona, como ordenó, pero has matado a dos de mis hombres, y si tengo que hacerlo, llevaré tu cabeza a Roma. —Sonrió—. Sin el cuerpo, puta gala.

—No —dijo Mir—. Dejad a mi esposa en paz... —Dobló la cintura, intentando no gritar de dolor cuando el soldado le retorció el brazo.

Otro de los mercenarios entró en la casa, mientras el tercero arrastraba a Mir hacia Dryas. Oyeron los ruidos de un violento registro en la casa, con vasijas rotas y muebles volcados.

El soldado apareció de nuevo al poco rato.

—No está aquí —dijo, encaminándose hacia el establo antes de haber terminado de hablar.

La chica salió de un salto de su escondite, sorprendiendo a Maeniel. El lobo estaba mirando hacia la puerta, pero estuvo a punto de coger a la chica cuando pasó a su lado. Sólo consiguió quedarse con su manga en la mano.

La joven corrió hacia la pila de leña al otro extremo del establo, llegando allí justo cuando entraba el soldado.

—¡No! —gritó Maeniel, intentando distraerle—. ¡No!

Se lanzó contra él, pero la cadena del tobillo le hizo caer al suelo.

El soldado sólo necesitó un instante para ver que Maeniel estaba encadenado, y lo desdeñó como enemigo. Cogió a la chica, pero ella tenía ya un buen pedazo de leño, una rama de fresno de unos tres pies de largo. Golpeó al mercenario en la espinilla, y aunque la madera rebotó en la greba, el golpe fue doloroso.

El soldado atravesó a la joven con su espada, pero la rama siguió rodando hacia Maeniel.

Sobre sus manos y rodillas, el lobo se lanzó a por la rama, pero la cadena volvió a

detenerle, lastimándole el tobillo y el pie. Las yemas de sus dedos rozaron la madera.

El soldado avanzó hacia Maeniel, dispuesto a acabar también con él. Parecía fácil: su enemigo estaba en el suelo, encadenado y sin armas.

Maeniel retrocedió, como si estuviese asustado.

El soldado se acercó un poco más. Golpeó a Maeniel con su escudo y alzó la espada.

Maeniel esquivó el golpe, cogió al hombre por los tobillos y tiró hacia arriba.

El mercenario cayó al suelo, golpeándose en la cabeza. Pero llevaba casco y el suelo era de tierra. Maldijo y pateó, intentando liberarse. El casco hizo un ruido apagado al alejarse rodando.

No quedaba ya nada de humano en el cerebro de Maeniel: era todo lobo furioso. Sujetando todavía al soldado por los tobillos, hizo girar al hombre mientras gritaba, desparramando sus sesos por las tablas de roble de las paredes.

El terrible grito del mercenario y el ruido del golpe distrajeron por un instante al hombre de la lanza. Dryas se pasó la espada a la mano izquierda y saltó hacia la derecha. Sintió que la punta de la lanza le rozaba el estómago, rasgando su camisón mientras ella le cortaba la garganta al hombre con la mano izquierda. Tuvo más éxito del que esperaba, y la cabeza del mercenario rodó por el suelo.

En el establo, Maeniel recogió la espada que había dejado caer el soldado. La rama estaba ya a su alcance. Puso la cadena encima de ella y después golpeó fuertemente con la espada. El golpe destruyó el arma, pero también la cadena: estaba libre.



16

Famosas últimas palabras, pensó Lucius. «Puedo cuidar de mí mismo». *Ave atque vale. Filo, eres un idiota.* ¿En qué se había metido su físico griego? Observó a la chica.

—Estoy preocupado por Filo, pero también por ti. ¿Puedes volver a casa sin problemas?

—Bueno —dijo la chica—, no quiero decirte nada que no quieras oír, pero cerca de aquí hay un sitio donde puedo pasar la noche. Es una tienda que tengo que abrir por la mañana, así que... —Mostró un manojito de llaves en su cinturón—. Está sólo a unos pasos.

Él asintió.

—Bien. Alejaré a Castor y Pólux: no creo que te hayan visto la cara, así que no podrán contarle nada a mi hermana. Pero espera a que nos hayamos perdido de vista, y luego ponte a cubierto.

Corrió de vuelta a la calle. Al salir de entre los tenderetes pudo oír al galo hablando con... ya había olvidado sus nombres.

—No me gusta —decía Castor o Pólux—. Si le pasa algo, el ama...

—¿Qué? —preguntó el galo—. ¿Creéis que es un bebé que necesita trapo en cara? Ella doncella de dama. Su ama quiere él ¡joder! ¡Joder! ¡Joder! Le dio mensaje de ir cuando su marido no en casa. —Rió ante su propio humor soez.

—Hay dinero para ti si sabes decirnos quién es la dama —dijo uno de son malditos esclavos.

Lucius se detuvo en la oscuridad.

—¿Cuánto dinero? —preguntó el galo, interesado.

—Mucho —fue la respuesta.

—Quiero verlo antes.

—No sabe nada. —Había un estudiado desprecio en el comentario.

El galo no mordió el cebo y volvió a reírse.

Lucius salió del callejón, poniendo fin a la charla.

—Moveos —dijo a Castor y Pólux—. Me gustaría llegar a casa este mismo año. —Los esclavos remolonearon—. ¡Moveos! —gritó—. Y levantad esas antorchas. Quiero ver mi camino sin tener que pisaros los talones.

El galo se quedó atrás. Lucius se encontró solo, pensando furiosamente. Lo peor de todo era que los libertos, al no ser ciudadanos romanos, tenían pocos derechos, y había una docena de lugares a los que Filo podía haber sido llevado, incluyendo el terrible Tullianum, la cárcel y lugar de ejecuciones de Roma. Sintió crecer su rabia mientras caminaba, luchando con la misma frustración que había sentido ante Antonio unas semanas atrás, la sensación de que, de alguna forma, era impotente para tomar las riendas de su propia vida.

Aquello quería decir que no quería que nadie le trazase el futuro. Ni su propia familia, ni César y Antonio. Se limitaba a dar vueltas sin rumbo porque no sabía lo que quería. De alguna manera, la herida le había cambiado. No podía decir qué era lo que había provocado los cambios en actitud y creencias que estaba experimentando. En otros tiempos, el destino de alguien de clase tan baja como Filo no le hubiese preocupado en absoluto. Pero ahora...

Sabía que Filo era un amigo. Se había acercado al hombre. No tenía claro cuándo ni cómo había sido. ¿En las noches en que Filo leía filosofía y él yacía entre ardores y escalofríos de fiebre, con los ojos clavados en el techo, observando las sombras creadas por la vacilante lámpara de Filo, pensando en su propia muerte. Luchando por prestar atención a los enrevesados argumentos de algún griego muerto mucho tiempo atrás que intentaba demostrar la inmortalidad del alma, y sin creer una palabra, pero sabiéndose mucho más cerca de comprobar la validez de las propuestas de lo que lo estaba el filósofo cuando redactó el texto...?

Sentía que había a través de las reconfortantes ilusiones de las que se rodeaba mucha gente para mantener a raya la oscuridad de la mente. Una oscuridad mucho más profunda que la de la simple noche. Un vacío en el que el espíritu no duda de que los dioses son sólo bonitas imágenes creadas por artistas, y nosotros los humanos no somos sino una especie mejorada de animal a la que poderes distantes y quizá ciegos permiten un pequeño paseo bajo el sol. Y luego, nada.

En cuanto a Filo, vendería alegremente a todo el Senado por recuperar a su amigo.

Porque aquello era Filo, independientemente de su rango: un amigo. Y sean cuales sean los misterios del universo, nadie consigue más que unos pocos a lo largo de su vida.

Volvió hacia atrás hasta encontrarse con el galo.

—¿Quieres algo de dinero?

—Un idioma que todos entienden. Sí. ¿Qué quieres que haga?

—Cuando llegue a mi casa, me desharé de esos dos.

—Buena idea. Te venden barato.

—Sabía que estaba en el callejón.

El galo soltó una risita.

—¿Cuánto?

—Cien áureos.

—Oro ¡Asesinato! ¿Quién?

—Eres un hombre que sabe distinguir lo esencial de las cosas. Cuando llegues a mi casa, yo entraré con esos dos. Da un rodeo hasta encontrar un establo: te dejaré pasar y ensillaremos dos caballos. ¿Sabes algo de caballos?

—Cabalgué para César —gruñó el galo.

—Un jinete aliado. Bien, ¿cómo te llamas? —Era un trabalenguas y sonaba más germano que galo. Lucius silbó entre dientes muy suavemente para no alertar a sus esclavos—. Dime cómo puedo llamarte.

—Oreja Cortada.

—¿Oreja Cortada? —preguntó Lucius. Por lo que había visto, las orejas del hombre estaban en perfecto estado.

—¡Sí! Cortar orejas y colgar de cuello. Todos llamaban Oreja Cortada en el ejército. Corté muchas y colgar de cuello. No problema. Oreja Cortada.

—Muy bien. Oreja Cortada. Bonito nombre.

Oreja Cortada se rió.

—No bonito, pero tú no pagas cien monedas de oro por bonito. ¿Quieres bonito? Busca mujeres. ¿Quieres problema arreglado? Busca Oreja Cortada.

—¿Eres libre?

—Claro. AmbóruX dice «Oreja Cortada, lleva romano a su casa y protege». Trabajo para AmbóruX, pero paga mala. Tú pagas mejor. Por ti, mataré.

—No esta noche, espero. Pero si cuando le pregunte a alguien no me da la respuesta que quiero, puedes matarle.

Oreja Cortada gruñó como respuesta. Habían llegado a la puerta de Lucius. El portero abrió, y Castor entró el primero en la casa, y Pólux le siguió. O quizá fuese al revés, seguía sin estar seguro.

Intentaron seguirle hasta su habitación, pero Lucius explicó que no había necesitado ayuda para desnudarse en veintidós años: no querían hacer aquel trabajo impropio de hombres. Así que se marcharon a sus habitaciones.

Lucius tuvo una breve visión de lo que solían hacer aquellos esclavos para entretener a su hermana. Las imágenes no eran lujuriosas, sino repulsivas. Decidió que escogería a sus propios sirvientes personales en el futuro.

Antes de ir a su habitación, pasó por la de Filo. La puerta estaba entornada, y la habitación no sólo vacía, sino desnuda por completo. Incluso el jergón había desaparecido. Lucius salió, apoyando la espalda en la pared, y cerró los ojos mientras crispaba los puños. Se sintió impotente, furioso y enfermo, todo a la vez.

Entonces entró en su habitación. Su espada estaba en un rincón. La desenvainó,

esperando que no estuviese oxidada ni embotada. No, seguía tan afilada como el día en que la ciñó por última vez.

Recordaba que había tenido resaca aquel día. No había mucho que hacer en una guarnición. Él y algunos otros oficiales se habían retirado tarde. Los demás se habían ido a putear por ahí, pero él no les había acompañado. Tenía un fuerte impulso sexual, pero la última ramera con la que había estado apestaba de tal forma tras atender a quince o veinte clientes antes que a él, que cuando completó el acto, casi desprovisto de placer, Lucius se dio cuenta de que aquel hedor era su forma de venganza contra los hombres que la usaban y luego la despreciaban. Miró a sus fríos y oscuros ojos, parecidos a los de los gatos salvajes que se alimentaban de los desechos dejados por los soldados fuera de la empalizada. Pero su mirada era peor que la de los gatos, porque ellos, al menos, eran indiferentes a Lucius, mientras que un frío odio brillaba en los ojos de la ramera, deseándole una eternidad de sufrimiento que no bastaría para compensarla por un solo momento de toda su vida. Lucius había salido a trompicones de la habitación y vomitado en el acto.

Nunca había vuelto a visitar a ninguna. No estaba seguro de lo aislada que habría sido su experiencia, pero muchos otros jóvenes parecían sentir lo mismo. Así que bebían y presumían y luego bebían más, y se levantaban como él, con la boca pastosa, un terrible dolor de cabeza y el estómago revuelto. Por no mencionar que maldiciendo la perspectiva de forrajear por las granjas de los desafortunados lugareños sobre cuyos cuellos había bajado la bota del conquistador.

Pero aquella noche estaba contento, pues había limpiado la espada y... pero no podía haberlo hecho, porque aquel hombre se la había clavado en la espalda, casi matándole. Así que alguien tenía que haber llegado, limpiado la hoja de sangre y engrasado la espada. Para que esa noche él pudiese matar a alguien con ella.

Rebuscó entre la pila de trastos militares en el suelo hasta encontrar un manto oscuro con capucha. Se quitó la toga decorada con la franja púrpura senatorial, la mandó a un rincón de una patada, y fue en busca de Oreja Cortada.

Era más peligrosa de lo que habían pensado: ambos hombres lo llevaban escrito en la cara. Su comandante yacía muerto en el suelo. El mercenario que sujetaba a Mir le apartó rápidamente. Habían sido seis al llegar: ahora sólo quedaban dos y no estaban muy seguros de cómo había pasado.

Cargaron contra Dryas. Ella retrocedió, intentando separarles o, al menos, hacer que se estorbasen mutuamente. Pero eran dos esgrimistas experimentados, y era sólo cuestión de tiempo que acabasen con ella.

El primero golpeó con fuerza. Dryas paró el golpe, desviando la hoja y dejando que el propio peso del soldado le hiciese pasar de largo. De pronto una llamarada de dolor en su brazo y supo que uno de ellos había conseguido herirla.

La oleada de adrenalina que la había sostenido al principio estaba

desvaneciéndose, y el dolor era cada vez mayor. Paró otro golpe, pero la segunda espada tocó su carne, y se encontró retrocediendo cada vez más deprisa ante sus dos adversarios. Otro golpe, y otro. Empezaba a tropezar, pero aún le quedaban un par de trucos.

Se dejó caer sobre una rodilla y golpeó hacia arriba al más cercano de los mercenarios, por debajo de la coraza. El soldado saltó hacia atrás como ella había previsto, chocando con su compañero. Por un instante se obstaculizaron mutuamente, pero Dryas no pudo aprovechar la confusión: resbaló en ese preciso momento y tuvo que sostenerse con la mano libre para no caer.

Al mismo tiempo, Mir se abalanzó sobre uno de los soldados, encaramándose a su espalda y con los brazos en torno a su cuello. El hombre se retorció, gritando de rabia y golpeando los brazos del anciano con el borde de su escudo.

Dryas consiguió evitar una peligrosa estocada, abriendo un buen corte en el brazo derecho de su enemigo, pero pagó un precio por ello: el soldado consiguió golpearla con su escudo.

En circunstancias normales, ella se hubiese movido con el golpe, saltando luego ilesa. Pero tenía las costillas rotas, y el metal del escudo le dio justo allí. El dolor fue cegador, y Dryas se tambaleó.

Una cadena salió de ninguna parte, enroscándose en torno al cuello del soldado. Un momento después, el puño de Maeniel se estrelló contra su cabeza.

El soldado restante había conseguido liberarse de la presa de Mir cuando vio al enorme individuo que acudía en ayuda de Dryas. Dejó caer su arma y salió huyendo.

Nadie le persiguió. Maeniel y los demás fueron al establo y se arrodillaron junto a la chica. Al lobo le parecía muerta, pero al fijarse más vio que todavía respiraba, tenía una mano sobre la terrible herida, y la otra en el suelo de tierra.

La chica suspiró.

—Dile a Dryas que mi espíritu es libre —dijo con una sonrisa. Y no hubo nada más.

A nadie se le ocurrió volver a encadenarle. De hecho, tuvo que ayudar a los otros dos a salir de la casa. Dos cuerpos yacían en la entrada: Maeniel miró con respeto una pálida y tambaleante Dryas, apartó los cadáveres de una patada, y luego recogió a Dryas para llevarla sin ceremonias a la cama.

Mir empezó a preparar el fuego.

—Tenéis que secaros los pies u os congelaréis —dijo. Se detuvo por un momento antes de avivar las llamas—. ¿Sabes? Nunca la había visto sonreír antes. Pero tú sí, ¿verdad?

Maeniel hizo una pausa, el resplandor de las llamas sobre su piel.

—No. A mí tampoco me había sonreído nunca. Me salvó la vida. El soldado que entró en el establo me hubiese matado, pero ella se puso en medio.

—Estuvo contenta de hacerlo —dijo Mir.

—Viejo, nadie muere deseándolo.

—A veces lo hacemos —insistió el anciano, removiendo las brasas. Luego se levantó para acercarse a un arca en un rincón. Sacó un manto de seda negra con hojas otoñales bordadas en escarlata, marrón, verde y amarillo, y ribeteado de piel marrón tan oscura que era casi negra. Se lo entregó a Maeniel—. Toma esto y cúbrelo. Esta noche haremos la pira para ella. Esta seda llegó de muy lejos, pero los bordados los hicieron su madre y sus hermanas, y la piel fue aportada por parientes del norte. Es todo lo que queda de la nobleza y la belleza que trajeron a las montañas hace mucho tiempo. Que lo lleve puesto cuando se reúna con ellos.

—¡No! —dijo Dryas—. Tenemos que marcharnos de aquí. Vinieron en busca de algo y no lo consiguieron. Podéis estar seguros de que el que escapó se lo dirá a sus compañeros en el campamento romano y atacarán de nuevo.

Maeniel se dio la vuelta y la miró con expresión insondable.

Dryas sintió el frío metal del colgante sobre su piel.

—No —dijo Maeniel—. No lo harán. La nevada de esta noche era sólo la vanguardia de la que caerá hoy. Lo sé. Lo sentí antes de dormirme y sigo sintiendo la tormenta. Mis oídos están chasqueando: no sé por qué, pero siempre lo hacen antes de una ventisca. ¡No! Pronto no habrá nada que se mueva en la montaña ni en la guarnición, y nosotros tampoco lo haremos.

Mir sacó algunas prendas gruesas del arca y se las llevó a Dryas. Luego empezó a calentar agua para lavarle las heridas.

Maeniel llevó el manto al establo. Alzó el cuerpo de la muchacha y lo puso sobre la seda, envolviéndola cuidadosamente. Luego la dejó sobre dos de las mantas de lana sobre las que había estado durmiendo y la cubrió con otras dos. Hizo una pausa. El rostro de la chica no estaba cubierto por las mantas y aún era visible a través de la fina tela. La seda suavizaba sus facciones ocultando las cicatrices y, por un momento, Maeniel vio a la mujer que hubiese sido si los asesinos que acabaron con su familia no hubiesen invadido su hogar.

No atribuía lo que había hecho la joven a la locura ni al miedo: ella había dado su vida por él, por salvarle. Se mezclaba en su mente con los numerosos cachorros a los que había cuidado y alimentado. *Sí, pensó, por ti me sentaré junto a sus hogueras.*

Maeniel no temía a la muerte; ningún lobo lo hace. Ni siquiera los perros la temen, así que aquella salida siempre estaría abierta para él. Pero lo que mantiene vivas a todas las criaturas, incluyendo a lobos y humanos, es la siempre cambiante naturaleza de la experiencia. No temía morir, pero odiaría dejar de estar vivo. Y para seguir viviendo, tendría que unirse a criaturas extrañas para él, aprender sus costumbres y sus reglas. Pero ella había deseado que recibiese aquel don.

Volvió a mirar su rostro, hermoso, callado y sereno. Aceptaría, e intentaría convertirse en uno de ellos. Pero aquello era duro, y dejaba su corazón hundido en el dolor. Recordaba haberse compadecido de Imona, atrapada en la agobiante cabaña durante la noche mientras él y los suyos, impulsados por el apetito, la amistad e incluso el amor, corrían en libertad bajo la luna y las estrellas. Seguros en el

conocimiento de que, al nacer, habían recibido todos cuanto necesitarían para sobrevivir, pues de lo contrario el gran juez de toda vida, la necesidad, no les hubiese permitido tomar su primer aliento.

Pero aquellas incompletas criaturas, tan dependientes unas de otras para la satisfacción de todas y cada una de sus necesidades, nacían a un millar de tormentos: miedo a la enfermedad, al hambre, a la desaprobación de sus iguales, necesidad de ropa contra el frío y de protección contra los instintos depredadores de su propia especie... Cada día era una lucha y, de noche, entraban en una caverna de miedo, en la que cada día y cada hora miraban a la muerte, sabiendo que algún día les llegaría, o saldría de sus manos.

Maeniel cogió el hacha y empezó a cortar los leños almacenados en el espacio entre el tejado y la pared. El cielo, que había estado despejado al amanecer, ya se estaba nublando, y empezaban a caer pequeños copos.

Mir entró al poco rato. Llevaba un cazo con cereal cocido, algo de pan fresco y unas tiras de carne de la noche anterior. Se lo dio todo a Maeniel y fue hasta la joven, quedándose ante ella. Entonces vio por primera vez al mercenario al que había matado Maeniel. El hombre yacía hecho un guiñapo sobre el suelo. La mayor parte de su cráneo y su cerebro estaban esparcida por la pared. Mir, que había sido un guerrero en su juventud, tomó aire.

Maeniel se comió el pan y miró los cereales que tenía en la otra mano.

—Usa la cuchara —dijo Mir.

Maeniel seguía confuso. Mir se acercó, cogió la cuchara y le mostró cómo coger el cereal. Maeniel probó a hacerlo, mostrando una mueca.

—No vale la pena —dijo.

—Cómetelo —insistió Mir—. Te calentará. —Luego volvió al fondo del establo y se quedó mirando por la puerta. La nevada era cada vez más intensa, con copos más y más grandes. Oyó la cuchara rascando el fondo del cazo—. Me pregunto quiénes serían —comentó, echando otra mirada al cadáver del suelo.

Maeniel reemprendió su tarea con los leños.

—Romanos —aventuró. El sudor no tardó en aflorar a su piel, y las gotas se congelaban sobre su rostro. Aquello era una nueva experiencia para él: los cánidos no transpiran.

—No —dijo Mir—. Ni las armas ni las armaduras son las correctas. Estos hombres no venían del campamento del valle. No, creo que iban a por Dryas. Antes de que ella le matase, su líder dijo que quería llevarla a Roma ilesa.

Maeniel dejó de partir leños.

—¿Qué es Roma, y por qué iba a querer llevarla allí?

—Porque Dryas es inusual. Es lo que llaman una amazona, una mujer que lucha.

—Lo hace bien —dijo Maeniel mientras apilaba la leña—. Y también otras cosas —añadió ominosamente.

—Las mujeres como ella son muy poco comunes, incluso entre nosotros. En

cierto modo, puede que fuese una pena que prescindieramos de ellas hace unos siglos. Eran buenas para asuntos más importantes que ganar o perder unas pocas batallas. Una mujer como ella trató con Mario, y otra podría haber tratado con César. Estaba en lo cierto respecto a ti: yo quería matarte y ella se negó. Dryas y mi esposa creían que era posible enseñarte a ser...

—Humano —completó Maeniel—. Bueno, tu admirable Dryas ha conseguido de alguna forma... No sé qué hizo, pero ya no puedo llamar al lobo. No me ha dejado opción: espero que seas un buen maestro, anciano, porque tengo muchas cosas que aprender.

Mir contempló el cadáver del soldado.

—Entre ellas, aprender a controlar esa fuerza tuya.

—Le hice lo que él pretendía hacerme. Él la mató, y no puede haber excusa para ello. Le hubiese bastado con apartarla, pero ella intentó darme un arma, así que la mató.

—No me extraña —dijo Mir—. Muchos soldados son así, o quizá es ser soldados lo que les hace de esa forma. Recurren a la fuerza cuando otros métodos podrían resolver el problema de forma más sencilla. Fuesen cuales fuesen sus maldades, ha pagado por ellas.

—¡No lo bastante! —Maeniel había vuelto a partir leños con furiosa energía—. ¿Cuántos necesitas?

—Con lo que has hecho ya hay más que suficiente. Ven adentro. Tenemos que prepararte algún calzado. La temperatura está bajando y tus pies se congelarán. Debemos prepararnos para huir en cuanto el tiempo mejore. Aunque no creo que esos hombres fuesen romanos, no podrían operar aquí sin el permiso de la guarnición del valle. Y cuando puedan viajar de nuevo, no cabe duda de que vendrán aquí en busca de Dryas. Tenemos que irnos. Los tres.

—¿Al pueblo al otro lado del Rin? —preguntó Maeniel.

—¿Qué es lo que sabes de Cynewolf y su fortaleza?

—¡Lo suficiente! —contestó Maeniel. Luego enterró el hacha unas seis pulgadas en el tocón de roble en el que solía sentarse Dryas.

Mir consideró que probablemente había hecho a su nuevo protegido todas las preguntas necesarias. O al menos todas las que quería ver respondidas: sacar el tema del destino de Imona podía ser infortunado e imprudente, y Mir no era ninguna de ambas cosas. Así que recogió los utensilios de la comida y guió a Maeniel a la casa.

Lucius abrió la puerta del establo a Oreja Cortada y ensillaron dos caballos.

—¿Nos vamos ahora? —preguntó el galo.

—No. Primero haremos unas preguntas y te pagaré. ¡Ven! —dijo Lucius. Oreja Cortada le siguió.

El dinero estaba en un cofre unido por una cadena a una barra de hierro dispuesta

en el salón, cerca del atrio. La cerradura se abrió cuando Lucius usó su llave. Se preguntó si su hermana sabría que la tenía. Nunca la usaba: su padre se la había dado en su decimoctavo cumpleaños, antes de que partiese a cumplir con su servicio militar, pero nunca se había aventurado a abrir la caja.

Siempre le habían dado lo que para él era dinero más que suficiente. Su caballo, su armadura y sus ropas estaban pagados por los fondos familiares, y dos viejos criados de la familia le acompañaban. La tercera criada, Alia, había sido reclutada por los criados, ambos libertos de su padre, porque eran básicamente perezosos y un tanto conscientes de su posición: lavar ropa, vaciar orinales y barrer suelos estaba por debajo de ellos. En cuanto a la cocina, tras una semana de comer sus desastres culinarios, Lucius se había rendido, pagando a Alia un extra por cocinar.

Aquello dejaba libres a los dos viejos incordios para preocuparse por su salud su moral, sus gastos, sus costumbres con la bebida, con la comida... y así sucesivamente. Tras aguantar aquello durante dos meses, se las ingenió para enviarlos de vuelta a Roma con órdenes para el contable de su padre de que jubilase a ambos.

A partir de entonces, se las arregló con Alia. Una vida entera siguiendo a las legiones había hecho de ella una mujer compulsivamente pulcra y parsimoniosa. Dado que no había nada en que gastar el dinero salvo mujeres —Lucius era muy escrupuloso—, bebida —no era un adicto— o juego —le dejaba indiferente—, su asignación era más que suficiente para él.

En resumen, nunca se había preocupado por el dinero antes, pero sí había visto a su padre guardándolo.

Tanteó en la caja abierta.

—Sí. —Una correa de cuero. Su padre había sido siempre muy ordenado. Había bolsillos de cuero, en filas y columnas de diez, con una moneda en cada uno. Diez filas de diez: cien áureos. Desató la correa, y el oro brilló incluso a la escasa luz.

—Oro —dijo Oreja Cortada.

Lucius se lo entregó. La suma desapareció en algún lugar de la ropa del galo.

—¿Mato ahora?

—Sólo si yo te lo ordeno.

—¡Bien!

A Lucius le pareció notar entusiasmo en la voz de Oreja Cortada.

Hubo un ruido de cadenas, y el viejo portero salió de su dormitorio junto a la puerta. Alzó la mirada y vio a dos hombres inclinados sobre la caja. Se agachó, paralizado por el miedo, y entonces Oreja Cortada movió su lámpara, iluminando el rostro de Lucius.

—¡Amo Lucius!

—Sí. ¿Dónde duerme Firminius?

El viejo esclavo señaló con mano temblorosa un corredor a la derecha de las habitaciones de Fulvia.

Lucius asintió.

—Vuelve a dormir.

Él y Oreja Cortada caminaron juntos por el pasillo hasta llegar a una puerta. Para sorpresa de Lucius, una luz salía bajo ella y era posible oír voces en el interior.

—Y bien, ¿quién era ella? —Era la voz de Firminius, y sonaba exasperado. La respuesta quedó amortiguada por la puerta, pero el tono era inequívocamente de disculpa.

—Castor y Pólux presentando su informe, no hay duda —dijo Lucius en voz baja.

—Así los llamas, ¿eh? —replicó Oreja Cortada—. Te lo dije, te venden barato. ¿Llamo o pateo?

—Patea.

Oreja Cortada abrió la puerta de una patada.

La estancia estaba relativamente iluminada, y era más femenina que cualquier habitación de mujer en la que hubiese estado Lucius. Había una claraboya en el techo con paneles de cristal. Por el momento, todo lo que mostraba eran estrellas.

La cama que ocupaba el centro de la habitación era la pieza principal. Madera de limonero curvada a ambos extremos y pulimentada hasta brillar, un triple colchón de plumas y numerosos cojines. Largas colgaduras de gasa bajaban del techo hasta el estrado sobre el que se encontraba la cama.

Dos enormes rosas doradas servían como lámparas, una a cada lado de la cama. Las bases contenían aceite, y las mechas subían por entre los pétalos que servían como reflectores para las llamas. Era mareante. Toda la habitación era mareante: las paredes estaban pintadas para simular colgaduras de terciopelo color blanco, amarillo y ciruela sostenidas por cisnes y cupidos.

Firminius lanzó un breve grito cuando se abrió la puerta. Sus manos se agitaron como palomas mientras parpadeaba en dirección a Lucius.

Lucius entró seguido por Oreja Cortada. Señaló a la puerta.

—Largo —ordenó a Castor y Pólux—. Quiero hablar en privado con el secretario de mi hermana.

—Oh, no. No os atreváis a dejarme solo con ese... borracho y con el horrible bárbaro que ha traído. ¿En qué sumidero has encontrado a ese monstruo? No sólo va mal vestido, sino que además es inexpresablemente peludo...

—Firminius —dijo Lucius—, me gustaría mantener esta conversación dentro de los cauces civilizados, pero está poniendo a prueba mi paciencia. ¡Vosotros dos, marchaos!

—No, ni se os ocurra —dijo Firminius, agarrando el brazo de Castor—. Lucius, si no sales ahora mismo, haré que estos dos amigos míos os echen a ti y a tu peludo amigo. Tengo una constitución muy delicada y no trabajo bien si perturban mi sueño. No, por favor, por favor, lleváoslos de aquí. El ama Fulvia estará muy agradecida si barréis esta basura al patio.

—Los dos son gladiadores entrenados —dijo Lucius a Oreja Cortada.

El galo rió.

Los dos «gladiadores» avanzaron.

Lucius se llevó la mano a la espada.

Oreja Cortada desenvainó, y Lucius pudo entender por qué se había reído. En un movimiento demasiado rápido para seguirlo con la mirada, el galo estrelló su espada contra la sien de Castor. El esclavo se quedó en pie por un momento, con aspecto aturdido: luego puso los ojos en blanco y se le doblaron las rodillas. Cayó al suelo como un fardo y se quedó muy quieto.

Oreja Cortada rió de nuevo y apuntó a Pólux con su espada.

—A él, bonito descanso. A ti, el cuello. Vamos.

Firminius gritó, y Pólux huyó a la carrera.

Lucius cerró la puerta de una patada.

—Bloquéala —dijo al galo.

Oreja Cortada obedeció, poniendo un gran arcón lleno de ropa.

Lucius se encontró en la ridícula situación de tener que perseguir a Firminius alrededor de la cama, pero Oreja Cortada puso fin al asunto poniéndole la zancadilla a Firminius, y sujetándole luego con un gran pie sobre el pecho cuando intentó levantarse.

Firminius gritó de nuevo, y Oreja Cortada resolvió el problema dándole una buena bofetada. La cabeza de Firminius rebotó sobre el suelo de mármol, y sus ojos adquirieron una calidad nebulosa.

—Escucha, Firminius. Si vuelves a gritar...

—Será una oreja —completó el galo.

—Muy bien —dijo Lucius con admiración—. Sí, Firminius. Este amigo mío se llama Oreja Cortada. ¿Sabes por qué?

Firminius sacudió la cabeza, los ojos muy abiertos por el pánico.

—Porque le gusta coleccionarlas como recuerdos. Las ensarta en una cadena y se las cuelga del cuello. Va a empezar una nueva colección y, si gritas, contribuirás con una de las tuyas... o puede que las dos.

Firminius asintió.

—Ahora voy a hacerte algunas preguntas, y será mejor que me des las respuestas correctas, porque si no... bueno, yo colecciono ojos —dijo, sacando su daga—. Los pongo en pequeñas botellas de cristal, los conservo en vino y los guardo bajo la cama. Necesito dos más para completar la decena, y los tuyos pueden servir. Ahora, ¿dónde está Filo?

Lucius observó cómo las distintas expresiones se sucedían vertiginosamente en el rostro de Firminius. Miedo, no de él sino probablemente de Fulvia. Ira, porque seguramente querría ver sufrir a Filo. Rabia, por lo humillante de su posición. Negación, porque estaba seguro de que Lucius no le haría nada. Lo mejor sería demostrar que no era así: Lucius probó la punta de su daga en la mejilla de Firminius, haciendo que apareciese una línea de sangre.

—No... —resopló Firminius.

Lucius trazó otra línea, esa vez más profundamente.

—Noooo... —gorgoteó Firminius.

—El silencio no es una respuesta admisible, Firminius —gruñó Lucius, poniendo la punta de su daga sobre la pupila izquierda de su víctima.

Firminius se vino abajo, y su respuesta desanimó más a Lucius que a él el hecho de darla.

—Nada de lo que hagas puede ayudarle —dijo con resentimiento—. Ya no.

Oreja Cortada cogió a Firminius por la espalda de su camisón, arrojándole sobre la cama. Luego le dio unas palmaditas en la mejilla mientras preguntaba a Lucius:

—¿Quieres que lo haga ya?

—Puedo darte unos minutos. ¿Cuánto crees que tardarías?

Con un grito, Firminius se escabulló por el otro lado de la cama, escondiéndose.

—¿No te parece poco masculino? —preguntó Lucius.

—¡No! Es lo mismo que las mujeres, pero con el agujero más cerrado. ¡Bueno! ¡Divertido!

Firminius chilló de nuevo, con toda la fuerza de sus pulmones.

—Al parecer, él no lo encuentra tan divertido —dijo Lucius.

Oreja Cortada rió de nuevo.

Alguien golpeaba la puerta del dormitorio, gritando a su vez. Los chillidos de Firminius habían despertado a toda la casa.

—Mala suerte —dijo Lucius—. Tendremos que irnos ahora, no sea que hagan algo. Ésta es mi casa: como varón más viejo de la familia Basilia, yo mando aquí. ¿Está claro, Firminius?

Los golpes en la puerta se interrumpieron.

—¿Amo Lucius? —preguntó una voz vacilante.

—Sí —respondió él—. No me molestéis ahora. ¡Estoy hablando con Firminius!

Sonó un gemido detrás de la cama.

Oreja Cortada apartó el arcón de la puerta, y el otro secretario de Fulvia se asomó al interior. Era un liberto del padre de Lucius, su mayordomo. Clavó en Lucius una mirada de desaprobación.

—Mi señor, no te hubiese creído capaz de perturbar la paz de esta casa a estas horas.

—Te pido disculpas por haberte despertado, Aristo —contestó Lucius. Luego señaló al gemelo que seguía durmiendo en el suelo—. No quiero ver a estos dos nunca más.

—Bien —replicó Aristo—. ¿Quieres que sean vendidos?

—No. Parece que son más leales a mi hermana que a mí. Que pasen a formar parte de su servicio. Prepara una cámara para Filo cerca de la mía.

El rostro de Aristo se mantuvo inmutable.

—Tu hermana dijo que no volvería.

—Estaba equivocada —dijo Lucius—. Éste es Oreja Cortada, y también

necesitará una habitación, porque se une al servicio de la casa desde este momento.

Se marchó, con el galo siguiendo sus pasos. Llevaron los caballos a la calle.

—¿Solo? —preguntó Oreja Cortada.

—Sí —respondió Lucius, y se alejaron cabalgando en la noche.

El lobo había pensado que vivir entre los humanos sería difícil y quizá doloroso. Pero no era así en la fortaleza de Cynewolf: más bien resultaba desagradable de vez en cuando y con frecuencia intrigante.

La insistencia de Blaze en que se bañase en el gélido río todas las mañanas era ambas cosas. Los lobos no se bañaban. ¿Por qué iban a hacerlo? Su pelaje de lobo era impermeable, con el denso pelo siempre limpio y renovado. El pelo exterior caía en verano y volvía a crecer en otoño. La lengua de los lobos estaba adaptada a la limpieza.

Aquella estúpida compulsión de lavarse la piel con agua podía ser comprensible, ¿pero en invierno, y en agua fría? Por lo que a él concernía, aquel loco ritual no debía contar con su presencia, y la colérica insistencia de Blaze era igualmente extraña.

Cuando la persuasión se reveló inútil con Maeniel, Blaze recurrió a las amenazas. Pero tampoco dieron resultado. Blaze probó con un látigo, pero Maeniel se lo quitó al segundo golpe, dejando inequívocamente claro que no le agradaba el tratamiento.

Blaze se sentó en su revuelta cama, chupándose un dedo que Maeniel había torcido demasiado en la refriega, y maldiciéndole no en uno sino en tres idiomas distintos.

Dryas y Mir llegaron atraídos por el jaleo.

Mir se puso del lado de Blaze, pero Dryas abrió las negociaciones, explicando a Maeniel por qué era bueno que se bañase en las frías aguas del río: había que romper el hielo para llegar al agua.

—No me creo ni una palabra —dijo. Entonces descubrió, cuando Blaze y Mir le atacaron verbalmente, que los humanos son muy sensibles por lo que respecta a las acusaciones de que faltan a la verdad, aunque sabía por lo que había visto que eran culpables de aquello la gran parte del tiempo.

Pero Dryas resolvió el asunto bajando hasta el río, encontrando un lugar resguardado, quitándose la ropa y zambulléndose. Se lavó brevemente y recogió su ropa enseguida.

Maeniel la siguió, llegando a la conclusión privada y personal de que a los humanos les gustaba hacerse cosas desagradables a sí mismos, con el propósito de demostrarse cosas impensables.

Se lo dijo a Dryas mientras subían por la pendiente de vuelta al *oppidum*. Habiéndola visto desnuda junto a la orilla del río, intentó convencerla otra vez para que huyese con él.

Dryas se negó. Él no había esperado otra cosa, pero pensaba que valía la pena

intentarlo de todas formas. Por desgracia, ahora era una mujer hecha de nieve para él.

Se sentaron juntos sobre el tocón junto a la puerta.

—Por favor, intenta congraciarte un poco con Blaze —dijo ella—. Sabe muchas cosas y puede enseñarte. No puedo llevarte conmigo a Roma ahora. Ninguno de los dos sabe lo suficiente. Tienes que aprender a montar, a vestirte, a usar el dinero...

—¿Todavía quieres que vaya a Roma y mate a ese César? ¿Qué fue lo que te hizo?

—Mató a mi hijo —explicó ella.

—¿Cómo? —preguntó Maeniel—. Quieres que te ayude, pero ese viaje puede costarme la vida. Dame tus razones.

—Ya ha amanecido —dijo Dryas.

Y era una mañana fría. El río no estaba encerrado en el hielo, pero los árboles de las orillas estaban desnudos y la escarcha cubría los restos de vegetación supervivientes. Más allá de las montañas, el sol empezaba a iluminar las cumbres. Aunque una estriada masa gris dominaba el cielo, había el suficiente espacio despejado para que el sol derramase su luz dorada sobre el desolado paisaje invernal.

—Parece una obscenidad que salga el sol en un mundo en el que mi hijo ya no vive —dijo Dryas—. Durante todo este tiempo, he sentido la crueldad de su pérdida.

—Los lobos no sienten así —contestó Maeniel—. Pagas un precio muy alto por tus poderes. ¿Cuánto hace de ello?

—Tal y como cuentan el tiempo los humanos, diez años.

—Más de lo que viven muchos lobos. Si el dolor también se extiende tanto, ¿qué hay de la alegría?

—No sé qué decir —contestó ella—. No recuerdo ninguna. Supongo que habría alguna mucho tiempo atrás, cuando él vivía, pero no puedo formar una imagen en mi mente. Es raro, al principio él era un deber para mí: sólo aprendí a amarle cuando me lo llevé al pecho. Y cuando creció se convirtió en mi deleite. Pero como hijo mío, estaba destinado a ser candidato a la majestad entre mi pueblo.

»Su pelo era rojo, y cuando sonreía era capaz de fundirme el corazón. —Algo casi parecido a una sonrisa apareció sobre las facciones de Dryas, pero se desvaneció con la misma rapidez—. Mi corazón me reprochaba el poner tal carga sobre alguien tan joven, pero debía ser enseñado a gobernar desde el principio. Y antes de que su mano tocase mi pecho, antes de que sus labios mamasen, debía tocar el acero. Sé que me levanté después de dar a luz entre mis mujeres y que, con la sangre corriéndome por las piernas, anduve con el niño entre los brazos hasta la pared donde colgaban las armas. Puse sus manos sobre el pomo de una espada y llevé sus labios hasta el frío acero. Así fue consagrado a su pueblo, todavía mojado con los fluidos de mi vientre.

»Pero creció feliz. Travieso como sólo pueden serlo los niños pelirrojos, con hermosos y chispeantes ojos verdes y una sonrisa arrebatadora. Yo tenía que ser severa, e intentaba serlo. Quizá con demasiada frecuencia... Hubo algunas palabras duras, una o dos ocasiones en las que se fue a la cama sin cenar... Oh, pero yo le

quería. Mis mujeres le mimaron: le daban todo lo que les pedía. Y yo pensaba, aún lo pienso, que pasaría lo mismo cuando fuese un hombre. No es un buen rasgo en un rey, pero eso... eso ya no importa... Intenté no ser demasiado susceptible a su encanto. Debía aprender disciplina, me dije. Así que aprendió rápidamente que no podía manejar a su madre... al menos la mayoría de las veces.

»No tenía problemas con sus estudios. Tenía aptitudes para muchas cosas. Pero hay que enseñar a todos los niños a compartir, a no cebarse con los débiles, y a respetar la propiedad ajena. Lo aprendió bien, y cuando creció, me sentí orgullosa pero triste al ver lo popular que era entre los niños de su edad.

»Orgullosa porque se estaba convirtiendo en un líder entre los hombres, pero triste porque cada paso que un niño se aleja de su madre tira del amor que ella tiene arraigado en el corazón. Pero deben irse. Así son las cosas.

»Cuando una hermana mía que vivía entre los brigantios me pidió que le dejase ir y quedarse un año con ella, acepté. Cabalgué hasta allí con él, y fue un largo viaje. Pero ella y el cacique con el que se había casado nos atendieron por todo lo alto: vi muchas cosas que eran sólo rumores en las montañas.

»Bebí vino por primera vez, vi carros de guerra y arreos de hierro para los caballos, escuché a los bardos cantando largos e increíblemente complicados cuentos de ricos reyes y reinas, su coraje y ferocidad en la guerra, su vanidad y su crueldad.

»Ya ves, mi pueblo vive entre las nubes, entre la lluvia. Siempre hace frío allí. Nuestro ganado pasta en la alta hierba de montaña. Celebramos cuatro asambleas al año. En esas asambleas, los reyes, reinas y oradores de la ley resuelven todas las disputas, acuerdan matrimonios, compran, venden y comercian. Todos pueden hablar en las asambleas: hombres, mujeres, pobres, ricos, sabios, necios, libres y esclavos. Y si tienen un desacuerdo con alguien, debemos solucionarlo y hacer que se cumpla nuestro juicio.

»Cantamos bonitas canciones, pero son viejas. Sobre cómo nuestros barcos surcaron por primera vez las frías aguas del norte y navegaron más allá de los pilares del cielo, levantando espuma en el cálido mar azul tal y como lo hacen las aves marinas de blancas alas. Cantamos la canción de las estrellas y sus cambios; escribimos el cuento del verano con sus flores y sus frutos, y la lucha invernal por la pesca en el frío mar gris. Las luces del cielo que adecuadamente leídas, señalan el camino hacia los más remotos confines de la tierra.

»Nuestras telas son también muy hermosas, pero como ocurre con las canciones, los motivos son muy viejos, algunos tanto que hemos llegado a olvidar su significado. Pero sus brillantes colores arden sobre las paredes marrones y el cielo gris. Y en ellos podemos trazar los límites de nuestras tierras y, por seis veces mil años, el linaje de nuestros reyes y reinas. Todos tienen un significado: el peine, el pez, el pájaro, el lobo y el dragón, todos tejidos con más colores que el arco iris. Cada tribu tiene uno. Cada familia, cada hombre o mujer tiene el suyo propio, que vive y muere con ellos sin que nadie más lo lleve. Están colgados en mi salón, el mío entre

ellos. Nunca volveré. Nunca volveré para ver el tapiz de mi hijo con los acontecimientos que vivió.

»Y tampoco veré el que representa mi vida. Otra mano lo completará, cortará las hebras y coserá el borde. Tan sólo puedo esperar que sea la de un amigo. Terminé el tapiz de mi hijo antes de irme, y cerré su borde. Que los que puedan hacerlo lean lo que dice. Yo no soy capaz de describirlo.

Dryas guardó silencio.

El lobo contempló el río. El sol lo convertía en un resplandeciente sendero vetado de oro. La escarcha sobre la hierba y los árboles parecía la corona enjorada de una princesa. Entonces la luz del sol se desvaneció, como la ilusión de belleza, y el río se volvió gris como una espada pulida entre el gélido resplandor de una tierra metálica y el cielo.

—Le dejaste con tus amigos —dijo.

—Sí, y entonces llegó César. Recibimos tardías noticias de problemas en las tierras bajas, y cabalgamos hasta allí de inmediato. Aunque mi gente luchaba entre sí de vez en cuando, teníamos muchos amigos, aliados y parientes de sangre entre las tribus sobre las que se cebaba César.

»Como ya he dicho, estamos bien versados en la guerra, pero aquello no era guerra. Era... exterminio. Granjas con la cosecha por recoger quedaron convertidas en cenizas, y los campesinos en cadáveres dejados a los lobos y los milanos. Las vacas fueron degolladas en los pastos, y las ovejas en los campos. Los perros y gatos fueron apaleados, pisoteados o pateados hasta la muerte. Allí donde el trigo pudiese arder, se le prendía fuego, y hasta los huertos fueron arrasados bajo el sol de otoño.

»Oh, sí, a veces contraatacábamos. Habían cogido algunas cosas... oro y plata, por ejemplo, y chicos y chicas que no fueran ni demasiado jóvenes ni demasiado viejos para no entorpecer su retirada. Pero todo lo demás era destruido o asesinado.

»Aún albergaba esperanzas cuando llegamos al lugar donde había vivido mi hermana. No había niños entre los muertos. Tras asegurarnos, montamos de nuevo, sabiendo que debían de haber enviado lejos a los niños, intentando ocultarlos en los bosques. Y eso habían hecho: los encontramos a unas pocas millas de allí, a la vista de los árboles.

Dryas volvió a quedarse callada por un rato.

—¿Sabes que lo que llamamos amor puede ser pervertido en una insoportable vileza? —preguntó por fin—. Un horror tan completo que la mente se aparta de él para mirar anhelante el abismo de la muerte, encontrando una especie de esperanza en la contemplación de la nada eterna. Una especie de consuelo en el interminable sueño sin sueños ni miedo a despertar alguna vez.

Por un momento, Maeniel no lo comprendió. Luego apartó su mente de aquel siniestro acertijo.

—Los lobos no hacen esas cosas. Ni siquiera piensan así. No puedo imaginarlo.

—Los niños estaban protegidos —explicó Dryas—. Los guardias lucharon, pero

no eran rivales para los legionarios. Antes de que acabasen con ellos, lograron matar a algunos de los niños, a los más afortunados. Mi hijo no estaba entre ellos.

—¿Conseguisteis atrapar a los soldados que lo hicieron?

—Me dijeron que sí. Yo era una comandante eficaz, probada en la batalla en mi juventud, pero lo último que recuerdo es contemplar el rostro muerto de mi hijo. Luego, mis recuerdos son los de alguien que camina en la oscuridad, bajo un cielo veteado de rayos, y ve el mundo a su alrededor por breves instantes, cuando las nubes son iluminadas desde dentro por la furia de la tormenta.

»Los alcanzamos en el llano. Nos preocupaban las largas lanzas que llevaban. Saben usarlas para incapacitar a los infantes con mucha rapidez: el asta se queda clavada en el escudo, torciéndose o rompiéndose de forma que el guerrero ya no puede usarlo y debe tirarlo y luchar sin él. Un tercio de mis fuerzas eran mujeres: entre nosotros son expertas honderas, y pueden derribar a un pájaro en vuelo. De hecho, muchas tienen que hacerlo cuando los hombres se han marchado a pescar los grandes peces del océano sin fondo, o están en largos viajes de comercio allí donde el sol invernal no brilla y los dioses batallan en el cielo, ondeando sus telas de brillantes colores sobre el fondo de las incontables estrellas.

»El proyectil de plomo usado por mis mujeres era letal, y cuando los romanos cargaban contra nosotros, abríamos nuestra formación para dejar espacio a las honderas. Si eran pocos, los matábamos en pequeños grupos aquí y allá. Si eran muchos, nos escondíamos entre la hierba o en las sombras de las arboledas.

»Cuando llegaron al río sólo quedaban unos pocos. Intentaron vadearlo de noche, antes de que saliera la luna, pero nosotros estábamos esperando en la oscuridad.

»Los jefes convocaron un consejo y acudimos. Yo hablé a favor de quemar los barcos de César, atraparle en nuestro territorio, y matarle. Pero estaban asustados, y pensaron que lo mejor sería deshacerse de aquella plaga: así que César se pudo ir y llamar *victoria* a aquella matanza.

»Ahora tengo la esperanza de seguirle y matarle. Me gustaría que me ayudases, pues tengo el dinero pero no sé si tengo la habilidad. Y, si fallo, los dos moriremos. La verdad es que no tengo ningún plan —explicó torpemente.

—Ni nosotros lo tenemos al cazar. Los humanos hacen planes, siguen reglas, juegan con la lógica de la misma forma en que un perro juega con un palo o un cachorro con un pedazo de piel, pero nosotros no. No veo cómo podrías planear una aventura así. Primero, ir a Roma, averiguar cosas de ese hombre, y luego ver si hay alguna posibilidad. Pero para matar ciervos, tienes que saber dónde ramonean. Así que me conviene aprender lo que ese Blaze pueda enseñarme.

—Entonces, ¿vendrás?

—Podría ser. Además, he estado escuchando hablar a la gente de ahí arriba. Hablan mucho, sobre todo las mujeres. Parece que les gusta toparse conmigo: no puedo ir a ninguna parte sin chocar con una o dos de ellas, y siempre las mismas.

Dryas le miró de arriba abajo. Tenía los músculos de un atleta. No es que fuese

afeitado, sino que no le crecía la barba. Era más moreno que pálido, pero su tez tenía un tono rojizo bajo el bronceado que le daba un aire de resplandeciente salud. Su pelo era del color de la vieja madera pulimentada, con rizos y brillos caoba. No, las mujeres no dejarían de hacerle caso.

—Sea como sea, la gente de aquí habla mucho de Roma —continuó Maeniel—, y creo que verla sería interesante. Pero si César es tan belicoso como dices, puede que alguien le mate antes de que lleguemos nosotros, y entonces todas nuestras molestias no habrán servido para nada.

El guardia pelirrojo al que Maeniel había dado un puñetazo en la cabeza durante el intento de rescate de Imona estaba de nuevo en la puerta. Pasaron por su lado al entrar, y el lobo supo que le había reconocido. Pero la mirada de odio en los ojos del guardia le intrigaba. Sí, le había golpeado con fuerza, y sí, le había robado su ropa y le había dejado en la calle. ¿Pero por qué tanta furia por lo que había hecho? ¿Por qué todo aquel odio?

Maeniel estaba intrigado, pero no tuvo mucho tiempo para meditar al respecto pues debía enfrentarse a sus dos enfadados profesores y escuchar sus «bendiciones», para luego sentarse mientras los dos ancianos discutían sobre el tipo de instrucción que debía recibir. Encontró un pequeño jarro de hidromiel y escuchó un mensaje susurrado por la admiradora que se lo había dado, una cita en el establo cuando hubiese oscurecido, con el objetivo de la mutua «satisfacción». Estaba anticipando un largo período de ociosidad mientras Mir y Blaze resolvían sus diferencias, cuando Dryas cayó sobre él y le arrastró a una agotadora tarde de instrucción con espadas de madera.

No tardó en darse cuenta de que el peor problema en lo sucesivo iba a ser ella, y no Mir ni Blaze. Dryas era una infatigable perfeccionista de inmensa resistencia y gran habilidad: se las arregló para cansarle tanto que, cuando se reunió con su cita por la noche, apenas tuvo fuerzas para lo que pensaba hacer. Pero un breve descanso y dos o tres copas de hidromiel le repusieron lo suficiente no para una, sino para tres o cuatro actividades sugeridas, una de las cuales le dejó tan escocido que se alegró de bañarse en el río al amanecer.

Dryas notó su expresión de relajada satisfacción. Se sintió tentada de golpearle en la garganta con su espada de madera para enseñarle una lección, pero el colgante se movió de forma extraña sobre su propio cuello, como recordándole su posición respecto a él.

Tras un mes de prácticas, a Dryas no se le hubiese ocurrido intentar darle en el cuello: ya era demasiado bueno. Su coordinación ojo-mano era tan perfecta como la de cualquiera que ella hubiese visto antes. Corriendo, tenía la resistencia de un caballo y la velocidad de un lobo. Su vista con poca luz era mejor que la de cualquier humano, pero su oído era una maravilla.

Un día, mientras practicaban fuera de la muralla, le dijo distraídamente que Mir se acercaba a buscarle porque llegaba con retraso a su lección de latín. Dryas le

preguntó cómo lo sabía, y él contestó que podía oírle andar y estaba familiarizado con su paso. Mir apareció en la puerta poco después.

El río acabó congelándose por completo y Maeniel ya no tuvo que bañarse en agua helada. Como no había mucha nieve, él y Dryas podían practicar mucho.

La guerrera se esforzaba mucho, consciente de que estaba creando uno de los luchadores más peligrosos de todos los tiempos. No sólo le enseñó a manejar la espada, sino también los usos de un escudo en combate, y cómo un hombre hábil podía emplearlo, aunque tuviese inutilizado el brazo de la espada, para derribar a un oponente. Maeniel aprendió a usar la honda... algo que Dryas había creído que exigía una vida entera practicando. Era mortífero con ella, incluso contra blancos como palos y fruta seca, pero tuvo que aguantar algunas burlas por su objeción a disparar contra nada que no fuera a comerse.

Una tarde fría, oscura y gris, Maeniel, Dryas y media docena de niños fueron de caza a los pantanos. Se acercaba un festín y no había nada especial para servir en la mesa. Llevaron redes con la esperanza de atrapar algunas aves acuáticas.

Pero las redes no fueron necesarias: Maeniel derribó a diecisiete gansos, casi todos con impactos en la cabeza, en poco más de una hora. Las burlas terminaron y el banquete fue un éxito.

A pesar de ello, donde más se distinguía Maeniel era en el salto del salmón del héroe... quizá porque, en el fondo de su corazón, se sentía de nuevo como un lobo al practicarlo. Consistía en una forma de combate sin armas casi olvidado por completo en Britania y la Galia. Pero antaño había servido bien al pueblo de Dryas, pues permitía al uno por ciento de los adultos en cualquier comunidad hacer frente a un ataque o incursión, aunque no tuviesen tiempo de coger sus armas.

El cuerpo de un lobo... garra y colmillo, velocidad y peso. Las armas de Maeniel eran su inteligencia y su agilidad, que le permitían distinguirse en el combate sin armas. La espada, la daga, la flecha, la jabalina, la honda... todo aquello iba detrás.

—No idolatres a un arma —le dijo Dryas—. Si una se rompe en tu mano, debes estar listo para coger otra. Y, por encima de todo, debes aprender a ser peligroso con tus simples manos desnudas.

Y así era cuando el guardia pelirrojo, cuyo nombre era Actus, fue a por él con un cuchillo. Maeniel estaba desarmado.



17

A aquella hora, la calle estaba vacía de todo lo que no fuesen carros. Lucius y Oreja Cortada se abrieron camino entre ellos sin dificultad, oyendo ocasionales maldiciones cuando se acercaban demasiado a un vehículo con una carga pesada, o cuando obligaban a algún carretero a frenar a sus mulas en una esquina al bloquear el paso por unos momentos.

Por fin hicieron detenerse a sus caballos ante las puertas de una gran villa rodeada por un muro cerca del Foro. Las puertas eran de madera con refuerzos de hierro. Había una campana con un mazo para golpearla en un hueco a la derecha de la puerta. Lucius la hizo sonar con fuerza.

En respuesta sólo hubo silencio.

Lucius golpeó la puerta con el puño.

Alguien le maldijo desde el interior.

—Dejadme pasar. Tengo que ver a César o a la dama Calpurnia.

Una sarta de maldiciones le envió a un lugar poco honorable entre los muertos.

—¡Necio! ¿Estás borracho, o solamente loco, para pedir que se te admita en la casa del primer ciudadano a esta hora de la noche? Vete a casa.

Lucius alzó el mazo, golpeando la campana tres veces con todas sus fuerzas.

—Deja eso, montón de mierda de perro. Vas a despertar a todos los vecinos.

—¡Entonces, dejadme pasar!

Oyó el ruido de los cerrojos al ser descorridos y las cadenas soltándose. Dos legionarios abrieron la puerta: llevaban armadura completa, incluyendo los cascos y las capas de color escarlata.

Uno acercó una antorcha a la cara de Lucius, mientras el otro permanecía atrás, con el *pilum* en una mano y la otra en el pomo de su espada.

Lucius parpadeó, alzando una mano para protegerse el rostro, pero no retrocedió.

—Pasad —dijo el centurión con la antorcha— pero dejas aquí vuestras armas.

Lucius se despojó de la espada y la daga, mientras Oreja Cortada se desprendía de una increíble cantidad de objetos cortante: una espada griega de un solo filo, estupenda para apuñalar; una espada ancha germana que llevaba a la espalda; el típico gladio de las legiones; no menos de tres dagas de distintos tamaños; una honda con proyectiles de plomo; y en caso de que todo lo demás fallase, un *cestus*, el guante reforzado con hierro del pugilista romano.

Incluso el centurión de aspecto duro quedó impresionado.

Otros tres soldados se unieron a los dos primeros para escoltar a Lucius, pasando junto a un antiguo *larium* con más de una docena de máscaras mortuorias, el estanque de un atrio más antiguo incluso que el de la villa Basilia, hasta un peristilo rodeado por una columnata.

Todo era impresionantemente magnífico, irradiando no mera riqueza, sino también nobleza y vidas enteras de distinguido servicio a la ciudad y sus más antiguas instituciones.

Una mujer salió a la luz. Llevaba una túnica de seda verde que colgaba en largos pliegues hasta el suelo, sostenida por botones en los brazos y los hombros. Era muy bella y, por un momento, Lucius se preguntó quién sería. Cuando se acercó al soldado de la antorcha, comprendió que, aunque bella, no era una mujer joven: la voluptuosa figura, sólo sugerida por las curvas bajo la suave seda, estaba un poco engrosada por el tiempo, y el pelo color caoba que enmarcaba su rostro en forma de corazón estaba veteado de gris.

Cuando habló, su voz sonó grave. Sus palabras y gestos exquisitamente corteses, y Lucius sintió que aquella dama no sabría cómo ser hosca, cortante, ruda o siquiera altiva. Ni tampoco sería capaz, por mucho que se esforzase, de gimotear o quejarse. Sería cortés y considerada, y procuraría no mostrarse nunca ofensiva ni escandalosa, ni siquiera en su lecho de muerte. Lucius comprendió de una vez por todas el significado de la palabra *patricio*.

—Mi marido duerme en este momento. Está muy cansado y no quiero molestarle. ¿Tienes algún asunto importante que discutir con él? Y, si es así, ¿estás seguro de que no hay nada que yo pueda hacer para ayudarte?

Lucius se descubrió cayendo sobre una rodilla.

—Mi señora Calpurnia —dijo—, un miembro de mi servicio doméstico ha sido denunciado como enemigo de tu esposo. La Cohorte Pretoriana le ha arrestado por orden de Marco Antonio. Es un liberto mío, un físico griego llamado Filo. Creo que le conoces. Estoy seguro de que ha habido un error en alguna parte. Filo nunca ha sido enemigo de nadie, y menos aún de tu marido. Estoy seguro de que no puede haberse implicado siquiera marginalmente en ninguna conspiración.

Calpurnia se acercó a Lucius y extendió la mano para coger la suya, indicándole que debía levantarse. Él obedeció.

—Sí, conozco a Filo, y no, no puedo creer que quisiese hacerle daño a nadie, ¿pero no podría esperar esto hasta la mañana?

—Mi señora... —Lucius tomó aire, intentando dar con alguna forma de expresar la urgencia de la situación a una mujer cuya vida la había aislado de tal forma de las crueles realidades a las que suponía que Filo se estaba enfrentando en aquel momento.

—Lo que intenta decir es que tras una noche de interrogatorio brutal e intensivo a manos de Antonio y esos buenos pretorianos, ni la propia madre de Filo sería capaz de reconocerle.

Lucius vio a César de pie a la sombra de la columnata, con aspecto malhumorado y molesto.

—Dame, por favor, una buena razón por la que no deba mandarte a la misma celda del Tullianum para que le hagas compañía a Filo.

—Porque entonces estarías castigando a dos hombres inocentes en lugar de a uno.

—¿Y estás dispuesto a dar tu palabra de que tu amigo es inocente de todas y cada una de las acusaciones que han llevado a su arresto?

—Lo estoy, César.

—¿Aun arriesgando tu propia vida si resulta que te equivocas?

—¡Sí! Sí, César, lo estoy.

—Tan seguro estás de él.

—Sí.

Calpurnia volvió la espalda a Lucius, acercándose a su esposo con elegancia. Se detuvo a su lado, poniéndole una mano sobre el hombro, y le susurró algo al oído. Después, sin mirar a Lucius, se marchó por una puerta del porche. Una doncella esperaba con una lámpara en la mano para escoltarla de vuelta a su cámara.

Los ojos de Lucius la siguieron casi en contra de su voluntad. Cuando Calpurnia se hubo marchado, volvió a mirar a César.

—Sí, es muy bella —dijo César.

—No es sólo eso —respondió Lucius, encontrándose como era habitual con el paso cambiado, admirando a la mujer sobre cuya mente hacía conjeturas toda Roma. Y lo que era peor, delante de su marido.

—Sí, estás en lo cierto. —César se volvió a uno de los soldados—. Trae mis cosas de escribir.

El soldado volvió con una caja de cuero que, al abrirse se desplegaba en un pequeño escritorio. La aguantó en su sitio mientras César garabateaba rápidamente unas líneas sobre una hoja de papel. Cuando terminó de escribir, César dobló la hoja y se la entregó a Lucius, que se inclinó, disponiéndose a salir.

—¿No estás interesado en lo que dice?

—¿Debería estarlo?

—No —dijo César—. Sólo es una orden para que tu amigo quede libre bajo tu custodia.

—Gracias, pero me disculparás si me marchó enseguida. Me asusta un poco...

—... lo que pueda ocurrirle mientras pasa el tiempo —completó César. Se volvió

para hablar con uno de los soldados, que asintió y se marchó. Luego César precedió a Lucius y Oreja Cortada hasta la puerta, donde recuperaron sus armas.

A la luz de la antorcha, César vio claramente el rostro del galo por primera vez.

—Oreja Cortada... ¿Cómo iban las cosas con Ambóruux?

Oreja Cortada gruñó para sí.

—Comer, dormir, sacrificio a los dioses familiares. Comer, dormir, sacrificio a los dioses familiares. Mismo todos los días. Sin fin. No divertido. No pelea. Todas las mujeres viejas. Cama estrecha, dura y fría. Mala paga.

—¿Y has cambiado de patrón?

—¡Ajá!

—¿Qué piensas del nuevo?

El galo miró a Lucius de pies a cabeza.

—Hay más en él de lo que se ve.

César asintió: Lucius tenía prisa.

—No te preocupes: he enviado a un soldado por delante. Tu amigo no tendrá que preocuparse por más intentos de *persuasión*.

Lucius se estaba ciñendo la espada. Cuando levantó la vista, César ya se había ido.

Un destacamento de caballería aguardaba junto a la puerta. Escoltaron a Lucius hasta la villa de Antonio, pero sólo a una puerta de servicio, que incluso a aquellas horas era un hervidero de soldados. Lucius entró a caballo en el patio y desmontó.

Filo, sostenido por varios soldados, era una visión espantosa. Su túnica estaba cubierta de manchas de sangre, viejas y frescas, y también su manto. Era obvio que le habían roto la nariz. Tenía un ojo morado y cerrado del todo, y el otro purpúreo y abierto sólo un poco, con las pestañas manchadas de sangre. Los labios estaban partidos e hinchados. Pero lo peor de todo era el espantosamente sugestivo olor a carne quemada que flotaba en torno a su cuerpo.

Lucius entregó la orden de César al centurión al mando.

—¡Ayúdale! —dijo a Oreja Cortada. Entre los dos sostuvieron al griego, uno por cada brazo—. ¿Puedes cabalgar? —preguntó.

—Sí —contestó Filo—. Puedo arrastrarme, andar y hasta volar si te apetece. Haré lo que sea por salir de aquí.

Lucius sintió un indescriptible alivio al ver que, a pesar de sus heridas, era el viejo Filo quien hablaba, su amigo.

Pero Filo no tuvo que cabalgar: el soldado de César había alquilado un carruaje. No era gran cosa, sólo una carreta de dos ruedas tirada por una arisca mula, con un asiento a cada lado y otro en la parte de atrás, con gastados cojines de cuero y una lona arriba para proteger a los ocupantes del viento, que empezaba a soplar a medida que la noche se hacía más fría. Había un conductor sentado tras la mula.

Lucius se unió a Filo en el carro. Oreja Cortada desdeñó el ofrecimiento con un gruñido, quedándose a caballo junto al soldado detrás de la carreta para emprender el

viaje de vuelta a casa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Lucius.

—No lo sé. Sólo sé que estaban esperándome cerca de la casa de Gordus. Pobre Marcia, intentó defenderme y estuvo a punto de recibir una buena bofetada. Le dije que no se metiera con toda la severidad que pude: me daba miedo pedirle que te diese la noticia, por si acaso también la arrestaban.

—Probablemente lo hubiesen hecho, pero no hizo falta que le dijeras nada. Ella lo sabía, y encontró alguien a quien enviar con el mensaje.

Filo asintió, sin preguntar nombres.

—Sea como sea, me llevaron ante Antonio. Por un momento me sentí aliviado, pero me acusó de ser un mentiroso. Pedí, en realidad supliqué, degradándome de una forma que duele recordar, pero no tanto como lo que pasó después.

»Por supuesto, Antonio no prestó atención. De hecho, me dijo que no hiciese el ridículo de aquella forma porque no me serviría de nada. Luego se volvió hacia sus amigos: no me dijeron sus nombres ni yo los oí... y luego estaba demasiado... ocupado para preguntar por ellos.

»Primero me enseñaron todos sus juguetitos. Aquello no fue demasiado malo, aunque tendían a golpearme mientras me explicaban sus usos. Pero luego empezaron a hacer demostraciones prácticas conmigo. Estaría en peores condiciones... —Bajó la mirada a sus manos, entumecidas y magulladas, pero por lo demás intactas—. Pero se descuidaron y pude liberarme. Ya me entiendes, para entonces sólo esperaba poder persuadirles para que me matasen, porque no tenía ni idea de si Marcia habría podido ponerse en contacto contigo, ni de si podrías hacer algo para ayudarme. —La voz de Filo iba volviéndose ronca a medida que hablaba.

Lucius apartó la mirada del rostro de su amigo.

Doblaron una esquina y el viento les dio en la cara. Lucius bajó la capucha de Filo, ciñéndole bien la capa.

—¿Sabes que el viento sienta bien? —dijo Filo—. Es como si embotase todos los puntos que aún duelen. Bueno, como te iba contando, un enorme matón, que probablemente ni siquiera conocía su propia fuerza, me golpeó en la cabeza, dejándome ausente de los acontecimientos durante lo que supongo que fue un buen rato... varias horas, de hecho. Cuando por fin desperté, mi mente no estaba despejada. Como no soy un completo idiota, procuré dar la impresión de que estaba más aturdido de lo que estaba en realidad. Para entonces, Antonio ya había vuelto y estaba maldiciendo a sus ayudantes.

»No cayó en mi pequeño engaño, pero ordenó que me diesen algo de pan y vino. No creo que fuese por amabilidad, sino que simplemente me estaban preparando para más interrogatorios... Pero oí llegar a un mensajero, y me dejaron solo. ¿Qué hiciste? ¿Cómo has conseguido sacarme? Por cierto, no creo haber visto nunca nada más hermoso que tú y quien sea tu nuevo... ¿Cómo debo llamarle? Pero estoy hablando demasiado. No me escuches: no puedo pensar con claridad. Es posible que no

estuviese fingiendo... El golpe en la cabeza...

—Calla —dijo Lucius, señalando al conductor del carro—. Ya hablaremos en casa.

Cuando llegaron a la villa, la luna de invierno ya estaba baja, pero el patio estaba bien iluminado. Aristo le esperaba en compañía de Alia. La mujer empezó a cloquear cuando vio a Filo, ayudándole a bajar del carro y a ir a su habitación.

Lucius no se había dado cuenta de que le gustase el médico, pero cuando vio barrida la habitación de Filo, su cama hecha y sus cosas pulcramente dispuestas, comprendió que Alia sentía algo por él.

Aristo llevó agua caliente y ropa limpia para el griego, y lino para sus vendas. Alia, que tenía mucha experiencia en ello, limpió y vendó las heridas, incluyendo algunas feas quemaduras.

Lucius preguntó dónde estaba su hermana.

—Se ha ido —dijo Aristo—. A la Galia. Volvió de visitar a Cleopatra y me dijo algo que indicaba su insatisfacción con alguno de sus agentes allí, quejándose de que si quieres algo bien hecho, tienes que hacerlo tú mismo. Luego añadió «Mató a cinco de ellos. Envié a seis y ella mató a cinco. ¿Puedes creerlo?». Yo le pregunté «¿Crear qué?», pero ella no contestó, ni dijo cuándo pensaba volver. Por cierto, te he encontrado un criado: el portero. Lleva años encadenado en esa garita, desde que tu madre murió. Creo que tu padre estaba enfadado con él por haber sido un poco demasiado leal a tu madre.

—¿Por llevarle bebida, quieres decir?

Aristo adoptó una expresión dolorida, similar a la de un enfermo de estreñimiento agudo, pero no dijo nada.

—Estupendo —dijo Lucius.

—Es limpio, discreto y nada chismoso. Y estará agradecido de escapar de lo que ha sido un largo encierro para él. Flaco y Africano ocuparán su lugar, al menos hasta que tu hermana vuelva a casa: entonces podrá disponer de ellos como quiera. Su comportamiento contigo fue una falta muy seria, como el de Firminius: eres el jefe de esta casa, como mayor descendiente masculino por la línea directa.

»Eres el *paterfamilias*, el cabeza de familia. Todos los que viven en esta casa, libres y esclavos, incluyendo a tu hermana, están bajo tu *potestas*, tu autoridad. Ellos te amenazaron ante un testigo. No he actuado antes porque no hiciste valer tus derechos, pero ahora que lo has hecho, creo que debo ponerme del lado de la ley y apoyarte. Aunque tengo que decir que desapruebo tu indulgencia con Flaco y Africano: creo que han cometido una ofensa muy grave, y que deberían quedar encadenados hasta la vuelta de tu hermana.

—Gracias —dijo Lucius con la apropiada gravedad.

—Ahora, con tu permiso...

—Ciertamente.

Aristo se alejó con la nariz alzada, rodeado por su habitual aire de educada

desaprobación.

Alia terminó con su tarea y salió de la habitación de Filo. Oreja Cortada le dio una palmada en el trasero cuando se marchaba, y ella le dirigió una mirada de irritación como diciendo *¿Quién eres para tomarte esas familiaridades conmigo?*

—Tengo oro —dijo el galo.

—Mmmh... —contestó ella, pero no había censura en su expresión.

Era un poco vieja para Lucius, o al menos nunca había pensado en ella en aquel contexto, pero su cuerpo era firme, de caderas anchas y grandes pechos. Su cara no era bonita, con una nariz ganchuda y prominente y mandíbulas de tortuga, pero al parecer Oreja Cortada la encontraba de su gusto.

Lucius entró para ver a Filo, pero se detuvo ante la puerta junto al galo.

—¿Alia? —preguntó.

—Algunas mujeres, problemas. Problemas con los hombres, con el dinero, con parir como conejas, con no trabajar, con mal genio y cuchillos, con celos siempre, con descuido y dejarse robar, con vino. Ésta coge paga, calla, no problema. Sí, es buena.

Lucius asintió.

Filo yacía en su nueva cama, más cómoda que la que había tenido antes. La parte superior de su cuerpo estaba vendada, y la inferior cubierta por sábanas de lino y una colcha. Había una lámpara en la habitación, pero tenía las pupilas contraídas. Había tomado opio.

—¿Lo mezcló ella o lo hiciste tú? —preguntó Lucius.

—Yo. No soy tan idiota como para confiar eso a otra persona.

—Acudí al mismo César.

—Por los truenos de Zeus... Corriste un riesgo terrible.

—Sí. Lo que quiero saber es si mentí a César al jurarle por mi vida que no estabas metido en ninguna conspiración contra él.

Filo se quedó callado por un rato... Tanto tiempo que Lucius pensó que se había dormido.

—¿Y bien?

—No —dijo Filo—. No mentiste. Pero...

—¿Pero qué? —Lucius miró a su alrededor para asegurarse de que la habitación estuviese vacía. Estaban solos, y además la puerta estaba cerrada y la única ventana era una abertura en el techo.

—Sé algo.

Lucius se contuvo para no gemir haciendo un esfuerzo de voluntad.

—¿Qué? —preguntó entre dientes.

Filo se lo dijo.

—¿Y por qué demonios no se lo dijiste a Antonio desde el principio?

—Porque es un rumor. Las fuentes de las que lo oí no son precisamente intachables. Además, de haberlo dicho, nuestro ilustre consejero hubiese decidido que

sabía más cosas y las ocultaba. Y seguido adelante con mi... entrevista. Decidí que una postura de completa inocencia era la más sagaz que podía adoptar en tales circunstancias.

—Tarde o temprano te hubiesen sacado la verdad.

—La verdad no tiene nada que ver con un hombre sometido a tortura. Tarde o temprano hubiese inventado algo... lo justo para que se detuviesen. Ahora sabes lo mismo que yo. Ve a César si quieres, pero dímelo con tiempo para que pueda preparar un veneno.

—Debo hacerlo. Le di mi palabra —contestó Lucius miserablemente.

—¡Estupendo! He tomado demasiado opio para preocuparme: eres un ciudadano romano, y sólo te decapitarán.

—Ah, madre de los dioses —dijo Lucius, pasándose los dedos por las mejillas—. Quizá me dejen suicidarme.

—Eso no es más divertido que la decapitación, Régulo.

—Régulo era un hombre de honor. Además, siendo quien soy, tengo una ventaja al tratar con César.

—La ventaja es de César —dijo Filo—. No es idiota, y no estoy seguro de que puedas decir lo mismo de su violento amigo. Sospecho que llegarás a casa con la cabeza todavía sobre los hombros, y sin peligro de perderla en el futuro inmediato. Los que me preocupan son los conspiradores: parece haber muchos, y su rango es tan alto que no se tomarán nada bien que haya pajaritos contando cuentos al oído de César. O, como le dijo un veterano, vigila tu espalda, mi señor, vigila tu espalda.

Maeniel entró en el granero a primera hora de la tarde. No había ventanas y estaba oscuro. Oyó a Actus antes de verle acercándose por la izquierda, el cuchillo en posición, listo para clavárselo bajo las costillas. Reaccionó como Dryas le había enseñado, haciendo que su oponente soltase el cuchillo con un golpe de antebrazo. Le alegró ver que la técnica funcionaba bien. De hecho, se alegró tanto que no pensó en hacer otro movimiento mientras Actus se las arreglaba para golpearle en la cara. Pero el golpe no le alteró: se limitó a coger al pelirrojo y arrojarle contra la pared.

Actus pareció aturdido por un instante. Luego se dejó caer hasta quedar sentado en suelo y se puso a gritar.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Maeniel.

No obtuvo una respuesta coherente, pero ya sabía que los humanos estaban locos. Harían las cosas más peculiares en los momentos más inoportunos. Cogió a Actus del cuello, como hubiese hecho con un cachorro en plena rabieta, y lo arrastró fuera del granero hasta el medio tronco ahuecado que servía como abrevadero para los caballos. Dio un par de puñetazos para romper la fina capa de hielo de la superficie, y luego metió la cabeza de Actus por el agujero.

Actus emergió farfullando y berreando, y Maeniel volvió a hundirle la cabeza;

salió farfullando, y Maeniel lo hundió por tercera vez. El rostro de Actus había cobrado un interesante matiz azulado de huevo de petirrojo, con labios púrpura y ojos fijos. El agua goteaba de su nariz y su boca. Maeniel lo miró dubitativo.

Dryas llegó a la carrera y le ayudó a llevar a Actus de vuelta al granero.

—No le he matado, ¿verdad? —preguntó Maeniel ansiosamente.

Dryas apoyó a Actus sobre una bala de heno.

—No —dijo—. El color le está volviendo a la cara. —Al mover el pie, pateó algo que se deslizó sobre el suelo—. ¡Un cuchillo! ¿Qué...?

—¡A mí no me mires! Yo no quería hacerle nada. Al menos, esta vez no. Sigue furioso porque le golpeé en la cabeza, le robé su ropa e intenté que Imona huyese conmigo. La menor ofensa os enfurece, y sois las criaturas más rencorosas de la tierra. Incluso un alce olvidaría en una semana o dos que yo le hubiese perseguido... pero no uno de vosotros. Además, intentó echarme vino a los ojos. Falló porque, como hombre, mis ojos están mucho más arriba que cuando... ¿Por qué te estoy explicando esto? Intentó clavarme un cuchillo en las costillas, y se lo quité. Hubiese podido clavárselo yo a él. De hecho... —Alargó la mano hacia el cuchillo entre las sombras.

—¡No! —gritó Dryas, apartándole de Actus—. ¡No, no! ¡Por favor, no! Ahora está indefenso.

Maeniel sostuvo el cuchillo de Actus, una cosa larga, oscura y de hoja estrecha con empuñadura de colmillo de jabalí.

—Ya veo —dijo con ferocidad, y Dryas le miró como miraría a un perro grande y malo que se hubiese soltado del collar. Él captó su mirada y retrocedió con expresión asqueada—. Me tienes miedo. —Señaló a Actus—. Pero es ese idiota quien debería preocuparte. —Se dio la vuelta y clavó el cuchillo en el quicio de la puerta. Luego lo partió justo bajo la empuñadura y salió del granero.

Actus, que no había llegado a quedarse inconsciente, se tambaleó. Le goteaban la nariz y los ojos.

Dryas le olfateó bien, reculando un poco.

—Estás borracho.

Actus le escupió a la cara y dijo varias cosas con voz grave, muchas de ellas en latín. Aquel idioma tenía un vocabulario sexual bastante rico, gran parte del mismo ofensivo y denigrante. Después volvió a sollozar y salió a la calle.

Maeniel caminó hasta la puerta de la empalizada. «Mujer de la noche» era como recordaba a la reina de la locura, la hembra de la procreación, la creación y, por fin, la destrucción.

—¡Mujer de la noche, odio ser humano! —gritó, pero la única respuesta que obtuvo fue el viento invernal en su rostro.

Las nubes se acercaban desde el norte, con sus pequeñas y afiladas hojas de cellisca y nieve. Recordó al lobo con una profunda añoranza que creía haber dejado atrás.

¿Llegaría algún día en el que pudiera olvidar la agradable sensación del pelaje, no la piel, llevando su calidez consigo? ¿La forma en que sus zarpas se apoyaban en el suelo helado? ¿La resistencia que nunca se agotaba cuando necesitaba correr? ¿La velocidad otorgada por cuatro patas en lugar de la torpe lucha con sólo dos?

La belleza del silencio, roto sólo por el murmullo del agua o los sonidos como campanas de la nieve al caer, el viento suspirando entre los abetos de la montaña, el canto de los pájaros en primavera y verano mientras corría junto al río al amanecer... todo ello opuesto a la incesante jerigonza, al continuo ataque de sonidos lanzados por aquellas farfullantes criaturas.

Se detuvo y tomó aire. El viento invernal le quemó la garganta y los pulmones.

El morro de un lobo es largo, y calienta el aire a medida que pasa por él. Como humano, Maeniel carecía de aquella comodidad. Añoraba la libertad más allá de los muros de aquella ciudad medio en ruinas. Ansiaba cruzar el río cubierto de nieve e internarse en el bosque helado a la otra orilla. Pero si lo intentaba sin llamar al lobo, probablemente moriría. No, estaba encerrado allí. Encerrado como aquellos acobardados humanos, temiendo el frío y la nieve, asustado de la larga noche invernal.

No, estaba atrapado allí, trabajando como un esclavo. Al principio no había sido consciente de su posición. Hacía lo que fuese necesario hacer. Pero no le costó mucho tiempo darse cuenta de que las mismas tareas que le encomendaban tan a menudo sólo las realizaban las mujeres o los hombres más despreciados de la comunidad.

Separado de la parte más importante de sí mismo, solitario entre aquellas infelices criaturas, gastaría su vida como sirviente entre los restos de un pueblo derrotado. No pasaba por alto la atmósfera de desesperación que pesaba sobre aquel último refugio de lo que había sido antaño un pueblo orgulloso.

Podía sentir su dolor y su desesperación. La tragedia era tan palpable para él como el frío llevado por el viento invernal.

Mir le llamó desde un lugar bajo el alero del gran salón principal. El anciano contemplaba en silencio la caída de la nieve.

Maeniel se acercó y se quedó a su lado. A su pesar, le gustaba Mir. Una de las razones era que cuando no tenía nada que decir, no decía nada. Blaze parecía incapaz de callarse, y Dryas... bueno, Dryas era un misterio. A veces la odiaba. Otras veces la temía. Recordaba el deseo que había sentido por ella, pero, como había dicho, ahora era una mujer de nieve.

Mir se rascó el puente de la nariz.

—Hay un banquete esta noche —dijo—. Cynewolf está teniendo problemas con su gente. ¿Sabes algo de cazar?

Miró al anciano, profundamente molesto, hasta que se dio cuenta de que bromeaba.

—Un poco —dijo.

Una hora más tarde, Maeniel se encontró sobre un caballo, recorriendo la orilla

del río con el viento de cara. Estaba bastante caliente. A su discreta manera, Mir era el más eficiente de los tres.

Blaze caía fácilmente en lo esotérico. Por ejemplo, con la cuestión «¿Se mueven las estrellas?», entretuvo al lobo durante tres horas, empezando por lo que significaba moverse. «¿La tierra es plana o redonda? ¿Cuál es la partícula indivisible más pequeña?».

Dryas divagaba con asuntos como «Si un guerrero tiene prohibido beber hidromiel cuando ya ha salido la luna, pero descubre que para salvar la vida de un amigo debe beber hidromiel tras la salida de la luna, ¿qué es peor?, ¿beber el hidromiel o sacrificar la vida de un amigo a la letra de la ley?».

El lobo consideraba aquello una completa y absoluta tontería. Él bebería hidromiel tras la salida de la luna, el sol o cualquier otra cosa para salvar a un amigo. Pero aceptaba que la situación podía ser un terrible dilema.

Mir sólo se preocupaba por hacer que se vistiese de forma adecuada y encontrarle una montura razonablemente tranquila. Algunos caballos tendían a volverse poco manejables cuando percibían su olor.

Maeniel llevaba una túnica gruesa, pantalones sueltos con calzas cruzadas, un manto de lana, botas claveteadas y unas buenas medias.

Estudió el pantano y la orilla del río con ojo experto. Los ciervos eran la caza más habitual cerca del *oppidum*. A medida que oscurecía, dejaban sus refugios en los pantanos y entraban en los campos abandonados para alimentarse con los restos de grano que encontrasen. Podían dar con manzanas silvestres, hierbas e incluso escaramujos.

Su silla era sólo una triple capa de mantas. Llevaba tres jabalinas en un carcaj de cuero colgado junto a la rodilla. Mir le había dado las mejores de Dryas, con astas de freso y puntas de acero. Las hojas eran estrechas, pero afiladas como cuchillas y de bordes dentados para que no fuese fácil arrancarlas.

Para Dryas, era el mundo de la bruja, la reina del invierno. El marrón, el negro, el verde y el gris eran sus colores. El semilobo corría a través de un reino de desolación adornado por sus símbolos.

La madera y la ciénaga eran negros, pues la humedad se filtraba en los troncos de los árboles, volviéndolos del color del barro húmedo, pero las ramas altas eran marrones, salvo por los festones de muérdago verde pálido.

La hierba muerta era de otro tipo de marrón, un color más rico y oscuro allí donde se mezclaba con los árboles, pero con un matiz plateado donde el agua se encontraba con la tierra y la escarcha cubría la hierba muerta. El cielo era del gris de la niebla, manchando el agua del pantano y el río. Allí no se había helado, sino que borboteaba entre las rocas. Sólo estaba quieta en los bordes. Los calmados estanques y el furioso río parecían uno con el frío cielo gris.

El hombre es el vencedor, pensó. El vencedor en el antiguo juego de la supervivencia.

Cuando hubo perdido de vista el *oppidum*, puso el caballo al paso, manteniendo al animal cerca de la ciénaga y lejos del río. Estaba acostumbrado a ayudar al caballo a escoger una ruta sobre tierra sólida, de forma que el animal pudiera moverse en silencio en el oscuro bosque. El viento seguía dándole en la cara.

El *oppidum* estaba situado en una colina. En las cercanías, la pendiente era tan pronunciada que, en algunas ocasiones, el lobo tenía problemas para mantener a su montura sobre suelo firme. Pero la tierra volvió a nivelarse. Había habido granjas allí, cuando el pueblo era el centro de una poderosa tribu. Aunque aún eran trabajadas, los granjeros vivían en el *oppidum*, asustados de morar en su tierra.

Maeniel llegó al borde de una gran propiedad, dividida en pastos y tierra de labranza. Cabalgó con más cuidado. Había huellas de ciervos, con su forma característica. Entonces los vio, formas pardas, un rebaño invernal de solteros: todos machos, con astas que llegaban a las seis puntas.

Hizo que su montura se acercase al bosque, muy despacio. Seguía teniendo el viento de cara. El caballo se movió lentamente, llevándole cada vez más cerca de los ciervos.

Cuando juzgó que estaba lo bastante cerca, sacó una de las lanzas e hizo que el caballo saliese al galope. Los ciervos habían estado comiendo cerca del río, y buscaron un terreno más alto.

Soltó la primera jabalina como le había enseñado Dryas, fallando. Sintió que el caballo aceleraba el galope.

Varios de los machos más grandes y viejos desaparecieron tras una elevación del suelo. Se dio cuenta de que tenía la segunda jabalina en la mano sin ser consciente de haberla cogido.

Un joven macho saltó justo ante él, y lanzó la jabalina de forma automática.

Estaba seguro de haber fallado, pues el ciervo se elevó con la gracia de un pájaro para saltar un bajo muro de piedra. La jabalina y el animal se encontraron en mitad de salto. El ciervo murió al instante, cayendo hecho un guiñapo junto al muro.

El caballo subía por la loma, con los muslos de Maeniel bien apretados y su cuerpo inclinado sobre el cuello del animal. Tenía otra jabalina en la mano. Vio abajo al rebaño formando un semicírculo, los dos líderes a punto de entrar en el pantano. Los ciervos de los extremos eran los blancos más fáciles, pero se trataba de animales muy jóvenes, de un año como máximo.

El ciervo que estaba más cerca de los árboles se encontraba en su plenitud, un gran macho de cuatro puntas. Maeniel tomó su decisión, no como lobo sino como hombre. Ni siquiera sintió que la lanza abandonaba su mano, pero un instante después, estaba clavada en el hombro del mayor de los machos, que se desvaneció entre la espesura.

Maeniel saltó del caballo y empezó a correr de inmediato. El rastro de sangre estaba muy claro, con grandes gotas escarlata entre los árboles. Podía oír al animal por delante de él, abriéndose camino entre los matorrales, y el golpear de sus pezuñas

al salvar la barrera de vegetación.

Se cubrió el rostro con el manto para protegerlo de las espinas y zarzas y siguió el rastro, metiéndose por el agujero que había abierto el ciervo.

En un instante estaba al otro lado, justo a tiempo de ver al ciervo saltando a una zanja que llevaba al río. No apareció al otro lado, pero Maeniel no frenó el paso hasta llegar al borde.

El ciervo yacía muerto en el fondo, con las patas estiradas, la lengua saliéndole de la boca y los ojos fijos en el vacío.

Maeniel vio que tenía el cuchillo en la mano. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo sacaba. Se quedó de pie por unos momentos, escuchando cómo el silencio se asentaba a su alrededor.

Sí, pensó.

—Sí —dijo en voz alta—. Somos el rey de los asesinos. —Un lobo hubiese cazado a uno de los ciervos más lentos, buscando a los animales viejos, heridos o débiles del rebaño. Pero un hombre no. Él había escogido la mejor pieza porque tenía los medios y la habilidad para hacerse con ella, para él y para los suyos.

Entonces recordó que otros serían los primeros en elegir su carne en el banquete de la noche. La parte del campeón sería para otros hombres, no para él. Y la cebada que había desayunado se le agrió en el estómago.

Bajó por el terraplén, agarró al ciervo por las astas y tiró de él hasta lo alto, donde empezó a despiezarlo. Antes de terminar, se comió el corazón y el hígado, aún calientes y humeando en el frío aire. Sabían bien. Dejó la carne sobre la rama más baja de un árbol y fue en busca del otro animal.

Cuando ambos ciervos quedaron limpios y preparados, se sintió más caliente y bien alimentado: también se había comido el corazón y el hígado del segundo.

El caballo, con el sudor secándose en sus flancos, esperaba en campo abierto junto a los que había sido una granja.

Maeniel tenía las manos sucias, y fue al río para lavárselas y limpiar su cuchillo, además sería más seguro dejar que la carne se enfriase antes de cargarla sobre el caballo. El animal era tranquilo, pero no quería tener que pasar un rato hablándole para que se calmase. Los caballos tienden a ser cabezotas y poco susceptibles a la persuasión racional. Mientras trabajaba en los establos, Maeniel había llegado a hablar un poco de su lenguaje... no mucho, pero sí más de lo que cualquier humano lograría jamás. Como los humanos y los lobos, variaban mucho en cuanto a inteligencia y carácter, pero parecían propensos a cruzar la línea de la rabia o el pánico irracionales mucho más rápido que los humanos o los grises. Probablemente era una ventaja, teniendo en cuenta que su supervivencia dependía de las reacciones automáticas a las amenazas de la naturaleza y los depredadores. Pero aquella tendencia suya era un engorro para los humanos que los esclavizaban y esperaban un mínimo de contención e inteligencia incluso de sus esclavos, humanos o no.

Cerca del río, encontró un pequeño estanque excavado en una zona baja. Parecía

haber tenido compuertas para llenarse cuando el río subiese y permanecer lleno cuando el río fuese bajo.

Probó a acercarse al borde y descubrió que la tierra a su alrededor estaba blanda. Al aproximarse al agua, se hundió casi hasta los tobillos.

Al principio le molestó, pero luego se despertó el lobo. Aquello sorprendió al hombre, porque había empezado a creer que su *alter ego* se había ido para siempre. Le miró con sus ojos amarillos desde algún lejano lugar de exilio.

¡Necio! Las palabras se formaban en su cerebro a raíz del disgusto de su hermano de pesadilla. *¿Tanto te has entregado a su fácil ceguera ante el mundo que te rodea que no puedes oír el aviso que el viento y el agua gritan a tu nariz y a tus ojos?*

Sí, la tierra estaba removida a los bordes del estanque por las pisadas de hombres y caballos. Maeniel guardó silencio, como el lobo, su mente vacía de todo lo demás, intentando leer la información que le llegaba.

Hombres, sí, no, no sólo hombres, soldados: cuero, acero, sudor pero no miedo. ¡Una mujer! Una mujer joven, indicios de perfume, de cruda sexualidad, de ira. Una hembra dominante, como la madre de la manada. Caballos, monturas militares. Habían parado allí para aliviarse, sí, incluso la mujer, entre los sauces y cerezos junto al agua. Luego habían comido, cocinado comida: carne, pan, queso... Y esperado a alguien. La ausencia de olores de ira indicaba que no estaban de caza ni atacando a nadie.

¿Qué, entonces? ¿Qué estaban haciendo? Empezó a dar vueltas muy despacio. Actus.

Actus, capas de olores. Hombre, ropa, sudor, bebida. Actus tenía el olor característico de los humanos que bebían mucho vino. Ira y enfermedad, olores propios suyos. Él y sólo él dejaba aquella firma en el aire, en el suelo, sobre las hojas, los árboles, las ramas y los arbustos cuando pasaba. Tan reconocible como un rostro para un ser humano.

Maeniel ya conocía y entendía mucho mejor a los humanos, pero aquello le intrigó. No se sentía alarmado: se habían ido, así que no suponían una amenaza para él ni para nadie.

Encontró un punto donde lavarse las manos y limpiar su cuchillo, en un agujero en el hielo junto a la orilla. Frotó la hoja del cuchillo con sebo de ciervo antes de envainarlo de nuevo.

El cielo estaba oscureciéndose, pero la luz en el borde de las nubes era brillante, y un pálido y marchito sol relucía a través de ellas, espolvoreando el gris y pardo paisaje invernal con su luz dorada.

Maeniel pensó en la belleza tal y como la percibían los hombres. Sí, los lobos también la conocían. Un sentido de la corrección, el diálogo entre el espíritu de la vida y las almas de quienes iban y venían en las mareas del tiempo. No importaba lo que le ocurriese, actuaría bien en el mundo, ya fuese como lobo o como hombre, y sería fiel a sí mismo en todo caso.

La luz dorada acabó por desvanecerse, y Maeniel volvió a subir por el terraplén, cargó la carne de ciervo sobre el caballo y regresó al *oppidum*.

Mir estaba esperando en la puerta cuando llegó, guiando al sobrecargado caballo. El anciano se llevó al animal al establo y dijo a Maeniel que fuese a ayudar al cocinero.

El gran salón estaba siendo preparado para el banquete. Había antorchas ardiendo en las paredes. Una docena de piezas de carne colgaban ya sobre el fuego en el centro, y los dos ciervos se unieron a ellas en pocos instantes. El macho de cuatro puntas se ganó una boqueada de admiración de los presentes, que empezaron a bromear sobre quién reclamaría la parte del campeón de una bestia tan espléndida.

Maeniel salió del salón y fue a visitar a Mir. Mir, él, Dryas y Blaze tenían sus alojamientos en el mismo sitio: habían ocupado un edificio medio en ruinas en el extremo más alejado del campamento. Cuando llegaron, la habitación estaba vacía, el tejado roto, y la nieve había entrado para cubrir un suelo ya estropeado por la lluvia. Limpiaron todo, cubrieron las ventanas con pergamino encerado, repararon el tejado y se establecieron allí. Dryas y Mir dormían en lechos encajados en huecos de la pared. Blaze tenía un jergón, y Maeniel se estiraba sobre una mesa.

Había entablado amistad con una mujer, Evars: era la encargada de barrer el suelo, lavar sus ropas y sábanas y extenderlas sobre la nieve para expulsar a las chinches. Dryas era limpia y pulcra, al estilo de los soldados, pero no doméstica: Evars podía cocinar, y normalmente lo hacía, incluso cuando no era necesario, como aquella noche. Una sopa borboteaba en el caldero. Mir estaba leyendo, Blaze escribiendo, y Dryas afilando las tres jabalinas que había usado Maeniel.

El lobo se sirvió un tazón de la sopa caliente y se sentó a la mesa.

—Quiero la parte del campeón esta noche —dijo.

—No seas idiota —dijo Blaze, sin dejar de escribir.

Mir siguió leyendo.

—¿Eh, cómo?

Dryas pasó la piedra de afilar por la punta de la jabalina.

—Es tuya si la quieres —dijo—, pero probablemente tendrás que matar a uno o dos hombres para conseguirla.

Blaze y Mir levantaron la mirada, como dos pájaros en una fuente que hubiesen oído el mismo ruido.

—No es lo bastante bueno —dijo llanamente Blaze.

—¿O sí lo es? —preguntó Mir.

—Lo es —contestó Dryas. Luego se volvió hacia Maeniel—: Sí, lo eres. Eres el mejor que he visto y, desde luego, el mejor que he entrenado. Si te sientes preparado para aceptar los desafíos de los demás fanfarrones, mantente en tu sitio. No puedo garantizarte que vayas a ganar... nadie podría asegurarlo. Pero creo que es bastante probable.

—No es noble. Su sangre...

—Oh, cállate —dijo Dryas a Blaze—. ¿Qué es ser noble? Él es hijo de la que da la locura, la que inspira profecía a las mujeres y frenesí de batalla a los hombres. Su casa es la casa del lobo. Era su líder, y también lo será aquí entre los hombres.

Dryas podía sentir el colgante en su cuello, y apenas pudo contenerse para no tocarlo. Se arrastraba, se arrastraba como una serpiente bajo su blusa de lino. Maeniel alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—No soy para ti —dijo ella—. Si volviese, tendría que darle un rey a mi pueblo y ya no puedo hacerlo. No soy apta para gobernar.

Mir meneó la cabeza.

—Lobo, un niño alarga su mano hacia el fuego. Dice «es bonito, lo quiero», sin entender la verdadera naturaleza y el peligro de aquello que admira. Tú eres todavía como un niño entre los hombres. Te suplico que mires en tu corazón antes de coger algo sólo porque le parece atractivo a tu ojo inexperto.

—No me llamo Lobo, sino Maeniel —contestó él. Se volvió hacia Dryas—. No se lo habías dicho.

—No. Tu nombre es tuyo, y fue tu protectora quien te lo dio... un nombre y mucho más. Pero el consejo de Mir es bueno. Sopésalo, y luego decide en el banquete cómo debes actuar. Cuando coges una flor, no puedes saber si hay o no una avispa entre los pétalos, o una víbora enroscada en una corona. Pero siendo cierto tipo de criatura, probablemente necesitarás averiguarlo. Así que buena suerte... creo que te hará falta.

Cuando Dryas empezaba a engrasar las puntas de las lanzas, Evars entró para anunciarles el banquete.



18

Lucius organizó el servicio doméstico. El viejo portero, Octus, parecía un excelente criado personal, al menos por lo que a él respectaba. Era tan callado como había dicho Aristo: no importunaba a Lucius, que odiaba que le molestasen. Mantenía limpias sus ropas, le hacía la cama, arreglaba sus cosas y le dejaba tranquilo para dedicarse a lo que quisiera, sin quejas ni comentarios.

Lucius dejó pasar un día. Filo se estaba recuperando bien y ya estaba de pie, caminando por ahí y comiendo todo lo que le llevaba Alia.

Oreja Cortada se mudó a la casa, llevando sus cosas desde la de Ambórux: consistían principalmente en más armas y ropa de lana. El galo era lo bastante sofisticado como para tener un banquero en el Foro, y Lucius sospechaba que su dinero había acabado allí, salvo la moneda que había ganado Alia.

Lucius dijo a Octus que iba a visitar a César y necesitaba vestirse bien. Se dio un baño y Octus le llevó una magnífica túnica de lino y seda color marfil.

—No es mía —dijo Lucius saliendo de la bañera del *tepidarium*.

—Creo que sí. Tu padre te compró muchas cosas bonitas cuando te fuiste a cumplir tu servicio militar. De alguna forma, unas cuantas de ellas acabaron en las habitaciones de Firminius. Aristo las recuperó.

Era una prenda sencilla, pero muy bien cortada y tejida. Luego Octus le puso la toga senatorial por encima.

Ya era cerca del mediodía, y Lucius no se sentía nada impaciente por la entrevista. No pensaba que pudiese acabar decapitado, pero confesarle a César que se había equivocado en cuanto a la ignorancia de Filo no era una perspectiva agradable.

Cuando llegó a la casa del dictador, un soldado le franqueó el paso como la vez anterior, y entró en el mismo peristilo.

Encontraba la residencia sorprendentemente modesta para un hombre de la riqueza y el poder de César. Pero, al pasear alrededor del estanque en el centro del

jardín, empezó a comprender cómo un guerrero cansado de tantas campañas podía sentirse agradecido por volver a un lugar tan tranquilo.

En aquel resguardado jardín, las hierbas invernales —énulas de grandes flores amarillas, salvia con largas púas azules— florecían por todas partes. Aún había rosas, de pétalos que se iban volviendo púrpuras con el tiempo; grandes macizos de romero resplandeciendo junto a cada columna del porche; e incluso caléndulas apiñadas en torno a un reloj de sol bajo un agnocasto de flores azules, que salían como lanzas del denso y aromático follaje. Lirios y lotos egipcios florecían en el estanque junto a una hierba acuática de tono azul que parecía haberse extendido por los márgenes de los estanques del peristilo. Una estatua separaba ambos estanques. Era una figura diminuta, de alguna especie de mármol negro verdoso. Al principio, Lucius lo tomó por bronce, pero al acercarse más vio que era piedra de un color extraño.

Ya era vieja: tenía que haber sido hecha cuando Calpurnia era joven, pues llevaba una *toga praetexta*, la propia de una chica soltera aún por llegar a la madurez. Confirmó a Lucius que antaño había sido extraordinariamente bella. Calpurnia hija de Pisón, esposa de César, nacida para vivir y morir entre ambos hombres.

Recordó cómo la había descrito Filo aquella misma mañana:

—Sí —había dicho el griego—. Una gran señora y una mujer muy enferma.

—¿No se trata de simples celos por César, como dicen?

—No, están equivocados. Ella comprende los deberes y cargas de estar casada con uno de los grandes dragones políticos de vuestra ciudad, y los acepta. Fue criada para asumir sus obligaciones hacia el esposo, la familia, la ciudad e incluso la clase social. Su familia está atormentada por un problema de naturaleza misteriosa y aterradora. Estudié en Alejandría con un especialista en trepanación. ¿Sabes lo que es eso?

—Abrir agujeros en el cráneo.

Filo asintió.

—Exactamente. Calpurnia teme esas jaquecas porque... cree que a veces llevan consigo un conocimiento del futuro. ¿Quién sabe? Puede que tenga razón. Predijo la muerte de su padre y la de su hermana, pero el gran problema es que los dolores de cabeza han ido haciéndose más frecuentes en los últimos años. Han pasado de dos o tres al año a uno cada una o dos semanas.

»Son terriblemente dolorosos, pero breves, de sólo una media hora. Y puedo hacerlos más cortos administrando una mezcla de opio, matricaria y valeriana. Pero Calpurnia necesita la cirugía y no quiere someterse a ella. Creo que es su única esperanza, pero ella teme que pueda dejarla trastornada o que no sirva para nada, ambas posibilidades muy reales. A veces, sencillamente no funciona.

»Un pariente de su madre se sometió a la trepanación y estuvo una semana como muerto. Entonces, para mortificación y disgusto de sus familiares, que ya estaban repartiéndose sus propiedades, se recuperó por completo y sobrevivió hasta una edad avanzada. No obstante, su hermana quedó privada del oído y el habla, perdió el uso

del lado derecho de su cuerpo y murió, como una de las hermanas menores de Calpurnia: tras una noche aparentemente tranquila, fue encontrada muerta por sus criados cuando fueron a despertarla por la mañana.

—Qué misterioso —dijo Lucius.

—Sí, mucho, pero al menos tiene en mí a alguien que se toma su dolor y su miedo en serio y no lo atribuye a su posesión de un útero en lugar de un rabo y unas pelotas. Estoy seguro, por mi experiencia en Alejandría, de que su enfermedad es real y bastante peligrosa.

—¿Y eso?

—Los síntomas en aumento. Cuando este desorden es benigno, y puede serlo, la frecuencia y duración se mantienen estables. Pero cuando no lo es, y la frecuencia o la gravedad aumentan rápidamente, el físico se enfrenta a la posibilidad de la incapacitación o incluso la muerte del paciente.

—Muy malo, y con una dama de su rango, tampoco nada bueno para el físico.

—Sí —dijo Filo torvamente—. Y no creas que no lo he pensado de vez en cuando.

Pero al mirar la estatua de Calpurnia, su juventud congelada en piedra como una imagen de belleza, gracia y deleite, pudo ver por qué César había tenido que tenerla, permaneciendo tan fiel como podía serlo un hombre de su clase durante tantos años.

Justo entonces apareció un secretario para decirle que César le vería en aquel momento.

Lucius siguió al secretario a través de dos grandes salas de recepción ocupadas por algunos de los más importantes, influyentes, ricos y poderosos hombres de Roma. Conocía a muchos de ellos de la cámara del Senado, e intentó evitar sus giradas porque sabía lo que estarían pensando: *¿Por qué esta flacucha nulidad de clase baja está siendo llevada a la presencia del primer hombre de Roma antes que nosotros?* Y él también se lo preguntaba.

César estaba sentado ante un escritorio entre dos secretarios, a los que despidió con un gesto cuando entró Lucius. Le señala una silla, y Lucius obedeció.

—Me enviaste una nota diciendo que querías verme.

—Sí, yo... —croó Lucius. Se aclaró la garganta—. No fui totalmente sincero... no, sincero no es la palabra adecuada, preciso es mejor, mucho, mucho mejor... —Notó que sus palmas, sus axilas y su frente estaban empapadas—. Yo... Filo, no... Yo y Filo, quiero decir, los dos... tuvimos una conversación después de que fuese... torturado. No, en realidad no quiero decir eso... torturado. Naturalmente, tú nunca harías...

—Oh, sí que lo haría —dijo César.

—Por supuesto, lo... aah... lo harías.

—¿Qué es lo que sabe Filo? —César parecía a la vez suspicaz y enfadado.

Lucius empezaba a sentirse enfermo.

—No sabe ni una condenada cosa, pero había oído rumores, y puesto que te di mi

palabra, pensé que debía...

—Tropezar con tu propia lengua cada dos frases.

—Sí... no... sí...

—¡Basta! —ordenó César alzando un dedo—. Toma aire y cuéntame lo de ese rumor, Régulo. —César adoptó una expresión divertida.

—¿Régulo? Filo me llamó así. Probablemente tenía razón: suele tenerla. El rumor dice que unos cincuenta senadores han... que están considerando la idea de matarte.

César enarcó una ceja.

—Cincuenta. Un bonito número redondo. Suena más como un grupo faccioso que como una conspiración.

—Algunos dicen cuarenta —dijo Lucius con gravedad—. Y otros sesenta. Yo partí la diferencia... la mentalidad mercantil de mi familia, César.

—¿Algún nombre?

—Unos pocos. Cuatro de ellos seguros, dos probables. Tilio Cimber, Casca, Bruto... —Lucio vaciló—. Y Cicerón.

—Naturalmente —dijo César—. Cicerón me odia.

—Casio, y el otro es un desconocido y ahora no recuerdo su nombre.

César alzó la mano.

—No te molestes, pero gracias. Sé que venir hoy ha sido difícil para ti, pero llevo oyendo esas historias desde que volví a Roma.

Lucius soltó un suspiro de alivio.

—Así que no es nada nuevo. Bien, entonces me alegro de haber venido. Me siento mucho mejor. ¿No das crédito a esas historias?

César meneó la cabeza.

—No, no lo hago. Siempre son muy vagas, y los nombres cambian cada vez. Algunos de los que has mencionado hoy son íntimos míos, y están esperando en la antecámara para verme. ¿Qué voy a hacer? ¿Ordenar a mis soldados que se lleven a uno o dos de ellos al jardín y los decapiten con el pretexto de que están tramando una traición?

—Ellos no lo verían como una traición, César, sino como una forma de servicio al estado.

César se echó hacia atrás en su silla y empezó a reír.

—¡No es divertido! Son peligrosos.

La risa de César terminó en una sonrisa irónica.

—Apuesto a que no se atreverían.

—Es demasiado para mí: no podría proponer ni aceptar una apuesta así. Hay demasiado en juego.

—¿Qué debería hacer, cargar los dados?

—En los juegos a los que te dedicas, los dados están siempre cargados, pero yo me aseguraría de tener el mejor par. No sólo son peligrosos para ti, César. He venido para decirte que no quiero verme implicado en sus tramas y arrastrado a su destino

por nada.

—Una actitud sensata. Muy bien, puedes irte. Pero antes de que lo hagas, tengo que advertirte de algo: aprecio la amistad de tu hermana, y no me tomaría bien ninguna injerencia en sus asuntos y actividades personales. Así que deja que la *patria potestas* y el *paterfamilias* se queden en los códigos legales a los que pertenecen.

Lucius sintió que le cubría una oleada de rabia, tan poderosa que podía sentirla en los latidos de su corazón y el entumecimiento de su piel. Ciertamente, en parte estaba generada por el miedo al abrumador poder de aquel hombre, pero el resto se debía al ultraje ante aquella afrenta directa a su hombría.

Se inclinó hacia delante en su silla, los nudillos poniéndose blancos sobre los reposabrazos.

—César, Fulvia y yo nos comprendemos mutuamente. Ella se queda en su lado de la casa y yo en el mío. Ella maneja la mayor parte del dinero de la familia, y a mí no me importa mientras tenga lo que quiera, y cuando lo quiera. Pero eso no le da permiso para atacar a mis amigos, sonarme la nariz o usar mi pene y mis pelotas para dar un heredero a la familia Basilia. Y en cuanto a esa rata de Firminius, es una víbora venenosa que intentó hundir los colmillos en el talón de un amigo mío. Tuvo suerte de que la ley estuviese de mi parte, porque de lo contrario hubiese hecho otra cosa, y aún estaría intentando recoger sus tripas del suelo de su perfumado dormitorio. En cuanto a esos traidores del senado, estás en lo cierto: no planeo unirme a ninguna de sus conjuras, pero no porque tema el fracaso, sino porque cuando yo caiga, pretendo merecerlo. Merecerlo verdaderamente.

César se echó hacia atrás.

—Todo un Régulo. Me siento como si hubiese atrapado una oveja entre los cuernos y resultase ser un león. —Soltó una desagradable risita—. Quizá tu hermana tenga razón. Debería asignarte un legado y dejar que desahogases tu mal temperamento en el campo de batalla. Lo encontrarás más apropiado para aliviar tu considerable tensión que estar ante un hombre con poder de vida y muerte sobre ti y tus dudosos asociados.

Lucius sintió que su piel se enfriaba, pero no estaba dispuesto a ceder. Estaba cansado de sufrir humillaciones por parte de Antonio y aquel hombre. De ser enviado al Senado como espía. De que le dijiesen con tan distraída crueldad que cediese su posición como cabeza de familia. Para coronarlo con un atentado contra la vida de Filo. ¡No! *Basta*, pensó.

—César, algún día vas a hacerte demasiados enemigos.

—Sí, puede que ya lo haya hecho, pero no creo que tú seas uno de ellos. ¿Sabes que tu padre me recomendó a tu hermana, pero no a ti?

—No me sorprende mucho, César. No creo que fuese feliz con mi madre ni que se preocupase mucho por el hijo que tenía con ella.

—Creo que ahí podrías equivocarte. Dijo de ti que eras tan inocente como un niño y tan transparente como un vaso de cristal. Pero olvidó mencionar que eras tan tozudo

como un toro furioso cuando por fin te enfadabas.

—Viniendo de él, no eran cumplidos.

—No, probablemente no, pero piensa. Todos se equivocan en su valoración del candor y la honestidad. La verdad tiene sus utilidades. Simplemente, ahora no es popular en Roma. ¿Tienes ambiciones políticas?

—No.

—Bien, entonces podría ofrecerte un mando. Nada muy elevado, pero si sirves entre mi personal, puedes ascender rápidamente. No encuentro razones en mi corazón para preocuparme por tu enemistad. Un hombre que tuviese algo que temer de ti siempre te vería venir.

—¿Se supone que debo sentirme reconfortado por ello? Tus enemigos no suelen durar mucho. Hiciste que Vercingetórix fuese estrangulado en tu triunfo, y que otro galo, ahora no recuerdo su nombre azotado hasta la muerte. Hablé con un centurión que estuvo presente durante la ejecución.

—Los galos quedaron impresionados.

—Y también el centurión, y yo mismo. Gracias, pero no, gracias. No tengo ganas de ponerme entre tú y los partos. Ni ahora ni nunca. Y siento lo mismo por el Senado. Yo tendría mucho cuidado con esos notables, sobre todo los más próximos a ti.

—¿Crees que son peligrosos?

—Sí.

—Ya veo. —Por un momento, el gobernante del mundo pareció triste—. Yo no lo creo. La Roma que destruyó Cartago y derrotó a Aníbal ha desaparecido.

—Sí, estoy de acuerdo, pero ellos no lo saben. Su forma de pensar no ha seguido el paso del tiempo. Creen que el Senado sería de nuevo lo que fue si los nuevos hombres que lo contaminan fuesen expulsados. Y si tú estuvieses muerto.

La máscara cayó. El telón se abrió, y, por primera vez, Lucius vio al hombre en sí. O al menos eso fue lo que pensó más tarde, cuando estaba solo y meditando sobre las palabras de César.

Y por un instante comprendió cómo algunos hombres podían haber considerado un favor que se les permitiese suicidarse antes de hacer frente a un castigo ideado por él.

El rostro de César era como de piedra, tan inmóvil que cuando un músculo se le agitó en una mejilla, Lucius se encogió como si le hubiesen pegado. Sabía que se encontraba en un peligro mortal, y que si el dictador le quería muerto, así lo estaría en cuestión de unos momentos.

La voz del dictador adoptó un tono salvaje y dirigido expresamente a él.

—¿Y crees que puedes quedarte a un lado? ¿Cómo lo dijiste, quedarte en tu lado de la casa y tu hermana en el suyo? Bueno, pues no puedes. Quieras o no, eres un jugador en esta partida y deberás aceptar el resultado. —César se inclinó hacia delante, mirando a Lucius a los ojos—. ¿Sabes cuándo te convertiste en jugador?

—No.

—El día que tu padre me envió el dinero para equipar una legión y pagar a los hombres durante un año. Y otra vez cuando crucé el Rubicon y tu hermana me dio el coste de otra legión adicional y su paga por un año. Ambos multiplicaron por siete esas inversiones... y lo de siete es un cálculo cauto. Lo más probable es que fuese por diez o por quince. El oro de los galos hizo bajar un tercio el precio del áureo. La flor de su juventud fue subastada en Roma o encadenada en grupos para trabajar en los campos de las propiedades de la familia Basilia. Los galos murieron en vuestras minas, cultivaron vuestros viñedos, y derramaron un dorado torrente de aceite y trigo en las arcas de tu padre. Caballos y un río púrpura de vino entraron en sus barcos para ser vendidos con descuento a todos los bárbaros de aquí a la Isla Blanca. Así que tenlo presente: tanto mi amistad como mi respeto pueden ser comprados, pero no salen baratos. ¡Y si quieres ambas cosas, y la libertad de vivir como quieras, tendrás que meterte en el juego, coger los dados, hacer tu apuesta y jugar!

»Estoy de acuerdo en que lo que dijo tu padre no fueron cumplidos, pero creo que pudo equivocarse. A veces, quienes son incapaces de engañar a otros son a su vez muy difíciles de engañar, y en tu caso puede que sea así...

—Has alargado la mano.

—Sí, y no la extiendo como señal de amistad. Ha estado así desde que pronuncié mi primer discurso en la Rostra, hace más años de los que me gusta recordar. ¡Ahora, vete! Tengo muchos otros asuntos que resolver hoy, y ya he pasado bastante tiempo contigo. Te haré el cumplido de creer que no ha sido tiempo malgastado. Vuelve cuando estés listo para hablar de negocios.

Lucius se levantó con la boca abierta y la cabeza dándole vueltas, y se marchó.

No se sentaron juntos en el salón. Había tres filas de mesas redondas en torno al fuego y otra, elevada, en forma de media luna. El jefe Cynewolf se sentaba allí, y puesto que no había forma de evitarlo, Mir, Dryas y Blaze tuvieron que hacer lo mismo, pues eran del rango más alto. Pero Maeniel, que aparentemente carecía de rango, se quedó sentado en la tercera fila, cerca de la puerta y expuesto al frío. Aunque no reparó en la temperatura, sí que fue consciente de la ofensa.

Bajo la mesa de honor, los siguientes en rango se sentaban con sus servidores, entre los que se hallaban muchos de los artesanos y trabajadores del pueblo y sus familias, con la excepción de los niños pequeños.

Maeniel se sentó en el tercer anillo interior, en compañía de los guerreros de bajo rango adscritos al servicio de la casa y sus mujeres. Evars estaba a su lado: se había apropiado del asiento la noche siguiente a su primer encuentro sexual, en el que Maeniel dijo que estaba satisfecho con su actuación. Era una criada, y por lo general los criados comían sentados en el suelo en los almacenes adjuntos a la cocina.

Evars había sido comprada a una tribu situada mucho más profundamente en las tierras salvajes de más allá del Rin, y hablaba galo con un fuerte acento, mucho más gutural que a lo que Maeniel estaba acostumbrado.

Cynewolf liberó a sus esclavos, no por la bondad de su corazón, después de que

los romanos incendiasen el pueblo por primera vez. Muchos habían tenido que buscar otro trabajo porque sencillamente él no podía darles de comer a todos. Quienes tenían un sitio al que ir se marcharon. Los demás, como Evars, que ni siquiera podían decir de dónde procedían ni recordaban los nombres de sus padres, se quedaron. El *oppidum* era su hogar, el único que habían conocido.

Por lo que a ella concernía, Evars era la mujer de Maeniel. Amenazó a una chica morena que también se había dado cuenta de que era asombrosamente apuesto, amable, un experto amante y, aunque no rico, sí generoso con lo que tenía. Usó un largo cuchillo de un solo filo —que llevaba en una vaina hecha con el pene de un toro oculta bajo la falda— para convencer a la chica de su determinación. La morena captó el mensaje e ignoró a Maeniel en lo sucesivo. Estaba claro que Evars sentía que su ascenso se debía a su relación con él.

El salón estaba casi hermoso aquella noche. Había tejidos colgando del techo por encima de las mesas. Las banderas estaban teñidas con los colores que marcaban las herencias de las poderosas familias que apoyaban a Cynewolf, cada una con su propio patrón y combinación de colores. Verdes, amarillos, todos los matices de la más pálida luz del sol, verdor de verano, vino, y rojo sangre flameaban y danzaban en las banderas, marcadas con los símbolos honrados por cada familia. Serpientes, dragones, aves fantásticas, incluso el oso y el lobo, destacaban sobre las oscuras planchas de roble que formaban el techo.

Las antorchas brillaban en las paredes. Había trece paredes, cada una con una antorcha colocada en un soporte que se proyectaba por encima de las mesas. Pálidas pieles de ciervo cubrían los bancos, y las mesas estaban adornadas con manteles.

Ya había música y canciones: los cantantes iban y venían por el pasillo.

La persona más importante pedía canciones de elogio a tal persona o familia, y una atmósfera general de alegría y celebración llenaba el aire.

Junto a Maeniel, Evars parecía atrapada por el humor generalizado. Sonreía, reía y trasegaba el hidromiel previsto probablemente para los hombres.

Extrañamente, Maeniel fue sintiéndose cada vez más molesto a medida que progresaba la velada. Recordó, temblando, la reunión de fantasmas que precedió a la muerte de Imona. A pesar de las risas y los cantos, se hundió en una atmósfera de anticipación. Ignoró el hidromiel y bebió sólo un poco de vino rebajado con agua.

Uno de los distinguidos invitados señaló a Actus, que estaba sentado con los guerreros de la segunda mesa. Hubo una risa general y Maeniel comprendió que estaban hablando de él. No era que supiesen la verdad: alguien estaba contando de nuevo cómo Actus se había topado con un perro que, tras convertirse en hombre, le había pegado un puñetazo en la cara.

Actus enrojeció cuando una carcajada recorrió la pequeña mesa de honor. Pero Cynewolf no parecía divertido. Ni tampoco Dryas, Mir ni Blaze. En cuanto a Actus, se limitó a mirar a la resplandeciente compañía de su jefe.

Maeniel añadió más agua a su vino. Descubrió que ya no quería desafiar a nadie

por la parte del campeón.

Los cocineros habían empezado a sacar los pedazos de carne de las llamas. Los dejaban sobre una mesa cerca del fuego y pasaban platos a los comensales.

Los pedazos más grandes, como perniles y costillares, pasaron por encima de las cabezas de los compañeros de Maeniel hasta Cynewolf y sus invitados. El cacique los repartió con generosidad.

Los compañeros de mesa de Maeniel recibieron sobras, pedazos pequeños y salsa, dándose por satisfechos con mojar pan en los jugos de la carne o llevarse pequeños bocados a los labios con las manos. Maeniel se relajó y se unió a ellos.

El cerdo, marinado y después cocido en pimienta, canela y vino, estaba delicioso. Siguió una sopa, con más pan. Pan con almendras, avellanas y piñones metidos en la masa.

Evars bebió más hidromiel. Entre el calor del fuego y la fuerte bebida, su piel había cobrado un bonito rubor, y los mechones de pelo rubio que habían escapado de su cinta caían en graciosos rizos que enmarcaban su rostro.

Ella le besó, sabiendo a hidromiel y salsa. Maeniel no puso objeciones y pensó en reunirse con ella más tarde en el granero. Aunque todo el mundo estaba al tanto de su relación, él no tenía un lugar privado al que llevarla, y empezaba a sentirse molesto por ello.

Estaba pensando que tendría que hacer algo para encontrar una buena parcela de tierra al año siguiente y cultivarla cuando vio la sombra cerca del fuego.

Se apartó de Evars por un momento y vio a León, con capa y capucha, de pie entre él y las llamas, con la madre de la manada junto a su rodilla.

Un vasto silencio pareció caer en torno a Maeniel. León estaba muerto, y también la loba: sus huesos yacían bajo la tierra y la roca en la ladera de la montaña, cubierta ahora de nieve. León no era más que un montón de huesos ennegrecido y roídos bajo un tilo.

Maeniel miró a León a los ojos y supo que estaba de verdad allí. No una sombra de lo que había sido antaño o un recuerdo errante, sino una presencia consciente. Mientras le miraba, León le saludó con demencial diversión: oh, sí, estaba allí, y disfrutando de algún chiste secreto.

No podía estar tan seguro de la madre de la manada. Parecía un poco más nebulosa y remota, como si hubiese llegado desde todavía más lejos. Le miró un momento, y luego alzó la vista: Maeniel siguió su mirada hasta la mesa a la que había estado sentado Actus, pero el pelirrojo ya no estaba a la vista.

Cuando Maeniel volvió a mirar a las llamas, León seguía allí, pero la loba se había ido.

—Evars —susurró—. ¡Vete! ¡Ahora mismo! ¡Date prisa!

—¿Qué? —preguntó ella un tanto mareada. La bebida nublabla sus ojos.

Cogió a la mujer del brazo y apretó los dedos. Ella se quejó, dando un respingo.

—¡Vete! ¡Ya! ¡Ahora mismo! ¡Vete!

Ella no obedeció. Lo único que hizo fue frotarse el brazo lastimado por los dedos de Maeniel.

—¿Qué pasa? Me estás haciendo daño.

Maeniel se levantó, tirando de ella.

Todos los comensales rieron, y Maeniel pudo oír algunos chistes sobre la impaciencia de ciertos hombres, pero tenía bien agarrada a Evars, cuya fuerza no era rival para la suya. La sacó al exterior en un momento.

Podía contemplar todo el pueblo desde los escalones del salón. Su visión nocturna era mejor que la de cualquier humano. Desde donde estaba, pudo ver que las puertas estaban abiertas, y que sombrías siluetas de hombres armados avanzaban por las calles.

Levantó a Evars sin más ceremonias, lanzándola por encima del muro. La criada aterrizó con un grito al otro lado, y Maeniel se dio la vuelta con el tiempo justo de esquivar un lanzazo que le hubiese clavado a la empalizada. Arrebató la lanza a su atacante, rompiéndole además el brazo en el proceso. El hombre gritó, buscando su espada con la mano izquierda.

Maeniel le apartó el brazo y sacó el arma de su vaina. Apuntó al estómago del hombre, pero la hoja resbaló sobre su coraza y le atravesó la garganta.

Echó una buena mirada a su alrededor y vio que no había nadie más cerca. Salió a la carrera hacia el salón, viendo destellos de luz en el cielo: una docena de flechas llameantes atravesaron el aire, clavándose en las paredes exteriores de la morada de Cynewolf.

Maeniel sabía que estaba gritando, pero no estaba seguro de lo que decía cuando subió los escalones de la entrada. Atravesó la puerta rodando y se detuvo justo antes de caer en el fuego.

De rodillas, con la espada ensangrentada en una mano, contempló los rostros que le rodeaban. Por un instante que pareció durar mil años, le observaron inexpresivos, boquiabiertos... y entonces los gritos empezaron en serio.

No había salida. El salón se llenó de humo en unos instantes. Sus ocupantes, movidos por el pánico se pisotearon y lucharon entre sí para llegar a la puerta, pero cada hombre o mujer que salía era eliminado sin piedad por los atacantes en el exterior.

El tejado estaba en llamas. Las vigas estaban cubiertas únicamente de paja. Una terrible luz naranja, mucho más brillante que la de una antorcha, lo bañaba todo. Procedía de las orgullosas banderas colgadas de las vigas: estaban ardiendo, cayendo en pedazos de tela en llamas sobre la masa humana de abajo.

La húmeda capa exterior de paja se resistió al fuego por unos pocos momentos, consumiéndose después con un rugido que encontró eco en el gemido de desesperación de los que estaban atrapados en el edificio. El tejado entero parecía una masa de radiantes brasas.

El lobo vio morir al cacique: una de las banderas cayó sobre sus hombros y la

ropa se le prendió. Cynewolf saltó, corriendo por entre las mesas hasta acabar como una masa ennegrecida que se retorció en el centro de la estancia.

Dryas había seguido a Cynewolf, intentando ayudarlo. Se detuvo junto a Maeniel y apartó la mirada de los restos del cacique. Tenía la espada en la mano, y un aire de gélida calma parecía rodearla.

El lobo vio las estrellas en el cielo, su serena belleza en contraste con el indescriptible caos que le rodeaba. Pudo oír la voz de Dryas por encima del alboroto:

—Debemos abrirnos paso. No tenemos otra opción.

Maeniel arrancó una sección de la mesa de sus fijaciones en el suelo. No vio a Dryas quitándose algo del cuello y arrojándolo al centro del fuego. Equilibró la mesa en sus manos y cargó hacia la puerta.

Dryas le siguió. La mesa se estrelló contra los postes de la puerta y, por un terrible momento, Maeniel temió que los postes resistirían. Entonces sintió el peso de la muchedumbre a su espalda: con un chasquido, los postes se partieron como ramitas secas y todo un lado del edificio se vino abajo.

En la calle, los atacantes intentaron avanzar para acercarse a sus víctimas, pero actuaban con mayor prudencia. Un lado entero del tejado cayó al suelo, como el pajar en llamas que era, aterrizando entre ambos grupos. Por unos instantes, mantuvo a raya a los atacantes, permitiendo que los fugitivos emprendiesen la huida.

Aunque las llamas se elevaban ya entre ellos, Maeniel notó que Dryas no corría. Así que se quedó con ella. Los supervivientes estaban tan desmoralizados que ninguno de ellos intentó luchar, aunque probablemente superasen en número a los atacantes. Había demasiadas mujeres entre ellos, y otros eran ancianos como Blaze o Mir. Huyeron hacia la noche por encima de la empalizada, pero Dryas plantó cara a sus enemigos, intentando dar tiempo a los más viejos y débiles para que escapasen.

Maeniel pensó que hubiese hecho mejor preocupándose por sí misma, y vio que tenía razón cuando un jinete de los atacantes gritó:

—¡Es ella! ¡No dejéis que escape! ¡Cien áureos al hombre que la atrape! ¡Cogedla!

Los soldados cargaron contra Dryas, alzando sus mantos para protegerse la cara al atravesar el muro de llamas. Dryas cortó la garganta del primero que se puso a su alcance y luego le clavó la espada en el ojo al siguiente.

Y Maeniel era de nuevo el lobo gris. Rabia y salvaje deleite manaban de su corazón. Se lanzó contra el tercer atacante, desjarretándole, y rompió la pierna del cuarto. Pero sabía que eran demasiados y la calle muy ancha. No tardarían en quedar rodeados.

Dryas estaba retrocediendo cuando el lobo vio una sombra cerniéndose sobre ellos. Su aullido de aviso llegó demasiado tarde.

El llameante esqueleto del salón, con los maderos en llamas destacando en el cielo, cayó sobre ellos.

Maeniel volvió grupas y corrió, pero Dryas estaba trabada en combate con uno de

sus adversarios, y no podía liberarse ni ser liberada. No a tiempo.

Los maderos se desintegraban mientras caían. Uno de ellos dio a Dryas en la cabeza, despidiendo cenizas y enmarcando su rostro entre brasas. Su adversario alzó el escudo para protegerse de los escombros. Luego recogió a la mujer y su espada, se la puso al hombro y huyó.

Lucius caminaba sin estar muy seguro de adónde iba. Simplemente caminaba. Las calles estaban atestadas, y negocios de todo tipo se desarrollaban a su alrededor. En el pavimento, los buscavidas vendían de todo, desde sexo a reparaciones domésticas.

En una manzana de casas, un chica se le ofreció por dos ases de cobre. Prometió atenderle tras un templo cercano, o dentro del mismo santuario si ser visto suponía un problema para él. Aceptó y pagó a la muchacha, pero una vez dentro del santuario se sintió completamente incapaz de hacer nada.

Había oscurecido, y la única luz entraba por dos aberturas en el tejado sobre el altar. No había estatua, ni siquiera un nombre en las paredes de terracota, y el altar propiamente dicho era un bloque cuadrado de mármol con un friso en la base y en la parte superior.

La chica se asustó al ver que no podía hacer nada, pero Lucius le dio otra moneda de cobre, diciendo que quería quedarse allí solo con sus pensamientos. Lucius se quedó al fondo del templo, apoyado sobre la pared y escuchando los distantes ruidos de la calle.

No llegó a ninguna conclusión, pero al menos su atormentada mente se tranquilizó un poco. Se acercó a la losa del altar. En el escalón más cercano había una jarra de bronce, una bandeja con unas cuantas piezas de fruta, un cuenco lleno de agua y una copa. La copa parecía también de bronce: era una sencilla pieza de metal dorado con estrías en los bordes, más estrecho en la base.

Sin entender muy bien por qué lo hacía, alzó la jarra y escanció su contenido en la copa. Luego bebió.

El templo se desvaneció. Sintió que se encontraba en algún sitio cerca de la Vía Apia. Unos altos cipreses crecían allí, dominando la carretera y bordeándola. Andaba por un sendero cubierto de mirto y musgo y bordeado por lirios. Nunca había visto flores como aquéllas. Eran trompetas de llamas, de colores escarlata y amarillo. Esparcidos entre las más vistosas había parches marfil e incluso brotes verdes. Andaba bajo la fría y húmeda sombra de los cipreses.

Delante de él, una carretera de piedra cortaba el camino que estaba recorriendo, y oyó cuernos a su espalda. Se apresuró a echarse a un lado del camino, quedando de pie entre los lirios.

La presa llegó primero. Se trataba de un gigantesco jabalí, y Lucius se alegró de que los cazadores estuviesen pisándole los talones: no hubiese querido que aquel animal se parase cerca de él. La bestia tenía la boca abierta, las fauces cubiertas de

espuma, y unos colmillos casi tan largos como su antebrazo. Los feos ojillos porcinos pasaron sobre él, brillantes de rabia, y la bestia se giró hacia el aterrado Lucius: ante un monstruo así, estaba indefenso.

Pero los sabuesos estaban ya muy cerca: eran los sabuesos más grandes que Lucius había visto en su vida, pero no había duda de que eran sabuesos, esbeltos, ligeros, de cuerpo flaco y corto, espeso pelaje marcado en fresa y azul, y dulces y claras voces.

Lucius boqueó al ver a los cazadores. Todos los caballos eran blancos, brillantes como si sus mantos fuesen de madreperla, y las salvajes crines y colas le recordaron a las nubes que van deshaciéndose en neblina por los bordes. Cabalgaron hacia él a galope tendido. Lucius intentó erguirse, dando un involuntario tirón a su cicatriz.

Un rayo de dolor recorrió su espalda, haciéndole caer sobre una rodilla. Levantó la vista, intentando ponerse de pie. Al mismo tiempo supo que estaba condenado y que el hombre que cabalgaba directamente hacia él iba a pisotearle. Pero no había contado con *ella*: apareció por detrás del líder. Su montura era negra, una rica y brillante oscuridad como el cielo nocturno cuajado de estrellas. El peso del enorme animal hizo desplazarse al brillante caballo blanco, apartándole de Lucius. Ella pasó a unas pulgadas de él, y su pie derecho le rozó el hombro.

Contempló boquiabierto cómo las dos magníficas criaturas alcanzaban la carretera, un camino recto hecho de brillantes y pulidos bloques hexagonales de piedra. Al llegar allí se elevaron en el aire, flotando como los pájaros sobre la carretera.

Lucius se dio la vuelta, saltando de nuevo al borde del camino para ver mejor lo que ocurría, pero tropezó y se encontró a gatas sobre el suelo del templo.

El lugar en el que había estado desapareció. La copa y la jarra habían desaparecido del altar, pero el cuenco seguía cerca de donde habían estado. Descubrió atónito que estaba mirando la superficie del agua, pero era el rostro de ella el que le devolvía la mirada. Era la cara de la mujer que había impedido que le arrollasen.

Pero al pensar durante unos instantes en la cuestión, decidió que no podía ser *su* rostro. La mujer del corcel negro como la medianoche tenía el rostro de una diosa sin marcas ni defectos. Aquella mujer de pelo oscuro y cara inmóvil tenía mechones de pelo escapando de una cofia que no podía ver, y aunque sus facciones eran tan perfectas como si hubiesen sido cinceladas en mármol, tenía una contusión en la mejilla derecha y una pequeña magulladura bajo el ojo izquierdo. La mujer cerró los ojos. Lucius se preguntó si estaría muerta y sintió una repentina tristeza que le sorprendió. Después de todo, ¿por qué debía preocuparle si una mujer completamente desconocida para él dejaba el mundo o no? Alargó la mano hacia ella, pero el cuenco desapareció al tocar el agua.

Se arrodilló sobre el suelo polvoriento. No había altar, ni jarra, ni copa, ni cuenco ni bandeja, y la única luz llegaba desde la puerta, aparentemente lejana, que daba a la calle.

Cuando llegó a ella, comprendió que había corrido desde el fondo del templo. Descubrió horrorizado que la puerta estaba obstruida por una verja de hierro. Su terror le impulsaba tanto como cualquier otra cosa. Pero al tocar la reja, vio con alivio que se abría. Bajó por los escalones a la calle, sin volver la vista atrás hasta llegar al Foro, que no estaba muy lejos.

No podía ver el templo desde donde estaba. Cuando metió la mano entre los pliegues de su toga para comprobar su bolsa y ver si se había quedado sin dinero, se dio cuenta también de que tenía una ciruela en la mano. La miró sorprendido, y luego recordó la bandeja con fruta en el templo. Era una hermosa pieza, y estaba hambriento: su piel era suave, con el tacto sedoso de la madurez, y por un instante pensó en comérsela.

Pero entonces se le erizaron los pelos de la nuca al recordar de dónde la había sacado. Era demasiado hermosa, distinta a cualquier fruta de este mundo. Azul con matices violetas, de color y fragancia exquisitos, llevaba en sí la esencia de todas las frutas. La guardó bajo su toga y examinó su bolsa.

Sí, tenía dinero... una buena suma, de hecho. Vio que las calles se estaban quedando vacías a su alrededor y que el sol estaba alto. Era la hora de la siesta. Quedaba algo de gente, y algunas tiendas seguían abiertas.

Contempló la Casa del Senado y los jardines públicos dominados por el Teatro de Pompeyo y el Templo de Venus.

Anduvo a lo largo de la hilera de tiendas y vio a una conocida en un portal... Lucrecia. La joven se giró hacia él, con expresión de reconocimiento, y retrocedió hacia las sombras de su tienda de comidas.

Él se encogió de hombros y siguió adelante, pero en aquel momento una muchachita morena de tocó el brazo.

—¡Señor! ¡Apuesto señor! Mi señora quiere hablaros.

Lucius siguió a la chica a la tienda de comidas en la que había visto a Lucrecia. Era un lugar pequeño y muy limpio. No había clientes en aquel momento, pero sí bancos y mesas que mostraban indicios de uso frecuente.

La chica, que no era más que una niña, condujo a Lucius a través del local y hasta un pequeño jardín de hierbas con una parra, una fuente y un reloj de sol. Había una mesa bajo el árbol, y ella le hizo sentarse en una silla de paja antes de marcharse. Volvió enseguida con una bandeja con aceitunas, queso y vino.

Las aceitunas estaban aromatizadas con diversas especias y marinados, y el queso era también de varias clases. El vino era de tipo elaborado en las montañas cerca de la costa: blanco, dulce, fragante como una neblina de otoño, cargado con aromas de humo, manzanas, castañas e hinojo.

El sol de la tarde le calentaba el cuello y la cara. El cielo era de un brumoso color azul.

Lucius se relajó y entretuvo su apetito con las aceitunas y el queso. Al cabo de un rato, la niña volvió con un estofado de pollo y verduras y una bandeja de pan cortado

en secciones con forma de pastel y aromatizado con queso.

Usó los dedos para comerse el estofado, y mojó el pan en los restos de la salsa. Pensó que era una de las mejores y más tranquilas comidas que había disfrutado en su vida.

Cuando la niña se llevó los platos, apareció Lucrecia con una bandeja de pastelillos de miel.

—¿Cómo está Filo? —preguntó.

—Siéntate —dijo Lucius.

—Yo no...

—No me importa. Siéntate.

Lucrecia se sentó sobre un pequeño banco al otro lado de la mesa.

—Filo no está del todo bien. Fue torturado y lo pasó muy mal.

—¡Oh, no! —susurró ella, cubriéndose el rostro con las manos.

—No te preocupes. Probablemente le salvaste la vida.

Lucrecia dejó caer las manos en el regazo y miró hacia el jardín, donde crecían en abundancia pulcras filas de salvia, mirto, hinojo, col y menta.

—Vengo de ver a César —dijo Lucius—. ¿Hay alguien más aquí?

—No —contestó Lucrecia, adoptando por un momento expresión de sospecha—. ¿Por qué?

—¿La niña?

—No. Se va a casa con su madre. La pago unos pocos cobres a la semana para que me ayude a tener esto limpio. No es mío. Su dueña es Myrtus, la tía de Felex: ella me alquila la tienda y yo le pago una cantidad todas las semanas. Si todo va bien, la tienda será mía dentro de diez años —explicó, cruzando los dedos—. Eso espero. ¿Por qué lo preguntas? —insistió.

—Iba a contarte lo que me ha dicho César.

Lucrecia se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en los nudillos.

—Hazlo, por favor.

Lucius le narró su conversación con el dictador.

—Ya veo —dijo ella con calma—. Así es como funciona. *Res publica*, gobierno del pueblo. Eliges bando, pones tu moneda en las manos de quien quieres que gane, y los vencedores se lo quedan todo.

Asintiendo, Lucius comió un pastelillo de miel y bebió algo de vino.

—¿Qué piensas? ¿Debería pagar?

Los dos contemplaron el movimiento del sol, y la sombra en el reloj indicó que había pasado más de una hora desde la llegada de Lucius.

—¿Sabes cómo llegué aquí? —preguntó Lucrecia.

Lucius meneó la cabeza.

—No.

—El terrateniente quería echar a mi padre de su granja, y mi padre le desafió ¿Sabes lo que pasó?

—El terrateniente hizo que le diesen una paliza. ¿O fue que le matasen?

—Una paliza, pero murió a causa de ella. Los hombres de César llegaron. Mi hermano, que era alto y fuerte, se marchó con las legiones: dijo que volvería con dinero para pagar al terrateniente, pero no lo hizo. Mi madre murió aquel invierno y el terrateniente me vendió para saldar las deudas. —Lucrecia le miró directamente a los ojos—. Lucius, creo que incluso los dioses se compran y se venden.

»Los sacrificios, toros, carneros, vacas y palomas comprados por los ricos y poderosos ahogan a los dioses con su sangre y su carne, y los ciegan con humo e incienso hasta que olvidan qué virtud es la justicia, si es que alguna vez lo han sabido.

—Sí —dijo Lucius—. Y mi hermana es casta.

—Lo sé. Yo no puedo decir lo mismo: el primer sitio al que me vendieron era un burdel. Allí fui vendida una y otra vez, en ocasiones hasta cuarenta veces en una noche, hasta que volví mi cara contra la pared y rechacé la comida y el agua. El dueño me vendió con la esperanza de recuperar su inversión antes de que muriese. Sí, Lucius, paga a César. Págale y considérate afortunado de poder proteger a los que amas. Yo sólo lamento no haber podido cuidar de los míos. Protégelos de tu *casta* hermana y de su pequeña rata Firminius. Y protégete a ti mismo. Eres un buen hombre, y ya sólo por eso temo por ti.

Al salir, Lucius vio que la hora de la siesta ya había pasado y la calle estaba de nuevo llena de gente. Se detuvo en la puerta y obligó a Lucrecia a aceptar una moneda.

—Por la comida —dijo.

—No, no —respondió ella, intentando devolvérsela.

Lucius meneó la cabeza.

—Myrtus es una griega muy práctica: no aprobaría que dieras comidas gratis. — Luego se marchó rápidamente.

Lucrecia metió la moneda en el bolsillo de su vestido. No la recordó hasta la noche, cuando ya había cerrado y se estaba preparando para acostarse, trenzándose el pelo a la luz de la vela: la sacó del bolsillo y vio que era un áureo.



19

Dryas despertó en la oscuridad, con la cabeza atormentada por un lento y torpe latido. Estaba atada de pies y manos, y en un carro. No sólo en un carro, sino en uno que pasaba por todos los baches y salientes del camino. Intentó abrir los ojos, pero sus párpados dieron con algo apretado sobre ellos: le habían vendado los ojos. Sintió náuseas.

Recordaba haber arrojado el collar al fuego. Se alegraba, incluso en aquella fea situación, de haberse liberado de la carga de aprisionar a una criatura a la que había llegado a admirar más que otra cosa. Había visto morir a Cynewolf, y estaba asqueada hasta el fondo de su alma por la parte que había tenido en aquello: todo el asunto había sido un desastre desde el principio. Su vida había terminado: no podría soportar la esclavitud.

Oyó voces en el exterior, y el ruido de arcos de caballo. Dos hombres hablaban: uno de ellos tenía una voz como grava deslizándose.

—Ella me pagó —dijo Voz de Grava—. Buena cosa. Ésta no va a durar. Me extrañará si llegamos a embarcarla.

—Sería una novedad en Roma.

—No creo que ella se dejase hacer eso. Nunca conseguirán llevarla a la arena. Y tampoco creo que sea eso lo que tiene en mente esa puta Basilia. ¿Qué le importa a ella el populacho? No, ésta está destinada al uso privado.

—¿Para ella?

—¡Sí! ¡No! ¿Quién sabe? O para alguien con gusto por lo extraordinario. Nos ha costado a bastantes: Miletus, Floro, Escipión...

—Querían volver ricos a casa, como tú.

—Tilio no volverá a andar, y Achillas pasará un mes meando boca abajo.

—Aquello fue el perro.

—¡Perro! ¡Mi culo, un perro! —repuso Voz de Grava—. No apareció hasta que

ella cruzó espadas con nosotros. No... además es una bruja. Algunos legionarios de César se toparon con ellas en Alba y dicen que son peores que los hombres. Mucho peores. Te acuestas en lo que crees que es un lugar seguro para dormir y despiertas con la garganta cortada. Esas zorras se meten cuchillos en el coño: vas a metérsela, y lo que ocurre es que estás trinchado como una salchicha. Que se la quede esa puta Basilia. Cuando lleguemos a Messene, me largaré: cogeré mi dinero y me compraré una granja en la Campania. —Voz de Grava sonaba aliviado—. Ni siquiera embarcaré con vosotros. Probablemente sea capaz de invocar una tormenta y hundir el barco antes de que llegue a Ostia. Yo lo tendría en cuenta, tratándose de una de esas brujas.

Roma. Fulvia quiere llevarme a Roma. César está en Roma, pensó Dryas.

Los caballos de los hombres aceleraron el paso y se pusieron por delante del carro, de forma que Dryas no pudo seguir escuchando la conversación. No obstante, pudo oír a Fulvia hablando con Voz de Grava. Las respuestas del hombre sonaban insolentes, pero Fulvia insistió y por fin parecieron llegar a un acuerdo pues el carro se detuvo poco después. Dryas notó que subían dos personas, una más ligera que la otra. *Fulvia y Voz de Grava, pensó.*

Un instante después, sintió que unas manos exploraban su cuerpo. Manos grandes.

—Le desataré los pies —ofreció Fulvia con dulzura.

—¡No desates nada! —respondió nervioso Voz de Grava. Sus manos se movieron sobre los pechos y el estómago de Dryas—. Nada —repitió.

Dryas intentó permanecer laxa, y el hombre la hizo rodar sobre un costado.

—Atrás. Aaah... aquí está —dijo, quitándole un cuchillo que llevaba colgado del cuello.

—Ahora las partes interesantes —comentó Fulvia.

—No me interesa nada de esta marrana —dijo Voz de Grava—. Vi cómo mataba a tres de mis hombres, y si eres lista, mi señora, me dejarás que le corte el cuello ahora mismo y la entierre en un cruce de caminos con una estaca en el corazón y una roca bien pesada encima, para que no pueda levantarse y correr con sus amigos los lobos. —Mientras hablaba, tanteó el vientre y las nalgas de Dryas. Luego buscó entre sus piernas—. Sí, aquí hay otro, sujeto al muslo. Tiene todo el equipo necesario para...

El hombre dejó de hablar, pues había levantado la túnica de Dryas y metido la mano bajo sus calzas para coger el cuchillo que ella llevaba oculto allí. Procuró cogerlo por el pomo para soltarlo, pero se descuidó, dejando que el filo como una cuchilla arañase el estómago de Dryas.

—Lo siento —dijo.

—¡Lo sientes! —chirrió Fulvia—. ¡No la marques! Además, ¿ante quién te estás disculpando? Está inconsciente.

—No, no lo está —dijo Voz de Grava—. Está fingiendo con la esperanza de que nos lo creamos, pero he notado cómo se encogía un par de veces. Sabe lo que está

pasando, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. —Sus manos bajaron por la pierna de Dryas mientras hablaba—. Y otro más en el tobillo —añadió quitándole el arma—. Ahora la dejaré contigo, mi señora.

—¿Estás seguro de que no quieres recibir algo por todo tu tiempo y esfuerzos? —preguntó Fulvia—. Entre los tres, podríais bajarle esos pantalones que lleva y...

—Forzarla —dijo Voz de Grava.

—¿Por qué no? —La voz de Fulvia sonaba ronca por... Dryas no estaba segura, pero fuese lo que fuese lo que sentía Fulvia, intentaba disimularlo lo mejor posible.

—No, mi señora. La violación es un gusto adquirido, pero yo no lo adquiriré en todos mis años como soldado. Aparte, me pagas para que luche por ti, no para que te entretenga.

Dryas oyó acelerarse la respiración de Fulvia, pero la romana no dijo nada más. Los tablones del carro crujieron cuando Fulvia bajó del vehículo, pero Dryas sabía que Voz de Grava debía de estar todavía con ella, así que se armó de coraje.

La violación en la guerra era un riesgo compartido por hombres y mujeres. En aquel mundo, el abuso sexual era algo común. Quizá un poco más frecuente sobre las mujeres, pero los hombres, sobre todo los jóvenes, también se enfrentaban al uso de sus cuerpos en contra de su voluntad. Dryas enseñaba a sus estudiantes a esperar lo peor y prepararse para actuar con dignidad y valor. Esperó ser capaz de mostrarse fuerte en aquella terrible situación, pero francamente se sentía más ofendida y molesta que furiosa. Estaba magullada y herida en una docena de lugares, y ahora Fulvia y aquel miserable pedazo de mierda querían aumentar sus miserias. Deseó un desagradable destino a aquella pareja si Voz de Grava seguía la sugerencia de Fulvia.

—No, bruja. No voy a acostarme contigo —dijo Voz de Grava. Dryas oyó el tintineo de una bolsa de monedas—. Ya tengo lo que quiero. Ojalá me hubiese hecho caso en lo de cortarte la garganta: tú estarías mejor y ella también. —El hombre se fue y la dejó sola.

El carro no volvió a moverse, y los ruidos indicaron a Dryas que sus captores estaban preparándose para pasar allí la noche. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde su captura. Probablemente sólo un día, pero no había forma de asegurarlo. Rodó sobre un costado hasta quedar tendida sobre algo blando, como tela sobre paja: no estaba demasiado incómoda.

Al cabo de un rato, olió comida, pero nadie le ofreció nada. No se sorprendió, y acabó por dormirse.

Cuando despertó de nuevo, pudo oír los sonidos de la noche, el viento y la llamada de un búho cerca. Hacía frío en el carro, pero alguien —y estaba dispuesta a apostar que no se trataba de Fulvia— la había cubierto con una manta áspera y no demasiado limpia. Apeataba a estiércol y sudor de caballo.

Tenía la cabeza más despejada, y su jaqueca había desaparecido. *Debería estar agradecida por los pequeños favores. Al menos la manta me abriga.* Inició el proceso de estirarse, intentando evitar que sus miembros quedasen agarrotados. Empezó por

los pies y los tobillos, luego las piernas, el torso y los brazos. Estaba pensando en intentar darse la vuelta y en cómo hacerlo sin quitarse la manta de encima cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

Unas garras sonaron sobre la plataforma de madera. Bueno, había arrojado el colgante al fuego. El lobo parecía haber hecho entrar el frío aire de la noche. Dryas podía oler el pelaje frío y algo más. El frío tocó su mejilla y levantó la venda que tenía sobre los ojos.

Se encontró mirando al lobo cara a cara. Había un poco de nieve sobre su hocico, y pequeños cristales de hielo en su pelo.

El lobo emitió un suave y bajo gañido, y Dryas comprendió que era una pregunta. Sus propios perros solían recibirla con sonidos así cuando se despertaba por la mañana. La miraban a los ojos y se unían a ella cuando vaciaba su vejiga junto a la corriente.

Se preguntó quién viviría ahora en su cabaña. ¿Quién alimentaría a los perros y saldría con ellos de caza al amanecer? Estaba razonablemente segura de que nunca volvería a ver su hogar ni sus amadas tierras altas.

—Estoy bien —susurró al lobo, pero dos lágrimas se formaron en los rabillos de sus ojos, corriéndole por la cara. Como estaba tendida sobre un costado, una se deslizó por el puente de su nariz, mientras la otra bajaba directamente hasta caer sobre la paja.

El lobo resopló, tocándole la mejilla con el hocico.

—Estoy bien —insistió ella—. Me llevan a Roma. No sé qué podré hacer, si es que puedo hacer algo... Pero no hablemos ahora de eso. ¡Vete! Sé libre, huye lejos. No quiero verte encadenado al carro de nuestra loca especie. Ni intentaré convertirte en un medio para mis fines. Me equivoqué al hacerlo.

»Sé libre siempre, pues de todas las cosas, la libertad es la mejor, aunque no es fácil de ganar y debe ser escogida por quienes vayan a disfrutar de ella. Como un águila en un risco opta por la libertad del viento y un lobo al acecho no lleva el collar de nadie. Ve con valor. Yo no tengo muchas posibilidades de... éxito. Pero por pocas que sean, debo asumirlo y no preocuparme por el precio. —Luego cerró los ojos.

Sintió una cascada de brillo y fuego frío, y Maeniel estuvo de rodillas en el carro a su lado.

—Te han encadenado las muñecas a los tablones de esta cosa. De no ser por eso, ya te habría sacado de aquí. Pero puedo seguirlos e ir matándolos uno a uno antes de que salgamos de las montañas. Ayúdame.

—No —contestó ella, sin abrir los ojos.

Maeniel oyó pisadas en el exterior y se convirtió en lobo antes de pensarlo siquiera.

El centinela entró en el carro y se encontró con sus ojos.

Unas pocas horas después, Maeniel corría por la ladera de una montaña, entre troncos de árboles tan viejos y altos que parecían nubes perfiladas ante un brillante cielo nocturno. Ninguno tenía ramas por debajo de los cien pies. Había nevado, pero la nieve sólo había llegado al suelo en algunos sitios: parecía plata salpicada sobre la negra alfombra de las agujas de pino. Los gigantescos árboles se elevaban como si fuesen las columnas de un templo medio en ruinas y sumergido bajo el mar.

Corrió entre ellos, un lobo de sombra contra la nieve plata y blanca, y los negros montones de agujas devolviendo la riqueza del sol a la tierra.

Se convirtió en hombre y se quedó mirando los árboles y las frías estrellas. Maldijo primero a Dryas y después a Imona, mujeres las dos y entregadas a misiones incomprensibles para un lobo y quizá también para la mayoría de los hombres. Pero ahora entendía mejor a Imona por haber conocido a Dryas. Ella también estaba dispuesta a entregar su vida sirviendo a su pueblo. Imona no le había escuchado, y Dryas tampoco lo haría.

Maeniel era una criatura amable y solícita. Dryas le había dicho que se marchase y fuese libre, pero él sabía que ya no habría libertad para él. Sencillamente había dejado de ser un lobo, encontrando un viaje que deseaba. Aquel viaje, o quizá *pasión* fuese una palabra mejor, acosaría su corazón por mucho tiempo que viviese.

Nosotros, los grises y los pardos, sabíamos desde tiempo atrás que nuestros asuntos eran decididos por... lo que sea que crea la vida. Nos da la existencia, nos da leyes, grabadas en nuestro mismo pensamiento. Seguimos los patrones que conocía nuestro ancestro el lobo de las cavernas. Su ley era la mía, y mi mente puede presentarme recuerdos de la caza de monstruos cuando los glaciares cubrían la tierra. Pero en los hombres, el mundo ve algo nuevo: no están constreñidos por ninguna ley. No lo estaban cuando cazaban entre el hielo, cuando era invierno en todo el mundo, ni lo están ahora. Su existencia es un tormento y una provocación, como lo fue la mujer para mi primer ancestro, cuando ambos se aliaron hace tanto tiempo para sobrevivir a la noche.

No podía imaginar en qué se convertirían, pero aquella presa seguida a través del tiempo valía la pena, fuese cual fuese el resultado. Habían sido creados para caer más bajo y también elevarse más alto de lo que su especie podía imaginar. Eran sangre de su sangre y carne de su carne.

Entonces se dio cuenta de que los pies se le estaban congelando, la nariz le goteaba, y no faltaba mucho para el amanecer. Tenía el deber de hablar a Mir y Blaze de Dryas. No quería preguntarse cómo había llegado a asumir aquella obligación concreta, pero sentía el tirón de la misma, y lo seguía como había seguido antaño a sus compañeros de manada.

Veamos qué pasa ahora, pensó. Se transformó en lobo de nuevo, encontrándose mucho más cómodo mientras corría colina arriba. Llegó al *oppidum* al amanecer, y

saltó la empalizada.

Encontró a Mir, Blaze y Evars en la casa donde habían estado viviendo. El caballo de Dryas estaba en el granero. Saludó al caballo, que respondió distraídamente antes de enterrar de nuevo la cabeza en el pesebre. Tenía una túnica, un manto y unos zapatos en un puesto vacío: se vistió y fue a la casa.

Mir levantó la mirada de la mesa.

—¿La has encontrado?

—Sí —contestó, sentándose. Evars llenó un cuenco de gachas de avena y se lo puso delante. No se había detenido para cazar y estaba hambriento.

—¿Y? —insistió el anciano.

—No va a dejar que le ayude a escapar —explicó mientras despachaba el cuenco. La avena no era su comida favorita, pero estaba hambriento y frío por su larga carrera de la noche, y las gachas estaban calientes.

—¿Por qué no?

—Cree que podrá matar a ese César si encuentra una forma de acercarse a él. Voy a ir tras ella hasta Roma.

Evars rompió a llorar.

—Y a hacer que te maten —gimió.

—Cuesto mucho de matar. Tú, Evars, tienes que volver con Mir. Este sitio es peor que donde vivía él, más peligroso. Hablando de vivir, ¿cuántos quedan?

—No muchos —dijo Blaze—. Y la mayoría se han ido ya, a casas de amigos y parientes. Muchos de los invitados al banquete no vivían aquí, sino en el bosque. Cynewolf hubiese debido irse, abandonar lo que eran sus tierras en el lado romano del bosque, y olvidarse de la pérdida. Ahora está muerto, y muchos de los jefes menores supervivientes encontrarán otros señores a los que unirse. Tengo una invitación para visitar a cierta gente en Fresia. Tenía esperanzas de reconstruir algo aquí, alguna resistencia a esos romanos, pero Cynewolf era una caña demasiado débil. Perdió el brío cuando... —No llegó a terminar.

—Cuando se llevaron a su hijo mayor —dijo Evars—. Está en la ciénaga, con la noble véneta...

—¡Cállate, Evars! —ordenó Blaze.

La mujer miró a su alrededor, sorprendida.

—¿He dicho algo malo?

—¿Cómo la has llamado? —preguntó Maeniel, mirando a los dos ancianos—. ¿Una mujer noble de los vénetos?

—Sí, así es —dijo Mir.

—No parece haber servido de mucho —comentó Maeniel.

—No. —La mano que Mir usaba para llevarse cucharadas de gachas a la boca tembló—. Pero era todo... la única que quedaba, y tenía que intentarlo.

—Oh, sí, y ahora lo intentará Dryas —dijo Maeniel—. Pero no va a ir sola. Me uniré a ella y haremos cuanto nos sea posible contra esos romanos.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Evars.

—¿Qué hay de ti? Si quieres, puedes venir conmigo. Si no...

—Yo no quiero ir a Roma —se lamentó ella.

—Hablaré con el caballo de Dryas —dijo Maeniel—. Siente una cierta lealtad hacia ella. Le preguntaré si está dispuesto a llevarme hasta Messene. Además... —miró siniestramente a Evars—, tiene más sentido común que cualquiera en esta mesa.

—Necesitarás dinero —dijo Mir.

—Lo sé. Dryas tenía mucho. Iré a coger un poco: ella me enseñó el escondite —dijo Maeniel antes de irse.

—Va a hablar con el caballo —dijo Mir, dejando la cuchara en el cuenco vacío—. Tengo que ver eso. —Siguió a Maeniel al exterior.

—Yo no quiero ir a Roma —repitió Evars tozudamente, con el labio inferior sobresaliendo.

Blaze suspiró profundamente y continuó con sus gachas.

—Yo no quiero ir a Roma —volvió a decir ella.

Blaze se hartó de oírla.

—Si yo fuera tú, me callaría. Es un hombre poco corriente.

—Ni siquiera es un hombre —replicó Evars—. Le vi cambiar de piel anoche. Y no puede dejarme de lado como si fuese un saco de nabos y... —Adoptó una expresión de desconsuelo antes de romper a llorar—. Sí, supongo que sí puede.

Blaze había pasado su vida resolviendo disputas entre gente más temperamental y tozuda que aquellos dos. Tenía una solución para ambos.

En el granero, Maeniel se acercó al caballo. No había puerta: el animal estaba atado a una argolla en la pared.

El caballo movió su ojo hacia él.

Él bufó.

El caballo resopló.

Maeniel gruñó como un caballo.

El animal levantó el casco delantero derecho y lo bajó con un ruido sordo.

Maeniel se apoyó en un poste y emitió lo que a Mir le parecieron unos pocos gruñidos más.

El caballo golpeó el suelo con el casco.

—Messene —dijo Maeniel.

El caballo se dio la vuelta, presentándole su amplia grupa, miró hacia atrás y movió un ojo hacia Maeniel.

—¿Y bien? —inquirió Mir.

—Aún tiene que pensárselo, pero probablemente lo hará. Después le dejaré en libertad: pertenecía a una gente cerca de la costa y está bastante seguro de que podrá encontrar el camino de vuelta a casa.

—¿Te ha dicho todo eso? —preguntó Mir con cierto escepticismo.

—No. Ya me había hablado de dónde vivía hace algunas noches. Estábamos

pasando el tiempo y yo practicaba su lenguaje. No es que tengamos una relación particularmente amistosa: normalmente nos los comemos.

—Comprendo que eso puede afectar a vuestra amistad.

—Sí. Muchos caballos no nos hablan, pero cuando conseguimos entablar conversación con alguno, tendemos a evitar el antagonismo en el futuro.

—Oh —dijo Mir.

—Sí, la amistad tiene ventajas y beneficios para ambas partes. Creo que tenéis un aforismo que describe esas situaciones: los amigos pueden conseguir cosas para nosotros que no podríamos alcanzar por nosotros mismo, y viceversa. Como decís vosotros, yo te rasco la espalda y tú me rascas la mía.

—Ah —contestó Mir—. Sí, así es.

—Nunca había oído a nadie gritar de forma tan horrible —dijo Fulvia.

Voz de Grava y Fulvia estaban en el carro, mirando a Dryas. Ella estaba sentada, apoyada en un lado del vehículo, los ojos enrojecidos por la fatiga y la incomodidad.

—Dijo que era el lobo más grande que había visto jamás —dijo Voz de Grava—. Pero dado que probablemente no haya visto muchos lobos, no creo que tengamos que creer que se trata de una bestia inusualmente grande. Lo que me inquieta es ¿por qué estaba aquí? ¿Qué estaba haciendo en este carro? —Observó a Dryas—. ¿Nos entiendes? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

—Hablabas un latín muy bueno cuando nos conocimos —intervino Fulvia—. Creo que nos entiendes a la perfección.

—Te entendí entonces y también ahora —dijo Dryas.

—¿Por qué estaba aquí el lobo? —preguntó Voz de Grava.

—Es un amigo.

—¿Qué? —chirrió Fulvia—. Eres una insolente, y a los esclavos insolentes...

—¡No harás de mí una esclava, Fulvia! Si quieres algo de mí, ésta es la forma equivocada de pedírmelo.

Fulvia se puso blanca de ira.

—Tú —susurró con voz ronca—. Te haré azotar hasta que supliques la muerte... hasta que tu piel cuelgue en tiras rojas de...

—¡Mi señora! —dijo Voz de Grava, señalando con el pulgar hacia un claro donde los soldados estaban preparando el desayuno. Saltó del carro y Fulvia le siguió.

El hombre caminó hasta el extremo del campamento, luego se dio la vuelta y habló con calma.

—Mi señora, no tengo hacha que afilar. Nos separaremos dentro de unos pocos días, y probablemente no volveré a veros ni a ti ni a tu prisionera. Pero conozco a esos *keltói*, y mi pueblo no hizo todas esas estatuas de ellos suicidándose porque fuesen una gente amable y manejable, especialmente los nobles y los sacerdotes.

Creo que esta mujer es ambas cosas, y si quieres llevarla viva a Roma, y en Roma quieres que actúe en la arena, será mejor que le muestres algo de respeto y le des razones para cooperar. Además, no sé qué vería Lidio en el carro anoche, pero si es la mitad de grande de lo que dice él que era, no querría enemistarme con nadie que tuviese amigos tan... peculiares... y posiblemente desagradables.

Fulvia no contestó, sino que se apartó para observar el camino que llevaba a la costa.

—Tienes razón —dijo por fin—. Y, maldita sea, quiero a esa mujer para exhibirla como luchadora. Un importante amigo mío está, digamos... fascinado por la idea de una verdadera amazona, por ver a una de ellas en carne y hueso. ¿Cómo puedo manejarla?

Fulvia podía parecer dulce y encantadora cuando era necesario.

—Déjame a solas con ella durante un rato. Quizá, sólo quizá, consiga convencerla de que debe mostrarse más cooperativa.

Volvió al carro y miró a Dryas.

—Debes de estar incómoda a estas alturas. Si quieres, puedo llevarte a un arroyo cercano y, si prometes no huir, quitarte las cadenas y conseguirte algo de comida.

Dryas abrió los ojos y asintió.

—Tu palabra —insistió él.

—Sí.

Voz de Grava tuvo que ayudar a Dryas a bajar del carro, pues estaba anquilosada por el tiempo que había pasado atada. La llevó hasta el arroyo y apartó la mirada cuando ella se fue detrás de un árbol.

—Un amigo —dijo.

—Sí.

—¿No querrías explicármelo un poco mejor?

—No.

—Eso pensaba.

Dryas salió de detrás del árbol, se metió en el agua y empezó a lavarse las manos y la cara.

Voz de Grava miró colina arriba, a los soldados que trabajaban en el campamento. Fulvia no estaba a la vista, y los hombres no podían oírles.

—Eres importante: Fulvia me pagó mil en oro para traerte de vuelta. No soy tonto: conozco a tu pueblo y sé que ya no estarías viva si no quisieras, así que debes de tener algo pensado. Esos romanos son unos bastardos. Deja que Fulvia te soborne y te manipule un poco: le he dicho que conseguiré que colabores. Pórtate bien y te ayudaré a llegar viva a la costa. Después de todo, te conviene. Finge que quieres dinero. Oro. Es lo mejor con ellos. Y conmigo están en lo cierto, es lo que quiero. Pero no es tu caso. ¿Cómo te llamas, mujer oscura?

—Dryas.

Él asintió.

- Aquila.
- Gracias, Aquila.
- Buena suerte, Dryas.

Al llegar a casa, Lucius fue a ver a Aristo.

—¿Cuánto dinero tengo? —preguntó.

—Mucho.

—¡Bien! ¿Suficiente para pagar una legión?

—Sí, y es fácil que hasta el triple de esa cantidad.

—Envía a César dinero suficiente para una legión y para pagar a los hombres durante un año.

—¿Es eso lo que él desea?

—Sí.

—¿Y tú conseguirás lo que quieres?

—Sí. También quiero un cuenco de madera, pero puedo conseguirlo en la cocina.

—Pensé que podías estar contemplando una transacción así —dijo Aristo—, y he preparado los documentos.

Entregó a Lucius varias hojas de papel: él las leyó meticulosamente y firmó en todas.

—Sí, la sangre habla. Creo que tendrás tanto éxito como lo tuvo tu abuelo.

—¿Mi abuelo?

—El auténtico fundador de la fortuna de la familia Basilia. Yo era sólo un muchacho cuando nos conocimos: me compró a una familia que no podía seguir alimentando a sus hijos. Eran los malos tiempos de Mario y Sila. Muchos empobrecieron por su causa, entre ellos mis padres.

—¡Qué terrible! —susurró Lucius.

—No —replicó Aristo—. Resultó que su infortunio fue una suerte para mí, y con el tiempo también para ellos. Gracias a la sabiduría de tu abuelo, recuperaron todo lo que habían perdido y mucho más, como yo y mis hermanos y hermanas. Tu familia es una de las más ricas de los caballeros de Roma.

Lucius tragó saliva.

—Pero tú te convertiste en esclavo.

—¡Muchacho, muchacho! —suspiró él—. Los hombres han aceptado la esclavitud para alcanzar la posición que tengo y que tuvo mi padre antes que yo, administrador de una familia en ascenso, como lo era la tuya entonces. Creo que mi padre sintió que tu abuelo podía estar allí para aprovecharse de nuestro desastre, haber apoyado a Mario, pero cuando oímos su oferta... Ofreció una suma principesca, que permitiría a mi madre vivir cómodamente y a mis hermanas hacer excelentes matrimonios. Por supuesto, Madre tuvo que divorciarse de Padre. Una pena. Aquello fue muy duro para ella: amaba a mi padre. Pero estuvieron juntos al

final.

—Las cosas no siempre salen tan bien, ¿verdad? Mira el caso de Octus.

Aristo frunció el ceño.

—No sabía que lo conocieras.

—Tuve que rebuscar un tiempo en mi memoria. No relacionaba al mayordomo de mi madre con el viejo portero encadenado a la puerta. Pero cuando le vi mejor vestido y andando libremente por la casa, recordé. Merecía mucho mejor trato por parte de esta familia, por parte del hijo de mi madre.

Aristo parecía incómodo.

—Posiblemente, pero tu padre quizá tuviese sus propias razones. No sé qué decir. No me las comunicaba... ni a mí ni a nadie. Sólo puedo hablar por mí. Y mi familia prosperó. Mi padre recuperó la libertad al morir tu abuelo, y yo la mía cuando murió tu padre. —El anciano se recostó en su silla, cogió un pequeño cuchillo de la mesa y se puso a afilar la punta de su pluma—. No te lo he contado para despertar tu simpatía, sino para demostrarte que, en esta vida, a veces no tenemos elección.

Lucius asintió.

—Me han manipulado.

—Muy probablemente. No puedo probarlo, por supuesto, y aunque pudiera ¿qué podrías hacer tú al respecto?

—Nada. —Lucius bajó la mirada hacia sus dedos.

—¿Quién fue el instigador?

—Antonio, seguramente. Te lo digo porque creo que eres el verdadero descendiente de tu abuelo, y lo bastante frío como para poder usar la información en tu propio beneficio y en el de a quienes decidas proteger. Y, por cierto, la idea de tu hermana de cultivar viñedos en la Galia es probablemente buena, así que apártate de su camino.

Lucius sintió que acababan de despedirle: Aristo volvió a inclinarse pluma en mano sobre los documentos de su escritorio.

—Dicen que son sesenta —comentó.

La pluma de Aristo se detuvo, y el administrador levantó la cabeza para mirar a Lucius a los ojos.

—Dicen muchas cosas. ¿Qué opinas de ello?

—¡Es una locura! ¡Una locura de la peor clase! No me gusta la política. Jugarse el dinero ya es bastante malo: no estoy dispuesto a apostar mi vida.

—Puede que no tengas otra opción —dijo Aristo con tranquilidad.

—¿Sabes? César me ha dicho lo mismo.

—Y probablemente tenga razón. Así que, en tu lugar, yo me prepararía. Por cierto, obraste muy bien al poner a Firminius en su sitio: no creo que vuelvas a tener problemas con él, ni yo tampoco. Pero tu hermana es otra cuestión.

—Hablando de mi hermana... —Lucius se detuvo en la puerta—. Hay una tienda de comidas cerca de la Curia. Su propietaria... me hizo un... servicio.

—¡Por favor, no me digas más! —le interrumpió Aristo. Sus ojos estaban velados.

Sí, pensó Lucius. *No es un tema seguro. No en esta casa. Si Fulvia se enterase...*

—No te fijes mucho en los papeles que firmas, ¿verdad? —preguntó Aristo. Le mostró un documento: la deuda de Lucrecia con Myrtus estaba saldada por completo.

Lucius asintió con una sonrisa y le devolvió el documento al administrador, mientras pensaba en la paradoja de que, en un mundo donde pocos sabían leer, la comunicación por escrito fuese más segura que la hablada. Si pronunciaba una sola palabra sobre el tema, podía ser repetida en todas las casas de Roma antes del anochecer, pero si la enterraba en una pila de polvorientas cuentas domésticas, nadie lo sabría nunca. Sonrió de nuevo y se fue.



20

Aún no había amanecido. Dryas contemplaba la arena desde el rastrillo. Sólo ardían unas pocas antorchas en el exterior, y aunque nunca había visto la arena, encajaba con la descripción de Mir. No era muy grande: había gradas de asientos, pero no más de ocho o nueve filas.

Una caja elevada dominaba la superficie cubierta de arena. Estaba rodeada de púas de hierro dobladas hacia abajo, como para permitir una buena visión a quien se sentase tras ellas, pero también para impedir que los participantes del espectáculo, ya fuesen humanos o animales, alcanzasen a aquellos importantes espectadores.

—Sí —dijo en voz baja. Estaba sola. Había sido llevada a Roma a última hora de la tarde, y había llegado al *ludus* cuando ya era de noche, oyendo parte de una acalorada discusión entre Fulvia y el hombre que dirigía aquella escuela de gladiadores, el *lanista*. O quizá no fuese una discusión, sólo Fulvia imponiéndose: le gustaba hacerlo, como había descubierto Dryas durante el viaje a Roma.

Aquila seguía allí. Fulvia le había sobornado para que se quedase con ella.

Habían llevado a Dryas a una celda del edificio, sin entrada de aire ni luz, una caja sin ventanas cruzada por una verja de hierro y, durante la estación fría, como era el caso, una puerta de tres pesados paneles de roble. Unos ladrillos de terracota formaban una plataforma elevada en un lado de la habitación. Sobre ella, Dryas vio ropa de cama.

Le habían dejado una pequeña lámpara de arcilla, pero apenas tenía aceite, y la llama empezaba a vacilar. Dryas aprovechó el poco tiempo de luz para prepararse la cama, y casi lamentó disponer de la lámpara cuando vio que el colchón de paja tenía bastantes manchas de sangre.

Había un pequeño cazo de barro con un trapo como única tapa en un rincón de la celda. Dryas dio la vuelta a la cama y vio todavía más manchas en el otro lado. La manta era igual de mala que el colchón.

Fuera, incluso con la puerta cerrada, podía oír el ruido de la lluvia y el viento, y algún golpe ocasional cuando la corriente cerraba una puerta. Debía de haber alguna entrada de aire, porque de vez en cuando Dryas podía sentir la succión de la tormenta, y una pequeña corriente de aire cruzaba su celda.

La celda era tan diminuta que si se ponía en el centro, con la mano tocando la pared del fondo, la puerta estaba sólo a unos pocos pies. Si extendía los brazos, podía tocar las paredes a cada lado.

Los mismos animales contra los que luchaban los *bestiarii* disfrutaban de establos más cómodos, pero probablemente no había por qué sorprenderse: también eran más caros.

La lámpara se apagó por fin, dejando a Dryas sola en la oscuridad. Sintió miedo por un instante, luego pena y por fin desesperación. Las húmedas paredes de ladrillo estaban impregnadas de los sentimientos de los criminales y prisioneros de guerra condenados a la arena.

¿Y qué habían hecho aquellos desdichados?, pensó Dryas. Algunos, unos pocos probablemente merecerían la muerte, pero en la mayoría de los casos, de haber juzgado ella, el culpable hubiese pagado su falta con una multa.

Seguramente habrían cometido crímenes modestos y de poca importancia. El robo era el más habitual, y Dryas sabía que, cuanto más ricos se volvían los ricos, más temían y odiaban a quien intentase despojarles de aunque fuese una monedita de su fortuna.

En cuanto a los prisioneros de guerra, recordaba lo que le había dicho Aquila:

—Esos bastardos romanos creen que los dioses les han otorgado el dominio sobre el mundo entero. Y cualquiera que les diga «no tenéis derecho a gobernarme ni a controlar mi pueblo y mi tierra» es un criminal que merece la muerte.

»El que se salva acaba como esclavo. Tienen derecho a hacer lo que quieran contigo. Y, créeme, eso es lo que quieren decir cuando hablan del “gobierno de la ley”: *sus* leyes y *su* gobierno.

Había sonado muy amargo. Dryas era consciente de que los romanos debían de dejar un rastro de ira y dolor allí donde fueran. Para sus criterios, ella también era una criminal. Su gente había bajado de las tierras altas para ayudar a los pueblos de la costa contra César, y sin duda lo volvería a hacer. Por tanto, según el criterio romano, un criterio que aspiraban a imponer al resto del mundo, Dryas merecía convertirse en objetivo de su poder. Una demostración de dominio absoluto. Pues no hay poder más absoluto que el de hacer que los hombres luchen hasta la muerte y maten por orden tuya.

Considerar tal usurpación del poder divino a la luz del día es una cosa, y otra yacer en la oscuridad y sentir la agonía, la derrota y la pérdida rezumando de las paredes. Y escuchar la lluvia.

Dryas durmió y soñó que de alguna forma había quedado libre y volvía a su hogar, trepando por las cuestas herbosas, y que aquel aciago destino era sólo una

pesadilla que olvidar mientras corría con sus perros entre el brezo, bañada por el púrpura, el violeta, el azul y el rosa pálido del amanecer. Su alma sentía tal amor por su propio mundo que era un deleite para su corazón.

Despertó en la oscuridad, presa de una desesperación tan profunda que supo que no podía ser suya. El alma perdida gemía como un niño abandonado, y ella la serenó con recuerdos extraídos de su memoria como los fragmentos de un pergamino o una colección de flotantes hojas de otoño; rojo, amarillo, naranja y oro flotando en la superficie de un estanque tranquilo. El espíritu cesó en sus lamentos y se durmió. Lo mismo hizo ella.

Aquila la despertó antes de la primera luz: todavía estaba oscuro en el exterior. Le dio una copa de *posea*, el agrio vino bajo en alcohol dado a soldados y esclavos. Dryas hubiese preferido una de sus propias infusiones, pero no era demasiado malo. Alguien, quizá una mujer, había añadido al vino una hierba aromática, probablemente hisopo: en pequeñas dosis, era un estimulante.

—Marcia, la esposa del *lanista*, dice que puedes usar su letrina. Está al salir de la cocina. También te encontrará algo de comer —dijo Aquila.

Dryas asintió mientras apuraba el resto del vino.

Aquila guió a Dryas escaleras abajo. Su celda estaba en el tercer piso. Desde el pasillo, ella pudo ver que la arena era lo bastante grande como para albergar a unos cuantos cientos de espectadores. Había más celdas a lo largo del pasillo.

—¿Es muy grande este lugar? —preguntó.

—Cabén unos trescientos, más o menos. Más bien menos. Últimamente no ha habido *muñera*, y no hay juegos previstos hasta la primavera, así que dudo que haya más de cien hombres.

—¿*Muñera*?

—Ofrendas de gladiadores.

—¿Ofrendas? ¿Así lo llaman?

—Se les ofrece en memoria de alguien que ha muerto.

—¿Y complace eso a su espíritu?

—No lo sé —dijo Aquila—. Soy un buen griego, y nunca le hemos dado muchas vueltas a cómo nos sentimos acerca de la vida postrera. Si quieres mi opinión, y es algo que dudo a estas horas de la mañana, a los romanos no les importa nada cuántos esclavos mueran. Y disfrutan del espectáculo.

»En cuanto a César, lo único que le preocupaba en sus *muñera* era impresionar a todos en Roma con sus éxitos como conquistador y deshacerse de los prisioneros que fuesen demasiado bravos y rebeldes, o lo bastante sagaces como para desafiarle. Los que se inclinaron bajo el yugo se salvaron. El resto... bueno, si matas a la mayoría de los jóvenes de cualquier pueblo, no darán problemas a los recaudadores de impuestos romanos durante mucho tiempo.

Se detuvieron al pie de los escalones, y Aquila llamó a la puerta de lo que parecía una pequeña casa romana. Una mujer la abrió.

—Aquí está —dijo Aquila, dando un pequeño empujón a Dryas.

La mujer alargó la mano y arrastró a Dryas hasta lo que era claramente una cocina. Había unas gachas cocinándose en un rincón, y el humo del fuego salía por una abertura cerca del techo.

La mujer era guapa, aunque estaba algo consumida. Era una latina de pelo oscuro y rizado, piel morena y generosa figura.

—Oh, no —dijo a Aquila cuando el mercenario entró en la cocina tras ellas—. ¿En qué estaba pensando la señora Fulvia? Esperaba una vagabunda o un fenómeno de feria, pero es una dama.

—Cuidado, Marcia. Su latín es muy bueno, mejor que el de muchos pedagogos, y también sabe leerlo y escribirlo.

—Por Juno la Matrona, no puede estar en esos agujeros de allí arriba en los que encierran a los criminales y qué sé yo qué más. —Marcia sonaba escandalizada—. Ven, querida. —Cogió a Dryas de la muñeca y la llevó al otro lado de una cortina y una pantalla de madera. La letrina tenía un asiento, también de madera. Había cerca un cubo de bronce lleno de agua, y un palo con una esponja en el extremo colgando de la pared. En una mesa al otro lado había una jofaina con agua caliente, de cuya superficie se elevaba el vapor. Sobre el respaldo de una silla había otra esponja, una túnica y sandalias.

Marcia pareció embarazada por un instante, y señaló la esponja de la pared.

—Esto es...

—Entiendo —contestó Dryas—. ¿Vinagre?

—Oh, sí. No había pensado en ello, pero funciona bien. Deja tus ropas aquí y yo las lavaré. ¿Es tu espada? Aquila me dijo que sí, pero no creía que una mujer pudiese...

—Pueden entre mi pueblo, y también puedo yo. Se supone que debo. La recibí de mi maestro cuando alcancé la edad apropiada.

Las manos de Marcia se agitaron.

—Ya veo, ya veo. No, no lo veo. Eres una dama. Aquila dijo que eras de alto rango...

Dryas se encogió de hombros con una sonrisa.

—No creo que eso importe ahora.

Marcia la dejó sola para que completase su aseo.

Mientras usaba la letrina, se lavaba y se vestía, Dryas oyó hablar a los otros dos.

—¿En qué está pensando Fulvia? —repitió Marcia.

—No lo sé. Por eso sigo aquí —contestó Aquila—. Juré que los dejaría en Messene, pero ella no es como pensaba. Marcia, mató a seis hombres, y Lidio jura que vio a un lobo visitándola por la noche.

—¿Y cómo lo explicó ella?

—Dijo que el lobo era un amigo.

Marcia no contestó. Dryas terminó de vestirse y volvió a la cocina. Marcia le dio

un cuenco de trigo cocido con leche, y algo de pan ácimo. Aquila se marchó.

Dryas comió rápidamente. Mientras tanto, Marcia siguió cocinando, pero sin perderla de vista por el rabillo del ojo. Estaba terminando de comer cuando Aquila entró de nuevo.

—Es hora de irse —le dijo—. Ella te quiere allí para el amanecer. Yo no puedo ir contigo. Hay una litera fuera...

Marcia salió un momento para volver con un manto oscuro, una *palla*.

—Toma, o te resfriarás —dijo mientras envolvía a Dryas con él.

La litera descansaba sobre el suelo, ante las puertas. Aún estaba oscuro. Dryas separó las cortinas y se sentó sobre los cojines. Aquila encadenó su tobillo a uno de los postes que sostenían las cortinas. Lo hizo con expresión avergonzada.

—Me lo han mandado —dijo, y cerró las cortinas.

Un hombre de aspecto poderoso cabalgaba junto a la litera.

—Está prohibido —gruñó cuando Dryas intentó abrir la cortina. Pero ella se las arregló para dejarlas un poco abiertas.

Tampoco veía nada que pudiese ayudarle: sólo edificios oscuros y cerrados, calles estrechas, y antorchas encendidas.

Había un suave toque de luz en el este cuando llegaron a la arena de la villa Basilia. El hombre le soltó el grillete del tobillo, y Dryas fue llevada a través de un túnel hasta la celda donde se quedó contemplando el lento progreso del nuevo día. La puerta estaba cerrada.

Con la luz, Dryas vio una jarra de barro y una copa junto a la pared de la cámara. Se sentó y escanció algo de líquido: *posea* de nuevo. Tembló a pesar del manto: hacía tanto frío que decidió beber algo de aquel brebaje.

Se sentía extrañamente relajada. Su mente estaba tranquila. Estaba segura de que no tardaría en morir. ¿Habría alguna manera de llevarse a César con ella? El lobo no había dicho si iba a seguirla, pero pensó que era posible. En tal caso, sería un útil aliado. Descansó la espalda contra la pared y aguardó con absoluta calma.

Octus despertó a Filo más o menos en el momento de la llegada de Dryas. El griego se puso en pie y empezó a vestirse.

—Ella te querrá allí —dijo Octus. Parecía ojeroso.

—¿Qué ha pasado?

Octus se apoyó en la pared enlucida del dormitorio de Filo.

—Ha sido una mala noche. Acababa de llegar cuando empezó a tirar cosas. Todas las doncellas están llorando, o al menos todas las que no están histéricas. Firminius se encerró en su dormitorio. Ni siquiera Antie puede calmarla.

—¿Antie?

—Sí, su doncella personal. Normalmente, ella y Firminius son los únicos a los que escucha cuando tiene una de sus rabietas.

—¿Has probado a despertar a Aristo?

—No estoy tan loco. ¿Crees que quiero acabar encadenado de nuevo junto a la puerta?

—No creo que eso llegase a ocurrir. A *él* le gustas.

Octus sonrió, un poco inseguro.

—¿Sí? Dice tan poco en un sentido o en el otro... La verdad es que no estaba seguro.

—Le gustas, y mucho. —Filo puso la mano sobre el hombro del anciano—. No creo que tengas nada que temer ahora.

—Bueno, en cualquier caso mi amo necesita dormir. No creo que fuese una buena idea. Ella le rompió un jarrón de cristal en la cabeza a Firminius, y tiró un espejo de mano a Antie. Antie reaccionó bien y pudo agacharse, pero Firminius huyó gritando. Estaba descalzo y se cortó un pie con los cristales. No creo que sea una herida muy grave, pero dejó huellas ensangrentadas por el dormitorio de Fulvia, el atrio y el pasillo hasta su habitación. Pero creo que no ha herido a nadie más, aunque estaba jurando vender a todos los esclavos esta mañana.

—En realidad no piensa hacerlo.

—No, probablemente no... o hubiese despertado a Aristo ella misma. En cualquier caso, tienes que preparar a un nuevo gladiador para una exhibición privada en su arena personal esta mañana.

—Muy bien —dijo Filo—. ¿Y por qué estaba tan enfadada?

Octus enarcó las cejas.

—No lo sé. Entró, vio a Flaco y Africano haciendo de porteros, y mandó llamar a Firminius. Antie y las demás chicas estaban desvistiéndola. Firminius entró e hizo salir a las chicas, salvo a Antie que se quedó porque fue su nodriza y Fulvia confía en ella. Lo siguiente fue que Firminius salió huyendo y dando gritos, igual que Antie, mientras ella tiraba cosas.

—Debiste haberme despertado para que le diese un sedante.

—Deberías pagarme por protegerte —repuso Octus—. Una de las personas a las que maldecía, aparte de *él*, eras tú. Cuidado con el nuevo gladiador: lo ha comprado en la Galia y creo que espera que tú seas su primera muerte. Sea como sea, quiere darle a César una muestra de su nueva estrella, así que tiene un jabalí esperando.

—¿Qué es, un gladiador o un *besharius*? —preguntó Filo—. Ya sabes que hay una diferencia: uno lucha con hombres y el otro con animales.

—Si de verdad hay una diferencia, yo no la distingo, Filo. Todos los que he visto son grandes, peligrosos, amenazadores y desagradablemente ágiles. Y esa descripción no sólo sirve para los hombres, sino también para los animales con los que luchan: a veces es difícil distinguir entre unos y otros. ¿Crees que debería despertarle a *él*?

—Sí —respondió Filo—. Si César viene, el cabeza de familia debe estar presente aunque sólo sea por guardar las apariencias. Nuestra pequeña señora es muy cuidadosa con su reputación.

Octus notó que su cara estaba rígida por la aversión.

—Le despertaré ahora.

—No te preocupes si...

El esclavo meneó la cabeza.

—No, nunca se ha enfadado conmigo, ni ha mostrado la menor impaciencia por nada.

Filo asintió. Sabía por qué era así: Lucius se sentía culpable con Octus. La lealtad que el portero le había mostrado a su madre Silvia hubiese merecido mejor recompensa, pero Lucius estaba cumpliendo su servicio militar en la Galia cuando su madre murió, y no había pensado mucho en el destino de sus criados.

Mientras Octus iba a despertar a Lucius, Filo fue al armero para coger ropa, mallas y lanzas. El esclavo que se lo dio no hizo comentarios.

El sol empezaba a ascender, y el cielo estaba brillante. Filo apoyó las lanzas en la pared, sujetando la ropa y las mallas con el brazo mientras se ceñía mejor el manto. Hacía frío. Oyó chillidos y rugidos en las cercanías: debían de estar torturando al jabalí para que la criatura ofreciese una lucha interesante. Se estremeció un poco, recordando algunas de las cosas que le habían hecho los hombres de Antonio.

El jabalí estaba entre los más salvajes de los asesinos, así que Filo reservó sus simpatías para el hombre. Un tropiezo cerca de un animal así podía dejarle retorciéndose de agonía en la arena.

Filo conocía bien a los gladiadores y los *bestiarii*, y no les tenía miedo. De hecho, estaban entre los más agradecidos de sus pacientes. Eran los sujetos menos apreciados que había visto, tanto criminales como prisioneros de guerra. Los prisioneros de guerra eran los que no se consideraba que valiese la pena venderlos como esclavos, y los criminales procedían de las clases más empobrecidas de la sociedad romana. En su mayoría se mostraban extravagantemente agradecidos por la más pequeña amabilidad. Los pocos que odiaban a todo el que se acercase a ellos no sobrevivían mucho tiempo.

Y aquel nuevo gladiador tampoco iba a hacerlo, desde luego. Parecía bastante pequeño, sentado en silencio y contemplando la arena a través de la verja. La delgada figura estaba envuelta en sombras. El gran guardia apostado junto a la puerta la abrió para Filo. Al oír el ruido del hierro, el ocupante del banco se volvió hacia él y Filo se dio cuenta de que estaba mirando a una mujer.

Octus despertó a Lucius y le dijo que su hermana había vuelto aquella noche.

—Lamento haberme perdido su llegada —dijo.

—Sí —contestó Octus mientras se preparaba para afeitarse.

—Oh, no —se quejó Lucius, volviendo a su cálido lecho.

—César va a venir —explicó el esclavo.

Lucius salió torpemente al patio, sentándose en una silla más allá del porche. La

luz era buena, y Octus le afeitó allí. Alia le llevó su toga y una túnica de lana.

—¿Qué voy a hacer para tener que vestirme así? —preguntó Lucius.

—Asistir a un *muñera* con César, Cleopatra, Antonio y tu hermana. Ella le ha traído un nuevo gladiador de la Galia.

Lucius murmuró una obscenidad entre dientes. Luego, en voz aún más baja, asoció a César y Antonio con ella, sugiriendo lo que podían hacerse el uno al otro, por turnos.

Octus retrocedió, navaja en mano.

—Mi señor...

—Ya sé, ya sé —dijo Lucius—. No debo hablar ni mover la cara.

Octus reemprendió su tarea. Lucius observó con cierta alarma que la mano de su criado estaba temblando, pero en unos momentos se encontró afeitado, peinado y perfumado, y poco después vestido con una toga con la franja púrpura y los pliegues correctamente dispuestos. Cuando Castor y Pólux le ponían la toga, —una prenda infernalmente difícil de llevar— siempre resbalaba y se caía, pero Octus tenía talento para ponérsela de tal forma que ni siquiera el viento la movía.

Ya bien vestido, Octus le condujo al atrio. También le acompañaba Oreja Cortada, tan lacónico como siempre.

—Debo ver lucha —dijo el galo.

César y Antonio llegaron, el segundo maldiciendo entre dientes.

—¿Me guarda rencor ese médico griego tuyo? —preguntó al ver a Lucius—. Porque si es así, tengo un remedio infalible para los esclavos rencorosos.

—Filo no es un esclavo —dijo Lucius.

—No —intervino Cesar—. Es un ciudadano romano, con tanto derecho a llevar la toga como tú, Marco Antonio, y puede votar en las asambleas.

Antonio pareció molesto.

—No sabía que ya hubieras hecho eso.

—Así es —contestó César con una sonrisa.

—Muy bien, entonces supongo que tendré que pagarle. Pero hazle venir esté donde esté. Tengo la peor jaqueca desde que Zeus se sacó a Atenea de la cabeza. Siento la lengua como si hubiese pasado veinte años en un tonel de curtir. Los ojos me sobresalen como los de un cangrejo, por lo menos dos o tres pulgadas, lo juro sobre la tumba de mi padre. Si no es Filo, que alguien, quien sea, se apiade de mí: traedme algo de beber.

Octus se inclinó ante Lucius.

—Filo está con el nuevo gladiador —le dijo en voz baja—, pero, si quieres, sé dónde guarda muchas de sus drogas. Puedo traer un poco de lo que...

—Sí, sí —dijo Antonio—. Y si cometes un error, trae algo que me mate enseguida. La muerte es mejor que esta tortura: la luz del día me quema. Me quema, os lo juro.

Cleopatra llegó con aspecto fresco y los ojos pintados. Soltó una risita al ver a

Antonio.

Fulvia hizo su entrada, mostrando un comportamiento irreprochable. Besó ostentosamente a Lucius en la mejilla y abrazó a César.

—Mi querido amigo, tienes que ver lo que tengo para ti —le dijo. Luego intercambió besos con Cleopatra.

Octus volvió con una copa. Se la dio a Lucius con una inclinación y se marchó. Lucius miró el contenido: sí, tenía el mismo aspecto y olor que la cura de Filo para la resaca. Se la dio a Antonio.

—Venid —dijo Fulvia—. Ved mi nueva arena de adiestramiento.

Los ojos de Filo estaban clavados en la mujer.

Ella se acercó, y el griego le dio las tres lanzas. La mujer las estudió con aire crítico. Todas eran de distinta forma, y dejó una de lado enseguida. Incluso Filo podía ver que la punta estaba suelta. La mujer puso las otras dos bajo la luz encontrando satisfactoria una de ellas.

—Está embotada —dijo de la otra, empezando a afilarla contra el banco de piedra. El metal no tardó en quedar afilado, y la mujer lo probó cuidadosamente con el pulgar—. No te serviría para afeitarte, pero está bastante bien —dijo a Filo—. ¿Qué es, un hombre o un animal?

—Un jabalí, creo.

—Estupendo, un jabalí. Ella no pide mucho, ¿verdad? Tres lanzas, una de ellas con la punta suelta y nada fiable. Y las otras dos sin guarda de cruz.

—¿Guarda de cruz? —repitió Filo, sin entender.

—Sí. Un jabalí puede seguir avanzando a lo largo de la lanza y matar al hombre que la sujeta, o mujer en mi caso —dijo ella. Sus labios se torcieron en lo que podía ser una pequeña sonrisa—. Cierra la boca o algo te anidará en ella. ¿Qué más tienes ahí, alguna protección?

Filo le dio el *subligaculum* y la malla.

La mujer alzó la malla para observarla a la luz. Era bastante bonita, de pequeños anillos de plata. El cuello y el borde justo bajo los pechos estaban decorados con grandes y brillantes piedras.

—Hermosa —dijo ella—. Y no pararía ni un agujijón. Si el jabalí me derriba, tendré sus colmillos clavados antes de que pueda darme cuenta. ¿Y qué es esto?

El *subligaculum* era de seda escarlata, ligeramente más complicado que un taparrabos. Tenía un cinturón formado por grandes eslabones planos de oro. La seda llegaba por debajo de las nalgas, cubriéndolas bastante bien. Luego subía entre las piernas hasta el estómago, con sujeciones para fijarla a la cadena.

—Parece que han gastado algo de dinero en esto —comentó Dryas cínicamente.

—Iré a ver si puedo encontrarte una lanza mejor —dijo Filo. Corrió hacia la puerta y la encontró cerrada: el guardia se había marchado—. Estamos encerrados —

dijo volviéndose hacia Dryas con expresión de desánimo.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—. Intenta aparentar que no preferirías estar encerrado con una leona.

Filo balbuceó algo, pero luego no pudo recordar qué.

La mujer rió, examinando el rastrillo.

—¿Se levanta desde fuera?

Filo asintió.

—¿Son los espectadores? —preguntó ella, señalando la tribuna sobre la arena.

—Sí —contestó Filo. Pudo reconocer a Fulvia, Antonio, Lucius, Cleopatra, César y Oreja Cortada.

Había mucha luz. La tribuna de los espectadores tenía un toldo, pero estaba plegado. El sol estaba alto, y los asientos de la derecha y la arena brillaban bajo la luz amarilla.

—Date la vuelta —dijo ella.

Filo empezó a retroceder muy despacio, con un ojo fijo en la mujer.

—La puerta está cerrada —dijo—. No puedo salir. Ojalá pudiera...

—¡Bu! —dijo Dryas.

Filo retrocedió de un salto la longitud de dos pasos.

—Date-la-vuelta-quiero-vestirme —explicó ella lentamente.

—Oh, oh, ooh —dijo Filo, con un suspiro de alivio. Se dio la vuelta, quedando de cara a la pared. Pudo oír ruidos a su espalda. Otros sonidos llegaban desde el otro lado de la arena: resoplidos, gruñidos, un golpe sordo... luego el ruido de pezuñas sobre el suelo bajo la arena, y un fuerte golpe contra el rastrillo. Filo se giró de nuevo.

El jabalí volvió a estrellar sus colmillos contra la reja de hierro. Dioses inmortales, aquella cosa era grande y apestaba a sangre, pues le habían estado provocando. También hedía a orina de cerdo: sus cuidadores le tenían miedo y pasaban mucho tiempo sin limpiarle la jaula.

Mientras Filo le miraba, el jabalí abrió su enorme boca y mostró los dientes, peores que los colmillos a ambos lados del morro: largos, amarillentos y crueles. El animal soltó un furioso gruñido y golpeó el rastrillo otra vez. Tenía la piel negra, con cerdas en el morro, que luego seguían erizadas a lo largo del lomo.

Dryas lo observó con calma, tanteando uno de sus flancos con una lanza. El animal embistió de nuevo, chillando y rugiendo. Por un instante, Filo temió que la reja cediese.

Entonces oyeron unos gritos desde arriba, y una lluvia de pequeños proyectiles cayó sobre el jabalí para apartarlo del rastrillo.

Filo estaba horrorizado.

—Esa cosa... esa cosa te matará —dijo. Luego se dio cuenta de que Dryas ya estaba vestida.

Ella le sonrió, con una sonrisa hermosa y amable.

Libre de la tosca túnica que había llevado antes, era hermosa, y la imagen de su sonrisa y su cuerpo cubierto por la corta cota de malla y el taparrabos quedó grabada para siempre en la mente del médico. Piernas largas y esbeltas, que harían parecer torpes a la mayoría de las mujeres, musculosas en la pantorrilla, estrechas en la rodilla y de muslos poderosos. Caderas estrechas, casi virginales, y un estómago plano y musculado bajo una superficie de terciopelo. Pechos altos y lo bastante generosos como para apartar la tela de malla de su abdomen. Brazos bellamente formados, proporcionados con el cuerpo como las piernas, fuertes pero no abultados... como los cables en una polea.

El jabalí dio una vuelta completa a la arena y volvió a la puerta. El rastrillo empezó a elevarse. Unos gritos desde lo alto hicieron que el animal volviese al centro del círculo.

Dryas cogió una lanza en cada mano. El rastrillo subía cada vez más rápido.

—No —dijo Filo—. ¡No!

—Más vale que salga —dijo ella con suavidad—, o él entrará y nos matará a los dos. —Como un relámpago, se agachó bajo el rastrillo y se puso frente al jabalí.

El animal cargó contra ella. Dryas estaba sola, rodeada por el silencio. Corrió a su vez, con el jabalí embistiendo. Lo perdió de vista por un momento, cuando la luz del sol pasó por encima de la pared este de la arena. Cuando consiguió verlo de nuevo, el animal ya estaba casi sobre ella. Sintió que un colmillo le arañaba la pierna, y clavó la lanza que llevaba en la mano derecha en el flanco del jabalí. El animal gruñó, pero ni siquiera redujo su velocidad. Se dio la vuelta, pero Dryas sujetó la lanza: aquello le frenó un poco, haciéndole perder impulso. Entonces Dryas soltó la lanza bruscamente, dejando que el animal se la llevase arrastrando.

El sol le daba en los ojos, y Dryas se pasó la lanza de la mano izquierda a la derecha. En la tribuna, Lucius seguía asimilando el hecho de que contemplaban a una mujer. Cuando ella y el jabalí quedaron ocultos por un instante bajo una nube de arena, con el animal intentando clavarle los colmillos, Lucius se puso de pie, y un grito formándose en su garganta.

—Tan pronto... Qué lástima —oyó decir a César a su lado—. Esperaba una lucha más larga.

Entonces vio que la lanza se clavaba en el cuerpo del jabalí mientras la mujer se hacía a un lado.

Estaba casi bajo la tribuna.

—¡Por Baco, una mujer! —bramó Antonio—. Apuesto cien áureos por el jabalí.

—¡Acepto! —exclamó Lucius.

—¡Yo también! —gritó César.

Aquella vez fue el jabalí el que perdió de vista a Dryas a causa del sol. Pero la lanza de la mujer resbaló sobre sus costillas y cayó en la arena, dejándola desarmada.

El jabalí se detuvo por un momento, sus flancos agitándose pesadamente. La sangre manaba de la herida que había sufrido: la lanza seguía clavada y arrastrándose

tras él, y Dryas observó que la espuma que le cubría las mandíbulas era roja. Su segundo ataque debía de haberle dado en un pulmón, a pesar de su aparente fallo.

Pero aquel asesino estaba muy lejos de haber terminado. Cargó. Dryas volvió a moverse a la izquierda, pero él la siguió. Luego a la derecha. La criatura parecía anticipar todos sus movimientos.

Dryas saltó como una acróbata, cayendo sobre las manos justo detrás de la cola de la bestia, describió una pirueta y cayó de pie en el centro de la arena.

El jabalí se dio la vuelta con una increíble agilidad, más propia de un armiño o una comadreja que de un cerdo, y embistió de nuevo.

En la tribuna, Lucius oyó que Antonio jadeaba de admiración. César se rió. Pero aquel jabalí era un adversario mortífero, y Lucius sintió miedo por la mujer. Se inclinó sobre la barandilla, con los puños crispados en torno a las púas de hierro.

Dryas recuperó su lanza y, para horror de Lucius, esperó al animal rodilla en tierra. Sabía lo que estaba haciendo la mujer: él había matado a una cerda del mismo modo, aquel lejano día en que le clavaron su propia espada por la espalda.

—No —susurró—. No, no lo hagas. Le has herido en el pulmón. Dentro de poco será incapaz de respirar, y habrá terminado. —Lo sabía tan bien como ella.

Dryas clavó la lanza entre las costillas del jabalí, pero el animal siguió avanzando a lo largo del asta, con la boca abierta y los colmillos amarillentos listos para desgarrarle el hombro y el cuello. Ella saltó hacia atrás, pero había olvidado dónde estaba, y su cuerpo chocó contra la pared de piedra de la arena.

La boca se cerró sobre su tobillo, pero Dryas ya estaba en movimiento, las manos sobre el lomo de la bestia y los pies en el aire, dando una voltereta. Su pie sangraba cuando cayó de costado, apoyándose sobre su brazo izquierdo.

El jabalí se dio la vuelta, con la boca abierta y los colmillos bajos.

Me tiene, pensó Dryas. Esto es la muerte. Su mano resbaló sobre la arena y cayó de lado, mirando al jabalí a los ojos.

El animal dio un paso hacia ella. Dos pasos. La lanza le había atravesado el cuerpo. Tosió, gorgoteó y cayó con las patas dobladas mientras Dryas se levantaba.

Descubrió que estaba temblando de pies a cabeza, pero el público de la tribuna no podía verlo.

El jabalí tosió de nuevo mientras Dryas se apartaba, y volvió a hacerlo cuando un brillante chorro de sangre se derramó sobre la arena desde su boca abierta. Sólo entonces murió definitivamente.

Dryas se miró la mano izquierda: se la había despellejado por un lado y le salía sangre. También tenía algunos cortes en el tobillo, hechos por los dientes del animal. Ninguna de las heridas era grave.

Oyó el rastrillo subiendo detrás de ella. Las cadenas resonaron con un chasquido.

Antonio se recostó en su asiento.

—Menudo combate. —Señaló a Dryas—. Pero no me digas que es una mujer. No puede ser. No me lo creo, ni siquiera aunque me lo juren todas las vestales de Roma.

Dryas miró a los hombres, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás. Lucius descubrió que no le gustaba mucho su forma de mirarle: no había sido tan directa con el jabalí. Luego se dio la vuelta y caminó hasta la abertura bajo el rastrillo. A la brillante luz de la mañana, era como la boca de una cueva.

Justo antes de entrar, se dio la vuelta, se quitó la cota de malla y la dejó caer en la arena. Después hizo lo mismo con el taparrabos, quedando de pie y desnuda ante ellos.

Lucius sintió que la boca se le secaba, y volvió a alegrarse de llevar la toga, pero luego se dio cuenta de que no la llevaba: se la había quitado en algún momento durante la pelea. Aunque no importaba, pues ninguno de los demás hombres prestaba la menor atención al estado de su alma.

Antonio hizo un ruido que recordaba a los gruñidos del jabalí.

—No creo que haya ninguna duda de que estamos mirando a una mujer —dijo César—. ¡No! Ninguna duda.



21

No había imaginado que hubiese tantos de ellos. Nunca había visto una cantidad tan grande. ¿Cómo se alimentaban? ¿Cómo evitaban volverse locos? La multitud era apabullante, y Maeniel comprendió por qué sus sentidos estaban tan embotados. La ciudad estaba tan cargada de olores que casi se encontraba al borde de perder la capacidad de pensar con coherencia. Sencillamente, no podía — ni siquiera con un cerebro humano— procesar toda aquella información de una vez.

Viajaba en una litera, y los doce hombres que soportaban su peso emitían un abrumador hedor a miedo y a las secreciones del esfuerzo físico que empapaban sus axilas y sus ingles.

El miedo se debía a que eran bestias de carga humanas, y un conductor los seguía con un largo látigo enroscado en la mano. La litera pertenecía a AmbóruX. Cuando alguno de los esclavos flaqueaba o era incapaz de mantener el paso, el látigo restallaba. Maeniel había notado que los hombres tenían largas ronchas rojas en distintos lugares de su cuerpo. Ahora comprendía por qué.

La litera había estado aguardándole en Ostia cuando bajó del barco. No tenía ni idea de cómo Blaze había enviado un mensaje a AmbóruX, pero había varios guardias del galo y una litera esperándole en el puerto. Maeniel cargó cuatro sacos de oro y subió detrás, preguntándose qué movería aquello. Ya lo sabía. Los hombres que trotaban bajo él estaban muy incómodos, por lo que él se sentía igual.

El ruido era ensordecedor. Los gritos de los buhoneros se mezclaban con los de los clientes discutiendo con los tenderos cuyos establecimientos se alineaban a lo largo de la calle. El barullo, el constante ruido de la conversación humana, las pisadas, las carretillas chirriantes, los golpes de los martillos y el raspar de los yeseros cuando pasaban junto a una obra en construcción... Los omnipresentes olores que llegaban de las tiendas de comidas, las tabernas, las carnicerías, los puestos de salchichas, los de vino, los hornos de pan... todo ello por encima de las heces, la

orina, el agua estancada, la basura, la putrefacción y otros hedores, casi hasta el punto de embotar sus sentidos.

Crack. Crack. Crack. Los hombres bajo él empezaron a trotar al entrar en el Foro. No había pensado que pudiesen moverse más rápido, pero el látigo les animaba a hacerlo. Los guardias apartaron a la multitud al pasar por la Rostra.

La litera giró hacia un patio rodeado de estrados. Había hombres sentados en ellos, custodiados por enormes gladiadores con mastines. Perros loberos, observó con cierta alarma.

Los portadores bajaron la litera.

—¡Suavemente! —rugió el conductor, y el látigo restalló de nuevo. Maeniel no sintió la menor sacudida cuando las patas de la litera tocaron el suelo.

Salió de la litera ante el estrado de mayor tamaño. Las puertas reforzadas con hierro estaban abiertas, y el propietario estaba sentado junto a un brasero. Era un griego calvo y de aspecto ascético llamado Dofanes. Blaze y AmbóruX se lo habían recomendado.

Maeniel cogió los cuatro sacos de oro y lo puso sobre la mesa ante el banquero. Dos asistentes se apresuraron a contar las monedas. Cuando vieron que las había de varias clases, aparte del áureo romano, empezaron a separarlas y sacaron balanzas para pesar las menos conocidas.

Maeniel rebuscó en su bolsa y entregó al conductor de la litera dos monedas de plata para que comprase algo con lo que refrescar a sus hombres y a él mismo. Insistió en que incluyese a los portadores, que a pesar del aire frío parecían sedientos y exhaustos. Se trataba de una suma espléndida para hombres que estaban acostumbrados a ver sólo monedas de cobre en el mejor de los casos.

Dos de los guardias fueron enviados a comprar, y no tardaron en volver con una brazada de panes con salchicha, cebolla y piñones; cuatro jarras de vino; volatería, incluyendo pollo, becada y pichón; humeantes salchichas envueltas en papel; y un puchero de cerdo estofado en mosto con cebollas, nabos y zanahorias.

Todos se sentaron allí donde estaban y cayeron sobre la comida, mientras Maeniel, que había sido advertido por Blaze y Mir, mantenía un ojo sobre el oro, asegurándose de que las cuentas fuesen correctas.

Maeniel permaneció allí de pie, vestido con túnica y toga. No tenía derecho a vestirse así, puesto que no era ciudadano romano, pero al fin y al cabo, ¿de qué nacionalidad eran los hombres lobo? Podía ser tan romano como cualquier otra cosa.

Los esclavos, que habían estado maldiciéndole en silencio desde Ostia, empezaron no exactamente a bendecirle, pero sí se mostraron más dispuestos a creer que era un hombre más amable de lo que indicaba la experiencia.

Cuando el dinero quedó contado y pesado por fin, Maeniel descubrió que era un hombre rico, incluso para los criterios romanos. No obstante, en lugar de ir a la villa de AmbóruX, fue llevado a alojarse en casa de Manilius y Felex. Se negó a volver a la litera e hizo a pie el resto del camino. Sus guardias fueron sintiéndose avergonzados,

exasperados y finalmente furiosos, pues quería investigarlo todo.

Se detuvo ante el puesto de un vendedor de salchichas y probó una de cada variedad. Luego entró en una taberna donde el tabernero y una mujer daban un uso desacostumbrado a una de las mesas. El hombre tenía la túnica recogida por encima de la cintura, igual que la mujer, pero los guardias advirtieron escandalizados que ella llevaba la estola de una respetable mujer casada: ya estaban aprestándose para sacar de allí a Maeniel cuando el tabernero se separó de la mujer, cogió un puchero de sopa y arrojó su contenido sobre los recién llegados.

Maeniel consiguió no transformarse en lobo por los pelos. Contuvo el cambio mientras se agachaba bajo una mesa. Los guardias huyeron en todas direcciones, y también la mujer: parte de la sopa había caído peligrosamente cerca de ella, y tenía una gran cantidad de grasa, provocando feas quemaduras sobre la piel.

La mujer llegó a la puerta y se dio la vuelta, gritando maldiciones a su amante. Los guardias salieron de sus refugios: muchos habían imitado a Maeniel metiéndose bajo las mesas, uno se había encaramado a una viga, y otros dos habían salido a la calle.

Entonces Maeniel se encontró defendiendo al desdichado tabernero de los guardias, que querían ahogarle en una olla de agua hirviendo, o al menos hacer que se diese un chapuzón en ella. La mujer sumó su voto al de los soldados, aún enfadada por el incidente con la sopa: se abalanzó sobre su amante con uñas y dientes a falta de otras armas.

Los vecinos se reunieron para disfrutar del espectáculo, y Maeniel se fijó en un hombre alto poniendo orden entre los congregados. ¿El marido? La multitud acabó por disolverse: era obvio que se trataba de un hombre conocido y temido en el vecindario.

De alguna manera, el hombretón estaba convencido de que Maeniel había insultado a su esposa y el tabernero estaba defendiendo su honor. Llevaba una espada.

Tanto Maeniel como los guardias optaron por la mejor parte del valor y corrieron, seguidos por los porteadores.

Cuando se reagruparon a varias calles de distancia, Maeniel pidió explicaciones a los guardias. Ellos se las dieron, junto con un considerable catálogo de obscenidades, algunas de las cuales no eran fácilmente traducibles del latín y en las que Maeniel estaba profundamente interesado. Estaba al tanto de la naturaleza privada del acto del amor, incluyendo el hecho de que a los humanos no les gustaba ser interrumpido, pero se encontraba en las tinieblas por lo que respectaba al ultraje creado por el respetable vestido de la mujer en una situación no tan respetable. Por fin quedó debidamente ilustrado, y prometió ser más circunspecto en sus exploraciones.

Maeniel mantuvo su promesa, desviándose sólo lo necesario para comprar pan con una deliciosa capa de miel para todo el grupo. Continuaron su camino masticando y bebiendo.

Se detuvo para comprar un inusual sombrero: estaba hecho para mantener el sol a

raya, y tenía la forma de una gran col, con las hojas atadas con un cordel en el centro. Quien lo llevaba podía desatar las hojas que fuesen necesarias para resguardarse del sol la cara, el cuello, las orejas.

Sus guardias lo encontraron lo bastante ridículo como para romper a reír, e incluso los oprimidos portadores mostraron algunas sonrisas.

Se calmaron de inmediato cuando Maeniel estuvo a punto de provocar un tumulto en el Foro al arrojar plata a unos niños que estaban bailando al son de una flauta doble.

A partir de aquel momento fue urgido a caminar más deprisa, hasta que el grupo llegó a la casa de Manilius y Felex en el Palatino.

Un hermoso joven vestido como una mujer les invitó a pasar. Tenía el pelo castaño rojizo y llevaba un vestido de seda verde, perfume y maquillaje.

—Bonito vestido —le dijo Maeniel.

—Sí, el verde es mi color —ronroneó el portero, atusándose un elaborado tocado con bucles y una diadema.

Condujo a Maeniel a un peristilo lleno de gente, unas ocho mujeres y más o menos diez hombres en diversos estados de desnudez, todos paseando entre las flores y plantas del jardín.

Rosas tempranas; lirios; helechos; salvia blanca, rosa y malva; acantos de espléndidas flores azules que elevaban sus complejas espinas. Había violetas por todas partes, floreciendo en bajas macetas de barro: púrpuras, blancas, amarillas, y las fragantes, tímidas y sencillas azules.

Las personas mostraban mayor colorido, si ello resultaba posible. Allí donde se posaba la vista lo hacía sobre joyas: amatistas rojas, azules y naranjas, ónice negro, hematites y un arco iris de perlas rosas, blancas, azules, pardas y resplandecientemente negras. Los vestidos eran de todos los colores y tejidos: seda, lino, lana, algodón... Escarlata, verde, naranja, azul, amarillo, marrón o incluso negro: todas las combinaciones posibles. Y además, todas las caras estaban maquilladas y el aire estaba cargado de perfume.

Maeniel oyó las risitas ahogadas, los carraspeos y las toses de sus hombres. Algunos llegaron a atragantarse al intentar controlar su diversión con demasiado ímpetu.

Las damas y caballeros del jardín no se tomaron la molestia de ocultar sus sentimientos. Varios señalaron el sombrero en forma de col y rieron como histéricos.

Manilius y Felex pusieron los ojos en blanco.

—Oh, querido —gimió Felex—. ¿En qué nos ha metido AmbóruX esta vez?

Por un momento, Maeniel tuvo la experiencia de estar entre dos grupos de personas riéndose cada uno del otro, y ya de paso de él mismo. No estaba seguro de que la situación le gustase, pero era una criatura paciente. Así que se quitó el sombrero y se inclinó ante Felex y Manilius con una sonrisa.

Manilius apretó las palmas de las manos, como si estuviese rezando.

—Oh...

Felex parecía asombrado.

—Vaya...

Las mujeres se levantaron de sus sillas y se acercaron a Maeniel en bandada.

—Vaya —dijo una vestida con una túnica de color llama—. No es...

—Sencillamente adorable —completó otra que llevaba una estola con unas seis capas de gasa verde.

Maeniel empezó a besar manos, una costumbre que le encantaba.

Lucius se alejó de la arena sin darse cuenta de dónde estaba.

—Caledonia —murmuró Oreja Cortada.

—¿Ca... qué?

—Es de la tribu de los caledonios —explicó el galo, con una rígida cara de desaprobación—. Debería estar muerta.

—Estoy de acuerdo: no hubiese debido poder matar a ese jabalí con dos lanzas ligeras, pero lo hizo —replicó Lucius, todavía impresionado.

—¡No! Debería estar muerta antes de permitir... tal uso. Mujer guerrera sagrada. No, no es latín. Sacerdotisa guerrera, reina guerrera, valquiria, cabalga en la tormenta. Yemas de los dedos —dijo Oreja Cortada levantando la mano—. Los dedos caen sobre ti, tú muerto. Puesto primero en la lucha, desnudo. Sacrificado al poder de la batalla por la victoria. Caledonios. —Luego no dijo nada más, al menos no en latín, y se alejó murmurando.

Lucius simpatizaba con él. Sentía más o menos lo mismo, pero sin duda por razones completamente distintas.

Su imaginación seguía mostrándole una imagen de la mujer de pie ante el rastrillo. Su mente seguía aumentando el nivel de detalle de lo que había visto. No, no era posible que la hubiese mirado *tan bien*. *Llevo demasiado tiempo sin una mujer. Debería haber hecho algo al respecto hace semanas. Necesito un poco de la relajación que proporciona el sexo.*

Ya era media mañana, y el día iba a ser cálido. Lucius evitó cualquier lugar donde pudiera encontrarse con otros. Quería liberarse de la visión que le atormentaba, pero no lo conseguía: sus pensamientos seguían centrados en la imagen de la mujer, orgullosa pero vulnerable, sola ante la oscuridad, sobre la blanca arena a la sombra de las paredes.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que no se dio cuenta de dónde estaba hasta que tropezó con una baldosa levantada por una raíz en un patio en desuso. Miró a su alrededor, consciente por primera vez de a dónde le habían llevado sus pasos.

Era la parte más antigua de la villa, pero no había sido remodelada como el peristilo cerca del atrio. Lucius había vivido allí con sus padres hasta los dieciséis años, cuando los cambios en la sociedad romana obligaron a su padre a gastar dinero

en la modernización de la casa para convertirla en una residencia adecuada para la rica e importante familia Basilia.

Junto a la entrada estaban las salas de recepción, donde su padre y Aristo recibían a sus socios, empleados y partidarios —clientes, se les llamaba en Roma—, acreedores, libertos y esclavos, todos ellos dedicados a sus diversos negocios.

Su madre tenía una serie de habitaciones cerca de allí, donde cultivaba asiduamente sus conexiones aristocráticas con la familia Julia, emparentada con César, como medio para los fines de su marido. Dedicaba las tardes a beber discretamente. De niño, Lucius nunca había entendido lo que significaba el fuerte olor a transpiración alcohólica que siempre rodeaba a su madre a la hora de la cena, pero notaba una cierta infelicidad entre ella y su padre. A pesar de todo, ambos eran amables con él, e incluso con las constantes maldades de Fulvia, había sido feliz.

Ahora el jardín estaba descuidado, y los viejos macizos de flores invadidos por las malas hierbas. Pero los parterres seguían estando verdes, como los altos cipreses. El estanque estaba lleno de plantas acuáticas y flores blancas, y la carpa que recordaba de su infancia seguía viviendo allí.

Pensó que ella *también* debía de seguir allí.

Sí, estaba entre los cipreses y los rosales muertos en el extremo del estanque junto a la habitación de su adolescencia: Venus entrando en el baño. Las piernas estaban verdosas por la humedad, una de ella metida para siempre en el agua. No era una obra maestra, sino un producto manufacturado por alguna de las más comerciales ciudades estado helénicas fundadas por los sucesores de Alejandro. Una imitación barata de las estatuas clásicas por la que Grecia era famosa.

El rostro era feo, con una mandíbula demasiado grande y baja, pero el escultor había acertado con el cuerpo. A sus imaginativos trece años, la cara no había sido la parte de ella que más interesaba a Lucius.

Había sido un solitario entonces. Y *lo sigo siendo ahora*, pensó mientras atravesaba los matorrales y cipreses para llegar hasta ella.

No era muy grande, algo más pequeña que el tamaño natural. Recordaba que en su infancia tenía que levantar la mirada hacia ella, pero ahora él era más grande. Le pasó un brazo por la esbelta cintura y apoyó la mejilla sobre el frío cabello de mármol. Pensó de nuevo en la mujer de la arena y recordó dónde había visto su rostro antes: en el templo desierto, reflejado en la superficie del agua.

Una carpa grande y vieja se elevó hasta la superficie para atrapar a una mosca y se desvaneció de nuevo entre las plantas. Había libélulas danzando entre los papiros que habían crecido al borde del estanque. Una rana verde, muy pequeña saltó sobre el pie de la estatua, el que estaba metido en el agua. Maravilla de maravillas: una serpiente del mismo color, y con largas líneas negras recorriendo su cuerpo, se detuvo para observar a la rana con felinos ojos de ámbar, las pupilas como ranuras a la brillante luz del sol. Luego se metió en el agua, desapareciendo en las cenagosas profundidades.

Vio el rostro de ella mirándole desde el agua. Los ojos cerrados, el esbelto cuerpo, los blancos pechos coronados de rosa, el suave triángulo de pelo oscuro en su pubis, tan denso y sedoso como el de un gato...

La mano que tenía en torno a la cintura de la estatua tanteó hasta notar la textura de un húmedo melocotón maduro. No quería saber qué era lo que estaba tocando su mano, quizá una mancha de musgo. El sol que brillaba por encima de su hombro, reflejándose en el agua, se rompió de pronto cuando la rana que estaba sobre el pie de la estatua saltó al dorado disco. El placer dio un brinco en su cuerpo, tirándole casi dolorosamente de las ingles, y luego salió disparado como una flecha a la luz, el aire y el silencio, dejando a Lucius empapado de sudor y con una sensación de debilidad. Su solitaria diosa del deseo le sostenía en pie, impidiendo que cayese de rodillas en oración, súplica o desesperación.

Fulvia estaba encantada. Derramó exclamaciones de admiración sobre Dryas, ofreciéndole dinero, joyas, esclavos personales propios, una villa en Baiae, cualquier cosa que pudiese imaginar.

Dryas se sentía asqueada y deprimida. No creía en ninguna de las promesas de Fulvia, y sentía que su situación era desesperada. Había oído lo bastante para saber que César había estado entre el público de la mañana. Ni siquiera había sabido quién de ellos era. ¿Cómo iba a matarle si ni siquiera podía reconocerle? No estaba segura de cómo averiguar lo que necesitaba para completar su misión.

Sólo pidió un baño y algo de comida. Esperaba que Fulvia se marchase con su cháchara y su satisfacción, y así fue.

Dryas aceptó el baño de vapor de la sauna; su pueblo también era aficionado a aquello. Pero quedó sorprendida ante el lujo del *tepidarium*. ¿Por qué un pueblo con acceso a tales comodidades y bellezas se entregaba a un comportamiento tan ávido de emociones como el que había visto aquella misma mañana? ¿Y por qué intentaba imponerse a otros pueblos como había hecho con los galos? Qué pérdida de tiempo.

Las doncellas de Fulvia le aplicaron aceite perfumado. El perfume le escoció en los cortes del tobillo, que se abrieron y empezaron a sangrar, al igual que los de la mano. La visión de la sangre provocó una exagerada reacción —al menos ella lo consideró así— entre las mujeres. Empezaron a revolotear a su alrededor, gritando de forma poco digna. Sus chillidos molestaban a Dryas, pero era demasiado educada para decirlo. Al fin y al cabo, era una invitada, aunque fuese involuntaria. Entre las tribus cuya tradición de hospitalidad se remontaba a tiempos inmemoriales, el huésped tenía el deber de mostrarse cortés con su anfitrión, el deber de acceder a toda petición razonable. No desahogó su irritación sobre las inocentes doncellas, sino que prometió cooperar con el físico cuando acudiese.

Las mujeres la envolvieron en una suelta muselina y fueron en busca de Filo.

El griego se encontró con Lucius en el atrio.

—¿Adónde se la han llevado? —preguntó Lucius. Tenía un aspecto torvo e infeliz.

—A ningún sitio, está en los baños. Antie me ha mandado llamar: parece que el jabalí le hizo una herida en el tobillo. Fulvia dijo a sus doncellas que trataran a esa mujer como cristal, y están aterrorizadas, Antie me ha llamado para que mire lo que seguramente no será más que algunos arañazos. Vi a la mujer cuando terminó la lucha. Esta noche, todas las lenguas de Roma hablarán de ella. César y Cleopatra tuvieron que pedir prestado un dormitorio antes de que él pudiese marcharse al Senado. Ese truquito que hizo la mujer después del combate arruinó la compostura de todos los hombres presentes —dijo con una risita—. Incluso Antonio olvidó su resaca.

Lucius emitió un gorgoteo.

—¡No! ¡No! No des un paso más. No te muevas. No hagas nada hasta que vuelva. —Dio unos alocados pasos de baile—. Necesito... necesito... no sé qué es lo que necesito... un disfraz de alguna clase. ¿Puedo ser tu ayudante? ¿Un ayudante de baño? ¿Qué puedo ser?

—¡Oh, no! ¡Tú también, no!

—¡Sí, sí, sí! —contestó Lucius sin dejar de bailar.

—¡Octus! —llamó Filo.

El esclavo apareció.

—Trae una túnica: vieja, gastada, con remiendos y agujeros. ¿Hay algo así por aquí?

Octus asintió, volviendo al instante con una prenda.

—No es muy bonita, pero servirá. Gracias —dijo Filo, ofreciéndosela a Lucius.

—Ahora, vamos a por ella —dijo Lucius confiadamente mientras se ponía la túnica en un vestuario de los baños.

Filo asintió.

—Sí. A veces, cuando miramos de cerca algo que habíamos admirado en la distancia, descubrimos que no cumple con nuestras expectativas. Los defectos ocultos por la distancia parecen más brillantes, y lo que nos impresionó al verlo desde lejos nos repele cuando nos acercamos e intentamos abrazarlo.

—Ah, bien —dijo Lucius—. Vamos allá. Quiero ver cómo es en realidad.

—Creo que ya te lo he dicho.

—No, no lo has hecho. O puede que lo hayas hecho mientras me quitaba esto, pero ahora...

—Guarda silencio: eres un criado —dijo Filo, y abrió la puerta.

La luz diurna que se filtraba por la claraboya no era halagadora para ninguna mujer, pero a Dryas no le afectaba. De hecho, a los ojos de Lucius parecía un espíritu de la tierra cautivo.

Las doncellas habían lavado, perfumado y peinado el pelo en torno a una extraña corona de cobre con pinchos. De cerca, Lucius pudo ver lo blanca que era su piel,

casi como el más fino mármol. Pero no fría como el mármol, sino con toques de rosa como el de la rosa de Pistum, con su don de la doble primavera. Recordaba las largas cañas entrelazadas en la villa campestre de la familia. Ahora, con el aire fresco y la brillante luz del sol, estarían empezando a florecer. Las largas y crueles viñas estarían cargadas de flores y capullos, y el aire estaría impregnado de su fragancia.

La mujer estaba sentada en una silla, una de aquellas cosas que tanto gustaban a los griegos con respaldo curvo y patas esbeltas. La silla y la muselina no ocultaban ninguno de los secretos de su cuerpo, sino que daban una cierta suavidad a su silueta. Creaban la seductora sensación de que al alargar una mano para desnudarla, sería posible encontrar algo del placer que el ojo encuentra en un paisaje que ya es bello bajo la neblina de la mañana, pero resulta aún más hermoso a la luz del sol.

Era sencillamente una mujer, sin artificios, sin adornos, sin pretensiones, ni siquiera deseo. Mujer como era, como había sido creada por los dioses, nacida tanto para saciar la lujuria como para despertarla. Tan lista para acunar a un niño en su pecho o a un hombre en busca del ardiente deleite tocado con el misterio de la creación entre sus muslos, y para compartir su deleite en unión con él, sumando su fuego al de ella.

Filo cerró la puerta tras él y ella los miró.

Sí, ya lo había pensado antes: sus ojos eran azules. Azules como la ciruela que había cogido en el templo, azules como el lapislázuli pulido hasta convertirlo en una gema, azules como el mar Egeo en verano, azules y enmarcados por oscuras pestañas.

Y, lo que era peor, le había visto. No tenía un filtro puesto entre sí misma y los demás. Lucius sí: no había visto a Lucrecia como un ser humano, sino como una simple esclava doméstica, hasta que su amante murió.

Pero aquella mujer no tenía ninguno, y Lucius vio que sus ojos le seguían mientras él y Filo se acercaban a la silla. Notó un tirón de la cicatriz de su espalda. Estaba descalzo: se había quitado las sandalias al ponerse la andrajosa túnica, y la cicatriz le molestaba más cuando no llevaba ni siquiera el ligero calzado de los legionarios.

La mujer se fijó en la cojera, la ropa vieja y la cabeza gacha. Lucius estaba un poco asustado de que le reconociese de la pelea, aunque se había sentado a la izquierda de Antonio y César. Esperaba que no le hubiese visto bien la cara.

Era consciente de que todos los indicios decían «criado», y no particularmente importante, pero a pesar de todo la mujer estudió su ropa, su cojera y su aire sumiso.

Llegaron junto a la silla. Lucius se arrodillo y levantó la pierna de la mujer por el talón y la pantorrilla, sosteniéndola de modo que Filo pudiese ver las laceraciones dejadas por los dientes del jabalí.

Ella le puso una mano sobre el hombro. Lucius levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Hubo algo como la descarga de un rayo y, por un momento, los dos estuvieron a solas.

Sí, ella le vio, y él se vio a sí mismo a través de sus ojos. Vio a un criado, un

joven cojo vestido como un trabajador, joven pero sin muchas esperanzas de llegar a una vida mejor. Y no obstante, luchaba lo mejor que podía con los pocos dones que le habían sido concedidos: juventud, encerrado en una casa donde nunca se permitiría que creciera y floreciese en una virilidad segura, generosa y bien dotada; un espíritu humano, nacido para el amor y la esperanza, perdido a todo lo bueno que podía hacer por sí mismo y los demás, nacido únicamente para ser arrastrado a la oscuridad y destruido por completo.

Lucius sintió la tristeza de la mujer y, extrañamente, su sed de justicia, y supo con absoluta certeza que ella era suya y lo había sido en el pasado, y que él la había amado en todo el tiempo y volvería a hacerlo. En la vida o en la muerte, no se la cedería a nadie. No, ni a César, ni a Roma, ni siquiera a los mismos dioses inmortales.

Filo estaba frotando un unguento sobre el tobillo y asegurando a Antie y las demás mujeres que los arañazos no eran nada de lo que debieran preocuparse. Lucius volvió a bajar el pie hasta el suelo, y ella levantó la mano de su hombro y apartó la mirada.

Lucius sabía que se había levantado y salido de la habitación, pero no recordaba haberlo hecho. Ni siquiera recordaba el camino que había tomado para volver al jardín abandonado donde estaba su imagen de la feminidad. Caminó entre los cipreses y el estanque cubierto de hierbas pero de alguna forma fecundo y bendecido por la madre de toda vida, que se inclinaba sobre él. Supo que ella había transmutado su deseo de la piedra a la carne, enviándole a mirarla, y a ella a verle los ojos.

El lobo también se bañó, un rito que comprendía que era importante entre aquellos romanos. También dejó que las «doncellas» de Felex le vistiesen. Eran tan hábiles con la ropa de hombre como con la de mujer, y Maeniel entró en el atrio al crepúsculo con todo el aspecto de un romano. Entonces preguntó a Felex por qué se alojaba allí y no en casa de AmbóruX.

—Oh, querido, eso no funcionaría jamás. Un lazo entre el Archidruida de la Galia y AmbóruX, respetado senador y ciudadano, puede ser útil en casa, pero nunca serviría de nada en Roma. Así que somos sus delegados, por así decirlo. Él no podría ignorar una petición desde allí, pues sería una imprudencia, incluso con la Galia bajo la bota romana. Esos druidas siguen teniendo demasiado prestigio entre la gente, y aunque estoy seguro de que son personas encantadoras, no están muy bien vistos por los romanos.

—Mmh... ya veo —dijo Maeniel. Y así era: veía más de lo que hubiese querido Felex.

—No quiero parecer ofensivo, pero esta noche tenemos una pequeña cena a la que hemos invitado a algunos otros senadores conocidos nuestros. ¿Estás acostumbrado a la etiqueta romana?

—Me recuesto apoyándome sobre el brazo izquierdo, y uso los tres primeros dedos de la mano derecha para coger la comida. No babeo, ni me tiro pedos, ni eructo, ni moqueo, ni escupo ni me rasco. No me emborracho ni empiezo peleas, ni discuto sobre religión ni política, ni cuento chistes groseros cuando hay mujeres presentes... y, por cierto, tampoco sobo a las camareras o camareros. Alabo la comida, aunque no esté buena y no acaparo el mejor plato, sino que lo comparto con los demás. Y —tomó aire— me lavo antes y después.

Felex le miró, parpadeando.

—Sí. Bien... sí, creo que eso lo cubre todo.

—Estupendo —dijo Maeniel.

—No menciones a Ambórux en la misma frase que a los druidas. En realidad, quizá lo mejor sea que no hables de uno ni de los otros.

—No hace falta decirlo —prometió Maeniel.

A los pocos momentos entró un modelo de rectitud romana: Marco Junio Bruto, seguido por un disgustado Antonio.

—Los hijos de César —dijo Felex, dándole un codazo a Maeniel en las costillas.

—¿No son un poco viejos?

—Bueno, querido, ya sabes... No son sus verdaderos hijos, pero Bruto es su heredero y Antonio su heredero forzoso —explicó Manilius.

—Mmmh... —dijo Maeniel. Se sintió más contento al empezar la cena.

Antonio y Bruto estaban echados uno frente al otro. Se miraban como lobos listos para resolver una disputa sobre su posición en la manada. Maeniel había presenciado y participado en muchos de aquellos acontecimientos y le sorprendió ver que Felex y Manilius optaban por fingir que no ocurría nada. Ya había notado que los humanos no eran uniformemente sinceros consigo mismos ni con los demás, pero aquello suponía un asombroso grado de autoengaño.

La casa era de estilo decididamente griego, como también había notado Lucius, y la mesa de la cena no lo era menos.

La cena empezó con una espléndida ensalada de pulpo mezclado con verduras amargas, todo regado con limón y abundante aceite. Los dulces pedazos de carne estaban ligeramente sazonados con sal y pimienta, y de acuerdo con la costumbre griega, había pan para mojar en el aceite y el limón.

Antonio y Bruto se miraban por encima de la ensalada, y cuando los dedos de ambos cayeron a la vez sobre el mismo tentáculo, estuvieron a punto de gruñirse.

Si fueran lobos... pensó Maeniel. *¡No! No son distintos de los lobos.* Incluso olían como si quisiesen una confrontación, pero aún no se atreviesen a iniciarla: sólo cuando uno de ellos estuviese seguro de la victoria forzaría el enfrentamiento, y ninguno de los dos había llegado a aquel punto. No, la única diferencia entre aquellos dos y los lobos era que, entre los lobos, todos aceptaban el resultado y seguían como antes, mientras que entre los humanos, las consecuencias para el perdedor serían mucho más drásticas.

Cuando hubo desaparecido hasta el último resto de ensalada, los esclavos se llevaron la bandeja para sustituirla por otra generosamente cargada de lirones rellenos de cerdo, pimienta, piñones y acedera.

—¿Has visto el nuevo juguete de César? —preguntó Antonio a Bruto. Luego añadió—: Oh, lo siento. Olvidé que no estabas invitado.

Maeniel tuvo que reprimir una carcajada. El lobo hubiese emitido el agudo ladrido que su especie usaba al jugar. No era una risa, pero se le parecía bastante.

Bruto enarcó las cejas.

—He oído hablar de ella, pero César conoce mis inclinaciones filosóficas y sabe que no apruebo tales... diversiones lascivas. Es una profanación de la virtud mostrada por los verdaderos gladiadores. Una mujer, nada menos. ¿Cómo puede ser *primarius bellator*, una luchadora sobresaliente, y distinguirse en el combate cuerpo a cuerpo, cuando incluso prisioneros y esclavos lo hacen? Ellos al menos son hombres.

Dryas, pensó el lobo. *Están hablando de Dryas*.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó.

Antonio ignoró la pregunta por completo, y Bruto contestó con desdén.

—Un asunto privado. Una vergonzosa exhibición del encanto que supone la novedad para las mentes más débiles.

—César pareció disfrutar bastante —dijo Antonio, cogiendo su tercer lirón relleno.

—Es una muestra de la degeneración de... de los tiempos —terminó Bruto torpemente.

Maeniel se estaba divirtiendo. Comprendió que Bruto había estado a punto de dar un grave traspié. Los ojos de Antonio relucían: había estado a punto de conseguir que Bruto acusase al dictador de ser un degenerado.

—Una mujer, una mujer gladiadora —jadeó Manilius—. Qué...

Bruto y Antonio le atravesaron con la mirada.

—Qué... diferente —completó.

—En realidad, «gladiador» no es la palabra más adecuada. *Bestiarius* es un término más preciso —dijo Bruto con pedantería—. Al fin y al cabo, se enfrentó a un animal, un jabalí. Creo que es de la Galia, por lo que me han dicho. Qué apropiado, ya que son bestias sagradas para esos bárbaros.

—No sé si son sagrados o no, pero este jabalí era muy grande y peligroso —dijo Antonio—. Estuvo a punto de derribarla una o dos veces. Matar a un animal de ese tamaño con una lanza ligera es toda una hazaña. Ful... su dueño, quiero decir, me ha dicho que mañana se enfrentará a un león.

Maeniel consideró la idea de retorcer el cuello a uno de aquellos hombres, o a los dos. Sabían dónde estaba *Dryas* y no se lo querían decir. Manilius y Felex intercambiaron una elocuente mirada.

—¡Oh, qué muchacho tan travieso! —dijo Felex—. ¡Pensar que estuvo aquí la semana pasada para probar el rodaballo en aceite con alcaparras de tía Myrtus y no

nos dijo ni una palabra de la nueva adquisición de Fulvia!

—Veo que nadie puede ocultaros un secreto a vosotros dos —rió Antonio.

Maeniel vio que la satisfacción se reflejaba en los dos apuestos rostros: Antonio acababa de confirmar lo que ambos ya suponían.

—No veo por qué iba a intentarlo nadie —dijo Manilius—. Toda Roma habla de ello. Dicen que es muy bella, pero, por supuesto, sois íntimos de César, y sólo unos pocos han gozado del favor de verla. ¿Por qué fue llevada a la casa en una litera cubierta, y luego volvió a...? Pero vosotros lo sabéis, ¿no? —ronroneó—. Debéis de saber dónde la ocultan.

Bruto sonrió a su anfitrión, Antonio evitó su mirada, y Manilius y Felex parecieron decepcionados.

Maeniel se comió un lirón. Ya lo había hecho en otras ocasiones, pero aquéllos estaban picantes. Estaba intentado decidir si le gustaban más los recién muertos y todavía calientes o la variedad al horno, pero llegó la conclusión de que le gustaban de ambas maneras. Los de Manilius y Felex tenían más grasa que los salvajes, y estaban aromatizados con higos.

Ninguno de ellos sabía dónde estaba Dryas, aquello era obvio, pero todos pretendían encontrarla.

Los lirones se terminaron, y una hermosa joven rubia se llevó la bandeja. Al menos era una persona rubia y hermosa, y parecía una chica, pero el lobo informó a Maeniel de que no era hembra. Tanto Antonio como Bruto parecían pensar que sí lo era. O también cabía la posibilidad de que simplemente no les importase. *Después de todo*, pensó torvamente, *esto es Roma*.

Circuló más vino, el famoso falerno, y Maeniel lo encontró casi tan bueno como prometía su reputación.

—Todo esto me parece sencillamente insoportable —suspiró Felex—. Antonio eres el único de los presentes que la ha visto: ¿es tan atractiva como dicen los rumores?

—Eres amigo de Lucius, según creo —contestó Antonio.

Felex parecía confuso.

—Sí, comparte nuestra cena cada pocas semanas. Un joven encantador, aunque no hemos conseguido interesarle en...

—En tomar esposa entre vuestras amistades —completó Antonio.

—Vamos, vamos... —dijo Manilius—. Las damas están respetablemente casadas, todas ellas, y sólo buscan un poco de aventura. No todos los esposos de Roma pueden mantener a sus mujeres de forma acorde a su rango, y si consiguen un pequeño extra...

—Sí, pero vosotros conocéis a Lucius mejor que nadie de los presentes. Debe de hablaros de su familia.

—Oh —dijo Manilius, suspirando—, ya veo. Entiendo por dónde vas. —Dio unas palmaditas en la muñeca a Felex—. Recuerda, querido: nuestro estimado amigo nos

describió un pequeño combate de exhibición que tuvo un... un final desagradable, por decirlo así. ¿Pero quién era el *exauctoratus*, el hombre a cargo del *ludus* donde se entrenaron las mujeres?

Felex frunció el ceño.

—Espera un momento, sólo un momento... lo tengo en la punta de la lengua. —Chasqueó los dedos—. Por supuesto, es muy famoso: Gordus, el gran Gordus en persona. Ahí es donde se oculta: el Campus Martius, en casa de Gordus.

—Asombroso —dijo Bruto—. Y ahora, decidme, ¿por qué queréis saber dónde está? —La pregunta iba dirigida a Antonio, que hizo una mueca pero no contestó.

Manilius y Felex parecían incómodos.

Justo en ese momento llegó el plato principal: cerdo asado sobre un fuego abierto, con una cobertura de avellanas y relleno de miga de pan, miel y grandes champiñones.

Antes de empezar, Maeniel pidió disculpas a los comensales y fue en busca de alivio a la letrina. Había estado bebiendo vino desde el principio de la cena, y no estaba acostumbrado a los efectos del alcohol en grandes cantidades, por no hablar del simple volumen de líquido.

Cuando estuvo seguro de que no había nadie más, se transformó en lobo y pudo oír la conversación en el triclinio.

—Te lo advierto —estaba diciendo Bruto a Antonio—, interferir con César y algo que quiera es...

—No seas idiota —interrumpió Antonio—. ¿Crees que voy a dejar que un picor entre las piernas se anteponga a mi lealtad a mis intereses? Eres un...

—Entonces, ¿por qué querías saber dónde está esa mujer? —cortó Bruto a su vez.

—Porque nadie quería decírmelo. —Antonio sonaba verdaderamente enfadado.

—Si no fueses un hombre que se deja conducir por sus apetitos como un toro con una argolla en el hocico —gruñó Bruto—, creo que el dictador te encontraría más digno de confianza.

—¡Confianza! Y eso lo dice un adulator amante de los griegos. ¿Quién eres tú para hablar de confianza? Si él hubiese pensado como Sila, o al menos hubiese tenido algo de sentido común, hubiese ordenado que todos los *Optimates* os cortaseis las venas después de la batalla de Farsalia, y que todo cuanto quedase de vosotros fuesen cenizas, máscaras mortuorias y recuerdos desagradables. Lo mejor que hizo Catón en toda su vida fue clavarse una espada en el estómago. Pero los demás... uno por uno, os arrastrasteis hasta él, suplicando piedad. Y la obtuvisteis... mala suerte.

—Señores, señores... —dijo Manilius, intentando calmar los ánimos de sus invitados.

—No me quedaré aquí para ser insultado por un borracho lascivo y codicioso como tú. Un hombre cuyo único dios está en su panza, su único cerebro en su verga, y que sólo es leal a una jarra de vino. La desgracia de César es confiar en ti, un hongo sobre el árbol de la República, y estar dispuesto a ceder a un ser tan despreciable...

El vozarrón de bajo de Antonio se impuso sobre la aguda oratoria de Bruto.

—Se lo dije, se lo dije cuando os perdonó a todos y os dio la bienvenida al nuevo gobierno. Le dije que se estaba cortando la garganta al hacerlo. ¿Crees que es un tonto? ¿Crees de verdad que yo lo soy? ¿Crees que estoy sordo y ciego? Cuando consiga pruebas de lo que tú y tus amigos del Senado estáis planeando, haré que seáis cubiertos de brea y crucificados para iluminar el camino de las legiones hacia Partia. Vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos...

Otro golpe sonó en el triclinio, y Felex lanzó un grito de angustia cuando Bruto salió de la casa, llamando a su litera.

El lobo se sentó en el suelo de la letrina. Pudo oír a Antonio riendo mientras sus anfitriones revoloteaban a su alrededor, excusándose por Bruto. Volvió a transformarse en hombre y se puso de nuevo la túnica, pero no pudo hacer nada con la toga sin ayuda: era una prenda con la que no estaba familiarizado, y demasiado compleja para ponérsela solo. Luego despejó la letrina con un cubo de agua.

Cuando salió, todos los esclavos estaban en la cocina, con la oreja pegada a la pared del triclinio. Varios le ayudaron a ponerse la toga, y dos más le llevaron una jofaina y una jarra con agua caliente para que se lavase las manos.

—Por cierto —dijo Antonio, con voz absolutamente tranquila—, ¿por qué me habéis invitado esta noche? Desde luego, no habrá sido para que discutiese con ese necio estreñado.

—No —replicó Manilius—. Oh, vaya velada. Estoy completamente desolado, y tengo la cabeza en blanco. Mi mente es un absoluto vacío. Por favor, mi querido Felex...

—¡Nuestro huésped, nuestro huésped! —exclamó Felex—. Su banquero es el nuestro, y tuvo la cortesía de informarnos de cuánto dinero había depositado ese Maeniel, creo que se llama. La cantidad nos dejó asombrados. Nuestros amigos ya nos habían dicho que era un hombre rico, pero no sabíamos hasta qué punto.

—¿Y bien? —preguntó Antonio con impaciencia—. No seáis tan delicados. ¿Cuánto?

—Seis, nada menos que seis talentos de oro.

—Es rico, de acuerdo. Hablaré con César para ver si podemos encontrar un hogar para algo de ese dinero. Confiad en mí: no puede invertir en nada mejor que nuestra pequeña excursión a Oriente. Los galos sólo eran bárbaros, pero cuando César empezó a apretarles las pelotas, llegaron carros y carros de oro, y esclavos a millares... a decenas de millares. Dicen que esos partos son todavía más ricos... — Antonio se calló al ver entrar a Maeniel.

Manilius y Felex explicaron que Bruto había tenido que irse. Maeniel se tumbó y aceptó una porción del asado, que estaba siendo trinchado en aquel momento.

Antonio se volvió hacia él con una sonrisa.



22

Dryas fue devuelta al *ludus* en la litera aquella misma tarde, y llevada a la misma celda de la noche anterior. Marcia debía de haber estado allí, pues el suelo estaba barrido y la cama tenía sábanas limpias y una manta, Dryas aún conservaba el manto, así que se cubrió y se echó a dormir.

Podía sentir el dolor en la oscuridad. Él estaba allí, en compañía de los muertos. Sabía por qué se sentía así: en la arena, él había matado, había querido vivir. Tres de los hombres a los que había matado habían sido parte de su vida desde que era un niño, y otro era su hermano. En el fragmento de un sueño, se arrodilló ante ella y le pidió perdón, pero ella no pudo dárselo.

Estaba sentada con él sobre una piedra. Anochecía: el entretenimiento para las masas romanas había terminado, y había sido un magnífico acontecimiento. Se había derramado un verdadero río de sangre. Él estaba vivo y todos los que amaba muertos. Apuntó su espada hacia sí mismo.

Dryas se despertó temblando.

Aquila estaba en la puerta de la celda. Llevaba una lámpara.

—Has gritado —dijo—. Has gritado, y ha sido uno de los peores gritos que he oído en mi vida. ¿Qué ha pasado?

—No recuerdo haber gritado —dijo ella—. No ha pasado nada, pero hace frío. Debo de haber estado soñando.

Aquila abrió la puerta, entró y dejó la lámpara. El manto había caído de la cama, y yacía en el suelo como un charco de tinta. Lo recogió y arropó a Dryas con él, como una gallina clueca.

Es maternal, pensó Dryas. Yo fui madre, pero nunca maternal. Él nunca podría ser madre, pero es maternal.

—Ven —dijo él—. Marcia está asando unos pollos, y tenemos dátiles secos y romero para rellenarlos, y además zanahorias, pan y queso fresco. Creo que también

quedan algunos huevos cocidos del almuerzo.

Dryas fue en silencio. Ya era tarde, y la luz del día rodeó a ambos mientras caminaban por el porche. Cuando pasaron por la celda contigua, oyeron un golpe y la puerta se estremeció.

—Qué raro —dijo Aquila—. Gordus me dijo que esta fila estaba vacía.

—No —contestó Dryas en voz baja—. Estas celdas no están vacías.

Al pasar junto a la tercera, la puerta se agitó más ruidosamente. Los dos vieron cómo se agitaba.

—Esto me pone la piel de gallina —dijo Aquila—. Si no eras tú quien gritaba, ¿quién era?

Dryas no contestó. Llegaron a la escalera que bajaba hacia el patio de entrenamiento sin más incidentes. Al entrar en la cocina de Marcia, encontraron a Gordus sentado a la cabecera de la mesa. No había divanes para recostarse allí. La silla de Marcia estaba junto a la de su esposo, y había otros dos sitios preparados para Dryas y Aquila. Se sentaron.

Marcia estaba preparando un plato para alguien que no había bajado a comer. Pechuga de pollo cortada, salsa, un pan de cebolla de aspecto delicioso, relleno de dátiles y romero, cuatro o cinco rebanadas de pan todavía caliente del horno, y acompañamiento de zanahorias con miel, aceite y comino. La mujer desapareció escaleras arriba.

Gordus miró a Dryas y gruñó, para luego echar una mirada similar en dirección a Aquila. Marcia volvió a la cocina y empezó a servir a sus huéspedes, ignorando a su marido. Sólo cuando Dryas y Aquila tuvieron sus respectivos platos con pan, pollo, relleno y zanahorias volvió su atención a Gordus.

El antiguo gladiador murmuró algo para sí.

Marcia se apartó de una olla de sopa que estaba haciendo para él y le clavó una mirada que hubiese envidiado una Gorgona.

—¿Cómo? No te he oído.

—¿Cómo está? —preguntó Gordus con torpeza.

—Estupendamente. Filo ha venido hoy y ha dicho que la herida se está curando bien. No gracias a ti, desde luego.

—Debería dar gracias a su buena estrella de que no haya sido peor. La próxima vez que tenga la temeridad de enfrentarse a mí, le dejaré tullido para siempre.

—Oh, los hombres —se quejó Marcia—. El chico te quiere...

—Si de verdad me quisiera, no pretendería hacer carrera en la arena. Dime, mujer: ¿quieres que arriesgue su vida entre esos bárbaros, criminales, proscritos, esclavos y asesinos? Hombres muertos para toda decencia y fe, hombres que no retroceden ante el peor...

Marcia puso con fuerza el cuenco de sopa ante él, pegándole en la cabeza con el cucharón de madera.

—Me casé contigo, ¿no? ¿Y qué eras tú la primera vez que... nos vimos? —

terminó atropelladamente.

—Sabes muy bien lo que era, pero yo... yo... —dijo Gordus, señalándose el pecho— salí de la servidumbre, la pobreza, la deuda y la desgracia. Ahora soy el dueño de mi propio establecimiento. Luchaba ocho, nueve o diez veces al año, mucho después de haber acumulado el dinero para mi libertad, para que tú y el chico estuviéseis seguros. Incluso ahora... —dijo mientras honraba a Dryas y Aquila con otro fruncimiento de ceño—. Si no fuese por el dinero, diría a mi distinguida patrona que se fuese directamente a... por pretender convertir mi *ludus* en un burdel.

—¡Gordus! —gritó Marcia.

Dryas se puso en pie de un brinco.

Aquila hizo lo mismo, con la mano sobre la empuñadura de su espada.

—Señor, ni la dama ni yo estamos aquí por nuestra voluntad. Ella fue capturada en honorable combate, como muchos de los que vienen aquí. Y aunque ahora está en unas circunstancias tan desafortunadas como las que tú mismo sufriste en el pasado, se ha comportado con discreción y coraje desde...

—¿Qué eres —cortó Gordus—, un soldado o un orador?

—Es griego —dijo Marcia, como si aquello lo explicase todo.

—Soy una invitada en tu cocina aunque sea una prisionera en tu celda —dijo Dryas—. Y un huésped debe mostrarse educado aun cuando su anfitrión sea ofensivo. Por favor, devuélveme a mi celda si tienes tan bajo concepto de mí. No quisiera...

—¡Por favor! —dijo Gordus, elevando las manos en señal de súplica—. Ya se me ha llamado bastante al orden. —Se levantó, inclinándose ante Dryas—. Me disculpo.

Dryas devolvió la inclinación y se sentó de nuevo.

Gordus hizo lo mismo con Aquila, que se sentó a su vez, diciendo:

—La verdad es que hubiese odiado perderme el pollo de tu esposa. Además, esas celdas del último piso están embrujadas.

—Sí, lo están —corroboró Dryas.

Marcia, que estaba sirviéndose un plato, volvió la cabeza hacia su esposo.

—Te lo dije.

—Creo que es Priscus —dijo Gordus.

—Sí. —Dryas estaba comiendo relleno con una cuchara—. Murió en la misma celda en la que estoy.

—¡Gordus! —exclamó Marcia, ultrajada.

—¿Cómo lo sabes? —La voz de Gordus sonaba culpable.

—Hablo con los muertos.

—¿Qué más haces? —preguntó Marcia.

—Entreno a hombres jóvenes para la batalla e intento ver el futuro cuando es necesario.

Gordus adoptó una expresión sombría ante sus palabras.

—Y sí —continuó hablando Dryas—, sé que voy a luchar mañana. Oí a las mujeres cotilleando al respecto. ¿Qué va a ser, una pantera, un león? No entendí las

palabras que usaban.

—No es ni lo uno ni lo otro —dijo Gordus—. Esa... cosa vino de muy lejos, por la Ruta de la Seda. Es un felino, o eso parece, pero nunca había visto uno así. Es grande. Normalmente lo usan para ejecutar a los criminales, así que es un devorador de hombres. Y no creo que... Desearía que no estuvieses sentada a mi mesa, joven señora: tenía la esperanza de no tener que mirarte a la cara.

Dryas sonrió, partió un pedazo de pan y lo mojó en la salsa.

—Mírala —dijo Aquila—. Está así desde el principio. Por eso estoy aquí.

—Sí —dijo Gordus—. Ya veo.

—Déjame que haga descansar a Priscus —pidió Dryas—. Me pide que haga lo que debo. Él se equivocó, lo sabe y no puede dormir. Los suyos fueron a la arena con él.

—Sí —dijo Marcia—. ¿Pero qué le dirán cuando le vean?

Dryas sonrió de nuevo.

—No soy yo quien debe juzgarle.

—Muy bien —aceptó Gordus—. Entonces leerás el futuro de mi hijo.

—Lo intentaré —dijo ella—. No siempre tengo éxito, pero lo intentaré.

Con Antonio, Maeniel se encontraba en terreno desconocido. El líder de una manada de lobos no le pasa el brazo por el hombro a otro líder, le echa el aliento cargado de vino a la cara y le sugiere hacer una visita a un burdel.

—Te encontraremos algo bonito, ¿eh? Es el mejor sitio de Roma, y eso son palabras mayores. Roma es la reina de las ciudades, aunque Alejandría no está mal. Reptens tiene de todo, y ni se le ocurriría intentar colocar mercancías de segunda clase a mis amigos.

Maeniel apostaba por ello. Antonio tenía el encanto de un cocodrilo combinado con el aire amenazador de un oso enloquecido. Era más que obvio. Las piernas de Felex y Manilius temblaban en su presencia, y seguramente no eran las únicas. Maeniel notó que los esclavos de Antonio le tenían miedo, mucho miedo. Pero sabía dónde estaba Dryas, así que cuando Antonio envió a casa a sus portadores, se internaron juntos en la noche.

Ya se estaba haciendo tarde, y la ciudad estaba a oscuras. La puerta de la casa de Felex y Manilius daba al Tíber, y la niebla empezaba a ascender desde las aguas. El aire era frío y húmedo a la vez.

Maeniel tomó aire: aquellos torpes humanos vivían en un universo muy limitado. Desde algún lugar en la distancia llegaba la más extraña variedad de olores que el lobo hubiese encontrado jamás. Pero el hombre ya sabía, pues se lo había dicho Blaze, que los romanos llevaban animales y humanos de tierras muy lejanas para entretenerse básicamente con sus muertes. También le había dicho que aquello sería probablemente lo que planeaban para Dryas.

Los jardines a su alrededor y entre las casas cercanas tenían su propio olor: pino, ciprés, hierba y agua, flores y pájaros dormidos. Sí, también las flores: una rosa a medianoche tiene un olor distinto que otra al sol. Como los humanos, que a su vez tienen olores distintos cuando duermen.

Sí, en su valle hubiese podido matar y descansar. Era capaz de calcular el grado de embriaguez de Antonio por su olor. El romano ni siquiera hubiese debido ser capaz de andar, pero Antonio avanzaba, entonando una cancioncilla que interesaba bastante al lobo, pues contenía muchas de las palabras que le habían enseñado los guardias de Ambóru. Antonio le estaba enseñando nuevos usos de palabras latinas del habla cotidiana perfectamente respetables, comparando rasgos anatómicos con armas, pozos, cuevas...

Con el aire fresco y la brisa nocturna, la cabeza de Antonio empezó a despejarse, y pronto le movieron otros impulsos aparte de la borrachera. Empezó a contarle aventuras amorosas a Maeniel.

El lobo escuchó, preguntándose si las mujeres implicadas describirían a Antonio en términos tan brillantes como lo hacía él.

Llegaron a un puente sobre el Tíber, y los guardias reconocieron a Antonio, que saludó a uno de ellos.

—Mi señor —dijo el hombre—. Ya es muy tarde, sobre la hora octava. En el Transtíber, fuera del círculo de luz del puesto de guardia, puede pasar todo tipo de cosas desagradables.

Antonio rió.

—Estamos armados, ¿no? —Mostró al guardia la empuñadura de su espada hispana—. Y tú, amigo mío, mi rico amigo, ¿qué es lo que tienes?

Maeniel apartó su toga a un lado: llevaba la espada con el cinturón que le había regalado Mir. El anciano se la había dado antes de que partiesen hacia el *oppidum* junto al Rin. Dryas había dicho que era un regalo magnífico.

Maeniel recordaba las palabras de Mir: «Iba a tirarla para que se oxidase con todo lo demás, pero creo que en realidad le pertenece a él».

El arma y el cinto parecían muy sencillos, pero al desenvainarla, la espada brillaba como el arco iris, hasta el punto de brillar como si tuviese una luz interior.

El legionario se acercó, lanza en mano. Era un hombre imponente, joven, moreno y con una larga cabellera que salía por debajo de su casco. Llevaba una coraza moldeada como un torso, y un faldellín de placas doradas, brazaletes y grebas de bronce.

—Desenvaina unas pocas pulgadas —pidió a Maeniel.

Maeniel obedeció.

—¡Gala, y antigua! —dijo el legionario—. ¿De dónde la sacaste?

—Me la regaló un amigo.

—Ojalá tuviese amigos así. ¿Eres galo?

—No —dijo Maeniel.

—Procura no clavársela a nadie esta noche.

—No, a menos que se lo merezca.

—Bien. Si lo haces, tira los restos al río. A César no le gusta que los extranjeros maten ciudadanos, y tampoco que lleven toga. Esta prenda está reservada para ciudadanos y caballeros de rango, como mi señor Antonio aquí presente.

Maeniel sonrió... o quizá se limitó a enseñar los dientes.

—Lo tendré en cuenta —dijo en voz baja, y siguió a Antonio, que cruzaba el puente sin dejar de cantar.

Entraron de inmediato en un barrio mucho más pobre. Las casas estaban más cerca unas de otras, y se cernían amenazadoramente sobre las calles. Los olores eran más penetrantes, y peores. Aguas fecales, vino derramado, cuerpos sucios, miedo, comida pasada... El hedor a sexo era casi una constante en el aire, como la sangre, la putrefacción y la muerte. Las calles empezaron a elevarse a medida que se alejaban del río. Se podía oír la música a través de las puertas cerradas de las tabernas. Las flautas gemían, los tambores seguían diversos ritmos y una cascada de cuerdas tañidas por expertos dedos flotaba en el aire.

Antonio se detuvo en la estrecha calle: olía a algo más que vino.

—¿Te apetece derramar algo de sangre? —preguntó.

—Creí que íbamos a visitar a ese Reptens, ¿recuerdas? ¿Chicas?

Antonio soltó una desagradable risita.

—Mi casa está llena de mujeres. Muevo un dedo, le digo a una que comparta mi lecho, y ella se quita la ropa ahí mismo. No, no he venido aquí en busca de mujeres.

Se dio la vuelta y caminó hasta una puerta. Empezó a golpear.

—Dejadme entrar. Quiero vino, estoy sediento. De-jad-me-en-trar.

—Mi señor —susurró una voz con marcado acento al otro lado de la puerta—, no servimos a romanos.

Antonio abrió la puerta de una patada, derribando al hombrecillo que había tras ella con un puñetazo.

Otro salió de entre las sombras, esgrimiendo una espada curva de un solo filo. Antonio ya tenía su espada hispana a punto. Paró el primer golpe, y luego golpeó la nariz del atacante con la base de su mano. Sonó un chasquido, y la nariz del hombre pareció desaparecer en su cara. Un chorro de sangre salió de su boca y su nariz, salpicando su túnica, luego a Antonio y por fin el suelo.

Aun en la oscuridad, Maeniel pudo ver algo con la forma de una araña cayendo sobre él. Supuso dónde estaría el cuello, y justo en aquel momento un cuchillo rasgó la pechera de su túnica, buscándole el corazón incluso mientras él estrujaba lo que tuviese en la mano: era el cuello o algún punto de la columna. Sintió que los huesos se rompían, y uno de ellos atravesó la piel y le hizo un corte en los dedos.

Antonio reía.

—¡No había esperado una diversión tan buena!

Maeniel estaba sorprendido por su temeridad. Apenas podía ver, y estaba seguro

de que Antonio debía de estar ciego. Se encontraban en un pasillo, que terminaba en un patio oculto por el desnivel.

—¿Hay más? —preguntó Antonio.

—No, aquí no —contestó Maeniel—. Pero al final de este pasillo... hay muchos.

—¿Cuántos?

—No sabría decirlo.

—Bueno si sabes que están allí, deberías saber cuántos son —dijo Antonio, un tanto molesto.

—Puedo olerlos. Muchos más de dos manos.

—¿Más de diez? —susurró Antonio.

—Sí. Salgamos de aquí.

—Oh, no. Esto es lo más divertido que he hecho en varias semanas. No saldría de aquí por nada en el mundo.

Empezó a avanzar por el pasillo, y Maeniel le siguió.

Gordus condujo a Dryas a un pasadizo bajo la arena. Estaba a oscuras, pero él iba delante con una antorcha. Dryas le seguía con Marcia. Aquila cerraba la marcha, llevando otra antorcha. El pasadizo apestaba a orina de gato y otros olores propios de animales confinados en espacios reducidos. Acababa en una gran estancia con suelo de piedra que se extendía bajo los asientos de arriba. Había jaulas allí, vacías en su mayor parte. Eran pequeñas y tenían barrotes de madera, pero Gordus hizo que le siguieran hasta la parte de atrás, donde había una jaula mucho más grande, y con barrotes de hierro. Además tenía ruedas, por lo que era posible empujarla o engancharla a un tiro de mulas. El tamaño de la silueta tendida sobre el suelo a la sombría luz de las antorchas era asombroso.

Gordus sacudió uno de los barrotes.

—¡Despierta, Terror! —gritó—. Despierta y saluda a la dama.

La cosa se levantó perezosamente, pisó el círculo de luz de las antorchas, alzó la enorme cabeza y rugió desnudando los colmillos.

Dryas retrocedió un paso, tomó aire y lo dejó escapar poco a poco. Miró a un lado y vio el rostro de Aquila, con los ojos muy abiertos por el terror. Marcia se cubrió la boca para ahogar un chillido. Gordus parecía impasible.

Sorprendentemente, la reacción de Marcia y Aquila tranquilizó a Dryas. Su primera impresión fue de belleza. El brillante pelo naranja con rayas negras era magnífico, así como la elegancia de los músculos moviéndose bajo la piel. Sí, era un felino. La gran cabeza con el mechón blanco se inclinó como para tocarla con el hocico, y dos ojos dorados con las pupilas contraídas por la luz de las antorchas la estudiaron sin mucha curiosidad. La criatura elevó una zarpa y Dryas pudo ver las puntas de las terribles garras retráctiles en forma de cimitarra: se extendieron perezosamente desde sus vainas peludas, y después volvieron a su lugar muy poco a

poco.

El animal se dio la vuelta, dando un distraído golpe con el hocico a algo que había en el suelo de su jaula, y volvió al montón de paja del rincón.

Dryas miró más de cerca lo que había movido el animal, y contrajo el labio en una mueca de asco. Era un descarnado brazo humano, con la mano todavía unida a él.

—Pertenece a Antonio —dijo Gordus—. Le llaman *Terror*, y es un nombre apropiado. Como ya he dicho, lo emplean para las ejecuciones, y casi todo lo que come es carne humana, pues Antonio le echa los restos de la gente a la que mata. Dice que hasta pagamos algo a los esclavos y Terror se merece lo suyo.

—Supongo que no me pondrán frente a él desarmada, ¿verdad?

—No —dijo Gordus—. ¿Pero de qué crees que te servirá una espada? Incluso los hombres a los que ejecuta suelen tener algo. —Hizo un gesto hacia la jaula con la antorcha—. Puedes ver que ni siquiera un escudo y una espada le fueron de mucha utilidad al último. Creo que eso es lo que más le gusta a Antonio: al menos unos cuantos son lo bastante duros como para luchar, pero siempre pierden... oh, cómo pierden.

—Gracias, Gordus —dijo Aquila—. Aprecio tu solicitud, de verdad.

Marcia lloraba en silencio.

—Te dije que no te metieras —reprendió Gordus a su esposa—. Te dije que sólo conseguirías sufrir. Te dije que la dejases en paz...

—¡Calla! —le cortó Dryas, abrazando a la mujer—. No es lo peor a lo que me he enfrentado, y créeme, la muerte tampoco es lo peor que puede ocurrir. —Besó a Marcia en la frente—. Gracias por tu amabilidad. Ahora, demos reposo a Priscus. Le prometí anoche que haría lo que pudiese.

Siguieron avanzando por el corredor bajo la arena hasta que Dryas notó que estaban en el exterior. En lo alto, abiertos en la roca caliza, había agujeros para la luz, que de noche mostraban sólo las estrellas.

Entonces llegaron a la capilla mortuoria.

—No invitamos a nadie de fuera —dijo Gordus, colocando su antorcha en un soporte de metal a un lado de la puerta. Aquila le imitó y puso la suya al otro lado.

La cámara iluminada recordaba a Dryas a un salón de banquetes, y eso debía de ser. Había cuatro grandes lechos de piedra agrupados en torno a una mesa de piedra en el centro de la estancia. A lo largo de las paredes había bancos, también de piedra, que podían cubrirse rápidamente con cojines para acomodar a más personas en caso necesario. Las paredes estaban enlucidas y pintadas. El color dominante era el rojo, un brillante color de llama... el mismo color llevado por la novia en una boda romana en un velo que cubría todo su cuerpo.

A los pies de Dryas había una abertura en el suelo donde derramar las libaciones, rodeada por una suave depresión.

Dryas la rodeó y se acercó a la mesa. Sobre ella había un agujero cuadrado para la luz que daba al aire libre, y sí, veía las estrellas.

—Sí —dijo—. Es perfecto. —Podía verlo durante el día con el ojo de su mente: la abertura iluminando toda la cámara, los bancos, los lechos de piedra e incluso la mesa, con hombres reclinados en los lechos y tumbados o sentados en los bancos alrededor de las paredes. La cabeza del oficiante estaría cubierta como muestra de respeto por el fallecido, y haría la ofrenda en el agujero de las libaciones. Pan, aceite, carne y vino entregados a la tierra para que el difunto camarada de armas tuviese comida y bebida en su largo y a veces peligroso viaje a la eternidad.

Entonces los demás celebrarían un banquete, compartiendo las provisiones llevadas en cestos a la tumba como agradecimiento por poder disfrutar un poco más de la luz, sabiendo que algún día les tocaría a ellos emprender solos aquel último viaje.

Amamos. Dryas recordó otros amores. *Amamos y no es eterno, pero, a pesar de todo, amamos.*

—Aun los condenados necesitan consuelo en su condena, así que construimos esto —dijo Gordus. Su voz resonaba en la sala de piedra—. Aun los condenados merecen algo de aquellos que pronuncian su sentencia, y ellos lo respetan. Mujer, celebraremos tus ritos aquí si es necesario.

—Gracias —respondió Dryas—. Me esforzaré por merecerlo.

Entró en una pequeña antecámara, el cubículo de los gladiadores donde sus cenizas descansaban en nichos en las paredes. Encontró el ánfora de Priscus casi enseguida, y la llevó a la habitación principal. Quizá midiese un pie de largo, una versión más pequeña de las empleadas para el vino. Marcia tenía un soporte para mantener el ánfora derecha, y Gordus tenía aceite y vino.

Aquila le entregó su daga a Dryas sin pensárselo dos veces. Ella usó la guarda metálica para romper el sello del ánfora, y el mango de una de las cucharas de madera de Marcia para pulverizar los huesos que quedaban. Luego mezcló el vino y el aceite con el contenido del ánfora y lo puso todo en la mesa, bajo las estrellas que relucían en lo alto.

Cuando se dio la vuelta para prender fuego al pedazo de madera que tenía en la mano, vio que Gordus, Marcia y Aquila se habían cubierto las cabezas con sus mantos. Hizo lo mismo, y luego acercó el mango de la cuchara a la llama de la antorcha. El aceite se prendió de inmediato, y ella volvió a la mesa para dejar caer la cuchara en el recipiente lleno de cenizas.

Temió por un instante que no prendiese, un mal augurio, pero entonces se encendió el aceite y las llamas saltaron por la boca del ánfora. El humo se elevó en el aire, llevando a lo alto el aceite, el vino y los perfumes usados en la pira funeraria de Priscus, hacia las estrellas y el cielo nocturno más allá.

Y ella se elevó también. Vio a César, el causante de tanta miseria. Estaba sentado solo, escribiendo a la luz de una lámpara de bronce de cinco brazos con la forma de seis gladiadores matándose unos a otros.

César alzó la mirada al entrar la presencia, como si sintiese ambas mentes

inclinadas sobre él.

Es viejo, pensó ella, *y esto debía haber pasado hace mucho tiempo*. Vio el perfil de halcón, las mejillas hundidas, la piel colgando en su garganta. Los ojos siempre inquietos sondeando la oscuridad de los rincones como si quisiera verlos. Verlos, e impedir de algún modo que Priscus escapase de la codiciosa fuerza que había destruido tanto y a tantos.

Pero ellos se movían a su alrededor, y aunque César hubiese podido ver más allá del tiempo, allí donde estaban en la cúspide de la eternidad, no hubiese visto más que un atisbo antes de que desapareciesen en la noche.

Entonces Dryas se encontró mirando las estrellas, extendidas como un océano ante ella. Ardían por miríadas, sus millares de caminos recorriendo los mares inexplorados y los verdes continentes, sus movimientos seguros y predecibles desde el comienzo del tiempo hasta su final, pero siendo un vasto misterio que ni ella ni su especie podrían comprender jamás del todo.

Entonces la presencia que había sido Priscus se expandió del mismo modo que el humo de un fuego moribundo atrapado por el viento, desvaneciéndose en el aire. Se había ido, y ya formaba parte del océano de estrellas.

Dryas despertó de vuelta en la cámara, y vio que el ánfora se agrietaba y caía. El polvo, llevado en un torbellino por el aire calentado por el fuego, se elevó por la claraboya hacia la noche.

Alguien gimió en el pasadizo detrás de ellos. Maeniel se tranquilizó, pensando que debía de ser el primero de los hombres de la puerta: estaba bastante seguro de que los otros dos habían muerto.

Antonio no parecía oír nada. Siguieron avanzando. Una vez pasado el recodo, el lobo pudo ver, y siendo un lobo, ver bastante bien. El patio estaba lleno de hombres, sentados sobre cojines en torno a mesas bajas. Contemplaban el baile de una pareja, un chico y una chica completamente desnudos. Maeniel y Antonio se detuvieron, atónitos ante el espectáculo más erótico que hubiesen visto jamás.

Al principio, Maeniel pensó que se trataba de niño, pero al fijarse mejor vio que no eran tan jóvenes. No, los dos eran adultos, pero pequeños. Eran muy morenos, de pelo oscuro. La chica ocupaba el centro del escenario y el chico se movía a su alrededor, intentando acercarse. Aunque la chica permanecía quieta, su cuerpo ondulaba con un exquisito juego de luces y sombras mientras se giraba poco a poco para seguir mirando a su compañero. Y aunque Maeniel había pensado al principio que estaba desnuda, comprendió que llevaba algo encima: serpientes.

Una serpiente rodeaba su cintura como una faja, y Maeniel vio que se movía y estaba viva. La muchacha tenía otras dos, una en cada brazo: cada vez que el chico se acercaba, ella alzaba un brazo y la serpiente levantaba la cabeza, siseando y con la boca abierta como a punto de atacar, haciendo que el bailarín retrocediese. El joven

reemprendía sus giros, y cada vez que intentaba acercarse, ella volvía a amenazarle con las serpientes, todo ello al son de las flautas y los latidos del tambor.

Había braseros por todo el patio, manteniendo a raya el frío de la noche. Antonio se inclinaba al lado de Maeniel, bastante bebido, pero la cabeza del lobo estaba despejada. No obstante, algo en el humo de los braseros empezó a nublar sus ideas, impidiéndole pensar y apartar los ojos de la pareja en el centro del patio.

La danza cambió poco a poco ante su mirada. La chica empezó a doblar su cuerpo hacia atrás, abriendo las piernas, hasta que sus hombros quedaron casi en paralelo con el suelo. Entonces apoyó los dedos de su mano derecha en el suelo y la serpiente de aquel brazo se deslizó hasta la tierra, donde un ayudante la cogió para meterla en un cesto. Luego hizo lo mismo con la otra serpiente, quedando apoyada en los dedos y los pies, su largo pelo rozando el suelo y cubierta sólo por la serpiente de su cintura.

Su compañero, con el cuerpo ondulando como el de ella, tenía una erección y se acercó poco a poco hasta las húmedas partes rojas entre los labios abiertos de la joven. Sólo el reptil en torno a la cintura de ella le mantenía a raya: la serpiente alzó la cabeza, abriendo la boca a unas pocas pulgadas de su falo. Maeniel, con la sangre encendida, comprendió el significado de la danza, quedando, como todos los presentes, rígido e hipnotizado por las rítmicas ondulaciones del joven. La serpiente, al parecer igualmente atrapada por el ritmo, bajó despacio la cabeza y descendió por la pierna de la chica. El bailarín entró en su reino, siendo bienvenido a las puertas por un íntimo beso de los otros labios de la muchacha.

Maeniel se dio la vuelta, consciente de que estaban allí y de que habían vacilado temiendo por la seguridad de los bailarines. Tenía razón: había al menos una docena de hombres. Cogió al embriagado Antonio por el cinturón y salió corriendo junto a los cuerpos unidos sobre el escenario. Le hicieron falta todos los trucos que le había enseñado Dryas para seguir vivo y en movimiento. Llegaron a una puerta de madera en el muro, y usó la cabeza de Antonio como ariete para abrirla. Empujando ante él al hombre semiinconsciente, huyó de allí.

Una pesadilla había despertado a Lucius. Como todos sus malos sueños, estaba relacionada con algún fallo personal suyo, pero no estaba seguro de cuál. A diferencia de muchos romanos, no tenía criados durmiendo en su habitación. Había despedido a Octus a la hora de acostarse, y tras equiparse con cojines, había leído hasta sentir sueño, apagando su lámpara de un soplido.

Intentando recordar su pesadilla, vio que una luz pasaba por el porche ante su puerta. La abrió y sorprendió a Octus yendo a la habitación de Filo, unas pocas puertas más abajo. El esclavo se dio la vuelta.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucius.

—Nada —dijo Octus, resguardando la vacilante llama de su lámpara del viento nocturno—. Iba a llamar a Oreja Cortada para que acompañase a Filo. Calpurnia le ha

hecho llamar, y con bastante urgencia: sufre una recaída de su problema habitual. Espero no haberte despertado.

—No, he tenido una pesadilla y he visto tu luz. —Lucius cogió su manto de un gancho que había tras la puerta y se lo puso. El sueño se estaba desvaneciendo, pero aún precisaba compañía, aunque no pudiese decir cuál era la causa de su inquietud. El sueño le había estremecido, y el miedo seguía allí.

Comprendió qué era lo que le atormentaba: su temor por la mujer que había luchado contra el jabalí. Fulvia no le había dicho nada. Supuso que aún estaría enfadada por cómo había tratado a Firminius y, aunque ella no lo dijese ni admitiese saberlo, su visita a Julio César. Aquello era una revancha, y se negaba a comunicarle el paradero de la mujer. Fulvia, sorprendida de que su hermano hubiese demostrado tener redaños por fin, estaría buscando algo que poder usar contra él, algo para devolverle a lo que ella consideraba su lugar entre los parientes a los que protegía o ignoraba.

Como de costumbre, Lucius no había querido discutir abiertamente con ella, y no se le ocurría ninguna forma de dar un rodeo, así que se conformó con promesas de explicaciones al día siguiente.

Fulvia se había ido a cenar con Cleopatra, y él se había dormido antes de su vuelta. Ahora, al seguir a Octus a la habitación de Filo, se reprendía por su estupidez. Tenía que haber sacado el tema a la fuerza, aunque ello hubiese significado airear los trapos sucios frente a todos los habitantes de la casa, libres y esclavos.

Fulvia no le asustaba, pero César sí, y recordaba las advertencias del dictador acerca de interferir en los planes de su hermana.

Filo estaba levantado y vestido cuando Octus entró en su habitación.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Lucius.

—¿Esta vez? No lo sé, pero...

—Cuando ella chasquea los dedos, más vale que corras —completó Lucius.

Filo clavó la mirada en un punto más allá del hombro izquierdo de Lucius, y Octus se dio la vuelta para observar la superficie de la pared.

Lucius suspiró, y viendo una silla de campaña junto a la cama pulcramente arreglada de Filo, se sentó en ella, apoyando los brazos.

—No me trates así —dijo—. ¿Cuándo he...?

Filo alzó la mano.

—Por favor, conclusiones. La dama por la que estás preocupado se encuentra seguramente en el *ludus* de Gordus. Fulvia es su patrona, y lo más probable es que esté allí, encerrada en una de las celdas. Estábamos buscando una forma de ayudarla, pero aún no se nos ha ocurrido nada.

»Por otra parte, la dama Calpurnia está muy enferma. Es una mujer extremadamente delicada, aunque nadie se lo cree, ni siquiera su esposo. Mucha gente con su problema, y con otros desórdenes similares, recurre a la cirugía que te describí para aliviar los síntomas: las jaquecas, las visiones y los extraños fenómenos

ópticos que las acompañan durante toda su vida.

—Espera un momento: ¿visiones?

—No sólo tiene jaquecas —intervino Octus—. Se pone muy mala. Tu madre era amiga suya, y yo solía ir con ella cuando la visitaba en su casa. Al principio tendrá un breve episodio de... —miró inseguro a Filo.

El griego asintió.

—Puedes decírselo también a él.

—Un breve episodio de presciencia, y luego se queda ciega durante unos momentos. Después vomita, y empieza a sufrir una terrible jaqueca. Los dolores son breves, pero espantosamente fuertes: no suelen durar más de unas pocas horas, pero son horas de pura agonía. Predijo la muerte de tu madre. Meses, no años antes de que Silvia muriese, Calpurnia le suplicó que dejase de beber. Pero la última vez que se vieron, supe por la conducta de Calpurnia que ella sabía que ya era demasiado tarde, igual que yo —explicó tristemente—. Ahora las cosas han empeorado: ve a muchos amigos y conocidos, más o menos la mitad de la nobleza de Roma, cubiertos de sangre, muertos en campos de batalla y en sus piras funerarias. Está muy asustada, y creemos que tiene razón.

Lucius pudo ver que Octus temblaba. Hizo un gesto hacia un largo banco junto a la pared opuesta.

—Siéntate. Por favor.

Octus obedeció.

Lucius se volvió hacia Filo.

—¿Y qué hay de ti? Si alguna vez he visto a un griego cabezota, práctico y escéptico, eres tú. ¿Qué crédito das a esas visiones? Y por el amor del cielo, no te quedes ahí, inclinado sobre mí. Siéntate tú también.

Filo se sentó sobre la cama.

—Al principio no les di ningún crédito: ya he visto ese tipo de desórdenes. Creía que las visiones de muchos de los enfermos se debían a alteraciones de su mente. Pero he empezado a coincidir con Calpurnia, aunque a regañadientes, en la interpretación de sus visiones. Encajan con lo que sé de la política romana, del propio César, de su desagradable amigo Antonio y del curso de los acontecimientos.

»Esta noche, por ejemplo, en casa de tus amigos Manilius y Felex, Antonio ha discutido acaloradamente con Bruto. Creemos que lo hizo por orden de César. Pensamos que César cree que sería una necedad dejar Roma con una representación tan fuerte del partido de los *Optimates* en el Senado. También creemos que hay poco que podamos hacer al respecto, salvo advertirte de que mantengas la cabeza baja. Antonio está emergiendo como el sucesor de César para el futuro, pero sencillamente no hay forma de saber cuánto durará César. Y los que apuestan contra él se equivocan con tanta frecuencia...

—Sí —dijo Lucius—. Estás seguro de que la conspiración entre los *Optimates*, los mejores, es real.

—Sí —respondió Octus—. Preferiría no revelarte mis fuentes, pero sí, es bastante real. Si alguna vez reúnen coraje para hacer algo más que hablar...

—Creo —explicó Filó— que la disputa con Bruto estaba pensada para forzar la mano, haciendo que sus intenciones saliesen a la luz.

—Sí, bien pensado —dijo Octus.

—¿Y no podemos hacer nada? —preguntó Lucius.

—Si se te ocurre algo, lo que sea... —dijo Filo.

Lucius meneó la cabeza.

—Tened cuidado, los dos. He sido avisado y no me lo tomaré a la ligera.

Filo se pudo en pie.

—Bueno, debo irme. No conviene impacientar mucho a Oreja Cortada.

—No —dijo Lucius—. Y tú, Octus, vuelve a la cama y duerme un poco. Despiértame cuando vuelvas, Filo, y comprobaremos ese *ludus*.

Octus le acompañó de vuelta a su habitación y se fue.

Lucius se quedó pensando en la ciruela. Aún la tenía en una bolsa de red colgada de la pared de su habitación. *Ya debería estar pasada*, pensó. Pero cada vez que la examinaba, la fruta estaba tan jugosa y succulenta como siempre. No maduraba, no se pudría y no se secaba. Alargó un dedo para tocarla por entre las mallas de la bolsa.

De pronto, la habitación pareció llenarse de aire fresco y las fragancias combinadas de un jardín de rosas, lirios, lavanda y violetas. *Quiero irme a casa*, pensó, pero luego empezó a preguntarse por aquel paseo de su mente. Estaba en casa, ¿no? *Aquí, ahora. Esto es mi casa, ¿verdad?* Pero no encontró respuesta a su pregunta. Apagó la lámpara y la fragancia del jardín permaneció en el aire, llenando la oscuridad.



23

No hubo persecución. Al parecer, los propietarios del establecimiento en el que habían irrumpido se daban por satisfechos con que se marchasen.

Maeniel encontró una tranquila taberna abierta todavía y empujó al tambaleante Antonio al interior. Sentó a su compañero sobre un banco junto a la pared y compró vino para los dos.

Probó su copa y encontró que el contenido estaba bueno, apenas aguado.

—Mmmh... —dijo, sorprendido.

—Tú pagas bien, yo te sirvo bien —comentó el tabernero, un musculoso gigante con un solo ojo y numerosas cicatrices—. Pero mantened esas espadas en sus vainas y no provoquéis problemas en mi local.

El tabernero había reparado en las ropas manchadas de sangre de Maeniel, sus cortes en los dedos y sus nudillos despellejados: la cabeza de Antonio no había sido lo único en entrar en contacto con la puerta del patio. También se fijó en que la ropa bajo los oscuros mantos era bastante cara.

—La gente de clase alta como tú y tu amigo piensa que puede venir aquí para mearse en la puerta de otro y cagarse en el suelo. Pensáis que no vemos que sólo sois una pandilla de ratas de letrina bajo vuestras bonitas ropas, pero sí que lo hacemos. Así que tened cuidado: si me dais problemas, os pagaré con intereses, os lo garantizo.

Maeniel asintió, entregándole su bebida a Antonio.

—Usaste mi cabeza para abrir la puerta del jardín. —Antonio unió a la última palabra una obscenidad tan vil que otro hombre sentado en el banco se alejó un par de plazas al oírla—. No está mal —dijo tras beberse el vino.

—Así es —contestó Maeniel.

—Eres bastante bueno. Nunca había visto a nadie moverse tan rápido como tú cuando tuvimos que salir de allí.

—Habíamos matado a dos personas allí dentro. Estaba asustado —explicó

Maeniel en voz baja.

Antonio se las arregló para parecer indignado.

—Por supuesto que los maté. Obstruían mi entrada al edificio. Soy un cónsul: una palabra mía y hasta el último sucio degenerado de este lado del río será ejecutado, y me aseguraré de que la ejecución sea larga y desagradable para todos ellos. Lo que se me antoje: la hoguera, la crucifixión, echarlos a las fieras o, para entretenerme, hacer que luchen a muerte en la arena.

—Bueno, yo no estaría tan tranquilo aquí. Ser un cónsul no te servirá de nada si nos encuentran a los dos flotando boca abajo en el Tíber. Así que bebe y vámonos de aquí: el tabernero no es muy amistoso.

Antonio hizo una sugerencia sobre lo que podía hacer el tabernero, pero Maeniel observó que lo había hecho en voz baja y no había nadie cerca. El vino parecía haber apaciguado a su compañero.

—Ya me he divertido bastante por esta noche —dijo—. Ahora tengo que visitar a César. ¿Quieres venir? ¿Quieres conocer al hombre más poderoso del mundo?

Maeniel asintió con la cabeza. No se fiaba de su capacidad para hablar.

Antonio rió, se puso en pie, se arregló el cinturón y enseñó el dedo al tabernero.

Maeniel, detrás de Antonio, meneó ligeramente la cabeza, como diciendo «no vale la pena».

—Está borracho —dijo en voz alta.

El tabernero, nada intimidado, observó cómo salían y se alejaban por la calle.

La casa de César estaba a cierta distancia. Los pretorianos saludaron de nuevo a Antonio. Si repararon en el estado de sus ropas, no hicieron el menor comentario.

Ya había pasado la medianoche cuando llegaron a casa de César. Percibieron voces y luces tras los muros. Antonio golpeó la puerta, y un soldado abrió al instante.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó Antonio—. Sé que César pasa la mitad de la noche ante su escritorio, pero por lo general todos los demás se van a la cama.

—La dama Calpurnia ha sufrido un ataque —explicó el soldado mientras hacía que pasasen al atrio—. Me asustó de verdad —añadió—. No sé qué es lo que vio, pero su grito y la expresión de su rostro... —Se llevó la mano a un amuleto en el cuello—. Isis protectora. La señora salió de su habitación y habló con el guardia de servicio: le pidió que llamase a su físico. El guardia vino y envió a alguien en busca de Filo, pero antes de que ella volviese a su habitación... Lo sé, yo estaba con ella. La señora se quedó con los ojos fijos, y la cara se le puso del color de la tela blanqueada. Cayó al suelo gritando, y sufrió el peor ataque que he visto en mi... Parecía un perro envenenado. Ahora hay tres físicos con ella.

—Mujeres —gruñó Antonio—. Te casas con ellas, y se desmoronan.

—¿Queréis usar los baños? —preguntó el soldado—. Parecéis salidos de un accidente de carros en el Circo.

—Puedes apostar tu culo —replicó Antonio—. ¿Sigue César con su esposa?

—Oh, estará al menos media hora más, puede que una. La señora estaba muy

mal.

Los baños de César eran sorprendentemente austeros; el *tepidarium* estaba decorado en blanco y verde, pero era muy pulcro y cómodo. Cuando acabaron de asearse, Antonio fue llevado a presencia de César y Maeniel se quedó en un oscuro jardín, refrescándose los pies.

Las luces fueron apagándose en la casa. Desde su asiento en el peristilo, Maeniel vio irse a los físicos, o al menos a gente que tomó por los físicos. Un soldado que caminaba bajo el pórtico cortaba el acceso a las habitaciones privadas en el lado de la casa al que había ido Antonio.

Maeniel solía permanecer sobrenaturalmente alerta, pero no fue consciente de otra presencia hasta que se sentó a su lado en el banco.

—¿Te gusta mi jardín lunar? —le preguntó.

Maeniel se volvió hacia ella. Su reacción fue similar a la de Lucius: incluso en aquella semioscuridad, quedó atónito por su belleza. La belleza era siempre una ilusión. La mujer llevaba una túnica griega semejante a la que había visto Lucius la noche en que se conocieron. Aquella sencilla prenda, dos simples rectángulos de tela cosidos por los lados y sujetos con broches en la parte superior, le sentaba bien. Tenía un cuerpo lozano y elegante, y la caída de la tela lo exhibía a la perfección. Llevaba el largo pelo sujeto atrás con la cinta propia de una matrona, las tiras de lana blanca indicando su alto rango.

Mientras Maeniel la observaba, cruzó una pierna sobre la otra y se cogió la rodilla con ambas manos. Iba envuelta en belleza, resplandeciendo desde dentro.

—Jardín lunar —repitió él, casi como un tonto.

—Sí. —Calpurnia sonrió y él se sintió honrado—. Lo planté para que fuese visto a la luz de la luna. Estas hierbas toman el color de la luna. Los filósofos dicen que la luna no es nada, que sólo brilla al reflejar la luz del sol. Pero su niebla plateada es tan bonita... Mira. —Tocó una hoja—. Artemisa, ajenjo... Hay tres o cuatro especies distintas. Los sacerdotes la usan para perfumar el aceite en el sacrificio. Yo perfumo los óleos de mi baño. Detrás hay ruda.

A Maeniel le recordó las marcas de salpicaduras hechas por el agua sobre árboles y rocas en una lluvia ligera. Cientos de pequeñas hojas redondas relucían con un tono casi azul bajo el cielo nublado.

—Marrubio —dijo ella señalando otra planta—. Es buena para la garganta, y salvia para la cocina y como perfume. —Rompió una hoja y se la ofreció a Maeniel.

Sí, para él aquella fragancia era casi embriagadora. El lobo nunca lo hubiese comprendido del todo, pero el hombre que Dryas le había llevado a ser lo apreció sin reservas.

—Son algunas de las cosas que hay aquí. Tengo otras, ¿ves esto? —Ella señaló algunos altos tallos que salían de una roseta de hojas de plata, con brotes de flores blancas—. Valeriana, una vieja amiga, y amapola blanca. —Sí, Maeniel podía ver las delicadas flores detrás de la valeriana—. Una nueva amiga —dijo ella.

—Tu jardín es muy hermoso, ¿pero no deberías estar en la cama?

Ella meneó la cabeza.

—No, no sabes lo difícil que es eludir a mis doncellas. Ahora me vigilan todo el tiempo. Filo quiere hacer que venga un hombre de Alejandría al que conoce, un físico que abrirá un agujero en mi cráneo. Dice que hay una posibilidad de que mis jaquecas y visiones desaparezcan, pero le he dicho que no. No lo permitiré. Si César va a Partia, me arriesgaré. Soy vanidosa, y mi aspecto es un tesoro para mí; no quiero quedarme calva y fea. Además, es muy peligroso: mi hermana se puso muy enferma y murió tras una operación similar. A mi madre le hicieron lo mismo y se recuperó; por un largo tiempo, las jaquecas y visiones desaparecieron. Pero cuando ya era mayor volvieron, aunque no tan fuertes. Tenía una edad avanzada cuando murió, y fue por una congestión pulmonar en invierno, no por las jaquecas.

—¿Le amas mucho? —preguntó Maeniel.

Ella rió. Fue un sonido aterciopelado, casi una caricia, pero luego se llevó un dedo a los labios.

—Oh, debo guardar silencio. Alguien podría oírme. Oh, no. No amo a César, pero me temo que, si dejo venir a Roma al amigo de Filo, César acabe por no marchar hacia Partia. Si decido dejar que me hagan un agujero en la cabeza, quiero estar sola para enfrentarme al dolor y la fealdad. No quiero a César junto a mi cama. ¿Sabes? Podría explicarme cosas de nuevo. Desde que llegó esa escurridiza reina egipcia, no me ha hablado de asuntos de estado. Supongo que se los cuenta a ella. Fui al Templo de Venus Genetrix cuando él la encontró y ofrendé palomas como agradecimiento a aquello que gobierna a dioses y hombre.

»Estaba tan contenta de que la hubiese conocido... Ya ves, lo único que odio de todo esto es que ella le haya dado un hijo. Yo no podría. Él quería hijos, incluso niñas. Amaba a su hija Julia. Incluso a su hija. Muchos hombres no aprecian a sus hijas, pero él sí. Muchos maridos hacen que sus hijas sean dejadas en los escalones del templo. Los tratantes de esclavos llegan para escoger las mejores y venderlas a los burdeles.

—¿Qué pasa con los demás? —Preguntó Maeniel, horrorizado. Nadie le había hablado de aquella costumbre de abandonar a los niños no deseados.

—Supongo que los perros se ocupan de ellas. —Calpurnia se estremeció—. Un recién nacido es algo muy frágil. No creo que vivan mucho bajo el calor del verano o el frío del invierno. Suelen ser dejados cerca del Templo de Vesta. Una de las sacerdotisas de la diosa me dijo que mucho son abandonados durante la noche, y que al amanecer la mayoría están muertos. Y a menos que sean recogidos, los supervivientes no llegan al mediodía. En verano el sol calienta demasiado, y en invierno la noche es demasiado fría...

»Pero yo no llegué a quedarme embarazada, y tras un tiempo... me alegré. Porque... porque él empezó a explicarme cosas, y temo que cuando empiece a matar a sus enemigos en el Senado, me explique porqué tiene que hacerlo. Va a hacerlo,

sabes... La lo he visto en mis visiones. No me importa... me ha explicado por qué tenía que hacerlo. Los filósofos que yo solía tener leían sus despachos desde la Galia: todos explicaban por qué había tenido que hacer aquellas cosas... ya sabes, vender a tantos como esclavos, o torturar a sus líderes cuando no querían cooperar o no le daban más dinero.

»Sí, los filósofos lo explicaban todo, y cuando él volvió, explicó cómo había muerto Pompeyo, sin que él hubiese tenido parte en ello. Le observé, y aquello me molestó cuando una de sus legiones se rebeló. La diezmaron... ya sabes, mataron a un hombre de cada diez, pero eran tantos... No llevó mucho tiempo decapitarlos. Muchos cooperaron.

»No podía entender por qué, pero él y Antonio me lo explicaron: querían morir rápidamente, y debían morir si les tocaba en el sorteo. Así es como son... elegidos. Por sorteo. Si se resisten o intentan huir, son acuchillados hasta que mueren por la hemorragia, o destripados. Mueren de sed o les echan brea por encima para quemarlos vivos, así que es mejor arrodillarse y dejar que el centurión les corte la cabeza. A veces, los que esperan su turno incluso afilan las espadas que están usando los oficiales... Eso dice Antonio. Lo aceptan como algo necesario para preservar la disciplina.

Pero cuando yo estuve allí, los cadáveres... estaban apilados en grandes montones... Apestaban. No se les podía quemar con la suficiente rapidez... Y los que no se habían comportado bien, los que no habían aceptado la muerte como dice mi marido que debe hacer un buen soldado, gritaban tan... tan...

»¿Sabes? Los soldados no tienen esposas. Va contra la ley que las tengan. Sé que César y Antonio también me lo explicaron. Pero tienen mujeres como si fuesen sus esposas, aunque no lo sean de verdad... Y ellas tienen hijos, como las esposas reales. Suplicaban a los oficiales por las vidas de sus hombres, pero, por supuesto, sólo eran una molestia y nadie las escuchaba... Lo siento. Eres un invitado, y no cabe duda de que, como hombre, entiendes estas cosas mucho mejor que yo.

Maeniel meneó la cabeza, como para despejarla.

—No —dijo—. Nunca he sido un soldado, y tras tu descripción de la vida militar, no creo que lo sea jamás.

—¿Estás esperando para ver a mi esposo? —preguntó educadamente, como una niña intentando atender a un adulto.

—No.

—¿Temes a mi esposo?

—No. Probablemente soy un estúpido por no hacerlo, pero no le temo.

—Qué agradable es estar en compañía de un hombre que no está asustado de mi marido ni quiere nada de él. ¿Para qué has venido a Roma, entonces? Puedo ver que no sabes mucho acerca de nosotros.

—Estoy buscando a una mujer.

—¿A cualquier mujer o a alguna en particular?

—Una en particular. Se llama Dryas.

—Oh, ésa —dijo Calpurnia sin mucho interés—. Mis doncellas me hablaron de ella. Luchó con un jabalí esta mañana y ganó, pero mañana por la tarde morirá: Antonio quiere enfrentarla a Terror.

—¿Por qué? ¿Qué es Terror?

—Antonio la odia. Perdió dinero por su culpa: apostó por el jabalí, y piensa que ella le dejó en ridículo.

—¿Por qué? ¿Por salvar su propia vida?

Calpurnia se encogió de hombros.

—No hay justificación para algunas de las cosas que hacen. Apostó con César a que ella no podría vencer a Terror, y César aceptó la apuesta.

—¿Qué es Terror?

—Terror es un gran felino de la India. Lo llaman «tigre». Es como un león. ¿Has visto a un león?

—Sí —dijo él.

—Terror es más grande, y tiene la piel naranja con rayas negras. Antonio lo usa para ajusticiar a los criminales. César dice que saldrá ganando de todas formas. Si la mujer mata a Terror, Antonio le pagará mucho oro. Y aunque la mujer pierda, el espectáculo de su lucha le calentará la sangre. Ya sabes, quiere dejar embarazada a Cleopatra otra vez.

—No te explicaría eso... —comentó Maeniel.

Ella rió.

—No, no. Oí a las doncellas hablando de ello cuando creían que la bebida de amapola de Filo me había dejado dormida. La amapola no siempre te duerme, aunque quien la toma parece dormido. Filo me lo advirtió, y he observado que, como muchas de las cosas que dice, es cierto.

—¿Él también te explica cosas?

—No —susurró ella. Luego echó una mirada furtiva por encima del hombro— Ven —dijo, poniéndose en pie—. Conozco un sitio donde podemos hablar sin que nos molesten. Iba hacia allí cuando te vi y me detuve para preguntarte por el jardín.

—Por lo que he oído, César es un marido celoso. Dijo algo sobre que su esposa tenía que estar por encima de la sospecha.

Ella volvió a reír, pero se contuvo.

—¡Shhh! No es celoso, al menos ya no por lo que a mí respecta. Y aquello fue sólo una excusa para divorciarse de su mujer y casarse conmigo. Me había visto en una cena en casa de mi padre. En aquel momento, necesitaba algo para sustentar sus relaciones con él, y al verme decidió que debía tenerme. Pero la única forma de llevarme a su lecho era el matrimonio, y él siempre consigue lo que quiere. Tanto sus amigos como sus enemigos lo descubrieron hace mucho tiempo. ¡Shhh! Sígueme.

Maeniel no podía imaginar adónde iban. Aquel jardín era un patio cerrado, un porche con columnas rodeado por ambos lados. Las habitaciones bajo el porche eran

las únicas entradas y salidas. Dos altos muros de piedra coronados por abrojos cerraban el fondo.

La luna brilló por un momento, y Maeniel pudo ver un punto donde los muros se encontraban y uno ensombrecía al otro. Parecía una zona muy oscura. Pero había dos grandes rosales que empezaban a florecer, y era posible distinguir algunas flores blancas entre la sombra.

—¿Sabes —dijo Calpurnia, señalando los rosales— que puedes hacer flores de plantas distintas? Un jardinero las hizo para mí a partir del escaramujo y la rosa de cuatro estaciones. Son muy pálidas, casi blancas. El sitio al que quiero ir está entre ellas. Déjame ver si está abierto. —Se adelantó hasta el rincón entre los dos muros y... desapareció.

Maeniel retrocedió. *Llevo demasiado tiempo entre los hombres*, pensó luego. *Sé adónde lleva esto*. Fue hacia el rincón y la oscuridad se lo tragó también.

—Oh, bien —oyó que decía ella—. Nunca le había enseñado esto a nadie. Me preguntaba si podrías entrar tú también.

—Sí —contestó él en voz baja—. Ya he estado aquí antes. —Y lo había estado, aquella vez que persiguió a los muflones por el acantilado y cayó. Había estado cerca de la muerte. Pero recordaba los árboles gigantes y la cascada desde lo alto, los helechos y el musgo creciendo al borde del agua. Pero, por encima de todo, recordaba el agua que parecía brillar en la oscuridad.

No había estado tan oscuro en su visita anterior, pero ahora lo estaba, y cuando alzó la mirada, los gigantescos pinos tenían sus ramas lo bastante separadas como para ver que el cielo estaba despejado y la media luna flotaba en solitario esplendor. Sí, el agua resplandecía. Su frío fuego azulado aparecía justo después de que iniciase la caída desde lo alto. El ojo podía seguir el movimiento de la luz mientras descendía y formaba espuma en la cuenca, donde despedía un fulgor tan brillante que Calpurnia y él podían verse mutuamente. A aquella distancia, más de cincuenta pies, la luz estaba atenuada, pero seguía presente como fondo de los árboles y rocas a su alrededor.

Ella se estremeció, frotándose los brazos.

—Tenía que haber traído un manto.

Maeniel se quitó su manto militar y la toga limpia y se la entregó.

—Toma —dijo—. Probablemente es de tu marido. Antonio y yo usamos sus baños y los esclavos nos dieron ropa limpia.

—¡Los baños! ¿Qué pasó para que tuvieseis que bañaros? ¿Eres amigo de Antonio? —La segunda pregunta tenía un cierto tono de alarma.

Él se apresuró a aquietar sus temores.

—No, y después de esta noche no creo que quiera serlo.

Había algunas rocas junto al manantial. A pesar de la luz que tenía el agua al caer, todo cuando quedaba de aquel brillo eran pequeños destellos cuando golpeaba los guijarros esparcidos por el lecho del arroyo, como si un millar de luciérnagas bailasen

sobre el agua, alejando las sombras de los árboles gigantes.

Calpurnia escogió una roca con forma de silla para sentarse, y él se puso encima de una formación de piedras con la parte superior plana.

Maeniel contó a la esposa de César todo lo que había pasado después de que cruzasen el río, incluyendo el baile de los dos jóvenes en el jardín.

—Mmmh... me hubiese gustado ver esa parte.

—No sé nada de la moralidad de una esposa decente...

—Por favor —dijo ella, levantando una mano para que se detuviese—. Cuando los hombres empiezan a hablar de moralidad, sé que quieren decir sexo. Las cosas que *ellos* se hacen unos a otros, o que hacen a las mujeres, no importan. *Ellos* nunca son inmorales, sólo otros hombres y mujeres lo son.

»Mira a Antonio. Probablemente piensa que lo que hicisteis al entrar allí por la fuerza fue estupendo, y que aquellos dos jóvenes eran sucios degenerados. Si pudiese descubrir sus nombres, haría que fuesen castigados, independientemente de sus motivos. Quizá fueran esclavos obligados a actuar, pero lo más probable es que sólo fuesen pobres y necesitasen el dinero conseguido con su baile.

Maeniel no contestó. Aquello le sonaba perfectamente lógico.

—Parecían estar disfrutando —dijo—. Exhibían su habilidad en el manejo de serpientes, el baile y el equilibrio. Y, si todo culminó en placer para ambos, mucho mejor. Pero —empezó a levantarse— deberíamos irnos ya. Tiene que estar a punto de amanecer y tus criados te estarán buscando.

—Oh, el tiempo no existe aquí —dijo ella, completamente despreocupada—. Vengo cuando ya no puedo soportar las explicaciones, los dolores de cabeza, la... supongo que desesperación es la palabra más adecuada... He pasado varios días seguidos aquí, y al volver, nadie me había echado de menos. Ni el reloj de sol ni la clepsidra del atrio habían cambiado. Así que nadie me echará de menos.

—¿Y qué te hizo volver? —preguntó él.

—El hambre, la sed... Me da miedo comer o beber aquí, sobre todo de esa agua —dijo señalando la cascada—. A veces, la amapola me deja muy sedienta. Durante unas horas, nadie pudo verme, pero volví a hacerme visible en los baños y estuve a punto de matar del susto a mis doncellas, que estaban bebiendo en el *tepidarium*. Vivir entre esclavos es un problema. Ni siquiera mis libertas se fían de mí.

»César se ha vuelto sencillamente demasiado poderoso. Yo soy sólo una luna de su sol, pero ellos creerán que tengo más poder del que tengo cuando empiece a matarlos. No vendrán a mi casa: sus mujeres lo harán, como las mujeres de los soldados acudían a los oficiales de César, suplicándoles que perdonasen a los que amaban. Así vendrán a mí, y nunca creerán que no puedo ayudarles. Nunca creerán la poca atención que presta a lo que le digo. Nunca entenderán que mis lágrimas y mis ruegos son tan inútiles como los suyos. Él es inexorable, y pronto los destruirá a todos. Lo sé, lo he visto en mis visiones, y nunca mienten.

»Así que este lugar es mi único refugio. No dejaré que el amigo de Filo me abra

un agujero en el cráneo. Si las jaquecas y las visiones desaparecen, quizá yo pierda este sitio. El dolor es tan terrible que, cuando Filo me da la bebida de amapola, se abre la puerta. Por eso, en cuanto la bebida apacigua el dolor, me levanto de la cama para venir aquí. Es el dolor lo que hace posible que yo entre aquí. Algún día que no tardará mucho en llegar, cuando él empiece a matarlos a todos, vendré y beberé de esa agua, y no volveré nunca. —Se quedó sentada y en silencio entre las sombras.

—Eres muy hermosa —dijo él en voz baja.

—Sí, y es una desdicha: atraje su mirada. Pero aquí, en este lugar donde nadie puede vernos, ¿querrías hacerme el amor?

—Sí. Temía preguntar.

—Yo también —repuso ella, poniéndose en pie. Dejó caer la toga. Luego soltó los broches del hombro de su túnica y la suave prenda cayó con un susurro entre los helechos.

Maeniel extendió el manto oscuro sobre el suelo. Ella levantó la mirada cubriéndose modestamente los pechos con el brazo.

—Aunque allí no pasa el tiempo —dijo—, sí pasa aquí. La luna está baja y creo que pronto amanecerá.

Él la abrazó, y aun en la oscuridad sus labios encontraron los de ella. Entonces supo que, de todas las mujeres a las que había conocido o conocería, ninguna mostraría más gracia y gentileza. Más tarde, mientras yacían juntos, contemplaron la salida del sol sobre un bosque de pinos que se extendía hacia el horizonte.

—Vete ya —dijo ella, y le dio un beso de despedida junto al estanque.

Antes de llegar al portal, Maeniel se dio la vuelta para verla por última vez, pero estaba perdida en la luz del sol naciente.

Entonces se encontró de nuevo en el jardín y, sin mirar atrás, cruzó el atrio hacia la entrada de la casa. El guardia le devolvió su espada y designó a dos soldados para que le acompañasen de vuelta a casa de Manilius y Felex.

Al poco rato, Clea, la liberta de Calpurnia, vio que el lecho de su señora estaba vacío y las esclavas dormidas. No las despertó, pues la señora raramente se alejaba mucho: la encontró sentada en el banco del jardín, con la cabeza echada hacia atrás y durmiendo a la pálida luz de la luna que ya estaba descendiendo.

Devolvió a Calpurnia a su habitación, le quitó el vestido y peinó sus largos cabello. Mientras le ponía el camisón, observó algo que había pasado por alto: unas agujas de pino en su pelo. Las quitó con suavidad y acostó a su señora en la cama.

Mientras sacudía la túnica de seda, una hoja seca de helecho cayó al suelo. Clea llevó la hoja y las agujas de pino a un brasero que ardía en el rincón y las echó sobre las brasas, tocando después un amuleto que llevaba al cuello. Era devota de una diosa oriental, y una iniciada en sus misterios.

Había sido una esclava bienvenida por los demás iniciados, ya que tales adoradores eran una valiosa inversión. Los que empezaban como esclavos solían alcanzar puestos de gran importancia gracias a la confianza de sus poderosos

propietarios. Así había pasado con Clea. Calpurnia confiaba en ella, y ella nunca traicionaría aquella confianza.

Por un instante, la fragancia del pino llenó el cubículo cuando las agujas marrones se pusieron rojas para deshacerse en polvo luego. No era la primera vez que Clea encontraba cosas así en la ropa y el pelo de su señora. Ya había pasado antes, y estaba segura de que no había pinos ni helechos en aquel jardín.

Filo fue a ver a Lucius al volver de casa de César. Estaba a punto de amanecer y hacía bastante frío. Miró primero a Octus y vio que el anciano dormía. Alia dio la bienvenida a Oreja Cortada y lo llevó a la cama a pesar de sus gruñidos.

Filo encontró a Lucius paseándose con nerviosismo, aunque no lo hubiese admitido de ninguna manera.

—¿Crees que debería bañarme? —preguntó.

—Sí —dijo el griego.

—¿Por qué?

—Con las mujeres, siempre es mejor bañarse.

—Esto no tiene nada que ver con ella —afirmó Lucius altivamente.

—¿No?

—No.

—Báñate —insistió Filo.

—Nada de perfumes. ¡Nada de ungüentos!

—Bien, estupendo. Báñate.

—¿Y un afeitado?

—Con las mujeres, siempre es mejor afeitarse.

—No quiero despertar a Octus. Me afeitaré yo mismo.

—No. Es mejor que despiertes a Octus y no te cortes el cuello. Además, le afectaría mucho que no le llamasen necesitando sus especializados servicios. Se sentiría herido. Profundamente herido.

—Las manos le tiemblan a veces.

—Eso es porque le tiene miedo a tu hermana. Tú no le pones nada nervioso.

—No estoy seguro de que eso sea un cumplido. De hecho, según se mire, no lo es. César dijo...

—No me cites a César. —Era el turno de Filo de mostrarse altivo—. Si empiezas a hacerlo de forma regular, tendré que volver a García. Casi todo puede ser visto desde diversas perspectivas. Algunas de ellas pueden hacer que los actos más laudables y virtuosos parezcan estúpidos en el mejor de los casos, e interesados y engañosos en el peor.

»Octus no te teme porque, como casi todos los demás criados de la casa, sabe que puedes mostrarte irritado, furioso o deprimido, pero casi nunca malévolo, y jamás cruel. Tu hermana es rencorosa, malévola y extremadamente cruel.

»Ahora, báñate, afeítate y vístete. La mujer está en el establecimiento de Gordus. Fue vista allí hace poco, y se sabe que hay previsto algún espectáculo con sus... talentos para esta tarde, en la arena de la escuela de gladiadores. Una exhibición privada para César, Antonio y varios cientos de sus amigos caballeros y senadores.

—¡Oh, no!

—Sí. Llamaré a Octus.

—¿Y a Oreja Cortada?

—No, déjale dormir, o lo que sea que esté haciendo con Alia. Puede que le necesites más tarde.

Media hora después, Lucius y Filo salieron hacia el *ludus*.

Dryas fue despertada más o menos una hora más tarde por Aquila. El griego le dio una taza de una bebida caliente a través de los barrotes de la puerta.

—¿Es *posea*? —preguntó ella.

—No, lo ha preparado Marcia. No sé qué es lo que lleva. La *posea* puede hacerte enfermar: a mí me pasó cuando estuve en las legiones. Pero no puedes emborracharte con ella: lo sé, lo he intentado.

—Así debió de ser como enfermaste —dijo Dryas.

—Sí, es una porquería.

Dryas probó la mezcla de Marcia, vino blanco con unas pocas hierbas maceradas. Percibió el sabor de la menta y la gaulteria un poco calentadas.

—Está bueno —dijo.

—Casi cualquier cosa es mejor que la *posea*, pero no sé si debes estar de buen humor cuando bajas a saludar a ese... Lucius.

—¿Quién es?

Aquila parecía no estar seguro de qué decir. Movi6 los pies y se mordió el labio.

—Probablemente... probablemente es tu verdadero dueño.

Dryas levantó la mirada hacia él.

—¿Y?

—Es el hermano de Fulvia, la mujer que me pagó para que te capturase.

—¿Y qué es lo que quiere?

—No lo sé, pero sólo por si acaso quiere lo que pienso que quiere... —Aquila le ofreció una de las dagas que le había quitado al registrarla.

Ella la rechazó.

—No, el momento de esas cosas ha pasado ya. No puedo emplear esa salida.

—¿Por qué no?

—Por tu seguridad, y la de Gordus y Marcia; y tienen un hijo y una hija casada y con niños. Tengo mi honor, y el honor me impide dejar que otros paguen el precio de mi irresponsabilidad. Así que, por favor, cierra la puerta y deja que me vista.

Aquila meneó la cabeza y se apartó de la puerta.

Dryas se puso la ropa. La celda era mucho más cómoda: Marcia había cambiado la cama, quemando el colchón y las sábanas donde había muerto Priscus, y había

encontrado ropa para Dryas. Una túnica limpia, cuidadosamente cosida con lino usado, cierto, pero teñida luego de un tono ocre. Una *palla* de lana más fina, sí, un tanto gastada ya, pero remendada, y teñida de nuevo de azul oscuro y decorada en los bordes, y un par de sandalias, atadas en el centro de fino cuero, y calcetines de lana.

Dryas se arregló el pelo en torno a la corona que le habían puesto las doncellas de Fulvia el día anterior. Se ajustó bien la *palla* y avisó a Aquila.

—Ya estoy lista.

El griego abrió la puerta de una patada. Su expresión era dura, y tenía el rostro enrojecido. Le quitó la *palla* a Dryas y le encadenó las manos a la espalda. Luego volvió a ponerle la *palla* por encima de los hombros y empujó a la mujer hacia delante.

Dryas bajó las escaleras por delante de él. Tropezó brevemente el segundo tramo, pero Aquila la cogió del brazo al darse cuenta de que estaba en peligro: con las manos a la espalda, no podía protegerse. De todas formas, no le quitó la cadena, sino que siguió cogiéndola del brazo hasta llegar abajo, donde aguardaba Marcia.

—¡Aquila, para eso ahora mismo! ¡Si vas a hacer el idiota, vuelve a tu granja en la Campania!

—¡Ni siquiera se va a defender! —dijo él quitándole la cadena.

Marcia abrazó a Dryas y le ayudó a ponerse bien la *palla*. Parecía triste.

—No, no lo haré. Y yo tampoco lo haría. A veces no es seguro para una mujer pensar en sí misma. Yo tenía a mi madre y a una hermana menor para preocuparme: ella nos tiene a nosotros.

—De toda la maldad que he visto en este feo asunto, esto es lo peor de todo —dijo Aquila con los puños crispados—. Quiere tenerla antes de que se enfrente a... a... esa... cosa...

—Bueno —replicó Dryas—, no creo que le sirviera de mucho después.

Marcia se echó a reír. Abrazó de nuevo a Dryas y se secó las lágrimas.

—Cuando todo hubo terminado, mi madre me ayudó a lavarme. Había algo de sangre. Yo sólo tenía catorce años. Me encogí de hombros, miré a mi madre a los ojos, y le dije que no había sido gran cosa. Era verdad, él no era gran cosa, pero dolió de todas maneras. Así que mentí, pero fue una buena mentira y me alegro de haberla dicho. Y cuando acabó, comí gachas, tocino y pan recién hecho, y tú, Dryas, puedes dormir en el catre que hay junto a la cocina. Gordus y mi chico se han ido: agradeceré la compañía hasta esta tarde.

—Bueno, yo no tengo catorce años, y él no va a pensar que lo disfruto —contestó Dryas—. Puede que no me resista, pero hay otras formas de demostrar cómo te sientes, y no pienso ahorrármelas. Así que calienta las gachas, porque no tardaré en volver.

Esa vez, Aquila fue por delante.

Cuando Marcia se dio la vuelta para entrar en la cocina, vio al perro. Era uno de los más grandes que había visto en su vida.

—Es más lobo que perro —dijo para sí. Era una mujer valiente: algunos de los hombres confinados en el *ludus*, no todos, hubiera dicho ella, pero sí algunos, eran más peligrosos que cualquier lobo.

Tenía una versión reducida de la clásica espada de los legionarios en una vaina cerca de la puerta. Era un arma terrible, capaz de decapitar a un animal o una persona de un solo golpe. El peso de la hoja de un solo filo hacía que fuese formidable incluso en manos de una mujer. La sacó de la vaina y se puso frente al perro.

Pero el animal parecía haber oído su comentario. Se acercó a ella, arrastrándose, con la cola entre las patas y la lengua colgando, lanzando un gañido amistoso.

Ella suspiró y meneó la cabeza.

—Otro hambriento. Muy bien, espera aquí. —Echó sobras y comida desechada en un cubo que tenía junto a la parrilla. Había algo rancio, pero el perro estaría agradecido de todas formas.

Se dio la vuelta, con el cubo en la mano, y se topó con un hombretón que no parecía muy aficionado a la ropa.

Con una mano, el hombre se cubrió cierta zona estratégica con un trapo de cocina no muy adecuado, mientras extendía la otra en gesto de súplica. Habló en latín formal.

—Te ruego que me disculpes por molestarte a una hora tan temprana. Si pudieses darme un pedazo de tela algo más grande, también me gustaría ver a Dryas. Y si pudieses ofrecerme un plato de gachas y algo de ese tocino, apreciaría mucho el gesto. Verás, he pasado toda la noche en vela y...

Tuvo que interrumpirse y continuar con su discurso un poco más tarde, pues Marcia acababa de desmayarse.

—No voy a ponérselo fácil —gruñó Aquila. Condujo a Dryas hasta una cámara con una puerta que daba a la arena. La puerta estaba cubierta por una reja de metal. En el otro extremo de la habitación había una reja similar. Encerró a Dryas dentro. El techo era curvo. Las rejas de ambos extremos sugerían animales, y la estancia hedía a orina de gato y estiércol aunque el suelo estuviese limpio y recién barrido, listo sin duda para el tigre.

Dryas recobró la compostura y se dispuso a esperar. Aquila y dos hombres aparecieron en el pasadizo bajo los asientos. Dryas los reconoció al instante. Uno era el físico que le había curado los cortes del tobillo, y el otro el asistente de baño que había estado con él... pero hoy iba mucho mejor vestido.

Dryas caminó hacia ellos, deteniéndose al llegar a los barrotes. Una antorcha

ardía en el pasillo. Dirigió a los dos hombres una mirada de profunda desaprobación.

—¿Por qué ese engaño? —miró directamente a los ojos de Lucius, como había hecho la víspera—. ¿Por qué no te identificaste sin más?

Lucius tenía la boca seca, y no supo encontrar una respuesta. Miró a Filo y Aquila, pero no le fueron de ninguna ayuda: el rostro de Aquila era salvaje, mientras que la expresión de Filo decía más o menos «Tú mismo».

—Porque... porque... —balbuceó— cualquier cosa, lo que fuese, incluso la piedad, hubiese sido mejor que ver odio en tus ojos.

Dryas sonrió.

—¿Y por qué debería importarte lo que yo pensase de ti?

—Porque yo no... ¿Qué estoy diciendo? Normalmente un hombre no tiene que hacer esto él mismo... no sin ayuda.

Dryas alargó la mano por entre los barrotes y tomó la suya. Él se la llevó a los labios.

—Ahora, dime qué es o que quieres —dijo ella en voz baja.

—¿Qué pensabas que quería?

—Acostarte conmigo, con o sin mi consentimiento —contestó ella.

—No. —Lucius meneó la cabeza y envolvió la mano de Dryas con las suyas—. He venido para pedirte que te cases conmigo.

Aquila tenía el aspecto de alguien a quien se le hubiesen caído las orejas. Incluso Filo parecía sorprendido.

Los ojos de Dryas se abrieron al máximo. Dejó caer el manto al suelo y pasó la mano izquierda por la reja para tocar la mejilla de Lucius.

—O esto es el peor de los engaños —susurró— ¡o no lo sabes!

La directa mirada de Lucius anulaba la posibilidad de un engaño. Estaban sólo a unas pulgadas de distancia. Él puso su mano derecha sobre la de ella en su mejilla.

—¿Qué es lo que no sé? —Su rostro se puso pálido por el miedo y la ira, y, con una voz que ni siquiera Filo había oído antes, rugió preguntando de nuevo—: ¿Qué es lo que no sé?



24

Era un hermoso día para Gordus. Él y Martinus caminaban por las cercanías del Foro. El cielo era de un bonito y cálido azul, y las blancas nubes de lo alto no hacían nada por ocultar la luz del sol.

—¿Crees que podremos ver a César? —preguntó Martinus.

—No lo sé —contestó—. Ahora tiene tantos peticionarios que no sé si podremos pasar. Y aunque consigamos verle, puede que no nos conceda nuestra petición.

—Seguro que lo hará, si tiene algún sentido de la justicia.

—Hijo mío, yo no le plantearía nuestra petición de esa manera. De hecho, nunca pediría nada en esos términos a un hombre tan poderoso como él.

—No —dijo Martinus—. Dejaré que seas tú quien hable. No soy bueno explicando las cosas, y seguramente me haría un lío y quedaría en ridículo.

—¿Qué te dijo ella? —preguntó Gordus—. ¿Cómo te leyó la fortuna?

Martinus parecía meditabundo.

—No sé cómo explicarlo. No pareció gran cosa, al menos no me lo pareció al principio.

—¿Y eso?

—Bueno...

Esquivaron a un vendedor de pan relleno —el hombre llevaba su horno sobre la cabeza— y luego tuvieron que rodear a un viejo soldado que vendía flores, nada menos. Estaba sentado en los escalones del Templo de Vesta con cestos de rosas, lirios, violetas y narcisos a su alrededor, junto a macetas con hierbas para ventanas, balcones y patios: salvia, albahaca, una especie de mejorana dulce e incluso largos tallos de eneldo.

—Pidió su espada. Aquila se la llevó, y ella la desenvainó y puso mi mano sobre la hoja. Después de unos instantes la levantó: había marcas oscuras allí donde mis dedos la habían tocado. Ella dijo que yo tenía que saberlo y que tú estabas en lo

cierto: no sirvo para la espada. Yo estaba triste porque te honro y quería ser tan...

Se detuvieron al llegar al Templo de Venus, pues las palomas del santuario cubrían el pavimento.

Una anciana intentó venderles una bolsita de grano.

—Alimentad sus palomas —dijo—. Y la honraréis. Ella te ha hecho hermoso de rostro, joven, y debe de amarte. Pídele ahora que te haga afortunado en el amor.

Martinus sonrió.

Es apuesto, pensó Gordus. Pelo castaño claro, tan fino y suave que el viento lo agita como si fuese polvo. Grandes ojos color avellana en marcados por largas pestañas marrones. Una bonita sonrisa unida a un cuerpo alto y fuerte que disfruta de la gracia de la juventud. Si le viese en la arena con una espada en la mano, me moriría. Mi espíritu privado de su raíz de carne yacería en la oscuridad para no levantarse jamás. Gracias, Dryas. Gracias.

Martinus cogió la bolsa de grano y pagó un cobre a la anciana. Él y su padre se sentaron en los escalones del templo y dieron de comer a las palomas. Al otro lado de la calle, los toldos con rayas rojas y amarilla identificaban la casa de César.

—Como te decía —continuó Martinus—, quería ser tan parecido a ti como pudiera, pero ella dijo «No, el acero te rechaza. Mira las marcas que has dejado en la espada». Luego me puso la mano en el pecho y cerró los ojos. Primero frunció el ceño, luego sonrió y se quedó quieta durante un rato. Luego hizo un gesto hacia la puerta, y una chica entró por ella. Era guapísima, la mujer más bella que había visto en mi vida. Me sonrió y luego desapareció. Y después oí la risa de unos niños, y Dryas me preguntó si quería la música.

—¿Qué música? —preguntó Gordus.

—La música que oigo todo el tiempo. No recuerdo haber dejado de oírla nunca. La cantaba en la cuna y mientras gateaba en el suelo de la cocina detrás de Madre. A veces, cuando oigo un buen fragmento, lo memorizo y se lo enseño a mis amigos. No puedo imaginar que desapareciese, pero nunca os lo había contado a ti ni a Madre porque temía que os rieseis de mí.

—No —dijo Gordus—. No. —Sus ojos grises estaban iluminados por el amor—. Nunca me reiría de ti. No acerca de algo tan importante. ¿Y qué hay de esa música?

—Dryas dijo que si seguía con mi adiestramiento como gladiador, la música me abandonaría para siempre cuando librarse mi primer combate. Yo dije que prefería estar muerto a vivir sin ella. Me contestó que sí, que lo sabía, pero que era por eso por lo que había tenido la mano en mi pecho tanto tiempo. Era tan hermosa que ella también la estaba escuchando. Me dijo que la chica de la puerta sería mi esposa y que tendríamos una vida larga y feliz. Yo tendría muchos hijos y los amaría a todos, y ellos a mí. La música me acompañaría todos los días de mi vida, y toda la vida de mis descendientes hasta el fin de los tiempos. Pero no si tomaba el camino de la espada.

»Yo no quiero hacer nada que pare la música. No podría vivir sin ella.

Ni yo sin ti, pensó Gordus.

—Ya pensaremos en algo —prometió.

Unos esclavos pasaron al trote, cargados con una cara litera de pértigas de oro y marfil y cortinas púrpura, e hicieron dispersarse a las palomas entre un torbellino de alas y ruidos de protesta. La bolsa de grano estaba vacía.

Gordus se puso en pie.

—Vamos a ver a César.

Para su sorpresa, fueron admitidos apenas una hora después de su llegada.

César los recibió cortésmente.

—Sí —dijo—. Creo que vi a este joven en el combate de exhibición que ofrecisteis. —El brazo de Martinus seguía vendado—. No maneja la espada como su padre, pero eso sería pedir demasiado. ¿Vas a seguir su profesión?

Martinus se sonrojó.

—No... no creo que lo haga —dijo entre balbuceos.

—Probablemente sea una buena idea —replicó César.

—Sí —dijo Gordus—. Mi señor, he venido por la mujer de mi *ludus*.

César se había apartado de su escritorio para saludarle. Echó una impaciente mirada hacia atrás, a los papiros y pergaminos acumulados allí.

—¿Sí, qué hay de la mujer? He invitado a algunas personas esta tarde a ver su combate. ¿Están listos ella y ese león, o lo que sea?

—Se llama tigre, César, y he venido porque creo que hacer que se enfrentase en la arena a una criatura tan salvaje sería un asesinato.

César enarcó las cejas. Despició con un gesto a los dos secretarios que le estaban ayudando y puso las manos sobre las rodillas.

—Son palabras muy fuertes —dijo.

—Yo no lo creo así —contestó Gordus—. La dama no es una criminal. Por lo que sé, jamás ha sido condenada por un tribunal romano a causa de un crimen cuyo castigo sea la *damnatio ad bestias*, es decir, ser arrojado a las fieras.

—Sé lo que es —dijo César—. No intentes darme lecciones de leyes.

—No —dijo Gordus—. Nunca pretendería hacer algo así, pero quisiera tener clara su posición. El soldado, Aquila, me ha dicho que fue capturada en el ataque a un pueblo gobernado por un aliado de Roma llamado Cynewolf, y llevada a Roma en contra de su voluntad.

—Tienes la conciencia muy sensible, Gordus, para ser un *lanista* y un exgladiador. —César se levantó y fue hasta el lado de su despacho que daba al jardín. Corría una persistente brisa, y las largas cortinas de lino ondulaban haciendo sonar las anillas—. Sé lo que es esa dama, como tú dices —dijo volviéndose hacia Gordus—, y puedo decirte más cosas sobre ella. Puedo decirte más de ella de lo que ella misma querría.

»Es caledonia. Los caledonios son una tribu del más remoto confín de Britania. Viven en altas montañas, apartados del resto, y se les considera el pueblo más fiero, indómito y salvaje de todos. No tienen dioses, y sólo veneran a los muertos que han

caído antes que ellos. Creen que todos los hombres son iguales, y también las mujeres, pues las adiestran en las artes de la guerra y la matanza. Y sus hijas, como sus hijos, aprenden a montar, a cazar y a usar la espada y el escudo tan bien como los hombres.

»Consideran que un hombre vale tanto como otro, y no aceptarán límites a sus pasiones: es tan fácil inspirarles risa como lágrimas, ira como terror. No tienen consistencia ni control, y son tan salvajes e indomables como los lobos de sus valles o las águilas que vuelan entre los riscos donde tienen sus hogares. La arena conmemora nuestras victorias. Cuando haya terminado con Partia, volveré a la Isla Blanca.

»Me gustaría ver luchar a esa mujer caledonia. Acorralamos a una de sus lobas en Britania, pero no llegamos a ver que era una mujer hasta que hubo muerto. Cuando vuelva, capturaré a tantos de su pueblo como pueda, y los traeré aquí, hombres y mujeres, para que luchen y mueran por entretenernos. Como esta mujer va a hacer hoy. ¿Lo has comprendido, Gordus?

—Sí. Creo que sí. ¿Pero podré al menos dejarle elegir sus propias armas para que tenga alguna posibilidad contra Terror? Así se llama la bestia, Terror. La cota de malla que la dama Fulvia quiere que lleve es más débil que muchas telas. Deja que le dé una armadura eficaz.

—Gordus, me estás cansando, y eso no es bueno ni para ti ni para ella. Luego querrás que envíe una cohorte de soldados a la arena para que protejan a tu luchadora de cualquier daño.

—No querrás que muera en los primeros instantes de la lucha, ¿verdad?

—No —dijo César lentamente—. Me gustaría que sobreviviese, si fuera posible.

—Soy un hombre experimentado en esas materias —dijo Gordus—. Deja que yo elija sus armas.

—La exhibición de su cuerpo es parte del espectáculo —objetó César.

Gordus tragó saliva.

—Tendrá un aspecto magnífico, lo prometo.

Cuando salieron de nuevo a la calle, el sol ya no le parecía tan brillante a Gordus ni el día tan hermoso.

—Has fallado —dijo Martinus.

—No, muchacho, no. Media rebanada es mejor que nada, especialmente si tratas con hombres como César. No esperaba conseguir tanto, pero se ha puesto por encima de esa puta Basilia, que hubiese dejado morir a nuestra pequeña sacerdotisa en unos instantes. Haré todo lo que pueda por ella: es formidable. Él tiene razón en eso.

—¿Es verdad algo más de lo que ha dicho? ¿Qué significa eso de conmemorar las victorias?

—Probablemente no. ¿Te parece que a Dryas le falte autocontrol o coraje?

—No —dijo Martinus—. Aquila me dijo que había sido una especie de juez entre su gente, lo que significa que al menos tienen leyes.

Gordus asintió.

—En cuanto a lo de conmemorar las victorias, me ha hecho sentir ganas de escupirle a la cara. Mi padre cultivaba sus tierras en la Campania hasta que los soldados le echaron porque habían sido confiscadas para algunos de los veteranos de Pompeyo. Soy tan latino como cualquier miembro del Senado. Mi abuelo apoyó a los Gracos cuando intentaron hacer reformas agrarias. Mi padre era un granjero en Capua cuando la ley de la Campania fue promulgada, por César nada menos, y nuestra familia quedó en la miseria. Así que vinimos a Roma e intentamos vivir de los repartos de grano. El «pan y circo», dicen, ha sido la ruina del pueblo de Roma, pero yo creo que mi padre y mi abuelo hubiesen preferido conservar sus granjas. Me presenté ante el *lanista* de Capua, sí, el mismo *ludus* del que salió más tarde Espartaco, y me comprometí bajo juramento a ser azotado por látigos, quemado por hierros al rojo o muerto por el acero si desobedecía a mi maestro. Lo hice por dinero, dinero para que mi madre y mis hermanos menores no quedasen en la miseria, pero nunca quise una vida así para ti.

—¿Y Madre?

—Calla. Lo que le pase a un hombre puede contarse abiertamente, pero con las mujeres... es distinto. Te diré esto: jugábamos juntos de niños, y ella vivía a dos calles de distancia en mi mismo pueblo, y su sangre es tan latina como la mía. Pero en la arena, a veces luché como galo, otras como samnita y una o dos como tracio... todos pueblos derrotados por las legiones.

»Pero no puedo ver qué es lo que pretende conmemorar César, a menos que sea el haber reducido a nuestro pueblo a la esclavitud en su búsqueda del poder. Se las ha arreglado para hacerlo muy bien. ¿Aún quieres ser un gladiador, y derramar tu sangre y la de tus compañeros para que hombres como él se “diviertan”?

—Creo que prefiero la música —dijo Martinus.

El combate fue probablemente mejor que el previsto contra el tigre, pero no tan público. Filo, que tuvo la oportunidad de presenciarlo, la consideró una de las más encarnizadas, apabullantes y brutales disputas familiares que había visto en su vida.

Lucius y Dryas estaban hechos el uno para el otro. Sin apenas conocerse, con la reja de hierro entre ellos, la desarrollaron con toda la fuerza de sus pulmones.

Lucius estaba decidido a tomar posesión de inmediato, y quería que Dryas huyese con él. ¡Ahora! Embarcarían en Ostia. ¡Ahora!

¿Y dejar a sus amigos y parientes para que hiciesen frente a la considerable cólera de César y Fulvia, por no mencionar a Antonio? ¿Se había vuelto loco? Ella tenía su honor, y el honor exigía cierto tipo de comportamiento. ¿Acaso no lo entendía?

¿Qué clase de honor podía tener una mujer, bárbara por añadidura?

Fue una suerte que la reja de hierro estuviese ahí, pensó Filo. No por Dryas, sino por Lucius.

Dryas miró a su pretendiente como si deseara matarle. En realidad, si Aquila le hubiese dado su espada, seguramente lo habría hecho.

¿Cómo se atrevía *ella* a llevarle a una situación en la que estaba a punto de volverse loco por su amor?

¡Sus aberraciones mentales no podían ser culpa de *ella*! Si él no perteneciese a una nación de hombres tan vanos, arrogantes, egoístas y codiciosos que no podía confiarse ni en los amigos, ella no estaría...

En ese momento llegaron Maeniel, Marcia, Gordus y Martinus: Lucius se encontró ampliamente superado en la votación, y no se lo tomó muy bien. Cayó luchando, pero no le sirvió de mucho. Incluso Filo opinó que había perdido seriamente el sentido.

¡Matrimonio! Estaba proponiendo matrimonio a una salvaje guerrera bárbara. Había un gran número de propuestas que los muy prácticos amigos griegos de Filo le hubiesen hecho a aquella amazona, pero el matrimonio no estaba entre ellas.

Y lo mismo podía decirse de Aquila, Gordus e incluso Martinus. La mente de Aquila se inclinaba en aquella dirección, pero bajo ningún concepto podía imaginar a Dryas alimentando a los cerdos y pollos de una granja en la Campania. O viviendo en la casa de un rico aristócrata romano como Lucius. Causaría sensación aunque Lucius se retirase a una villa campestre con ella. La mayoría de los romanos, patricios o incluso caballeros, encontrarían el deseo de cohabitar con Dryas no sólo excéntrico, sino absolutamente insano.

Pero Lucius hablaba en serio, y aquello era obvio porque Maeniel y Gordus le estaban atando las manos a la espalda. Gordus le pasó una cuerda por el cuello y le hizo subir a la casa a punta de lanza.

Con las manos temblorosas, Dryas recogió su manto del suelo de la jaula, le sacudió el polvo y se unió a la procesión, poniéndose luego en cabeza en busca de su desayuno.

La cocina era tan cálida como el área bajo la arena había sido fría. Dryas se acercó a la puerta del horno para calentarse las manos.

Había tres platos cubiertos sobre la mesa. Sí, Marcia había prometido gachas, tocino y pan.

Gordus hizo pasar a Lucius a la cocina, seguido de cerca por Maeniel, Marcia, Aquila, Martinus y Filo.

La mesa estaba en un rincón. Había bancos junto a la pared y en dos de los lados. Sentaron a Lucius en uno de los bancos de la pared, con Gordus a un lado y Maeniel al otro.

Marcia sirvió su propia versión de la *posea*, mucho más agradable que la que Dryas había probado en la villa de Fulvia. Al momento tuvieron todos una copa, salvo Lucius, cuyas manos seguían atadas.

Durante un rato, todos se dedicaron simplemente a beber. Luego Dryas, aún junto a la puerta del horno, se volvió hacia Lucius.

—¿Dices que quieres casarte conmigo?

—Sí —contestó él en tono desafiante—, quiero.

—Mi querida señora... —empezó a decir Filo.

—No me llames «querida señora»: no soy un ama. Eso implica tener esclavos a los que dar órdenes y yo no tengo ninguno y no me interrumpas cuando hablo.

—¿Siempre es así? —preguntó Aquila a Maeniel.

—La mayor parte del tiempo —respondió él filosóficamente.

Dryas les dirigió una torva mirada para hacerles callar y se dirigió de nuevo a Lucius.

—Muy bien. ¿Te das cuenta de lo que el matrimonio implica entre mi gente?

Lucius tuvo que admitir que no.

—El hombre con el que yo me case tiene la posibilidad de convertirse en rey de los caledonios. Para casarte conmigo, tendrías que superar las pruebas previstas, y aunque fallaras, aún podrías convertirte en uno de los compañeros del gobernante.

—César dice que no tenéis rey —dijo Martinus.

—César se equivoca. El rey es un líder en la guerra y un juez en la paz. En cierto modo, nosotros, como los romanos, desconfiamos de los gobernantes, y, como vosotros, preferimos dirigir nuestras propias vidas. Las mujeres como yo viven para dar reyes al pueblo, ya sea por nacimiento o por matrimonio. Nuestros cuerpos no son nuestros para que dispongamos de ellos. Por eso te hago estas preguntas: si de verdad quieres casarte conmigo, estoy obligada a aceptar.

Hubo una consternación general en la cocina.

Filo se echó el manto sobre la cabeza como muestra de dolor.

—¿Qué? —dijo Marcia, golpeando la mesa con el cucharón de madera que estaba usando para servir las gachas.

Aquila se quedó sentado con la boca abierta, y Maeniel, que sentía que la mayor parte de los miembros de su especie compartida estaban locos, se tomó la noticia con tranquilidad.

Sólo Martinus hizo la pregunta obligada:

—¿Por qué?

—Porque puede llevar a los caledonios el idioma romano, sus artes militares, sus costumbres, sus conocimientos, su forma de luchar y sus habilidades técnicas. Hay muchas cosas en Roma que sería bueno aprender —explicó Dryas.

—Sí —dijo Martinus—. César dijo que, cuando hubiese conquistado Partía, enviaría a sus hombres a la Isla Blanca para que trajesen a tu gente a luchar en la arena.

—No podría pasar por alto una oferta así, si fuese seria —dijo Dryas, mirando a Lucius con el ceño fruncido—. Pero creo que eres joven y frívolo, y estás movido por el deseo, no por una verdadera ambición de formar parte de mi vida. Cuando me reuní contigo, estaba dispuesta a saciar tus apetitos para no arriesgarme a que hicieses daño a mis amigos.

»Entonces eras sólo una molestia, y si eso es todo, adelante. Roma está llena de putas, algunas caras, otras baratas, pero todas en venta. Yo no lo estoy, te lo aseguro. Sólo puedo ser tu víctima, no una compañera voluntaria en el placer. Tengo mi deber y he de luchar esta tarde. Si es necesario, bajaré a la letrina contigo, porque los deseos que expresas pertenecen a un lugar así.

»Si no es eso, y estás dispuesto a mostrarme el respeto que le mostrarías incluso a una chica de la calle, o sea, no molestarla cuando tiene otros asuntos que resolver, vete. —Dryas señaló la puerta—. Y te ganarás mi gratitud y mi respeto para siempre. Así que desátale las manos, Maeniel, y deja que haga lo que quiera. Por desgracia, tiene poderes que en este momento nos están negados. —Se volvió de nuevo hacia la puerta y siguió calentándose las manos. Aún las notaba frías.

Gordus le cortó las ligaduras de las muñecas, y Lucius se miró las manos como si no estuviese seguro de a quién pertenecían. Observó a Dryas, sintiéndose como si ella le hubiese golpeado con un tablón entre los ojos.

La túnica de color ocre y el manto azul eran atractivos. Marcia le dio a Dryas un cuenco de gachas y una cuchara, y ella empezó a comer de pie en el mismo sitio donde estaba. Parecía tan ordinaria... Sí, había un cuerpo espléndido bajo la túnica y el extraño peinado. El calor del horno le había hecho salir los colores de una forma que no había visto antes, y ni siquiera las sandalias y los calcetines de lana podían ocultar la gracia de sus piernas, sus tobillos y sus elegantes pies. No podía imaginarse forzándola movido por la lujuria más de lo que podía imaginarse cometiendo cualquier otro acto impensable, como matar a un niño, testificar contra un amigo o incluso un enemigo ante un tribunal, robar, o hacer daño a otra persona sin una buena razón.

—Estás completamente a salvo de mí —dijo por fin—. No te tocaría contra tu voluntad más de lo que saltaría del tejado de este edificio para volar. Encuentro que tus condiciones para el matrimonio son abrumadoras. No sé si puedo cumplirlas, y tengo miedo por ti. Tanto miedo que ha estado a punto de hacerme perder el sentido. Soy el último hombre del mundo al que deberías temer. Sí, me iré si lo deseas, pero preferiría quedarme y ofrecerte toda la comodidad y ayuda que pueda.

Se levantó, pasando al lado de Maeniel, y fue hasta donde se encontraba Dryas. Ella volvió a fijarse en la cojera y aquello le desgarró el corazón sin que supiera por qué.

—No creo —dijo Lucius humildemente— que fuese un buen candidato a la majestad entre tu pueblo. Estoy herido, y mi salud probablemente se verá siempre afectada por mis cicatrices y mi larga enfermedad.

Apenas era más alto que Dryas, y ella ladeó un poco la cabeza para mirarle a los ojos. No notó que Marcia le quitaba el cuenco y la cuchara, ni se resistió cuando Lucius la rodeó con sus brazos e hizo que apoyase la cabeza sobre su pecho. Él se quedó allí de pie, abrazándola, los labios posados sobre su pelo, mientras ella lloraba porque aquel momento hubiese llegado justo cuando estaba segura de que iba a morir.

Lucius y Filo avanzaban velozmente por las calles de Roma. Lo que había empezado como un espléndido día se estaba estropeando con rapidez. El cielo se estaba nublando poco a poco, ocultando en sol, y el viento del norte empezaba a soplar por las estrechas calles de la ciudad. Agitaba las prendas sueltas que solían llevar los romanos, entumeciendo narices y dedos y llevando el frío del invierno hasta los huesos. El cielo gris encajaba con el humor de Lucius: estaba lleno de ira y odio, y caminaba tan rápido que Filo casi tenía que trotar para mantenerse a su altura.

—Desearía que no hicieras esto —suplicó Filo—. No es prudente quemar todos los puentes de una vez. Aunque te vayas, quizá quieras volver algún día...

Lucius se detuvo unos instantes para que Filo le alcanzase. No contestó a su amigo, sino que se limitó a mirarle fríamente.

—No —dijo por fin—. Nunca querré volver. Ni aquí, ni a ser Lucio Cornelio Basilio. He terminado. Si no quieres venir conmigo, te daré dinero, todo el que quieras. Puedes ir a donde te apetezca. El mundo entero se abre ante ti, Filo. Te convertiré en un hombre rico, si es eso lo que quieres.

—¿De verdad piensas casarte con esa mujer y huir a los confines de la tierra con ella?

—Sí.

Filo se echó a reír.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Se secó los ojos—. ¿Sabes? Los relatos favoritos de mi madre eran esos romances helenísticos de amor y aventura. Uno de ellos era sobre Alejandro, y yo me preguntaba cómo habría sido seguir a las tropas por medio mundo, ver Persia y la India, luchar con hombres montados en elefantes. Escalaron montañas, cruzaron desiertos, vieron los Jardines Colgantes de Babilonia cuando era la mayor ciudad jamás construida. Incluso en aquel horrible puesto de esclavos de Cos, sentía una salvaje excitación en mi corazón: nunca sabes dónde serás vendido, ni por qué. Me quedé pasmado al acabar en la Galia, nada menos, cuidando de un hombre muy enfermo...

—¿Era yo?

—Sí. Estabas amarillo y tu hermana me amenazaba.

—¿Qué hubieses hecho de no haber conseguido que me recuperase?

—No lo sé. Nunca tuve ocasión de trazar planes. Empezaste a mejorar tan pronto como te convencí para que dejases de emborracharte cada noche y te alimentases un poco. Una victoria sencilla y de lo más gratificante.

—¿Sí? —preguntó Lucius irónicamente.

—No, en realidad fue cuestión de tacto y paciencia.

—Eso pensaba yo. Bien, puede que esto no sea una gran aventura. Quizá encontremos un fin desagradable en algún apartado rincón de una tierra extraña...

—Me arriesgaré.

—Bien, entonces —dijo Lucius, y empezó a andar de nuevo. Había llevado a

Dryas escaleras arriba, con Marcia al lado. La había dejado sobre un jergón en uno de los dormitorios del piso superior, quitándole las sandalias y dejando los calcetines. Marcia le había quitado el cinturón.

Filo había preparado algo.

—Valeriana —le había dicho a Marcia—. Necesita descansar, pero no quedar aturdida ni con resaca.

Aquila le había levantado la cabeza, convenciéndola para que bebiese.

Luego habían bajado para conferenciar.

—No puedo hacer nada —dijo Lucius al resto—. Si le pidiese algo a mi hermana, estaría encantada de hacer todo lo contrario sólo para molestarme. Tiene a César de su parte.

—Sí, yo he ido a verle esta mañana —dijo Gordus.

—Y supongo que no habrás tenido éxito —comentó Filo.

—Al contrario, puede que haya logrado algo práctico: he logrado que deseché los planes de tu hermana de vestirla como una bailarina para enfrentarse en la arena a un felino devorador de hombres. Prepararé una cota de malla y la podré dar un escudo y su propia espada. De todas formas, César quiere, según sus propias palabras, que exhiba su cuerpo, pero... —Se volvió hacia Maeniel—. ¿Es buena con la jabalina?

—Sí —respondió él—. Es buena con cualquier arma.

—Estupendo —dijo Gordus—. Quizá pueda...

Se interrumpió cuando la puerta se abrió bruscamente y un desconocido apareció en el umbral, señalando a Maeniel y gritando:

—¡Ahí está! ¡Es él! ¡Cogedle antes de que...!

Pero ya era demasiado tarde. Un enorme lobo, uno de los más grandes que Lucius hubiera visto jamás, estaba saliendo de entre los pliegues de la gastada túnica de Maeniel.

No había otra salida. El lobo cargó contra el hombre de la puerta, golpeándole entre las piernas y haciendo que cayese. Luego embistió a Antonio y cinco o seis pretorianos.

Maeniel tenía la ventaja de la sorpresa, y ellos la de ir armados hasta los dientes. Uno le arrojó una lanza, que pasó junto a sus costillas para golpear el suelo con una lluvia de chispas.

¡Guerra al fin!, pensó el lobo mientras desjarretaba al lancero.

Antonio intentó cortarle la cabeza con un gladio, fallando sólo por una o dos pulgadas. A diferencia de los soldados, no llevaba coraza: el lobo se giró con rapidez digna de una serpiente al ataque y hundió los colmillos en una gran y bien alimentada nalga romana.

La sangre corrió, y Antonio chilló... o viceversa. En aquel momento, nadie estaba tomando nota de lo que sucedía. Antonio cayó, clavándole su espada en el muslo a uno de los soldados y derribando a otro al agarrarse a su coraza.

El lobo vio la luz del día y salió disparado.

Lucius, que había estado contemplándolo todo atónito, se volvió hacia Aquila.

—Ella dice que es un amigo suyo —dijo el griego, encogiéndose de hombros.

—Vaya —comentó Filo—. Tu amada tiene unas amistades muy peculiares.

Lucius dejó a Antonio sangrando, maldiciendo y rugiendo con furia de patricio a Gordus, Marcia, Aquila e incluso el pobre Martinus. Oyó lo bastante para comprender que Antonio había sido enviado por César para ver al tigre, y que no estaba contento. Le acompañaba un hombre llamado Decius, que era evidentemente un agente de Fulvia y farfullaba sin parar acerca de un hombre que se transformaba en lobo y luego en hombre de nuevo.

Filo se unió a Lucius en su camino a la salida, y el romano advirtió con cierta satisfacción que su amigo no había hecho el menor intento de ayudar a Antonio.

Ahora estaba de camino a casa. Dispuesto a saquear la caja fuerte. En aquel aspecto, era todo un Basilio. El amor era importante, pero lo siguiente era el dinero. Si iba a irse con ella al confín de la tierra, estupendo, pero prefería viajar cómodo y había pocas situaciones en las que el dinero no fuese útil.

—No mires ahora —dijo Filo—. Pero nos sigue un perro muy grande... si es que es un perro.

—Oh —Lucius se detuvo un momento con el pie en el aire. Luego lo bajó poco a poco y giró repentinamente por una calle que llevaba al río.

Como en muchas ciudades modernas, el foro central estaba rodeado por zonas más o menos desfavorecidas, y aquella calle era una de ellas. Tiendas pequeñas y apiñadas, unas pocas tabernas, incluso un molino movido por una mula de aspecto desanimado al lado de una panadería. Media docena de *insulae*, casas de apartamentos, con habitaciones que daban a la calle y con las ventanas tan cerca unas de otras, que Lucius podía oír a las vecinas charlando sobre su cabeza. Sólo había unos pocos pies de espacio para que pasase la luz y el aire. Y entonces encontró lo que había estado buscando: unos baños. La entrada estaba en un callejón. Doblaron la esquina y entraron en el local.

Una vez dentro, Lucius se sintió reconfortado. Parecía un lugar respetable con una clientela de modestos trabajadores. Nada de lujos, pero nadie te cortarían la garganta por el contenido de tu bolsa. No había mármol, sino que las paredes estaban enlucidas y el suelo era de los ubicuos y rojizos ladrillos de terracota.

El establecimiento estaba vacío a aquella hora de la mañana. Cuando entraron, el dueño salió de entre las sombras junto al codo de Lucius.

—La sala de vapor —dijo Lucius, entregándole una moneda.

El hombre le miró de arriba abajo, y luego observó a Filo.

—¿Queréis comida, vino, una mujer?

—No —contestó Lucius—. Tengo una resaca. La fiesta de anoche duró demasiado.

—No vemos muchas franjas púrpura por aquí —dijo el hombre al ver la franja senatorial en la toga de Lucius.

—Eres curioso, ¿verdad? —intervino Filo. Él también llevaba una toga como si fuese un ciudadano.

—También puedo ser ciego —replicó el hombre.

—Que así sea —dijo Lucius, dándole otra moneda.

—Muy bien. Por aquí. —Señaló una puerta de madera—. Hay sábanas en el vestuario. Vigila vuestras ropas.

El hombre se marchó tan rápidamente como había aparecido.

La sala de vapor no estaba mal, con sábanas limpias y bancos a lo largo de las paredes. El vapor se generaba a la manera antigua: con piedras calentadas sobre un lecho de brasas. La habitación era húmeda y calurosa.

—No hay hipocausto —dijo Lucius.

—¿Eso es bueno?

—Sí. El sonido se transmite por esas cosas. Ahora esperaremos para ver si nuestro amigo se pone en contacto con nosotros.

—No estoy seguro de si tendré que alegrarme de que lo haga, o lamentarlo —comentó Filo.

—Ya.

Poco después oyeron ruidos en la otra habitación y entró Maeniel, envuelto también en una sábana. Tomó asiento en el banco.

Un empleado entró con un cubo de agua que vació sobre las piedras, generando más vapor. Pareció sorprenderse al ver a Maeniel, y salió de la sala.

—Puede que tengas que pagar más —dijo Maeniel.

—Un mero detalle —contestó Lucius.

El propietario llegó enseguida, como era de esperar, con la mano extendida. Lucius puso otra moneda en ella, y se marchó.

—¿Quién era ese histérico del *ludus*? —preguntó Lucius.

—Se llama Decius. Nos conocimos en la Galia. Algunos... parientes... míos le querían para la cena, y yo lo impedí.

—Una pena —dijo Lucius.

—Eso parece ahora: estaba esperándome anoche en casa de Manilius y Felex. Empezó a gritar en el mismo momento en que me vio, y tuve que marcharme precipitadamente. Por suerte, soy bueno en eso y no me cogieron.

—Obviamente.

—Sí, pero pasé toda la noche vagando por Roma, intentando encontrar el *ludus*. Cuando lo logré, descubrí que tenía más problemas entre manos de los que podía resolver.

—¿La conoces? —preguntó Lucius.

—Sí, muy bien.

—¿Te preocupa lo que pueda ocurrirle?

—Sí.

—¿Por qué está aquí? —inquirió Lucius, y pudo ver señales de un debate interno

en el rostro de Maeniel.

Por fin, contestó el lobo:

—César —dijo, haciendo un gesto cortante a la altura de la garganta.

—Es una pena —contestó Lucius—. No se ha podido acercar lo bastante, pero no es la única que encuentra la idea atractiva. Hay muchos que piensan igual, yo mismo entre ellos, pero no se me ocurre cómo hacerlo.

Maeniel asintió.

—¿Sabéis lo que haría yo? —intervino Filo por primera vez.

—No —contestaron a coro.

—Una visita a Bruto.

—Bruto —dijo Maeniel—. Es el que discutió con Antonio en la cena de...

—Sí —contestaron Filo y Lucius, de nuevo a coro.

—Las palabras se mueven deprisa. Calpurnia dice que César está haciendo una lista, pero no sé qué quiere decir eso.

—Proscripciones —explicó Lucius, haciendo un gesto de estrujar con la mano.

—¿Significa lo que creo que significa?

—Sí, y tú también te mueves deprisa. ¿Puedo preguntarte hasta qué punto conoces a esa dama en particular? —preguntó Lucius delicadamente.

—No —dijo Maeniel—. Tiene demasiado que perder.

—Creo que iré a ver a Bruto —dijo Lucius.

—Necesito ropa y dinero —replicó Maeniel.

—Un mero detalle —le tranquilizó Lucius.

El combate tenía todas las trazas de ser un verdadero acontecimiento. Marcia observó el sueño de Dryas y vio que dormía bien. Aquella habitación sobre la cocina era cálida.

La arena no era muy grande. Había pocos asientos, sólo cinco filas, pero estaba situada en el centro del *ludus* de cinco pisos. Dos porches cubiertos dominaban la arena por tres lados. Eran cómodos, y estaban resguardados del viento por un teatro al otro lado de la calle. No había nada en el vecindario lo bastante alto como para bloquear la luz.

Muy buena organización, es verdad, pensó Gordus. Ya había intervenido en *muñeras* privadas para César antes. Los hombres del público solían quedarse en las gradas. Había comida y vino para los espectadores en los porches, donde los asientos eran más cómodos para las mujeres. Tenían una buena vista, y si los espectáculos cruentos no eran de su gusto, podían pasar el tiempo cotilleando mientras los hombres se dejaban llevar por la violencia de la arena.

Tenía que dar con alguna forma de mantener viva a la pequeña sacerdotisa. Lo había decidido la noche anterior, en la capilla funeraria.

Gordus era un hombre duro. Adiestraba gladiadores para César y otros romanos.

Había enviado muchos hombres a la muerte. Perdía unos cuantos casi en cada *muñera*. Por eso había construido el *columbarium*, la tumba. Incluso aquellos proscritos necesitaban saber que recibirían un entierro apropiado, y que serían despedidos al menos por sus iguales cuando muriesen. Era parte de la disciplina del *ludus*. El juramento de obediencia, por el que se sometían al castigo del látigo y los hierros candentes, o incluso la muerte por el acero si no obedecían a sus dueños y entrenadores, no era una simple fórmula. Él mismo había sentido el látigo e incluso el hierro candente de vez en cuando, y los había repartido generosamente entre los hombres a los que adiestraba. No había lugar para la gentileza en aquella profesión y la mayor parte del tiempo, ni siquiera para la piedad.

Pero, sorprendentemente, pocos de sus alumnos le odiaban, y de hecho muchos parecían apreciarle sinceramente. Después de probar lo duro que podía ser, aceptaban la disciplina del *ludus* y él les enseñaba a la perfección las habilidades que necesitarían para sobrevivir en la arena. Muchos se sentían agradecidos, y volvían para trabajar con él cuando ganaban su libertad de amos que hacían dinero a su costa.

Como muchos hombres duros, era un sentimental con las mujeres. Las esposas y las hijas era ritualmente puras. Sí, habían pasado cosas cuando su padre y el de Marcia cayeron intentando defender lo poco que tenían. Sabía que algunos hombres del pueblo aceptaban ser arrojados al camino y quedar en la pobreza antes que dejar que sus esposas e hijas sufriesen como lo habían hecho su madre y la de Marcia. Lo comprendía: lo odiaba hasta el fondo de su alma, pero lo comprendía.

Antaño, los hombres como su padre y su abuelo habían sido importantes. Eran la espina dorsal de las legiones. Se alzaron protegiendo a Roma cuando Aníbal cruzó los Alpes y amenazó la ciudad. Hombres de su familia marcharon a las órdenes de Escipión y Fabio, lucharon contra los samnitas y, en la Toscana, ayudaron a sentar las bases del impresionante poder de Roma. Habían caído allí, y sus hijos serían recompensados algún día con paz, seguridad y prosperidad.

Pero estaban equivocados. Incluso su abuelo había estado seguro de que los Gracos serían justos con los pequeños terratenientes de las cercanías de Roma. Entonces se agotó la fe. Gordus estaba seguro de que su padre se había hundido en la desesperación: él mismo pudo ver con claridad cómo se desarrollaba el juego.

Las dos únicas clases que importaban en aquel momento eran los *publicani* —los caballeros que saqueaban las provincias en su propio beneficio— y los generales patricios que eran pagados por aquellos ladrones de éxito para marchar a la conquista de más pueblos, que a su vez pudiesen ser saqueados, explotados y esclavizados hasta que los gobernantes estuviesen tan hinchados por sus ganancias que se empezasen a cortar las gargantas entre sí, peleando enloquecidos por los restos.

Firmó su propia paz por separado, como muchos hombres y mujeres habían hecho a lo largo de los siglos, volvió los ojos hacia dentro y decidió proteger a los suyos. Por los medios que fuesen necesarios.

Sabía que a Marcia le habían pasado cosas feas antes de que él pudiese comprar

su libertad y la de su madre, pero no eran culpa suya. Ella había hecho lo que debía, pero incluso ahora llevaba la *vitta*, la cinta de lana de una esposa casta y, sobre ella, un anticuado velo de lino para que nadie pensase que ella podía descuidar su virtud a causa de su pasado.

Dryas no pertenecía a aquel lugar. Ni ninguna mujer. El *ludus* era un tipo especial de infierno, sólo para hombres. Porque sólo los hombres podían merecerlo.

Gordus sentía un absoluto desprecio por César, pues había conspirado con Fulvia para llevar a Dryas allí. Admiraba la disciplina y el coraje. Eran las únicas virtudes que le importaban en sus luchadores, y por lo que a él respectaba, eran esenciales para todo lo demás.

A pesar de ser una mujer, Dryas cubría aquellos requisitos. Haría cuanto pudiese por ella, así que empezó a preparar su vestuario.

Las botas eran un problema: se decidió por unas sandalias reforzadas en las piernas con envolturas de cuero, pintadas de dorado. El resultado fue imponente.

Después preparó una cota, con malla por dentro y escamas en el exterior. Los *bestiarii* preferían las escamas porque las garras y dientes tenían más problemas para atravesarlas, pero la malla era más fuerte. Así que unió las ventajas de ambas protecciones... al menos, eso esperaba. Tuvo que dejarla lo bastante corta como para que el diafragma quedase desnudo, pero las mangas llegaban casi hasta el codo, y le darían alguna protección en los brazos.

Aquila le dio la espada de Dryas y dos dagas. Gordus desenvainó la espada: incluso a la tenue luz del cielo encapotado, pudo distinguir un arco iris en el metal.

—Afilada como una navaja de afeitar —comentó.

Aquila asintió con un gesto.

—¿Cómo es que perdieron?

—No siempre lo hicieron —contestó el griego.

Llevó las cosas a Marcia, que esperaba al pie de las escaleras.

—Todavía está dormida —dijo ella.

—Bien. Aún están empezando a servir la comida. Deja que duerma todo lo que pueda.

Había dos hombres, ambos expertos gladiadores, sentados a la mesa y bebiendo un poco de vino. Eran *exauctorati* que ya habían ganado su libertad. Gordus podía confiar en ellos y se les unió. Marcia fue escaleras arriba.

—Vosotros abiréis el espectáculo —dijo a los hombres—. Los dos chicos que he escogido son aprendices. Unos chicos guapos: no les hagáis cortes en la cara. Les he dicho que no os presionen ni intenten ningún truco. Se supone que no vais a matarlos ni a dejarlos tullidos, así que no me hagáis quedar como un mentiroso. Sólo una exhibición. César estará ahí y lo sabe.

—La chica y el tigre. ¿Es de verdad o sólo una acróbata? —preguntó uno de ellos.

—Es de verdad.

El otro hombre pareció afectado.

—Una mujer. No parece correcto.

—No lo es —dijo Gordus—. ¿Pero qué vais a hacer?

Los dos gladiadores asintieron y se sirvieron un poco más de vino.



25

Los cocineros habían preparado carne asada con miel y hierbas, lechones, pollos, gansos, palomas, gallinas e incluso cisnes. Un cerdo entero daba vueltas sobre un fuego, bañado en su propia grasa.

En otra mesa había comida fría: aceitunas de todo tipo, queso fresco, pepino, pequeñas calabazas, cebollas y jamón. Había panes con queso, dátiles, nueces y aceite.

Ánforas de vino blanco se enfriaban en la nieve, y había una amplia provisión del justamente célebre Falerno, el más admirado de todos los tintos.

Las literas llegaban a las puertas, descargando a hombres y mujeres ricamente vestidos. Los espectadores subieron las escaleras hasta los porches, donde los esclavos suministrados por César y Antonio les ofrecían vino en copas de oro y plata con pétalos de rosa, y un aperitivo de huevos especiados, pequeñas salchichas, queso ahumado y pequeños espárragos con aroma de coriandro y salsa de vino.

César llegó con un enorme séquito que incluía a Bruto, Cicerón, Fulvia, Cleopatra, Casio y Lucius. Lucius sabía que lo mejor para Dryas era que nadie viera que a él le importaba un ardite lo que le ocurriese.

Antonio —que se alegró al ver que Lucius se mostraba, como él creía, más sensato— llegó a su vez con una horda de senadores, oficiales militares, *publicani*, caballeros y sicofantes y parásitos diversos, así como unos cuantos intrusos entre los que se contaba Maeniel.

Pasearon por los porches, viendo, siendo vistos y exhibiendo joyas, oro, plata, ámbar, amatistas, rubíes y una plétora de perlas. La ropa era de la mejor calidad: terciopelo, seda, lino, lana... Los hombres vestían uniformemente de blanco, mientras que las mujeres mostraban tanto colorido como las mariposas. Intercambiaban frases ingeniosas, banalidades, estupideces, insultos, crueldades, y cuanto se les pasara por la cabeza.

Nadie escuchaba a nadie, y nadie parecía ver a nadie más, o eso le parecía a Lucius, que estaba seguro de que Dryas iba a morir para la diversión de aquellos parásitos, asesinos, chantajistas y ladrones. Se lo dijo a Maeniel cuando le vio investigando las aceitunas especiadas en el porche más cercano a las gradas.

—No, si puedo evitarlo —dijo Maeniel mientras se comía unas cuantas aceitunas negras maceradas en vino, aceite y hojas de laurel.

—Es una incongruencia que te gusten las aceitunas —dijo Lucius—. ¿No preferirías un buen pedazo de carne sangrante?

—No, ya consigo bastante de eso. No subestimes a Dryas: yo lo hice una vez y lo pagué muy caro.

—No has visto a ese tigre.

—Oh, sí que lo he visto —dijo Maeniel—. Pero era muy pronto y pensé que debía probar la comida. Los problemas se enfrentan mejor con el estómago lleno: si no comes, luego sueles lamentarlo. Así que no desesperes: ella no lo hace, te lo aseguro.

Marcia ayudó Dryas a vestirse. El calzado dorado eran sandalias con apliques que llegaban hasta debajo de la rodilla, dando apoyo al tobillo y algo de protección a la mitad inferior de la pierna.

Por supuesto, el típico taparrabos de seda roja. Pero Gordus había reforzado el cinturón, añadiendo los dos cuchillos que ella solía llevar. La corona de espinas estaba de nuevo en su cabello.

Marcia le ciñó el *strophium*, mostrándole cómo llevarlo de forma que le sujetase los pechos y a la vez los protegiese de la cota de malla.

—Las acróbatas lo hacen así para que no reboten —explicó.

Dryas rió.

—Sí, pueden ser una terrible molestia. Pero siempre había lamentado no tenerlos más grandes.

—Oh, los pequeños funcionan igual de bien que los grandes, tanto con los bebés como con los hombres.

—Lo sé. Temía que fuese a tener problemas al dar el pecho a mi hijo, pero no fue así.

—¿Tienes un hijo?

—Murió. —Dryas apartó la mirada.

—Ya había visto las estrías en tu estómago —dijo Marcia—. Yo misma tengo una buena colección. Tuve cuatro hijos, y sólo dos sobrevivieron, Martinus y Tulia. Tulia está casada. Hizo una buena boda, para... —No llegó a terminar la frase «para ser la hija de una liberta».

Dryas asintió, esperando que Marcia no le hiciese más preguntas. Así fue.

Marcia sacó un par de muñequeras de cuero.

—Gordus tuvo que buscar mucho para encontrar unas lo bastante pequeñas.

—Siempre las he considerado una afectación —dijo Dryas mientras las

examinaba.

—Gordus también, en esos hombres que tienen puños del tamaño de mazas, pero tus muñecas son muy finas. Las muñequeras son una ayuda para los hombres pequeños y ligeros: refuerzan la muñeca en su punto más estrecho y débil.

Dryas se ajustó las muñequeras, descubriendo que le daban un poco de apoyo adicional. Los cordones pasaban por entre los dedos, y tenían un acolchado de piel blanda en la palma.

—Sí, bien —dijo, decidiendo que llevaría la espada en la mano en lugar de cargar con el cinto y la vaina—. Sólo serían un estorbo.

—Bueno, ya estamos listas —dijo Marcia.

El traje acortado no le daba ningún calor, así que Dryas se envolvió en su *palla*.

Marcia le entregó una copa de líquido caliente.

—Filo mezcló algunas de sus hierbas. Es bueno. Gordus se alegra de tenerle: todos los hombres dicen que, a menos que esté muerto cuando te saquen de la arena, Filo juntará de nuevo tus pedazos, y te hará reír con sus chistes mientras tanto.

Llegaron a la ventana, contemplando la llegada de la gente guapa de Roma. Marcia se reía cuando alguna mujer excesivamente arreglada salía de una litera.

—Debería tener un poco más de idea. Ya no cumple los cincuenta. —Conocía a la mayor parte de ellas—. No es que ellas me conozcan a mí, pero algunas aparecen cada vez que César asoma la cabeza.

»Servila —dijo, señalando a una mujer mayor muy morena y vestida con estilo conservador—. Es la mujer más codiciosa de Roma. Es difícil saber qué es lo que más ansia: si al Viejo Calvo o a su dinero. En las últimas proscripciones, ocho o nueve de las mayores fincas de los condenados fueron a parar a ella. No sólo es la mujer más codiciosa de Roma, sino una de las más ricas.

—Odio la idea de desfilas ante esa gente así —dijo Dryas, abriendo la *palla* y mirando su traje—, medio desnuda.

—No lo harás —dijo Marcia—. Hay un túnel hasta la entrada de la arena. No hace falta que te acerques a ellos. Probablemente eres lo más atractivo que hay aquí. Todos esos hombres salivarán cuando te vean. Mira a esas mujeres... blandas como la mantequilla, los músculos caídos, las tetas caídas, polvos blancos no sólo en sus rostros, sino también en sus pechos y sus traseros, colorete en las mejillas, en las tetas y donde se agachan para mear, kohl en sus párpados y bajo las cejas, soportes para que sus caídas tetitas se levanten, fajas que las aprietan más que a un caballo, sólo para que parezca que siguen teniendo figura.

»Pasan el día echadas en sus divanes, comiendo pastelillos, dulces y galletas. Abortan cuando se quedan preñadas, y no hacen más trabajo que gritar a sus esclavas y quejarse cuando tienen que andar aunque sólo sea hasta la letrina. No me extraña que Lucius se haya vuelto loco por ti... Vaya, una mujer con cerebro y redaños que no parece una vaca gorda cuando está desnuda y no tiene miedo de decirle a un aristócrata sobón dónde puede meter la cabeza. Al menos, a mí no me sorprende.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Es la hora? —preguntó Marcia.

—Sí —contestó Gordus.

Poco después, Marcia estaba esperando en una de las entradas de la arena, tras una verja de hierro.

Gordus le entregó un escudo.

—No puedo darte uno que el tigre no sea capaz de destruir: éste aguantará un zarpazo.

—No, no podría cargar con uno lo bastante fuerte como para resistir las garras de un animal de ese tamaño. El peso sería excesivo para mí.

En la arena, estaba terminando el segundo combate de calentamiento. El aprendiz, un chico rubio muy guapo, tenía una fea herida en el cuero cabelludo. El hombre más viejo se apartó, habiendo hecho todo por lo que Gordus le había pagado.

Uno de los ayudantes de Gordus, que actuaba como arbitro, separó a los dos hombres.

—No está mal —dijo Dryas—. Las heridas en el cuero cabelludo impresionan bastante.

Gordus asintió.

—Es por cómo sangran. Pero no es malo, este chico germano. Por lo general no me gustan los rubios: tienen malos ojos, y sangran como carne picada por cualquier corte. Pero ese chico es rápido: puede que viva bastante si no intenta montar a todas las adolescentes de Roma.

—¿Es popular? —preguntó Dryas.

—Tengo que ahuyentar a unas cuantas muchachitas cada vez que sale a practicar. No creerías las cosas que intentan regalarle: ropa, joyas, perfume... —Gordus hizo una pausa.

—Ropa interior usada —completó Dryas.

Casi en contra de su voluntad, Gordus se echó a reír.

La arena estaba despejada ya, y el sol iba bajando. Las nubes iban y venían por el cielo, ocultando o revelando al sol. La arena y las gradas de piedra caliza podían parecer de un monótono gris azulado, con manchas blancas donde se agrupaban las togas y túnicas del público, y de pronto la arena y la piedra resplandecían bajo una luz dorada.

—¿Cómo quieres tu funeral? —preguntó Gordus—. Así es como nos deseamos suerte unos a otros.

Dryas asintió.

—Tiene sentido.

El tigre entró en la arena, bostezando perezosamente y mostrando una impresionante colección de cuchillos de marfil de aspecto mortífero. La multitud tomó aire, fascinada. Justo entonces el sol volvió a brillar.

—Qué hermoso —dijo Dryas. Y el animal lo era. Las marcas negras eran como

un aplique de terciopelo sobre el pelaje naranja. Bajo la piel, los grandes músculos se alargaban y contraían con una elegancia que parecía imposible en una criatura de tal tamaño. Entonces el tigre volvió la cabeza, y los ojos amarillos del gran asesino parecieron mirar con indiferencia a los de Dryas, como diciendo «te espero».

Dryas asintió.

—Vamos allá. Abre la reja.

Salió al exterior. El escudo que llevaba hacía juego con su taparrabos de seda roja: también era rojo, con refuerzos de bronce y un borde inferior y superior del metal amarillo.

El sol volvió a aparecer, brillando sobre la corona de cobre, la malla y las altas sandalias doradas.

Movió el escudo hacia un lado. *Más vale que les deje echar una buena mirada. Es lo menos que puedo hacer por mis amigos.*

El tigre se dio la vuelta con rapidez y avanzó tres pasos hacia ella; luego empezó a correr a una velocidad casi increíble y dio un salto.

En el último momento, Dryas quedó cubierta por la sombra del animal. Giró sobre el pie derecho y atacó, haciendo un corte al tigre en la tierna almohadilla de su pata delantera izquierda.

Pero la zarpa derecha le arrancó el escudo del brazo. Todo el brazo izquierdo se le quedó entumecido, aunque consiguió golpear al tigre en la cara con el filo de su arma.

Ella hubiese debido morir entonces, y estaba segura de que era lo que iba a pasar, pero el animal interrumpió su ataque.

Dryas, recordando los gatos a los que había visto cazar ratones, se alejó muy despacio. *Eso es lo que soy, un ratón*, pensó. Toda su conciencia estaba fijada en su adversario.

El tigre sacudió la pata herida un par de veces, salpicando la arena de sangre. Entonces empezó el acecho.

Dryas se las arregló para echar una mirada a su brazo entumecido. Tenía un corte en el antebrazo que sangraba, pero sus dedos sólo estaban rojos allí donde el escudo le había sido arrancado de la mano. Los dobló suavemente y sintió que la vida volvía a ellos. Siguió alejándose, seguida por el tigre. Sí, era un ratón y... *En un instante, sí*, pensó. *Ahí viene.*

Era un borrón de movimiento. Dryas saltó hacia él, yendo a su encuentro en una decisión de guerrero. Sujetaba la espada con ambas manos. Chocó con el animal, y sintió que la espada se hundía en la carne y rascaba el hueso. Apestaba y no veía nada, y se preguntó si aquellas fauces se estarían cerrando sobre su cabeza.

Entonces recibió un golpe sencillamente increíble en las costillas. Sus manos soltaron la espada —ni siquiera se había dado cuenta de que aún la sujetaba— y salió despedida por el aire.

Automáticamente, como le habían enseñado sus maestros tantos años atrás, se dobló sobre sí misma hasta convertirse en una bola y caer rodando. Cuando se

detuvo, vio que el tigre se acercaba como un halcón al ataque. Su impulso fue algo reflejo, y nunca supo de dónde había salido: arrojó un puñado de arena a los ojos del tigre.

Sintió algo como carámbanos moviéndose sobre su muslo desnudo, y un instante después estaba en el centro de la arena, observando al animal que intentaba despejar su visión.

En algún lugar lejano, podía oír a la multitud, pero gritaban en algún otro mundo perdido en la niebla. Sólo el silencio la envolvía.

Había herido a la bestia: su espada estaba enterrada hasta la empuñadura en el pecho del tigre. Cada vez que respiraba, el aire salía por la herida. Ella no veía bien con uno de los ojos a causa de la arena y la sangre que tenía en la cara, pero no era más que un ligero inconveniente. Cuando el enorme animal se movía, lo hacía torpemente.

Dryas tenía unos largos y profundos arañazos en el muslo izquierdo, y la sangre le corría por toda la pierna. También había recibido un mordisco en el hombro derecho, pero la malla había cumplido con su trabajo. El brazo y el hombro le dolían al moverlos, pero estaba segura de que los dientes del tigre sólo habían apretado, sin llegar a clavarse. Tenía más heridas en el brazo izquierdo, pero eran meros arañazos.

Mátalo, pensó. Mátalo. Una letanía en su cerebro. Mátalo. ¿Cómo? Dieron vueltas, rodeándose mutuamente. *Mátalo.*

El escudo estaba caído en el suelo, allí donde el tigre se lo había arrancado del brazo. Aún tenía sus cuchillos. Otra decisión de guerrera. No estaba tan malherida como el tigre. Podía sobrevivir.

Los surcos abiertos por las garras en su muslo eran la peor herida, y ya estaban secándose. Podía sentir cómo se tensaban al coagularse la sangre, pero los ojos del felino estaban cada vez más claros. El herido lagrimeaba, aunque seguía todos sus movimientos.

Había más luz. Comprendió vagamente que estaban colocando antorchas a intervalos medidos en torno a la arena. Ella y el tigre empezaron a avanzar, moviéndose de un charco de vacilante luz amarilla al siguiente. Cada vez más y más cerca.

El escudo estaba allí donde había caído, cerca de la puerta por la que había entrado Dryas. Recordó la rana del lago de Mir. *Soy el ratón*, pensó.

El tigre se acercó más. Ahora o nunca. En un momento estaría demasiado cerca. Se tiró a por el escudo. Sus dedos se cerraron sobre el borde. Dryas lo arrojó para que girase captando la luz de las antorchas.

El tigre debía elegir entre la mujer en las sombras o el escudo resplandeciendo a la luz: se lanzó hacia el escudo, golpeándolo en el aire.

Dryas corrió hacia el tigre. No, pareció volar más que correr, saltando sobre el lomo del animal.

El tigre se retorció como un caballo enloquecido, intentando morder las

musculosas piernas que sujetaban a la mujer a su lomo.

Dryas agarró la piel suelta del cuello, estirándola con la mano izquierda, rígida como una garra. Con la derecha, sacó el más largo de sus cuchillos. El cuello naranja con sus rayas color medianoche estaba retorcido hacia su brazo izquierdo.

Acuchillo tan fuerte y profundo como pudo, y oyó un rugido: no era la voz del tigre, sino el aire saliendo por el cartílago destrozado.

Volvió a encontrarse volando por los aires, intentando convertir su cuerpo de nuevo en una bola. Falló y cayó sobre su cuello, quedando paralizada por un instante. No había podido ser más de un instante, porque se puso de pie tan rápidamente que algunos de los espectadores no se dieron cuenta de que se había caído.

El tigre estaba en el suelo. Respiró rugiendo dos o tres veces más e intentó levantarse, para morir definitivamente.

Dryas se sentía mareada. Levantó los ojos y vio que las estrellas empezaban a aparecer en el cielo.

Caminó hasta el tigre y bajó la mirada hacia él. Luego alzó los brazos y miró a los espectadores en sus asientos.

El público enloqueció.

Los aplausos de la multitud, pensó ella.

Entonces volvió a mirar al tigre, se agachó, cogió el puñado de polvo ritual dado a los caídos que no podían ser enterrados adecuadamente, se puso en pie, y dejó que la arena cayese de entre sus dedos sobre el hombro naranja con rayas negras.

Los vítores de la multitud enmudecieron de repente cuando Dryas fue hacia la puerta. No todos habían entendido el gesto que había hecho, pero sí comprendieron que acababa de tratarles con supremo desprecio.

Dentro, Lucius y Maeniel aguardaban junto a Gordus. Maeniel llevaba una lanza.

Ella entró acompañada por el zumbido de la multitud.

Gordus estaba riendo.

—Las primeras familias de Roma podrían amotinarse por esto y matarnos a todos.

Lucius la agarró, envolviéndola con el manto.

Maeniel señaló su lanza.

—Estábamos aquí. No lo necesitaste.

—No —repuso Dryas.

—Te dije que era buena —dijo Maeniel.

Llegaron gritos y exclamaciones desde la arena.

—La fiesta va a empezar —dijo Gordus—. Las bailarinas están aquí, y las esposas y las madres vuelven a casa. Algunos seguirán la fiesta durante toda la noche en las casas de otros. El Senado no vuelve a reunirse hasta pasado mañana.

Maeniel y Lucius se miraron en la penumbra.

—Voy a matarle —dijo Lucius.

—¿Por esto?

—Aunque sólo fuera por esto.

—No quiero estar presente en esta conversación —intervino Gordus.

Dryas no dijo nada, sino que se apoyó sobre el cuerpo de Lucius de una forma que encontró extraordinariamente grata, aunque nunca lo admitiría, bajo ningún concepto.

Maeniel caminó por el oscuro pasadizo hasta encontrar una habitación medio vacía en la que había armas, unos pocos accesorios de escenografía, y diversos trastos rotos y descartados... cosas que se acumulan en todas las moradas humanas: objetos que no funcionan, inútiles pero demasiado buenos para tirarlos sin más, las típicas cosas de «quizá pueda arreglarlo y algún día lo necesite».

La estancia estaba totalmente a oscuras, pero no para el lobo. Olía a humedad. Maeniel colgó su túnica y su toga y se puso a cuatro patas.

Estaba pensando en Calpurnia. La lluvia que había estado amenazando todo el día llegó por fin. La multitud se apresuró hacia sus literas, disolviéndose en una bandada de individuos a la fuga.

El lobo estaba observándoles en la sombra de una de las entradas de la arena. *Mejor*, pensó. La tribu canina aceptaba el tabú de matar dentro de la manada, y él consideraba parte de la manada a los humanos. Raramente había visto tanta ineptitud en un grupo de criaturas: de haber un grupo organizado de lobos cerca, sería una tentación. Oh, bueno.

La lluvia empezó a caer con menos fuerza. Los esclavos que llevaban las literas podían mojarse, pero nadie se preocupaba por ellos, y el área en torno a las puertas fue despejándose.

El lobo se alejó trotando de la arena. Un soldado situado junto a la puerta para proteger a los espectadores rezagados y algo borrachos boqueó al verle pasar por su lado en las sombras. Los grandes ojos amarillos destellaron por un momento, y el lobo desapareció.

Seda blanca, era como pensaba en ella. *Gracia de mujer*. Cruzó el Foro. Aún caía algo de lluvia e incluso las tiendas que normalmente permanecían abiertas hasta tarde estaban cerradas. Las pocas luces que había encendidas se reflejaban en los adoquines mojados.

Cuando llegó a la villa de César le dio la vuelta, confuso. Tenía el mismo problema que cuando había intentado rescatar a Imona. Estaba cerrada.

Un soldado uniformado, con casco, *pilum* y espada, montaba guardia ante la puerta.

El lobo se detuvo ante él, sentándose.

—Lárgate —dijo el legionario, agitando el asta de su lanza hacia él.

El lobo alzó el morro hacia el cielo y empezó a aullar, despertando a todos los perros del vecindario en millas a la redonda, que a su vez se pusieron a ladrar, aullar y gemir, creando un rugido ultraterreno.

El centinela cogió un puñado de tierra y se lo tiró.

El lobo lo esquivó con facilidad, dedicando al centinela una enorme sonrisa con la lengua y los dientes al descubierto.

El soldado murmuró alguna obscenidad.

El lobo aulló de nuevo. Aquel lamento fue más alto y más largo, exigiendo todos sus recursos vocales. Todos los perros de las proximidades parecieron enloquecer.

El capitán de la guardia abrió la puerta.

—¡Qué pasa, en nombre de...! —No llegó más lejos. El lobo pasó por su lado y desapareció en la oscuridad del atrio.

—¡Ha sido ese perro! —dijo el joven centinela—. Se ha metido en la casa.

El capitán le miró como si le hubiese salido un tercer brazo en un lugar increíble, como el centro de la frente.

—Haré que la ronda lo busque. Puede que pertenezca a alguien.

—No lo sé. Nunca lo había visto antes.

—Sí, bueno. Si no es de alguien de la casa, ¿por qué iba a querer entrar?

—No lo sé —repitió el centinela—, pero quizá deberíamos preguntar...

—¿Preguntar a quién? La dama Calpurnia está durmiendo. César está en los brazos de ya-sabes-quién en su villa: ve allí a preguntarle si es su perro, y déjame ir contigo. Quiero ver lo que te pasa cuando lo hagas. ¡Ahora, calla y no pongas más nerviosos a esos malditos perros!

La puerta se cerró de golpe, provocando otra oleada de ladridos.

No había luna aquella noche, y la casa era un laberinto. Maeniel se movía rápidamente de una sombra a otra. No tenía idea de dónde estaba ella. Se agazapó dejando que sus sentidos le informasen.

Soldado en un corredor con pilares. Sí, tenía todas las señales: macho, metal, sudor, joven. Sí, un soldado.

Más machos, pero no soldados, en una habitación, un despacho cercano: ropas más frescas, comida, bebida. Podía oírles riendo y charlando. ¿Los secretarios de César? Probablemente.

Una pareja de amantes —¿dos de los esclavos de la casa?— en un triclinio. El olor del sexo le excitó.

Evitando al centinela, se metió entre las sombras de un porche que daba a otro patio. Rosas, sí, aquellas rosas. Las blancas junto al muro. Las puertas de su jardín privado. Su fragancia saturaba el aire húmedo y quieto, casi como si le llamase. Sí.

Calpurnia despertó. Había tenido jaqueca desde el combate de la mujer contra el tigre, y esa vez le había visto a *él*.

Era consciente de que la ordalía que había sido su vida pronto llegaría a su fin... la ordalía que había comenzado cuando César la vio con dieciocho años y le pidió su mano a su padre, continuando hasta el presente.

Le había costado más de veinte años darse cuenta de cuánto le odiaba ella, y aun así, a él no le hubiese importado de haberle podido dar ella un hijo.

Le había llevado otros cinco años comprender que Calpurnia había acabado con cada uno de sus embarazos, y que en dos ocasiones había estado a punto de morir en intentos bastante exitosos de impedir otros.

Ahora Calpurnia estaba más allá de todo aquello. Cleopatra le había dado un hijo a César, y aquella noche él estaba entre sus brazos con la esperanza de engendrar otro.

La habitación estaba a oscuras, y sus doncellas eran siluetas inmóviles sobre los divanes que rodeaban su cama. Cerró los ojos y olió las rosas. Al abrirlos de nuevo, vio los ojos: brillaban, captando la luz y reflejándola. Un animal. ¿Un gato? No, demasiado grande. ¿Un perro? Pero no había perros en la casa.

Raramente dormía en su *cubiculum*, el dormitorio a un lado del porche. Prefería aquella habitación. Era redonda, y su marido la llamaba a veces el Templo de Vesta, no del todo en broma. Sólo unos pilares de mármol verde y blanco la separaban de su jardín.

El suelo estaba decorado con un mosaico de un caballo alado. Unas finas cortinas eran toda la separación entre la estancia y el jardín: ondulaban sin cesar movidas por la brisa nocturna. No, ella había tenido ya un gato y un perro, y nunca tendría otros. El perro molestaba a César y un día descubrió que había sido enterrado vivo: el pequeño animal debió de luchar durante un largo rato antes de morir.

Nunca había sabido lo mucho que le enfurecía el gato, un gatito en realidad, hasta que lo encontró vagando entre gemidos por el jardín, con alfileres saliéndole de los ojos.

Fue entonces cuando decidió que nunca, nunca, nunca le daría un hijo, y no lo había hecho. Pero en los últimos días él había empezado a explicarle cosas de nuevo, y el cansancio pesó sobre su espíritu como un cenotafio.

Los ojos se movieron hacia ella. No estaba asustada. César la había aterrorizado tanto y durante tanto tiempo, que el simple miedo había dejado de tener significado.

El animal desapareció, y un hombre al que ella reconoció se irguió ante ella.

—Eres tú —susurró Calpurnia.

Él extendió una mano para que se levantase.

—Qué conveniente resulta poder ser otra cosa y luego convertirse en humano. — Su voz sonaba tan baja que él apenas podía oírla—. ¿Qué clase de animal eres?

—Un lobo —dijo él. Salieron de la habitación cogidos de la mano.

—Supongo que te ayudará a salir de muchas situaciones inconvenientes.

—Sí —contestó Maeniel, poniéndose una túnica que había encontrado—. Sí —repitió—, pero también las provoca cuando me transformo en el momento equivocado.

—No puedo decir que me sorprenda. De hecho, anoche estaba segura de que había algo extraño en ti: entraste con mucha facilidad en mi jardín.

Las rosas estaban ante ellos. Entraron cogidos de la mano.

Era un poco después del amanecer. La luz —rosa, fucsia, violeta y con toques de

amatista— tenía una belleza indescriptible. Maeniel sólo podía ver a Calpurnia y al mundo en el que habían entrado.

—Es un lugar distinto —dijo.

—Lo sé. —Calpurnia estaba muy cerca de él. El camisón, como el de la noche anterior, era de seda, pero esta vez tan fino que resultaba casi transparente—. He estado aquí antes. Tengo que encontrarme con alguien.

—¿Ahora?

—No, no hasta que el sol esté alto en el cielo. Hazme el amor.

—Sí —dijo él, y bebió de sus labios. Eran tan frescos como el agua de un manantial, su carne tan suave y fragante como un pétalo de rosa. Estaban junto a una balaustrada de piedra. Unos pocos pasos más allá, tres escalones de mármol llevaban a un porche de piedra cubierto de hojas plateadas y flores azules. No había casa más allá del porche, sólo una arboleda de pinos jóvenes.

Eran árboles de muy corta edad, con troncos que apenas medían unas pulgadas de diámetro. A la temprana luz de la mañana, las ramas cubiertas de agujas eran de color verde y negro. Había sombra bajo las ramas más bajas. Estaban tumbados juntos sobre una gruesa alfombra de agujas marrones. El rico aroma de la resina de pino flotaba a su alrededor.

—¿Vive alguien en este jardín? —preguntó Maeniel.

—Si es así, nunca lo he visto.

Él se había quitado la túnica, y ella le pasó una mano lentamente por el hombro, bajando por el pecho y el estómago y creando una deliciosa anticipación. Cuando llegó a su objetivo, los dos sonrieron y se perdieron en besos, caricias y la búsqueda mutua de sus cuerpos en pos del placer, mientras la mañana recreaba el primer día del mundo a su alrededor.

Después durmieron un rato: cuando despertaron, el sol enviaba largos rayos de luz por entre los jóvenes pinos. Las ramas trazaban motivos dorados sobre sus cuerpos y el suelo del bosque.

Miraron hacia las pequeñas arboledas y los pardos cubiertos de flores. Ante ellos, el mundo caía hacia un horizonte brumoso y, a lo lejos, el oído del lobo notó el sonido del mar. Un mar de verano, agitado y espumeante, con largas y cálidas rompientes que llegaban a la playa con tanta suavidad como la pisada de un niño.

Cruzaron un prado. Las flores eran como oro candente sobre la oscura hierba estival, luego azules bajo la creciente sombra verde de los grandes sauces. Las ramas descansaban sobre una gigantesca urna rota enterrada en el suelo. Más allá de la urna, una cascada de viñas con flores escarlata caía a un estanque azul a la sombra de los exuberantes árboles.

Algo estaba bebiendo en el estanque. Algo que el lobo no podía ver, pero que levantó la cabeza al ver a su compañera, que corrió con un grito de felicidad.

Se unieron en un abrazo, riendo y bailando sobre la hierba y las flores.

El lobo distinguió un hocico suave y casi negro, y luego un ojo brillante y oscuro

rodeado de largas pestañas. Un hombro moteado gris oscuro brilló con un resplandor metálico. Entonces, por un momento, pudo ver un cuerno en el centro de la frente.

Se apartó, una mezcla de sustancia y sombra, y las alas se desplegaron, ocultando el sol por un instante. Las alas de un corcel tan grande debían de ser tan anchas como una pista de carreras. No las llevaba, sino que las llamaba de dondequiera que perteneciese, como hacía con el cuerno y los cascos que podían danzar en el aire.

Todo lo que veía era gris moteado, un pelaje reluciente como la plata, con cola y crin tan suaves como el cabello de una mujer y tan abundantes como una madeja de lana.

Se arrodilló por un momento, invitando a Calpurnia a que le montase. Ella se negó, riendo, pero le besó en el hocico y abrazó el grueso cuello.

Entonces las alas se abrieron de nuevo con un chasquido, como el de un mástil rompiéndose en la tormenta, y el caballo desapareció en un torbellino de viento.

Calpurnia se quedó de pie, haciendo un gesto de despedida con la mano.

—¿Tu amigo? —preguntó él.

—Sí. Se está impacientando. Debo marcharme la próxima vez que se presenten las visiones.

Maeniel se acercó a ella y se sentaron sobre un banco roto junto al estanque. La superficie del agua estaba cubierta de loto, y las flores de color rosa violáceo se estaban abriendo a la luz del sol. A un lado del estanque había una escalera que llevaba hacia abajo. Los bajos escalones, semicubiertos de vegetación, recorrían varias terrazas, cada una llena de césped y distintos jardines de rosas, lirios árboles en flor y más estanques decorados con estatuas, algunas rotas, otras intactas, algunas blancas y otras oscurecidas por los líquenes y el musgo. Un tumulto de flores recorría los bordes: malva loca, clavel, margarita, dedalera, belladona, amapolas blancas, violetas y rojas; y en las sombras había beleño y napelo. Cada jardín era una entidad separada, y cada uno invitaba a la exploración y la contemplación.

—Tu amiga derrotó al tigre —dijo ella.

—Sí, pero no sé qué hacer ahora.

—Mátale.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No creo que quien le sustituya sea mejor —dijo Maeniel.

—Sí, lo será, sobre todo desde el punto de vista de tu amiga. Por lo que a mí, respecta, carece de importancia, y por lo que respecta a Roma, ya ha hecho todo el daño posible. No puede crear, y todo lo que puede hacer ahora es destruir. Hubo un tiempo en el que no hubiese dicho esto, pero ahora debo hacerlo.

»Ha perfeccionado sus habilidades. Otros diez años, y lo habrá arruinado todo. En diez años, nada podrá elevarse de las ruinas que deje a su paso. No hay nadie como él. Nadie tan fuerte.

—Dicen que tiene buenas cualidades.

—¿Cuáles? —preguntó ella.

—Misericordia.

Calpurnia se echó a reír.

—No sabe ni lo que significa esa palabra. Lo que parece misericordia es su habilidad para la emboscada: perdona a todos y espera a ver quién le puede ser útil, quién puede ser aplastado para doblegar y esclavizar su espíritu y quién debe ser asesinado porque le desafiará hasta el final.

»De éstos, elegiré a unos pocos y les dejaré vivir, por un tiempo, para que le puedan entretener con su sufrimiento. ¿Sabes lo de los piratas? Le capturaron y pidieron un rescate por él. Les fue pagado, pero César prometió que volvería y los haría crucificar. Y así lo hizo.

—Me habían contado que los mandó estrangular antes de que fuesen puestos en la cruz —dijo Maeniel.

—Sí, después de un rato, pero sólo cuando se aburrió de sus sufrimientos y su propia crueldad. Sabe acobardar a los demás a través de sus seres queridos. De hecho, a mí me privó de todo lo que amaba hace mucho tiempo. Piensa en tus amigos, en todos esos rehenes en la Galia. Hincan la rodilla porque temen por sus seres queridos.

»Ahora soy libre. Me he convertido en una molestia para él. Cuando vuelva de Partia y la Isla Blanca, querrá casarse con la egipcia... ¿y de qué le servirá una esposa de mediana edad? Le han visto curioseando una de las medicinas de Filo, la poción que tomo para mis jaquecas: un poco más de opio y no me dormiría por unas horas, sino para siempre.

Maeniel le acarició la mejilla, dándole un beso en la frente. Iba a hablar, pero ella le llevó un dedo a los labios.

—No: él ha elegido y yo también, pues no hay *damnatio* aquí, sólo elección. El suyo es un plano de piedra donde los muertos se levantan al amanecer, con heridas abiertas en su pálida carne y los ojos vacíos de todo salvo odio. Luchan cada día por la victoria y el poder, pero la única victoria que consiguen es la de las pocas horas antes del crepúsculo, cuando los muertos duermen en la no existencia. Descansan envueltos en el silencio de la muerte, y en el mismo silencio se levantan por la noche para beber festejar, esperando el amanecer, saliendo de nuevo para revivir la agonía de sus heridas de muerte. Le esperan, y no puede escapar de ellos porque no entiende nada más.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Shh —le hizo callar de nuevo—. Nunca había sentido tal amor: no puedo caminar en la oscuridad porque me ilumina desde dentro, y puedo, en mi corcel nacido del viento y la lluvia, cabalgar a todos los mundos más allá.

»Ahora, compartamos esta belleza definitiva una vez más antes de que sea llamada y deba irme. Nos amaremos en el ensangrentado polvo del tiempo antes de que deba darme la vuelta y entrar en las puertas de la eternidad.



26

Había baños en el *ludus*. Espartanos, por supuesto, pero equipados con los últimos avances. El hipocausto había sido encendido. La habitación estaba muy caliente y Marcia esperaba a Dryas. El baño caliente era una simple bañera con un tubo que salía de la pared. Abrió una espita y el agua caliente empezó a llenar la bañera.

—Los hombres, marchaos —dijo.

—No —replicó Lucius—. Tengo derecho. —Sentó a Dryas sobre un banco junto a la pared y empezó a quitarle las sandalias. Había bastante público: Gordus, Aquila, Filo y Martinus.

—¿Dices tú que tiene derecho? —preguntó Gordus.

—Sí —dijo Dryas, todavía aturdida por la enormidad de lo que había hecho.

Los demás se marcharon, a excepción de Marcia, que deshizo su peinado y luego le ayudó a quitarse la ropa.

Dryas se sumergió agradecida, regodeándose en el agua caliente. Mientras se relajaba, observó a Lucius al lado de la bañera, hablando con Marcia.

Cerró los ojos y pensó durante un largo rato en su casa, con sus brillantes colgaduras y los perros apiñados junto al fuego. Las cortinas del dormitorio separaban la habitación del resto de la casa. Ya había visto cómo vivían los romanos.

¿Qué pensaría él una noche salvaje, cuando las olas rompiesen sobre las rocas a unas pocas millas de distancia, cuando el viento moviese grises cortinas de lluvia y una gélida niebla flotase sobre el bosque y el hogar?

Cerró los ojos y le pareció que podía oler el aire salado, un tenue perfume de brezo e hinojo silvestre mezclado con el olor del humo de leña y la carne asada. Allí, en aquel húmedo y caluroso baño a medio mundo de distancia, su corazón ansiaba el frío pero limpio viento y el distante sonido del mar.

En la asamblea, al comunicar su decisión a su pueblo y las mujeres que eran las

compañeras de la reina, se había sorprendido ante su dolor. Sorprendido de que la amasen, al menos algunas.

Sachna, su mejor amiga, llegó cabalgando como los jinetes nómadas, sin bridas ni riendas, tan bien llegaba a entenderse ella y su montura. Suplicó a Dryas que regresase, pero cuando ella se negó e intentó despedirse, la pequeña pelirroja le dio la espalda sin querer escuchar y se alejó al galope.

Pero volvió por fin, y Dryas pudo oír las lágrimas en su voz:

—No creo que no vayas a volver. Sé que lo harás. Te conozco. Volverás, y yo cuidaré de tus perros y tus caballos hasta que lo hagas. El mismo viento que ahora te aleja te traerá de regreso, lo sé. Nunca me he equivocado contigo, y ahora tampoco lo hago.

Entonces el capitán del barco dio una orden y los remeros sacaron la nave a mar abierto.

Habían pasado... sí, más de dos años, casi tres desde que oyese por última vez la voz de su amiga. Y ahora aquel romano, aquel hombre extraño le ofrecía el matrimonio y ella no podía rechazarlo.

—No, no puedo rechazarlo, pero ¿puedo ser una esposa para él? Necesito saberlo. —Bajó la mirada a su cuerpo en la bañera. Sus heridas coloreaban el agua con un tono rosa. Lo peor eran los zarpazos del muslo, pero ya habían dejado de sangrar y el agua los estaba limpiando. Los del brazo eran simples arañazos. Tenía el hombro derecho magullado y amoratado.

El tigre le había dado un mordisco allí. La malla preparada por Gordus había hecho bien su trabajo. De haber llevado la gasa de plata que quería Fulvia, estaría muerta o al menos muy malherida. Tal y como estaba, se recuperaría en un día o dos.

Cerró los ojos y descansó, escuchando el chorro que salía del conducto y dejando que aliviase su hombro herido.

Debió de quedarse dormida por unos instantes, o quizá un poco más, pues despertó sobresaltada y vio que Marcia se había ido. Lucius estaba apoyado sobre una rodilla junto a la escalera. Su expresión y su postura le recordaron que había fingido ser un criado sólo para estar cerca de ella. Le sonrió, casi con ternura.

—¡No! —dijo él—. Podrías tentarme a que me aprovechase de ti. Tu sonrisa es tan encantadora...

—Aprovéchate de mí —dijo ella, incitante.

—No. —Su rostro se oscureció—. Levántate y deja que mire tus heridas.

Había una silla cerca del baño, con una gruesa sábana de lino sobre ella. Lucius ayudó a Dryas a salir de la bañera y, muy suavemente, la sentó en la silla. Luego la envolvió con la tela, dejando su pierna al descubierto. La secó con mucho cuidado, mirando los tajos del muslo. Los bordes de las heridas estaban lívidos y con mal aspecto.

Filo le había dado vendas limpias y polvo de vulneraria, que apestaba a azufre. Los hombres del *ludus* confiaban en su eficacia y lo mismo hacía él. El calor y las

supuraciones de su herida de la espalda habían empezado a remitir desde el primer momento en que lo usó Filo. Los esparció generosamente sobre los zarpazos y luego vendó las heridas con mano experta, pues algo había aprendido del médico griego.

Empezó a vestir a Dryas, empezando por la prenda más íntima: un taparrabos nuevo de seda blanca. Manejó su cuerpo como lo hubiera hecho otra mujer, sin pasión.

Pudo ver por la expresión de Dryas que estaba sorprendida: había esperado la fuerza habitual, quizá con un tácito gesto de conciliación, un intento de usarla sin causarle muchas molestias ni demasiada incomodidad. Algo típicamente masculino, quizá suprimiendo los aspectos más feos y desagradables, pero lo mismo que ya había encontrado antes.

Lucius demostró ser tan experto con el *strophium* como lo había sido con el taparrabos. Luego le puso una túnica de seda blanca y añadió una estola de seda roja. Le puso sandalias en los pies. Eran de suave gamuza, con un cordón entre los dedos, y se ataban en el tobillo.

Marcia regresó en ese preciso momento, llevando una *palla* de lana blanca y las cintas que ataban el pelo de las mujeres casadas. Terminó de vestir a Dryas, arregló su pelo y le puso las cintas y un cinturón llamado *cingulum*, atado con un nudo ritual.

—Sólo él puede deshacerlo —le explicó—. Y sólo cuando tú le des permiso.

—No soy virgen —dijo ella—. He tenido un hijo.

—Ya, pero esto no tiene nada que ver con la virginidad. Significa algo mucho más importante.

—¿Qué?

—El debe convencerte para que le aceptes como esposo, para hacer a un lado tus temores y que los dos podáis ser uno.

—No sé si yo puedo hacer eso —dijo Dryas.

—Sí, es lo que me temía —intervino Lucius—. Pero pase lo que pase esta noche, no aceptaré menos, e intentaré devolverte a tu pueblo. Podemos separarnos como amigos, aunque no podamos ser amantes. No quiero el espectro de la violencia entre nosotros, ni siquiera el de la violencia implícita.

—Ya veo —contestó Dryas. Se envolvió en el suave manto de lana y acompañó a Marcia y Lucius a la puerta.

Aquila estaba esperando allí. Besó a Dryas en la mejilla.

—Adiós, pequeña luchadora. Cuida bien de ella —le dijo a Lucius—. Me voy a la Campania. —Tocó la mejilla de Dryas con sus dedos encallecidos.

Dryas notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, y cogió la mano del soldado entre las suyas.

—Gracias.

Él asintió, repitiendo las primeras palabras que le había dirigido como a una persona:

—Buena suerte, Dryas. Cuídala —volvió a decir a Lucius.

—Lo intentaré. No siempre es fácil.

Entonces Aquila se giró, cruzó la puerta, montó en su caballo y se alejó de allí.

Lucius ayudó a Dryas a subir a una litera.

—¿Es tuya? —le preguntó ella.

—Alquilada —contestó él, y partieron hacia la villa Basilia.

Pocos momentos después, vieron un par de ojos reflejando la luz de las antorchas. Dryas mandó parar a los porteadores. Los ojos se acercaron un poco, pero quedaron a la misma distancia de la litera al retroceder los porteadores.

—¿Te importaría —preguntó Dryas— asegurarte de que llega sano y salvo a casa?

Los ojos se desvanecieron.

—¿Crees que hará lo que le has pedido? —preguntó Lucius.

Dryas asintió.

—Creo que sí. Es muy amable y estoy preocupada por Aquila.

Lucius dio orden de seguir adelante.

—Cierra las cortinas —dijo.

Dryas obedeció. *Sí, es una mujer demasiado inteligente para discutir por nimiedades*, pensó Lucius.

Cuando llegaron a la villa, Lucius envió la litera al patio de servicio. Ayudó a bajar a Dryas, guiándola hasta la parte de la casa donde habían vivido sus padres. Había pedido Filo que le dijese a Aristo que trasladase las cosas almacenadas allí a cualquier otra parte y reamueblase el lugar, pero no tenía idea de cómo estaban. Vio que Octus, Filo y Alia le esperaban allí.

El triclinio estaba barrido y la mesa servida. Había divanes y sillas preparados. Los demás se marcharon.

—¿Quieres tumbarte? —preguntó a Dryas.

Ella sonrió.

—Nunca he comido así.

—Bueno, siéntate —dijo él.

Las sillas eran viejas y cómodas, bien provistas de cojines. Octus entró con una bandeja de aperitivos y la dejó ante ellos: aceitunas, queso, fruta y algo de vino blanco.

Dryas alzó la mirada hacia el esclavo.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

Octus retrocedió. No estaba acostumbrado a que reparasen en su presencia.

—Es Octus —dijo Lucius—. Es mi criado personal: se ocupa de mi ropa, me afeita... ese tipo de cosas. ¿Quién ha preparado la cena? No me digas que mi hermana ha dejado que ese temperamental cocinero griego suyo...

—No —dijo Octus—. Alia está en la cocina. Hay una separada en esta parte de la casa. Tuve que hacer que despejasen la chimenea de los viejos nidos de golondrina, pero una vez arreglado, dijo que podía usarla.

—¡Estupendo! Alia es una buena cocinera.

Octus se marchó, cerrando la cortina del jardín. La habitación estaba brillantemente iluminada: había cuatro lámparas junto a la mesa, cada una de ellas con seis velas. Las paredes blancas decoradas con guirnaldas verdes hacían más luminosa la estancia. Las teselas del suelo resaltaban el verde, siendo un sencillo motivo de acantos también en verde y blanco.

—¿No tienes muchos criados? —preguntó Dryas.

—Hay muchos en la casa, pero no son para mí.

Ella frunció el ceño ante el queso y las aceitunas.

—¿Esto es todo?

—No, es el primer plato. Algo para entretenernos mientras Alia cocina.

—Oh —dijo Dryas, empezando a disfrutar de las aceitunas.

—Prueba algo de este queso con las aceitunas.

—Sí —dijo ella poco después—, la combinación es muy agradable.

—Sí.

Lucius le llenó la copa, y ella dio un sorbo.

—Es dulce.

—Ponte agua —dijo él.

—¿Aguáis el vino?

—Sí. Muchos hombres, y todas las mujeres.

—Ya entiendo. Es vulgar no hacerlo.

—Sí.

Dryas asintió y añadió agua al vino.

—¿Qué bebéis en tu isla?

—Hidromiel, cerveza, a veces vino. Las tribus ricas de la costa beben vino. Nosotros no somos ricos, sino pobres, al menos según sus criterios y probablemente también los vuestros.

—¿Qué es lo que haces allí? Gordus y Aquila hablaron de ti como una sacerdotisa, pero Oreja Cortada dijo que eras una reina.

—Sí, soy de la realeza. Hago tres cosas, principalmente. Debo dar al pueblo un rey, ya sea por matrimonio o por nacimiento. Pronuncio la ley. Y celebro ritos por los muertos. Cuando me pediste que me casase contigo, pronuncié la ley, te dije lo que dicen mis leyes sobre mí.

Las aceitunas y el queso habían desaparecido. Octus corrió la cortina y se llevó la bandeja.

Lucius se sentía muy incómodo, pero necesitaba saberlo.

—¿Cuántos hombres ha habido en tu vida?

—Dos —dijo Dryas.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente. Uno es el padre de mi hijo, el otro el lobo.

Lucius sintió un violento ataque de celos.

—¿El padre de tu hijo?

Dryas guardó silencio por un instante.

—No estoy segura de poder explicártelo. Era una cuestión política.

—¿Política? ¿Cómo iba a ser...?

—No me digas que no lo entiendes. Marcia me dijo que al menos la mitad de los matrimonios entre los romanos son políticos. Nosotros no somos romanos. Lo único que nos mantiene unidos es la buena fe. Él y su linaje amenazaron con retirarse cuando su reina murió al dar a luz. Yo me ofrecí a reemplazarla, como varias otras. Ahora tienen herederos y siguen siendo nuestros aliados.

—El lobo... ¿por qué no te casaste con él y volviste con los tuyos?

Octus entró en aquel momento, interrumpiendo la respuesta de Dryas. Llevaba tres platos cubiertos en una bandeja.

—Alia se ha superado a sí misma. Espero que estéis hambrientos —dijo mientras colocaba la bandeja—. Liebre asada con salsa de hierbas, estofado de cerdo con puerros y membrillo, y un capón mechado con tocino y relleno de champiñones. Con vino Falerno.

El capón resultó un éxito, y el cerdo apenas fue un poco menos apreciado, pero Dryas, tan voraz como el tigre que había matado, también encontró sitio para algo de la liebre. Al final, con un suspiro, dio un sorbo de su copa, se limpió la boca con la servilleta y respondió a la pregunta de Lucius.

—El lobo no es humano. Era una amenaza para la gente de donde vivía, y debía ser domado.

—Y tú lo conseguiste.

—Sí, tuve suerte, y él es valiente y de buen carácter. De lo contrario, hubiese fracasado.

—¿Pero no le amas?

—No. Él es distinto. Por un tiempo, cualquiera podría amarle, pero al final, lo que hubiese entre ellos se rompería, y él volvería al lugar de donde vino. No sé cuál será su destino, pero no está con nosotros ni conmigo. —Sorbió de nuevo. Sus largas pestañas bajaron sobre los ojos, haciendo que pareciese casi dormida.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó Lucius.

—Está muerto.

—Oreja Cortada me dijo que cualquier mujer de tu rango se hubiese quitado la vida de no haber venido con un propósito. Además, he hablado con el lobo —terminó con bastante inseguridad—. No creo que debamos hablar de lo que dijo. Confío en la gente que me rodea, pero...

—Sí —dijo Dryas—. Te contaré cómo murió mi hijo.

Octus entró con *passum*, un dulce vino de pasas, e higos secos conservados en hojas de laurel.

Tiene que ser el vino, pensó Dryas. El vino parecía provocar un curioso distanciamiento en ella... o quizá el dolor estuviese desvaneciéndose. No lo sabía,

pero la naturaleza, extensión y profundidad del dolor, aunque ilimitados, no importaban. ¿Podía ser el dolor una barrera no sólo para el amor, sino también para el deber?

Su oferta es sincera, pensó. Sea lo que sea él... estúpido y temerario como para dejarse arrastrar a una vida y un pueblo que no conoce ni ha visto nunca... es sincero. Y debo responderle con honestidad por mi parte. Hacer menos sería el peor crimen posible.

—No sé si puedo amarte —dijo—. No sé si puedo entregarte mi vida. —Hizo una pausa, que pareció durar un largo latido de su corazón, varios latidos, una docena—. Pero lo intentaré.

—Hagamos un sacrificio a los dioses domésticos. —Lucius se levantó y condujo a Dryas al peristilo.

Se puso al borde del estanque. Un ánfora muy vieja, del estilo del que los pobres ponían en tumbas para dejar ofrendas por los muertos, sobresalía del suelo. Se cubrió la cabeza con los pliegues de su toga, y Dryas siguió su ejemplo. Los criados, Octus, Filo, Alia e incluso Oreja Cortada, se pusieron a su lado.

—He venido aquí para buscar una bendición sobre mi matrimonio y para despedirme. Pedir bendiciones aquí es habitual, pero no despedirse. Voy a hacerlo porque hemos olvidado de dónde venimos.

»Mi familia llegó aquí hace generaciones. Tomamos esta tierra y, al hacerlo, prometimos cuidar de ella, amarla y defenderla. Puede que mis ancestros no siempre fuesen buenas personas. Algunos, sin duda, eran codiciosos, otros cueles, y todos estaban marcados por la autocracia así como por la fuerza. Pero eran sabios, y atemperaban el poder con la misericordia y la justicia. Sus faltas quedaban redimidas por el coraje y el honor.

»Ahora, eso ha terminado. El amor a la tierra se ha convertido en un deseo de desposeer a otros de lo que es suyo por derecho, y la defensa es una excusa para saquear cuanto haya a nuestro alcance, como hemos hecho. Así que debo partir como ellos hicieron una vez, si las historias son ciertas, al enfrentarse a la ruina de su mundo.

»Por eso, en su primer altar, consagro mi vida a esta mujer y su pueblo.

Alia entregó aceite y vino a Dryas, que se lo pasó a Lucius. Él los derramó por el cuello del ánfora.

Un momento después, todos se sobresaltaron cuando la estatua al otro extremo del estanque cayó al agua, rompiéndose en cientos de pedazos.

Lucius se acercó al extremo del estanque y se quedó contemplando los fragmentos sumergidos en silencio.

—¿Es un mal augurio? —preguntó Filo—. ¿Qué opinas?

—No. Significa que ella deja este lugar para irse conmigo.

Los criados se marcharon, dejando sola a la pareja.

—Un ritual —dijo ella—. Los rituales despiertan las cosas.

—Sí —contestó Lucius, llevándola hacia la cama de matrimonio.

El *cubiculum* era más grande de lo que él estaba acostumbrado. Las paredes, como en el comedor, estaban pintadas con el estilo más sobrio de una época anterior. El suelo era blanco y verde, bordeado por una guirnalda de flores primaverales. Las paredes estaban pintadas de un verde muy claro, del color de las hojas nuevas de primavera, y cada panel mostraba un ramo de las mismas flores que decoraban el suelo: lirios, jacintos, margaritas y la dulce rosa de primavera.

Un brasero en el rincón alejaba el frío nocturno, y las diez llamas de una lámpara ardían junto a la cama, un viejo mueble de metal, pero bien provisto de colchones, sábanas de seda y gruesas almohadas.

Dryas se quitó las cintas del pelo y dejó que su cabellera se le derramase por la espalda. Luego se dio la vuelta hacia él y señaló el cinturón anudado.

—Desátalo.

El lobo hizo lo que le había pedido Dryas, siguiendo el rastro de Aquila. El soldado había dejado Roma por la Vía Apia. Si vio al lobo, que había tomado un camino más fácil atravesando granjas y arboledas, no dio muestras de ello.

Por fin, cerca de Terracina, Aquila tomó un camino secundario para dirigirse hacia la costa. Era una zona mixta de bosques y granjas.

Maeniel aumentó su velocidad para acercarse a Aquila. Trotó bajo la sombra de los árboles que bordeaban la carretera. *Un bonito paseo a la luz de la luna*, pensó. No ocurría nada.

Ya era tarde, y las granjas estaban cerradas y a oscuras. Incluso los perros debían de estar en sus perreras, pues ninguno había salido corriendo a ladrarle.

Aquila bostezó, dando cabezadas sobre su caballo. Los insectos chirriaban en la hierba, e incluso el lobo sintió la tentación de encontrar algún sitio cómodo para echar una siestecita.

Más o menos a una milla de la costa, Aquila volvió a cambiar de camino, metiéndose por una senda todavía más estrecha, que llevaba a las colinas junto al mar. El camino era tan empinado que su caballo tuvo algunos problemas en los puntos más difíciles.

El lobo olió cosas salvajes por primera vez en el viaje: ciervos, conejos, jabalíes y hasta gatos, muy ligeramente. No gatos domésticos, sino el pequeño y bastante fiero *felis silvestris*, todavía no exterminado en la península. Encontró reconfortante aquel pequeño corredor salvaje.

Aquila llegó sin ningún problema a su alejada villa.

Disgustado, el lobo se puso bajo un arbusto y observó a Aquila preparándose para dormir. La casa se alzaba en medio de sus viñas, y la costa describía curvas un poco más abajo.

El lobo buscó algún sitio donde cobijarse. Desde luego, no iba a volver a Roma

aquella misma noche, no sin descansar. La casa tenía un gran porche en la parte trasera, resguardado de la brisa marina.

En el interior, Aquila apagó su lámpara.

En el porche había garfios y aperos, ánforas, estacas, azadas y una pila de cálidos sacos. Ah, perfecto.

El lobo se estiró, dando algunas vueltas... e hizo una pausa. Algo había cambiado, ¿qué?

Aquila empezó a roncar dentro de la casa.

Ruido abajo, en el camino de la costa. ¿Qué ruido?

Sí, muy tenue. Ruidos de pies marchando. ¡Soldados! Allí, precisamente.

El lobo corrió rodeando la casa. Soldados, sí, y dirigiéndose hacia el pueblo cuyas luces podía ver el lobo a una milla de distancia. Oh, bueno, no había motivo para ponerse nervioso.

El lobo se sentó, preguntándose qué estarían haciendo Lucius y Dryas... luego decidió no forzar la imaginación. No era difícil suponerlo. *Me pregunto si cree que él es tan bueno como yo*, pensó, con cierta envidia y no poco despecho. Esperaba que no. *Cuando los soldados se marchen, podré dormir un poco.*

Pero los soldados no pasaron de largo, sino que giraron y empezaron a subir hacia la casa de Aquila.

El lobo rodeó la casa a toda velocidad. Tenía un tejado cuadrado y pocas ventanas, todas con barrotes. Probablemente habría un patio en el centro.

No había tiempo que perder. El lobo se adentró a la carrera en los viñedos, y luego cargó contra la casa: su salto le llevó por encima del porche, hasta el tejado alrededor del patio.

Los lobos no pueden gritar, y por una vez, Maeniel lamentó aquello, pues hubiese gritado con toda las fuerzas de sus pulmones. Había estado seguro de que el tejado interior sería tan amplio y llano como el exterior, pero no era así. Era estrecho y a la vez empinado. Sus garras resbalaban inútiles sobre las tejas mientras intentaba afianzarse donde fuera, sin éxito.

Aquila, disfrutando del fresco de la noche, dormía en el patio.

Lucius rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Ojalá hubiese visto su cara. Me hubiese gustado verla cuando un lobo de ese tamaño... —Entonces volvió a reír.

Dryas tuvo que darse la vuelta. Ella también parecía un tanto alegre.

Maeniel estaba rojo por la mortificación y la ira.

—Estáis los dos en peligro. En terrible peligro —dijo furiosamente.

—Lo sé —replicó Dryas, cayendo en brazos de Lucius con un chillido de risa.

—¿Qué pasó...? —empezó a preguntar Lucius.

—Le pedí una espada y algo de ropa —dijo Maeniel.

Aquello confundió a Lucius.

—Una espada y algo de ropa —repitió débilmente—. Hacía frío. —La ira de Maeniel no se había enfriado.

Lucius se agarró los costados.

—¡Para, para! Voy a morir de risa...

Octus, que estaba cerca antorcha en mano, se tapó la boca.

—Sigue —dijo Dryas secándose los ojos.

—Se estaba recuperando de la sorpresa —continuó Maeniel.

—Puedo creerlo —intervino Filo.

—Me preguntó por qué. Parecía extrañado.

Lucius se apartó tambaleándose. Dryas sintió la necesidad de sentarse, y lo hizo en un banco del porche.

—No puedo imaginar por qué —comentó en voz baja.

—Le dije que estábamos a punto de tener compañía. Y esto no es divertido: los soldados estaban con la reina egipcia, y lo que ella quería saber era si de verdad Dryas podía leer el futuro.

Lucius dejó de reír bruscamente. Se acercó a Dryas y le pasó los brazos por encima.

—Hace mucho frío aquí fuera. Octus, trae su manto.

El criado obedeció, y Filo se quedó con la antorcha en su lugar.

—Suenan bastante inofensivo —dijo Lucius—. Si ella te presiona, hazle el número habitual: los buenos espíritus cuidan de ti, César te dejará embarazada tantas veces como días hay en el verano, y todas y cada una de las veces será un niño. Recuerdo a una siria de aspecto bastante reseco que le dijo aquello a mi madre. Silvia sonrió y le dio algunas monedas de cobre.

Los ojos de Dryas parecieron oscurecerse, pero no dijo nada.

—Sí —dijo Octus—. Yo también recuerdo a esa mujer: Silvia murió sólo seis meses después. —Se sonrojó bruscamente—. Por favor, discúlpame.

—No —dijo Lucius, dándole unas palmadas en la espalda. Cogió el manto blanco y se lo puso a Dryas—. No tienes por qué disculparte. Es verdad. Pero creo que tenía razón en una cosa: los buenos espíritus cuidaban de ella. Silvia era una mujer cariñosa.

—No recuerdo que jamás me hablase sin simpatía —dijo Octus en voz baja, retirándose hacia las sombras.

—Sí, bueno, pero *ella* no es una siria en una esquina de la calle —dijo Maeniel—. Es Dryas, dama de los caledonios.

—Una vez luché no sólo contra un tigre, sino contra un dragón. Y sí, leo el futuro cuando es necesario y nunca me equivoco.

—Los dragones no existen —dijo Lucius.

—Eso dices tú. Eso dicen muchos. Pero algo que no existía me mordió aquí. —Dryas se dio la vuelta y mostró unas cicatrices en su pantorrilla derecha, tres feas

depresiones blancas.

—No hay dragones.

—Sí, ya lo sabemos —dijo Maeniel—. Ya discutiremos sobre dragones en otro momento. El problema no es lo que la honorable dama le preguntó a Aquila, sino lo que le dijo de vuelta a Roma a una de sus íntimas, Iris.

—Sí, tiene dos, Iris y Carmina —dijo Dryas.

—¿Cómo pudiste oírlo? —preguntó Lucius.

—Por favor... —dijo Maeniel.

—Lo daré por bueno —intervino Filo.

Lucius asintió.

—Oí que decía «debo impedir que César los declare proscritos al menos durante los próximos días».

—Sí —dijo Lucius—. Pensé que sería algo así. —Cogió la antorcha de Filo y, acompañado sólo por Maeniel y Dryas, caminó hacia el otro extremo del jardín.

Cuando los demás ya no podían oírles, Lucius se volvió a Maeniel.

—¿Tienes alguna prueba? No se moverán sin pruebas, ninguno de ellos lo hará.

—No, pero creo que podría conseguir alguna. No me preguntes cómo.

—Vámonos —dijo Dryas—. Ostia está sólo a una hora a caballo. Desde allí zarpan barcos a todos los confines del mundo.

—No —replicó Lucius—. Él tiene agentes en todos los confines del mundo. ¿Crees que llegaríamos muy lejos? No, ahora es o él o nosotros. Hubo un tiempo en el que no sé si me hubiese importado, pero ahora tengo demasiado que perder.

—Además —dijo Maeniel—, tú eras la que estaba empeñada en venir aquí.

—Sí, pero ahora... es viejo, y no estoy segura...

—La edad no embota los colmillos de una serpiente. En todo caso, los hace más mortíferos —contestó Maeniel—. Y César es una víbora, si alguna vez he visto una. Creedme: si él decidiese mataros, estaríais muertos independientemente de su edad.

—Si pudiera hacer que ese idiota de Bruto actuase por fin... —Lucius golpeó la palma de su mano izquierda con un puñetazo que sonó como un chasquido—. ¿De veras crees que hay alguna forma de conseguir una prueba de que va a proscribir a sus enemigos?

—Creo que puedo conseguirla. Pero ya te he dicho que no me preguntes cómo.

—No soy tan tonto como para preguntar a ninguno de los dos cómo hacéis las cosas, pero quiero enterarme. Ella habla de leer el futuro, y ya he visto lo que tú puedes hacer. Luego resulta que tiene un mordisco de dragón... simplemente, me gustaría ver ese dragón alguna vez.

—De acuerdo, pero no te sorprendas por nada de lo que pase —dijo Maeniel.

—No me he sorprendido por nada desde que os conozco. Vámonos.

Dryas esperó a que se perdiesen de vista en la calle, enfrente de la puerta. Oreja Cortada y Octus estaban con ella. Cuando se volvió para entrar en la casa, Fulvia estaba allí. Hizo un gesto de cerrar la puerta, pero Oreja Cortada puso su manaza

sobre ella y Dryas pasó a su lado sin decir nada.

—¡Cómo te atreves! —dijo Fulvia—. Cómo te atreves... y vestida como una mujer respetable.

—Soy una mujer respetable —dijo Dryas.

Entonces Fulvia se le adelantó, seguida por Firminius, su criada personal, dos doncellas y los antiguos criados de Lucius, Flaco y Africano, además de media docena de portadores de silla y dos o tres guardias antiguos gladiadores.

Aristo esperaba en el atrio tenuemente iluminado. Se presentó a Dryas y empezó a hablar de finazas con ella.

¡Sus gastos en *ropa*! ¡Sus gastos en *joyas*! ¡Sus *doncellas*!

—¿Qué ropa? ¿Qué joyas? ¿Qué doncellas? —fue la contribución de Dryas a la conversación.

Sí, quizá necesitase unos cuantos vestidos más, posiblemente dos o tres. El lino corriente sin teñir o la lana estaban bien. Los cortarían y cosería ella misma, y, de ser posible, le gustaría ver algunos caballos. Probablemente necesitaría un buen caballo castrado o una yegua, fuerte, acostumbrado a la silla y de buen carácter si podía ser. Si no, lo que fuese estaría bien. Ella cuidaría de sus cosas. Siempre lo había hecho y no quería a nadie hurgando entre sus ropas o sus armas, gracias. Estaba acostumbrada a ocuparse personalmente de ellas. Después volvió a la parte vieja de la casa, donde Lucius se había aposentado con sus criados.

En el *cubiculum* donde habían pasado la noche sólo ardía ya una vela, en una mesa junto a la cama. Las dos claraboyas del techo empezaban a dejar entrar la primera y pálida luz de la mañana. Alia estaba de pie y trabajando, por lo que la cama estaba hecha.

Dryas se quitó los caros adornos nupciales y se vistió con la sencilla túnica y el manto que le había dado Marcia. Pensó en ella, su marido y su hijo con afecto.

Una sorpresa. El viaje había estado lleno de sorpresas. La amabilidad de la gente a la que había conocido era una de ellas. El amor que había encontrado, otra. Había llegado allí para matar si era posible, y para morir si era necesario. No había hecho ninguna de las dos cosas, sino que había encontrado amistad, esperanza y, por fin, amor. Porque estaba enamorada, y se había dado cuenta durante la noche que había pasado con Lucius.

No tenía la inocencia del lobo, su atractivo ni su belleza física. El esbelto y marcado romano sabía exactamente lo que estaba haciendo. Le había mostrado su experiencia... de hecho había alardeado de ella, algo que el lobo nunca hubiese hecho en su primer encuentro.

Había tocado su cuerpo como si fuese un instrumento exquisito, obteniendo todas y cada una de las respuestas que quería, y con la frecuencia e intensidad que deseaba. Durante todo el tiempo, estuvo pensando en ella. Dryas podía decir que el placer de Lucius nacía del regreso de su virilidad y de la alegría de haber encontrado a una compañera que respondiese de forma tan hermosa como ella para compartir aquellos

deliciosos momentos.

Su segundo encuentro fue una actuación de virtuoso. Ella nunca se había considerado bella, pero él le dijo que lo era, alabando encantos normalmente ocultos por la ropa. Dryas no sabía que hubiese tantos términos para las partes del cuerpo que investigaba Lucius, ni que el latín tuviese tantas palabras con doble sentido. De hecho, Lucius parecía deleitarse en sorprenderla, de forma que pudiese verla, como dijo, ruborizarse por completo.

—Mi delicia —susurró—, el rubor cubre todo tu cuerpo. Aquí, allí, por todas partes. Mi corazón, mi alma, mi propia... —En algún momento, los dos habían quedado dormidos, sólo para ser despertados por la llamada de Filo cuando llegó Maeniel.

Filo sacó a Dryas de su ensoñación volviendo a llamar a la puerta.

—Mi señora, Alia ha preparado el desayuno. Yo debo excusarme: tengo que administrar unos reconstituyentes a Aristo, una toalla fría y algo de licor. Una novia que rechaza el dinero y pide ver caballos el día de su boda ha estado a punto de ser demasiado para él. Mi consejo es que aceptes el dinero: es útil. El dinero siempre lo es.

—Sí —contestó ella a través de la puerta—. Y asegúrate de que compra los caballos: uno para ti, Alia, Lucius, yo, Maeniel, Oreja Cortada y Octus. No olvides a Octus. Envíale directamente a Ostia con Alia para que nos esperen allí. Que salgan de la ciudad cuanto antes.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Los únicos que deben quedarse aquí son los aptos para luchar: tú, yo, Lucius, Oreja Cortada y Maeniel. Nada dice que tengas que obedecer mis órdenes.

Octus llegó justo en aquel momento.

—Oh, sí. Lucius nos dijo que hiciéramos exactamente lo que tú dijeras.

—Sí. —Filo parecía incómodo—. Dijo...

—¡Bien, pues moveos entonces! Y dile a ese hombre... Aristo, has dicho que se llama... que consiga monturas para todos en una hora.

—Sí, mi señora —dijo Octus, saliendo rápidamente.

Filo parecía sorprendido.

—¿Has dicho que hay dinero? —preguntó Dryas.

—S... Sí —balbuceó el griego—. Lucius me dio mucho.

—Bien. Llévaselo a Gordus y dile que quiero verle cuanto antes.

—Era para ti... en caso de que...

—De que él no volviera —completó ella.

—Sí.

—Probablemente, Gordus podrá distribuirlo mejor que nosotros. Ponlo todo en sus manos y dile que reúna a todos los hombres que pueda encontrar. Él no cogerá a idiotas ni charlatanes. ¿Qué has dicho de desayuno?

Filo señaló una mesa bajo un árbol cerca de la puerta. Dryas echó una mirada: pan, queso, fruta, gachas y *posea*. Siempre *posea*.

—Estupendo —dijo.

Filo siguió mirándola.

—¿Y bien? ¿Hay algo más que quieras decirme?

—N... No.

—¡Muévete!

Filo se movió.



27

Maeniel y Lucius caminaron juntos hasta encontrarse a unos cien pasos de la casa de César; entonces Maeniel se metió en un callejón.

—No te importa correr riesgos, ¿verdad? —preguntó Lucius—. ¿Y si un par de cortagargantas se hubiesen metido antes?

—He decidido que si alguien intenta robarme, me lo comeré. Me retrasará, pero lo haré.

—Sí —dijo Lucius lentamente—. ¿Son sabrosos los humanos?

—No sé qué decirte. Nunca me he comido uno. Pero créeme, el sabor no es algo que le importe a un lobo. Los humanos degustan. Los lobos comen. Por lo que a ellos respecta, cualquier cena es sabrosa. Cuida de mi ropa.

Se agachó ante Lucius, y el lobo avanzó por la calle hacia la puerta de César.

El mismo joven legionario estaba de guardia. El lobo se sentó frente a él con una gran sonrisa.

—Hijo de puta —dijo el soldado.

La sonrisa del lobo se hizo más ancha.

—Si no abro, aullarás, ¿verdad?

Maeniel jadeó un poco y cerró la boca. Luego alzó el morro hacia las estrellas.

—No, no, no, no, no, —dijo el legionario. Se dio la vuelta y llamó a la puerta.

Se abrió un poco.

—Ese perro ha vuelto —dijo en tono desdichado.

—¿Y me despiertas para decirme eso? —El hombre del otro lado tampoco sonaba muy contento.

—Sí. Va a ponerse a aullar.

—¿Cómo lo sabes, es que puedes leerle la mente?

—Se está poniendo en posición.

—Bien, deja que pase.

—Pero aún no sabemos si pertenece a alguien de la casa.

—¿Qué importa? Es un perro. ¿Qué va a hacer?

El joven legionario se apartó a un lado, y Maeniel entró con la cola en alto, ondeando suavemente. Asintió al centinela del interior, tumbado sobre un jergón, y cruzó el atrio, dejando atrás las máscaras mortuorias y los altares de los dioses domésticos. Sintió una breve e infeliz corriente de poder: importaban. Sintió algo viejo, pero todavía poderoso. El pelo se erizó a lo largo de su lomo. Sí, pronto iba a ocurrir algo. Fue en busca de Calpurnia.

Estaba despierta, paseando por su jardín.

—No está aquí —dijo ella cuando le vio. Le acompañó a los baños, donde había ropa preparada en los estantes.

Maeniel volvió al cabo de unos momentos, vestido con túnica, manto y sandalias. A la primera luz del día, pudo ver lo consumida que estaba Calpurnia.

—¿Hubo otra anoche? —preguntó.

—Otras. Vienen cada pocas horas, y yo tomo la medicina de Filo. Es lo único que sirve, y ya no sirve de mucho. —Apoyó la cabeza sobre su hombro—. Quiero morir, pero he esperado.

—¿Por qué? —preguntó él, poniéndole la mano sobre la mejilla.

—Porque hay algo que tengo que hacer.

Había movimiento en la villa. Con la llegada del día, Maeniel podía oír a los esclavos encendiendo el fuego en la cocina y empezando a desayunar.

Una de las doncellas salió del dormitorio y pareció sorprendida al ver a la esposa de César en brazos de un hombre, un hombre joven.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Maeniel.

—¡Que se vaya! —dijo Calpurnia.

Maeniel miró a la doncella.

—Vete —dijo. La chica obedeció.

—Ven conmigo —dijo Calpurnia. Los dedos se clavaron dolorosamente en la mano de Maeniel.

Ayudó a Calpurnia a levantarse, y ella le guió fuera del jardín, recorriendo una larga columnata hasta llegar a otro jardín.

—Estoy casi ciega de un ojo —dijo—. Y apenas puedo caminar. Pero tus amigos morirán a menos que tengas esto. Por eso debía dártelo antes de partir.

Caminaba rápidamente, a pesar de sus quejas de dolor y ceguera. De vez en cuando se tambaleaba, agarrándose al brazo de Maeniel: de no haber sido por él, se hubiese caído en una o dos ocasiones.

—Estoy ansiosa de acabar con esto. No puedes imaginar lo cansada que estoy de él, de Roma, del Senado, de todo ello. De no haber sido por las rosas, ellos hubiesen controlado mi vida y yo hubiese muerto de pena mucho antes.

El lobo pensó que eso era lo que le estaba pasando.

Llegaron al despacho de César. Había una cerradura, pero Maeniel la rompió

fácilmente con los dedos, y las puertas se abrieron. El despacho estaba vacío, al igual que las salas para el público a su alrededor. El escritorio donde trabajaba el dictador estaba desnudo, salvo por una carpeta de piel. Había papeles desechados en un cesto junto a la mesa. Calpurnia volcó el cesto y empezó a rebuscar.

—Es un truco suyo que aprendí hace muchos años, cuando estaba ansiosa por conocer su mente: hace más de un borrador de todo, normalmente dos o tres. Luego tira todo el material sobrante. Por eso algunos de sus secuaces elogian su estilo... y es bueno, sobrio pero elegante. Casi te hace pensar que está diciendo la verdad... ¡Ajá! —Se puso en pie con una lista en la mano, que entregó a Maeniel. Él no sabía leer muy bien, pero sí era capaz de hacerlo, gracias a los esfuerzos de Mir.

La lista nombraba a varias personas y posibles motivos, como «probablemente ya está metido en la intriga», «esposa harta de sus celos... además es uno de los hombres más ricos de Roma, reparto de beneficios con esposa sesenta-cuarenta», «le encantaría clavarme un cuchillo» y «me odia, me maldice cada vez que vuelvo la espalda».

Pero el nombre más sorprendente de la lista era el de Marco Antonio. *También él*, pensó el lobo. Pero su nombre estaba tachado, con las anotaciones «todavía no» y «estúpido borracho buscacoños». Junto a otro nombre, decía «simplemente quiero verle la cara». Sí, también estaba Lucius, pero la única anotación junto a su nombre era «¿padre?». La lista incluía a Bruto, «oh, sí, mi hijo».

El papel estaba roto, sucio y arrugado.

—Es su letra, y la reconocerán —dijo Calpurnia.

Maeniel alisó el papel lo mejor que pudo, lo dobló y ayudó a Calpurnia a salir de la habitación. En el breve rato que habían pasado en el despacho, el cielo se había oscurecido perceptiblemente. Era un amanecer gris y de nubes ominosas, cada vez más espesas y oscuras.

Una vez en el jardín, Calpurnia levantó la mirada.

—Sí —dijo—. Enseguida. No seas impaciente. Dame sólo unos momentos más.

Un trueno lejano retumbó como una advertencia.

—Sí —dijo ella—. Lo sé, lo sé.

Maeniel le pasó el brazo por la cintura y Calpurnia se movió todo lo rápido que pudo hacia las rosas. Para sorpresa de Maeniel, no usó la entrada, sino que cogió una rosa y se la dio.

—¿No quieres entrar? —preguntó él.

—Ya no hace falta. No te quedes cerca de las macetas cuando empiece a morir.

La luz se había vuelto verde, y grandes gotas caían sobre el pavimento. La fragancia de las rosas era casi abrumadora. El lobo podía oler los componentes de la rosa, pimienta, una empalagosa dulzura mezclada con el olor de la lluvia en el viento, tristeza y amargo remordimiento. ¿Podía tener aquello un olor? Para el lobo, sí.

Se besaron, y a Maeniel le sorprendió que, aunque el aire estuviese saturado del olor de las rosas, el perfume de ella fuese como el de la brisa marina y algo menos

resistente, como una flor. No un olor fuerte, sino ligero y exquisitamente penetrante. Una ofrenda a los sentidos, nunca atrapada por las artes del perfumista, sino experimentada únicamente cuando el fresco y verde fruto es recogido.

Sí, ella era única y sólo podía ser experimentada, nunca capturada ni poseída. Pero César no lo había comprendido nunca: no podía concebir nada que no pudiese poseer, y cualquier cosa que se opusiese a la posesión debía ser destruida.

El lobo volvió a besarla con anhelo, la cogió y la llevó hacia las asustadas doncellas.

Apenas había llegado a la habitación circular cuando se desató la tormenta. Dejó a Calpurnia sobre la cama y salió de allí. La lluvia empapaba los jardines, y, al darse la vuelta, las doncellas empezaron a gritar. El cuerpo de Calpurnia se convulsionaba mientras su espíritu luchaba por liberarse de su prisión de carne.

¿Había sido un trueno? No, era algo ensordecedor. Los cascos se posaron sobre los adoquines y Maeniel pudo ver claramente al corcel por primera vez. Era del color de las nubes de tormenta, como la plata vieja, moteado oscuro y claro, y grande, más grande que el mayor caballo que Maeniel hubiese visto nunca. Aquella vez llevaba una silla con adornos de oro y marfil.

Los relámpagos eran cegadoramente blancos, acompañados por truenos que hacían temblar las paredes. El lobo oyó un grito. La cabeza del caballo era muy hermosa, con ojos de ónice y amplios ollares rojos que destacaban en el suave hocico.

Retrocedió, golpeando el pavimento con los cascos. La larga crin y la cola parecían de alguna forma hechas de nubes de tormenta, o ser parte de las mismas.

El caballo golpeó de nuevo con un casco y la piedra hirvió, despidiendo una nube de vapor.

Entonces llegó ella. El cuerpo tendido en la cama y rodeado por las doncellas histéricas estaba quieto por fin. Esclavos y soldados corrían por todas partes, alarmados por los gritos y lamentos de las mujeres.

Ella se detuvo junto a Maeniel y le sonrió.

—Adiós —dijo—. No puedo besarte porque en realidad no estoy aquí, pero ten una vida larga y feliz. No te quedes cerca de esas macetas de piedra cuando se marche. Las puertas van a cerrarse.

El caballo se arrodilló como la otra vez, y Calpurnia sólo tardó un instante en ponerse sobre la silla.

El viento rugió, pero aun así Maeniel pudo oír el grito de alegría y triunfo de la criatura por encima de la rabia de los elementos. La lluvia le lastimaba la cara.

El caballo saltó en el aire, impulsado por sus cascos negros, dejando atrás la villa y sus muros, entre los rugidos del viento y la salvaje tormenta. Entonces, con un ruido más fuerte que el del trueno, las alas gigantes se desplegaron y el caballo desapareció.

Maeniel recordó la advertencia de Calpurnia y se apresuró a volver al dormitorio. Un rayo bifurcado golpeó las dos macetas de los rosales. Las plantas sisearon,

humeando, y se incendiaron. Las macetas estallaron, sembrando el jardín de fragmentos de cerámica y tierra, y haciendo que todos los humanos de las cercanías se pusiesen a cubierto.

Maeniel cubrió su cabeza, el papel y la rosa con el manto y salió corriendo. Pasó junto a los dos legionarios que habían estado vigilando la puerta: estaban resguardados de la tormenta y la confusión cerca del altar de los dioses domésticos.

—Te digo que no teníamos que haber dejado entrar a ese perro —decía el más joven.

—¿De verdad piensas que ha tenido algo que ver con todo esto? ¿Que el perro ha provocado esta conmoción?

—Supongo que suena tonto, pero...

—¿Planeas hacer carrera en el ejército?

—Yo no...

—Bien, pues yo sí —dijo el más viejo—. Sigue contando a tus oficiales al mando historias como la del perro, y acabarás vigilando cabras en la Hispania Ulterior. No hay más que cabras en la Hispania Ulterior.

—Comprendo.

—Lo espero sinceramente, porque no tengo ganas de acompañarte allí. Lo primero que debe aprender un soldado es a no presentarse voluntario para nada, y lo segundo es...

—No me lo digas —replicó el joven—. Cuándo cerrar el pico.

El más viejo no contestó. Se limitó a asentir con la cabeza.

Aristo era eficiente, y Dryas consiguió sus caballos. Hizo montar a Alia y Octus en los mejores y los envió como avanzadilla.

—Encontrad un alojamiento discreto y no le digáis a nadie quiénes sois ni por qué estáis allí. Si no estamos allí mañana, no intentéis poneros en contacto con nosotros. Si no estamos allí al día siguiente, ya no llegaremos nunca. No volváis para buscarnos: seguid adelante. —Como hablaba en el idioma de Alia, ella lo entendió bastante bien—. Encontrad un barco caledonio si podéis, y salid del alcance del poder de Roma.

Dio dinero a los dos y se despidió de ellos.

—¿Filo?

—No —dijo él—. Me quedo.

—Él se va a preocupar.

—Lo sé, pero me quedo de todas formas.

—Cabezota —dijo ella.

—Somos famosos por ello.

—¿Oreja Cortada?

El galo rió.

—Tú deberías correr primero. Pequeña, débil, mujer. ¿Qué haces aquí?

—Llevarle con mi pueblo o morir en el intento.

—Sí, morir en el intento, porque César ya está aquí con su mujer.

Oyeron los pasos de pies calzados con botas en la calle. Dryas corrió hacia la zona vieja de la casa, donde Lucius había establecido su hogar, y aguardó en el jardín. Aristo hizo pasar a César: el dictador iba acompañado por Cleopatra, Fulvia, Firminius y alrededor de una docena de soldados.

—Ya lo ves —dijo Fulvia, señalando a Dryas. Su voz sonaba estridente—. Está intentando casarse con ella.

—Bien, no puede hacerlo —dijo César tranquilamente—. Va contra la ley.

Dryas intentó captar la mirada de Cleopatra, pero la reina la eludía.

—Fulvia —dijo César—, debo darte un consejo. Cuando haya servido a su propósito... o debería decir al de mi dama —se corrigió con una inclinación hacia Cleopatra— deja que Lucius disfrute de su capricho. Lo más probable es que en un mes se canse de ella o, lo que también es muy posible, ella de él. Al fin y al cabo, no pueden tener mucho en común. Ella no puede aspirar a un rango mayor que el de esclava, o en el mejor de los casos, liberta perteneciente a tu casa.

—¿Y qué hay del... otro asunto? —preguntó Fulvia. Sus labios eran una tensa línea blanca, y los ojos le brillaban con malicia.

César le dirigió una mirada que aún hacía temblar a hombres fuertes.

—Siempre te había considerado una persona inteligente y de buen juicio. No me hagas cambiar de opinión. Tu padre hizo su elección: de haber tenido dudas sobre la paternidad de tu hermano, hubiese podido repudiar al niño. Los derechos del padre en ese aspecto son absolutos. Pero no lo hizo, y como ahora está más allá de toda pregunta que podamos hacerle los humanos, su decisión es definitiva. No haré que el caso sea llevado a los tribunales: todos los herederos legítimos de Roma aullarían pidiendo mi cabeza. Haría muchas cosas por mis amigos, pero no esto.

Sí, pensó Dryas, sigue insistiendo, Fulvia, y tu nombre acabará apareciendo en una de sus listas... o de las de ella.

César miró a Dryas.

—Mi dama —dijo señalando a Cleopatra— cree que tienes el poder de leer el futuro, y quiere que nos digas el nuestro.

—¿Por qué crees que puedo hacerlo?

El rostro de César se endureció.

—No pienso darte explicaciones. Haz lo que quiere mi dama.

La orden era inequívoca. Dryas intentó de nuevo captar la mirada de Cleopatra, pero la bella reina no lo permitió, sino que apoyó la mano sobre el brazo de César y miró a los ojos del dictador. Él le devolvió la mirada de adoración.

Está atontado por ella, pensó Dryas. No tengo elección. El sentimiento de anticipación se hizo más fuerte. Quiero destruirle, ¿pero por qué estoy tan asustada?

—Ella pertenece al dragón —gruñó Oreja Cortada a su espalda—. Del mar. —

Señaló su pierna—. Él la marca. Mira su pierna.

Dryas se levantó la túnica para enseñar la pantorrilla, mostrando las cicatrices.

—Mujeres problema —dijo Oreja Cortada—. Todas problema. —Señaló a Dryas—. Esta mujer, peor clase de problema. Tú hombre listo. Tan listo que nadie engaña. Para ti, jefes, guerreros, como niños. Hacen trampa, tú azotas. Hacen trampa peor, tú matas. Ellos aprenden. Los que quedan vivos aprenden. Lucius, tonto romano. Ella le atrapa. Ella le tiene. Deja que tenga. No problema para ti. Tiene muchos jóvenes tontos. Sí. Barato. Montones. Sigue gratis. Escoge. Sí. —El gallo volvió a señalar a Dryas—. Viejo, viejo, viejo pueblo. Ella es una. Vive en niebla, lluvia, oscuridad. Dioses luchan en cielo. Mira en otro mundo. Boca de bruja. Reina dragón. Cantora de estrellas. Hombres robaron primera magia de mujer, mujer así. Todo problemas, peor clase. No vino por nada bueno. Nada bueno. ¿Alguna vez te digo mal?

—No, amigo mío —dijo César—. Nunca mientes. ¿Es verdad lo que dice? —preguntó a Dryas.

—Sí —contestó ella—. Te diría que siguieses su consejo.

Oreja Cortada soltó un gruñido.

—Esto empieza a intrigarme —dijo César—. ¿De veras puedes decirle su destino a un hombre?

—No. Sólo puedo hablarle de sí mismo. Nunca he conocido a nadie que quiera saber tanto como puedo decirle. Nunca.

—Quizá yo sí quiera.

—Bien, te enfrentarás a la mujer. ¿Cuándo?

—Nunca he tenido miedo de las mujeres: ahora mismo. ¿Qué necesitas?

—Nada. Sólo un lugar tranquilo donde nadie nos moleste.

—¿De día o de noche?

—Ahora mismo, como tú has ordenado —dijo ella.

—El Templo de Vesta. Las damas, las vírgenes, se alegrarán de favorecerme. Después de todo, Vesta es una mujer.

El Templo era antiguo, quizá el más antiguo de Roma. En el curso de los siglos, había sido reconstruido varias veces. Albergaba una hoguera en su interior, y en realidad aquello era todo. Su sobria simplicidad era quizá una réplica de las chozas construidas por los primeros pobladores: posiblemente fueran griegos llegados para establecerse en el pedregoso y ardiente suelo de las siete colinas junto al Tíber.

Su centro era el hogar donde se habían agrupado en busca de protección contra el frío y los peligros que acechaban en la oscuridad. En aquellos días, lo último que veía la gente antes de dormir eran los rescoldos del fuego, y lo primero, las llamas de la mañana antes del amanecer, cuando la mujer, guardiana del fuego, lo avivaba para cocinar la primera comida del día.

Era Vesta, guardiana de la familia, la castidad de esposas e hijas, protectora contra

el infortunio, el hambre y la enfermedad, custodia de la llama y, quizá, el espíritu del fuego, separando para siempre a hombres de bestias. Cediendo a los hombres el don del cielo, lo puso en las trémulas manos del primer soñador inmortal de la especie; el primero en alzar sus ojos y sus manos y elevarse hacia el cielo lleno de estrellas.

Sí, pensó Dryas. Es uno de esos lugares como Delfos, Tara en Hibernia y esa llanura de Salisbury. Hay un sello aquí. Sí, ella vendrá. Estoy segura de ello y Oreja Cortada tiene razón: el hombre que se mezcla en la magia de las mujeres es un necio. ¿Quién lo hubiese pensado? César, un necio. Ella le destruirá, y probablemente a mí también en el proceso.

El templo era una estructura pequeña, pero imponente. Redonda: el fuego ardía en un altar redondo de mármol en el centro, atendido día y noche por sus guardianas vestales. Las paredes eran de piedra caliza blanca rodeada por columnas corintias de mármol. Una vez dentro, Dryas pudo ver que no había pinturas ni estatuas, sólo sencillas paredes blancas y una rotonda sobre el altar.

Sintió un profundo miedo arrastrándose despacio sobre ella.

El día en el exterior era cálido, casi inexplicablemente caluroso. El cielo sobre el Foro estaba lleno de nubes blancas en lo alto, pero más oscuras en la base.

Dryas echó una última mirada a la luz y el aire más allá de las pesadas puertas dobles de madera de cedro. César habló con la vestal que estaba allí, que asintió y se marchó.

Dos de los soldados cerraron los portones, y la sala se oscureció. El fuego del altar no daba mucha luz, pero el tejado tenía una doble cúpula, una más pequeña sobre la grande, y las ventanas que recorrían la división entre ambas dejaban pasar una luz blanca azulada, como la abertura para el humo en lo alto de la cúpula.

A Dryas le resultaba extrañamente familiar, y entonces recordó: el antiguo edificio era muy parecido al salón de Cynewolf, casi como si una orden resonase en la mente y el alma humanas, y fuese a hacerlo por siempre. *No pido adoración, pero honradme de esta forma. Será recordado por vuestro bien y el mío.*

César reparó en la palidez de Dryas a la luz del fuego.

—¿Qué pasa, hechicera? ¿Has hecho promesas que no puedes cumplir y ahora estás asustada?

Dryas se quitó el cinturón y también la corona de cobre del pelo mientras contestaba:

—Estoy asustada, César, pero no de ti. Ella es una criatura de poder inconmensurablemente mayor que el tuyo. No soy yo quien cumple las promesas, sino ella. Y estoy segura de que va a cumplirlas.

Entregó la corona y el cinturón a Oreja Cortada, que estaba de pie a su lado. Su largo cabello colgaba como una espesa cortina oscura, enmarcando su rostro. Caminó hasta el altar y a su alrededor hasta quedar enfrentada a César sobre las llamas.

—¡Puesto que lo has pedido! —dijo.

Oreja Cortada retrocedió rápidamente, pues sabía que la criatura que le miraba

por encima de las llamas no era Dryas.

—¿Por qué me llamas a este lugar sin luz ni aire? No me gusta —dijo ella. Se encontraron en otro lugar.

Dryas podía haber conocido el sitio, pero ella estaba en algún lugar alejado donde no existía el tiempo, mientras que ellos estaban en la ladera de la montaña, donde el manantial se convertía en cascada y las coníferas gigantes cubrían la cumbre. Aquellos bosques eran más ordinarios y amistosos. Pinos con sus altas copas, mezclados con robles. Fresnos de bayas resplandecientes rodeaban un claro en cuyo centro ardía una llama sobre una piedra plana. El aire era limpio, y una brisa intermitente refrescaba el aire y avivaba el fuego. Los cantos de los pájaros llenaban los árboles y la espesura.

—¿Tienes una pregunta? —preguntó la Dryas que no era Dryas—. Apresúrate, pues esta mortal no puede soportar mi toque por mucho tiempo, y no seré parte en su destrucción. Aunque carece de importancia para ti, César, su pueblo la necesita para alcanzar un gran propósito. ¡Habla!

—¿Cuál es mi destino? —preguntó César.

Dryas-no-Dryas parecía impaciente.

—Tú mismo podrías responder a esa pregunta si dedicases tu considerable intelecto a analizar los hechos. Pero en realidad, los humanos como tú no quieren saber. La respuesta es que ha llegado la hora de tu muerte.

»Todos los caminos que tomes te llevarán a la muerte, no la distante mortalidad, sino la muerte, pronto, especialmente si vas al Senado mañana. Mantente lejos del Senado durante el resto de tu estancia en Roma, y saldrás vivo hacia Partia. Guarda luto por tu esposa y presenta esa excusa.

—Mi esposa no está muerta. Sus doncellas me dijeron que estaba descansando: una tormenta la asustó esta mañana.

—No está descansando, César. La parte más importante de ella ya ha partido. Sí, aún respira, pero por la mañana, la envoltura de carne que ella usó una vez fallará, y emprenderá su viaje al polvo. No fue una tormenta, pero no diré más de eso.

—Los idus de marzo —dijo César—. Todos los adivinos de Roma llevan meses lloriqueando con lo mismo. Parece que, por poderosa que seas, Dryas, sigues siendo una charlatana como los demás.

—César, cuando un hombre va con un hacha a talar un árbol, puede decidir dónde hacer el corte para que el árbol caiga en la dirección que desea. Una vez está hecho el corte, el árbol está destinado a caer en esa dirección. Lo mismo ocurre con el hombre: las fuerzas que le matarán empiezan su trabajo cuando nace y continúan a lo largo de toda su vida. Algunas son puramente físicas, otras están relacionadas con el alma, y las hay de naturaleza moral.

»Aun los meros mortales pueden leer esos patrones y ver el final. Filo es un experto en algunos de ellos, y predijo la muerte de tu esposa hace algunos meses.

César suspiró.

—Parece que estoy condenado a oír la charla de las mujeres: no haces más que repetir lugares comunes, no oigo nada nuevo.

Dryas-no-Dryas no se inmutó.

—César, olvida la idea de que estás hablando con una mujer o, por lo que a eso respecta, con nada humano. Dime, ¿hablas de política con tu caballo?

El rostro de César se puso rojo: era la primera vez que parecía irritado por algo.

—¡No! No lo hago.

—Bien, pues yo no puedo explicarte el orden del universo más de lo que tú podrías explicarle cosas de política a un caballo. Créeme: es mucho más vasto y complejo de lo que tú puedas llegar a comprender. Créeme cuando te digo que todos los caminos te llevan ahora a la muerte, y pronto.

»Por ejemplo, si escapas de la muerte aquí en Roma y marchas hacia Partia, hay entre ese pueblo quienes, espoleados por el miedo que inspiras, han estudiado tus logros y tus escritos. Buscan debilidades, y pienso que han descubierto varias. No creo que encuentres fácil su destrucción.

»Pero eso no es todo. Estás amenazado desde dentro. Eres viejo, y has envejecido antes de tiempo, consumido por la luchas a lo largo de toda tu vida. Y no sólo falla tu cuerpo: tu principal terror es el declive de tus facultades mentales. Eres más olvidadizo que la mayoría de los hombres de tu edad. ¿Cuántas veces has perdido el hilo de lo que decías y ha tenido que recordártelo tu dama Cleopatra?

—No voy a escuchar... —gritó César.

—Oh, sí. Sí que lo harás. Escucharás tanto como yo quiera, y desde luego hasta que haya terminado.

Todos los presentes en el claro —Filo, Oreja Cortada, Fulvia y Cleopatra— sabían que lo haría, que escucharía mientras quisiese lo que fuera que ocupaba la carne de Dryas.

—No olvides —dijo ella, su voz crepitante de poder— que tú me llamaste, y que no me iré hasta que yo lo decida. Así que cállate.

»Están esos ataques cuidadosamente ocultados, y el hecho de que alguna vez, al despertarte, has pasado un rato incapaz de mover tu lado derecho o de hablar. Pronto, incluso en tu escala de tiempo, esa condición se volverá permanente, y yacerás como una piltrafa indefensa y babeante, cuidado por tus esclavos como un niño, hasta que al final no seas capaz de comer y beber lo suficiente para vivir y mueras encerrado en tu propio cuerpo putrefacto.

César estaba pálido ahora, y sudaba a pesar del frío de la mañana.

—¡Esto es cruel! —gritó Cleopatra.

—¿Tú me acusas de ser cruel con él? —restalló Dryas-no-Dryas—. ¿Qué ha sido él sino un monstruo de crueldad? Él, que lo recibió todo: belleza, fuerza, inteligencia, riqueza, salud y, sí, incluso amor. Su vida hubiese podido ser un arco de luz.

»Hubiese podido purificar a su pueblo y llevarlo a la grandeza, ¿pero qué hizo con sus dones? Los usó en su gusto por la crueldad, pasa saciar su sed de poder y lo

que se convirtió en una obsesiva búsqueda de la primacía. El Primer Hombre de Roma.

Filo pensó que jamás podría siquiera expresar el absoluto desprecio de aquella afirmación.

—Tonterías —contestó César—. Los romanos no son adecuados para la grandeza. Les he dado todo lo que han pedido: riqueza, riqueza sin límites y por fin poder. Gobernarán el mundo. Me he asegurado de ello. ¿Qué grandeza podía haberles dado? Responde a eso.

Dryas-no-Dryas parecía harta.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? No importa lo que diga, sencillamente no lo entenderás. La grandeza era algo que tú debías descubrir, que tú debías llevar a la existencia. Yo no podía dártela, pero tú podías haberla creado por ti mismo. En ese sentido, me equivocaba al compararte con un caballo. Un fuego divino arde en cada uno de vosotros, y a vosotros os corresponde aceptarlo o negarlo. En tu estrecha y egoísta alma, tú lo negaste, y por eso te fallaste a ti mismo y a tu pueblo.

—¿Así que, por esa falta de... omisión, debo recibir algún... tipo de castigo?

La pregunta de César era irónica pero sin miedo.

—¡No! No castigamos, y veo, incluso en este momento, que te esfuerzas por encontrar una forma de sacar lo mejor de mí. No entender la verdadera grandeza no es una cuestión de victoria o derrota. No: de todas las cosas, lo que más deploro es el sufrimiento sin sentido. ¡No! En el curso normal del tiempo, tú mueres. Toda tu especie lo hace, es inherente a vuestra naturaleza. No podríais vivir si no murieseis también. No, sólo te advierto de lo cerca que estás de ese momento final. Ven aquí, Oreja Cortada.

Por un momento, el robusto guerrero pareció acobardado.

—Ven, te he dicho —repitió ella.

El gallo obedeció, poniéndose a su lado.

—¡Espera! —sonó la voz de Filo—. Yo... quiero... quisiera hacer una pregunta... por favor. Sólo una.

—¿Cuál? He dicho que no tenemos mucho tiempo —fue la severa respuesta.

—¿Quién... qué somos? —tartamudeó Filo.

Dryas-no-Dryas casi sonrió.

—Ah, los griegos. No puedo recordar cuándo me divertí tanto con un pueblo... Te daré una respuesta absolutamente sincera, pero no la entenderás.

—No me importa —dijo Filo—. Algún día, en alguna parte, alguien lo hará.

—Sí —contestó ella—. Sois polvo de estrellas. —Luego se volvió hacia Oreja Cortada, hablándole en voz baja—: Siento aprecio por esta mujer. No me falles y cógela, porque caerá cuando salga de ella. Me voy. ¡Ahora!

La cara y el cuerpo de Dryas se aflojaron. Oreja Cortada la sostuvo, y en aquel momento volvieron a encontrarse en el templo. El fuego ardía en su brasero del altar, y los soldados que custodiaban el templo no parecían haberse dado cuenta de su

desaparición.

Fulvia sufría un espléndido ataque de histeria. Cleopatra lloraba. César estaba pálido. Filo sintió que sus piernas no eran capaces de sostenerle y se sentó en el suelo del templo.

Dryas dormía pacíficamente en los grandes brazos de Oreja Cortada.

Dryas despertó en un jergón del *ludus* de Gordus, con Lucius inclinado sobre ella. Le dirigió una hermosa sonrisa y él la abrazó agradecido.

Fuera, los asientos estaban llenándose, y la arena empezaba a quedar iluminada por las antorchas.

Dryas miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Todos estaban allí: Maeniel, Gordus, Marcia, su hijo Martinus, Filo e incluso Octus.

—¿Qué ha pasado?

Lucius evitó su mirada.

—Dryas —dijo Filo—, tuviste demasiado éxito al revelar su fortuna a César.

—Así que ella vino.

—Oh, sí. Desde luego que vino. Estuvo a punto de matarnos de miedo, incluso al invencible Oreja Cortada. Fulvia está encerrada en su cámara, y seguramente todavía estará dándose vapores y aterrorizando a sus doncellas. Creo que Cleopatra ha secado ya sus lágrimas: es una mujer de infinita compostura. Pero César está furioso. Cree, debe de creer, que de alguna forma lo preparaste todo, y está decidido a vengarse.

—¿Qué tipo de venganza? —preguntó Dryas.

—Tú y yo vamos a luchar a muerte —explicó Gordus—. Las apuestas... las vidas de nuestros seres queridos.

Marcia rompió a llorar.

—Es culpa mía. Yo fui la necia que dijo a esa puta egipcia...

Dryas se acercó a ella para consolarla, y Marcia lloró en sus brazos.

Antonio se asomó a la puerta de la celda.

—Veo que está despierta... Ya ha terminado su siestecita.

—Antonio —preguntó Filo con calma—, ¿no te cansas de ser el alcahuete de César?

—Sólo por eso, Filo, si pierdes la apuesta, me aseguraré de que tu muerte sea particularmente desagradable.

Gordus contempló a Antonio como si fuese un gran pedazo de estiércol.

—No creo que deje salir vivo a ninguno de nosotros.

—Oh, sí. Él siempre cumple su palabra, no lo dudes —replicó Antonio—. Al ganador no sólo se le perdonará la vida, sino que además se le recompensará generosamente.

—Esto es lo que mató a Priscus —dijo Dryas, hablando del alma a la que habían dado reposo.

—Sí —contestó Gordus—. Se enfrentó a los suyos y los mató para sobrevivir.

Dryas abrazó a Marcia y luego se acercó a Lucius. No se abrazaron, pero hablaron en voz baja. Filo estaba a su lado.

Gordus también habló en voz baja con Marcia y Martinus.

Maeniel miró fríamente a Antonio.

—Lárgate —dijo—, o encontraré una forma de hacerte pedazos. —Lanzó un rugido en el que no había nada de humano.

Antonio se apartó de la puerta enrejada, por un instante muy agradecido por su existencia, y se marchó.

Lucius puso la mano sobre la mejilla de Dryas.

—Lo entenderé si... pierdes.

—Sí —dijo ella. Tomó la mano de él entre las suyas y besó su palma.

—Lo siento, Filo —continuó Lucius—. No debiste provocar a Antonio.

—Tengo algo de opio escondido, suficiente, más que suficiente, para nosotros dos —contestó Filo en voz baja—. Ninguno de nosotros tiene por qué sufrir, Dryas. No te preocupes, al menos no por eso.

—Sí —dijo ella. Luego besó a Lucius en los labios y a Filo en la boca—. Debería ir a vestirme.

Marcia se apartó de Gordus y tomó la mano de Dryas.

Octus estaba entre las sombras junto a la puerta, tan callado como de costumbre.

—Creo que te dije...

—Perdóname, *domina*, por mi desobediencia, pero tenía razones ineludibles para volver.

—Ven, Dryas —dijo Marcia—. No nos queda mucho tiempo. La mitad de las luminarias de Roma están sentadas ahí fuera. Por invitación de César, podría añadir. El espectáculo definitivo. Siento no poder disfrutar de la emoción, pero tener mi vida pendiente de la atracción principal... me distrae un poco.

Vestirse no llevó mucho tiempo. Cuando Gordus y Dryas volvieron, el gladiador llevaba sólo el *subligaculum*. Dryas se había puesto otro, y también la cota de malla que había llevado al luchar contra el jabalí. Lucius observó que la había hecho algo más respetable al ponerse un *strophium* bajo ella, y que volvía a llevar la corona de espinas en el pelo.

Antonio volvió a acercarse a la puerta. Llevaba dos espadas, y las ofreció por la empuñadura.

Dryas cogió una, y luego Gordus la otra. Caminaron juntos hasta la entrada de la arena.

Ya había oscurecido, pero había muchas antorchas y la arena estaba bien iluminada. Dryas oyó un vítor y vio que César entraba en lo que se convertiría en la tribuna imperial. Cleopatra iba a su lado.

—¿Se supone que debemos saludarle?

—No —gruñó Gordus—. Sólo los criminales condenados dicen lo de «los que

van a morir te saludan». Puede que esté condenado, pero me niego a considerarme un criminal. O a comportarme como uno.

—Sí.

Al llegar al centro de la arena, se giraron quedando cara a cara. Ambos podían ver a César por el rabillo del ojo.

—Cuando deje caer el pañuelo —dijo Gordus.

En la celda, Lucius se quedó mirando a los dos luchadores a través de la reja. No podía encontrar en su corazón nada que decir a los demás, ni siquiera a Filo.

Los soldados habían estado aguardándoles cuando él y Maeniel volvieron a la villa. Dryas ya no estaba y Oreja Cortada había desaparecido. De alguna forma, el enorme galo había conseguido confundirse con la multitud del Foro, y César no se había molestado en perseguirle. Octus había llegado a la puerta trasera cuando los soldados estaban poniéndoles bajo arresto, y se limitó a unirse a ellos, como de costumbre sin decir mucho. Aunque por qué tenía que molestarse en arriesgar su vida por un amo condenado a morir casi con toda seguridad era un misterio para Lucius.

Como Gordus, estaba convencido de que César no dejaría vivir a ninguno de ellos, no a la larga. Tenía una marca de destrucción despiadada: sus oponentes podían arrancarle una clemencia temporal, pero al final, como la legión que se había rebelado contra él, siempre acababan exterminados.

Por lo que a *él* respectaba, lo que decidiese hacer Dryas en la arena estaría bien.

Antonio entró en la arena.

—Así que va a hacer de *lanista*... —los ojos de Gordus se entornaron—. Podría ser una forma de hacerle pagar.

—Me gustaría —dijo Dryas.

—Y también a mí.

Pero Antonio se mantuvo bien apartado de los luchadores, conscientes de que eran mucho más rápidos y mortíferos que él.

César *dejó caer* el pañuelo.

Dryas y Gordus cruzaron sus espadas. Antonio retrocedió e incluso Lucius, cuya vida dependía de aquella lucha, se apartó de su posición en la puerta de la celda.

Gordus se acercó rápidamente, intentando hacer valer su mayor fuerza.

Dryas recordó las palabras de su primer adiestramiento:

—Querida, son más fuertes que nosotras, e intentaremos usar eso.

Sí, pensó Dryas. Las dos espadas relucieron como llamas de oro bajo la luz de las antorchas.

Dryas cedió terreno tan rápidamente al principio que Lucius estaba seguro de que Gordus, con su inmensa habilidad, la mataría. Pero estaba equivocado: Dryas hizo

pagar sutilmente a Gordus toda la presión que ejercía sobre ella, haciéndole un corte en los nudillos con la punta de su espada, y luego un corte en el brazo.

Gordus se dio cuenta de que se estaba divirtiendo: para sobrevivir, los hombres de su clase tenían que aprender a vivir el momento. Y era un momento particularmente bueno. Nunca había tenido un oponente tan hábil. Dryas respondía a cada uno de sus movimientos con otro igualmente efectivo, anulando constantemente la mayor fuerza de su adversario con su rapidez y habilidad.

La multitud estaba en silencio. No muchos espectadores comprendían lo brillante que era aquella exhibición, pero casi todos eran conscientes de que nunca volverían a ver nada igual.

Para Gordus, Dryas era un problema que resolver. No, los músculos no eran la respuesta. ¿Qué, entonces? Le hizo levantar el brazo y atacó por abajo... estuvo a punto de conseguirlo, pero pagó el precio en forma de un rápido corte en la cara interna de su antebrazo. La espada gala era afilada como una cuchilla: un corte un poco más profundo hubiese podido dejarle tullido. Empezó a esforzarse por llevarla hacia la pared, con la esperanza de acorralarla.

Dryas lo vio venir y se dejó presionar. Entonces, cuando tuvo los lados de la arena en su visión periférica, se pasó la espada de la mano derecha a la izquierda y se agachó por debajo del brazo de Gordus.

Gordus había oído hablar de aquella maniobra, pero nunca la había visto puesta en práctica. Al recuperarse y girar, vio que ella se había alejado. Aquel combate no sería sino un desafío de habilidad.

Ella respiraba pesadamente. Allí era donde las mujeres fallaban ante los hombres. El cuerpo de un hombre está adaptado a la fuerza. Los hombres no tienen tanta grasa corporal como las mujeres, y la parte más ancha de su cuerpo son los hombros, mientras que en el caso de las mujeres son las caderas. En los hombres, todo es más grande: corazón, pulmones y músculos. Las mujeres, en su mayoría, sencillamente no tienen la resistencia de los hombres.

Gordus avanzó para matar.

Es rápido, pensó Dryas. Tan rápido que resultaba aterrador. Sus espadas cantaban y bailaban a la luz del fuego. Dryas sabía que estaba recurriendo a todo para igualarle: con su tamaño y su fuerza, Gordus debía de tener más reservas. Si ella seguía luchando a su manera, moriría.

Antonio intentó separarles.

Gordus le maldijo.

Dryas se dio cuenta de que Gordus iba a ponerlo todo en aquella última ofensiva.

Antonio cayó hacia atrás, o quizá los dos luchadores simplemente le dejaron en el polvo.

Dryas sintió que empezaba a ir más despacio. ¡Ahora o nunca! ¡Última apuesta!

Al siguiente bloqueó, ella no hizo bajar el arma lo bastante, y la punta de la espada de Gordus se clavó en su muslo derecho. *Recibe una para dar otra*, pensó

mientras agarraba la espada de su adversario y se la arrebató.

El arma salió girando, abriendo un corte en su muslo más grande de lo que había pretendido Gordus. Dryas sintió la sangre caliente corriendo por su pierna. El anfiteatro guardó silencio, pero Dryas oyó el grito de Marcia a lo lejos.

Gordus estaba ante ella, con los brazos en jarras y las manos desnudas, desarmado.

Antonio llegó hasta ellos, jadeando.

—Pide clemencia, Gordus.

—No —contestó él—. No lo haré. —Miró a Dryas a los ojos.

A su alrededor, los espectadores estaban en éxtasis, gritando, chillando, golpeando sus bancos y asientos.

—Mátale, Dryas —ordenó Antonio—. César ha bajado el pulgar.

—Lárgate —dijo ella—, o te mataré a ti.

—Retrocede —aconsejó Gordus con voz ronca—. Lo dice en serio. Y no me importa cuántas garantías nos ofrezcas: ninguno de nosotros cree que tengamos nada que perder.

Antonio retrocedió.

Dryas alzó su arma y besó el acero, saludando a Gordus. Luego le ofreció la empuñadura.

Gordus cogió la espada.

Dryas se quitó la cota de malla, pero conservando el *strophium*.

—No deshonraré mi espada ni a mí misma. Hazlo limpiamente, Gordus. Filo y Lucius tienen opio. Vive hasta mañana. César está muerto: Bruto tiene la lista de proscripciones. Le matarán aunque sólo sea para defenderse.

»Aquí —dijo, apretando los dedos bajo el *strophium* en el lado izquierdo—. Es el punto más próximo al corazón.

—No, Dryas. Tú has ganado. No moriré como Priscus, con el corazón roto.

Gordus dejó caer la espada a un lado y empezó a recorrer el largo camino de vuelta hasta la puerta.

Dryas se acercó a la espada. Mientras se agachaba para recogerla, una sombra se cernió sobre ella. ¡Antonio!

El romano cogió la espada del suelo y atravesó a Dryas con ella.

El grito de la multitud alertó a Gordus, que se dio la vuelta a tiempo de ver lo que le ocurría a Antonio.

Algo pareció golpearle y hacerle retroceder veinte pies. La espada siseó, brilló, humeó, y por fin la empuñadura se puso al rojo vivo en su mano. La soltó con un grito de agonía.

Gordus cogió a Dryas. Tenía una herida mortal: la hoja le había entrado por el lado derecho del pecho, y se estaba ahogando en su propia sangre.

Dryas tomó aire, y la sangre salió por su boca.

La puerta estaba oscura. Tenía que haber luces tras ella. Gordus se preguntó si los

habrían matado a todos mientras él y Dryas luchaban. Podía creer una broma tan cruel por parte del dictador... su especie no toleraba la oposición. Gordus lo sabía. Había visto su poder con frecuencia. César no era el primer tirano sediento de sangre que dominaba la política de Roma, ni sería el último de una larga línea.

Gordus corrió hacia la puerta cargando con Dryas. Maeniel estaba allí. Los demás habían desaparecido.

Maeniel acunó a Dryas y puso algo entre los labios de Gordus. Hubo un terrible destello de luz y se encontró tendido sobre el musgo, cerca de un manantial de montaña.

Maeniel llegó detrás, pero ya no era un hombre, sino un enorme lobo.

Entonces Dryas cayó, ensangrentada pero ya sin sangrar, en brazos de Lucius. Estaba apretando la rosa de Calpurnia contra la herida de su costado. Ante sus ojos, se convirtió en una línea roja, luego una cicatriz, y por fin piel limpia y suave.

Octus le puso una copa de agua fría en las manos, y Gordus bebió y bebió y bebió.

Los idus de marzo llegaron con lluvia. Un cielo gris descargaba sobre Roma.

César se encontraba junto a la cama de Calpurnia. Había empezado a creer que aquella pequeña bruja tenía razón: Calpurnia se estaba muriendo. Se resistía a todos los intentos de despertarla, y su respiración se hacía cada vez más tenue, su palidez aumentaba, y sus manos y pies estaban fríos. Triste, muy triste. Antaño había sido adorable.

En el exterior, una pequeña tormenta llegó y se fue, la lluvia aumentando el peso de la humedad en los árboles, haciendo que las ramas colgasen más bajas. El breve chaparrón se convirtió en una neblina, y el cielo apenas se despejó un poco. La luz de la habitación donde yacía era verdosa. Una ráfaga de viento sacudió los árboles, enviando multitud de gotas al pavimento y cubriendo de anillos la superficie del estanque, como si, a lo lejos, alguien llorase por la belleza que había sido ella y la promesa que había sido él.

Tras el combate del día anterior, en que había contado a Antonio la predicción de Dryas, había negado con firmeza cualquier sensación de inquietud, e incluso que en el templo hubiese ocurrido algo sobrenatural.

Antonio había estado remojando su mano quemada en agua fría, y jurando que aquella mujer Caledonia era la hechicera más poderosa que nadie hubiese visto jamás.

Y que esperaba haberle dado fin personalmente al clavarle su propia arma. Pero no la había visto morir ni habían encontrado su cuerpo, así que iría al día siguiente para ofrendar un par de bueyes a Júpiter Protector, con la ferviente esperanza...

No pudo decir más, pues César se había hartado de los renegos de su legado y le mandó callar.

—¡Bah! —dijo César—. Primero, el oráculo. Bueno, Dryas estaba cerca del fuego, y probablemente echó algo en él que alteró nuestros sentidos. De esa forma consiguió convencer a los demás de que era una especie de diosa.

»Y, en cuanto a su huida, lo único que demuestra es que Gordus conocía su propio *ludus* mejor que nadie. Tarde o temprano tendrán que salir a la superficie. Y entonces... —Bueno, entonces se aseguraría de que aquella escoria bárbara pagase el precio de su locura.

Ordenó a Antonio que se ocupase de su mano, pues tenían cosas más importantes que hacer en los siguientes días. El ejército estaba listo para marchar, y todas aquellas ejecuciones de conspiradores llevarían su tiempo, aunque tuviesen lugar —como se había previsto— en el campamento, donde los prisioneros estarían rodeados por sus leales.

No, nunca admitiría ni ante Antonio ni ante nadie que creía que cada una de las palabras que ella... o la zorra que hubiese poseído a aquella bruja... había dicho era verdad. Y nada más que la verdad.

No. Fuese lo que fuese, César no era tonto. Ningún ser humano hubiese podido hacer aquello.

Y ningún ser humano hubiese podido escapar, como ellos habían hecho, de aquella celda.

Sí, todo había terminado, y él lo sabía con una certeza que le dejaba impotente por primera vez en su vida. Impotente y sin salida.

En la cama, Calpurnia suspiró profundamente y, por unos breves momentos, dejó de respirar. Todas las mujeres se reunieron alrededor de la cama y de César, esperando hasta que, al final, empezó a respirar de nuevo.

La noche anterior, los físicos que la habían examinado habían dicho a César que aquello era un aviso de que la muerte se acercaba. Las pausas se irían haciendo más y más largas, y, con el tiempo, ella... dejaría de existir. ¿Aquello era lo que pasaba? ¿Tenía que habérselo preguntado a la «mujer», como la llamaba Dryas? Pero ella no le había reconfortado en nada. ¿Por qué iba a darle esperanzas de una vida futura? No, era mejor no saberlo.

Estudió las tres posibilidades que ella le había enumerado. De las tres, la mejor era ir al Senado aquel mismo día.

La segunda opción, morir en Partia... bueno, los partos le habían cortado la garganta a Craso, abandonándole agonizante en el campo de batalla. Sus propios esclavos habían tenido que rematarle.

La tercera, quedarse en Roma y evitar el Senado, vivir y morir de aquella forma, impotente, ahogándose cuando intentase comer o beber, incapaz de hablar y quizá incluso de pensar, yaciendo entre la mugre a merced de sus asistentes... No.

Un soldado, uno de los legionarios que guardaban la casa, llegó para decirle que Antonio y los demás estaban allí.

Oh, bien. Adelante.

Entonces recordó la extraña pregunta que había hecho el griego Filo, y la respuesta todavía más extraña.

¡Polvo de estrellas! Qué locura, y qué típicamente griego no preguntar nada que le pudiese reportar alguna ventaja, sino revolotear por la metafísica.

Por eso mismo los romanos los habían encontrado tan fáciles de conquistar, y por eso tantos de sus inteligentes, cultivados, educados y dotados ciudadanos se encontraban en los mercados de esclavos romanos, sufriendo el deshumanizador proceso de ser tratados como mercancías y vendidos como esclavos.

No. Valía la pena luchar por la riqueza y el poder, o quizá sólo por el poder.

Él había alcanzado el poder supremo, como tantos otros conquistadores. Y... y lo encontraba decepcionante. Resultaba inexplicable... pero así era.

¿Por qué? ¿Qué más podía haber?

Nunca llegó a responder a la pregunta, porque Antonio le hizo un gesto desde la sala de recepción junto al atrio. Sin echar una mirada hacia atrás, César fue a su encuentro.

Maeniel esperaba al pie de los escalones de la Curia. Tenía la mano sobre el puño de la espada que ocultaba bajo la toga.

La lluvia había cesado, pero los paseos entre los árboles de los parques públicos seguían húmedos. El cielo mostraba parches de azul.

Habían emergido la noche anterior del lugar del manantial y la montaña, volviendo a las colinas junto a la granja de Aquila. El lobo les había guiado porque Calpurnia le había enseñado otros portales que salían de Roma, y no había duda de que, si estaban dispuestos a viajar lo bastante, podían llegar a cualquier lugar de la tierra. Aquila les había dado cobijo aquella noche, y no habían necesitado ir más lejos.

Al volver a la ciudad, descubrieron que los conspiradores habían levantado una nutrida fuerza de ex-gladiadores, como había hecho Gordus.

Más allá de los jardines públicos se alzaba la gran pared tras el proscenio del teatro de Pompeyo. Los demás estaban en aquel teatro: Lucius, Dryas, Filo, Aquila, Oreja Cortada, Gordus y unos veinte de los más duros y decididos hombres de armas que había podido encontrar Gordus. Marcia y Martinus estaban en Ostia, con Alia y Octus.

—Verás —había explicado Octus después de que Filo fuese a ver a Gordus—, hablé con Aquila. Nadie me estaba mirando y cogí eso... cómo lo llamaría... la ciruela de la pared de tu habitación, mi señor. Según el curso de la naturaleza, ya hubiese debido estar pasada. Así que, después de hablar con Aquila, fui a reunirme contigo. Tu amigo —señaló a Maeniel— me dijo lo que era aquello, pero no supe cómo dártelo hasta que Aquila neutralizó a los guardias. Lo único que realmente temía era que Dryas o Gordus, cualquiera de ellos, matase al otro. Pero no ocurrió.

—Y —dijo Maeniel— yo tenía la rosa de Calpurnia.

Pero ahora se estaban acercando, un grupo de hombres con túnicas y togas blancas rodeando al hombre más poderoso del mundo. Maeniel se preguntó si iba a necesitar la espada.

Antonio era el único hombre que le conocía, pero antes de que llegasen a los escalones del pórtico, alguien puso el brazo sobre los hombros de Antonio y se lo llevó a un lado.

César siguió adelante, y, por un momento, los ojos de Maeniel se encontraron con los suyos. Se sorprendió lamentando ser parte de la humanidad. No sabía decir qué estaba leyendo allí: perplejidad por que hubiese ocurrido tan deprisa, dolor por la pérdida del amado caleidoscopio de la existencia misma, una conciencia final de la absoluta soledad. No había forma de saberlo. Sólo sabía que aquellos ojos y la expresión que había en ellos le perseguirían mientras viviese.

Los dedos de Maeniel se apretaron sobre la empuñadura de la espada, pero César ya había pasado de largo.

La figura con múltiples pechos de alguna diosa oriental miraba a Maeniel. El lobo apartó la mano de su espada. En lo alto, más allá de las dobles puertas de bronce de la Curia, podía sentirlo, olerlo, percibirlo de formas que ningún humano podría.

Se estremeció cuando la manada cayó sobre su presa.



ALICE BORCHARDT nació en Nueva Orleans el 6 de octubre de 1939. Fue una de cinco hermanas. Compartió una infancia llena de relatos con su hermana, Anne Rice. Su padre, Howard, un empleado de correos, le ayudó a solicitar su primer carné de biblioteca a la edad de 7 años: «Fue el mejor regalo que he recibido», dijo en una entrevista en 1999. Su madre, Katherine, era una feminista que enseñó a Alice a perseguir sus objetivos profesionales.

La familia O'Brien se trasladó a Richardson, Texas, cuando Alice era un adolescente. Comenzó su carrera de enfermería en Houston, donde conoció y se casó con su marido. Después de 30 años de carrera como enfermera profesional, Borchardt se enfrentó a las reducciones de personal en el hospital donde trabajaba. Fue su hermana Anne quien la alentó y ayudó a encontrar un agente, y escribió la introducción a varios de sus libros. Tenía más de cincuenta años, cuando la primera de sus siete novelas, se publicó en 1995. Tal vez es más conocida por su trilogía sobre hombres-lobos en la Roma medieval. En *The Silver Wolf*, *Night of the Wolf* y *The Wolf King*, la huérfana Regeane y el noble Maeniel, en parte lobos y en parte humanos, frente a la intimidación de caciques, emperadores y asediados por intervenciones sobrenaturales. Su último libro *The Raven Warrior* fue publicado en el 2003.

Falleció en el 2007 de un tumor.